Hacia el amor perfecto

Desde el Monte Santo
de la Concepción

Pax per sanctitatem



SOR MERCEDES DE JESÚS EGIDO, O.I.C.

HACIA EL AMOR PERFECTO

Desde el Monte Santo de la Concepción

TERCERA EDICIÓN
(Revisada y corregida)

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • MMV

Primera edición: octubre de 1998
Segunda impresión: febrero de 1999
Segunda edición: octubre de 2004
Tercera edición: enero de 2005

Con licencia eclesiástica del Obispado de Ciudad Real (14-4-1998)

Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2004.
Depósito legal: M. 45.977-2004
ISBN: 84-7914-742-3
Impreso en España. Printed in Spain.

A las Monjas de la Orden de la Inmaculada Concepción, seguidoras de Santa Beatriz de Silva. Con amor fraterno.

La autora

ÍNDICE GENERAL

PREÁMBULO

El día 25 de abril de 1981, con aprobación de la Santa Sede y acogidas por el Obispo Diocesano, comenzábamos en este Monasterio de Alcázar de San Juan (Ciudad Real) un «Experimento» de vida monástica concepcionista, fundamentada en la Bula fundacional de la Orden *Inter Universa* (1489). Era el fruto de doce años de oración, trabajos y sufrimientos por conseguir nuestra «vuelta a las fuentes» o primigenia inspiración de la Orden. Patrocinaron este movimiento de renovación, primero, Monseñor Juan Hervás y Benet y, después, Monseñor Rafael Torija de la Fuente, Obispo de esta Diócesis desde 1976.

Las directrices del Concilio Vaticano II sobre «la adecuada renovación de la vida religiosa», Decreto *Perfectae Caritatis,* habían despertado con fuerza, en nuestro espíritu, el deseo de fidelidad a la Fundadora de la Orden, Santa Beatriz de Silva. Ella había fundado la Orden Concepcionista para el culto, amor y servicio de la Virgen Inmaculada, cerca de cuatro siglos antes de declararse dogma de fe este misterio, y después de donarse a María de por vida, consumiendo su existencia en su servicio, amor e imitación, dejó enmarcada la forma de vida de esta su Orden en el monacato, mediante la regla del Císter, que ella pidió y el Papa Inocencio VIII le aprobó.

Después de su muerte, circunstancias históricas en el ambiente de reforma de las órdenes religiosas en España encauzaron a la naciente Orden por la observancia y el espíritu franciscano (1494), quedando el de la Fundadora sin vigor en casi su totalidad.

La gracia del Concilio nos hizo entender que deberíamos retornar a la ascesis y al espíritu mariano de la Fundadora, y, consecuentemente, nos decidimos a ello trabajando en nuestra «vuelta a las fuentes» con constancia y amor.

Por ello, durante el tiempo del «Experimento», con la gracia del Señor que nos asistía, comenzamos a reflexionar la espiritualidad que nos legó nuestra Fundadora en la Bula *Inter Universa,* que se centra en el misterio de la santidad original de

nuestra Madre Inmaculada y que habíamos recogido en nuestros Estatutos aprobados por nuestro Obispo, Monseñor Rafael Torija de la Fuente, primero, y después en los que enviamos a la CRIS pedidos por la misma Congregación, que tenían más elaborada la espiritualidad mariana y monástica de la Fundadora, a fin de ir conformando nuestra vida y espiritualidad con ella.

Por fin, con fecha 8 de septiembre de 1996, Dios nuestro Señor nos regalaba el gozo de nuestra aprobación pontificia. Un grupo de Monasterios habíamos presentado a la CRIS unas «modificaciones» a las Constituciones Generales de la Orden para que, respetando este Códice, se introdujesen en el mismo cambios oportunos en los artículos que daban la espiritualidad franciscana y su forma de vida, para poner en su lugar la espiritualidad mariana de la Fundadora, su ascesis y forma de vida que la Iglesia le aprobó. Tal como lo habíamos pedido se nos concedió por medio de un Decreto firmado por el Eminentísimo Cardenal Eduardo Martínez Somalo y Monseñor Francisco Errázuriz Ossa, Prefecto y Secretario, respectivamente, de la CRIS.

Con ello, manteniéndonos Monjas de la Orden de la Inmaculada Concepción (Concepcionistas) teníamos en las Constituciones el espíritu mariano fundacional y su forma de vida, que asumía, claro está, la adecuada adaptación promovida por el Concilio. ¡Gloria a Dios, que por bien empleados dábamos los veintisiete años que nos había costado conseguirlo!

Después de nuestra aprobación, y antes también, personas cualificadas nos pidieron que nos diésemos a conocer. Por esto es que, al fin, este Monasterio y alguno más decidiesen, como un granito de arena en las inmensas riberas de la Iglesia, publicar las exhortaciones sobre nuestra espiritualidad que se habían reflexionado durante el «Experimento». Así se hace, y como ha subido a nuestras Constituciones la espiritualidad de los Estatutos, en parte, se hace referencia también a ellas en los textos.

En vista a la publicación, se ha procurado arreglar la redacción de las exhortaciones para que haya continuidad en la lectura, sin poderlo conseguir adecuadamente, ya que son varias las exhortaciones que forman un solo capítulo.

A lo largo de los capítulos se hace mención de otros temas que no aparecen en este libro, como, por ejemplo, la oración. No están preparados para publicarse, ni creemos necesario hacerlo, pues nos parece que con esta publicación se cumple lo que se nos ha pedido: darnos a conocer.

También se menciona en su lugar una de las exhortaciones actuales del Papa Juan Pablo II sobre la vida religiosa.

Rogamos que quien lea el libro vea en él unas sencillas exhortaciones de una Abadesa a sus Monjas, sin más pretensión que la de la fidelidad a Dios, a la Iglesia y a nuestras raíces. Por eso pedimos perdón de los defectos que encontrarán en la redacción y sintaxis. Sólo deseamos que sea para gloria de Dios, bien de todos y honor de la dulcísima Virgen Inmaculada.

Nota: Vista la repercusión que ha tenido en seglares y consagrados este libro, ahora en la segunda edición procuramos abrirlo más a su percepción en lo que es factible, para su mejor comprensión y asimilación.

HACIA EL AMOR PERFECTO

DESDE EL MONTE SANTO

DE LA CONCEPCIÓN

RAZÓN DEL TÍTULO

Buscando en la Biblia el título que más convenía a las reflexiones que vamos a hacer, topé, hermanas queridas, con un pasaje de Isaías que creo puede contener una acertada evocación del fundamento de nuestra espiritualidad, de su ascesis y su misterio. Más tarde recordé que la Iglesia, nuestra Madre, lo recoge en la liturgia de Adviento. Y quedé más segura. Es el siguiente:

> «Enviad el cordero al soberano de la tierra, desde Sela, a través del desierto, al monte de la hija de Sión» (Is 16,1).

Salvando el sentido original del texto y la interpretación que le da nuestra Madre la Iglesia, nosotras entendemos, hermanas, que esta hija de Sión bien puede ser la Inmaculada, la Mujer de Génesis 3,15, a cuyo seno, en la plenitud de los tiempos (Gál 4,4), fue enviado el Cordero de Dios (Jn 1,36) desde el Padre y a través del desierto de su despojo divino (Flp 2,5-8). Y fue enviado «al soberano de la tierra». Sí, hermanas, al hombre que fue creado rey o soberano de toda la creación, a fin de que, asumiendo la espiritualidad redentora del Cordero, se liberase del pecado y volviese a ser el dominador de la creación según el proyecto creacional del Padre.

Nos lo recuerda análogamente la Iglesia en la Constitución *Lumen Gentium* 8,55 al decirnos que: «Finalmente, con ella misma, Hija excelsa de Sión, tras la prolongada espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se instaura la nueva Economía, al tomar de ella la naturaleza humana el Hijo de Dios, a fin de librar al hombre del pecado mediante los misterios de su humanidad».

Y miremos con atención, hermanas, que el texto bíblico dice que el cordero es enviado al *monte* de la hija de Sión. ¿Verdad, hermanas, qué María Inmaculada, la excelsa Hija de Sión, es un *Monte* de santidad por su Pureza Inmaculada y demás cúmulo de virtudes y perfección? Por ello, desde este «Monte santo de la Concepción», al que fue enviado el Cordero de Dios, nos vamos a dirigir nosotras «hacia el amor perfecto»

asumiendo el título que nuestra Madre Iglesia ha dado al Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa *Perfectae Caritatis*. Decreto que ha impulsado con su n.2 nuestra fidelidad a la Fundadora de la Orden, Santa Beatriz de Silva, ordenando nuestra «vuelta a las fuentes» o «a la primigenia inspiración del Instituto» y que, por lo mismo, nos propone vivir el espíritu mariano con el que la Fundadora dio vida a su Obra.

De este modo, asumiendo el objetivo que nos propone la Iglesia para lograr el fin y la vivencia de nuestra renovación, que es el «amor perfecto», y siguiendo el carisma de la Fundadora, tenemos el título completo de nuestras reflexiones: «Hacia el amor perfecto. Desde el Monte Santo de la Concepción».

Establecido el título, pasemos, hermanas, a reflexionar sobre el espíritu con el que hemos de acercarnos a este Monte Santo, Monte Inmaculado, porque, ciertamente, al hacernos Concepcionistas, Dios nos ha fundamentado sobre este Monte Santo, al que él siempre ha amado y preferido con amor y medida única, porque ella, María, es la puerta de la nueva Sión y la verdadera morada de Dios, decimos parafraseando el salmo 86.

Desde ella, desde este Monte Santo, el Verbo de Dios nos ha hablado de pureza, de santidad, de liberación del pecado, de amor. Y desde él, desde su seno bendito, convertido en receptáculo del que es «el resplandor de la gloria del Padre e impronta de su sustancia» (Heb 1,3), el mismo Padre nos ha dicho también, y mucho mejor de como lo hizo por medio de los profetas (Heb 1,2), que, si ha enviado el Cordero divino desde el Seno de su esencia divina de Santidad al seno santísimo del Monte de santidad, María, ha sido para quitarnos el pecado (Jn 1,29) y para que seamos santos (Mt 5,48), porque en su Verbo, en su Hijo amado, nos ha dado la Forma de su misma santidad, nos ha dado la Fuerza —su gracia— para recuperar su proyecto creador y nos ha abierto la senda constituyéndole a él en Camino, en Verdad y en Vida de nuestro ser redimido. Y además nos ha dado también a María como Modelo acabado de fidelidad y «prototipo de los «redimidos» (LG 65) y como Abogada y Mediadora que nos ayudará a vivir todos los misterios de la sagrada humanización de su Hijo que se han obrado en ella y por ella, por su cooperación a la Obra de su Hijo (LG 8,61). ¡Verdaderamente, María, Madre querida y Monte santísimo de

las delicias de Dios y de los hombres, «grandes cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios»! (Sal 86,3).

Por ello la Iglesia, que proclama su Maternidad (LG 8,62), puede decir: «Uno a uno, todos han nacido en ella» (Sal 86,5). Sí, hermanas, toda la humanidad ha nacido de ella en aquel momento inefablemente dramático y doloroso de la Cruz (LG 8,61).

Y Yahvé escribirá en el registro de los pueblos (Ap 20,12): «Éstos han nacido allí». Y cantarán mientras danzan: «Todas mis fuentes están en ti». (Sal 86,6-7). Sí. Todas las gracias de salvación bajarán a la humanidad por medio de ella, de este Monte de Santidad, Dispensadora, por sus súplicas, de la Fuerza santificadora de su Hijo que reside en el Espíritu Santo, gozándose por ello y cantando todos los salvados la gracia de la propia salvación, la gracia de haber restaurado en la propia vida el proyecto creador del Padre, que habla de paz, de armonía, de amor, en una palabra, de santidad, como veremos más adelante.

Asumiendo este espíritu, pues, subamos a este Monte de Santidad con amor, en actitud oblativa, como nos enseña ella, «Esclava del Señor» (Lc 1,38), en silencio y constante oración, y despojadas de cuanto nos impida donarnos enteras a Dios. Porque en este *Monte* hemos de oír la misma voz del Padre que un día habló a Moisés desde el Horeb (Éx 3,1), diciéndonos que nos descalcemos de todo afecto que estorbe nuestro contacto con él, porque quiere meternos en la nube o atmósfera de su santidad (Éx 24,12-18) que está en la cima del Monte, del Monte Santo de la Concepción, todo él ardiendo en llamas de amor, de pureza, de santidad; y desde donde podremos contemplar la belleza e intensidad de su amor de Padre en la creación del hombre, para que, contemplándolo, viéndolo en ella, podamos, con su gracia divina, quedar convertidas en pequeñas ascuas de amor, en vidas que viven sólo de su voluntad, en vidas vueltas hacia él, invadidas por su gracia, como nos transparenta María Inmaculada.

Y miremos, hermanas queridas, que es muy significativo que el Señor, para los grandes misterios de su humanidad santísima, para enseñarnos su doctrina, incluso ya en el Antiguo Testamento para hablar a los hombres, escoge la altura de los Montes (Éx 19,12; Mt 5,12; Lc 21,37; Hch 1,12; Heb 12,20).

¿No será que con ello quiere estimular nuestra pereza espiritual haciéndonos caer en la cuenta de que quiere elevar nuestra carne pecadora a las regiones del espíritu, que es donde se le vive a él, su proyecto de santidad? Sí, hermanas. Así es. Y por eso nos da el «Monte Santo de la Concepción». «El Monte de la casa del Señor, encumbrado sobre las montañas» (Is 2,2), que es sobre todos los santos, para que captemos su sentido y corramos tras el olor de sus virtudes.

Vamos, pues, a ello, «apostémonos en las sendas de antaño, informémonos de los caminos antiguos» —que marcó nuestra Madre Santa Beatriz con su vida de donación a la Inmaculada—, para que entrando por ellos y viendo que son los que nos indica hoy el Concilio, oigamos cómo nos dice el Señor: «Ése es el buen camino, seguidlo y hallaréis descanso para vuestras almas» (Jer 6,16). Y ya lo hemos hallado, hermanas, bien lo sabéis, ¡cuán amablemente hemos experimentado este descanso desde que la Iglesia nos concedió vivir el espíritu mariano de nuestra Fundadora, primero durante el «Experimento» y, ahora, en nuestras Constituciones!

Entremos, pues, con gozo, en este bienaventurado Monte que destella santidad de la Inmaculada, de la Única, de la Elegida Madre de Dios. Y entremos con el corazón puro, humilde y muy sincero. Porque a Dios le gustan así los corazones (Sal 50,8). Un corazón decidido a abrirse a la gracia para desprenderse del pecado. Un corazón muy decidido a vivir su vocación mariana y monástica, pues que no de otro modo, hermanas, podremos cumplir nuestra preciosa y urgente misión en la Iglesia hoy. Entremos y veremos cosas maravillosas. Entremos cantando gozosas y alborozadas la gloria y beneficencia de este Monte Santo, Concha Sagrada, en la que el Padre encerró la Perla preciosa del Cielo, su Verbo divino, Salvador de toda la creación. Cantemos, sí, y celebremos su firmeza, su perennidad y su espiritualidad con este cántico:

«Al final de los días estará firme
el monte de la casa del Señor,
en la cima de los montes,
encumbrado sobre las montañas.
Hacia él afluirán los gentiles,
caminarán pueblos numerosos.

Dirán: «Venid, subamos al Monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob».

Él nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas;
porque de Sión saldrá la ley,
de Jerusalén, la palabra del Señor.

Será el árbitro de las naciones,
el juez de pueblos numerosos.

De las espadas forjarán arados,
de las lanzas podaderas.
No alzará la espada pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra.

Casa de Jacob, ven,
caminemos a la luz del Señor».

(Is 2,2-5)

Es la meta de nuestra vocación, hermanas, es la invitación que nos hace el Espíritu a nosotras, concepcionistas, y a los demás cristianos, para que vivamos el espíritu mesiánico de paz y santidad que dimana del misterio de la santidad original de la Virgen, de este «Monte de Santidad». Misterio de luz, de armonía, misterio de la no violencia, porque es misterio de la ausencia de pecado. Porque es el misterio del amor inefable de Dios a todos los hombres. Amén.

NUESTRA CREACIÓN

> «La adorabilísima Trinidad, cuyo aliento es la santidad (LG 47), impulsora, por amor, de la creación del hombre a su imagen y semejanza (Gén 1,26-27), dándole la vida con su mismo aliento (Gén 2,7) y por ello destinándole a la santidad, es el fundamento de nuestra espiritualidad concepcionista. Por ello, con amor reverente y humilde, la monja concepcionista contempla y guarda amorosamente en su corazón esta iniciativa divina que da explicación a su existencia y certeza a su vocación concepcionista. Considera cómo fue alterada por el pecado-desorden del hombre y salvada amorosamente en una MUJER, MARÍA Inmaculada, por la acción omnipotente de Dios y la redención del Hijo de su Amor, dándonos en esta bendita "Descendencia", junto con la restauración del orden original roto, la forma de su santidad y la gracia para adquirirla» (Estatutos, 9,1-2).

Y ya estamos, hermanas, en el Monte Santo de la Concepción. Venid, nos diría nuestra Madre santa Beatriz, subamos la senda que nos abre el misterio de la santidad original de María. Subamos, porque en su cumbre contemplaremos la belleza y la intensidad del amor de Dios en nuestra creación. Sí, contemplando a María, su pureza, su santidad, su armonía, su dulzura, su paz, su bondad, su amor, entenderemos cómo nos creó Dios, y qué amor derrochó para crearnos tan inefablemente grandes. Viendo su belleza espiritual, su gloria, descubriremos para qué nos creó Dios. Viéndola tan gloriosamente bienaventurada, entenderemos por qué nos creó el Señor tan entrañablemente vinculados a él, al mismo tiempo que autónomos en nuestro ser. Y profundizando en el misterio de su santidad original entenderemos cómo hemos de vivir este proyecto creacional del Padre sobre nosotros, aun después de habernos hecho descender el pecado de toda esa grandeza. Lo entenderemos. Porque veremos que la misma gracia que a ella le preservó del pecado, en nosotras se convierte en fuerza santificante que nos limpia de él y nos preserva de caer en otros, como nos enseña el Santo Padre Juan Pablo II en una

de sus catequesis sobre la Inmaculada [1]. Esta gracia sabéis que es la Redención de Cristo. Lo veremos más adelante.

Todo esto bien reflexionado nos dará a entender cómo Dios Trinidad es el fundamento de nuestra espiritualidad concepcionista, según dicen nuestros Estatutos, como lo es también de nuestro ser. Y conoceremos cómo nos sigue amando el Padre después del pecado, y con qué amor nos da los medios para que recuperemos nuestra grandeza, es decir, para que vivamos su proyecto creador sobre nosotras.

Dios nos creó para la santidad, hermanas, porque de santidad, es decir, de perfecciones está constituido su Ser divino, del que nos hizo partícipes en nuestra creación. Nos lo recuerdan los textos que encabezan este capítulo. Nos creó para la santidad, y sigue manteniéndose esta vocación en nosotras a pesar del pecado. Ahí está la redención del Hijo, repito, testificando que es así. Ahí están sus dolores y su Muerte rehabilitando este proyecto creador del Padre y poniéndolo de nuevo en marcha hacia su fin: la santidad. Y ahí está también el Padre, entregándonos en su Hijo «la forma de su santidad y la gracia para adquirirla».

Sí, hermanas, el Padre nos quiere decir que este misterio, triple misterio de nuestra creación, redención y santificación, que nos expresa en toda su perfección y plenitud María, nuestra Madre Inmaculada en el misterio de su santidad original, está en pie y latente en su corazón de Padre y quiere que lo esté también en el nuestro.

Y quiere que nos convenzamos, de una vez para siempre, que él está deseando ardientemente que lo vivamos para que volvamos a ser el ser humano que tiene grabado en sus entrañas desde que nos creó. Nos quiere decir, una vez más, que nos amó infinitamente en nuestra creación, y nos creó con tanta ternura, ilusión diríamos nosotras, que no quiere, porque su amor que es eterno no le deja, desprender nuestra figura primera de su retina divina. El Padre, siempre que piensa en nosotras, y piensa siempre, nos recuerda como nos creó, por eso nos dio a su Hijo y en su Hijo su gracia redentora y su

[1] 5 de junio de 1996.

amor santificador, para que podamos volver a ser lo que somos en su mismidad divina.

¡Oh, inefable y eterno amor de Dios! ¡Oh, grandeza de nuestra creación!, ¿qué hacemos que la olvidamos tan fácilmente?, ¿tan estragado dejó nuestro sentido común el pecado para que no veamos lo que nos conviene ahora, después de nuestra redención? ¡Oh, Señor, que sólo tu omnipotente amor pudo levantar nuestra postrada y herida naturaleza del abismo en el que había caído enviándonos al libertador, Médico y Salvador nuestro, tu Hijo amado!; ¡que ese amor tuyo eterno y vivificante nos despierte ahora de la ceguera que nos invade y no nos deja reconocer nuestra propia grandeza, el amor tuyo de nuestra creación, que ya es nuestro, porque nos lo diste! ¡Oh, Señor y Padre querido, ayúdanos!

Ayúdanos a restaurar tu proyecto creador en nosotras con la mayor perfección que nos es dado, a fin de que tu amor de Padre se alegre con esa alegría que nos cuentas en el Evangelio (Lc 15,7) al ver cómo creemos y nos volvemos a ti, y vivimos tu amor creacional, tu proyecto de amor. ¡Padre, que sea así, que no te demos más pesadumbre, que no gastemos más años de nuestra vida arrastrando o maltratando tu proyecto creador; que no nos presentemos ante ti al final de nuestra existencia con él hecho jirones!

Porque, hermanas, ciertamente el designio creador del Padre ¡se cumplirá en nosotras! Se cumplirá, porque, aunque en pecado nacimos (Sal 50,7), más fuerte fue el Amor que nos creó, y como de don irrevocable e imperecedero que es (Rom 11,29) vino la Redención copiosa (Sal 129,7) a fin de que este proyecto creador del Padre, sobre el hombre, que es la imagen del Hijo, volviese a ser la rectora de la humanidad. Se cumplirá, sí, pero, ¿cómo?, ¿sin nuestra cooperación? No, hermanas. Nada se logrará sin esfuerzo. Veamos qué nos dice el mismo Dios que nos creó: «Bienaventurados los que lavan sus vestidos para tener parte del árbol de la vida y para entrar en la ciudad por las puertas» (Ap 22,14). ¡Nada impuro podrá entrar allí, hermanas, nada impuro! Miremos, pues, cómo nos conviene purificarnos mientras tenemos vida. Miremos en nuestra Madre Inmaculada, en su pureza, cómo hemos de ir superándonos para restaurar el proyecto creador del Padre.

Vamos, pues, con humildad y veneración, con los ojos limpios de la primera creación, a entrar en este santuario divino que es el misterio de la santidad original de nuestra Madre María, para contemplar en él la santidad de nuestra creación redimida que tan dichosamente ella refleja. Para contemplar su santidad inmaculada, su amor. Vamos, sí, a entrar en esta senda activando nuestro amor para subir esta escalada hacia el Monte Santo de la Concepción. Escalada que nos pide atención, actitud de escucha y contemplación, para ir aprendiendo virtudes redimidas en María, actitudes marianas, que, asumiéndolas, nos lleven a restaurar el proyecto creador del Padre sobre nosotras.

Comenzamos la contemplación poniendo a nuestra consideración la misma imagen que nos presenta la Biblia para describir nuestro origen, porque, como Palabra de Dios que es, es la que mejor nos descubre qué somos y cuánto comprometió Dios su Ser, su Persona divina en nuestra creación. Dice así el libro del Génesis: «Yahvé Dios formó al hombre del polvo de la tierra, le insufló en sus narices un hálito de vida y así llegó a ser el hombre un ser viviente» (Gén 2,7).

Hermanas queridas, aquí comenzamos a contemplar, y para hacerlo deberíamos ponernos de rodillas y adorar. Adorar, porque estamos entrando en el misterio inefable del amor y santidad de Dios derrochado en nuestra creación. Anteriormente sabemos que nos ha precedido la admirable creación de los grandes luminares, de las inmensas galaxias, de toda la ornamentación del cosmos, floresta, animales, peces, aves, etc. Ha puesto Dios orden en las aguas, en todo lo que constituye el cosmos. «Y ha visto Dios que todo era muy bueno.»

Era muy bueno, sí, pero no fueron creados con capacidad para sentir con él, para participar su amor y amar con él, para reconocer a su Creador y relacionarse con él y vivir su misma santidad y, según nos dice la Biblia, Dios decidió coronar su creación creando ese ser inteligente, que somos los hombres.

Y aquí es donde hemos de esforzar nuestra mente y nuestro corazón, queridas hermanas, para entender bien qué nos quiere decir Dios con esta imagen, aunque sea *simbólica,* que nos ha presentado su Palabra del inicio de nuestra creación. Esta imagen que, primero, es de barro y, después, su amor inmenso la convierte en ser viviente. Nos interesa mucho profundizar en esto

para «conocernos» y saber a qué nos obliga haber sido creadas así, como nos narra el Génesis, y que hemos transcrito arriba.

Porque, hermanas, ¿no os parece que esto no se nos narra así por casualidad? No. Porque ya sabemos que la divina Palabra está siempre ceñida de divinos misterios. Sabemos que contiene en sí a Dios, su mente divina, su revelación, su acción. Si continuamos contemplándola con los ojos limpios de nuestra primera creación, entenderemos que lo que se nos quiere revelar aquí es nuestra naturaleza humana. Cómo Dios la pudo comenzar en una materia inerte, sin vida, que pudo ser barro sólo con forma y, por tanto, muy distinta y distante de él, y cómo después la transformó en lo que somos, en seres vivientes con participación en su vida divina.

Sigamos, sigamos leyendo la divina Palabra, mejor, sigamos adorándola y veamos cómo se nos comunica la vida. El texto sagrado nos dice que «Dios insufló en sus narices un hálito de vida y así llegó a ser el hombre un ser viviente» (Gén 2,7). Y Job, a quien Dios le hizo entender mucho de estas polaridades, vida-muerte, nos aclara diciéndonos que «fue el espíritu de Dios, el soplo del Omnipotente quien me dio vida» (Job 33,4).

Sí, hermanas, fue la fuerza incorruptible del Espíritu de Dios quien nos dejó convertidas en seres vivientes vinculados a él, aunque libres. Aquí, hermanas, es donde hemos de detenernos y contemplar. Miremos muy despacio, con asombro, con admiración, a nuestro Dios, contemplando nuestro ser sin vida divina. Mirémosle cómo, decidido a darle vida, se acerca a él, se acerca a nosotros impulsado por su amor. Y tanto nos acercó a él, que nos dejó hechos amor, vida, hechos a su imagen y semejanza (Gén 1,26), entrando, por ello, con nuestro ser humano en una relación inefable de intimidad, de presencia y de amor.

Así, hermanas, así. De este modo. No de otro. No como a los animales, aves y peces nos comunicó Dios la vida, sino que fue su hálito de eternidad quien nos dio la existencia comprometiendo en ello toda su Personalidad divina, su Ser íntegro, Uno y Trino. Así nos lo revela la Biblia también. Sigamos escuchando con corazón atento y ojos limpios. Oigamos.

Dijo Dios al crearnos: *«Hagamos* al hombre a nuestra imagen» (Gén 1,26). ¿Veis, hermanas? Dios habla aquí en plural,

que quiere decirnos que Dios hizo entrar en juego en nuestra creación todo su misterio inefable. Hizo entrar la plenitud desbordante de su Ser *Padre,* que es ser Causa y Origen de cuanto existe, capaz de engendrar en Sí mismo su propia imagen, que es su *Hijo,* «Dios de Dios», en el cual se agota de Amor, que es su *Espíritu Santo.*

¿Por qué os recuerdo esto, hermanas queridas? Porque es necesarísimo tenerlo en cuenta para tener un conocimiento claro de cómo fue nuestra creación, de cómo nos hizo Dios: Porque al decidir este inefable Dios nuestro Uno y Trino nuestra existencia así, como lo hizo, a su imagen y semejanza comprometiendo su misterio trinitario en ello, lo hizo porque, llevado de sus entrañas misericordiosas y de su amor inmenso, quiso crearnos hijas en el Hijo, su imagen, su Verbo divino (Jn 1,1), para que vivamos así, como somos: *hijas* vivificadas por su Amor, que es el Espíritu Santo.

Y aun en esto concurrió, consecuentemente, otra fineza maravillosa de su amor eterno, del misterio inefable e insondable de ese su Ser Uno y Trino adorable, que empapa de dulzura y de grandeza nuestra creación y la llena de júbilo. Y es que, por el hecho de que el Padre, al agotarse en su Hijo, en su Verbo divino, se expresa siempre en él, como nos dice san Juan, que: «todo fue hecho por él y sin él nada se hizo» (Jn 1,3) resulta que fuimos hechas *imagen* de Dios, por el mismo que es Imagen de Dios, Cristo, (Col 1,15-16), imagen del Padre. ¡Oh, grandeza y ternura inmensa de Dios con el hombre, hermanas, que quiso que el *Hijo* mismo nos hiciese *hijas* para el Padre en él, entregando a nuestro ser su mismo espíritu filial según voluntad mutua del mismo Dios que dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen»! (Gén 1,26). ¿Se puede poner más amor en nuestra creación? ¿Pudo Dios comprometer más su Ser divino en ella? ¿Puede caber mayor grandeza en ese «Hagamos al hombre a nuestra imagen»?

No, hermanas, no puede haber más. No pudo Dios poner más amor ni más ilusión en nuestra creación. ¡Oh!, ¡cómo nos asombra este gran misterio de nuestra existencia! ¡Cómo nos asombra la relación de intimidad y de presencia en la que entró su Ser divino con nosotras en nuestra creación!, como más tarde nos dirá: «con lazos de amor» (Os 11,4) dejó ligada

nuestra existencia a la suya. «Fui para él como quien alza a un niño sobre su propio cuello y se inclina hacia él para darle de comer» (Os 11,4b). Sí, fue para nosotras Padre, como nos lo recuerda nuevamente su Palabra por medio de Moisés al llamarnos de nuevo a su amor primero: «Le han traicionado los que él había engendrado sin tacha... ¿Así pagáis a Yahvé...? ¿No es él tu padre, el que te creó? ¿No es él el que te hizo y constituyó?... Te olvidaste de la roca que te engendró, ya no te acuerdas del Dios que te dio a luz» (Dt 32,5-18).

Sí, hermanas, su presencia en nuestra existencia es de verdadero Padre, y la de Jesús, su Verbo divino, su Hijo, es de verdadero hermano, según nos dice por san Pablo: que «nos predestinó para ser conformes con la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito de muchos hermanos» (Rom 8,29).

Sí, hermanas queridas, es para asombrarnos de verdad de que Dios nos haya amado tanto y siga amándonos así, como hijas. De que siga manteniendo su presencia en nuestro ser con su misma vida de *Padre;* de que siga viendo a su Hijo y amándole en nuestra existencia pecadora, de que siga alentando con su Espíritu nuestra vuelta a sus brazos para que seamos o retornemos a ser la imagen santa de su Hijo que ambos crearon.

¡Oh, hermanas!, que nunca reflexionaremos suficientemente este misterio de amor entre Dios y nosotras que constituye nuestra creación. ¡Nunca pensaremos suficientemente el amor inmenso que Dios puso en ella! No. Nunca conseguiremos tomar conciencia clara y lúcida de lo que significa para Dios y para nosotras nuestra existencia. Pensémoslo, por un momento más, despacio, para que nos penetre la mente y el corazón y nos cambie. Mirémonos cuando sólo éramos cosa distinta y distante, muy distante de Dios... un poco de polvo, de barro... nada. Y mirémonos ahora, después de haber entrado en juego el amor inmenso de Dios sobre nuestra existencia; después de habernos acercado a él tan inefablemente para darnos vida con el soplo de su boca... mirémonos así... contemplándonos con amor el Padre, «hechas a su imagen, según su propia semejanza» (Gén 1,26). Mirémonos así... hechas hijas de Dios... bendiciéndonos. ¿Qué diremos?, ¿qué haremos?, ¿sabemos a qué nos obliga esto?

¡Oh, hermanas!, digamos con san Pablo: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en

la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos... Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad» (Ef 1,3-9).

¿Qué haremos, pues?, ¿cómo volveremos al amor y santidad de nuestra creación?, ¿cómo secundaremos, ahora que nos lo ha dado a conocer, el misterio de su voluntad creadora? ¿Cómo responderemos al Padre a su designio creador, salvador y santificador? ¿Qué haremos, hermanas? ¡Oh, sí, sí, mis hermanas, que el mismo Espíritu Santo, que hizo inmaculada a María, nos tiene revelado un libro en la Sagrada Escritura que nos alumbra certeramente la senda del retorno al amor primero de nuestra creación, a la santidad de nuestro origen, pues que él mismo conduce a él, a la liberación del propio pecado, al amor del Dios Trino que nos creó, como veremos! Me refiero al Cantar de los Cantares que, si recordáis, es el libro que mejor nos puede llevar al amor del Padre, porque es el libro que más propia y directamente lo canta y nos impulsa a él, consecuentemente. La fuerza para caminar nos la da Cristo con su redención, que tiene *poder* no sólo para purificarnos y liberarnos del pecado, sino también *para preservarnos* de caer en otros durante el recorrido, hemos recordado ya.

Veámoslo, hermanas queridas. Cojámoslo y comencemos a leerlo, pero hagámoslo con corazón de niño, con ese corazón que, en el Evangelio, Jesús nos pide que tengamos. Con el corazón puro, como recién salido de las manos de nuestro Creador, que ve con ojos limpios el amor purísimo, casto y encendido de nuestro Dios, y así entiende su lenguaje divino que nos habla. Hagámoslo así, y así podremos caminar y entender la primera petición con la que el Espíritu Santo abre el libro, y que pone en nuestros labios para pedir al Padre, a pesar de nuestro pecado, el retorno al amor santo de nuestra creación primera. Dice así: «Béseme con los besos de su boca» (Cant 1,2).

Y aquí, hermanas, tenemos que dejar paso franco al asombro, porque, aunque deseamos vivamente entender esta divina Palabra con corazón inocente, y aunque creemos en la eficacia de la redención de Cristo, la realidad de nuestro pecado nos hace infranqueable este tan alto lenguaje, a nosotras, tan pequeñas. ¿Cómo puede ser que el Espíritu divino nos quiera enseñar y hacer retornar al amor que Dios nos tiene y puso en nuestra creación, así, impulsándonos a pedirle los besos de su boca a nosotras, tan pecadoras, a todos los humanos, que tan distanciados de Dios nos ha dejado el pecado? ¿Cómo salvar esta distancia? ¿Cómo entender este lenguaje, pues?, ¿cómo llevarlo a la práctica?

Sí, hermanas. Es un lenguaje muy elevado. Pero es el que corresponde al amor creador de Dios. Por eso, aunque con asombro hemos de creer que expresa la realidad del inefable misterio de nuestra creación. Sí, hermanas. Sólo con un corazón limpio y puro como el de María podremos acoger en nuestro entendimiento la asombrosa revelación de este inefable amor de Dios. Y entenderemos que no de otro modo, sino poniendo en nuestro corazón esta encendida relación de amor con él, pudo el Padre explicarnos la intensidad de amor que él puso en nuestra creación. Y puede explicarnos, y entender nosotras, el grado de amor divino que, consecuentemente, nos corresponde vivir. Y entenderemos, asimismo, que, si queremos reemprender la relación de amor con nuestro Dios y Creador que nos exige nuestra vocación, tiene que ser asumiendo esta petición, que para eso se escribió: «Béseme con los besos de su boca». Para eso nos la reveló, para que sea el impulso vivificante de nuestro regreso a él.

Y si la encontramos excesiva, si nos parece demasiado elevada, si nos extraña esta expresión tan alta de amor para tratar a Dios, esta extrañeza nuestra nos está revelando nuestro descenso del elevado grado de amor con que fuimos creadas. Nos está revelando el ruin que tenemos ahora, para que tomemos conciencia de él. Nos está revelando también la llamada de Dios a superar esta degradación nuestra, este descenso del amor que el Padre dejó en nuestro ser al crearnos, y que ahora el Espíritu Santo, como quien sabe hacernos pedir lo que nos conviene (Rom 8,26), vuelve a impulsar, enseñándonos

así a clamar y buscar con estos encendidos deseos, como ciervas sedientas (Sal 42), nuestra Fuente divina, que es Dios. Así quiere Dios que lo hagamos.

Sí, hermanas, así, con estas ansias de amor tan vigorosas e intensas y delicadas hemos de buscar a Dios, porque son las que corresponden a nuestra creación y, consecuentemente, son con las que quiere que le amemos, porque él no ha *cambiado*. ¡Oh! y sólo mediante la vivencia y fidelidad a este nuestro primer amor podremos entender que Dios no cambia. No, no ha cambiado a pesar de nuestro pecado. No ha cambiado porque no puede cambiar: «Su amor es eterno» (Sal 135,1). «Su fidelidad dura por siempre» (Sal 116,2). «Su misericordia va de generación en generación» (Lc 1,50). Y por eso comienza a explicarnos y llamarnos al amor inmenso con que nos creó desde el mismo sitio, altura o intensidad que lo dejamos cuando nos alejamos de él por el pecado.

Y, aunque nuestro razonamiento anterior, hecho desde nuestro pecado, es válido, es verdadero, no es éste el momento de ponernos a razonar, sino de dejarnos asombrar por el inmenso amor de Dios y dejarnos llevar por él, porque, aunque nos haya cambiado el pecado original, por dicha nuestra según dije arriba, Dios no ha cambiado, y con este versículo que pone en nuestra boca y quiere que le digamos, él nos está revelando que su disposición e intensidad de amor hacia nosotras es la misma ahora que la que tenía cuando nos creó.

Por eso nos hace ahora el Espíritu Santo esta invitación a pedirle los «besos de su boca», que es pedirle la vuelta al primer amor y gracia de nuestra creación. Al amor con que nos creó. Al fin para el que nos creó, que es para ser conformes con la imagen del Hijo. Es decirnos él que quiere volver a vivir en nosotras y con nosotras la limpieza, inocencia y ardor de su amor primero. Que para eso nos da esta vocación tan santa. Que para eso quiere que seamos concepcionistas. Quiere rehacer su obra creadora en nuestro ser, su fecundidad y amor de Padre, con la limpieza, santidad y amor con que la inició. Quiere ver en nuestra alma la santidad de su imagen, que es su Verbo divino, su Hijo amado, que es quien expresa su santidad, como dicen nuestros Estatutos. Quiere que vivamos

ardientemente la relación de intimidad y amor con su misterio Trinitario que nos corresponde por nuestra creación.

¡Oh, hermanas, qué sublime vocación! Que por esto el Espíritu Santo nos impulsa a tanta altura desde el principio, como son los besos de la boca del Padre. Frase tan llena de contenidos divinos como hemos visto. Frase tan cargada de misterios inefables como veremos. Sí, hermanas, sí. Veremos cómo coincide esta petición con el hecho de haber sido creadas a imagen y semejanza de Dios y de habérsenos dado la vida con el «soplo» de su boca.

Sí, adelante veremos cuán necesario es que le pidamos al Padre los «besos» de esa «boca» suya que nos ha dado la vida, «por la que fueron creadas todas las cosas» (Col 1,16), para que podamos retornar a él y mantener la relación de amor con él en el grado de santidad e intensidad que él estableció al crearnos así, tan primorosamente, y realicemos su proyecto creacional en nosotras.

¡Oh, María, ayúdanos a entender con corazón inocente y amor encendido el amor y misterio creador que encierra esta sublime frase: «béseme con los besos de su boca»! (Cant 1,2). Enséñanos, porque ella nos revela la intensidad de amor con que hemos de vivir nuestra vocación, el grado de entrega y fidelidad que necesitamos para subir el Monte de la Concepción, que es vivir el misterio de tu santidad original. Nos revela el empeño que hemos de poner en llegar al amor perfecto, que es la realización plena de nuestra vocación consagrada, porque sólo así sabremos amar al Padre como él quiere que le amemos. ¡Oh, María, ayúdanos a que dejemos que el Espíritu Santo asombre nuestro corazón con toda la fuerza del amor creador del Padre, hasta que nos atrevamos a pedirle «los besos de su boca» para que retorne nuestra alma a la transparencia, ternura y santidad del «soplo» divino que alumbró nuestra existencia! Así, a imitación tuya, Madre.

Porque, hermanas, para nosotras es lo mismo pedir a Dios los «besos de su boca» que el retorno a la santidad de su «soplo» divino, porque con las dos expresiones le pedimos lo mismo, así como con las dos expresiones se nos revela lo mismo: el amor y santidad que Dios puso en nuestra creación. Pues que, tratando de Dios, da lo mismo decir que nos creó

o dio vida con su «soplo» que con los «besos de su boca», pues que Dios, como espíritu que es, no tiene boca ni para darnos su «aliento» ni para darnos sus «besos». Pero convenía expresarnos su amor de alguna manera. Y por eso, como en Génesis convenía más decir «aliento» o «soplo» para expresar su amor en el modo como nos dio vida, pues que el «aliento» o «soplo» se relaciona más con la vida o respiración, así, en el Cantar de los Cantares se nos dice «besos» porque es el hecho que más expresa la relación de amor e intimidad con el ser querido. En nuestro caso, de Dios con nosotras y de nosotras con Dios, tal como él quiso que fuera de estrecha e intensa nuestra relación de amor con él, que por eso nos dejó a todos hechos amor de su mismo amor.

Por eso, por lo estrechamente vinculada que dejó nuestra existencia a la suya, como nos lo ha revelado en Cristo, desde nuestra creación, hemos visto nosotras en este libro del Cantar algo así como la revelación de su amor creador y la invitación a penetrar en este insondable misterio de amor divino que constituye nuestra creación, como dije antes. Porque, si este libro es el que más expresamente canta su amor, como así es, pues está solamente dedicado a él, y, por otro lado, es en nuestra creación donde Dios comenzó a expresarnos su amor, lógicamente Dios empezaría a revelarnos su amor por donde comenzó, por el hecho de nuestra creación, y así, la primera petición que en el libro de su amor está escrita: «béseme con los besos de su boca», sería la revelación del amor que él puso y nos dio en nuestra creación, y la de la gracia redentora que nos habría de asistir para entrar en este santuario del amor creacional, e iniciar el retorno a la relación de intimidad, amor, presencia y santidad con la Santísima Trinidad que nos corresponde por nuestra creación, por haber sido creadas a su imagen y semejanza.

Sí, mis hermanas queridas, porque este elevado acto de amor que estamos reflexionando y con el que el Espíritu Santo nos empuja suave y amorosamente hacia Dios, está descorriéndonos su misterio divino, su Trinidad, que vimos antes. Diríamos como que ahora nos quiere abrir de par en par, con este «béseme con los besos de su boca», la entraña amorosa de esa Trinidad divina para que más le conozcamos, y más

nos conozcamos, y mucho más aún le amemos cuando sepamos qué nos está impulsando a pedirle cuando pedimos «los besos de su boca». Veamos, hermanas, veamos.

Primero veremos el amor tan intenso del Padre que ha precedido al de la Esposa santa, que, como os recordé, somos nosotras. El cual ha creado en ella la necesidad de pedirle sus besos divinos. Y segundo, lo vinculadas que nos ha dejado nuestra creación a esos besos de la boca del Padre, para que logremos el proyecto creacional del Padre sobre nosotras, y cómo hemos de asumirlos y responder a ellos. Veámoslo, hermanas, con el corazón puro, pues sólo así se pueden ver las cosas de Dios, ¡tan santas!

¿No os parece que el Espíritu Santo quiere decirnos algo al impulsarnos a pedir a Dios sus besos en tres tiempos, que son las palabras distintas «béseme» con los «besos» de su «boca», cuando sería suficiente decirlo en un solo tiempo, «béseme»? Para entenderlo un poco, nos vendrá bien regresar un momento a lo que dije al principio de este capítulo, donde se nos habla de la Trinidad de Personas dándonos vida. Primero, del Padre, «Causa» y «Origen» de cuanto existe. Después, del Hijo, «expresión» e «imagen» del Padre. Y por último, del Espíritu Santo, «aliento», «acción» o «amor» de entrambos.

Pues bien, vamos a ver qué relación pueden tener estas tres palabras con el misterio adorable de la Trinidad divina. Primero vemos la palabra «béseme». Y en ella encontramos expresado el origen del amor y su movimiento. Porque si esta palabra se ha pronunciado es porque en el corazón de la Esposa santa existe alguien que ha originado el amor. *Existe,* lo *impulsa* y está *latente* en él. ¿Verdad, hermanas? Esto por una parte.

Por otra, esta palabra está expresando la *dependencia* que existe entre la Esposa y el que ha originado el amor en ella. La Esposa aquí sólo manifiesta el deseo, no ejecuta la acción. Pide el beso. Que es decir que *depende* de quien ha originado el amor en ella. *Depende* y expresa la dependencia. Esto, que podría ser normal en cualquier relación humana, en la Sagrada Escritura no es así, porque ésta, como sabéis, siempre expresa un contenido sobrenatural. Leído este texto con los ojos de Dios, y puesto que es el libro que canta su amor, bien podemos

entender que lo que nos expresa es la naturaleza del amor, que es Dios (1 Jn 4,8). Origen y Causa del amor, que comunica a sus criaturas.

Por ello, en este lenguaje divino, las concepcionistas entendemos que el Espíritu Santo, con la palabra «béseme», nos está remitiendo y revelando el Ser del Padre, Origen de todo. Origen del amor, y, como hemos reflexionado ya, también de nuestro ser. Es por esto que *dependemos* de él. Jesús nos lo confirma respecto de él mismo: «Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti» (Jn 17,1-8). Es, pues, el Padre, quien despierta en nuestra alma el amor divino, como despertó nuestra existencia. Y a él, por tanto, desea y pide el alma impulsada por el Espíritu con ese «béseme» que expresa. Es, pues, la presencia del Padre fuerza creadora y amorosa de cuanto existe, quien está latente en el deseo de la Esposa, en la expresión «béseme».

Sí, hermanas, ésta es la relación inefable de presencia y de intimidad o amor en la que el Padre constituyó nuestra existencia humana. De presencia, por su gracia o vida divina que hizo correr por las venas de nuestro espíritu recibido de él, y por el que puede llamarnos, en verdad, hijas, y nosotras a él, Padre. Y de intimidad, por el amor palpitante que dejó en nuestro corazón. Amor suyo que tiende a él mismo, y es el que nos hace buscar amor, pero amor eterno, amor que no acabe. Amor y deseo que sólo con el de Dios se sacia, no con el de las criaturas, por más que lo deseemos y busquemos. Pues sólo con un amor que no tenga fin nos sentiremos todos plenamente complementados y saciados.

Y eso es así porque, como vimos al principio, fue el amor divino quien causó en nosotras la vida. Fue Dios el protagonista de nuestra existencia y su Causa. Su Persona divina, que conlleva en Sí mismo el amor y la vida que comunica amor, lo dejó en nuestro ser humano con el «aliento» divino o «beso de su boca» (que aún este término último aclara más lo que Dios comprometió su Ser en nuestra creación, como vamos viendo). Por eso, vivir es querer amar. Vivir es querer ser amados. Que, en definitiva, es desear a Dios. Porque el amor que buscamos, como digo arriba, el amor que deseamos es el que no tiene término. Y ése sólo es el de Dios.

Así, mis hermanas queridas, así es que, sin entenderlo del todo, este hálito de eternidad que subyace en nuestra existencia nos hace buscar algo que desconocemos, pero que nos atrae y nos impulsa hacia su posesión, que, en definitiva, es hacia Dios, del cual, las criaturas, con su bondad, son insignificantes destellos (Eclo 43,26-28); y que el Espíritu Santo ahora nos revela, condensa y pone en nuestros labios y en nuestro corazón en esta frase bíblica que venimos comentando: «béseme». Y con la que, expresada desde el hondón de nuestro ser, nos pone en contacto con ese amor de eternidad deseado, pues que nunca es más fuerte la presencia del Amado que cuando lo deseamos tan vitalmente. Y hace así que, casi sin darnos cuenta, nos encontremos instaladas en la fuerza transformadora de nuestro ser, que es el mismo Dios. En esa misma fuerza transformadora que cambió nuestra masa de barro en imagen viva de Dios, según nos recuerda asimismo san Pablo al decirnos que «en él vivimos, nos movemos y somos» (Hch 17,28).

Miremos, por tanto, hermanas queridas, miremos si tiene razón el Espíritu Santo en dirigir la fuerza de nuestro amor hacia Dios e impulsarlo con esta frase encendida de amor. Mirémoslo bien y atendámosle, para que no se pierda en nuestra existencia esa fuerza transformadora divina que nos creó a su imagen, y pueda él llevar a término, a plenitud, la gracia de nuestra creación, su proyecto creador.

Porque, ¡oh!, ¡cuántas veces equivocadamente buscamos el amor de las criaturas desordenadamente, quedándonos, por ello, insaciadas! Sí, insaciadas. Porque no es por el amor de ninguna cosa creada por lo que existimos, sino por el amor de nuestro Creador. Por eso, no es por ninguna cosa creada por lo que suspira nuestro corazón definitivamente, sino por el amor del que puso en movimiento nuestra vida y amor. Sí, mis hermanas, no me cansaría nunca de decíroslo. Si buscamos amor, pero amor del que plenifica nuestro ser, es porque en nuestro corazón está su amor, que nos lo metió él con el beso de su boca. ¿No vemos que los animales, aunque tienen vida, no saben buscar amor, sino saciar sus instintos? Son incapaces de buscar más plenitud. Aquí se ve la diferencia de vida que nos transmitió Dios. A ellos también les dio vida, pero no con el «beso de su boca», no con su hálito divino.

Miremos, hermanas, que es muy importante esto, que estamos tocando la esencia de nuestro ser, y también la de Dios a cuya imagen nos hizo. Dejémonos arrastrar por el Espíritu Santo que sabe hacernos desear y pedir lo que nos conviene (Rom 1,26), como dije antes, y deseemos ardientemente este amor del Padre, y pidámoselo así, como nos enseña el Espíritu: «béseme», mi Dios, a fin de cooperar con él a retornar nuestro ser a la imagen y amor santo que nos creó.

Miremos que es así, con estos deseos encendidos, como quiere encontrarnos el Padre, para que podamos vivir todo este misterio de amor que nos está revelando el Espíritu y que nos exige nuestra vocación concepcionista, la subida al Monte de la santidad original de María o vivencia pura del Evangelio. Andemos nuestra vida, hermanas, no con los ojos cerrados, no como vive la inmensa mayoría de la humanidad, inconsciente de que camina en busca del amor eterno, que es Dios, y así lo deja perder. Porque en definitiva, aunque no lo entiendan ni lo deseen, es a Dios a quien desean cuando buscan tan afanosamente la felicidad. No. Nosotras busquemos, en todo lo que hagamos, llenarnos y saciarnos de este amor divino que nos hizo seres vivientes cuando sólo éramos barro. ¡Oh, qué vigorosa, abundante y fértil será nuestra vida así!

¡Oh!, ¡cuánta razón tiene el Espíritu Santo al motivar nuestro amor al Padre con esta palabra: «béseme», pues que dirige nuestro ser *dependiente* ontológicamente hacia el que lo originó. ¿Verdad, hermanas, que con este amor divino tan deseado y pedido podemos caminar aprisa hacia el amor perfecto o Monte de la Concepción? ¡Oh, sí, Padre, digámosle, «béseme» tu ternura divina, «béseme» tu omnipotencia y tu misericordia, «béseme» tu energía divina y tu amor eterno, para retornar a tu amor y allegarme más y más a Ti!

Pero para que no erremos el camino, el mismo Espíritu nos hace pedir seguidamente, en el texto que comentamos, que nos bese con su «beso». ¿Qué es esto, hermanas? ¿Qué quiere decirnos con esto el Señor? Pues quiere decirnos que necesitamos un guía divino que nos conduzca por la senda del amor perfecto y nos acompañe hasta la cumbre del Monte. Y este guía sabe el Espíritu Santo que tiene que ser él mismo representado en el «beso».

Me diréis: ¿por qué sabemos que es el Espíritu Santo el que está representado en el beso? Hermanas, creo que está muy claro para todas nosotras que el beso es el amor puesto en acción. Que es, normalmente, una manifestación externa del amor que procede de la persona que ama. Pues bien, en el plano de Dios y de su amor, que es a quien revela el poema que reflexionamos, el amor puesto en acción y que procede del Padre es el Espíritu Santo. Así nos lo atestigua la Sagrada Escritura. Veamos.

Jesús, hablando con sus discípulos en la última Cena, les dice refiriéndose al Espíritu Santo: «Cuando venga el Consolador, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de la verdad, que *procede* del Padre...» (Jn 15,26). ¿Veis, hermanas? El Espíritu Santo procede del Padre. Y en cuanto a que es también el amor del Padre puesto en acción o exteriorizado, lo tenemos también atestiguado a lo largo de toda la Sagrada Escritura, desde la creación hasta el último libro del Nuevo Testamento, que es el Apocalipsis.

Respecto de la creación, nos dice la Biblia: «La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo, pero el *espíritu* de Dios aleteaba sobre las aguas. Entonces dijo Dios: "Haya luz". Y hubo luz» (Gén 1,2-3); ¿veis, hermanas? Era el espíritu de Dios el que aleteaba. Es una manera de explicar la acción de Dios llevada a cabo por su espíritu y amor. Y así, aleteando el espíritu, que es poniendo Dios en acción su amor, comenzó la creación.

Esto en cuanto al cosmos. Respecto de nuestra creación ya vimos al principio cómo nos dice la Palabra de Dios en el libro de Job que «fue el soplo del Omnipotente quien nos dio vida, me ha hecho el espíritu de Dios», afirma (Job 33,4). Y a lo largo de toda la historia del pueblo de Dios son numerosas las actuaciones del Espíritu a favor de su pueblo (Jue 13,25; 14,6; 1 Sam 19,20-24; Ez 3,12), y otros más.

En el Nuevo Testamento, una vez que la Beatísima Trinidad decide nuestra redención, el Verbo de Dios se encarna del modo siguiente: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el niño que nazca será santo y llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35). Y más adelante, actuando ya Dios su acción santificadora por la en-

carnación de su Hijo, se nos dice: «Cuando Isabel oyó el saludo de María, el infante saltó en su seno e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Y dijo a grandes voces...» (Lc 1,41-42).

Asimismo, cuando llega la hora de manifestarse Jesús a su pueblo, Juan les prepara así: «Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo» (Mc 1,8). Y para comenzar su ministerio: «Al punto, el Espíritu lo empujó hacia el desierto. Y estuvo en él durante cuarenta días...» (Mc 1,12-13). San Lucas nos lo refiere así: «Jesús, lleno de Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue conducido al desierto bajo el influjo del Espíritu» (Lc 4,1).

Efectuada ya la redención, es el Espíritu Santo quien se hace presente a los Apóstoles y pone en marcha la Iglesia impulsándolos a la predicación. San Lucas nos cuenta la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y termina diciendo: «Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu Santo les movía a expresarse» (Hch 2,1-4). Así se lo había prometido Jesús: «el Consolador, el Espíritu Santo, el que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todo y os recordará cuanto os he dicho» (Jn 14,26).

Y así fue haciéndolo en las primeras comunidades cristianas, como nos narran los Hechos de los Apóstoles: «Acabada su oración, tembló el lugar en que estaban reunidos, y quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y anunciaban con libertad la palabra de Dios» (Hch 4,31). Hecho que se repetía con frecuencia ocasionando con esto el crecimiento de la Iglesia.

El Espíritu Santo iba delante, hermanas. Escuchemos: «Hablaba aún Pedro, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban sus palabras. Todos los fieles circuncisos que habían venido con Pedro se maravillaban de que el don del Espíritu Santo se hubiera derramado también sobre los gentiles, pues les oían hablar lenguas y glorificar a Dios». Dijo entonces Pedro: «¿Puede acaso alguien negar el agua del bautismo a éstos, que recibieron el Espíritu Santo como nosotros?» (Hch 10,44-46). ¿Veis, hermanas, cómo se adelantaba la *Acción* de Dios o Espíritu Santo a la acción de los hombres en la expansión de su Iglesia?

Y miremos también cómo fortalecía, iluminaba y llenaba de gozo a los seguidores de Cristo: «Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo» (Hch 13,52), enseñándoles, consecuentemente y como agente del amor divino, a acoger en su corazón a todos los que el Padre acogía, que eran todos los hombres creados por él. Dice así el texto de los Hechos: «Y Dios, conocedor de corazones, testificó en su favor, dándoles el Espíritu Santo, como a nosotros; y no ha hecho diferencia alguna entre ellos y nosotros, purificando sus corazones con la fe» (Hch 15,8-9).

Así quiere enseñarnos y alentarnos a nosotras en la respuesta que hemos de dar a su «llamada» divina. Oigamos: «Igualmente también el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos qué pedir para orar según conviene; porque el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rom 8,26).

Sí, hermanas, y por eso hace que le pidamos al Padre así: «Béseme con el beso de su boca». «Béseme con su beso»; sí, para que este mismo Espíritu Santo que ha fecundado todo el cosmos con la creación, que ha engendrado en María al Hijo de Dios, que ha impulsado el ministerio del Redentor y la vida de su Iglesia, nos lleve a vivir el amor y el espíritu filial hasta la cima de la perfección. Sí, hermanas, porque «cuantos son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios [y él es el que nos puede hacer volver a llamar a Dios Padre]. ¡Abba! ¡Padre! El mismo Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Rom 8,14-17).

¡Oh, sí, hermanas queridas, sí! «el que nos formó para este destino es Dios, que nos dio por arras su Espíritu» (2 Cor 5,5). Por eso quiere que se lo pidamos ahora con este lenguaje tan cercano y cariñoso. ¿Veis cómo su misma Palabra emplea las palabras «arras» y «beso» para expresarnos el amor que nos tiene y la vinculación esponsal que él ha establecido con nosotras y que quiere llevar a cabo a través de su Espíritu Santo? Así vuelve a repetírnoslo: «habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (Ef 1,13b).

¡Oh, sí, hermanas!, nosotras no perdamos este don. Esforcémonos. Hagamos caso de lo que nos dice el Apóstol: «vosotros haced que la unción que habéis recibido de él perma-

nezca en vosotros» (1 Jn 2,27). Por eso, hermanas, con corazón limpio y como abejas laboriosas, sabiendo que es al mismo Espíritu Santo al que se nos enseña pedir en este texto del Cantar de los Cantares, vamos a tratar de libar algo de la mucha miel que contiene esta segunda palabra «besos» con relación a su *acción* en nuestras almas, a fin de que no sólo no permitamos que se pierda su unción divina en nosotras, sino que, entendiendo cuán necesario es pedir al Padre su «beso» divino o Espíritu Santo, y a qué se nos impulsa cuando se nos dice que le pidamos, a qué nos obligamos pidiéndolo, y qué es en la experiencia el «beso» de la boca del Padre, trabajemos con él por llevar a su plenitud este deseo de Dios; este «béseme con los besos de su boca», que es nuestra santificación.

Para entender estas cosas del espíritu, san Pablo nos dice que antes necesitamos hacer el despojo del propio pecado, al menos con el afecto, y tomar una opción firme de entregarnos a Dios. Escuchémosle: «Despojaos... del hombre viejo, que se corrompe según los deseos depravados del error, y renovaos en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, el creado según Dios, en justicia y santidad verdadera» (Ef 4,22-24). Porque sólo desde una firme decisión de dar la espalda al pecado podremos entender y abrirnos a la *acción* santificante del Espíritu y a su unción divina, pues que el divino Espíritu es santidad y no pacta con el pecado; es amor y no conexiona con el egoísmo; es luz y no se aviene con las tinieblas del error; es fecundidad y calor y no se puede juntar con la fría esterilidad del mal. Su unción divina siempre espiritualiza, su acción siempre santifica, su amor deseable siempre diviniza. Por ello necesita encontrar el alma sin afecto al pecado, como necesaria disposición para actuar en ella.

En nadie mejor que en nuestra Madre Inmaculada podemos comprobar los efectos que causan el «beso» de la boca del Padre o acción del Espíritu, en quien lo recibe. María, la siempre Pura, la siempre Santa, la siempre Inmaculada, nos muestra, en el sol de su creación que se mantuvo en todo su esplendor durante toda su vida, la eficacia de este beso santo de Dios, que también brilló en nuestra creación, y que, ahora,

el divino Espíritu quiere retornarlo a su primigenio esplendor de santidad.

Y, ¡cómo está empeñado, hermanas, en volverlo a los resplandores de su Origen! Describir esta *acción* suya y este empeño por santificarnos sería darlo a conocer en su misma esencia santificadora; profundizar en su afán santificador sería descubrirle en su misma naturaleza divina y santificante. Y aunque esto no podemos hacerlo, pensemos, hermanas, que, así como la esencia del Padre es ser Origen y Causa de cuanto existe, y la del Hijo es ser Expresión e Imagen del Padre, la del Espíritu Santo es ser Amor *santificante.* Y aunque en toda Obra de la divina Trinidad estén presentes siempre las Tres Personas, en cambio, al Padre se le atribuye la creación, al Hijo la redención y al Espíritu Santo se le atribuye la *santificación* de los redimidos. Y si el Padre nos creó a imagen y semejanza suya, y nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo (Rom 8,29), y el mismo Hijo, como Expresión amorosa del Padre nació y murió para redimirnos, el Espíritu Santo *vive* y se *desvive* por ayudarnos a restaurar esta imagen santa de Dios en nosotras. ¡Es su misión!

Y, ¡cómo lo hace, hermanas! Con una constancia incansable; con un afán infinito; con un amor invencible; con una dedicación plena; con una paciencia inacabable; con un gozo inconmensurable por su parte; con un anhelo inagotable; con un celo amoroso inefable, como celo de Dios, que no le deja descansar, porque su esencia divina santa y santificadora no se lo permite mientras encuentre un corazón con la más tenue voluntad de ser de Dios.

Sí, hermanas, y no estamos diciendo nada, porque, ¿quién puede medir el abismo del mar? Pues más inmenso es el amor del Espíritu Santo hacia nosotras y su deseo de santificarnos. Él es la Fuerza del bien, la Fuerza del amor, la Fuerza de la santidad. Y como su naturaleza le impulsa a comunicarnos su amor, su santidad y a hacernos bien, el *mayor bien* nos lo hace tratando de descubrir en nuestro comportamiento al mismo Hijo de Dios que él engendró en el seno purísimo de María (Lc 1,35) y de modo distinto en nuestra alma por el bautismo; y lo hace de tal modo, que ni la fuerza de gravedad de la tierra se le puede comparar, porque es Fuerza de Dios amando

y buscando en nuestra alma la imagen del Hijo, que es Dios como él; es Fuerza de Dios realizando el designio del Padre de hacernos conforme a la imagen de su Hijo (Rom 8,29), por tanto es Fuerza de Dios amándose a Sí mismo en este misterio adorable de nuestra justificación. ¡Oh, qué verdad es que su amor a nosotras es más potente que el oleaje del mar, más que el fragor de aguas caudalosas (Sal 92,4-5), y más dulce que la miel de un panal que destila! (Sal 18,11).

¿Y su ternura? ¿Quién podrá contarla? ¿Quién podrá hablar de la ternura del Espíritu Santo trabajando nuestra alma tan amada por él? ¡Nadie! Pero recuerdo algo que leí hace tiempo que nos puede evocar un poco la ternura de la acción divina del Espíritu, del beso de la boca del Padre en nuestra alma. Se trata de la conmovedora ternura y unción santa con la que un padre cristiano de los primeros siglos besaba el pecho a su hijito recientemente hecho cristiano, porque sabía que en él residía la adorabilísima Trinidad, por el Bautismo.

¡Hermanas! Algo así, pero con una ternura infinitamente mayor, el divino Espíritu besa nuestra alma, tratando de descubrir en ella, con su unción santísima, los resplandores divinos del amado Hijo de Dios que subyacen en el fondo del alma desde nuestro bautismo, pero que el caparazón de nuestros pecados personales los oculta. ¡Oh, hermanas! Nuestra grandiosa vocación es «ser conformes a la imagen del Hijo de Dios» que hemos mencionado ya. ¡Ser imagen y semejanza de Dios! El Espíritu divino lo sabe y sabe que su misión es impulsar la transformación de nuestro egoísmo en el amor puro y limpio de nuestra creación. ¡Oh, si entendiésemos con qué afán divino, a pesar de nuestra torpeza que parece no tener en cuenta, el divino Santificador nos trabaja para arrancarnos de nuestra mente de pecado y pasarnos a la suya de santidad impulsando nuestra voluntad hacia las buenas obras y el deseo de vida interior, hacia la altura de lo sobrenatural!

Entender esto, hermanas queridas, esta acción divina siempre pura y purificadora del Espíritu que tiende a agrietar nuestro pecado para que aparezca en nuestro comportamiento la divina Perla, Cristo, sería un éxito para él y para nosotras. Porque, dejado el pecado por nuestra parte, entraríamos en la práctica luminosa de la vida evangélica con autenticidad. Y, cumpliendo

los mandatos de Cristo fielmente como prueba de amor, se cumpliría en nosotras lo que nos dijo Jesús: «Mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23). ¡Nos habitaría Dios con un amor de amistad inefable, pues que su santidad divina nos invadiría!

¡Oh, hermanas!, y ¿puede haber cosa más amable y más beneficiosa para todos que nuestra santificación? Sí, repito, ¿puede haber cosa más benéfica que tratar con una persona santa? Así como, ¿puede haber cosa más perjudicial y nefasta que dar con una persona entregada al mal? ¡Tanto bien y tanto mal podemos hacer a la humanidad cuanto nos dejemos modelar por la acción del Espíritu Santo!

¡Cierto! Porque tan conexionada dejó Dios nuestra existencia a la suya, que, cuando el Espíritu logra retornarnos a la pureza de nuestro Origen, nuestro amor se convierte en expresión del suyo. Y cuando nos dejamos poseer por él plenamente, su paz, su bondad, su comprensión, la atracción de su Ser divino, la expresará él a través de nuestra persona, que se convertirá como en agente de su presencia benéfica en el mundo a favor de los demás. Sí, cuanto mejor sepamos morir a lo efímero, mejor sabremos vivir para los hermanos. Cuanta más altura adquiera nuestro espíritu, más les arrastraremos hacia Dios, Bien Supremo y Causa de felicidad, y mejor les serviremos.

En cambio, si nos cerramos a la acción del divino Espíritu, a su exigencia santificadora, quedaremos encerradas en nuestro propio egoísmo, y estaremos elaborando nuestro propio hundimiento, y quizá también el de los demás. Pensad. Si Dios al crearnos quiso entrar con nosotras en esa relación de amistad que vimos antes, dejando su Espíritu en el nuestro, decidme, ¿qué sucedería ahora si por falta de generosidad colapsáramos esta vinculación? Es necesario pensar en esto para hacernos responsables de las consecuencias tan funestas que protagonizaríamos. Porque si el Padre ama creando, y Jesús redimiendo, el Espíritu Santo ama santificando. Y si nos cerramos a su *acción* santificadora, estamos impidiéndole que nos ame. ¡Qué triste! Sí, qué triste vivir sin el amor santificador del que es Causa del nuestro. Sería nuestra destrucción espiritual. ¡Oh, sí, cuánto necesitamos ser fieles al divino Espíritu!

Por eso, hermanas, necesitamos pedir el Espíritu de Dios, su beso divino. Necesitamos pedirlo, y por eso él nos inclina a hacerlo con este versículo que comentamos, porque, repito, desde que sucedió la ruptura de esta relación de Dios con nosotras, sólo este Espíritu divino puede vivificarnos, darnos la vida en su Espíritu y acrecentarla hasta llevarla a su edad adulta. Y esto es lo que pedimos. ¡Necesitamos tanto su energía divina que nos ayude a emigrar del mal! ¡Es tan necesario pedirle el impulso de su amor para hacer el cambio del egoísmo al amor, del pecado a la santidad!

Tan necesario, hermanas, que el Padre mismo, que despertó en nosotras el deseo de este Amor y de esta Vida suya con la palabra «béseme», ahora quiere que avancemos más en nuestro retorno a él y por ello nos hace pedir al Espíritu Santo para que bajo su *acción* volvamos a ser «imagen y semejanza suya». Volvamos a ser las hijas que él creó.

Por ello, no seamos cortas en pedir al Padre esos besos divinos suyos que nos conexionen con su misma santidad. No seamos cortas. Pidámoselos, que libertad para hacerlo nos dio el hecho de habernos creado como nos creó, que nos dejó la sed dentro del alma al dejarnos en ella parte de su vida, de su amor, de su espíritu. Sed que, «cual tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal 62,2), busca y pide el Manantial que la sacia y fecunda, Dios, el Espíritu Santo.

Sí, bésenos, bese el divino Espíritu con su ternura inmensa la imagen de su Amado que llevamos en el alma desde nuestro bautismo. Bésenos, para que, con su unción santa él descubra en nuestro comportamiento su santidad. ¡Oh, soberana grandeza, hermanas, poder estar en Dios recibiendo su Vida! ¡Oh, qué gran cosa poder experimentarle! ¡Qué gran cosa sentir su «beso» divino en nuestra alma, que es sentir el deseo de interiorizarle, de conexionar íntimamente con él! ¡Oh, cuán inefable es sentir su impulso santificador, la necesidad de expresarle con nuestras obras!

Sí, hermanas, porque para esto es para lo que necesitamos los «besos» del Padre. Para esto se los pedimos. Para esto el Espíritu Santo mismo nos impulsa a pedirlos. Y esto es lo que le pedimos: ¡Interiorizarle! A esto nos comprometemos: a ¡vivirle! ¡Oh, sí, Señor, bésenos el Padre con sus besos divinos

y llevaremos nuestra grandeza a su plenitud! Sí, que nos mueva el impulso del Espíritu divino, para que seamos expresión viva de su amor, porque sólo su amor puede modelar nuestra nueva creación con perfección, hasta llevarla al amor perfecto.

¿Qué mejor empleo podemos dar a nuestro tiempo? ¿Qué mejor negocio podemos emprender que este mismo que comenzó el Padre con nuestra creación? Él nos lo entrega ahora por medio del Espíritu y quiere que lo llevemos en sociedad con él. Y en sociedad disfrutemos las ganancias, que serán todas nuestras. Pues que el Espíritu Santo no puede tener otra que la de consumir nuestro pecado y sanar nuestro egoísmo. Trabajo que él tiene por ganancia. ¡Oh, sí, bésenos el Padre con sus besos divinos para que salgamos aventajadas en el amor!

¡Oh, qué buen cambio, hermanas, qué buen cambio! ¡Poder despegarnos de lo efímero y apegarnos al Estable! ¡Poder alejarnos de lo caduco para acercarnos al Eterno! ¡Poder reconocer la transitoriedad de las cosas para mejor saber reconocer y experimentar la hermosura de Dios! ¡Qué buen negocio, pues que para hacernos ricas de valores de eternidad el Espíritu Santo sólo nos pide que nos dejemos liberar, con su unción santa, de la herrumbre y corrupción temporal! ¡Oh, qué buen negocio pedirle al Padre sus «besos» divinos! ¡Qué buen negocio dejarnos amar por él!

Sí, hermanas, pidamos al Espíritu Santo con las mismas voces de la Iglesia, nuestra Madre. Digámosle:

«Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.

Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

¡Ven, ven, ven, sí, Espíritu divino, ven y besa nuestra alma y besa a nuestro mundo con los besos de la boca del Padre! Ven a enseñarnos a no llamar «vida» lo que es «muerte»: el pecado, el egoísmo. Ven a enseñarnos a no llamar «muerte» lo que es «vida»: la participación en la *Kénosis* de Cristo. Ven a enseñarnos que es mejor dejarnos dominar por los demás que dominarles (Mt 20,27-28). Que es mejor sembrar paz a costa de una misma, que discordia (Mt 5,9). Que es mejor reconocer e impulsar las capacidades de los demás, que las propias (Mt 5,3). Que es mejor dejarse herir, que ser violentos (Mt 5,4). Que es mejor aguantarlo todo, creerlo todo, disculparlo todo, que imponer la propia resistencia (1 Cor 13,4-7).

Pero nos preguntamos, hermanas, ¿cómo haremos todo esto, cómo aprenderemos a hacerlo? Hay un camino cierto, mis queridas hermanas, hay un camino, el de la *cooperación* a la *acción* amorosa del Espíritu, de la que aún no hemos hablado directamente. Vamos a hablar un poquito también aunque sea tan pobremente. Veamos. Porque es de capital importancia nuestra cooperación. Ya lo sabéis.

Es algo así como sucede en el orden de la naturaleza. Nacemos, crecemos y nos desarrollamos hasta llegar a la plenitud humana. Pero esto no lo conseguimos sin nuestra cooperación. Nacemos, sí, sin nuestra intervención, pero el desarrollo no lo conseguimos sin una actuación propia, a veces esforzada, tanto en el orden físico como en el intelectual. Y

tanto más seremos cuanto mayor sea el esfuerzo que en el desarrollo de nuestras capacidades pongamos.

Pues así sucede en lo espiritual. Con el bautismo se nos despiertan todas las capacidades que Dios nos dio en nuestra creación. Por habernos hecho imagen suya en la inteligencia, en la voluntad y en la libertad, nos dio capacidad para participar su vida divina. Capacidad para dar amor, capacidad para elegir. Pero como el pecado original desordenó nuestra mente y nuestra voluntad, nuestro ser quedó paralizado en su raíz más profunda, que es el amor, quedó enfermo, y en lugar de expresarnos desde el amor, nos expresamos muchas veces desde el propio egoísmo. ¿Cómo impulsar la santidad de nuestras capacidades desde aquí? ¿Qué hacer para que el Espíritu Santo pueda sanar nuestra mente y nuestra voluntad?

Hermanas, si para el crecimiento humano se nos hace indispensable el alimento, para sanar nuestra mente y nuestra voluntad se nos hace imprescindible alimentarnos de Dios, y eso lo hace el Espíritu Santo impulsándonos u ofreciéndonos los Sacramentos, especialmente el de la Reconciliación y el de la Eucaristía, y moviéndonos a hacer oración, a leer la Palabra de Dios y a otras obras de piedad necesarias para alimentar una vigorosa y sana vida interior, que es donde crece y se desarrolla la vida de Dios que nos retorna a la santidad perdida, a la vivencia del amor purificado de egoísmo, al ejercicio de las demás virtudes teologales y morales.

¿Y cómo lleva el divino Espíritu este impulso santificador? Recordemos la imagen del padre besando el pecho de su hijito. Ya dijimos allí que lo hace con una ternura infinita, acompañando nuestro crecimiento espiritual y el desarrollo de nuestras capacidades espirituales paso a paso, como una madre, ya que él es la Causa de nuestra vida junto con el Padre y el Verbo de Dios. Y porque es la Causa de nuestro amor no quiere dejarlo morir asfixiado por nuestro egoísmo.

Pero, ¡cuántas veces, hermanas, no le entendemos! Y cuando nos exige su acción santificadora contrariar nuestras satisfacciones y tendencias desordenadas, le damos la espalda dejando el trabajo de la propia santificación. Y aunque por suerte nuestra él no nos deje y trate de orientar su acción santificadora por otros modos para introducirnos en su mente de santidad,

¡cuántas santidades se pierden, hermanas, enredadas en el propio egoísmo y desorden!

¡Oh, fidelidad del divino Espíritu, Fuerza transformante de su esencia divina, qué necesaria eres, Dios mío, beso amoroso del Padre, para que, al fin, puedas rendir nuestras fuerzas negativas ante las tuyas santificadoras, de modo que puedas alimentarnos de Dios y transformarnos en Dios! ¿Es que preferimos, hermanas, vivir ahogándonos en el mundo de nuestro desorden, esclavas de las propias apetencias que siempre nos dejan insatisfechas, antes de renunciarnos y, por la fidelidad al Espíritu, vivir el amor puro de nuestra creación? ¡Oh, si el divino Espíritu no nos amase con ternura infinita!, ¿dónde iríamos a parar? Pero, sí, hermanas, él, siempre más grande que nuestra torpeza, y a pesar de ella, sigue buscando incansablemente hacernos retornar a la santidad de nuestra creación con amor eterno. Respondámosle, hermanas, respondámosle, pues necias seremos si no vemos con claridad cómo nos conviene entregarnos a esta acción divina del Espíritu. ¿No vemos que Dios nos ha creado para esto y que no conseguirlo es frustrar nuestra existencia? ¡Sólo la fidelidad al divino Espíritu nos salva del fracaso de nuestra personalidad espiritual!

Éste es su trabajo. Éste es el trabajo que el Santificador lleva en nosotras si cooperamos a su acción. ¡Ésta es nuestra plenitud humana y espiritual, nuestra edad adulta! ¡Así hemos de ser! ¡Personas espirituales! Pues que, según nos dice el Apóstol: «Los que son según la carne piensan en las cosas carnales; mas los que viven según el espíritu, en las espirituales... pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,5-9). ¡Que habite, hermanas, que habite! ¡Esto es lo que deseamos, esto es lo que pedimos, que el beso de la boca del Padre habite en nosotros! Para esto recibimos el Bautismo, aunque lograrlo conlleve tanta renuncia como nos pide el Evangelio. Elijamos, pues, hermanas, elijamos vivir en Dios y alimentarnos de Dios, ¡porque podemos! San Pablo nos lo dice: «No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a vuestras concupiscencias» (Rom 6,12). Es como una orden

que él da, porque sabía que, por la redención de Cristo y la asistencia del Espíritu, podíamos cumplirla.

Y antes nos había dicho el Señor: «... si amas a Yahvé, tu Dios, si sigues sus caminos... vivirás... Mas si se desvía tu corazón, si no obedeces... ciertamente pereceréis... Yo pongo delante de ti la vida y la muerte. Elige...» (Dt 30,15-19). Por tanto, hermanas, sabiendo que vincularnos al pecado o a la santidad es una decisión personal, hagámosla como el amor eterno de Dios a nuestra alma merece. Luchemos por permanecer en la fuerza santificadora del Espíritu, a pesar de nuestra tendencia al mal, porque Dios nos sacó ya de la corrupción del pecado entregando a la muerte a su Hijo por nosotros (Jn 3,16), reafirmando con ello el fin de nuestra creación y su elección: «nos ha elegido para ser santos en su presencia, por amor» (Ef 1,4). Por tanto, ¿cómo vamos a querer permanecer en el pecado si tenemos capacidad para desvincularnos de él? ¿Cómo no vamos a responder a toda esa carga inmensa de amor verdadero *eligiéndole* a él libremente con amor sincero y definitivo, si todo es para nuestro bien? ¿Quién habrá que quiera hacerse daño a sí mismo? No, hermanas, Dios es el primero que lucha por nuestro bien. Pongámonos de su lado con generosidad, no a medias, porque si no seguiríamos siendo arrastradas por la fuerza del mal, y así, ¿qué podría hacer el Espíritu Santo? ¿Cooperaríamos así a su *acción* santificadora?

No. No, hermanas. No seamos irresponsables y frías con Dios, porque sabemos, repito, que después de la redención de Cristo que tiene fuerza para preservarnos de caer en el pecado, mantenernos en él es ya una cooperación consciente con el mal, es una negación al Dios que nos llama a la santidad: «Sed santos porque vuestro Padre celestial es santo» (Mt 5,48). Y si no, veamos: ¿No podemos optar por la paz ante la violencia? ¡Claro que podemos! ¿No podemos optar por la austeridad ante el confort? ¡Podemos! ¿No podemos optar por la sonrisa ante un insulto? ¡Indudablemente que podemos! Nos costará y mucho, pero eso es vivir el Evangelio, eso es ser santas, no otra cosa. Por tanto ¡podemos! y, porque podemos, ante una injuria optemos por el perdón; ante un desprecio optemos por el amor; ante la abundancia optemos por la austeridad, y podremos repartir a los pobres. Así, el mundo

saldrá ganando. ¿La fuerza para hacerlo? Ya lo hemos indicado antes, hermanas: dejémonos alimentar de Dios, por su vida divina en los Sacramentos, en la oración, es a lo que nos impulsa la unción divina del Espíritu. Pero de ninguna manera pretendamos jugar con Dios teniendo en nuestro corazón a Dios y al pecado. De ninguna manera, las dos cosas. ¡Sólo una! Porque el Santificador no puede pactar con el pecado. Lo hemos dicho ya. La Verdad no puede pactar con la mentira o falsedad. Al margen de lo que podamos conseguir, hemos de optar decididamente por la santidad para dar entrada a la acción del Espíritu Santo en nuestra alma, sin miedo, ya que él viene en ayuda de nuestra debilidad (Rom 8,26).

Sí, hermanas, entreguémonos sin miedo a la santidad, sin pensar que el Evangelio es sólo para los santos. No. Los santos hoy canonizados fueron como nosotras, de carne y hueso, y como nosotras tuvieron que luchar para superar las dificultades que se encuentran en el camino de la santidad. Pero con la gracia del Espíritu Santo lucharon y vencieron. Ni nos dejemos vencer por el desaliento si no vemos enseguida los frutos del Espíritu en nuestras manos. No. Sino que hemos de seguir sin miedo, sabiendo que, en la medida que mejor respondamos a las exigencias del Espíritu, más intensamente entraremos en su conocimiento y experiencia divina, que nos llevará primero a saborear con gusto las cosas de Dios; luego entenderemos qué es virtud y su valor, hasta llevarnos a ser personas repletas de su espíritu de santidad, almas de oración.

Perdonadme, hermanas, me he entretenido más de lo que pensaba; sólo os pido que paguemos con amor al que con amor se nos da, el Espíritu Santo. Pidámosle que venga con su unción divina a besar nuestra alma para que nos disponga a cooperar a su *acción* santificadora. Pidámoselo muchas veces, pues el deseo, cuando es auténtico, nos hace ya *permanecer* en la santidad, y es la disposición que necesita el Espíritu Santificador para *potenciar* nuestra *elección* por él, por la santidad. ¡Oh, sí, ven Espíritu divino y llena nuestra alma de Dios! Amén.

Pero sigamos, hermanas, extrayendo la dulzura y la vida que contiene este lenguaje divino. Continuemos reflexionando el texto y veamos qué nos quiere decir el Espíritu con la última palabra, que es «boca», que es la que hace efectivo el

beso. Es la forma corpórea que posibilita el beso. Sí, la «Forma» *donde,* y que *ejecuta* el beso; la que lo expresa.

Si la Esposa pide los «besos» de su «boca» es porque desea alcanzar el amor del que ha originado el suyo. Pero sabe que ese amor no puede satisfacerlo ni ella ni el que ha originado el amor en ella, sin la «boca» que besa. Por ello lo pide así: «¡Béseme con los besos de su boca!».

Es, por tanto aquí, la «boca», la forma corpórea del amor que digo, del amor del que lo origina, pues por ello dice «béseme», no del amor de la Esposa santa. Es, pues, la «imagen» visible del amor del Padre, la «forma» corpórea donde se consuma ese amor suyo divino, donde se hace efectivo y llega a la perfección su amor original.

De nuevo, hermanas, tenemos que dejar que el asombro nos invada, y, como un niño pequeño, llenas de admiración ante la infinitud del amor de Dios, tratemos de entender algo este misterio de amor que se nos revela en esta palabra «boca». Misterio de amor ante el cual «toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los abismos» (Flp 2,10).

Por lo que acabo de decir, hermanas, habréis entendido que este misterio de amor expresado en la palabra «boca» está referido a Cristo Jesús, el Verbo de la Vida, el Hijo del Padre, donde se nos expresa todo su amor creador. Sí, mis hermanas. Si el Espíritu Santo es el «beso» que nos acerca el amor del Padre, es en la Boca, en su Hijo, donde se nos da. Pues el Padre no podría expresarnos su amor, ni nosotras recibirlo, sin su Boca divina, que es su Hijo. Lo atestigua así también la Sagrada Escritura.

San Juan nos dice que «sin él» —sin el Verbo de la Vida— «nada se hizo de cuanto ha sido hecho» (Jn 1,3-4), que es decirnos que la Boca con la que el Padre pronunció el «hágase» creacional es su Hijo verdadero. Porque él es la «forma» o «imagen» del Dios invisible (Col 1,15) cuya Palabra «cubrió la tierra como una niebla» (Eclo 24,3) y su eficacia y permanencia son eternas: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mc 13,31). Pues que «en él reside la plenitud de la divinidad» (Col 1,19), puntualiza también san Pablo.

Es la «Boca» que contiene el amor limpio «Principio de la creación» (Ap 3,14), no otro. Es la Boca creadora de la luz, la «Estrella radiante de la mañana» (Ap 22,16) que «lució en

las tinieblas» (Jn 1,5) y en quien «reside la vida, y la vida es la luz de los hombres» (Jn 1,4) «cuyo recuerdo es más dulce que la miel, y poseerla, más dulce que el panal» (Eclo 24,20). Es el «Testigo fiel y veraz» del amor divino, del amor puro del Padre (Ap 3,14). En él, como os he dicho antes, es donde se expresa el Padre.

Sí, hermanas queridas. Cuando el Padre quiso decirnos cómo era su amor, benigno, humilde, tierno y eterno hacia nosotras, decírnoslo, pronunciarlo con un lenguaje que lo entendiésemos, se revistió su «Palabra» o «Boca», de niño pequeño e indefenso y nació en Belén «entre pajas» y pobreza (Lc 2,1-20), motivando así nuestro amor y ternura para mejor entenderle.

Cuando quiso decirnos que su amor a nosotros «es fuerte como la muerte —que es como una "pasión cruel como el abismo, centella de fuego, llamarada divina"—, que ni las aguas torrenciales —de los pecados humanos— pudieron apagarlo, ni anegarlo los ríos» —de la ingratitud del hombre— (Cant 8,6b-7a) nos lo dice chorreando sangre por amor, colgado de una Cruz, muriendo para salvarnos, «pues tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no muera, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

Y aún su «Boca» divina siguió revelándonos más y más su amor contándonoslo en parábolas. En la del hijo pródigo (Lc 15,11-32); en la del buen samaritano (Lc 10,30-37), en la de la oveja perdida y de la dracma, igualmente perdida (Lc 15,1-7 y 15,8-10). Así nos dice que su amor es sin fin, incansable, inamovible. Sí, hermanas, como veis, yo sólo os cito estos textos, pero para entender más cómo Jesús es la Boca del Padre, su figura donde se expresa, o donde expresa su amor a nosotras, tendríamos que transcribir todo el Evangelio. El mismo Jesús nos lo asegura cuando nos dice: «Llevo tanto tiempo con vosotros, ¿y no me conocéis...? El que me ha visto ha visto al Padre» (Jn 14,9).

Pues bien, hermanas, a esta Boca divina del Padre que es la única que contiene su amor puro es a la que nos hace pedir el Espíritu Santo en este texto que reflexionamos: «Béseme con los besos de su boca» (Cant 1,2). Boca divina y poderosa que nos creó (Gén 1,26) y a cuya imagen fuimos

creadas (Rom 8,29). Boca que nos amó (Jn 13,1b; 17,26). Boca amorosa que nos «llamó», que nos eligió para que estuviéramos con él (Jn 1,39); y diéramos fruto, pero fruto que permanezca (Jn 15,16) como el suyo (Jn 13,15).

Por todo lo dicho, vemos, pues, hermanas, que en este versículo bíblico que el Espíritu Santo pone en nuestros labios impulsándonos a pedir y retornar al amor puro de nuestra creación, están latentes el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que nos crearon. El Padre como «Origen» de todo, el Espíritu Santo como «Acción», que lleva a término lo que el Padre inicia, y el Hijo como «Forma» donde se expresa el amor puro del Padre y la «acción» del Espíritu. Las dos primeras Personas, que se expresan arriba, como sabemos, son invisibles, incorpóreas, la tercera sí es Corpórea, Cristo. Y coincide esto con que ni el «amor» ni el «beso» tienen forma. Sí la tiene, en cambio, la «boca», que, a la vez, es «forma» del «amor» que se entrega con el «beso».

Las tres expresiones se unifican y complementan para poder expresar una única y misma realidad, el Amor. Asimismo podemos decir que las tres divinas Personas se unifican y complementan para expresarnos la gran y única realidad, el amor creador del Padre y su Ser divino, dado a participar por el Espíritu Santo a través de Cristo, «Imagen suya viviente», esplendor de la gloria del Padre (Col 1,15) «porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2,9), poniendo, por lo mismo, el Padre, en nosotras, la relación más íntima que puede darse con Ellos al crearnos a su «imagen y semejanza», como hemos dicho tantas veces.

Relación e intimidad que, por haberse originado en la semejanza con él a que fuimos creadas, tiene como fin el retorno a ese espíritu y amor primero que nos hizo seres vivientes, como tanto hemos repetido, pero para vivirle a su imagen y semejanza. Para vivir el espíritu y el amor de Jesús en sus dos vertientes, hacia Dios y hacia el hermano, hasta el compromiso de la sangre, hasta verterla toda por ellos. Comenzaremos poco a poco, pero hemos de pasar de nuestro egoísmo a su amor gradualmente, sin cansarnos, sin dejarlo, sabiendo que lo contrario es perder el tiempo en el Monasterio.

Sí, hermanas, hemos de vivir esforzándonos en aniquilar nuestro egoísmo, para que nuestro servicio a las hermanas sea tan humilde y sincero como el suyo (Jn 13,3-5), para que nuestra entrega sea la suya (Jn 10,17a), nuestro amor el suyo (Jn 10,11b), nuestra oración la suya (Mt 6,9-15), nuestro perdón, o mejor, nuestra comprensión sea la suya (Lc 23,34). ¡Oh, Dios, que si vivimos bien nuestra semejanza con la tuya, también en esto nos has hecho a tu imagen, pues que en cierto modo te estamos creando en nuestro interior y en nuestro entorno! Este concepto lo leí no me acuerdo en qué libro de vida religiosa.

Sí, hermanas, y perdonadme que os diga: ¡Qué inefable es crear en nuestras formas externas, en nuestra conducta, al que nos creó! Entendedme lo que os digo. El Padre, ciertamente, se agotó en el Hijo y no quedó en él más imagen que la de su Hijo amado, y por esto, nuestra creación es expresión de esta imagen del Hijo que el Padre lleva en su Ser, destinándonos a ser «conformes a esta imagen divina del Hijo» (Rom 1,29). Por esto, lo inefable de nuestro ser, hermanas, es concretizar con obras esta imagen del Hijo, desplegar en nuestro comportamiento la capacidad creadora que el Padre puso en nuestro ser para «hacernos» —pensando en nuestra cooperación— «conformes a la imagen de su Hijo».

Esto es lo que es crear nosotras con nuestro comportamiento al que nos creó. Crear con el Padre, en nuestro ser, la imagen viva de su Hijo, que es llevar a su desarrollo pleno la semilla filial que el Padre puso en nuestra creación. Y que es, por otra parte, dejar vivir al Padre más ampliamente su Ser de Padre en nosotras. ¡Oh, hermanas, cuánta grandeza en nuestro ser!, ¡cuánto nos confió el Padre al crearnos a su imagen y semejanza!

¡Oh!, ¡qué gozo causaremos en el Padre si nos contempla y ve reflejado en nosotras a su Hijo amado! ¡Mirémoslo mucho, hermanas! ¡Oh!, ¡qué intimidad, qué afinidad en el espíritu, qué comunicación o relación de amor tan inefable, pues que el Padre no puede amarnos con otro amor que no sea el Espíritu Santo, que no sea el suyo! Con el mismo amor con que ellos se aman (Jn 17,26), como antes apuntamos.

¿Puede hacerse nuestro ser más íntimo a Dios? ¡Nuestro ser, hermanas, que fue tan distinto y tan distante de Dios cuando era sólo materia, barro, polvo! ¡Oh!, ¿verdad que lo que más vale en nosotras es el espíritu que nos infundió con el «beso» o «aliento» de su «boca» y que ahora nos hace desear y pedir el Espíritu Santo para que lleguemos a la relación de amor que él se propuso e inició con nuestra creación?

¡Oh, hermanas!, pidamos mucho que se haga presente en nosotras ese espíritu del «beso» de su «boca», de tal modo y con tanta fuerza, que nos configure en imágenes vivientes del Hijo. De tal modo y con tanta fuerza, que convierta nuestra actuación, nuestro amor, en transparencia fiel y espontánea del espíritu, comportamiento y amor del Hijo, de modo que podamos decir con san Pablo: «vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). De tal modo y con tanta fuerza, que las demás realidades del entorno pasen a segundo plano, porque las de Dios estén tenazmente en primer lugar en nuestro corazón. Y esto muy de verdad, hermanas, completamente compenetradas con el modo de estimar las cosas Cristo, y de vivirlas. Tan de verdad, tan de verdad, que quien nos vea pueda decir que, en todo cuanto hacemos, pensamos, deseamos y miramos y amamos, nos alienta el Espíritu Santo, el espíritu de santidad de Cristo Jesús, el que a él le alentó.

Entonces sí podremos decir lo que añade la Esposa: «Más dulces que el vino son tus amores» (Cant 1,2). Lo podremos decir porque habremos llegado a experimentarlo y habremos llegado, al fin, al reino del «vino nuevo, de los odres nuevos» (Mt 9,17). Al reino del amor nuevo, que es el del «mandamiento nuevo» (Jn 13,34-35), donde la medida del amor es dar la vida por el amigo, por el hermano (Jn 15,13). Habremos entendido el evangelio, y nos habremos situado en él, en el lugar donde nos pertenece por nuestra creación, donde quiere el Padre que estemos llamándonos al «beso de su boca», que es decir al amor que nos infundió con la vida, y que Cristo, su Boca divina, ha perfeccionado con la suya.

¿Por qué, pues, pensáis, hermanas, que compara aquí el Espíritu divino al amor con la dulzura del vino? Es que el amor siempre es fiesta, embriaga de alegría, como el vino. Nos lo explica así Jesús. Escuchemos: «Mi Padre es glorificado, si

dais mucho fruto y sois mis discípulos. Como el Padre me amó, así os amé yo: *"Permaneced en mi amor"*. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he observado los preceptos de mi Padre y *permanezco en su amor*. Os he dicho estas cosas para que *mi alegría* esté dentro de vosotros y *vuestra alegría sea completa*» (Jn 15,8-11).

¿Veis, hermanas? La alegría completa nos viene del amor, de vivir en el amor. ¿Por qué, pues, vamos a empeñarnos en vivir en la tristeza por querer «permanecer» en nuestro egoísmo y no en el amor del que es la Alegría nueva, Cristo? ¿Cuándo prenderá ya la llama en nuestro corazón para situarnos de una vez para siempre en el «amor nuevo», en los «odres nuevos», en la «creación nueva» (Ap 2,5-8), en la «vida nueva» (Rom 6,4) que es Cristo, que es el Padre (Jn 6,57), porque Jesús vive por el Padre? ¿Cuándo viviremos ya en la vida nueva del Espíritu? (Gál 5,16-26).

Cuando san Pablo escribía este texto a los Gálatas, que he citado, además de la luz del cielo que le asistía, él sabía bien lo que decía. Él tenía muy cerca la experiencia del paso que había dado de la vida en la carne a la vida en el espíritu, cuyos frutos acababa de mencionar. Sabía que, cuando había estado en el judaísmo «respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor» (Hch 9,1), «todos le temían» (Hch 9,26). En cambio, ahora, la «vida nueva» del Espíritu había cambiado su ira en entrañas de misericordia, y si tenía que reprender a sus Gálatas lo hace con estos acentos de ternura: «Hijitos míos, por los cuales de nuevo sufro dolores de parto hasta que se forme Cristo en vosotros. Pues quisiera estar presente ahora entre vosotros y cambiar mi tono de voz, porque estoy en incertidumbre respecto a vosotros» (Gál 4,19-20).

Aquí habla Pablo, el que «cuantas cosas tuvo antes por ventaja, las juzga ahora daño por Cristo; más aún, todo lo tengo por daño» —dice— «ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sacrificado todas las cosas y las tengo por basura por ganar a Cristo y encontrarme en él» (Flp 3,7-9), que es decir «permanecer en el amor» que antes nos ha dicho Jesús. Y esta permanencia en el amor de Jesús ha producido en su persona los frutos del Espíritu mencionados: «caridad, alegría, paz, etc.». Por eso, sus Gálatas llegaron

a recibirle «como a un ángel de Dios..., os hubiéseis arrancado los ojos para dármelos, si hubiese sido posible» (Gál 4,14-15) afirma.

¡Éstos son los efectos de beber el «vino nuevo» (Mc 2,22) del Reino! Son los amores dulcísimos del Esposo, del texto que reflexionamos, que se desbordan en dulzura con los que nos rodean. Y que sólo podremos gustarlo cuando nos esforcemos por «nacer de nuevo» (Jn 3,5-7). Sí, hermanas queridas. Aquí se nos habla muy claro de que hemos de nacer de nuevo del Espíritu para entrar en el reino de Dios. Que «lo nacido de la carne, carne es, y lo nacido del Espíritu, Espíritu». Se nos habla muy claro. Es necesario hacer el cambio, pasar de nuestro egoísmo a la vida de *caridad,* a la del «mandamiento nuevo» (Jn 15,12), que produce *alegría, paz, bondad, mansedumbre, benignidad.* Así sí gustaremos la dulzura de los amores del Esposo. No de otro modo.

No, hermanas, no de otro modo. Y es hora ya de que pasemos a probar estos amores divinos. Es hora. Porque estamos muy acostumbradas a leer y oír cosas muy bonitas que nos convencen, sí, y que nos mueven a practicar, pero la mayoría de las veces nos quedamos ahí en cuanto vemos que requieren esfuerzo. No, hermanas mías, no. Así no podemos actuar, porque nada conseguiremos con querer y no hacer. No. Sino que hemos de entrar decididamente a la muerte, si preciso fuere, por conseguirlo. Hemos de decidirnos tenazmente a perderlo todo, renunciarlo, a morir a todo para entrar de lleno en el «nuevo nacimiento», que son las nuevas formas de vivir el amor que nos dice san Pablo (1 Cor 13,4-7), para así «permanecer siempre en el amor» del Esposo y probar así la dulzura de esos amores divinos que embriagan de alegría, de paz, de amor.

Sí, hermanas. Es cosa muy importante aquí la decisión. Muy importante. Es decisivo para conseguir la muerte a lo viejo, al propio egoísmo tan arraigado en nuestro ser, y pasar a vivir la alegría de la vida nueva que nos brinda el Espíritu aquí. Si la Esposa santa dice que son dulces como el vino los amores del Esposo es porque los ha probado, porque ha llegado, con el esfuerzo que esto requiere, a los «besos de su boca», porque ha retornado desde su condición pecadora al

amor limpio de la nueva creación, a la santidad de su origen. Porque ha dejado atrás, en su retorno al amor del Padre, todos los caprichos, criterios, comodidades, posiciones, privilegios, resistencias y gustos contrarios al «renúnciate a ti mismo y ven y sígueme» evangélico (Mt 16,24-26). Hasta aquí, hermanas, hasta aquí hay que llegar. Porque así nos lo dice el Esposo... «el que pierda su vida por mí la encontrará» (Mt 16,25).

Encontraremos, sí, la nueva del Reino, que es la que nos hace «permanecer» en el amor y en la alegría constante del Espíritu, de los amores dulcísimos del Esposo. ¡Hagámoslo, hermanas queridas, hagámoslo ya!, que esto es mirar por los intereses y el bien de la Iglesia y el nuestro, porque ¿de qué nos sirven todos los logros humanos si perdemos los divinos?, «¿qué nos aprovechará ganar todo el mundo si perdemos la vida?» (Mt 16,26).

Orientémonos, por tanto, cara a Dios plenamente y de una vez para siempre dejando atrás todo el lastre que nos arrastra y hunde en el cieno del propio egoísmo. Desnudémonos de él como lo hace la serpiente, dejando atrás la piel del antiguo pecado y modo de ser para quedar puras y limpias, ágiles, para llegarnos a Dios, a su Boca divina, a su santidad. Entonces, sí, probaremos sus amores. Los probaremos porque así lo quiere el Señor, pues que este libro del Cantar, vuelvo a repetir, no es más que la revelación de su voluntad y amor con nosotras y para nosotras. Y así quiere que lo vivamos, hasta llegar a saborear su amor divino. Y sin duda gustaremos el mosto dulce de los amores del Esposo y Dios creador si sabemos dejar los otros amores vanos, orientando nuestra vida de lleno a la posesión de este *Único, Definitivo* y verdadero Amor.

¿Y no os parece, hermanas, que seríamos muy «necias» si, pudiendo probar estos divinos amores, pues para esto hemos sido llamadas al Monasterio, no los probásemos por no querer renunciarnos en lo que exige nuestra vocación? Tenacidad, pues, y decisión firme para excluir de nuestro corazón toda imperfección, convencidas de que nada perdemos, sino que mucho ganamos en el esfuerzo que ponemos en cambiar las cosas y aficiones del mundo por las de Dios, que nos hacen entrar en su mirada limpia, en su corazón puro, en su mente de

santidad, en las inefables experiencias de su divinidad, en la entrega y delicias del castísimo y dulce amor de Dios que canta el versículo mencionado: «más dulces que el vino son tus amores» (Cant 1,2b).

Que esta revelación contiene también este texto al comparar el amor divino a la dulzura del vino, ¿no os parece que es decirnos el Espíritu aquí que el amor de Dios embriaga de delicias, de alegría, de paz y felicidad infinitamente más que cualquier otro amor humano por muy bueno e intenso que sea? Sí, hermanas queridas, a las que nos consagramos al amor divino, Dios nos ensancha el corazón para poder contenerle, pues que las delicias, la suavidad y la dulzura de este amor dista de cualquier otro amor humano «cuanto dista el cielo de la tierra» (Is 55,9). Por eso se nos exige el vaciamiento de todo otro amor, porque, como es tan inmenso e inefable el de Dios, necesita todo nuestro corazón desocupado.

Esto en cuanto a la cantidad, pues ¿qué diremos en cuanto a la calidad, ya que es la diferencia de naturaleza la que la explica? Si vivir el amor humano causa felicidad aun estando tan condicionado por las limitaciones propias de nuestra naturaleza: volubilidad, inseguridad, egoísmo, transitoriedad, cansancio, etc., que pueden acabar con él en cualquier momento, ¿qué será disfrutar el amor bebiéndolo de la boca misma del volcán que lo origina, que es Dios, Firmeza, Estabilidad, Fidelidad, Eternidad, Suavidad, Verdad, Autenticidad, Donación perpetua, Dulzura sin límites, Inefabilidad, Infinitud en la entrega y en el amor? ¡Inexplicable! Comparemos sólo. ¿Qué es el hombre frente a Dios? Nada. Así su amor.

¡Oh, hermanas!, ¡qué vocación más sublime es la nuestra, pues adelanta en la tierra las delicias del cielo, como es tratar y entregarse a un amor que es eternidad, que es Dios! (1 Jn 4,8). ¡Cómo nos sublima y eleva, sí, pero también cuánto nos compromete! ¡Todo nuestro ser! ¡Cuánto excluye! Todo lo que no es santidad. ¡Oh, amor, amor puro y absorbente de Dios, tómanos, transfórmanos en ti mismo, deifícanos! Amén. Amén.

Esto y aún más quiere decir la Esposa comparando el amor divino a la dulzura del vino. Pero lo que queda por explicar, y es mucho, lo dejamos a la propia experiencia de Dios y de su amor a que nos lleva la fidelidad a vocación tan sublime

como Dios nos ha dado. Vamos a preocuparnos ahora de vivirla a tiempo pleno para que pueda dar el fruto en el «amor nuevo», en la «creación nueva», que desemboca en la cristificación total de nuestro ser, en su vida nueva de resucitado.

Y así le sintamos y lo vivamos en nuestra vida como exigencia poderosa de nuestra vocación concepcionista, que se inserta en el orden de la nueva creación, inaugurada por Cristo, llevada a su plenitud por su misma resurrección. Vida sin pecado, vida en Dios, como dice san Pablo: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; deleitaos en lo de arriba, no en las cosas de la tierra. Realmente moristeis, y nuestra vida permanece oculta con Cristo en Dios» (Col 3,1-3). Vida nueva de gracia, sin pecado, cuyo primer fruto es María Inmaculada, la siempre limpia de pecado, la pura y santa, a la que hemos de seguir nosotras, concepcionistas, en fuerza de nuestra vocación específica, como lo hizo nuestra Madre Fundadora.

¿No le decimos todos los días que nos atraiga hacia ella para correr en la lucha contra el pecado, en pos de sus virtudes? Sí, ella va delante, terrible como un ejército; vayamos nosotras detrás. Sigámosla. Sigámosla enamoradas de Dios, como ella. Sigámosla sintiendo a Dios en todo, en lo que vemos, en lo que tocamos, en lo que gustamos. Que sintamos vivir a Dios en su creación, como María. En esa creación que vemos y palpamos y que no existiría si Dios no existiese. Que, como María, ver lo creado sea para nosotras recordar la existencia del Creador, del Amado, y sentir su presencia divina, amorosa, santa, transformante, nueva.

Sí, hermanas. Que por eso nos sigue diciendo el Espíritu por medio del texto del Cantar que vamos reflexionando: «Suave es el olor de tus perfumes» (Cant 1,3a) refiriéndose al Esposo y Creador nuestro. Suave es el olor de Dios en toda la creación. Muy suave, hermanas, y muy amorosa y delicada su huella en todo lo creado. Muy suave. Por eso ver lo creado es recordar su existencia divina y sentir su presencia amorosa. En todo, hermanas, en todo. En la belleza de la flor; en la inmensidad del mar; en la fragosidad de la tormenta; en el silbido del aire; en la suavidad de un amanecer; en la puesta

del sol; en el trinar de los pájaros; en la calma de un lago; en la infinitud de la arena; en la firmeza de la roca. En todo. En todo está Dios, la suavidad de su presencia, y en todo hemos de descubrir su presencia divina y vivificadora, bienhechora, como María. En todo, aun y a pesar del pecado.

Porque todo ha sido renovado por la gracia redentora de Cristo. Miremos cómo se nos dice en el Apocalipsis: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han desaparecido; y el mar ya no existe. Y vi a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo del lado de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su esposo. Y oí venir del trono una gran voz, que decía: «He aquí la morada de Dios con los hombres; él habitará con ellos, ellos serán su pueblo, y Dios mismo morará con los hombres. Se enjugará toda lágrima de sus ojos y no habrá más muerte, ni luto, ni clamor, ni pena, porque el primer mundo ha desaparecido». Y el que estaba sentado en el trono dijo: «He aquí que hago nuevas todas las cosas». Luego me dijo: «Escribe que estas palabras son fieles y veraces». Me dijo aún: «Está hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El vencedor heredará estas cosas y yo seré su Dios, y él será mi hijo: Pero los cobardes, los incrédulos, los depravados... tendrán su herencia en el estanque ardiente...» (Ap 21,1-8).

Por todas estas últimas palabras, podemos ver, hermanas queridas, que esta profecía está describiéndonos la era de la nueva creación que inauguró Cristo. Miremos cómo nos dice: «Está hecho. Yo soy el Alfa y la Omega». Sí, hermanas. Jesús, como Verbo de Dios, es el Principio de la creación. El que dijo con el Padre: «Hágase la luz» y las cosas fueron hechas. Es el Alfa. Y es la Omega. El principio y el fin. Es el que ha hecho también la nueva creación, con su vida, redención y resurrección. Y es él, por medio de los Sacramentos, por medio de su Iglesia, el que nos da a «beber el agua de la vida». Su gracia y su espíritu, su «amor nuevo» que nos hace ver nuevas todas las cosas. Verlas con los ojos de Dios, limpios, puros.

Entonces, cuando aprendamos a ver la nueva creación, a verlo todo con la mente de Dios, a verla con los ojos con

que fue creada, ojos que nos da el espíritu de la resurrección de Jesús, el espíritu de los «odres nuevos», del «vino nuevo». Ojos que nos llevarán a vivir la presencia divina y su amor, vivirla y sentirla en todo, entonces habrá desaparecido para nosotras la muerte, el luto, la pena, el clamor, las lágrimas. Porque habremos entendido, hermanas, que la *creación*, la *nueva creación,* no sólo nos *crea* y *recrea,* sino que también nos *promociona*. Y en cuanto nos sucede (no sólo en cuanto toquemos o veamos), sino en cuanto nos suceda también, veremos las fuerzas positivas de la nueva creación que nos transforma.

Veremos, por ejemplo, que la humillación, la mortificación y la renuncia de la propia voluntad transforman nuestra soberbia y prepotencia en servicio y bondad hacia los demás. Veremos cómo el fracaso y la incomprensión son fuerzas vivas para nosotras, energías espirituales, santificadoras que nos ayudan a «ser», porque nos despegan y desnudan nuestro afecto de cuanto es caduco, transitorio, efímero, y nos establecen en lo verdadero y estable, en Dios.

Veremos que la muerte a una misma, al propio egoísmo y sensualidad, es para nosotras la resurrección, porque es vivir la vida en el espíritu, en el de Jesús, en el que ha dicho: «He aquí que hago nuevas todas las cosas». Y nos dice que «estas palabras son fieles y veraces, y que está ya hecho, porque él es el Alfa y la Omega». Es decir, las humillaciones, la renuncia y la mortificación; el fracaso, las incomprensiones y la muerte al propio egoísmo y sensualidad, son vida para nosotras, porque «ya está hecho así», ya está transformado por Cristo que es el Alfa y la Omega, el principio y fin de las cosas, de todo. Está transformada la humillación desde que él se humilló (Flp 2,5-11) y la convirtió en ejemplo de vida. Igualmente la mortificación y renuncia (Mc 8,31-38). Está transformada la incomprensión, el fracaso y la muerte, en vida, porque para Cristo la Cruz no fue figura de muerte, sino de vida, pues en ella nos redimió (Mc 9,31-32).

Y si entonces los discípulos no entendían este lenguaje, nosotras hemos de entenderlo, hermanas queridas, porque iluminan nuestra espiritualidad, la de la nueva creación, la de la no violencia, la que inauguró Jesús con su vida, obras y doctrina. ¿No veis que nos ha dicho: «He aquí que hago nuevas

todas las cosas»? Esto de hacer nuevas todas las cosas no es para un futuro, no. Tenemos que entenderlo, aunque nos cueste, y vivirlo. No es para un futuro, sino para el presente, pues seguidamente le dijo: «Escribe que estas palabras son fieles y veraces», y que «está hecho», y que «el vencedor heredará estas cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo».

¿Más claro puede hablarnos el Señor? ¿No nos está diciendo con esto que entrar en los «cielos nuevos», en la «tierra nueva», en los «odres nuevos», en el «vino nuevo» y «permanecer en su amor nuevo» es una *victoria?* Sí, hermanas, es la victoria sobre nuestro egoísmo, sensualidad, amor propio, y sobre nuestra mente de pecado, sobre nuestro mismo pecado, porque supone haber pasado a la mente de Cristo, a la de la nueva creación, que «promociona» nuestro ser, como dije antes, porque lo va transformando, lo va cambiando y liberándolo del pecado. Ya no tenemos que pensar tanto en nosotras mismas, sino en el bien de las demás. Ya no tenemos que vivir y trabajar para nosotras mismas, sino para el servicio de las demás. Ya no tenemos que tener posesiones, ni afanes, ni dominio, si no es para compartirlos y entregarnos con todo lo que somos a las demás para vivir el «amor nuevo» del Reino, donde se excluye el llanto, las penas...

Que por eso dice: «los cobardes, los incrédulos, los depravados..., etc., tendrán su herencia en el estanque ardiente de fuego...» (Ap 21,8). Sí, hermanas, es una victoria vivir nuestra espiritualidad. Necesitamos creer. Creer y ser valientes. No podemos ser cobardes, ni incrédulas. Hemos de creer las palabras que están escritas, y de esa fe vivir para entender qué quiere decir «suave es el olor de tus perfumes», porque le vemos a él, porque aspiramos el olor de su santidad en toda la creación, también en las fuerzas contrarias a nuestro pecado que tensionan nuestro ser para cambiarlo, liberarlo del pecado.

Es decir, que en toda la creación hemos de ver la existencia divina y sentir su presencia bienhechora de Padre amoroso, su voz y acción creadora que nos lleva a la plenitud, aun en los acontecimientos adversos, porque todo ello son ámbitos de esa presencia suya fecunda y creadora que «fecunda» nuestro ser hacia su perfección. En todo, hermanas, repito, en todo. No

sólo en lo que nos deleita, sino también en lo que nos contrasta.

Porque en todo está su presencia divina, la suavidad de sus perfumes. Sí, hermanas. En lo que nos deleita está la huella creadora y santa de la primera creación, su amor y belleza, que es todo paz y armonía. Está su espiritualidad. Y disfrutándola damos acogida al Ser puro y casto, santo y santificador que la creó. Pero también en lo que nos contrasta o mortifica hemos de dar acogida a la presencia de nuestro Dios amado que, como dije antes, nos transforma o «promociona». También ahí está Dios, porque está la espiritualidad de la nueva creación, ese: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5) que preside la creación, ahora bajo la dinámica del espíritu redentor de Cristo. Y en todo hemos de darle acogida, como María, abiertas a la nueva vida sin malicia, abiertas a la santidad.

Ésta es nuestra victoria, hermanas. Saber acoger a Dios en ambas circunstancias, que es lo mismo que decir saber vivir la espiritualidad de ambas creaciones. Sí, tanto cuando nada nos contradice, cuando todo nos sonríe, cuando disfrutamos pacíficamente la amistad humana, la belleza de la creación y la armonía de nuestro ser, como cuando todo parece que se vuelve contra nosotras, cuando todo son hostilidades, incomprensiones, descontrol de pasiones, desequilibrio físico, siempre, en ambas circunstancias hemos de saber aspirar los perfumes divinos de Dios que nos plenifican o desarrollan. Sí, digo bien. ¡Que nos desarrollan al contactar con nuestra realidad humana, porque, repito, todos son ámbitos de su presencia creadora o redentora que lleva nuestro ser a la perfección!

Cuando vivimos o disfrutamos la espiritualidad de la primera creación, la de la no violencia, estamos aspirando el olor de los perfumes del Padre que nos crean y deleitan. Y cuando estamos viviendo la contradicción, los efectos de la violencia, los efectos del pecado propio o ajeno, entonces también tenemos que aspirar el olor de los perfumes divinos cambiando esas fuerzas negativas en el buen olor de Cristo (2 Cor 2,15), transformándolas en ámbitos de su presencia redentora que nos purifican de nuestro pecado; tanto si la purificación nos viene por pecados ajenos, como si por los propios nos sentimos

humilladas, siempre que en nuestro corazón radique la voluntad firme de luchar contra el pecado, de vivir la no violencia.

Y esto vivirlo con optimismo y con paz, hermanas queridas, porque todas esas circunstancias adversas han sido superadas ya por la vida y Muerte de Cristo, y por su Resurrección. Ya lo he apuntado antes. Sí, hermanas. Los ejemplos y la doctrina de Cristo nos enseñan a superar el pecado (Jn 13,1-17), su pasión y Muerte nos enseñan a sufrir sin violencia, es decir, con el espíritu de la nueva creación, los efectos del pecado ajeno, cambiando el mal en bien (Lc 23,33-34). «Ya está hecho» (Ap 21,6), nos ha dicho él. Sí, ya está hecho. Ya lo hizo Cristo, repito, que cambió el odio en amor, la violencia en perdón, la muerte en resurrección, para que nosotras ahora cambiemos el mal en bien, el pecado en santidad, la incomprensión en comprensión. Sí, hermanas, la energía divina que brota de la humanidad sagrada de Cristo nos empuja y estimula.

«Ya está hecho». Sólo falta que lo creamos. Que lo veamos y nos adhiramos a Cristo para que él nos «dé a beber gratuitamente del agua de la vida» (Ap 21,6). Sólo falta que optemos decididamente por su seguimiento tenaz y que vivamos este espíritu de la nueva creación a que nos compromete nuestra espiritualidad de la no violencia, de la lucha contra el pecado.

Esto es adentrarnos en el misterio de la santidad original de María nuestra Madre, la que vivió sin pecado en un mundo lleno de pecado, sufriendo las consecuencias del pecado ajeno, cambiándolo todo en amor, en bondad, en humildad, en entrega y oración por los demás. Recordémosla en las penalidades y pobreza de Belén. En las de la huida a Egipto. En las angustias de la Cruz y Muerte de su Hijo. Nada impidió que ella viviese la limpieza, pureza, santidad, armonía, equilibrio y paz de la primera creación.

En ella todo estaba resucitado ya, porque comenzó a vivir la plenitud del cristianismo desde el seno de su madre. A esto nos lleva ahora nuestra vocación. A cambiar el pecado en santidad, la violencia en paz, la dureza en amor. No importa que no lo consigamos siempre. No importa. Lo que sí importa es que nos empeñemos tenazmente en ello y pongamos a contribución todas nuestras fuerzas para vivir este espíritu nuevo de la nueva creación que lleva nuestro ser poco a poco,

y con él a toda la creación, a su plena madurez. Lo que importa es que imitemos a María en su gigantesca santidad.

¿Qué otra cosa, pues, podrían ser los perfumes de Dios si no es su santidad derramada en María y en toda la creación, su santidad derramada en la redención, su santidad derramada en la resurrección para llevar nuestro ser a la madurez plena y así consumar nuestra creación?

Sí, hermanas, haciéndonos violencia a nosotras mismas, rescataremos nuestro ser del pecado, porque ya lo rescató Cristo. Sólo falta, vuelvo a repetir, que creamos. Que creamos, porque la fe nos impulsa a las obras. Que creamos que estamos rescatadas del pecado y que hemos de librarnos de él, porque «estas palabras son ciertas y auténticas» (Ap 22,6). Y miremos, hermanas, cómo nos estimula Cristo para que lo hagamos: «He aquí que yo vengo —dice—, que yo vengo enseguida y traigo conmigo mi salario, que voy a dar a cada uno según sus obras» (Ap 22,12-17).

Sólo falta, pues, hermanas, que convirtamos toda la creación en un grandioso ámbito de la presencia creadora, redentora y santificadora del Dios Uno y Trino. Del Dios que fecunda, crea y renueva nuestro ser, tanto por medio de la belleza y armonía de la creación, como por la contradicción que permite nos ocurra. Ésta es la energía que posee la «nueva creación», que nos libera del pecado a pesar del pecado, cuando sabemos aprovecharla, porque Cristo tiene fuerza, repito, para preservarnos de caer en él.

¿Por qué, hermanas, vamos a hacer el mal si podemos hacer el bien? ¿Por qué vamos a responder con un insulto, pongo por ejemplo, a otro insulto, si podemos, porque Cristo «ya lo ha hecho» posible, responder con una sonrisa? ¿Por qué vamos a destruir lo que Dios ha creado, ha rescatado y santificado en su cuerpo redentor? ¿Por qué? ¿Porque nos cuesta? ¿Pues no vemos que él dice que el «vencedor heredará estas cosas y yo seré su Dios y él será mi hijo»? ¿No vemos, hermanas, que él cuenta con nuestro esfuerzo porque antes puso él el suyo? Sabe que cuesta trabajo y esfuerzo, pero nos ha empeñado en la lucha cuando antes se ha empeñado él por nosotras, por enseñarnos, pues que él no lo necesitaba.

Sólo por nosotras venció él el mal a fuerza de bien, a costa de su vida. ¿Le dejaremos solo en el empeño?

Pues ¿qué cosa más bella puede haber que ver la cara de Dios y llevar su nombre bendito en nuestra frente (Ap 22,4), que eso es para nosotras ser imágenes de su faz adorable y de su Ser divino por serlo de su amor y bondad? ¡Oh!, que entonces sí que se podría decir de la creación: «He aquí la morada de Dios con los hombres; él habitará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo morará con los hombres. Se enjugará toda lágrima de sus ojos...» (Ap 21,3-4) porque todo estará impregnado de la «suavidad de sus perfumes», de su santidad divina.

Sí, podemos contribuir a ello, hermanas, aunque sólo sea un poquito —y cierto que podemos, pues para eso se realizó todo el misterio de nuestra salvación: Encarnación, Vida, Muerte y Resurrección de Jesús, y toda la realidad de su Iglesia— pues si podemos, digo, ¿vamos a negarnos a Dios? ¿Vamos a negarle nuestra pequeña contribución nosotras que somos concepcionistas y, por lo mismo, llamadas a despertar este espíritu en la Iglesia del Señor? ¿Vamos a negarle nuestro pequeño esfuerzo para que la creación retorne a su santidad primigenia, viviendo ahora nosotras, con tenacidad, el espíritu de la nueva creación, espíritu redentivo; vamos a negárselo nosotras que somos concepcionistas? ¿Vamos a impedirle con nuestras malas obras que la suavidad de sus perfumes impregne toda la creación echando fuera el olor de muerte de Satanás, del pecado?

No, hermanas, no. No se lo negaremos. No negaremos a nuestro Dios amado nuestra pequeña aportación. Vamos a ello, pues, que para conseguirlo Dios no cuenta más que con nosotras. No cuenta con otras fuerzas más que las humanas. No cuenta con ángeles, sino con hombres. Su gracia va delante de nosotras. La gracia de la «llamada» a ser concepcionistas.

Vamos, pues, a ello, hermanas. Vamos a ello sabiendo que hemos de renunciar a mucho, pues hemos de quitar el pecado de nuestra carne, que tan pegado está a ella (Rom 7,14-20). Vamos a vivir la dinámica de la nueva creación, pues que «Dios nos ha hecho nacer de nuevo mediante la resurrección de Jesucristo» (1 Pe 1,3-9). Vamos a ello, que si lo hacemos será grandioso el empleo que daremos a nuestra vida. Vamos,

en este empeño, detrás de la que es terrible, como un escuadrón puesto en orden de batalla (Cant 6,10), María Inmaculada. Ella nos ayudará con su ejemplo, con su protección, a subir el Monte de la Concepción, el Monte de la santidad, el Monte de la liberación del pecado, el Monte de la nueva creación, cual es el Monte de su santidad original. ¡Ella es nuestra Capitana en la guerra contra el pecado! ¡Oh, qué dicha estar en sus filas! Vamos a ello, hermanas queridas.

A lo largo de la explicación de nuestros Estatutos y Constituciones, que haremos con la gracia de Dios, nos iremos ayudando a subir este Monte santo, pero ahora, antes de terminar este capítulo, nosotras, hermanas queridas, que nos hemos puesto ya en vida espiritual, que hemos comenzado a inclinar nuestro oído y nuestro corazón a la voz amorosa que nos habla (Prov 4,20; Sal 44,11) del divino Espíritu, vamos seguidamente a interiorizar más en nuestro corazón la espiritualidad de ambas creaciones; de la primera, siguiendo la narración del Génesis, y de la nueva creación inaugurada en y por Cristo, contemplándole a él, para aspirar y que nos llegue hasta el fondo del alma sus perfumes, «la suavidad de sus perfumes», para más y más enamorarnos de Ellos y más y más conocerles para vivirles.

Sí, hermanas, para que —como dice la divina Palabra— «de lo que vemos o aparece, resulte para nuestro entendimiento el conocimiento de lo que no vemos y no aparece» (Heb 11,3). «El conocimiento del Dios vivo que hizo el cielo y la tierra» (Hch 14,15), de su modo de ser, de sus divinos perfumes de santidad y suavidad. Veamos cómo encontramos, en la Palabra de Dios, el amor y el poder del Padre haciendo brotar de ese amor y poder suyo la tierra: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gén 1,1), a la que con su poder «asentó inconmovible por los siglos» (Sal 104,5). Así derramó, empezó a derramar la suavidad de sus perfumes divinos, que son vida, amor, poder, calor, unión, comunicación. En una palabra, lo que él es, porque «la tierra era soledad, caos —dice la Biblia— y las tinieblas cubrían el abismo» (Gén 1,2) porque aún no había huella de Dios en ella, pero cuando él decidió exhalar sus perfumes, empezó a haber en ella vida y «el Espíritu del Señor llenó toda la tierra» (Sab 1,7) y «hubo luz» en ella (Gén 1,3).

Su poder, su estabilidad, su firmeza le dio consistencia. Nos dice su Palabra que «ante su presencia tiemblan los montes y las colinas se estremecen, se levanta la tierra, el orbe y los que en él habitan» (Nah 1,5), y con este poder puso orden en las aguas (Gén 1,6-8). Sí, «él solo desplegó los cielos y holló la espalda del mar» (Job 9,8).

Con estas y otras expresiones canta la Biblia el poder del Señor. ¿Y su amor? Oigamos. Su amor, «su bendición se desbordó como un río, como un diluvio inundó la tierra» (Eclo 39,22). Y dijo Dios: «Haya un firmamento entre las aguas que separe las unas de las otras», y fue así (Gén 1,6). «¡Oh, Señor, Dios nuestro, qué grande eres! Vestido estás de majestad y de esplendor, arropado de luz como de un manto. Tú despliegas los cielos como una tienda, alzas sobre las aguas tus moradas. Al increparlas tú, emprenden la huida... Saltan de las montañas, descienden por los valles, hasta el lugar que tú les asignaste. Un término les pones que no crucen, porque no vuelvan a cubrir la tierra. Haces manar las fuentes a torrentes, entre las montañas se deslizan» (Sal 103,1-10). Así es el Dios que nos ama y piensa en nosotras.

Y aún su amor se preocupó más de preparar la morada que habría de ocupar el hombre y dijo después Dios: «Produzca la tierra hierbas, plantas sementíferas y árboles frutales» (Gén 1,11). Y así fue. «¡Cuán numerosas son tus obras, Señor!, todas las hiciste con sabiduría. Llena está la tierra de tu riqueza. La hierba haces brotar para el ganado, y las plantas para el uso del hombre, para que extraiga de la tierra el pan y el vino que recrea su corazón» (Sal 103,14-15 y 24).

¿Veis, hermanas? Ésta es la espiritualidad de la primera creación. Dios desbordándose en amor, en bondad, en bien, en paz, para nosotros los hombres, para nosotras. Y sólo por pura gracia. Porque Dios es así. ¡Puro amor! Y porque nos amó antes de que existiésemos, antes de que pudiésemos amarle, nos preparó la tierra con más amor, mimo y detalle que una madre prepara la cuna para el hijo que espera. ¡Oh, hermanas queridas, bendigamos la abundancia, la generosidad y el amor de nuestro Padre Dios con nosotros! Sí, «bendigámosle por todas sus obras. Engrandeced su nombre, publicad sus alabanzas... Maravillosas son todas las obras del Señor... Su

bendición cubre la tierra» (Eclo 39,15-22) «y se sacia de su acción fecunda» (Sal 103,13).

Y dijo Dios: «Haya luminares... que separen el día de la noche... y estrellas. Y fue así» (Gén 1,14-16). Y vemos aquí cómo avanza aún más en su *amor* y *acción* creadora la Boca del Padre, que es su Verbo, inundando la tierra de luz, de calor, de amor. Ya está él aquí siendo la luz de los hombres, primero la material, que expresa la espiritual (Jn 1,4-5). Ya está con su Boca amorosa y con su Espíritu dando paso al beso de amor, de amor de Padre a su criatura, embelleciendo el lugar de nuestra morada, iluminándola. ¡Oh, qué grande es tu amor, Señor! «Los cielos cantan tu gloria, el firmamento las obras de tus manos, el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. Sin que hablen, sin que pronuncien su voz, a toda la tierra alcanza su pregón, y hasta los límites del orbe su lenguaje» (Sal 18,2-5). ¿Lo entendemos, hermanas, lo seguimos? ¡Oh, qué maravilloso es su amor y poder!, pues que «él cuenta el número de las estrellas y llama a cada una por su nombre» (Sal 146,4).

Y aún ese Dios tan grande nos ama más, mucho más. Aún es más inagotable su amor con nosotras y su poder para comunicarnos más vida, más amor, mayor bien. Y volvió a decir Dios: «Produzca la tierra animales vivientes según su especie; ganados, reptiles y bestias salvajes según su especie» (Gén 1,24). Y así fue. Y así concluyó nuestro Padre toda la ornamentación del cosmos, del orden creado. Éstos son los perfumes de nuestro amado Dios: su amor, su poder de comunicar bien, vida, belleza, alegría, orden, paz, gozo, puestos a nuestro servicio, a nuestra disposición. Con todos estos perfumes nos recrea su bondad inmensa, y por esto y para esto mismo «se saturan los árboles, los cedros del Líbano que él plantó; allí ponen los pájaros sus nidos... los altos montes para los rebecos, las rocas para cobijo de tejones. La luna has hecho para indicar los tiempos, el sol conoce su ocaso... Cuando el sol se levanta... Ahí está el mar grande, anchísimo, y en él moviéndose un sinnúmero de animales pequeños y grandes... Todos ellos están esperando que les des el alimento a su tiempo. Tú se lo das... abres tu mano y de bienes se saturan. Si escondes tu rostro... si retiras tu soplo, expiran y vuelven

a ser polvo. Si envías tu aliento son creados, y renuevas la faz de la tierra» (Sal 103,16-30).

¡Sólo tu poder y tu amor, tu bondad, sostiene el universo, Señor! «Ante ti, las sombras tiemblan bajo tierra, las aguas y sus habitantes se estremecen. Ante ti, el Seol está al desnudo, la Perdición al descubierto» (Job 26,5-6). ¡Todo depende de tu amor y poder!, digámosle así, hermanas: «¡Bendice, alma mía, al Señor!, ¡Dios mío, qué grande eres!» (Sal 103,35).

Sí, hermanas queridas, la contemplación de la creación ha de ser un estímulo para nosotras, que nos haga vivir con entusiasmo su espiritualidad, que es comunicar siempre en nuestras palabras, actos y deseos, vida, paz, amor, bondad, bien. Y ha de hacernos avanzar en nuestro canto de amor y de admiración hacia nuestro Padre Dios, hacia su Espíritu y hacia su Verbo divino y Esposo de nuestra alma por tanta belleza creada y su armonía.

Antes, al comienzo de este capítulo, hemos contemplado, en nuestra creación, el amor de Dios y su bondad encerrado en el bello canto de amor: «Béseme con los besos de su boca», con el que el Espíritu nos ha acercado a nuestro Creador y Padre, a nuestro Esposo divino, y a él mismo, y nos ha desvelado su amor creacional. Después, el mismo Espíritu Santo nos ha mostrado la bondad divina y su amor «más dulce que el vino», «promocionando» nuestra existencia humana en la ya «nueva creación», aun a pesar de nuestro pecado. Y ahora, contemplando de nuevo esta creación ya renovada y aspirando la suavidad de los primigenios perfumes creadores que nos hacen más tangibles el poder, la bondad y el amor de Dios, el mismo Espíritu divino nos da de nuevo su verbo para que completemos nuestro canto de amor y admiración a la belleza creada y a su Autor diciendo: «Tu nombre es un ungüento derramado; por eso te aman las doncellas» (Cant 1,3).

Ciertamente, hermanas, toda la creación en su orden, en su paz, en su belleza, en su armonía cuando el hombre no la violenta, es una manifestación del *nombre* adorable de Dios, de su Ser, de su Paz, de su Amor, de su Vida, de su Bondad, de su Belleza, que se derrama como un ungüento. «Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!» En toda la tierra. En el canto del ruiseñor, en el perfume delicado de la

rosa, encontramos la suavidad de Dios. Todo ello pregona dulcemente la huella divina; todo ello es una transparencia viva del amor divino hacia nosotras. «Por eso te aman las doncellas»; todos los hombres deberíamos amar inmensamente al Señor. Primero nosotras, sobre todas las cosas. Y después hemos de desvivirnos para que lo amen todos los hombres. Porque en la creación ha derramado su bondad y amor, que es su Nombre, abundantemente. Ha sembrado la tierra de bienes. Así lo canta la Biblia: «Tus acciones, Señor, son mi alegría, y mi júbilo las obras de tus manos. ¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios! El ignorante no los entiende ni el necio se da cuenta» (Sal 91,5-7).

Así es, hermanas queridas, así es, el necio no se da cuenta. Pero no debe ser así en nosotras, que hemos recibido esta vocación de cantar, amar y vivir la belleza y la santidad de la creación. Nosotras sí debemos empeñarnos en entender el profundo amor de Dios que encierra la creación, y sus designios divinos. Aquí debemos movernos en nuestro propio ambiente, viviendo, contemplando y amando el amor divino en toda la creación. Y tratando de ser reflejo del modo de ser de Dios, de su paz, armonía, sobrenaturalidad, ausencia de violencia, santidad, como lo reflejó nuestra Madre Inmaculada, y nuestra Madre santa Beatriz, que parecía una maravilla de la naturaleza y de la gracia, dicen sus biógrafos [1]. Y miremos mucho que estamos llamadas a ello, para que nuestros hermanos, como vasos comunicantes que somos, se sientan movidos interiormente a acercarse a su Creador, a contemplarle, a amarle. Y no sólo con nuestra santidad, sino con todos los medios que tengamos a nuestro alcance procuremos hablarles de la presencia de Dios en la creación, del amor que le debemos. Y no paremos hasta ver hecho realidad el versículo: «Por eso te aman las doncellas», toda la humanidad. Se dice doncellas porque en ellas, en la juventud, es cuando más vivo está el amor. Así, con ese amor hemos de amar a nuestro Dios.

En fin, hermanas, que hemos de encontrar y contemplar en lo creado el beso de Dios a la tierra, la suavidad de sus

[1] Manuscrito del siglo XVI. Monasterio de «Santo Domingo El Antiguo» (Toledo).

perfumes. Beso divino y perfumes de santidad y eternidad que transformen nuestra existencia y la de todos los hermanos; de modo que pueda llegar a su plenitud todo lo creado.

La contemplación de toda la creación evoca la nuestra, y nos adentra más y más en la espesura del amor divino y en su fuerza creadora: «Arrástrame tras de ti: ¡corramos!» (Cant 1,4), le decimos. Corramos para entrar más hondamente en el conocimiento del amor e intimidad divina que encierra la frase: «Hagamos al hombre a nuestra imagen según nuestra semejanza» (Gén 1,26). No somos ahora, pues, nosotras, el objeto de nuestra contemplación, sino Dios mismo amándose en el Verbo de nuestra creación. Es el Espíritu Santo el que nos lleva tras de sí poniendo el Cántico en nuestros labios y en nuestro corazón. Sí, hermanas, corramos tras él, adentrémonos con él en lo hondo del amor que encierra nuestra creación.

El artículo primero de nuestros Estatutos, que reflexionamos ya desde el principio, nos dice, recogiendo la doctrina de la Iglesia nuestra Madre, que fue «la adorabilísima Trinidad, cuyo aliento es la santidad», quien por amor impulsó nuestra creación «a su imagen y semejanza». Por amor. Es decir, que somos una existencia humana causada por el amor divino.

Nunca podremos llegar a conocer este amor divino sin una gracia especial. Pero sí podemos contemplar, también con su gracia y a la vista de toda la grandeza, amor y fuerza creadora que la divina Palabra nos ha hecho considerar arriba describiéndonos la creación, podemos, digo, contemplar a Dios remansando en Sí mismo, en su intimidad Trinitaria, toda la fuerza de su amor creador al conferir entre Ellos «ese hagamos al hombre» desbordándolo después hacia fuera creándonos así, seres capaces de entenderle, conocerle, amarle, vivirle.

Así nacimos, hermanas queridas, en el Ser de Dios, como una necesidad de su bondad, o como una consecuencia de ser él Vida y Amor. La voluntad de crearnos se desprendió de esa ebullición volcánica de Amor que es su Ser, y de su bondad por tanto, que tiende a comunicarse como desahogo o salida del Bien que emana su Ser comunicando vida y felicidad. Sí, hermanas mías e hijas queridas, el exuberante Ser de Dios todo él henchido de vida y amor, diríamos como que descansa de su plenitud o llenez al comunicarse, aunque el descargarse de

esa exuberancia suya de vida y amor no suponga para él mengua ninguna porque siempre está lleno, siempre es Padre, plenitud de todo y origen de todo, pero descansa su amor, que es su Ser, al comunicarse, al darse, al amar.

Y así nos hizo a su «imagen y semejanza», que fue entregársenos, como diríamos en expresión humana, en cuerpo y alma, según se vio después en el modo como nos rescató del pecado. En alma diríamos, al darnos su vida y amor. Su cuerpo, al darnos su Imagen, expresión y Forma de su Ser en la santidad de su Hijo hecho hombre, que nos lo dio, y con él la gracia o capacidad para vivir el beso de su boca.

Porque quien es por esencia Amor y Vida, sus manifestaciones, sus reacciones, sus decisiones, su lenguaje son amor y vida, todo y puramente amor y vida. ¿Podremos entender así mejor cómo brotó el «hagamos» del Padre que se manifestó por su Boca divina, su Verbo, su Hijo, que al crearnos a su propia imagen lo hizo sintiendo en su propio Ser divino toda la carga o fuerza de amor inconmensurable de su Padre, que es el Espíritu Santo, el Espíritu de la santidad que nos comunicó? ¿Verdad que es grandioso y bellísimo, hermanas, ser imagen de Dios?, ¿ser imagen de Cristo? ¡Oh, qué preciosidad nos hizo Dios!

Esto y mucho más somos, hermanas; por eso le decimos: «Arrástrame tras de ti: ¡corramos, corramos!» hacia el amor y la santidad, para que nos tomemos en serio nuestra existencia; pues somos participación del amor, de la vida, de la bondad y de la santidad de Dios, y para esto nacimos, para vivir siendo imagen y semejanza de Dios, de su mismo modo de ser. Esto espera el Padre que seamos. Por esto, «arrástrame tras de ti: ¡Corramos!». Corramos hacia la plenitud de tu vida y amor.

Porque, miremos mucho, hermanas, que lo espera él de verdad, porque nadie es más consecuente en sus obras que Dios. Y si dejó tan vinculado nuestro ser al suyo fue para eso. Pensémoslo muy despacio, que lograrlo supondrá también conseguir que nuestra existencia sea para el Padre el gozo que para él supuso crearnos. Supuso gozo por el fin para el que nos creó, que fue ver él reproducida la imagen de su Hijo amado en tantos millones de seres. Y asimismo lo seremos

para Jesús, viendo logrado el gozo que con su Palabra creadora dio al Padre, de quien él procedía, creándonos a su propia imagen y semejanza. Y seremos así también gozo para el Espíritu Santo, como fue nuestra creación, en quien revertía todo el amor y gozo que el Padre y su Hijo pusieron en ella. ¡Oh, cuántos bienes se derivan de cumplir el fin de la misma! ¡Ser imágenes de Cristo! Por eso, arrástranos tras de ti, Señor, corramos juntos en la vivencia de nuestra imagen y semejanza tuya, para ser tu gozo, y descanse tu amor y ternura en nosotras.

Sí, hermanas, seremos expresión y *reposo* del Amor creador de Dios y de su bondad, de su gozo, si sabemos *ser* su imagen, como nos creó. Miremos que la Biblia dice que, con la creación del hombre, Dios *descansó* de su Amor fecundo y dio por terminada su obra creadora y descansó en su mismo amor, gozándose en la creación del hombre, imagen de su Hijo, ¡en quien confió! (Gén 2,1-3), en quien dejó descansando su amor creador.

«Oh, Señor, Dios nuestro», exclamamos de nuevo conmovidas de tanta grandeza y amor en nuestra creación, «¡qué admirable es tu *nombre* en toda la tierra!». ¡Qué admirable es! «Es un ungüento derramado» en toda la creación, más en el hombre, hermanas queridas. «Apenas inferior a un dios nos hiciste, coronándonos de gloria y de esplendor, nos diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo pusiste bajo nuestros pies. ¡Oh, Señor, Dios nuestro, qué glorioso es tu nombre en toda la tierra!» (Sal 8,2 y 6-7). ¡Qué amor tan grande pusiste en nuestra creación! ¡Qué entrega de tu Ser!

Por ello, día y noche debemos cantar alborozadas esta gloria y amor diciendo: «Por eso te aman las doncellas», como nos dice el Espíritu Santo. Así debemos amarle nosotras, hermanas. ¡Oh, sí, digámosle mil veces!: «Arrástrame tras de ti: ¡corramos!» (Cant 1,4). Corramos tras de tu amor, de tu conocimiento, de tu Ser divino. Hagamos de toda la creación y de todo acontecimiento peldaños para acercarnos a él, de modo que podamos, con propiedad, aplicarnos las palabras que el Espíritu pone en labios de la Esposa: «El Rey me ha introducido en sus cámaras» (Cant 1,4). Lo podamos decir porque todo nos lleve a él, a su intimidad, a ese beso de su boca que constituyó

nuestra creación. Sí. Todo nos lleve a la vivencia de su Ser, de su amor divino para hacerlo crecer en la tierra; pensando, razonando, amando y viviendo a su imagen y semejanza. Que esto, esta clase de vida en Dios es para nosotras, hermanas, el «creced y multiplicaos y llenad la tierra y dominadla» (Gén 1,28). Llenar la tierra de Dios, llenarla de su amor, llenarla de su alabanza, dominando o sometiendo el pecado.

Sí, hermanas, como hemos dicho tantas veces, Dios nos «llamó» para ser imagen de su santidad divina en la creación. Para que crezca entre los humanos el amor y el conocimiento de Dios. Que crezca la conciencia de que somos seres salidos de su beso santo, purísimo, creador, de su Ser divino, y por ello orientados hacia él y su amor. Y que, sólo manteniendo la continuidad con ese su Ser adorable que nos dio la existencia, podremos lograr este fin tan grandioso en el nuestro. Y que esta conciencia, hermanas, les retorne a Dios.

Éste es nuestro glorioso «creced y multiplicaos y llenad la tierra». Y como tan grandioso que es, hemos de entender muy claro, porque es lógico debido al pecado que arrastramos, que no lo conseguiremos si no es a costa nuestra. A costa de ahogar nuestro amor propio, soberbia o vanidad ante un acontecimiento o palabra que nos hiera o rebaje, porque no hemos de dejar que sea el pecado el que aflore en nuestra conducta, sino la santidad de Dios, su paz y amor. Su santidad en lugar de nuestra sensualidad, su amor en lugar de nuestro egoísmo.

Lógicamente esto no puede significar para nosotras menos sufrimiento y esfuerzo que el que constituye traer un nuevo ser al mundo. No menos, sino más. Y asumirlo consecuentemente para ser coherentes con nuestra vocación. Porque es mucho más grandioso engendrar hijos espirituales. Ya que lo espiritual es siempre más intenso que lo natural.

Pues si éste es nuestro «creced y multiplicaos» y, como miembros vivos de la familia humana, hemos de contribuir con nuestra aportación a su crecimiento, desarrollo y perfección, ¿cómo tendrá que ser nuestro comportamiento para transparentar a Dios y llenar la tierra de su amor, para llevarla a su desarrollo pleno sabiendo cómo es Dios y cómo nos creó, sin violencia, en armonía y paz, sin lucha ni resistencia interna ni externa al bien? Dar a conocer al hombre de hoy nuestro

origen, ciertamente, exige de nosotras estar muy «introducidas en las cámaras del Rey divino», en su intimidad, en su amor, que es tener y vivir un espíritu intenso de recogimiento, de silencio, de oración, para más y más conocerle, más y más llenarnos de él, para darlo más abundantemente y expresarlo más nítidamente en la conducta.

¿Qué ascesis no nos exigirá esto, hermanas? Miremos, contemplemos a nuestros Modelos, a los que estamos «llamadas» a seguir: Cristo Jesús y su Madre Inmaculada, y hagamos cuanto podamos por imitarles. Ellos conocen nuestra condición pecadora, y a pesar de ello nos han llamado a la santidad. Hagamos, por tanto, cuanto esté en nuestras manos, con su gracia, y Dios hará lo demás. Si somos fieles a su gracia hará que nuestra conducta descubra su existencia; como el pintor, el poeta, el escultor o el músico descubren en sus obras sus sentimientos, su alma, porque ¡nuestra alma, nuestra vida, es *Dios!*

Parecería que con esto ya está todo dicho. No. No está todo dicho. Porque nuestra fragilidad lo necesita para ayudarnos a levantarnos de la postración de nuestro pecado. Y así lo piensa Dios cuando el Espíritu Santo no se contentó con poner sólo en los labios de la Esposa el primer versículo: «Béseme con los besos de su boca», sino que continuó explicándonos las delicias de este amor divino y el itinerario para retornar a él en todos los poemas tan deliciosos que trae el Cantar de los Cantares. Lo mismo sucede con la narración de la creación. No basta sólo lo meditado para asumir la espiritualidad de la primera creación. No. Hemos de continuar adelante, hemos de adentrarnos más y más en las cámaras divinas del Rey, que esto es asumir el espíritu de la primera y de la nueva creación, en las que nos ha introducido al hacernos concepcionistas, para contemplar hasta la saciedad su huella creadora y dejarla marcada tenazmente en nuestra alma.

Necesitamos avanzar en la contemplación de la narración del Génesis, paralelamente a como avanzamos en la contemplación del Cantar de los Cantares, para descubrir más a Dios, descubrirnos a nosotras mismas y, mediante la conducta que esto nos exige, ir estrechando la distancia que nos separa de nuestro Dios amado, liberándonos del pecado.

Por ejemplo, en lo que nos dice el Génesis respecto del alimento que Dios determinó para el mantenimiento de nuestros primeros padres antes del pecado, descubrimos la ausencia de malicia y de violencia en la que él nos creó. Dios dijo: «Yo os doy toda planta sementífera sobre toda la superficie de la tierra y todo árbol que da fruto conteniendo simiente en sí. Ello será vuestra comida» (Gén 1,30). Y así vivió el primer hombre.

Ni una voz discrepante, ni un lamento. No habría muertes violentas ni gritos de dolor de ningún ser de la creación, nos quiere decir aquí Dios con su Palabra. El hombre no se alimentaría de la violencia, sino de la paz, de la armonía, del orden. Diríamos que se alimentaría de esa huella divina tan deleitable, latente en los frutos de la creación. Las aves, los peces, los animales servirían para ornamentación del cosmos. Para esto los creó Dios. ¿No es belleza esto? ¿No es armonía? ¿No nos evoca a Dios? ¿No significa esto una revelación genuina del ser de Dios todo paz y amor, y del nuestro, consecuentemente, por haber sido creadas a su imagen y semejanza, que ahora hemos de vivir? ¿No significa que la creación entera, toda la tierra, es un beso del poder y amor de Dios, un beso de paz, de armonía, de orden, y que eso mismo ha de ser la existencia humana sobre la tierra para que haya continuidad en ella de la obra y amor de Dios?

Sí, hermanas, «el Rey nos ha introducido en sus cámaras» al hacernos concepcionistas. Nos ha introducido porque quiere que toda esa espiritualidad de la creación primera, que brota a borbotones de la creación, la reflexionemos mucho y la vivamos intensamente. Toda esa espiritualidad que es su intimidad, su modo de ser, quiere que sea nuestra forma de vida. Sí, toda esa espiritualidad que es su santidad, nos la ha entregado al hacernos concepcionistas, porque toda esa santidad, belleza y armonía creacional, tal como salió de sus manos santísimas, está encerrada en la que nos ha dado por Modelo y Madre, y que da el nombre y la naturaleza a nuestra Orden: ¡La Inmaculada! ¿Puede haber mayor intimidad que esta de introducimos en el misterio de la santidad de su misma Madre? «El Rey nos ha introducido en sus cámaras.»

Y así, con esta ayuda y protección maternal, quiere que vivamos toda esa belleza creacional a pesar de nuestro pecado, sin miedo, sin encogimientos, porque podemos. Porque, en María, él nos dice también a nosotras que «el que está en Cristo es una nueva creación» (2 Cor 5,17). Si no es igual que María, pero sí parecido a María, porque si no fuimos preservadas del pecado, porque eso sólo fue para ella, sí defendió el Padre la santidad de nuestro origen derramando sobre nuestro pecado un río de amor, de gracia y misericordia más abundante que el mismo pecado, según nos dice san Pablo: «Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rom 5,20) y nos lavó entregándonos a su mismo Hijo (Jn 3,16), su Verbo amado, su Boca divina, por la que nos había creado. Y así, en su propio cuerpo humano y divino nos hizo ser «una nueva creación», y nos dio fuerza para no caer en el pecado.

¿No es esto introducirnos en lo más interior de sus cámaras? Sí lo es. Y lo es para que aprovechemos esta dignación divina y vivamos lo que se aprende en esta intimidad de Dios, en estas cámaras. Vivamos este misterio saludable y universal que es la santidad purísima de su Madre y nuestra, y, que es, asimismo, misterio de su Ser redentor. Sí, hermanas. En estas cámaras divinas se aprende a amar a Dios. Se aprende, porque ahí se ve con claridad que no podemos contemplar los resplandores de la limpia santidad de María sin volver los ojos al Hijo, Imagen de la santidad del Padre, su Boca creadora, que hizo nueva la creación purificándola con su sangre redentora.

Y se aprende también a ver en el misterio del amor redentor del Hijo el amor creacional del Padre. Porque ahí, en esas cámaras o intimidad divina, se ve que el amor que Cristo puso en la redención con su vida en permanente entrega e inmolación, no es más que la revelación del amor que el Padre puso en nuestra creación y del interés que tiene por nosotras. Pues así como la santidad purísima de la Madre revela el amor del Padre y del Hijo hacia ella, así la inmolación cruenta del Hijo y su vida redentora revela el amor del Padre por la humanidad. Amor que vivió intensamente el Hijo.

Nos lo dice el mismo Jesús: «En verdad, en verdad os digo que el Hijo, de por sí, no puede hacer nada que no lo

vea hacer al Padre y lo que éste hace lo hace igualmente el Hijo» (Jn 5,19). Esta conciencia del Hijo revelada por él mismo fue la que dio forma y marcó todo su comportamiento en su redención, ¿verdad, hermanas? Jesús es el libro abierto donde podemos leer con claridad meridiana el amor que puso el Padre en nuestra creación. Como apuntamos arriba: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no muera, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).

¿Verdad que meternos en estas cámaras divinas revelándonos así, tan amorosamente, todo su misterio de amor a favor nuestro, nos compromete mucho y nos enseña cuánto debemos a Dios, a su amor misericordioso, y cuánto le debemos amar haciendo de todo este conocimiento divino el impulso de nuestro vivir y actuar?

¡Oh, amor insondable de Dios hacia sus criaturas! ¡Sólo el Hijo pudo revelárnoslo! Jesús fue el testigo cierto y fiel de este amor inmenso del Padre; sí, hermanas, entregando su vida cruentamente en amarga traición, soledad, dolores e incomprensión. Tuvo que llegar a ese límite para alcanzar el del amor del Padre y de él mismo en nuestra creación y transparentárnoslo así, como un deber de Ser Hijo, es decir, expresión humana del amor divino, del modo que nosotras pudiéramos entenderlo.

«Me amó hasta entregarse por mí» (Gál 2,20), nos dirá san Pablo. Y así podemos decir del Padre: Nos amó hasta entregarnos su Ser en el Hijo. «Doy mi vida —nos dijo Jesús—, nadie me la quita, sino que la doy yo por mí mismo... Tal es el mandato que recibí de mi Padre» (Jn 10,15-18). Y no por interés propio, ni siquiera del Padre, sino sólo por puro amor nuestro. Y aún para entender esto más, podríamos decir que Jesús no murió ni padeció *por* nosotros, sino *para* nosotros. Quiero decir, hermanas, que, pensando en que Jesús murió *por* nosotros, cabría decir que pudo morir sólo por amor a su Padre, por reparar la ofensa hecha a él con nuestro pecado. Pero porque murió *para* nosotros, entendemos que lo hizo para entregarnos lo que habíamos perdido por el pecado: «Os reconcilió completamente en el cuerpo de su carne por la muerte,

para presentaros limpios e inmaculados e irreprensibles ante su presencia» (Col 1,22), nos recuerda san Pablo.

Nos entregó Jesús hasta la última gota de su sangre para rehacer nuestra creación. Nos entregó sus méritos e hizo nuestro su amor, su vida. Todo nos lo dio en beneficio propio para restituirnos lo perdido, haciéndonos ricas con sus méritos y amor. Allí, en la Cruz, salvó nuestro destino a la inmortalidad, a la santidad. Sí, hermanas. Su Ser divino y humano crucificado había asumido la creación y la había salvado. Nos había salvado. ¡Oh, hermanas, sólo con ver cómo nos rescató Jesús, con qué vida y muerte, es más que suficiente para rendir nuestro amor al suyo y esforzarnos cuanto sea necesario para que todo ese amor creador y afanes redentores logren lo que Ellos, el Padre, el Espíritu y el mismo Jesús, quisieron de nosotras al crearnos!

Y así, hermanas, sólo así podremos decirle: «Contigo jubilaremos y nos alegraremos» (Cant 1,4). Porque creer en él y en su amor es entrar en él y hacer nuestro lo suyo como él hizo suyo nuestro pecado. Y esto es causa de júbilo y gozo para nosotras. Sí, «con él jubilaremos y nos alegraremos y celebraremos tus amores más que el vino» (Cant 1,4), le decimos, porque ya somos suyas. Hemos de pasar, sí, nosotras, a ser realidad suya, para que él pueda pasar a ser realidad nuestra y gocemos plenamente su Ser y sus amores. Gozarlos plenamente, porque todo nuestro ser ha vuelto a tener vida divina por su amor redentor.

Por eso hemos de poner en la respuesta todas nuestras fuerzas, todo nuestro amor, todo lo que somos. Y ponerlo con ilusión. Esto es «alegrarnos y celebrar sus amores», sus amores redentores. Que es «permanecer», «existir» en ese amor suyo que nos entregó con su sangre. Que es «alegrarnos» y «Permanecer» en ese «Yo» divino que causó nuestra existencia (Éx 3,6-14) y en el «Yo» redentor (Jn 8,23-29) que la redimió. Sabiendo, hermanas, que ahora sólo podemos existir en el espíritu de la redención. Sí. Porque sólo el «Yo» redentor de nuestro Esposo, bien vivido y amado, es el que nos vincula al «Yo» que nos dio la vida. Es decir, al amor del Padre. Celebrar sus amores es, por tanto, vivir su espíritu redentor, imitarle, contemplarle, configurarnos con él, que es vivir la «nueva creación», hasta embriagarnos de su amor.

Y esto hacerlo, como él lo hizo, con integridad, implicando en ello nuestra persona, como él implicó la suya. Dijo que nos salvaba, y lo hizo decir a su Persona entera, entregándose y muriendo por nosotras. Así, así hemos de celebrar sus amores, implicando todo nuestro ser, entregándolo todo a su amor, a la consecución de la santidad, como él: «Por ellos yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17,19). Esto es amar de verdad, esto es celebrar sus amores, en verdad, no otra cosa. Que así nos lo dice san Juan (1 Jn 3,1-9). Así, hermanas, así, con esta verdad e integridad hemos de celebrar los amores de nuestro Dios. Así, permaneciendo por el amor en el Hijo, en su vida, en su Ser, para *estar* también en el Padre, en su amor: «El que tiene al Hijo, tiene la vida; y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida» (1 Jn 5,12).

Mirémosle, pues, así, como Fuente desbordante de vida, de amor y ternura, amándonos y llamándonos a su amor, que es la santidad. No vivirlos es no creerles. No vivirles es no amarles, ni creer en el amor inmenso que pusieron en nuestra creación y redención. No vivirles es no celebrar sus amores. Y creo, hermanas queridas, que toda la ineficacia de no arrancarnos del pecado se debe a que no pensamos ni nos creemos adecuadamente toda esta sublime realidad. Se nos escapa, porque no es cosa tangible, sino espiritual. Por ello, empeñémonos tenazmente en vivir el espíritu redentor de la nueva creación, que no otra cosa es celebrar sus amores, sino aprovecharlos siendo hijas de su espíritu, de los adaptados a su Espíritu y éste, Santo, para más fuerza.

Por tanto, hermanas, vamos a ser veraces en la vivencia del amor divino, penetrando profundamente en su misterio de amor, celebrando sus amores como hijas de la nueva creación, que hemos sido rociadas con la sangre redentora, elegidas según la presciencia de Dios Padre para ser santificadas por el Espíritu (1 Pe 1,2). Ésta es la gloria de la nueva creación anunciada por los profetas (1 Pe 1,3-25), es estar en el «amor nuevo», en los «odres nuevos», en el vino nuevo. Y es nuestra gloria, sí, poder entrar en la mente de Cristo, en su vida, en su amor. Tener parte en su Espíritu de santidad, que es el que nos dio la existencia, repito una vez más, porque «el amor ha sido

derramado en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado» (Rom 5,5). Amor divino que nos impulsa, como raíz de nuestro ser, hacia el amor de nuestro Esposo redentor, a su transformación, porque es necesario que nuestro amor se iguale, en lo posible, con el suyo, porque no hemos de olvidar que ahora, en esta nueva creación, vivimos ya de su amor y por su amor, por eso no debe descender el nuestro de su calidad, de su generosidad, de su entrega, de su vigor y verdad (1 Jn 3,14-18). ¿Verdad que sólo así será cuando Jesús celebrará con nosotras la liturgia de su amor redentor? Fijaos que la Esposa dice: «Contigo jubilaremos». Es con él, con Jesús, con quien hemos de celebrarlos. ¡Integridad, pues, hermanas, y santidad en nuestro amor!

Ya estamos terminando este capítulo primero. Sería mucho más lo que habría que decir para entender todo el alcance que tienen los artículos de nuestros Estatutos que fundamentan nuestra espiritualidad. Pero con lo dicho tenemos materia para que cada una de nosotras ahonde más y más en esta espiritualidad tan rica de la primera y nueva creación, en este misterio del amor creador, y del amor redentor, y del amor santificador de Dios. Nos ayudará mucho también leer y reflexionar los capítulos 5 al 8 de la Carta de san Pablo a los Romanos.

Y parecerá que no hemos hablado de nuestra Madre Inmaculada. Y no es así, pues que todo lo que hemos reflexionado en este capítulo ha estado orientado hacia el descubrimiento del misterio de su santidad original, que es nuestra espiritualidad, ya que toda la belleza creacional y redentora, toda la armonía, amor y santidad que hemos reflexionado saliendo de las manos de Dios, todo está encerrado, salvado en ella, repito de nuevo, que para nosotras, concepcionistas, constituye el Monte santo de Dios, Monte que contiene la santidad divina, el acto creador de Dios en toda su fuerza de amor puro, de amor creador y redentor.

Y así es, hermanas, que todas nosotras, contemplando la santidad original de nuestra Madre dulcísima, descubrimos nuestra creación. Miramos con María cómo fue el comienzo de nuestra existencia, y para qué se nos creó. Miramos cómo fue el amor creador y el redentor que nos dio la vida, para conformar la nuestra con la imagen a que fuimos creadas. Y éste

es nuestro júbilo y alegría, y con Ella, enamoradas del amor y santidad de nuestro Dios, exclamamos con la voz del Espíritu: «¡Oh, con qué razón se te ama!» (Cant 1,4).

Sí, hermanas queridas, «¡con qué razón se te ama!», le decimos a Dios, contemplándonos tan ricas y amadas en nuestra creación al ver la santidad original de nuestra Madre Inmaculada. «¡Con qué razón se te ama!» al vernos con un destino tan glorioso en nuestras manos, pues no para otra cosa somos creadas, sino para parecernos al que nos creó y redimió. Y más viendo que, para que nos pareciésemos a Ellos, el Padre nos dio su santidad hecha figura humana en su Hijo. Y para que tuviéramos la gracia de liberarnos del pecado para asemejarnos a ella y elevarnos hacia él desde nuestra condición pecadora, nos dio el amor y la vida humana de su Hijo que dejó colgada de una Cruz agotada de amor y de dolor. «¡Con qué razón se te ama!»

Y, en fin, para que tuviésemos «ayuda» y «fuerza» para identificarnos con él, como María, nos dio a su Espíritu, que es fuerza de Amor, haciéndole descender hasta nuestra realidad humana para consumir nuestro pecado y hacernos vivir en el «amor nuevo», en la «nueva creación», en el espíritu redentor y santificador. Y para que pudiésemos conseguir esto más fácilmente desde nuestra condición de redimidas, nos dio a María como Modelo en su actitud de «Esclava del Señor». Nos dio su protección maternal y su mediación corredentora. Nos la dio como esperanza y signo de lo que debemos y esperamos ser como concepcionistas, hijas de su santidad original.

Urgido, pues, nuestro corazón, apremiadas por tanto amor, convencidas de nuestra flaqueza pero enamoradas de nuestra vocación, deseando nuestra transformación en el Amado y movidas por el Espíritu divino que nos impulsa y nos da el deseo de Dios, volvemos a cantarle nuestras ansias de comenzar con vigor nuestra santificación diciéndole: «Arrástrame tras de ti, ¡corramos!», sí, ¡corramos hacia el amor perfecto escalando este Monte amado de la Concepción, en su cumbre «celebraremos tus amores más que el vino», Señor! Y cantaremos: «¡Oh, con qué razón se te ama!».

Y agradecidas y enamoradas, sabiendo que aún es infinitamente más lo que queda por decir del amor de Dios en nuestra

creación, cantamos con júbilo el cántico de nuestra salvación en el Amado. Cantémoslo, sí, con nuestra voz y con nuestra vida. Digámosle con el corazón:

«Bendito sea Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en la persona de Cristo
con toda clase de bienes espirituales y celestiales.

Él nos eligió en la persona de Cristo,
antes de crear el mundo,
para que fuésemos santos
e irreprochables ante él por el amor.

Él nos ha destinado en la persona de Cristo,
por pura iniciativa suya,
a ser sus hijos,
para que la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido
en el Amado,
redunde en alabanza suya.

Por este Hijo, por su sangre,
hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.
El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia
ha sido un derroche para con nosotros,
dándonos a conocer el misterio de su voluntad.

Éste es el plan
que había proyectado realizar por Cristo
cuando llegase el momento culminante:
recapitular en Cristo todas las cosas
del cielo y de la tierra.»

(Ef 1,3-10)

Amén. Amén. Que nuestra fidelidad, hermanas, testimonie con nuestra vida este amor inefable y entrañable del Padre. Amén.

CONVERSIÓN

«... las que atraídas por el soberano misterio de la santidad original de la Inmaculada Madre de Dios, y movidas por la gracia redentora que fluye de Cristo, quieran consagrarse en cuerpo y alma a vivir el espíritu concepcionista o de la nueva creación, cuyo comienzo es Cristo mismo y María, la nueva Eva, han de ir acostumbrándose a hacer el vaciamiento o despojo de todo lo que no sea Dios o tienda a él, a fin de entrar en su espíritu santificador.

El ingreso, pues, en nuestra Orden es puro caminar hacia metas concretas de comportamiento mediante una conversión y ascesis auténtica» (Est 5,2-3).

Después de reflexionar, hermanas queridas, en la santidad de nuestra creación y en el amor volcánico y divino con que fuimos creadas, según nos lo presentan nuestros Estatutos; queriendo responder nosotras con amor al acontecimiento profundo de nuestra llamada divina a la santidad dentro del espíritu concepcionista o de la nueva creación, que responde tan de lleno al proyecto creador de Dios sobre el hombre, de cuyas entrañas amorosas extrae el espíritu, volvemos nuestra mirada hacia el misterio de la santidad original de nuestra Madre querida, donde está encerrado, con primor, este proyecto creador y redentor de Dios y reflejado su espíritu, para ver cómo hemos de vivirlo.

Y lo primero que descubrimos en él, en ella, junto con su pureza inmaculada o ausencia de pecado, es su profunda humildad o conciencia de «deudora» de Dios, de sus dones divinos, que marcó toda su existencia y privilegiada actuación de criatura de Dios. Sí, María fue sobre todo la inmaculada «Esclava del Señor» (Lc 1,38), la aceptadora enamorada de la Palabra divina, con cuya disposición llevó a su cumbre el proyecto creacional de Dios sobre ella.

Nosotras, hermanas, no podemos participar su privilegiada exención del pecado, pero sí podemos imitar su disposición de Esclava del Señor desde nuestra conciencia de redimidas,

de deudoras de la sangre de su Hijo, vertida para liberarnos del pecado.

Por ello, atraídas por este soberano misterio de su limpieza original que nos exige la ruptura con el pecado, y movidas por la gracia redentora que fluye de Cristo, avanzamos en nuestro deseo de escalar la cumbre del Monte de la Concepción haciendo el despojo o vaciamiento de todo lo que sea contrario a Dios, a fin de entrar en su espíritu santificador. Espíritu que nos introduce de lleno en el misterio de la santidad original de María.

Y es en lo que vamos a reflexionar con la misma gracia divina que impulsa nuestra vocación y nuestro deseo de santidad, la cual, bajo la luz de la limpieza de María, nos remite de nuevo a la contemplación de la Esposa del Cantar de los Cantares, a fin de encontrar la luz que buscamos para descubrir el conocimiento y la presencia del pecado en nosotras, que es el que nos aleja de Dios, y la fuerza para arrancarlo.

Y leyendo el texto donde lo dejamos anteriormente, nos fijamos en que el mismo amor divino que movió a la Esposa a pedirle los «besos de su boca» o llegada al amor perfecto, donde descubrió su Origen y creación, ahora ilumina su otra realidad, su ser de pecado que recibió de Adán, y le hace exclamar: «Morena soy pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salmá. No os fijéis en que soy morena, es que el sol me ha quemado. Los hijos de mi madre, airados contra mí, me pusieron a guardar las viñas. ¡Mi viña, la mía, no la guardé!» (Cant 1,5-6).

Y vemos, hermanas, que el Espíritu Santo, a la luz de este poema, nos está invitando a reconocer el rastro del pecado en nuestra naturaleza humana, conocerle para evitarle, conocer nuestro desorden y ordenarnos, que es en lo que consiste la subida al Monte de la Concepción o la llegada al beso de la boca del Padre.

«Morena soy pero hermosa», dice la Esposa santa. Esta exclamación es la toma de conciencia que ella hace de su doble realidad: la recibida de Dios en su creación y la recibida de Adán. Por una parte se siente enriquecida por la gracia divina, no sólo en la creación, sino también por esa «llamada» que reconoce en ella a vivir la intimidad divina: «Koinonia», como

lo atestigua la petición que le hizo hacer el Espíritu: «Béseme con los besos de su boca», y se ve hermosa. Por otra, ve su color oscuro que la hace distinta del Esposo y le impide correr tras sus huellas con plena libertad. Y ve que eso es defecto. Por eso dice a las hijas de Jerusalén que no se fijen en ella. Y justifica su estado. «Es que el sol me ha quemado.»

Reconoce que algo externo le ha cambiado el color, que antes no era así. Ha sido el sol el que le ha puesto morena. Y ha sido porque los hijos de su madre (Eva), «airados» (pasiones), le han «puesto a guardar las viñas» (vida desordenada). Y no ha atendido la suya, «su viña» (gracia santificante). Y esto ha sido la causa de tener la tez morena, que significa la oscuridad del pecado. Y aunque ha sido un ser extraño a ella el que le ha cambiado el color, el sol, pero ha sido con tal fuerza, que quemada ha quedado; «morena», dice; otros traducen «negra». Y ese color forma ya parte de su ser, aunque en su origen no fuera así.

Lo que nosotras entendemos que quiere decirnos el Espíritu Santo en esta divina Palabra es la situación en la que quedó el género humano, nuestra alma, a consecuencia del pecado original. Quiere decirnos que el Padre no nos creó como ahora nos vemos, con esa tendencia al mal que detectamos en nuestra carne, sino con la tendencia al bien originada por la participación en su amor que nos dio al crearnos. Quiere decimos que algo ha cambiado nuestro modo de ser salido de Dios, y esto ha sido el pecado.

Nos conviene, por tanto, y mucho, reflexionar sobre lo que trastornó o cambió nuestro ser, para que, conociendo las motivaciones que le afectaron y por lo mismo nuestras tendencias pecaminosas con las que quedó grabado, actuemos contra esos principios que nos alejan de la santidad que Dios puso en germen en nuestra alma.

Miremos, hermanas queridas, que nos conviene mucho tomar como dicho a cada una, y así lo recomiendo, lo que el Espíritu divino quiere tan amorosamente decirnos con esta divina Palabra que estamos reflexionando. Quiere que nos adentremos profundamente en el misterio de nuestro desorden. Que volvamos la mirada desde la contemplación de la sublimidad de nuestra creación que anteriormente contemplamos, que es

todo santidad, dulzura y amor, a la de nuestro ser actual de pecado, para vernos como nos ve y contempla Dios, tan pecadoras y ajenas al modo de ser de él a cuya semejanza nos creó, y así nos sintamos urgidas a cambiar.

Sí, el divino Espíritu que impulsa y trabaja nuestra vida espiritual nos dice que, para penetrar en el misterio de Dios que deseamos y a que nos lleva nuestra vocación, antes hemos de penetrar en el de nuestro desorden. Pues esto nos dará luz para conocer la Verdad de Dios y la nuestra, ya que, a medida que vayamos conociendo nuestra propia ruindad y egoísmo, entenderemos la grandeza del amor de Dios, su misericordia y bondad, perdonando nuestro pecado, redimiéndonos y santificándonos con el aguante y grandeza con que lo ha hecho. Así sabremos aborrecer lo que nos separa de su modo de ser.

En tres partes se compone la reflexión que el Espíritu nos propone hacer para llegar a un profundo conocimiento de nuestro ser y del de Dios. Primero, reflexión sobre nuestras tendencias desordenadas: «Morena soy», que haremos estudiando el pecado original y algunos de sus efectos. Segundo, reflexión sobre nuestras pasiones: «Los hijos de mi madre, airados contra mí», que haremos estudiando las pasiones para ordenarnos. Tercero, reflexión sobre nuestros pecados personales: «¡Mi viña, la mía, no la guardé!», que haremos estudiando la causa de los mismos para desatarnos de ellos y así retornar al modo de ser de Dios a que fuimos creadas, que es la santidad. Diferencia que hay que acortar por la ascesis cristiana, y monástica en nuestro caso, hasta establecer la unión deseada con nuestro Esposo redentor, que es la subida al Monte de la Concepción.

Porque es muy necesario, hermanas, que tomemos conciencia muy a fondo de nuestro *desorden,* para cimentar en la *verdad* nuestra vuelta a Dios. Así nos lo dice el mismo Señor: «No lo habías oído, ni sabido, pues yo sabía que eres pérfido y que te llamas rebelde desde el vientre de tu madre» (Is 48,1-11). «Pecador me concibió mi madre» (Sal 50,7), confiesa humildemente David. Es muy necesario, sí, este convencimiento de nuestra naturaleza *desordenada,* para que crezca a la vez el convencimiento de que esta fuerza del *pecado* que llevamos dentro, *nunca* nos permitirá hacer nada eficaz en la propia liberación

del mal sin la ayuda de Dios: «Sin mí nada podéis hacer» (Jn 15,5), ni podremos identificarnos con el modo de ser del Padre que tanto nos atrae, pues que es *enemigo suyo.* Y por aquí vemos cómo nos creó él «a su imagen y semejanza» pues que es contrario a su modo de ser lo que es enemigo nuestro, el pecado. Si el pecado es enemigo de Dios, su contrario, es también enemigo nuestro, pues nos destruye.

Por eso, esta profundización en nuestro ser *desordenado,* para regresarlo al modo de ser que nos dio Dios, es el secreto y la garantía de la subida al Monte de la Concepción, pues que es fuerza positiva que nos permitirá instalarnos en la *Verdad* que se llama Dios, y por ello entrar en el ámbito de la divinidad, de la gracia santificante, que es nuestra verdadera realidad, la recibida de Dios, pero que la potencia del pecado tanto dejó debilitada para la santidad.

Para entrar con fruto en el conocimiento y convencimiento de nuestro pecado, que es el comienzo activo de nuestra subida al Monte, y por lo mismo, acto muy importante para nosotras, es menester que comencemos, hermanas queridas, por donde empezó Cristo a redimir nuestro pecado, como recoge la Introducción a estas exhortaciones, por el «desierto» del despojo de su ser divino. Despojo que significa para nosotras ahora hacer desierto, callar todas las pasiones, para que cuando las estudiemos, ahora y siempre, no pensemos en el pecado ajeno, sino en el propio, porque es el principio innegable para poder desatarnos de él, convencernos de que lo tenemos, y de que Dios lo aborrece.

Así nos enseñó Cristo, el Esposo redentor, y el Padre, que para redimir el pecado de la humanidad, el Padre le hizo pecado a su Hijo. Es decir, Cristo lo *asumió* y así lo redimió (2 Cor 5,21). Si nosotras no nos sentimos pecadoras, no abandonaremos nuestras posiciones, resistencias, etc., que tienen bloqueada la gracia santificante en nuestra alma, y no nos santificaremos, no habrá cambio.

Comenzamos, pues, a reflexionar el pecado original según nos lo transmite la Biblia, dejando a un lado las nuevas teorías que sobre el mismo corren hoy. Y lo hacemos para encontrar la explicación a nuestras pasiones desordenadas y tendencias pecaminosas, pues que fue el que nos desordenó: «Por un

hombre entró el pecado en el mundo» (Rom 3,9-23), nos dice la Palabra divina, y en el libro del Génesis la misma Boca divina del Padre nos dice cuál fue la causa de este primer pecado del hombre, que fue pecado de desvinculación de Dios, por parte del mismo hombre.

Nos dice la Biblia que Dios le había creado a su imagen y semejanza (Gén 1,26), vinculado a su existencia, de modo que su amor era participación del de Dios, su vida, de la misma vida de Dios: «Insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente» (Gén 2,7). «El soplo de Dios me hizo» —dice Job—, «me animó el aliento del Sadday» (Job 33,4), de modo que «si él retirara a Sí su espíritu, si hacia Sí recogiera su soplo, a una expiraría toda carne» (Job 34,14), hemos reflexionado en el capítulo anterior.

Sí, hermanas, y pongamos toda nuestra atención aquí, miremos que fue la infidelidad a este don soberano de Dios al hombre la que causó la derrota del mismo hombre, porque resultó infidelidad a sus mismas raíces, pues que ellas eran el mismo Dios que le había originado. Y romper la vinculación de amor con él fue cortar la transmisión de su vida divina, quedando, por ello, sin fuerzas espirituales, dominado por las fuerzas ciegas de la naturaleza humana, desorientado, desinstalado en su fuero interno, desordenado por lo mismo, desequilibrado su psiquismo, esclavo de las fuerzas negativas.

Dejó muy atrás el ejercicio del don soberano que le vinculaba a Dios, que, por ser don divino, implicaba, como todo don de Dios, una obligación, que revelaba al mismo tiempo o hacía vivir su propio ser. Adán era «hombre», no Dios. Era el nombre que Dios le había dado en el Paraíso. «Los bendijo y les dio el nombre de "hombres" el día de su creación» (Gén 5,2), que correspondía a su ser «dependiente» de Dios. Esta fue su vocación, vivir la vinculación con su Creador, vivir la consecuencia de su ser «hombre», es decir, ligado al que le daba el ser y la vida. ¡Y esto mediante el amor! que era la forma de vida de Dios, y quiso que lo fuese de su criatura. ¿Se puede pensar en mayor don que la de tener que vivir por vocación la vida de Dios que es amor y santidad? Lógicamente, esta forma de existencia tenía que prolongarse por medio de la fidelidad en el comportamiento, como hijo, aceptando la

dependencia con su Creador que tuvo que aparecer de algún modo. El libro del Génesis nos dice simbólicamente: «Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio» (Gén 2,17).

Y así fue. En el momento que se desvinculó de su Creador no viviendo el amor o la obediencia que le ligaba a él, murió. Murió el amor y la presencia de Dios en él, y con ello murió su vida espiritual. Murió en él el valor supremo, lo que le hacía ser imagen y semejanza de Dios, la participación en la vida divina. La fuerza que le llevaba a la plenitud de su ser. Y se hundió en el fracaso, en su propia frustración. Sabemos que esto se desprende de una razón poderosísima. El hombre desde el comienzo de su existencia con una vocación de eternidad, lógicamente tendía hacia Dios, como lo incipiente tiende a su pleno desarrollo, según nos enseñan: el niño tiende a hacerse hombre. Adán tenía en su alma el germen de la gracia santificante (1 Jn 3,9), que es la mejor participación que tenía de Dios (su semejanza) y esto tendía con fuerza a su desarrollo o plenitud. Desarrollo que sólo podría llevarlo a cabo viviendo el amor, que era la fuerza de su existencia, vinculado al Ser o a la Savia que le daba la vida, Dios, Vida de amor, de confianza en quien le había creado, que le mantendría en su ser, y que le haría crecer en cada acto que activase el amor, hasta llevarlo a la consumación completa. Rompió esta vinculación, y mató su vida de gracia, repito, la santificante, perdió su tendencia al bien, la santidad, la plenitud.

Miremos mucho, hermanas mías, que ésta es la primera lección que hemos de aprender del pecado original para retornar a la santidad de nuestro Origen. Vivir el amor, que es lo que nos vincula a nuestro Dios y Creador. Vivir la dependencia de él es la raíz de la inmortalidad (Sab 15,3) porque su dependencia es amor y santidad, por eso nos inmortaliza y santifica. ¡Tan imperecedero es el amor!, ¡como que es Dios! Y miremos que somos de la misma masa de Adán, con la misma exigencia de amor lógicamente, la misma obligación de corresponder y vivir vinculados a ese su amor, que nos requerirá esfuerzo, como le supuso a Adán. Tratemos con todas las veras de nuestra alma de no repetir el episodio del Paraíso. Miremos, hermanas queridas, que está escrito para nuestra en-

señanza. ¡El amor es nuestro valor! Nos construiremos o nos destruiremos a nosotras y a las que nos rodean. Del modo como vivamos esta dependencia y amor divinos hablaremos en su lugar, ahora vamos a continuar aprendiendo lecciones del pecado original.

¿Quién indujo al hombre a consumar tal pecado? «Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sab 2,24), nos dice el libro de la Sabiduría, induciéndolos a quebrantar el precepto divino que les vinculaba a su Hacedor y les mantenía en la incorrupción. «Dijo (Satán) a la mujer: "¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de todos los árboles del jardín?". Respondió la mujer a la serpiente: "Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte". Replicó la serpiente a la mujer: "De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal". Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió» (Gén 3,1-6).

De la consideración atenta de esta narración de la caída del hombre, extraemos para nuestra enseñanza, como venimos haciendo, tres momentos que se identifican con toda tentación del maligno.

1.º El diablo induce al pecado por envidia y sagazmente.

2.º Lo hace halagando y exacerbando por lo mismo la propia estima y sensualidad, vanagloria, soberbia, vida de sentidos, pasiones...

3.º Por medio de la materia en esta ocasión.

Primero. Comienza Satanás llamando la atención de la mujer, que puede llegar con facilidad al corazón del hombre. Y lo hace con astucia: «¿Cómo es que Dios os ha dicho: no comáis de todos los árboles...?». Estaba seguro el diablo que Eva no vería ninguna maldad en aclarar la verdad respecto de la prohibición de Dios, y que lo haría fácilmente. Así entraría en diálogo con él, que es lo que pretendía. Y así sucedió tragándose Eva el veneno de la tentación. Eva aclaró: Podemos

comer del fruto de los árboles, menos del que está en medio del jardín. Ya, de este modo, se puso en contacto con Satanás, se estableció el diálogo y se ganó su atención. Aquí estuvo el peligro, no cortar rápidamente el contacto con Satanás, porque en el contacto con él está siempre, siempre, presente el halago de la propia sensualidad y estima, que oscurece el espíritu limpio recibido de Dios, que es donde reside la verdad. La sensualidad turba la razón y deja sin defensas al hombre para ver con objetividad lo que le conviene. Así le sucedió a Eva. Y estamos en el segundo momento.

Replicó la serpiente...: «Es que Dios sabe muy bien que el día que comiereis... se os abrirán los ojos y seréis como dioses...». En esta respuesta, Satanás había dejado o abandonado su pregunta que se refería a todos los árboles del jardín y se había pasado a la respuesta de Eva. Ya hay más unidad entre ambos. Satanás estaba en el terreno de la mujer y esto le halagó más a ella. Mayor daño, pues, para Eva, que le tenía más cerca. La tentación iba cobrando fuerza y ella las iba perdiendo. Y saltó por fin la tentación a su cumbre: «No moriréis... seréis como dioses...». Eva ya no es la de antes, la que entendió que la serpiente mentía cuando al principio le habló. Entonces estaba más fuerte en ella la gracia divina y defendió al que sabía que no mentía: a Dios. Pero ahora... es distinto, está sugestionada por Satanás y, sin preguntarle nada, pasó su fe, la fe que tenía en Dios, a Satanás, y le creyó más que a Dios, confió en sus palabras e intenciones y... pecó.

«Comió del fruto y dio también a su marido, que comió.» Estamos en el tercer momento. Satanás se sirvió de la materia para conseguir la ruina del género humano. Está descrita aquí de modo maravilloso, exacto, en tan breves palabras, la seducción de la materia: «Vio» el árbol bueno para «comer», «apetecible» a lo sensitivo, «a la vista», y «excelente» para ser más: halago de la parte sensitiva y material del hombre que exacerba la sensibilidad del mismo, erigiéndole así en dios de la materia, y terminando la materia por ser dios del hombre.

Así, a grandes rasgos y sólo para sacar la enseñanza que hemos de tener en cuenta en nuestra escalada al Monte, tenemos descrita la tentación y caída prevaricadora del hombre, que tan maltrecho dejó el ser precioso que recibimos de Dios.

Vamos, pues, hermanas queridas, a fijarnos en la enseñanza. Primero es la huida de la tentación. Satanás siempre empieza como amigo y es así que nos odia porque nos tiene envidia, como nos ha dicho la Palabra de Dios. Esto debemos tenerlo muy en cuenta para empezar ya aquí mismo a aborrecerle con toda la fuerza de nuestro ser, aborrecerle, odiarle, pues eso hace él con nosotras clavando en nuestro corazón el dardo venenoso de sus tentaciones y sugestiones. No tolera que sigamos manteniendo, por la gracia santificante, la imagen y semejanza de Dios, y trabaja denodadamente por arrancárnosla. Por tanto, huida, desprecio siempre que se acerque a tentarnos.

Segundo. Y nos tienta siempre que los pensamientos o deseos que lleguen a nuestro corazón y a nuestra mente halaguen nuestra sensibilidad o hagan crecer el deseo de estima propia. Para las que nos ponemos en camino de santidad, aquí nos tenemos que detener mucho. Permitidme, hermanas, que me repita. Todas las sugestiones internas, ideas, deseos, impulsos, proyectos, etc., que tiendan a halagar nuestro amor propio, a levantar como la espuma la estima propia, a hacernos creer que somos algo importante, y que podemos hacer grandes cosas en lugar de gastar la vida en pequeñas ocupaciones, todo esto ¡fuera! con energía, pero rápidamente. Recordemos a Eva, que para nuestra enseñanza se escribió la Biblia (Rom 15,4), y no retrasemos la huida ante semejantes artimañas diabólicas.

Lo más que podemos conceder a estos impulsos o a cualesquiera atracción, deseo o ideas es presentarlos a la obediencia, o preguntarnos si van contra la ley del amor y de la gracia. En vencer nuestra resistencia al mal pone mucho empeño el maldito, pues sabe que es fácil para él, debido a la degradación de nuestra naturaleza prevaricadora. ¡Oh, cuántas cosas hacemos y suceden en la vida que, precisamente porque halagan nuestro amor propio o sensibilidad, lo que nos hace estar a gusto, creemos, y así lo proclamamos, que son voluntad de Dios! ¡Oh, cuán estragada nos deja la razón Satanás y la sensualidad para errar en cosa tan clara, que nos hace pensar tan torcidamente del espíritu de Dios y sus caminos!

Por más santas que nos parezcan las sugestiones y nuestros proyectos, si no nos sujetan a la humildad y obediencia ni construyen despojada nuestra vida interior, hay que darles de

lado, despreciarles, porque no tienen que ver nada con el espíritu de nuestro Redentor, el nuevo Adán, Cristo Jesús, el Hombre nuevo. Ésta es la diferencia que tenemos con él, que cuando queremos actuar bajo ese influjo diabólico o mundano, nunca buscamos más humillación, sino sobresalir. En cambio, Cristo, nuestro Esposo, cuando se decidió hacer algo por el hombre, por nosotras, miremos, hermanas, cómo actuó, qué buscó. Nos lo dice su misma Boca divina que, «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,6-8). Buscó e hizo bien al hombre buscando humillaciones para sí, buscando trabajos, penalidades, sacrificios, obediencia, muerte.

Todo esto y más, que veremos adelante, es Cristo, es así su espíritu en contraposición del pecado, cuyas tendencias nos dominan. Si no, veamos, ¿qué buscó el hombre en el pecado de origen? Buscó ser más: «Como dioses»; buscó gloria, placer: «era apetecible y excelente el fruto y comió». Buscó huida del sacrificio que implicaba la prohibición; buscó, en fin, independencia, quebrantando la obediencia. ¿Qué encontró? ¡Frustración! ¡Pérdida de los valores recibidos de Dios en su creación! Mantuvo, sí, su capacidad de amar, pero con un amor inficionado por el deseo de ser *más* que le inclinaba al egoísmo. Mantuvo la libertad, pero dominada por el desorden que le causó su desvinculación con el orden de la gracia o participación de la vida divina que se le había dado en su creación. Así quedó Adán, con todo lo contrario que apetecía y buscó, pues quedó esclavo y arruinado; esclavo de cuanto le hizo apetecer Satanás. Todo lo contrario de lo que es Cristo. Por tanto, ya sabemos de qué espíritu debemos huir.

Es también mucho de notar, hermanas, para nuestra enseñanza, que entendamos que, si Cristo obró así, fue porque ése era su modo natural de ser, por ser la santidad. Modo de ser que nos dio Dios en nuestra creación, y que ahora, en cambio, constatamos en nuestro interior que ha cambiado; ahora nos domina el mismo que originó el primer pecado. San Pablo lo detecta así: «Porque sé que no habita en mí cosa buena, pues

el querer está en mí; pero reconozco que el obrar lo bueno, no. Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso es lo que hago. Y si lo que no quiero yo, eso es lo que hago, ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado, que habita en mí» (Rom 7,18-20). Así nos dejó el pecado, en situación de hacer el mal que no quisiéramos hacer debilitando el modo de ser que nos dio Dios, rompiendo nuestra armonía y unidad interior. Pues está claro, aunque me repita permitidme que lo diga, que Dios, todo santidad y amor, que nos creó para el amor y la santidad, no pudo crearnos con tendencia al mal. De ningún modo, él, que es la Bondad y el Bien por esencia, pudo crear un ser contrario a su modo de ser habiendo decidido en su voluntad crearlo a su imagen, con participación en su vida divina. ¿Cómo, Dios, Santidad sustancial, iba a inocular en potencia, en nuestro ser, esos males destructores de la misma vida que nos daba según su semejanza? (Gén 2,26). ¡De ninguna manera! Por tanto, fue la influencia poderosa del pecado en nuestra naturaleza humana la que nos dejó inclinados al mal. Su fuerza malífica es la que nos cambia interiormente. Inclina todas nuestras fuerzas, capacidades o energías físicas y psíquicas hacia el mal. Todo nuestro ser queda herido o implicado en ello. Por eso, nuestra tendencia en el obrar es buscar gloria, honra, estima propia, placer, huir del sacrificio, actuar con independencia, etc. ¡Ya es degradante la situación que heredamos! Y si conseguimos cambiarnos al modo de ser de Cristo es por medio de la gracia y con mucho esfuerzo y renuncia. Es, siempre, contrariando nuestras apetencias. ¡Tanta fue la repercusión del pecado en nuestra naturaleza que cambió nuestro modo de ser! ¡Tanto fue su mal que nos cambió el color!: «Morena soy».

Y ¿por qué la existencia del Mal: Satán? Sólo a Dios le compete revelarlo. A nosotras sólo nos importa lo que Dios ha querido revelarnos: La causa de nuestra tendencia al mal, para que, evitándolo, volvamos a ser como él nos creó.

Para entenderlo bien y que nos ayude a poner el esfuerzo que ahora requiere el liberarnos de esas tendencias, vamos a reflexionar un poco sobre ello. Es importante, porque así veremos el amor y la bondad de Dios amándonos y queriéndonos hacer bien, y el que nos hizo creándonos como nos creó, y

el mal que nos hizo y hace el demonio arrebatándonos lo que Dios nos dio. Esto nos ayudará a amar más a nuestro Creador y Padre y a aborrecer más eficazmente el pecado y las sugerencias de Satanás.

Pues bien, Dios nuestro Padre, como reflexionamos en el capítulo anterior, había llamado a la existencia al hombre a su imagen y semejanza para transmitirla a su posteridad. Era lo que le hacía distinto de toda la creación y rey de la misma. Debería haber transmitido lo que era, un ser en participación constante con la divinidad, con su vida divina y con su amor. En cambio, cuando pecó, Adán transmitió lo que quedó hecho después del pecado. La Biblia nos dice que «Adán... después de pecar engendró un hijo a su semejanza, según su imagen» (Gén 5,3). No podía transmitir otra cosa sino lo que era: un ser configurado con el pecado y, por tanto, separado de la santidad de Dios, y bajo el dominio de Satanás, a quien se había entregado al obedecerle. Transmitió su amor inficionado con el mal y en ruptura con el de Dios, que era el que le transmitía la bondad o santidad. Transmitió su vida desconectada de la divina, que mantenía la suya en un equilibrio perfecto. Nos transmitió, en fin, un ser que, aunque hijo de Dios, «el Dios que te dio a luz» (Dt 32,18), no reflejaba a Dios; con tendencia al mal en vez de al bien, un ser desgarrado de la Fuente que le había dado la existencia; por tanto, sin seguridad, alterada su armonía tanto física como psíquica. Nos transmitió un comportamiento desordenado que formó y forma personalidad debilitada para el bien, inficionada en su mente y en su voluntad, alejada, por tanto, de la santidad.

Y ¿tanto mal hizo el pecado? Sí, tanto mal, porque todo el bien que tenía y gozaba Adán lo recibía de Dios por medio del espíritu de santidad que dijimos antes, que es el amor. Su vinculación con la divinidad le venía del amor, que era donde residía su voluntad o libertad. Entonces, al entregar su fe y confianza a Satanás creyendo verdad lo que le decía: «Seréis como dioses», se desvinculó del Bien: ¡Dios!, y se ligó al Mal: Satán. Se desvinculó del Amor: ¡Dios!, y su capacidad de amar se le convirtió en egoísmo. Con esto perdió la santidad que Dios le transmitía, repito de nuevo, y en su lugar recibió la tendencia al mal y el desorden que Satanás inoculaba con la

actitud de rebelión contra Dios. Éste es el mal que hizo el pecado, desvincularnos del amor de Dios y dejar un ser en rebelión constante contra el bien y el amor, sin vida divina.

Si nos detenemos en esto, hermanas queridas, es para que entendamos bien dónde está el mal. Bien podemos decir que la desobediencia nos lleva a la pérdida de la fe, o viceversa, que la falta de fe nos lleva a la desobediencia. A mayor grado de obediencia, mayor fe, y a menor grado de obediencia, menos fe. Y esto sí que es grave para nosotras, porque no sé si os habéis dado cuenta de que al tratar de obediencia estamos tocando la esencia de la existencia del hombre, porque es por ahí por donde falló el amor de Adán, y por donde falla el nuestro. En Adán, obedecer o no obedecer a Dios supuso amar o no amar a Dios, creer o no creer a Dios, vivir la vinculación o romper con Dios. Y porque desobedeció, no vivió el amor, no creyó a Dios, provocó la tragedia en su ser. Miremos esto bien, hermanas, y no nos permitamos tener arruinado nuestro amor.

De esto trataremos en el capítulo de la obediencia, pero observemos ahora que la medida del amor inmenso de Cristo fue su obediencia, y saquemos la enseñanza que nos interesa; y miremos, también, qué desgraciado quedó nuestro ser cuando el pecado lo desgarró de Dios dejando nuestra naturaleza inclinada al mal. Porque en hacer lo contrario que nuestras tendencias desordenadas nos piden, en eso consiste nuestro retorno a la santidad de nuestro origen, a Dios, y, por lo mismo, la regeneración de nuestro ser, de nuestro amor. Primero, el que debemos a Dios. Sí, hermanas, hemos de volver a tener confianza plena en él y en su amor, porque es la confianza la que nos estrecha y vincula con la persona que amamos, y la que nos inclina a seguir sus deseos, a obedecer. Porque desde la desconfianza al abandono de quien se desconfía no va casi nada. Y más, cuando Satanás nos presente un futuro halagüeño, aunque falso, como resultado. Así hizo con Eva. Por tanto, confianza, mucha confianza en nuestro Dios, avivando así nuestra obediencia y nuestro amor a él, que luego él mismo se encargará de impulsarnos al del hermano, pues que los dos tienen la misma vena, su Ser divino.

Y ahora pasamos a reflexionar, hermanas, el tercer aspecto de la tentación, que es cómo el enemigo se sirvió de la materia para tentar y vencer o hundir al hombre. Esto trae mucha enseñanza para nosotras. Veamos. La Biblia nos pone, para describir el hecho del pecado, el episodio del fruto del árbol del jardín. No es porque necesariamente fuese un fruto comestible la causa de la derrota del hombre, sino que lo que nos quiere transmitir la Biblia aquí es una profunda revelación del peligro que constituye la materia para el hombre. No porque ella sea mala, pues Dios nos dice que todo lo que había creado era bueno y lo bendijo (Gén 1,31), sino por el mal uso de ella, por la manera desmedida de amarla, prefiriéndola más que al Creador, como le sucedió a Adán.

Este peligro tenía y tiene la materia para el hombre, que como es lo más tangible y cercano a él y la puede dominar, cosa que le halaga, de ella se sirvió Satanás para penetrar en el hombre mediante su sensibilidad y enfriarle en el amor divino. Y de ella se sirve para seguir ahogándole el espíritu. La materia, desmesuradamente usada, engendra la apostasía de Dios, como en el Paraíso, porque ella hace crecer el orgullo, independiza de los valores espirituales, endurece el corazón o los sentimientos por el ansia de poseer más y esclaviza al hombre erigiéndose en rectora de su comportamiento. Lo vacía de contenido divino, lo materializa.

Son buenas las cosas, pero sólo en cuanto nos «sirven» para «servir» al Creador de ellas. Es el tanto cuanto de san Ignacio, tan acertado. Es lo que decía aquella alma que tuvo una experiencia fuerte de Dios al respecto: «Si Dios me atraía hacia él y me separaba de las cosas era porque me quería dar a entender que ellas, por sí mismas, no me ayudaban a amarle a él si no ponía yo amor espiritual al usarlas. No eran mis semejantes».

¿No nos recuerda esto algo a lo que le sucedió a Adán en el Paraíso, que en las cosas no encontraba su semejante, se veía solo en medio de todo lo creado? Así, continúa esta alma, «me atraía Dios a él, porque sólo él podía ofrecerme la ayuda que necesitaba mi ser para plenificarlo. Él quería darme a entender que en sólo mi Dios y Creador, y esto por estar hecha a su imagen y semejanza, encontraría la *revelación* de mi

ser, mi principio y plenitud. No en las cosas encontraría ayuda semejante, sino sólo en Dios, porque sólo me encontraba hecha a imagen y semejanza suya, no de las cosas, repito. Por eso Dios me atraía hacia él completando y revelándome la naturaleza de mi ser, y a medida que más me atraía, más me sentía alejada, ajena a las cosas, y más satisfecha interiormente en todo mi ser, que no deseaba ni necesitaba más». Todo lo que no sea, pues, hermanas, el uso necesario, no superfluo de las cosas, es engaño de Satanás y enfriamiento de nuestro espíritu y fervor en el servicio de Dios nuestro Señor y Padre. Porque la materia no es el fin del hombre, sino sólo Dios. De esto trataremos más ampliamente en el capítulo del despojo concepcionista.

Ahora pasamos a reflexionar sobre nuestras pasiones desordenadas, que es el lastre que nos dejó el pecado original. Y ello no solamente para conocer los principios del mal y evitarlos, sino también para «conocernos», como dijimos al principio, y así conocer mejor a Dios, mejor amarle y mejor aborrecer el mal. Dos cosas, por tanto, hay que separar para dar claridad al propio conocimiento, la fuerza del mal que entró en el propio ser por el pecado original, y los pecados propios, que son los que, en oposición al modo de actuar Dios, van a hacernos entrar en el conocimiento de nuestra prevaricación, y del amor, de la bondad y misericordia de Dios. Porque Dios nos va a decir, mediante la Escritura, cómo actúa y ha actuado con nosotras, con amor y misericordia. Y cómo Dios nos ama y aborrece el pecado en nosotras. Y cómo quiere que sea la santidad y el amor nuestra vida; porque quiere, en una palabra, vivir él en nosotras, ya que él es la Vida y el Amor.

Comenzamos, pues, a ahondar en el propio conocimiento y miseria, reflexionando nuestras pasiones, que, en el contexto del Cantar de los Cantares que venimos reflexionando, correspondería al hecho que deplora la Esposa Santa: «Los hijos de mi madre, airados contra mí, me pusieron a guardar las viñas» (Cant 1,6).

Y es muy importante que cada una de nosotras nos apropiemos los sentimientos de la Esposa que la divina revelación nos propone, y nos esforcemos cuanto el hecho lo requiera

en ello, porque no puede haber otro modo mejor para orientar la regeneración de nuestro amor y ser que el que nos ha puesto Dios mismo, que es quien nos ha creado y nos conoce a fondo y sabe lo que necesitamos para llegar al amor perfecto.

Escuchamos, pues, a la Esposa, que nos habla del peligro que constituyen para nosotras las propias pasiones desordenadas y los engaños del mundo y de Satanás. Refiriéndose al mundo nos dice desengañada: «Los hijos de mi madre, airados contra mí, me pusieron a guardar las viñas. ¡Mi viña, la mía, no la guardé» (Cant 1,6). La Esposa reconoce que no anduvo por los caminos del Señor, que fue otro el orden de vida que llevó, el que le imponían «los hijos de su madre airados contra ella», repito, las pasiones desordenadas. Llama aquí madre a Eva, que fue quien la engendró para el pecado y la muerte, y quien le dio desordenadas las pasiones por hermanos, y así les llama la Esposa, ¡tan enraizadas en su carne las dejó el pecado original en su naturaleza, en la propia individualidad!

Estas pasiones desordenadas son las que tenemos que ordenar, hermanas queridas, para poder vivir el orden de la gracia, que es el orden de Dios, no del mundo. Esto es, cuidar nuestra «imagen de Dios», que es santidad para todo el campo de la Iglesia. Veamos.

La primera pasión que aparece desordenada es la del *amor,* como raíz que es del ser humano y sede de nuestra libertad, que quedó inficionado por el pecado original al desvincularse del Bien, que es Dios. El amor, que tiende a la unión y a la posesión de lo que se ama. Desordenado como está, tiende a amar y unirse más a las criaturas que al Creador. Por ello, para ir regenerando Dios nuestro ser, se pone a regenerar primero nuestro amor dándonos en el primer mandamiento divino el remedio. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente y sobre todas las cosas» (Dt 6,5). Así la palabra divina entra en acción y penetra nuestra vida y la sublima, la eleva sometiendo nuestro amor al heroísmo, haciéndole ganar lo que ha perdido por el pecado, pues ese mandamiento bien vivido es el que nos hace crecer en gracia santificante, en la unión con Dios o participación en su vida divina.

No hay que buscar razón en este mandamiento divino que a veces incluye las pruebas del amor que Dios envía a los más queridos. Así sucedió a Abrahán, que, aunque era amigo de Dios, aún le siguió perfeccionando hasta el final de su vida, más cuando le pidió el sacrificio de su hijo Isaac. Y para llevar a cabo en él el desarraigo total, es decir, la puesta en práctica del «amarás a Dios sobre todas las cosas», le quitó primero a Ismael. Parecería que fue casualidad o efecto de la envidia el acontecimiento de Gén 21,9-14, y no fue así, sino que entraba dentro de los planes de Dios para llevar a cabo la purificación de Abrahán. Esto nos hace ver cómo el Señor maneja los acontecimientos para los fines que él pretende.

El precepto divino: «Amarás al Señor sobre todas las cosas» cumple su cometido descargando su fuerza purificadora en el corazón, en el alma, en la mente y en la vida de quien desea amar, retornar a Dios con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con todo su ser, acrisolándolo hasta el desarraigo absoluto de todo lo que impida el cumplimiento exacto de esa Palabra divina. Hasta que no haya nada en el alma, en el corazón y en la existencia que no sea amor de Dios, porque es cuando éste estará ordenado, enderezado de nuevo a su Creador. Esta Palabra divina, que coincide con el primigenio designio de Dios sobre el hombre, no deja de ejercer su influencia en los amigos de Dios, en los que queremos tratar de santidad. Lo hemos olvidado. Pero ella es la clave y respuesta de cuantas purificaciones hemos de soportar los hombres hasta transformar el propio egoísmo en amor, el amor desordenado a las cosas, en amor divino. Es lo que nos sucede, hermanas queridas, con más propiedad, en el itinerario que hemos de recorrer en el Monte de la Concepción hasta juntarnos con nuestro Dios y Esposo, que requiere nuestro corazón purificado, santificado, nuestro amor íntegro. Y es lo que ordenará en nosotras la pasión del amor si cooperamos con él activa y pasivamente, es decir, aceptando cuanto nos venga de Dios o de las criaturas con este fin de desarraigo, y desarraigándonos también nosotras de todo lo que contraríe el amor divino.

Lo contrario del amor es el *odio,* terrible pasión que tiende a alejar de nosotras lo que nos desagrada naturalmente. Nace

del amor desordenado que nos tenemos a nosotras mismas y de la desorbitada estima que, consecuentemente, hacemos de nuestros valores, y del apego que tenemos a los mismos y a las cosas. Por ello no aguantamos nada que se oponga a ellos, a nuestros deseos, ni a nadie que nos haga sombra o los contradiga. «El odio suscita querellas, mas el amor cubre todas las faltas» (Prov 10,12), leemos en el libro de los Proverbios. Y en el libro de los Reyes, desde el capítulo 16 al 27, podemos comprobar en Saúl, odiando a muerte a David, las funestas consecuencias que suscita en la persona que odia, y qué desgraciada la hace, manteniendo perturbado siempre su corazón. ¡Lógico, porque el ámbito de la paz es el del amor, el de la no violencia! Grabémoslo fuertemente en nuestra mente, hermanas.

Ejemplar único para vencer el odio es Cristo perdonando a los que le habían llevado a la Cruz por envidia. Nosotras no necesitamos de tanto amor para que desaparezca el odio de nuestro corazón, sólo con una mirada que echemos a nuestros pecados basta para avergonzarnos de sentirlo, mucho más de ejecutarlo. Pero ¿a quién nos atrevemos a odiar, hermanas queridas, si tendríamos que huir de la presencia de Dios a causa de nuestros muchos pecados? ¡Oh, si toda la gente conociera nuestra verdad pecadora, quedaríamos avergonzados y sin aliento para odiar, porque sería la gente la primera que nos aborrecería y nos despreciaría con sus ojos! Pues lo que la gente no ve, lo ve Dios. ¿Cómo vamos a dar cabida al odio en nuestro corazón? Fomentar esa pasión del odio, pues, es síntoma de no haber entrado aún en el conocimiento del propio pecado. De no haber hecho nada aún por subir esta escalada al Monte. Dar cabida a esa pasión, dejarse dominar por ella, es dar cabida al dominio y a la fuerza de Satanás, que es el autor de esta pasión, como Dios lo es del amor.

Veamos cuál es el antídoto del odio. El amor. Es el amor. Por ello el odio cuando es admitido en la voluntad (no cuando es sólo sentido, que sabemos que sentir no es consentir y muchas veces lo podemos sentir sin querer, porque es una pasión desordenada a consecuencia del pecado original), pero, cuando es consentido, es oposición al trabajo que Dios lleva en nuestra alma para hacerla vivir el amor que dijimos antes. Hermanas, Dios nos quiere llevar a la santidad de nuestro

origen por medio de la prueba, separándonos de las criaturas, o de las cosas, quizá privándonos de la salud, exigiéndonos la aceptación de ciertas personas, permitiendo que nuestros valores no sean tenidos en cuenta, y tantas cosas más. Acoger estas pruebas, aunque es duro y a veces muy duro, es vida para el alma, siempre que se tiene una visión de fe sobre la vida, ya lo dijimos en el capítulo anterior, y, ¿cómo la va a tener una Monja? Es vida porque es tocar su amor, el proyecto creador de Dios que busca rehacer nuestro ser y amor. No aceptarlo es muerte, porque es cerrarnos a Dios.

Miremos el ejemplo en Saúl. Por no aceptar humildemente lo que Dios había dispuesto sobre su reino, pasarlo a David, discurrió toda su vida amargado y al fin murió trágicamente. En cambio, David, como aceptó humildemente la persecución de Saúl, el agravio de su hijo Absalón y las injurias de Semeí cuando huía de su hijo Absalón (2 Sam 16,5-14) confesando su pecado, Dios le libró de sus enemigos después de purificarle el corazón, «perdonó sus pecados, exaltó para siempre su poder, le estableció pacto real y le dio trono de gloria en Israel» (Eclo 47,11).

La tercera pasión es el *deseo* que nace de un amor desordenado y oscurece y esclaviza la razón si no consigue lo que desea. ¡Cuántos ejemplos, para nuestra enseñanza, tenemos en la Biblia! Por ejemplo, el pecado de Ajab por la viña de Nabot. Un deseo descontrolado produjo la horrenda muerte de un inocente para usurparle lo que deseaba: su viña. Acción que provocó la justicia divina de Yahvé, que dijo a Elías tesbita: «Levántate, baja al encuentro de Ajab, rey de Israel, que está en Samaria. Está en la viña de Nabot, a donde ha bajado a apropiársela. Le hablarás diciendo: «Así habla Yahvé: Has asesinado, ¿y además usurpas?... Por esto, así habla Yahvé: En el mismo lugar en que los perros han lamido la sangre de Nabot, lamerán también los perros tu propia sangre» (1 Rey 21,17-19). ¡Oh, las pasiones no ordenadas, cómo llenan el mundo de aflicción y nuestro corazón, cuando podríamos llenarlo de Dios si tuviéramos en él nuestra afición, nuestros deseos ordenados al Bien infinito y al de los demás! «No te vayas tras tus pasiones y refrena tus deseos. Si das a tu alma todos sus deseos, te harás la burla de tus enemigos» (Eclo 18,30-31), nos

dice la Palabra de Dios, y aumentaremos la turbación en nuestro espíritu. Un corazón que nada desea desordenadamente es como un lago en calma, su serenidad da paz. Quienes estamos, por nuestra vocación, ordenadas hacia Dios, ¿cómo poner nuestro corazón en otras cosas ofreciendo a nuestro Creador un corazón dividido? ¡Oh, esto sí que es, «¡mi viña, la mía no la guardé!» de la Esposa de los Cantares! Mal subiremos así al Monte.

La *cobardía* o huida es también pasión que, cuando está desordenada, puede acarrearnos muchos males, privándonos de muchos bienes, que ella, la cobardía, nos hace ver insuperables, pues tiende a liberarnos del mal que se nos pone delante. Algo puede aclarar este comportamiento el episodio de los exploradores de Canaán, cómo la pasión de la cobardía no controlada por ellos les anuló el recuerdo de la protección especial que Yahvé tenía con su Pueblo y cómo iba con ellos, e intentó frustrar sus promesas y designios salvadores: «No podemos subir contra ese pueblo, porque es más fuerte que nosotros» (Núm 13,31), dijeron los que se apoyaban sólo en sus fuerzas humanas. Nueva incidencia del pecado original, desconfiar de Dios, aunque en sentido contrario. En cambio, los hombres que confiaron en Yahvé pudieron decir: «No os rebeléis contra Yahvé, ni temáis a la gente del país... Yahvé está con nosotros. No tengáis miedo» (Núm 14,9). ¡Cómo se descubre aquí el desequilibrio en que quedó el hombre después del pecado! El hombre, desgajado de Dios, es un ser inútil para el bien; unido a Dios por el amor y la confianza es un héroe. El resultado de la cobardía fue desastroso (Núm. 13,25-33; 14,1-38). Buena lección para que dejemos ya de confiar y apoyarnos en nosotras, y confiemos sin desconfianzas en Dios.

Opuesta a la cobardía y huida está la pasión de la *temeridad* o *audacia,* que nos empuja a acometer cosas muy difíciles, sin control. Para ordenarla y sacar mucho provecho de ella, necesitamos, hermanas queridas, usar mucho la reflexión y el consejo, para obrar con moderación y prudencia. Mala pasión si nos falta el equilibrio y mesura y si prescindimos de Dios y de la obediencia. Recordemos lo del pueblo de Israel (Núm 14,39-45), quisieron subir, temerariamente, a combatir a los cananeos en contra de la orden de Yahvé y de Moisés y

fueron derrotados. Pero hay veces, y son muchas, que las obras de Dios exigen temeridad, temeridad que se convierte en santa, cuando está ordenada por la humildad que la somete a la obediencia. Esta temeridad está impulsada siempre por Dios, insisto, y va acompañada por la humildad y la obediencia. No es, pues, pasión, sino fuerza de Dios.

La *tristeza* es también pasión que, si no la controlamos, amargará nuestra vida. Es hermana de la huida, que quiere liberarse del mal que le aqueja. Tenemos repetidos testimonios de ella en la Biblia para saber cómo hemos de portarnos en ella. Es siempre la oración el remedio. Veamos en Ana (1 Sam 1,1-20) una tristeza enderezada al bien y premiada por Dios, que se la convirtió en gozo, en fiesta, como a Ezequías, rey de Israel (2 Re 20,1-11). No me detengo aquí más porque, al final de toda esta explicación de los Estatutos, la trataremos ampliamente para consuelo nuestro y para ayudarnos a enderezarla hacia Dios en los momentos difíciles que nos trae la vida por el desorden del pecado. Sólo quiero decir aquí que, cuando la pasión de la tristeza nos acometa debido a una injusticia que hayamos tenido que soportar, ayudémonos a vencerla, hermanas queridas, pensando en Dios y en la brevedad de la vida. Sufrirlo como lo sufrió Cristo, por el Padre. Él hace posible todo. Y no es tampoco justicia que hagamos pagar a Dios las injusticias humanas, dejándole a él, el camino de la santidad, arrastradas por la pena, cuando sabemos que desea tanto él santificarnos, tanto que la hace obra suya y es él quien la lleva a cabo. Por tanto, ánimo, hermanas queridas, y a no dejarnos dominar por la pasión de la tristeza.

El *temor,* otra pasión análoga a la cobardía, huida o tristeza, que puede hacernos mucho daño en la vida espiritual. Pasión que el demonio maneja mucho para hacernos ver inalcanzable la meta de la santidad, las cosas que se presentan difíciles; las dificultades en las obras de Dios o en cosas que hemos de acometer en el cumplimiento de nuestras obligaciones, arrastrándonos al abandono de ellas. Es mucho el mal que puede afectarnos con ello incluso psicológicamente si nos dejamos invadir de ella. Puede traumatizarnos si la pasión, el temor, lo centramos en determinadas cosas, haciéndonos incapaces para llevarlas a cabo. De aquí, de esta experiencia de incapacidad,

puede partir nuestro juicio sobre la capacidad de superar otras, y nos hará mucho daño si no lo vencemos. ¡Ánimo y confianza en el Señor, que con Dios se puede todo, como no sea temeridad lo que acometamos! Confianza y oración, según el ejemplo de Ester del que nos habla la Biblia (Est 14,1-19). ¿Es que creemos que, porque nosotras tengamos temor, va a dejar Dios de ser fuerte para ayudarnos? No. El temor es de los pocos que no confían en la fuerza de Dios y en su amor. Venzámoslo, hermanas, leyendo cuantos textos de la Palabra de Dios confortan nuestro corazón, como éste: «No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino» (Lc 12,32). ¿Qué más necesitamos para desechar todo temor? ¡Verdaderamente que la confianza en Dios destensa nuestros nervios y conforta, reanima nuestro corazón! Si el temor nos asaltara por imposiciones en el desempeño de las propias obligaciones o por personas que rebasan nuestras capacidades de aguante, comunicarlo con humildad y confianza a quien puede solucionarlo, pero no permitamos nunca que esta pasión tan pusilánime nos domine por ninguna circunstancia (Lc 12,1-12). El temor que debemos fomentar entre nosotras es el que nos inculca la Palabra divina diciéndonos que «seamos sumisas igualmente unas a otras en el temor de Cristo» (Ef 5,21).

Es también fuerte pasión el *gozo,* que si no está ordenada, nos puede enfriar en el amor divino, y puede hacernos olvidar los altos valores del sereno cumplimiento de las obligaciones más triviales. Nos descontrola, esclavizando nuestro corazón al bien presente que gozamos desorbitadamente, haciéndonos olvidar los otros. Si este bien que gozamos es de tipo materialista, fijémonos, hermanas, cuánto mal nos hace. Recordemos la reflexión que hicimos sobre la materia al estudiar el pecado original. Y si es de tipo espiritual, podemos olvidar, como he dicho, otros valores, que quizá nos harían más bien detenernos en ellos, si es que no hacemos una injusticia a alguien con ello, con centrar nuestro gozo tan desmesuradamente en sólo el bien presente que nos gusta o atrae, sin tener presente los otros que quizá estén cercanos. ¿Qué mejor gozo que compartir tu alegría y tus bienes con los demás?

Purifiquemos nuestro corazón de este contagio desordenado, sobre todo si lo ponemos en cosas caducas. Recordemos la parábola que Jesús nos expone de aquel rico que tuvo una gran cosecha y se dijo: «Ahora tienes muchos bienes en reserva... Descansa, come, bebe, banquetea. Pero Dios le dijo: ¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?» (Lc 12,16-20). Qué bien aplicada está aquí la palabra ¡necio!, pues que pone su alegría y descanso, su gozo, en cosas que no tienen base para sostenerlo, por eso le llega la ruina. «Porque como el estrépito de las espinas bajo la olla, así es la risa de los necios» (Ecl 7,6).

«También esto es vanidad.» Usemos, por tanto, hermanas, las cosas con moderado gozo, dando gracias y gloria a Dios por todo, y alegrémonos en los bienes espirituales y en el bien de los demás. Que sea nuestra norma en el control del gozo «el buen sentido», porque «es fuente de vida para quien lo posee, y es castigo de los necios su necedad» (Prov 16,22).

La *ira* es también pasión funesta cuando no la controlamos. Nos impulsa a manifestaciones estruendosas contra lo que nos desagrada o creemos que nos hace mal, contra quien nos contradice. Y excita el deseo de venganza. Pero no debe ser así en nosotras concepcionistas, representantes de la ausencia de violencia en el espíritu del nuevo Adán, Cristo, y de María, la nueva Eva, la Inmaculada. Nuestra mente ha de ser la del retorno a la armonía del paraíso o del hombre liberado del pecado. Pensemos que hemos sido creadas para vivir la vida de la gracia, vida divina, no los impulsos naturales que puede provocar una obra mal hecha del hermano, como, por ejemplo, cuando se nos revela dentro todo nuestro ser ante una injusticia. Es nuestro ser de pecado el que se revela, refrenémoslo que, según nos dice la divina revelación, es propio del «insensato manifestar al instante su cólera, mas el hombre prudente sabe disimular una ofensa» (Prov 12,16).

A veces puede ser también que se revele ante acciones degradantes el impulso del bien que vive en nosotras redimido ya por la redención de Cristo y que nuestra fe mantiene vivo y despierto. Impulso que se opone al mal. Pero precisamente porque es impulso del bien, tiene que llevarnos al bien, no al mal. No nos tenemos que dejar arrastrar por la fuerza del mal

que también vive dentro de nosotras, sino apagarla, y dejarnos situar por el impulso del bien en la vida de la gracia, que es la vida del hombre nuevo, y debe ser la de la concepcionista. Aquí se descubren venas nuevas, los aires divinos del Monte de la Concepción. ¡Qué distinto es este mundo al del mal y de la violencia! Todo se ve nuevo cuando se ha conseguido una victoria así, espiritual. ¡Qué felicidad, gozo, libertad y elegancia divina se mete en el alma y sale del alma que ha luchado para que la vida de la gracia venza el impulso del mal y se derrame por todo el ser! Es ungüento divino, es la paz, que debe salir de toda concepcionista. En cambio, ¡qué derrotados quedamos y cuánto mal nos hacemos dejándonos arrastrar por la ira!

Más adelante, en el capítulo que trata de la penitencia, tendremos reflexiones que nos ayudarán a la pacificación interna. Y cuando, a pesar de nuestro esfuerzo, no consigamos dominarla como quisiéramos, no perdamos la paz, sería mayor mal, sino humillémonos ante el Señor y las hermanas, y pidámosle su gracia para conseguir el equilibrio interno. Pidamos perdón si hemos ofendido a alguien y procuremos restablecer la paz. Y ayudemos a la hermana que se sienta tentada por la ira dándole nosotras paz y comprendiendo su situación: «Una respuesta amable calma la ira, mas una palabra áspera excita la cólera» (Prov 15,1), nos dice la palabra dulcísima de Dios.

Y tenemos, por fin, la *esperanza* no controlada, también como pasión cuando nos hace desear con exceso lo que es posible aunque difícil, tanto, que nos resta fuerzas espirituales para la virtud. Es síntoma de que no es Dios el objeto de nuestro deseo, sino nosotras mismas. Es la satisfacción de algo que queremos, la realización de una obra que nos halaga, que puede hacer crecer nuestra honra, dar salida a nuestro amor propio. Esta esperanza está herida por el deseo que originó el pecado en el hombre: «seréis como dioses», aunque aparezcan santas las cosas que deseamos; no por el deseo que originó el descenso de Cristo a la tierra para redimir. Ni a este otro deseo que manifestó en la última Cena cuando dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22,15), que fue deseo nacido de un amor puro, esperanza santa de que los suyos, los que él amaba hasta el extremo (Jn

13,1), le entendieran, entendieran lo que les convenía para su salvación, que era, cómo les amaba el Padre y él, mucho más que la propia vida, pues que la perdía por ellos.

Al que espera apasionadamente se le podría representar como a una persona en tensión, todo nervios y atención tensa. ¿Qué lugar quedaría ahí para la paz, para la vida interior? Pues ésa es la pasión de la esperanza. Hay que ejercitarse, hermanas, en el desarraigo santo, en actitudes maduras, para adquirir el equilibrio que perdimos por el pecado y arrancar de un sincero deseo de santidad, considerando todo lo que nos rodea sólo con un relativo valor, el que adquieren de usarlo para un mejor servicio de Dios, nada más. Hemos de estar convencidas de que lo que mejor podemos desear, porque es nuestra mayor ganancia, es pactar con la santidad de Dios, sintonizar con su esencia para poder dar cumplimiento a la esperanza de Dios, no a la nuestra, cooperando con él en la regeneración de nuestro ser y en la de nuestros hermanos; como Noé, «hombre justo, íntegro y temeroso de Dios», con quien Dios pudo contar para salvar la creación (Gén 6,9), porque estaba en el mundo de Dios, en la línea de santidad en la que Dios creó al hombre, y así pudo haber continuidad de la obra de Dios, de la creación. ¡Qué importante, nos quiere decir Dios aquí, es la santidad! Tan importante como para salvar la creación que sucumbía por el pecado.

Veamos en este episodio bíblico qué es lo que valora Dios, qué es lo que significa mucho para Dios, para esa Fuerza divina e inmortal que es la santidad. Y reflexionemos mucho sobre estas cosas, que al fin para esto nacimos, y así nos iremos haciendo de la mente de Dios y conseguiremos cambiar la pasión de la esperanza en virtud teologal. Así, la esperanza estará en su centro. Esperanza, pues, sólo en Dios, «que la esperanza del impío perece con su muerte» (Prov 11,7), sabiendo, además, «que la decisión de nuestros proyectos viene de Dios» (Prov 16,1). «Por ello encomendemos a Dios todas nuestras obras y se realizarán» (Prov 16,3). Así hemos de esperar.

Así, y con otras muchísimas expresiones más nos manifiesta la Boca amorosa del Padre el desorden en que quedamos a consecuencia de haber querido el hombre, desde la aurora de

su existencia, desconfiar de él y alejarse de él. «Los impulsos del corazón del hombre tienden al mal desde su adolescencia» (Gén 8,21), nos recuerda el Señor, y así declara nuestra tendencia al mal; por ello, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, lo que busca la divina revelación, la Palabra amorosa del Padre, es cambiar, purificar el corazón del hombre, nuestro corazón. «Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos, y que observéis mis mandatos» (Ez 36,26-27). Y este espíritu llegó con Cristo Jesús, y es el que nos piden nuestros Estatutos y Constituciones para llegar al amor perfecto; «al espíritu nuevo de la nueva creación». Quiere el Señor que volvamos a él con un corazón sano, redimido. ¿Cómo sanarlo?

Es la tarea que nos exige el amor divino. Y lo conseguiremos desandando el camino que lo enfermó. Enfermó haciendo el mal, y al mal tiende, pues lo sanaremos haciendo lo contrario de lo que nos exige nuestra naturaleza desordenada, según hemos visto sobre las pasiones. Porque antes del pecado fue Satanás quien tentó al hombre; en cambio, ahora, son nuestras mismas pasiones las que nos empujan al pecado. Y con las pasiones, esas fuerzas capitales que gobiernan nuestras tendencias desordenadas: la soberbia, la envidia, la avaricia, la lujuria, la gula, la ira, la pereza.

Luchemos contra ellas, sabiendo que podemos vencerlas. Nos lo dice Dios: «El pecado está a las puertas de tu casa. Su acoso es contra ti, mas tú puedes contenerlo» (Gén 4,7). Si nos lo dice Dios es que es así, porque él no puede mentir, por tanto, ¡creámosle! No repitamos, por amor de Dios, hermanas, la historia del paraíso desconfiando de la Palabra de Dios. Creamos que podemos, que así es, y pongámonos a ello decididamente, que Dios hará lo demás.

Luchemos contra la *soberbia,* sanando, regenerando nuestro corazón, «creyendo» a Dios en su Palabra divina, que nos hará regresar a la verdad, a la mente divina, donde todo se ve en la rectitud e integridad de Dios, en la verdad, que para nosotras es luz de Dios. Algo nos ayudará leer el capítulo de la humildad. Huyamos de la soberbia, que es la raíz de todos los

males, porque lo fue del pecado. En el Antiguo Testamento se personificó en Adán, en el Nuevo son los fariseos los que repiten la historia del paraíso rechazando a Jesús, no creyéndole; se creen más a sí mismos. Fue éste, el nuevo modo de rechazar o frustrar la nueva creación iniciada en Cristo. Los fariseos fueron como la encarnación de nuestros primeros padres rechazando el plan de salvación de Dios, por su cerrazón y desobediencia: «Todo el pueblo que le escuchaba y los publicanos reconocieron la justicia de Dios... Pero los fariseos y los doctores de la ley frustraron el plan de Dios para con ellos...» (Lc 7,29-30).

Los humildes, los que se reconocieron pecadores y acogían la Palabra de Dios, sí se hicieron bautizar por Juan para preparar los caminos de Dios en su alma, preparar su conversión. Así, éstos secundaron el plan de Dios salvador, que pide el reconocimiento del propio ser de pecado para perdonarlo y liberarle de Satán, y de estos creyentes y humildes hombres se comenzó la fila interminable de los que se salvan. En cambio, de los fariseos y doctores autosuficientes comenzó la oposición al plan amoroso y redentor de Dios. ¿Veis cuánto mal nos haremos, hermanas queridas, si no creemos con corazón sencillo y humilde que sí podemos vencer el pecado, puesto que es Dios el primero que quiere quitarlo de nosotras? ¿No vemos que para eso nació y murió Cristo? ¡Ya es querer! Ha puesto más empeño él en ello que nosotras, pues no nos costará tanto como perder la vida por conseguirlo, que él perdió. Humildad, pues, contra la soberbia, en todo, que nos vendrá con profusión del reconocimiento profundo de nuestro pecado. Humildad y fe a toda la Palabra de Dios y plan salvador, y coherencia con esta fe. Que haya unidad entre nuestro creer y aceptar la salvación de Dios y nuestro comportamiento, que va quitando cuanto se opone a la Palabra salvadora y santificadora de Dios. Es el mejor antídoto para la soberbia. Y lo mismo para la vanagloria. Los fariseos se alejaron de la verdad de Dios porque sólo se fiaron de su sabiduría, de la estima de sí mismos, se creyeron superiores a Jesús. Recordemos el episodio del ciego de nacimiento (Jn 9,1-41), en el que llegaron a decir que Cristo Jesús no venía de Dios, no era de Dios, y decretaron la expulsión de la sinagoga a quien reconociese

a Jesús por Mesías. ¡Tanto puede torcer nuestro corazón la soberbia, propia estima y vanidad o vanagloria!

La *envidia,* segundo pecado capital que radica también en la soberbia y falta de fe en la Palabra de Dios. Es el pesar del bien de la hermana o hermanos. El ejemplar más impresionante de la Biblia es Caín matando a su hermano inocente. Si hubiera creído a Dios, que le dijo que podía superar esa fuerza del mal en él, no le habría matado. Pero no le creyó, y era así que podía, pues desde que el Padre prometió el Redentor a Adán para remediar su caída (Gén 3,15), los méritos de la redención de Cristo empezaron a actuar en el hombre, que nunca quedó abandonado de Dios, como lo atestiguan los ejemplares de santidad que produjo el Antiguo Testamento en Patriarcas, Profetas, Santos. Pero Caín no creyó a Dios. Otra vez la desconfianza hacia él, la falta de fe en Dios y, consecuentemente, la separación de él: «Alejóse Caín de la presencia de Yahvé y habitó en el país de Nod». Esta separación de Dios también acusaba la separación del hermano. Nos separamos de Dios cuando nos separamos de los hermanos en la caridad, ¡sin duda! ¡Aquí fue por envidia, que siempre mata la caridad!

La *avaricia* es otro pecado capital que puede atacar nuestro corazón endureciéndolo y cerrándolo a los bienes espirituales. Es dar cabida al peligro que tenemos por el desorden de nuestro amor de encerrarnos sólo en nuestros intereses, ¡egoísmo!, olvidando los de las demás. Se puede manifestar en escoger lo mejor para nosotros mismos en todos los órdenes. También puede ofrecernos enseñanza para nuestra regeneración el episodio de Caín. Éste, según aparece en la Biblia, dio cabida en su corazón a la avaricia, ofreciendo al Señor, no los frutos mejores de sus cosechas, como significa la misma Biblia que hacía Abel, su hermano, el cual «ofrecía a Dios los primogénitos más selectos de su grey» (Gén 4,4), «por lo que Yahvé se complació en Abel y su ofrenda, mientras que le desagradó Caín y la suya» (Gén 4,4-5) (Heb 11,4).

Por ello, Caín empezó a mirar con malos ojos a su hermano Abel. La avaricia, es decir, el deseo de querer quedarse con los mejores frutos endureció su corazón. Primero mató en él los elevados sentimientos de ofrecer a Dios lo mejor de sus

cosechas posponiéndole a sus frutos y, consecuentemente, al ver que Dios se agradaba más en Abel que en él, mató también los sentimientos de fraternidad con su hermano. Endurecido así el corazón, Caín no reflexionó ni reconoció su falta, ¡verdaderamente que nos cierra en nosotros mismos la avaricia!, sino que «se encolerizó y su rostro se descompuso» (Gén 4,5). Yahvé le dijo: «¿Por qué te encolerizas y te muestras malhumorado?, ¿y por qué vas con la cabeza agachada? Si tú obraras bien, ¿no tendrías alta la cabeza?; pero si haces el mal, el pecado está a las puertas de tu casa» (Gén 4,6-7).

Magistral descripción del pecado en un corazón humano tendente al mal y entregado al mal. Aparecen aquí y en los versículos que siguen todas las pasiones descontroladas dominando a Caín por culpa de él, por haber favorecido con su voluntad la fuerza del mal en él, negando, en la ofrenda de los frutos, el amor que debía a su Creador. Veamos la diferencia que hay entre Adán, el pecado de Adán y Caín, después de pecar. Adán, acosado por su conciencia de culpabilidad, sintió miedo ante Dios, ante la santidad: «He oído tus pasos por el jardín y, temeroso... me he ocultado» (Gén 3,10). Era novedad en su corazón el pecado y sintió miedo, se sintió culpable. En cambio, Caín, con un corazón tendente ya al mal, configurado con el pecado, no se arredra ante el mismo, sino que se ensoberbece, se encoleriza, se llena de envidia y asesina. Antes aparece con la cabeza agachada, que es tristeza por el bien ajeno.

Ésta es, hermanas, para nuestra enseñanza, la lección que nos da la avaricia en un corazón, como el nuestro, tendente al mal por el desorden interno del pecado original. Pensemos que la fuerza del mal es más fuerte ahora en nosotras que en Adán, por esto mismo que venimos diciendo, a causa del pecado original. Por ello, hemos de evitar el mal desde las cosas más pequeñas, porque los bienes y goces de la tierra atrapan nuestro corazón fácilmente, lo embrutecen y envilecen por sí mismos con la tendencia que tenemos si no ponemos en su uso nuestra parte espiritual, que es, como si dijéramos, la dirección de un vehículo. Si está mal la dirección, las consecuencias de conducirlo pueden ser funestas. Al fin y al cabo, lo que vale de nosotras es nuestro espíritu, la capacidad de

elevarnos a Dios y de elevar todo con nosotras a él, sobrenaturalizarlo. De lo contrario, los bienes podrán dar fama, honra, placer al hombre, pero no podrán librarle del robo, opresión, crimen, en fin, del pecado, sin la fuerza del espíritu. Esto es ir regenerando nuestro corazón, nuestro ser, es ir subiendo el Monte de la Concepción.

Por ello, aun en las cosas más pequeñas, siempre hemos de preferir a Dios en nuestro corazón antes que a ellas. Y esto es más importante de lo que pensamos, pues es el medio de ir debilitando en nosotras la tendencia al mal y, consecuentemente, favoreciendo la virtud, es decir, el regreso al bien, que podemos escribir con mayúscula, y entonces es el regreso a Dios, de donde nacimos. Además de que el desamor a Dios lleva al desamor al hermano, la depreciación de Dios a la depreciación del hermano, como hemos visto en Caín. En fin, la fidelidad y el amor a Dios, a la fidelidad y amor al hermano. Por ello, nuestro mayor empeño ha de estar, o lo hemos de poner, en la fidelidad a Dios sobre todas las cosas creadas, y, consecuentemente, vendrá también el amor a los hermanos, el orden en la sociedad o Comunidad y la fidelidad a una misma.

Aún tenemos otras tendencias destructoras de la imagen de Dios en nosotras que ordenar. Son: la *gula,* la *pereza,* la *lujuria,* la *ira.* Es necesario adentrarse en el conocimiento de ellas para más aborrecerlas y mortificarlas, echar de nuestra alma la parte que tenemos en ellas de Satán. Para vencer la *gula* recordemos los daños que recibía en su sensibilidad el rico Epulón, incomparablemente mayores que las satisfacciones que se había dado. La divina Boca del Padre, Cristo nuestro Redentor, nos lo dice: «Murió el rico... y estando en el infierno, entre torturas, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno. Y gritó: «Padre Abrahán, ten compasión de mí y envía a Lázaro para que, mojando en agua la yema de su dedo, refresque mi lengua, porque me atormentan estas llamas» (Lc 16,23-24). ¡Cuánto mal para el alma son esos gustos desordenados, ese exceso en los alimentos, principios que nos enfrían en el amor de Dios y de los hermanos, de tantos hermanos que lo necesitan o mueren de hambre, y que arruinan nuestra vida interior por la falta de mortificación!

¿Y la lujuria?, esa concupiscencia o tendencia al placer de la carne que bloquea las energías del espíritu. Por nuestra profesión monástica está fortalecido nuestro espíritu contra ella. No obstante, nos conviene recordar cómo podemos malograr la fecundidad espiritual en nosotras y en los demás, por no corresponder con la pureza que los designios de Dios exigen de nosotras en todo nuestro obrar. Miremos a Sansón. Es una figura del Antiguo Testamento que, en los comienzos de su existencia, alcanza la altura de las grandes personalidades bíblicas. Su nacimiento fue anunciado por un ángel, exigiendo a su madre una preparación exquisita: «... ahora ten cuidado, no bebas vino ni bebida alguna inebriante ni comas nada impuro, porque vas a concebir y darás a luz un hijo. No pasará la navaja por su cabeza, porque el niño será de Yahvé desde el vientre de su madre. Él comenzará a salvar a Israel de la mano de los filisteos» (Jue 13,4-5).

El designio de Dios sobre él, como don irrevocable de su amor, se cumplió, pero, cuán desastradamente, y después de arrepentido (Jue 16,21-31). Si no hubiera entregado su corazón, entre otras mujeres, a Dalila, no habría aparecido en la Biblia esta frase sobre él: «Pero no sabía que Yahvé se había retirado de él». Nos dejó, en cambio, la enseñanza para nuestro aprovechamiento espiritual, ¡que es gran cosa! Y de cómo debemos tratar los designios de Dios sobre cada una. Es el supremo valor que tenemos, hermanas, la vocación, por la que hemos de sacrificar tantos gustos o caprichos para que la gracia de ella pueda producir los frutos que contiene en sí. ¿Qué sabemos nosotras los que son? ¡Quizá más de los que pensemos! ¡Dios lo sabe! Pureza, pues, para secundar su gracia, cooperar con ella y ¡renuncia a tantos caprichos desordenados!

Y la *pereza*. Esa tendencia paralizante de nuestra actividad física y de la del espíritu, que tiende, por un lado, a dar satisfacción a nuestra sensibilidad o comodidad inclinándonos a evitar cuanto es esfuerzo y molestia a nuestro cuerpo y, por otro, a esterilizar las gracias recibidas de Dios, no correspondiendo a ellas, no cooperando con Dios. «Su gracia no fue estéril en mí», nos dice san Pablo, y pudo añadir: «He trabajado más que todos ellos» (1 Cor 15,10). Y Cristo Jesús, el Esposo, nos corrige y nos enseña a trabajar en las cosas de Dios

revelándonos lo que hará él con el siervo que no hace fructificar sus gracias: «Quitadle la mina y dádsela al que tiene diez minas... Yo os digo que al que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará». (Lc 19,24-26). ¿Más claro? Sobre la ira ya hemos tratado y no me detengo ya aquí.

Como veis, he pasado por alto muchos aspectos y vertientes que tiene cada pasión de las que hemos tratado. No ha sido nuestro intento reflexionarlo todo, sino sólo recordarlas por dos motivos. Primero para que, estudiándolas bien a fondo en algún libro apropiado, entienda bien de cuánto tiene que purificarse la concepcionista para llegar a la cumbre del amor perfecto o Monte de la Concepción. Y segundo, para ayudarnos a penetrar profundamente en el misterio de nuestro pecado, de cómo quedamos delante de Dios, de lo que realmente somos delante de él, no sólo por el pecado de origen, sino por los personales, sobre todo a causa de la pasión dominante, que es la que nos estanca en la regeneración de nuestro amor, pues que queda dominado por ella y nos vincula al mal en una sucesión constante de pecados.

Hemos reflexionado, por tanto, hermanas, primero, a la luz de la frase del Cántico «Morena soy», las tendencias desordenadas que nos dejó el pecado original. Ahora acabamos de reflexionar sobre nuestras pasiones: «Los hijos de mi madre, airados contra mí...», a fin de conocerlas para ordenarlas hacia Dios. Y, por último, nos disponemos a tocar el aspecto más importante del misterio del pecado, porque es el que protagonizamos, como respuesta al insondable misterio de la salvación, que es decir a toda la inmensa carga de amor redentor de Dios hacia nosotras: ¡nuestros pecados personales!: «Mi viña, la mía no la guardé».

Para ello vamos a ir comprobando nuestro comportamiento tan lleno de egoísmo, tan alejado de la Verdad, que busca en todo justificaciones, y las busca porque no las tiene, como veremos, para compararlo después con el de Dios, a cuya semejanza fuimos creadas, para ver lo ilógico de nuestra conducta y la diferencia que hay entre nuestro amor a los hermanos, tan lleno de egoísmo, al amor que Dios nos tiene a cada una. Nuestro aguante con la hermana, al aguante inmenso que él tiene con nosotras. Nuestra misericordia con los her-

manos, a la misericordia infinita que tiene Dios con cada una. Nuestra mansedumbre, el perdón que ofrecemos al hermano, con la paciencia y perdón que constantemente nos está ofreciendo Cristo a cada una. Nuestro espíritu de sacrificio, de obediencia, de fe, al de Cristo Jesús, nuestro Esposo, muerto en la Cruz por nosotras. Su vaciamiento divino, con el nuestro. En fin, comprobar la santidad de Dios, que fue nuestro Origen santo, con nuestro pecado actual. De verdad que nos quedaremos sin fuerzas, hermanas queridas, para juzgar vidas ajenas; sin fuerzas para creernos mejor que nadie; sin fuerzas para quejarnos de nada ni de nadie. Pero muy fortalecidas, en cambio, con la verdad que tiene la fuerza de Dios, para entregarnos a la propia transformación con entusiasmo.

Los ejemplos para esta confrontación de nuestra actuación con la divina los tenemos en la Biblia y algunos recogidos en los temas que trataremos adelante. Lo que hemos anotado anteriormente es para que los grabemos profundamente en nuestro espíritu, de modo que quedemos profundamente convencidas de la necesidad que tenemos de conversión para entrar en el espíritu santificador que piden nuestros Estatutos, y este conocimiento interno de nuestro pecado llegue a convertirse en experiencia de Dios íntima. De cómo es él en su naturaleza divina, todo santidad, bondad y amor. De cómo es Dios amándonos y perdonándonos, y queriéndonos enseñar a amar a los hermanos. Queriéndonos enseñar cómo fue el amor de nuestro Origen, el amor que nos dio la existencia y que tiene que dar forma a nuestro comportamiento. Queriéndonos enseñar cómo es su santidad, la inmensa distancia que hay con nuestra ruin conducta. Cómo ha de ser el esfuerzo que tenemos que poner en el amor a los hermanos, en el perdón, en la acogida. Así, como nos perdona y acoge él. Cómo es él, en fin, en su ser y actuar con nosotras, hasta que podamos decir por convencimiento: «Tú, Dios nuestro, eres bueno y fiel, tienes mucha paciencia y gobiernas el universo con misericordia. Conocerte a ti es justicia eterna, y acatar tu poder es la raíz de la inmortalidad» (Sab 15,3).

Sí, hermanas queridas, ésta fue la experiencia interna de los santos sobre Dios, y por eso fueron buenos, fieles, pacientes, misericordiosos, como Dios (Lc 6,36), dejando reflejar en su

conducta la justicia eterna o santidad de Dios, dejando, en fin, desarrollar en su ser la raíz de la inmortalidad, la gracia divina, a Dios. Hay que poner, pues, mucho empeño en esto, en que sea para nosotras justicia eterna el descubrimiento en nosotras de la santidad de Dios, de su divino amor, tan contrario a nuestra raíz pecadora, que nos haga caer en la cuenta de cuán afectado quedó ese amor que él puso tan limpio en nuestro corazón al crearnos, para que así tratemos seriamente de purificarlo por medio de una sincera conversión, de modo que, en la mayor medida posible, vuelva a su pureza primigenia, y así pueda unirlo al amor santo y creador que nos dio la existencia, al amor de nuestro Esposo y Redentor.

Esto será raíz de inmortalidad, de pureza para nuestro corazón, porque allí, en el fondo del mismo, en el hondón de nuestra alma, descubriremos, mediante la oración, la presencia del amado Dios y Señor, pues ahí descansa ese ser divino que impulsa nuestra existencia. Es muy importante que pensemos esto mucho, hermanas, pues nos ayudará mucho a evitar la ofensa a tan amado amigo y compañero y nos alejará de lo efímero y caduco, de lo que ensucia y enfría nuestro amor.

Esta fuerza tendrá nuestra correspondencia a la llamada que ahora nos hace el Señor a profundizar en nuestro pecado, permitidme que lo vuelva a repetir, al reconocimiento de nuestras raíces pecadoras, de nuestras pasiones desordenadas, de nuestras tendencias pecaminosas y caprichosas, de nuestras motivaciones egoístas, y no tengamos miedo de que nos excedamos en esto, pues sabemos que hay que apuntar muy alto para llegar a algo, pues ya se encarga nuestra desordenada naturaleza de rebajarnos lo suficiente para que no nos matemos. Pero es necesario un aborrecimiento profundo, cordial, del pecado, que nos lleva a la muerte, para deshacernos de él, de esa mente de pecado nuestra, y volver a la de Dios, que son las metas de comportamiento que nos piden nuestros Estatutos y Constituciones, la subida al Monte del amor limpio o de la Concepción.

Esto es para nosotras meter nuestro ser por las vías de la «justicia eterna», donde Dios nos metió al crearnos y de donde nos sacó el pecado. Es meterlo por la senda del Bien cierto,

no engañoso, que es el misterio de la santidad original de nuestra Madre María. Es meterlo, en fin, dentro del mismo Dios, porque ahí, en él, está la perfección, «sus obras son perfectas, sus caminos son santos, son la santidad» (Dt 32,4). ¡Qué ventajas más buenas tiene el paciente reconocimiento de nuestro pecado!, ¿verdad, hermanas mías?

Además, esto supondrá siempre para nuestro corazón «elegido», «vocacionado», «agraciado» con el amor del Esposo, «seguridad» en nuestra vocación; «certeza», «claridad» en el camino; impulso e ilusión en la escalada al Monte; porque en él tendremos conocimiento también de los bienes que conlleva ser fiel a Dios, entregarse incondicionalmente a su amor y acción transformadora si evitamos las deslealtades hacia ser tan adorable. ¡Buena tarea y hermosa! para no estar ociosas, ¿verdad?, para llenar a la Iglesia de santidad.

Esto es muy alentador, pero no olvidemos que será efecto, con la gracia divina, de lo que profundicemos en el propio pecado. De llegar a conocer con claridad nuestra tendencia al mal, porque ello iluminará muchas situaciones de nuestra vida en las que acaso tengamos conflictos personales porque nos creemos inocentes de culpa, y quizá seamos nosotras, nuestras tendencias desordenadas, las que están creando o manteniendo en nuestro entorno o fuero interno situaciones tensas que pueden poner en peligro la vocación o malograr nuestra santificación, que tanto importa a Dios y a la Iglesia. Tendencias que no hemos sabido enderezar, ordenar, santificar o transformar a su tiempo, y ahora bloquean la vida de la gracia en nuestra alma, provocando, por ello, la sensación de frustración.

Entrar en el conocimiento de nuestro pecado es exigencia de nuestra espiritualidad que nos pide la liberación de él. Y estoy convencida, hermanas, de que la causa de no ser santas es ésta, la causa de no liberarnos del pecado es ésta. Es necesario reconocer el pecado, para que nos sea perdonado: «Lava del todo mi delito, limpia mi pecado, pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado» (Sal 50,4-5). Si estuviésemos convencidas de que lo tenemos y de los que tenemos, obraríamos de otro modo, ¡seguro!, pues por esa humildad nuestra y sencillez y deseo de conocernos para cam-

biar: «Había pecado, lo reconocí...» (Sal 50,5), Dios nos daría con abundancia su gracia para conseguirlo.

¡Qué saludable es pensar y mucho que somos pecadoras! No pensar en ello o creer que no tenemos pecado es necedad. No piensa así Dios, sino que lo está continuamente recordando a su pueblo por medio de los profetas, que son constituidos por él en conciencia del pueblo. No tengo tiempo de contar ahora las veces que cada profeta acusa y recuerda al pueblo sus pecados, pero son numerosas. Podríais contarlas vosotras y veréis, hermanas. Esto os hará bien; pues así es Dios con nosotras. Y quedaríamos más convencidas. Es necesario reconocer lo que somos. ¿Cómo vamos a ser humildes si huimos del propio conocimiento? ¿No es cierto que así nos cimentamos en falso? ¡Ciertísimo!, porque en este caso es la soberbia la consejera. Así nos instalamos en el mismo pecado que negamos. ¿Qué construiremos? ¡Nada! ¡Viento!, en el mejor de los casos, nos dice el Señor, y Dios sabe lo que dice. Porque «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes». Por tanto, «Reconoced vuestra miseria, y lamentaos, y gemid. Vuestra risa se convertirá en llanto, y vuestra alegría en tristeza. Humillaos ante el Señor. Él os ensalzará» (Sant 4,6 y 9-10).

Y si abrimos la Biblia, también nosotras comprobaremos lo que dice. ¡Tanta lujuria, tanta soberbia, tantos crímenes, tanto pecado negando la entrada al Dios de la santidad en la historia del hombre! Y actualmente, ¡tanto desgarro de Dios, tanto materialismo, ateísmo, droga, abortos, divorcios! ¡Tantas satisfacciones insanas! ¡Oh, cuánto mal trajo el pecado al mundo! Cuando se considera y piensa una también en el inmenso amor que Dios nos tiene, con qué amor nos creó tan entrañable, puede una preguntarse: pero ¿es que Dios no pudo evitar que Adán cometiese el pecado? Es la misma pregunta que podríamos hacernos ahora ante tanto pecado en el mundo. Lo mismo, porque tanto antes como ahora juega la libertad del hombre. Y la respuesta que nos daríamos coincidiría con nuestra realidad actual. ¡No lo dudemos, hermanas! ¡Dios no pudo amarnos más en nuestra creación, pues que nos hizo a su imagen y semejanza. ¿No creéis que Dios nos amó más creándonos libres, aunque sabía a qué riesgo se exponía, que si nos hubiera creado sin libertad por evitar el pecado?

Hermanas, nosotras debemos pensar ahora, para orientar nuestra libertad hacia el amor, que, tal como nos dejó la secuela del pecado original, podemos evitar muchos de los fallos que cometemos contra el amor de Dios. ¿Por qué no lo hacemos? Adán fue libre para amar o no amar a Dios. ¿No participamos nosotras también esa libertad? ¿Por qué damos la espalda muchas veces a Dios? ¿Por qué no echamos mano de la fe en la fuerza redentora de Cristo para mantenernos fieles al amor de Dios cuando somos tentados? ¿Es que creemos que, porque Adán fue creado sin pecado, esto le apagó la atracción hacia el deleite? ¡No, hermanas, no! Adán sintió la atracción hacia lo deleitoso (Gén 2,17), y porque era libre, no animal, en dejar el deleite de lo prohibido hubiera demostrado que era hombre.

Por tanto, hermanas, nuestro pecado será siempre una negación de nuestra identidad. Podemos gozar de los bienes creados, pero siempre dentro de los límites del Bien. Pero nos olvidamos de nuestra propia personalidad tan grandiosa, creada para participar la vida de Dios. ¿Que requiere esto esfuerzo? ¿No le supondría también a Adán cuando sucumbió? ¡Oh, hermanas, cuánto nos escudamos en la herencia original del pecado para disculpar los propios!

¡Oh, amor infinito de Dios al hombre, inefablemente mayor que nuestro pecado, que asumiste tan generosa y amorosamente el riesgo de habernos creado libres entregándonos a tu único Hijo para que no perezcamos, sino que tengamos vida eterna! (Jn 3,16). ¡Oh, Dios nuestro, qué bien puedes decirnos ahora que en la libertad reside el amor, y que por eso nos creaste libres, para que amemos como tú nos amas y nos enseñas a amar! ¡Oh, locura del amor de Dios hacia su criatura, que llegaste hasta este extremo de entregarnos lo que más amabas, a tu Predilecto, para darnos tu Vida! ¡Oh, cuándo entenderemos que sin esfuerzo no podremos poner el amor en ejercicio, y, consecuentemente, no podremos evitar el pecado! ¡Con esfuerzo nos amó Dios! ¿Quién lo puede negar mirando la Cruz? ¡Tanto amó Dios al mundo! ¡Nunca!, ¡jamás podrá el hombre abatir el amor inmenso de Dios! ¡Nunca jamás dejará de amarnos con amor inmenso, eterno! «Mas Dios mostró su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros...» (Rom 5,8-11). ¡Oh, amor divino e inefable!, ¿con

qué se te puede comparar? Todo amor es nada ante el tuyo. ¿Y aún seguimos negándote el nuestro? ¡Oh, hombre!, «¿es que desprecias el tesoro de la bondad, tolerancia y paciencia de Dios, al no reconocer que esa bondad es para empujarte a la conversión?» (Rom 2,4).

Estas palabras dichas para los que creemos en él han de arrancarnos una sincera conversión y el grito: ¿Quién nos librará de este cuerpo que nos lleva a la muerte? (Rom 7,24). ¿Quién? El mismo amor de Dios que hemos considerado, pues sabemos que no ha cesado, y Cristo su Hijo. Ahora, en él, encontraremos la Vida, todos los bienes que perdimos por el pecado. Pues para ello, para nosotras, la luz divina del Padre lució en las tinieblas de nuestro pecado (Jn 1,15), para que, contemplando el resplandor de esa luz y santidad, veamos cómo nos quiere ahora el Padre. Veamos con claridad «cómo el sol nos quemó volviéndonos morenas», con pecado. Pero que ahora viene él, que es la Santidad, a iluminar nuestra vida para que le recibamos y volvamos a ser hijas del Padre (Jn 1,12), mejores hijas que antes del pecado, pues «al que se le perdona más, más ha de amar». Y así volvamos a ser más hijas en el Hijo de Dios, según la forma de su santidad, pues para eso «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotras» (Jn 1,14).

En Cristo Jesús, Hijo del Padre, ahora podemos contemplar la santidad del mismo Padre que se ha acercado a nosotras para que volvamos, muy mejoradas, a la santidad de nuestro origen. En ese Verbo divino, «lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14), encontramos ahora la meta plena de nuestra creación y el camino para llegar a ella. El camino para que el proyecto creador del Padre sobre nosotras no se pierda. Él, Cristo, el Esposo, «no es de la carne ni de la sangre» (Jn 1,13). Es de Dios, es espiritual, es gracia, que es el orden que tenemos que vivir para ir copiándole. No el orden que nos ofrece el mundo: «La concupiscencia de la carne» —tanto placer—, «la concupiscencia de los ojos» —tanto egoísmo— «y el orgullo de las riquezas» —tanta soberbia— (1 Jn 2,16).

No queremos ya los engaños del mundo, hermanas queridas, queremos ya «guardar nuestra viña», queremos convertirnos, queremos parecernos a nuestro Dios, al que es gracia y fidelidad y pureza y verdad y santidad porque es Dios. Y de esa «plenitud»

queremos participar, porque es él el primero que quiere que participemos y vivamos nosotras en plenitud también (Jn 1,16). Para esto nos ha «llamado», para tenernos más cerca y saciemos nuestra alma de la plenitud de su santidad. Eso es la vocación contemplativa que gozamos. Cuanto más cerca del manantial, más facilidad para beber su plenitud.

Ésta es la gracia que se nos concede, hermanas queridas, desde nuestro ingreso en el Monasterio, «gracia sobre gracia» para contemplar al Verbo divino en sus misterios, saciarnos de él, de su plenitud, copiarle, imitarle, irnos transformando en él hasta llegar al ósculo santo, esa deseada unión con la divinidad que es realización del proyecto creador de Dios, gozo para nuestro Redentor y riqueza para la Iglesia y para cada una de nosotras, porque es traer a ella el amor divino que avivará su fe, le hará más santa y fecunda en su misión, que es la comunicación de la santidad, de la vida de Dios a las almas. Y nosotras así habremos cumplido nuestra preciosa misión que es atraer a la humanidad al amor y conocimiento del Padre, nuestro Creador y Dios querido.

Aquí está dicho todo lo que la concepcionista debe buscar y conseguir en Dios, todos los bienes que le puede traer el conocimiento de sí misma, de su ser de pecado, que desemboca siempre en el conocimiento de Dios todo amor, misericordia y salvación. Y en llegar al pleno convencimiento de ello consistirá el secreto de su correspondencia a la «elección» divina y penetración en sus misterios, que le permitirá decirle con toda propiedad: «Conocerte a ti es justicia eterna» (Sab 15,3).

Por estos bienes, que tanto para nosotras como para la Iglesia se derivan de alcanzar la transformación en la imagen divina a que fuimos creadas, sin olvidar que esto depende de la profundización que hagamos de nuestra verdadera miseria y pecado, entramos con gozo en la confesión de nuestro desorden, pues sólo esto, por sí mismo, ya nos trae alegría, consuelo y paz. Nos lo dice el salmo 31: «Mientras callé se consumían mis huesos, rugiendo todo el día, porque día y noche pesaba sobre mí... Te he confesado mi culpa y tú perdonaste mi culpa y mi pecado... Por eso... de la alegría de mi rescate me circundas». Sí, hermanas, esta alegría de acoger el perdón de Dios es el primer fruto que recogemos del reconocimiento y con-

fesión del pecado, y el que nos empuja a la lucha contra el mismo para desterrarlo de nosotras, ya que tanta amargura nos trae alejarnos de tantos bienes como nos aporta la santidad, la gracia, el parecernos a Dios.

Y vamos, pues, a entrar en la lucha contra el pecado considerando la conversión que nos pide el Señor para entrar de lleno en el espíritu santificador de nuestra espiritualidad concepcionista, destacando, mediante la divina revelación, los siguientes aspectos del pecado y de nuestra subsiguiente conversión. Estos son:

a) cómo nos dejó y nos deja el pecado;
b) qué hizo Cristo para liberarnos de él;
c) cómo nos llama Dios a la conversión;
d) dureza en la conversión;
e) misericordia de Dios, su bondad;
f) vuelta a Dios;
g) conversión sincera;
h) avanzar en la conversión;
i) modelos de conversión;
j) después de la conversión;
k) perseverancia.

Entramos en este camino tomando por modelo evangélico al ciego de Betsaida (Mc 8,22-26), pues fue altamente simbólica su curación respecto de nuestro pecado y de lo que ha de ser nuestra conversión, dejando que la gracia actúe en nosotras y pueda hacer en nuestra alma lo que hizo con el ciego nuestro misericordiosísimo Redentor. Dice el texto evangélico que «le trajeron» a Jesús y le «rogaron que lo tocase». ¡Qué misterio ese contacto con el Señor! El pecado, nuestro pecado, nunca nos acercará a Jesús, al contrario, nos aleja de él y nos paraliza. Necesitamos de alguien que interceda por nosotras, que nos acerque al Señor.

Esta misión la cumple María, la «sin pecado», nuestra Madre querida Inmaculada. Por ello comenzamos nuestra conversión acudiendo a ella, para que interceda por nosotras, para que nos acerque a su Hijo. Ella, que es la Corredentora; porque volver a ver con aquellos ojos limpios que nos dio el Padre al crearnos, sólo lo puede hacer la gracia divina, y necesitamos que María interceda para alcanzarlo. Que interceda la que con-

serva en los suyos la gracia primera, y sabe por experiencia los grandes bienes que perdimos al perderla por el pecado.

Abrimos, pues, el proceso de nuestra conversión, acudiendo a María con cariño filial, pidiéndole con vivos clamores que prepare ella nuestra alma a la conversión, que nos toque su mano blanda el corazón, y que la dulzura de su santidad suavice nuestra rudeza para que el Espíritu Santo pueda purificarnos y poner fuego en nuestro espíritu.

Mirémosla, hermanas, contemplémosla como tantas veces lo haría nuestra Madre santa Beatriz. Contemplémosla largamente en su pureza original para que, como a ella, también a nosotras nos envuelvan los purísimos destellos de su santidad. Nos enamore su pureza y humildad, su blancura y ausencia de pecado y ello nos impulse a la conversión más sincera, hasta completar el retorno a la santidad de nuestro Origen, al Beso de la boca que nos engendró para la santidad y el amor.

Contemplar a María, embebernos en ella para perder el ambiente de pecado que nos envuelve, es muy importante para lograr la conversión, para desear la santidad. Esto es sentir que alguien nos acerca a Jesús, como el ciego de Betsaida. Es María quien lo hace cuando acudimos a ella. Ella es la que intercede para sacarnos de nuestra postración como Madre y nos puede presentar a Jesús, para que Jesús, como hizo con el ciego, que le sacó fuera de la ciudad para echar saliva en sus ojos e imponerle las manos, pueda sacarnos, porque nos dejamos sacar del pecado, de la ciudad del mal. María es la que nos puede sostener cerca de Jesús, y desde su pureza inmaculada nos puede hacer sentir el toque del divino Espíritu, pues que es su mejor cooperadora, como lo fue de su Hijo, y su mediación puede hacer que sea más eficaz la gracia en nuestra alma y, por lo mismo, nos puede hacer ver con más claridad la negrura y sinrazón del pecado para aborrecerlo y arrancarnos de él.

Desde María, pues, desde su luz inmaculada, que evoca nuestra luz primigenia, desde la Fuerza santificadora del Espíritu, o adentradas en el misterio de su santidad original, vamos a contemplar, a reflexionar y a desandar el camino que nos hizo recorrer el pecado original y nuestros propios pecados sacándonos de ese Seno santísimo que nos dio a luz, distan-

ciándonos de esa Boca llena de ternura que nos creó, apartándonos de ese Amor que nos daba la vida sin fin y sin llanto. Vamos a ver, pues, de manos de María:

a) *Cómo nos dejó el pecado*

Nos dejó en un desconocimiento absoluto de Dios y, por lo mismo, de la vida espiritual, sembrando en nuestra conciencia el temor hacia Padre tan bueno, cuando pecamos. Quizá nos aclara esto algo el episodio bíblico del pecado de Adán y Eva. Allí se nos dice que, cuando después de pecar ellos oyeron los pasos de Yahvé, se escondieron (Gén 3,8-10). ¿Por qué? Dios les había advertido, ciertamente, de que, si comían del árbol vedado para ellos, morirían. Pero, ¿quién les hizo olvidar la bondad del Dios que les había dado la existencia; que les había bendecido tan largamente; que había mantenido con ellos estrecha amistad, simbolizada en el hecho de pasear con ellos en el mismo jardín; que les había entregado todo lo creado? ¿Quién? ¿No vemos en ello una confirmación clara, repito, de que fuimos creados «a imagen y semejanza» suya, pues que el pecado, contrario a él, una vez asumido por el hombre, conmocionó su existencia metiéndoles en una situación desconocida para ellos? Situación que les infundió temor ante la vista del que ya veían extraño a ellos, Dios.

Sí, hermanas, el pecado es extraño a la santidad, no es su campo. Y por eso quedó ciego el entendimiento del hombre para conocer a Dios como era. Si Dios era la santidad por esencia, tenía que ser infinita bondad, infinito amor, infinita comprensión, infinito perdón, como más tarde nos declaró Jesús en la parábola del hijo pródigo y demás, y como lo proclamó entonces el hecho mismo de prometerles Dios inmediatamente del pecado, la salvación (Gén 3,15), que incluía la entrega y la muerte de su Hijo (Jn 3,16-17).

Pero, no, hermanas, no había ya capacidad para razonar, porque el entendimiento estaba turbado. Y en lugar de volverse a pedir perdón a su Creador, «huyen de él y se refugian en su mismo pecado: los árboles del jardín», donde habían pecado. No es extraño, por otra parte. Porque debió de ser tan brutal

el paso (que Dios llamó muerte) de una forma de existencia a la otra, que tuvo que desequilibrar su psiquismo irremediablemente manifestándose en el temor. Cosa que les hizo ver todo hostil (Gén 3,16-19).

Nunca podremos entender esto, hermanas, porque nunca hemos experimentado qué es estar sin pecado, en plena conformación con la imagen de Dios. Lo más que hemos podido experimentar es el gozo, la paz, la alegría interior en la que queda el alma cuando hacemos una muy verdadera y arrepentida confesión de los pecados. Entonces sí que vemos a Dios muy cercano y amigo y nos sentimos muy vinculados a él, de modo que nunca quisiéramos que se acabase esta forma de existencia.

De esto sólo nos podría hablar María Inmaculada, no nosotras, que tenemos la fuerza del pecado metida en lo más profundo de nuestro ser. Y ya es mucho que no hagamos lo que hizo Adán, el cual, desplazado de su santidad original por el pecado, buscó reafirmar, equivocadamente, su nueva forma de existencia, en el mismo pecado, pues que en su afán de rehabilitación quiso valer su ¿inocente inconsciencia? escudándose en otro nuevo pecado: la acusación del otro: «La mujer que me diste...» dijo (Gén 3,12), queriéndose disculpar, con lo que dejó abierto el paso a nuevos pecados.

¿No nos sucede esto, hermanas, que cuando queremos justificar algún mal comportamiento nuestro, en lugar de reconocerlo ante Dios y los demás, argumentamos nuestra inculpabilidad con mil razones e incluso pecados, intentando además quitar importancia al mal, y aun tratamos de hacer ver bien lo que está mal, cosa aún más grave? ¿No es lo que sucede en nuestra sociedad cuando pierde la conciencia del pecado? ¡Qué manera tan torpe de quedar reafirmados en nuestro desorden, que nos conduce al mayor empobrecimiento de nuestro ser! Como Adán, que se «vio desnudo» después del pecado (Gén 3,12). Sí, desnudo, despojado de su grandeza original, de la armonía creacional, de la paz, del dominio de las cosas, pues empezaron a dominarle a él.

Sí, hermanas, ésta fue nuestra tragedia espiritual a causa del pecado que persiste aún después del bautismo, y que se repite cada vez que pecamos, dificultando nuestro acercamiento a Dios. Se mantiene hasta que nuestra voluntad se decida a

desatarse del pecado de una por todas. Porque, como fue un acto libre el que ocasionó nuestro desorden, ha de ser otro acto libre de nuestra voluntad el que nos descargue de él.

La gracia para hacerlo la tenemos. Somos hijas de Dios de nuevo por el bautismo y nos asiste la fuerza de la redención de Cristo para llevarlo a cabo. Sí, estamos salvadas y capacitadas para ordenarnos, para volver al fervor, amor y conocimiento de Dios por medio de la lucha contra el pecado, ya lo reflexionamos en el capítulo anterior.

Y san Pablo nos dice: «No os adaptéis a este mundo, al contrario, reformaos por la renovación de vuestra mente, de forma que podáis *distinguir* cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rom 12,2). Sí, hemos de desatarnos de las fuerzas negativas del pecado que nos impulsan al desorden, a seguir los criterios del mundo; a fin de atender las enseñanzas de nuestro Esposo redentor, su Evangelio, que llena nuestra mente del sentido de Dios y regenera nuestro ser. El Espíritu Santificador de Dios nos impulsa a hacerlo. Hemos, por tanto, de volver a creer en la bondad de Dios y en el amor que nos tiene. Sí, hermanas, Dios no ha cambiado, a pesar del pecado original, repetimos una vez más.

Así es. Dios no cambió entonces y no cambia tampoco ahora cuando pecamos. No puede cambiar, porque «su misericordia es eterna» (Sal 135), y porque nos «predestinó a ser sus hijos por amor» (Ef 1,5), y esta predestinación jamás tendrá fin. Es por lo que os digo que este conocimiento de Dios, esta revelación de su amor eterno que nos transmite Cristo a lo largo de su Evangelio, ha de disipar el desconocimiento en el que nos dejó el pecado: ha de iluminar nuestro entendimiento para decidirnos a «guardar nuestra viña», la gracia santificante en nuestra alma, y, mediante el ejercicio de la vida virtuosa, sanar nuestra voluntad para echar de nosotras el temor, a fin de llegar al amor perfecto, a la santidad.

Recordemos que san Juan nos dice que «en el amor no hay temor: al contrario, el amor perfecto desecha el temor, pues el temor supone castigo y el que teme no es perfecto en el amor» (1 Jn 4,18). Por esto, hermanas, porque nuestra vocación es el «amor perfecto», es ser imagen de Dios; y porque ahora le conocemos, y sabemos que Dios es amor

(1 Jn 4,7-8), ¡desechemos el temor y la indiferencia hacia Dios que nos inocula el pecado y que, como sucedió a Adán, debilita el amor que le debemos y el deseo de santidad que él metió en nuestra alma con el «beso de su boca» al crearnos! Desechémoslo, no seamos pusilánimes, porque Dios es más grande que nuestros pecados, y sigue amándonos a pesar de ellos con ese amor suyo tan eterno, tan sincero, tan entrañable y benigno como nos lo reveló su «boca» divina en el Evangelio (Lc 15,11-32). Arrojemos de nosotras, con el recuerdo de la ternura del Padre, la carga negativa que nos infunde el pecado, y corramos valientemente hacia la consecución del «amor perfecto» de la santidad.

Para ello, hermanas queridas, cuando pequemos, corramos, con gozo, a recibir la gracia del perdón y el abrazo de amor del Padre en el Sacramento de la Reconciliación. Recordemos la parábola del hijo pródigo y dejémonos besar por el amor de nuestro Dios y Padre como él nos lo cuenta allí, pues que somos sus hijas, sus hijos (1 Jn 3,1), y hagamos el propósito de no volver a ofenderle guardando valientemente «nuestra viña» regada por la sangre de Cristo, cuidando nuestro amor a Dios. Repito, hermanas, pidamos, sí, al Espíritu Santo su don divino de *temor de Dios* para que temamos, y mucho, al pecado y a nuestra debilidad, que puede hacernos caer en él y alejarnos de Padre tan bueno.

Y aún hay otro mal como efecto del pecado que cegó nuestro entendimiento. Es el desconocimiento también de lo que es el propio pecado. Sí, hermanas, lo podemos decir muy alto, lo desconocemos, porque si lo conociéramos huiríamos de él como de la propia destrucción.

San Juan nos dice que «quien peca es del diablo, porque el diablo es pecador desde el principio» (1 Jn 3,8). Esto es el pecado, una negación de nuestro ser, del ser recibido de Dios, que es amor, como vimos. Sí, el pecado, que se fundamenta en el «egoísmo», como vimos al reflexionar sobre el pecado de Adán, es, como nos dice el Señor (Mt 23,27), destrucción, muerte, corrupción, que produce los males que menciona san Pablo: «Impureza, enemistades, disputas, celos, iras, divisiones, envidias, rivalidades, homicidios, embriagueces...» (Gál 5,19-21) y hoy añadiríamos: divorcios, abortos, apostasía de Dios. ¿Ver-

dad, hermanas, que estos frutos no los puede producir el Autor de nuestra existencia, Dios, que es amor (1 Jn 4,8), sino el autor de la muerte y del pecado, Satanás? ¿Vemos cómo somos del diablo cuando pecamos?

Sí, hermanas, y esto hemos de tenerlo muy claro, todo eso que hemos enumerado arriba son males enemigos de Dios y, por lo mismo, destructores del ser que nos dio «a su imagen y semejanza». Y sabiéndolo, ¿cómo no nos despegamos de ese lastre de muerte? ¿Cómo no lo odiamos? ¿Cómo no huimos de él? ¡Miremos si es importante para nosotras decidirnos de una vez para siempre por la mentalidad de la santidad, que es la de Dios, y tener por enemiga la mentalidad del pecado, tan importante como decidirnos por Dios o por Satanás, insisto! ¿Qué vamos a hacer? Porque Cristo «el Hijo de Dios se ha manifestado para destruir las obras del diablo» (1 Jn 3,8). ¿Rechazaremos la eficacia de la redención de Cristo, sus esfuerzos redentores y el amor que puso en nuestra regeneración? Porque dejarnos llevar del pecado es dar oídos a Satanás, ponernos de su lado, volver a morder el fruto prohibido, dar la espalda a Dios y traicionarle. Así de claro. Sin rebajar nada. Pues que es vivir lo que no somos, sino lo que es Satanás. Es vivir el rechazo del «Dios que nos dio a luz» (Dt 32,5-18).

Renovemos nuestra mente, hermanas, alejándola del mal. Entremos en la fuerza del bien por la fidelidad al Espíritu Santo, dejemos que él potencie con su acción las fuerzas del nuestro, esas fuerzas espirituales que Dios puso en nuestra creación y que la redención ha vigorizado; dejémonos, ésta es nuestra *cooperación* a su acción santificadora, destinada a levantarnos hasta el «beso de su boca» que propiciará nuestra relación de intimidad con Dios y los frutos propios del Espíritu: caridad, alegría, paz, bondad, fe, mansedumbre (Gál 5,22-24). Y hagámoslo desde este momento. Porque hemos nacido de Dios y ahora pertenecemos a Cristo, no al pecado. ¿Por qué, repito, permanecer en él? Nos lo dice san Pablo: «Quien está en Cristo —y nosotras estamos, hermanas— es una criatura nueva, lo viejo ya pasó, y apareció lo nuevo» (2 Cor 5,17).

Por ello, pasémonos ya con el deseo, para pasarnos también con la obra a lo nuevo. Aborrezcamos el pecado, démosle la espalda, desliguémonos de él y vinculémonos con Dios, «que nos reconcilió con él por medio de Cristo, su Hijo, no imputándonos nuestros pecados» (2 Cor 5,18-19), sino perdonándonos, para que vivamos en el espíritu. Porque, insiste san Pedro: «hemos sido regenerados, no de semilla viciada, sino incorruptible, la palabra viva y eterna de Dios» (1 Pe 1,22-23). Pues si hemos sido regeneradas ya, hermanas, ¿por qué no entrar de una vez para siempre en la regeneración de nuestra mente y voluntad viviendo a Dios, viviendo el amor?

Sí, dejemos el pecado, que nos destruye, y hagamos crecer la vida de Dios en nosotras. ¿Cómo? Viviendo el Evangelio, que es la senda que nos lleva a la santidad consumada, al «amor perfecto», a la virtud, siendo constantes en su ejercicio, pues la repetición de actos virtuosos nos irá inclinando hacia Dios, hacia el bien, despegándonos del pecado, del mal. Pero esto lo iremos reflexionando en nuestra subida al Monte de la Concepción, porque puede ser que a veces, creyendo que vivimos el amor, nos encontremos quizá sirviendo a nuestro egoísmo e intereses.

Por esto también, y a fin de que nuestro retorno a Dios sea auténtico y no quede en una reflexión más o menos sincera de cuanto hemos escuchado, vamos a pasar a la realidad de nuestros comportamientos, a fin de que, viendo cara a Dios lo que hemos de corregir, lo hagamos sinceramente, «guardemos nuestra viña» pasándonos eficazmente a la praxis evangélica, dando el paso definitivo a la mente de Dios.

Y lo vamos a hacer escuchando a la única palabra autorizada que nos puede decir qué es pecado, la de Dios. Sí, va a ser la misma Boca divina que nos dio la existencia la que nos va a recordar lo maltrechas que nos dejó el tan mencionado pecado, cuán lejos nos ha lanzado de él, y qué hemos de hacer para retornar a su amor y gracia. Escuchemos:

«Mirad, no es demasiado corta la mano de Yahvé para salvar, ni es duro su oído para oír, sino que vuestras faltas os separaron a vosotros de nuestro Dios, y vuestros pecados

le hicieron esconder su rostro de vosotros para no oír». ¡Oh, hermanas, ya vemos qué nefasto es el pecado cuando puede y, de hecho, frena la omnipotencia del amor de Dios tendente a sólo amar para que no llegue a nosotras su efecto santificador! Y nos da la razón de ello el que es la Santidad por esencia: «Porque vuestras manos están manchadas de sangre y vuestros dedos de culpa, vuestros labios hablan falsedad y vuestra lengua, perfidia. No hay quien clame con justicia ni quien juzgue con lealtad. Se confían en la nada y hablan falsedad, conciben malicia y dan a luz iniquidad... Sus obras son obras inicuas y acciones violentas hay en sus manos. Sus pies corren al mal y se apresuran a verter sangre inocente. Sus proyectos son proyectos inicuos, destrucción y quebranto en sus caminos. Camino de paz no conocen y no hay justicia en su camino, sólo se abren senderos tortuosos, e ignora la paz quien por ellos camina» (Is 59,1-8).

Y más arriba nos había dicho la causa de esta desmoralización: «Si te guardas de profanar el sábado, de tratar tus asuntos en mi día santo, si llamas al sábado «delicia», venerable al día consagrado a Yahvé, si le veneras... no tratando negocios ni arreglando asuntos, entonces encontrarás en Yahvé tus delicias» (Is 58,13-14). Entonces Dios hará recto nuestro corazón, hermanas, con su contacto.

Dios mismo nos ha hecho el examen de nuestros pecados, encerrados en los que ha mencionado aquí por el Profeta, y en otros muchísimos textos de la Biblia que podríamos aquí enumerar. Nos parecerá que el lenguaje de Dios es fuerte cuando nos revela nuestras iniquidades y sus consecuencias, y no es así. Es que nosotras estamos acostumbradas a quitar importancia al pecado, repito, porque lo miramos desde nuestra mente pecadora, y éste es nuestro mal. Tenemos que mirarlo como es, como lo ve Dios. Dios lo mira como es, desde su mente de santidad, que es la que hemos de adquirir para juzgar rectamente del pecado, y ver su gravedad, lo destructor que es.

«Vuestras manos están manchadas de sangre», nos dice el Señor. Literalmente es cierto para bastantes cristianos, por desgracia. A nosotras nos quiere decir que también se puede matar con la lengua, pues que el hombre, nosotras, somos susceptibles

de ello, ya que nos componemos de cuerpo y espíritu. Jesús, la luz divina del Padre, nos lo aclara: «Yo os digo que el que se enoje con su hermano será reo de juicio; el que llame a su hermano "imbécil" será reo del Sanedrín y el que le llame "renegado" será reo de la gehenna de fuego» (Mt 5,22-23). ¿Verdad que la mente de Jesús y del Padre coinciden? ¡Así tenemos que pensar nosotras! Nuestro ingreso en el Monasterio exige ese cambio para entrar en el espíritu concepcionista, santificador o liberador del pecado.

Sigue la divina Palabra: «Y vuestros dedos están manchados de *iniquidad*». Así nos lo puntualiza Jesús: «No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en el cielo. Muchos me dirán aquel día: "¡Señor! ¡Señor!, ¿no hemos profetizado en tu nombre y en tu nombre hemos arrojado a los demonios y hecho muchos milagros en tu nombre?" Entonces yo les diré: "Nunca os conocí. Apartaos de mí los que hacéis *iniquidad"»* (Mt 7,21-23). Nuestras obras, pues, tienen que estar hechas todas con el espíritu de Cristo, con la rectitud debida a la santidad del evangelio, sin vanidad, soberbia, ni egoísmo. Obras que hagan sonreír, no sufrir a las hermanas. Obras sin *iniquidad.*

«Vuestros labios hablan falsedad», prosigue el Señor. Hablamos falsedad cuando no *decimos verdad,* y además cuando actuamos con doblez de corazón, sin recta intención de agradar sólo a Dios, que es por quien se hacen las cosas. Así nos lo recuerda la Boca divina del Padre, Jesús: «Cuidad de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para que os vean; de este modo no tendréis mérito delante de vuestro Padre celestial... Cuando des limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha... cuando ores... ora a tu Padre, que está en lo secreto, presente...; cuando ayunes, úngete la cabeza... para que los hombres no se den cuenta de que ayunas... La luz del cuerpo es el ojo. Por tanto, si tu ojo estuviese sano, todo tu cuerpo estará en la luz; pero si tu ojo estuviese enfermo, todo tu cuerpo estará oscuro. Y si la luz que hay en ti son tinieblas, ¿cuánta será la oscuridad?» (Mt 6,1-23). Luz nos quiere Dios siempre, luz en el actuar y en el hablar, hermanas queridas, para ser verdad ante los hombres: «sea vuestra pala-

bra: sí, sí; no, no. Lo que pasa de esto viene del malvado» (Mt 5,37). Cuidemos, pues, de quitar la falsedad de nuestra vida.

Y continuamos con el examen que la Palabra de Dios, como espada de doble filo (Heb 4,12), nos está haciendo: «Y vuestra lengua habla perfidia». Puede ser por murmuración, por frivolidad, etc. Nuestra consagración monástica es exigente también en esto, pues que ella consagra también nuestra lengua. Y sabemos que lo consagrado a Dios no puede tener ningún uso profano. Más adelante hablaremos largamente de esto, y de lo que allí se trata hemos de examinarnos, a fin de que la vana palabrería no nos esclavice comprometiendo nuestra vida interior: «Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá al uno y amará al otro, o bien despreciará a uno y se aficionará al otro» (Mt 6,24), nos dice Jesús, el Verbo del Padre, su única Palabra, que es Esposo nuestro. No hablemos perfidia, sino palabras de santidad, de amor.

«No hay quien clame con justicia ni quien juzgue con lealtad.» ¡Qué explícito y claro e íntegro es aquí Jesús enseñándonos lo que nos quiere decir el Padre!: «No juzguéis para que no seáis juzgados», nos dice. «Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados y con la medida con que midáis seréis medidos. ¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo? ¿Cómo dirás a tu hermano: Deja que saque la paja de tu ojo, estando la viga en el tuyo? ¡Hipócrita!, quita primero la viga de tu ojo y entonces verás claro para quitar la paja del ojo de tu hermano» (Mt 7,1-5). A otros exige equidad en otros juicios que tengan que hacer; a nosotras, hermanas, es así como nos quiere el Señor. Ésta es la justicia con que hemos de juzgar a nuestras hermanas, aunque tampoco elimine la justicia distributiva que hemos de practicar con cada una de ellas respetando sus derechos. «Todo lo que queráis que hagan con vosotros los hombres hacedlo también vosotros con ellos, porque en eso está la ley y los Profetas» (Mt 7,12). Nos dice Jesús y así nos quiere el Padre, con una mente leal, renovada por el amor, que no juzga, sino que ama, comprende y disculpa siempre.

No termina aquí el examen que nos está ayudando a hacer el Señor (que es quien mejor nos conoce, pues que nos creó él)

de nuestra vida, para que nos conozcamos a fondo y hagamos la conversión que nos pide el Espíritu. «Se confían en la nada», prosigue la Palabra divina, es decir, en lo efímero, en lo caduco. Y Jesús nos dice: «No atesoréis en la tierra, donde la polilla y el orín corroen y donde los ladrones socavan y roban. Atesorad, más bien, en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corroen, ni los ladrones socavan ni roban, porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón» (Mt 6,19-21). También debemos examinar aquí nuestros apegos personales, la libertad de nuestro corazón, ¡a tantos criterios inútiles!, ¡a la vacuidad de las cosas!

Y sigue diciéndonos la Palabra de Dios: «Conciben malicia y dan a luz iniquidad». Malicia es para el espíritu del hombre nuevo, de Jesús, lo que fue lícito antes de su venida. Él nos lo dice: «Sabéis que se dijo: "Ojo por ojo y diente por diente". Pero yo os digo que no resistáis al mal, antes a quien te hiera en tu mejilla derecha, vuélvele también la otra y al que te quiera llevar a juicio para quitarte la túnica, déjale también el manto; al que te obligare a ir con él una milla, vete con él dos. Da a quien te pida y no vuelvas la espalda al que desea que le prestes algo» (Mt 5,38-42). Es fuerte cuanto nos pide Jesús, el Esposo Redentor, pero es que nuestra conversión, la que pretendemos hacer para subir el Monte de la Concepción, es conversión al espíritu de la nueva creación, al espíritu que despoja el corazón, lo deja sin egoísmos, porque busca purificar nuestro amor, el amor que puso el Padre en nuestro corazón encendido del suyo al crearnos. Busca el beso de la boca del Padre, hacia el que estamos vertebrados y destinados todos.

Y aún vuelve a decirnos el Señor: «Sus obras son obras inicuas y acciones violentas hay en sus manos». Tiene que desaparecer de nuestro comportamiento la violencia, para que volvamos a ser las hijas del Padre que él creó, las nacidas del espíritu del perdón del Esposo en la Cruz. Con su ejemplo ratificó él esta enseñanza: «Sabéis que se dijo: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo". Pero yo os digo: "Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? ¿No hacen

eso mismo los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de especial? ¿No hacen eso también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto"» (Mt 5,43-48). Y como lo fue Jesús en la Cruz orando, disculpando y perdonando a los que le mataban (Lc 23,34).

«Sus proyectos son proyectos inicuos, destrucción y quebranto en sus caminos. Camino de paz no conocen y no hay justicia en su camino, sólo se abren senderos tortuosos, e ignora la paz quien por ellos camina.» Sí, así es. El pecado es destrucción, es muerte, como nos dijo su Palabra anteriormente. Pero Jesús nos ofrece el camino de la Vida, de la incorrupción, de la Paz: «Entrad por la puerta estrecha —nos dice—. Que es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y son muchos los que entran por ella. Y es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y son pocos los que lo encuentran» (Mt 7,13-14). ¿Y cómo daremos con esa puerta de la vida, hermanas? Ciertamente es fácil dar con ella cuando hay amor, y si nos «guardamos de los falsos profetas que vienen a nosotras —nos dice Jesús— con vestido de oveja y por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis». Pues «un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo, frutos buenos» (Mt 7,15-16 y 18). Los frutos buenos son las obras del Evangelio, que requieren esfuerzo, renuncia, ejercicio sincero de amor, imitación de Cristo. Para nosotras, concepcionistas, esas obras que recogen nuestros Estatutos de modo peculiar. Por eso estamos haciendo estas reflexiones, hermanas queridas, sobre lo que es pecado según la mente de Dios, que es, según el espíritu de Cristo, el nuevo Adán. Y lo hacemos para que tomemos conciencia, al hacer la conversión, de a qué espíritu somos llamadas y qué somos ante Dios por nuestro pecado que tanto nos aleja de él. Tomad conciencia del cambio que hemos de dar para pasar a la mente de santidad divina. Dios es así como nos han dicho los textos anteriores y toda la Biblia. Y nosotras, ¿cómo somos? Pues a esa mente de santidad hemos de cambiar.

Todos estos temas que hemos tocado tan rápidamente los veremos más extensamente adelante, para ir entrando en su espíritu poco a poco, con paz, con serenidad. Ahora, visto ya

el panorama de nuestra espiritualidad, el panorama del Monte de la Concepción y nuestra situación, sin olvidar la fidelidad a cuanto se nos expone en los Estatutos y Constituciones, como nos enseña Jesús, «que no vino a abolir sino a perfeccionar la ley enseñándonos a no quebrantar ni uno solo de los mínimos preceptos para poder ser tenidas como grandes en el reino de los cielos» (Mt 5,17-19), porque la fidelidad nos mantiene en sintonía con Dios, después de esto, digo, pasamos a ver las consecuencias del pecado.

Son funestas. Deja paralizada la vida de la gracia en nosotras, como hemos recordado antes mencionando los males que produce. Sí, nos deja paralizadas, pues que, como además de cuerpo somos espíritu, para que este espíritu tenga salud y vida necesita estar en corriente, no estancado, ligado a su Fuente, que es Dios. Y en la medida que más entremos en esta corriente divina o más ligadas estemos a él, más vida espiritual tendremos, ya que al perderse la sintonía con Dios muere esta fuerza de la gracia en nosotras y se apodera la fuerza del mal. «Nadie por su iniquidad tendrá segura la vida» (Ez 7,13), nos dice el Señor. Es el mal que procura el pecado.

Ni para convertirnos tenemos, cuando estamos en pecado, ánimo ni fuerza. Es lo que hemos visto antes, sin ayuda nada podemos. Miremos también al paralítico de Betesda. Allí llevaba enfermo treinta y ocho años deseando bajar el primero al agua cuando la removía el Ángel del Señor, para curarse. Pero no podía porque estaba tullido, quizá debido al pecado, pues cuando Jesús, misericordioso, se acercó a él y le curó le dijo: «Mira, estás curado; no peques más, para que no te suceda algo peor» (Jn 5,1-18). ¡Buena lección para nosotras ver tan claro las funestas consecuencias del pecado, incluso puede traernos enfermedades físicas, pero ciertas, ciertas, nos trae las espirituales! Nos lo asegura san Pablo cuando nos dice: «Porque habiendo conocido a Dios no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos y se oscureció su insensato corazón. Diciendo ser sabios se hicieron necios; y trocaron la gloria del Dios incorruptible por la imagen del hombre corruptible, de aves, cuadrúpedos y reptiles. Por eso Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, a la impureza, hasta deshonrar sus propios cuerpos en sí mis-

mos; los cuales trocaron la verdad de Dios por la mentira y dieron culto a la criatura en lugar de al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto los entregó Dios a pasiones vergonzosas; pues, por una parte, sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza. Igualmente, por otra, también los varones, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en la concupiscencia de los unos con los otros, hombres con hombres, cometiendo cosas vergonzosas y recibiendo en sí mismos la debida recompensa de su extravío».

«Y como no procuraron tener conocimiento cabal de Dios, Dios los entregó a una mente depravada para hacer cosas indebidas: llenos de toda injusticia, malicia, perversidad, codicia, maldad, rebosantes de odio, de homicidio, de disputas, de engaño, de malignidad; chismosos, calumniadores, aborrecedores de Dios, insolentes, altaneros, soberbios, inventores de maldades, desobedientes a los padres, insensatos, desleales, sin amor y sin piedad; los cuales, conociendo el justo decreto de Dios, que los que hacen tales cosas son dignos de muerte, no solamente las hacen ellos, sino que se complacen también en quienes las practican» (Rom 1,21-32).

Ya vemos cómo san Pablo enumera aquí la mente de pecado, y cómo para salir de ella tenemos que procurar el conocimiento de la de Dios; conocer cómo nos dejó el pecado para aborrecerlo, que es lo que estamos haciendo y hacer, consecuentemente, la conversión, que es pasarnos a la mente de Dios, donde todo es santidad, amor, gracia. El hombre, nosotras, somos y proyectamos luz por lo que tenemos de Dios, y tinieblas por lo que tenemos de pecado. Cuando nos apartamos de Dios, nos quedamos sólo con las tinieblas de nuestro pecado, o nuestros pecados, que son los que enumera aquí san Pablo. No es que Dios en venganza nos entregue al mal. Somos nosotras, y Dios nos respeta la libertad que nos dio: «Delante de ti están el bien y el mal, escoge» (Dt 30,15-16). Por eso nos conviene no ignorar el mal que escogemos si dejamos la gracia, si dejamos a Dios. No ignorar cómo nos dejó y nos deja el pecado.

Más claro aún nos expone la revelación estas dos realidades nuestras que constituyen nuestro ser, y el mal que nos hace

el pecado: «El hombre es imagen y reflejo de Dios» (1 Cor 11,7), nos dice san Pablo, «de una fuerza como la suya le revistió, a su imagen le hizo» (Eclo 17,3). ¿Qué mayor grandeza? En cambio, pecando, el hombre trajo la condenación, la enemistad con Dios, que fue el paso a la mente de pecado (Rom 5,18). Pero como es más fuerte aún que el pecado la gracia que nos otorgó Dios en la creación, y la que nos dio por la Redención, ésta debe prevalecer para que lleguemos a la plenitud del ser. La otra debe desaparecer, hermanas, pues que nos destruye al hacernos enemigas de Dios (Rom 5,10), enemigas de nuestro Redentor, hemos visto hasta la saciedad. No nos dejemos engañar, por tanto, por nuestras concupiscencias y pasiones, que nos seducen y nos dejan tan mal paradas con el pecado, que nos apartan del Esposo de la santidad. «¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciáis y no poseéis? Matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra» (Sant 4,1-2). Así nos advierte el Apóstol desde el espíritu de la verdad, a donde le había situado el Espíritu Santo el día de Pentecostés al iluminarle con su fuego de santidad.

Siendo esto así, ¿por qué, pues, ponernos de parte del pecado, que tan desgraciados nos hace? ¡Huyamos de él, porque podemos! ¡Que todas nuestras pasiones no nos amedrenten ni nos arrastren! «Yahvé, ten piedad de nosotras, en ti esperamos. Sé nuestro brazo por las mañanas y nuestra salvación en tiempo de apretura» (Is 33,2), digámosle confiadamente. Convenzámonos de que su gracia nos ayudará, si la pedimos, y la de nuestra Madre María. ¡Con Ellos podemos todo! Nosotras hemos de seguir la voz del Esposo con valentía, seguir su amor a pesar de las negras aguas que nos cerquen. Apoyadas en él, en su fuerza redentora, ¿quién nos podrá? (Is 33,13-16). Huyamos de lo que produce el pecado: «veneno y ajenjo» (Dt 29,17), es decir, separación, rechazo del Dios Vida nuestra. Pongamos nuestra esperanza en el Señor y con su gracia nos despojaremos del mal. «Sea Yahvé nuestra delicia y él nos dará lo que pide nuestro corazón» (Sal 36,4). Esta Palabra está dicha por él para nosotras, ¿cómo, pues, no nos va a dar lo que en ella dice, pues que para dárnoslo la dijo? Sí, hermanas mías

queridas, podemos ser santas si queremos, podemos liberarnos de este mal destructor que es el pecado, porque es Dios el primero que quiere y nos empuja a ello. Y nos empuja porque nos ama y sabe el bien tan grande que es para nosotras separarnos del mal. Hemos de amar, pues, la ascesis que comporta la propia liberación del pecado o desorden, porque ya sabemos, por propia experiencia, que esta ascesis es la felicidad en lucha llevándonos a la potencia máxima del amor, al «amor perfecto», a la unión con Dios. Nos lo testifican los santos. Decidme, ¿quién lucha más que ellos contra el pecado? Y, ¿quién es más feliz que ellos? ¡Sí, hermanas, ésa es nuestra verdadera felicidad! Y entenderlo es la más sublime sabiduría. Que reconozcamos, hermanas, lo bueno que es estar unidas a Dios, a su voz divina, a su gracia, para que, experimentándolo, nos apartemos de la afición al mal que tanto empequeñece y envilece nuestro amor. Ya veis, nada nuevo estamos reflexionando, sino la Palabra amorosa de Dios, lo que hace falta es que sea nueva nuestra entrega al Reino de Dios y de la Iglesia.

Y, ¿cómo podremos liberarnos del pecado y convertirnos del todo a nuestro Dios santidad? (Dt 7,17-26). ¿Cómo quitar tanto pecado de nuestra vida? Nos preguntamos de nuevo. No sin penetrar en el espíritu de la redención, que es el que nos hace vivir cuanto enunciamos antes, porque fue Cristo quien nos liberó del pecado y quien puede introducirnos en la vida de amor que vivió y nos recomendó que viviésemos antes de partir al Padre (Jn 15,12), vida de amor, que es el fundamento de nuestra existencia y la fuerza que nos vincula más directamente con nuestro Dios y Creador, hemos reflexionado hasta la saciedad.

Sí, hermanas, el amor es la base de nuestra existencia, porque ¡somos pecadoras!, sí, pero no somos pecado. No. Porque no fue el pecado el que *nos hizo seres vivientes,* no, sino Dios, el amor inmenso de Dios que nos *hizo a su imagen y semejanza*. Sí, la raíz vital de nuestro ser es amor y santidad participada del que así quiso crearnos, nuestro Dios amado. Si no, ¿por qué Jesús nos dijo: «Sed santos como vuestro Padre celestial es santo»? (Mt 5,48). ¿No es porque en lo más profundo de nuestro ser tenemos la potencia para serlo? Sí. Y esto es lo que más debe estimularnos a trabajar en la propia santificación. Porque si, en lugar de esta participación de la

vida de Dios, tuviésemos el pecado por fundamento de nuestro ser, ¿no sería Dios injusto pidiéndonos algo que excedía a nuestras fuerzas? ¿Por qué iba a pedir un fruto santo de una raíz que no es santa?

Por eso, hermanas, porque *podemos* ser santas, y perdonadme que lo repita tanto, hemos de odiar el pecado como a gran enemigo nuestro del que hemos de huir, aunque para echarlo de nosotras tengamos que arrancarnos la piel. Pero hemos de hacerlo, porque es ajeno a nuestro ser y para eso nos redimió Cristo. Lo vemos seguidamente:

b) *Qué hizo Cristo para liberarnos del pecado*

«Murió por nuestros pecados para conducirnos a Dios» (1 Pe 3,18). Tan en serio tomó Dios nuestra liberación de mal tan funesto. Recordemos, recordemos todo lo que él ha hecho para situarnos de nuevo a su lado. Recordémoslo, porque recordando su amor eterno, su llamada a la santidad, su consecuencia y el poder que desplegó para que pudiésemos santificarnos, pues que se entregó a sí mismo... «para sacarnos de este presente siglo malo, según la voluntad de nuestro Dios y Padre» (Gál 1,4), ¿quién resistirá a tanta bondad y amor?

Sí, hermanas, Cristo nos libró de la maldición que pesaba sobre nosotras a causa del pecado; se despojó de su rango divino (Flp 2,6-9) para establecer de nuevo nuestra amistad con el Padre; para que vivamos ese mismo amor suyo en nuestro corazón. Se dejó matar para que nosotras vivamos vida de eternidad. Por eso, la ascesis por liberarnos del pecado es vida de amor, como la de Cristo. Desde su Encarnación, Cristo Jesús, nuestro Esposo, no vivió sino para redimirnos del pecado asumiendo una ascesis impresionante. No vivió sino para santificarnos, para amarnos. Su vida fue entrega, amor hacia nosotras, pidiendo, clamando por nuestra conversión: «convertíos» (Mt 4,17). Y nos la vuelve a pedir ahora, «él, que expió en su propio cuerpo nuestros pecados sobre la cruz, para que muertos al pecado vivamos para la justicia, con sus heridas fuimos curados» (1 Pe 2,24), y nos dice: «Tú, pues, conviértete a tu Dios, observa el amor y la justicia y espera en tu Dios siempre» (Os 17,7).

Por no alargar más este capítulo, aunque está muy condensado lo que el Padre y Jesús hicieron para liberarnos de nuestro pecado, que fue todo lo que pudieron ¡y eran Dios! pasamos a ver:

c) *Cómo nos llama Dios a la conversión*

¿Cómo ha de ser, sino desde su ternura y santidad, llamándonos a entrar por su misma línea de pureza, santidad y amor? Es muy importante no equivocarnos, no dejarnos guiar de nuestro criterio en esto. Y así le escuchamos que nos dice: «Dios os vivificó a vosotros, que estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los cuales en otro tiempo anduvisteis según el espíritu secular de este mundo» (Ef 2,1-2). Notémoslo bien, hermanas, que ésta es la conversión que de nosotras quiere el Señor, que volvamos con fuerza y decisión a la vida en el espíritu. Para él, según nos dice aquí, vivir según el espíritu secular del mundo es estar necesitadas de conversión, de vuelta al espíritu de Cristo. «Los que son de Cristo crucifican la carne con las pasiones y concupiscencias», nos aclara su divina Palabra (Gál 5,24).

Para las que ya hemos renunciado al estilo del mundo y deseamos dejar del todo su espíritu secular y volvernos al espíritu de Cristo supone abandonar cuanto halaga a la carne: comodidad, satisfacción de sentidos, gloria vana, deseo de honra, criterios mundanos, descontrol de pasiones, que es falta de mortificación (Gál 5,21 y 26). «Debéis despojaros del hombre viejo, que se corrompe según los deseos depravados del error» (Ef 4,22), sí, del error, porque «hay quien llama bien al mal, y mal al bien, que cambia las tinieblas en luz y la luz en tinieblas, que da lo amargo por dulce y lo dulce por amargo. ¡Ay de ellos!» (Is 5,20), dice el Señor. Vosotros «renovaos en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, el creado según Dios, en justicia y santidad verdadera» (Ef 4,23-24).

Es decir, que renovemos nuestra mente de pecado llevándola al espíritu del Hombre nuevo, Cristo nuestro Bien, que es adquirir su mente de santidad, la mente de santidad y justicia en la que fuimos creadas. En definitiva, que se trata de dejar

las costumbres del espíritu depravado del mundo para adquirir las costumbres santificadoras de Cristo, sus ejemplos sagrados de santidad, las virtudes de su divina humanización o encarnación de su divinidad en nuestra naturaleza, que para eso él las hizo visibles, tangibles, para que, imitándolas, recuperemos la imagen y semejanza divina que perdimos. Que imitemos su situación constante de humillación (su Kénosis), su prolongada actitud de obediencia hasta la muerte de Cruz. Su mucha oración de día y de noche. La unción de su espíritu filial. La honestidad de su porte que arrastraba tras de sí multitudes. Su ferviente religiosidad. Su observancia, con perfección, de la ley. Su mansedumbre. Sólo se airó ante la hipocresía y la violación del templo de su Padre. Su liberación de la materia o desprendimiento. Su santa conversación. Su predicación incansable de Dios. Sólo hablaba del Padre, del amor benigno que el Padre nos tiene, del amor que nos tiene él, del amor que nos debemos tener unos a otros, hasta el vaciamiento incluso de la propia vida, mucho más de las propias posiciones, criterios, seguridades, que no den la suma del amor. Porque el amor es Dios (1 Jn 4,8), es la humanización de Dios. Pero amor, amor divino, saturado de sobrenaturalidad, de santidad, que es la Verdad, según nos dijo él: «Por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17,19).

Eso es renovarnos hasta «alcanzar un conocimiento perfecto —conocimiento experimental—, según la imagen de nuestro Creador» (Col 3,10). Esto es lo que quiere nuestro Creador y Dios y nuestro Redentor, y miremos, hermanas queridas, con qué voces tan amorosas nos llama a esa conversión; nos dice: «Con amor eterno te he amado, por eso he reservado gracia para ti. Volveré a edificarte y serás reedificada, virgen de Israel, aún volverás a tener el adorno de tus adufes» (Jer 31,3-4), que es la gracia, abundancia en su vida divina. ¿Cabe más ternura? Pues esto no es nada para lo que nos ama. Nunca podremos comprenderlo en esta tierra por más conocimiento de él que lleguemos a alcanzar. Estamos tocando el abismo más profundo de su Ser divino, el del Amor, que coincide con su Esencia dulcísima. Nos ama con amor incalculable y eterno, no se olvida, ni olvidará nunca el primer amor con que nos creó, y por eso, por fidelidad a él y por fidelidad a nosotras nos llama

a la conversión: «Vuelve... no estará airado mi semblante... porque soy piadoso... tan sólo reconoce tu culpa» (Jer 3,12-13), nos dice estas palabras respondiendo a nuestro constante pecado. Sólo nos pide que lo reconozcamos. Y nos lo pide por lo que decíamos al principio, porque es ponernos en situación de que su gracia pueda actuar en nosotras, porque nos ponemos en la verdad, es decir, entramos en su ámbito de luz, que eso es la verdad, y estando donde él está, como es luz, aunque su misericordia, olvidando nuestro pecado, como suele hacerlo, nos llene de sus caricias y amor, no nos envaneceremos, que ese peligro tenemos cuando no estamos en Dios, cuando su luz no ilumina nuestro pobre ser de pecado.

Ya vemos que es por hacernos bien, por lo que quiere que reconozcamos nuestra «culpa», ¡tanto nos conoce!, y, ¡tanto nos ama! Nos ama tan verdaderamente, tan intenso y entero es su amor a nosotras, que así nos quiere también enteras para él, «porque Yahvé, tu Dios, es un fuego devorador, un Dios celoso» (Dt 4,24), nos dice. Por eso, todos los afectos a las cosas creadas que nos impiden vivir el amor puro de nuestro Dios, ser íntegramente de él, y para él, son ídolos ante él que deben desaparecer de nuestro corazón. Lo quiere entero. Nos conviene mucho saberlo. Y saberlo es ir entrando en el misterio de Dios, que es vida eterna. Es ir conociéndole, a donde llegamos por la renuncia firme del propio pecado, de la propia culpa. Sí, hermanas, todo lo que nos aparta de él son ídolos. Todo lo que nos aparta del amor de elección con que nos ha agraciado, que es de poder vivir con fidelidad nuestra vocación, son abominación ante sus ojos. Así nos lo dice: «Convertíos, alejaos de vuestros ídolos y de todas vuestras abominables prácticas... porque a todo aquel que se aleje de mí y meta sus ídolos en su corazón, teniendo así ante los ojos el incentivo de su culpa, volveré mi rostro contra él» (Éx 14,6-8). Así piensa y siente nuestro amado Señor y Dios. Y nos lo dice porque conoce nuestra dureza de corazón con él. Reflexionemos sobre ella.

d) *Dureza en la conversión*

La Biblia nos habla largamente de ello, porque no somos mejor que nuestros padres, aun después de haber venido Cristo a ablandarnos con su sangre. Dejémonos, pues, impresionar por las voces amorosas de nuestro Dios llamándonos a él. Escuchemos:

«Quitad de en medio de vosotros los ídolos... poned vuestro corazón en Yahvé y servirle a él solo» (1 Sam 7,3). Nos lo dice con tanta fuerza y repetidas veces porque ama, porque nos ama, porque confía en nuestro amor aun a pesar de nuestra dureza en responderle... ¡Oh Dios querido!, ¡qué acentos de dolor te arranca nuestro amor! y ¿por qué tanto, Dios amado?: «Volved... volved, hijos rebeldes, porque yo soy vuestro dueño». Ahora nos lo ha dicho ¡porque somos hijos!, «te tomaré y te conduciré a Sión» (Jer 3,14). A Sión, que es lugar de su morada, donde se vive su amor, su amistad, su intimidad, «allí buscarás a Yahvé, tu Dios, y le hallarás si le buscas con todo tu corazón» (Dt 4,29). ¿Puede darnos más su amor para ganar el nuestro? ¡Oh, Dios mío, como si tú lo necesitases! ¡Pero sí, sí, él necesita que tengamos felicidad para poder así calmar su amor a nosotras, hermanas!

Y deseando que sea duradera nuestra vuelta a él, nuestra conversión, nos dice con palabras de inmenso amor como queriendo retenernos junto a él: «¿Vas a olvidar a Yahvé, tu Creador?» (Is 51,13). «¿A la roca que te engendró, al Dios que te dio a luz?» (Dt 32,18). ¡Oh, ternura divina, amor que no merecemos! Y, ¿para qué quieres, Señor, tenernos tan cerca?, ¿para qué? ¿Cómo, si no, va a darnos sus gracias? «¿Cómo voy a contarte entre mis hijos —nos dice— y a darte un país de delicias, la heredad más preciosa de las naciones?» Y sigue diciéndonos: «Pensaba yo: "Me llamarás mi Padre y ya no te alejarás de mí". Mas como una mujer que traiciona a su amante, así me has traicionado a mí» (Jr 3,19-20).

Así ha sido, hermanas. Pero como su amor es eterno, ante nuestras pequeñas o grandes traiciones, él nos ofrece lo más inefable de su amor, que es su misericordia, para atraernos a él. Veamos:

e) *Misericordia de Dios, su bondad*

Después de lo que nos ha dicho anteriormente, ¿podría decirnos más esa Boca divina para atraernos a él, hermanas, para convencernos de cuánto nos quiere aunque nuestra inconstancia no ofrece fidelidad? Pues aún le quedan más acentos de amor y redención. «Si tú quieres volver» —nos dice estimulando nuestro amor, pero respetando nuestra libertad—, «si quieres... a mí es a quien has de volver; si quieres quitar de mi vista tus abominaciones, no andarás errante de acá para allá lejos de mí» (Jer 4,1). El Señor nos orienta; y, queriendo quitarnos el temor por nuestros pecados para acercarnos a él, nos dice: «He disipado como una nube tus delitos y como nublado tus pecados; vuélvete a mí, pues yo te he redimido» (Is 44,22). Ya vemos, hermanas, Dios olvida para siempre nuestra culpa. Sólo prevalece ante él nuestro pequeño amor, que aunque pequeño él lo ha hecho grande con su sangre. Lo ha hecho grande porque lo ha redimido con sangre de Dios, con fuego de su amor divino.

Si la causa de habernos alejado de Dios, de habernos enfriado en su amor y servicio ha sido alguna situación adversa que no hemos entendido, nos dice: «Quiere tu Dios probarte para ver si realmente amas a Yahvé tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma» (Dt 13,4). «Convertíos y practicad la justicia» (Tob 13,8). Quiere convencernos de que le estamos amando cuando amamos el bien, pues él es el Bien Sumo, aunque no lo entendamos, aunque le hayamos fallado, y las pruebas nos lo confirman. Siempre son para llamarnos a una mayor santidad. A una mayor intimidad, y así nos lo dice misericordiosamente. ¡Tanto desea nuestra vuelta a él, porque sabe los bienes que lleva consigo para nosotras nuestra entrega a él! «Si vuelves, yo te restableceré... ante mi presencia, y si descubres pensamientos elevados, apartados de lo vil, serás como mi boca» (Jer 15,19). ¡Dios mío!, después de oír esto de la boca del Señor, ¿qué nos queda desear en este mundo, hermanas?, ¿qué buscar?, ¿qué amar? ¡Nada, nada, sino a él, a él solo! Pero aún nos dice más su misericordia eterna: entonces «volverán ellos hacia ti y tú no tendrás que ir en su busca» (Jer 15,19). Volverán a nosotras los frutos del Espíritu, todos

los bienes de la gracia. Es la abundancia que nos trae la fidelidad a su amor eterno, por la fidelidad de su eterno amor y misericordia.

Bien puede decirnos su amor poderoso: ¿Qué más pude hacer por ti? «Con cadenas de amor te atraía» (Os 11,4). No esperemos a más, hermanas queridas, para entregarnos con toda el alma a su amor y servicio; para decidir con firmeza nuestra conversión. Que nada nos lo impida, ni la pereza, ni las falsas doctrinas, ni el recuerdo de nuestros pecados, ni el peso de nuestra miseria e inconstancia, nada, porque su bondad es inmensa y su amor para con nosotras es eterno. Y la llamada a la conversión nos la hace a cada una en particular conociéndonos como somos, ¡sin duda!, pues que a cada una nos ha llamado por nuestro nombre y sabe lo que somos. Así nos lo dice por su Palabra divina: «Estoy enamorado de Sión con un amor celoso y una gran cólera se enciende en mí a favor suyo. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios en fidelidad y justicia» (Zac 8,2-8). ¿Es que, porque nosotras seamos frías, hielos en el amor, por eso vamos a hacer mentiroso a Dios no creyéndole que nos ama tan ardientemente y que cree en nuestro amor? Él vuelve a repetirnos su Palabra: «A los que se arrepienten les concede retornar y consuela a los desesperanzados» (Eclo 17,24). Y lo hace por muchos pecados que tengamos: «Y si el impío se convierte de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptos y hace lo que es justo y recto, vivirá, sin duda, no morirá. Ninguno de los pecados cometidos le será recordado» (Ez 18,21-23). ¡Esto nos lo dice Dios! ¿Qué más puede decirnos para que fructifique en nuestro corazón una profunda y verdadera conversión? ¿Pueden decirnos más sus entrañas amorosas, hermanas, para que nos decidamos de corazón a subir el Monte de la Pureza de María, que regenerará nuestro ser?

f) *Vuelta a Dios*

Toda la consideración o toma de conciencia que hemos hecho de nuestro ser de pecado, por grande que sea, queda superabundantemente superada por el amor divino y su mise-

ricordia. No, no hemos de olvidar nuestro ser de pecado que nos mantendrá en la humildad, pero sí hemos de conocer y reconocer cómo es Dios, y sus sentimientos con los pecadores, para más agradecerle y amarle. Pues en su Hijo Jesús, el Padre ha dejado aún venas más desbordantes de amor y misericordia para que nos las revelara. Es amigo de los débiles, de los que volvemos a pecar después de nuestros buenos propósitos, una y otra vez, porque, «no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9,10-12), nos dice.

¡Qué imagen tan majestuosa y entrañable da aquí Jesús de su Ser y misión! ¡Su Ser!: misericordia, amor. ¡Su misión!: buscar y amar al pecador. (Mc 2,13-17). ¿Qué le importa nuestro pecado para amarnos? ¡Él es superior al pecado!, y así se manifiesta. Y por eso no necesita escoger a santos para hacerlos seguidores suyos. Sabe él que tiene suficiente fuerza para transformarnos, para santificar al mayor pecador cuando hay sinceridad de corazón. Él mira nuestros corazones, hermanas, y con ellos cuenta y trabaja. ¡Oh, misericordia inefable de Dios!, ¿por qué no confiar más en ti, por qué no creer más en tu amor? Así como nosotras buscamos y tendemos a Dios desde nuestra creación, y más cuanto más nos asista su gracia como lo imperfecto tiende hacia lo perfecto, ya lo sabéis y os lo he recordado más veces, así su amor y misericordia tiende hacia nuestra miseria y debilidad; tiende hacia todos los que estamos necesitados de su amor y misericordia. Su santidad hacia nuestra imperfección para perfeccionarla. Su misericordia hacia nuestro pecado para consumirlo. Por eso nos busca con toda la fuerza de su amor llamándonos a la conversión, y por eso sacó de su Corazón para aliento nuestro estas palabras: «No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos. Misericordia quiero y no sacrificio» (Mt 9,10-12). Todo su ser es misericordia para nosotras, ¡porque todo entero lo entregó al sacrificio para obtenernos la alegría y la paz del perdón! ¡Volvamos, pues, a él!

Y a propósito de la alegría. ¿Cuándo en la Biblia se nos habla de la alegría de Dios, de que Dios tiene alegría? Sin duda cuando comprueba la fidelidad del justo, pero mucho más cuando vuelven a él los pecadores: «Os digo de verdad —nos dice Jesús— que tiene más alegría por la oveja hallada que por las noventa y nueve no descarriadas» (Mt 18,12-14).

¿Y la parábola del hijo pródigo qué nos dice? «¡Oh, Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones!» (Éx 34,6). Éste es el Padre, el Dios que nos llama a la conversión, que nos pide que volvamos a él. ¡Así es él! ¿Será posible que le dejemos, que rechacemos su amor porque nos cueste renunciar a cuanto nos aleja de él? ¡No, hermanas!, no, que para esto nacimos, y para esto vinimos al Monasterio, para «amarle sobre todas las cosas». «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia» —que tan abundantemente se nos ofrece— «a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia» (Heb 14,16). Acerquémonos, volviendo a Él de corazón.

Acerquémonos a Dios, sí, «acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros» —nos dice por Santiago—, «lavaos las manos, pecadores, y purificad vuestros corazones, gentes de alma doble; reconoced vuestra miseria; llorad y clamad; tórnese en llanto vuestra risa, y vuestra alegría en tristeza. Humillaos en la presencia del Señor. Él os ensalzará» (Sant 4,8-10). ¿Qué cosa mejor podemos hacer que, olvidando y dejando atrás todo lo que puede ocupar nuestro corazón y separarnos de él, arrojarnos confiada, decidida y definitivamente en los brazos de nuestro Redentor, de nuestro Creador y Padre, para vivir sólo de su amor? ¡Hagámoslo así, hermanas queridas, tantas veces cuantas nuestra debilidad e infidelidad nos aparten de su amor, de su seguimiento fiel y generoso!

g) *Conversión sincera*

Y, ¿cómo haremos bien la conversión, esta conversión tan deseada? ¿Cómo la haremos, hermanas mías, para que tenga de verdad eficacia, para que sea duradera? Jesús mismo se nos hace modelo para ello exponiéndonos con su actuación las disposiciones que hemos de tener. Veámosle acercándose a Juan Bautista como un pecador más, para que le bautice (Mt 3,13-15). Ésta es la primera disposición, la humildad. La humildad que trae el reconocimiento del pecado, más si es públicamente. Es el fin que pretendía el Bautismo de Juan, despertar la conciencia de su pecado al pueblo para excitar el

cambio, preparar la conversión, su conversión hacia el Cordero de Dios que traía la novedad evangélica. Y Jesús, que era el Cordero que santificaba, se hizo pasar por uno de ellos, por pecador.

¿No vemos cómo esta actuación sintoniza con la de su descenso del Padre para encarnarse en María, nuestra Madre? ¡Su vida fue una consecuencia o coherencia continuada, prolongada, desde su decisión de encarnarse, de hacerse hombre, hasta su sepultura! ¿Nosotras somos coherentes con nuestra conciencia de pecado, pues sabemos que indudablemente los tenemos? ¿Hacemos lo posible por salir de él? Miremos lo que Jesús hizo por liberarnos de él; Jesús hizo, diríamos, lo imposible. ¿Qué hacemos nosotras? ¡No lo tomemos a risa, como cosa sin importancia, no, que miremos cómo lo tomó él! ¿Puede haber mayor autenticidad en el hecho y mayor sinrazón por su santidad que ésta de mezclarse con los pecadores apareciendo como uno de ellos, dejándose bautizar, mejor, pidiendo el bautismo como un pecador más? ¿No habría estado mejor que él hubiera aparecido, se hubiera manifestado a los hombres como lo que era, como el Santo que quita el pecado del mundo? Pero no, no había ninguna sinrazón en su mente de santidad aparecer como pecador, para así, con esa humildad, destruir el pecado, derrotar la soberbia que produjo el mismo pecado; no hubo sinrazón sino consecuencia de ser santidad, es decir, ejercicio de virtud. Tomemos nota, hermanas, si Cristo para redimirnos del pecado se mezcló con los pecadores y sabía lo que hacía, pues lo dijo: «¡Déjame ahora, pues conviene que se cumpla así toda justicia!» (Mt 3,15), ¿qué tenemos que hacer nosotras, que llevamos encima la carga de nuestro pecado? ¡Humillarnos!, y dejándonos llevar por el espíritu de Cristo, no ocultar nuestra realidad pecadora ni ante Dios ni ante los demás. Sí, hermanas, presentemos ante Dios y ante los hermanos un corazón humilde, y vayamos al Sacramento de la Penitencia a confesar nuestro pecado. Recordemos: «Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría» (Sal 50,8). ¿Qué mejor sabiduría y qué mejor justicia que la verdad? ¿Y qué fuerza mayor que ésta para quedar purificadas y hacer la conversión con *sinceridad* ante Dios?

Segundo. Después de la humillación, es cuando apareció la luz del Espíritu y sus frutos. «En el momento que salía Jesús del agua vio los cielos abiertos y al Espíritu Santo como una paloma bajando sobre éI y sonó una voz de los cielos: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me complazco». Al punto, el Espíritu lo empujó al desierto» (Mc 1,10-12). ¡Oh, voz amada del Padre proclamando la santidad del Hijo, a cuya imagen nos creó! ¡Así, hermanas, así, en la santidad, que es donde brilla la verdad y fuerza de Dios, seremos amadas por él y entraremos en las vías del Espíritu! Como nos enseñó Jesús. Después de esto y consecuentemente, el Espíritu Santo le empujó al desierto, a la oración, a la penitencia, a la lucha contra el mal para someterlo con el océano de su santidad, de su energía divina que transformó la creación y puso los fundamentos del hombre de fe. Sobre los bienes materiales estarían los sobrenaturales: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,4). Sobre la vacuidad de los honores y sensacionalismos prevalecería la sencillez de lo cotidiano: «No tentarás al Señor tu Dios» (Mt 4,7). Y sobre la ambición de gloria, riqueza y poder se alzaría el gesto humilde de la adoración: «Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto» (Mt 4,10).

Por aquí vamos, hermanas, al hacer nuestra conversión. Por aquí nos llama Jesús una vez más. Por aquí es el camino, porque el Camino es él, y lo encontraremos en el desierto, en la soledad y oración y penitencia a donde le llevó a él el Espíritu.

Porque el Espíritu Santo a estas cosas impulsa, repito, todas de orden santificador, no a otras. Para Jesús fue la preparación que se le exigía para comenzar a evangelizarnos al Padre, es decir, enseñarnos el camino de regreso al Padre, que es interiorización del hombre en el espíritu de santidad, que es el suyo mismo, que es vida de amor al Padre y a los hermanos. ¿Cómo, pues, vamos a hacer ahora nuestro regreso al Padre, nuestra conversión, si no es asumiendo este mismo espíritu? Sólo por este camino podrá ser auténtica nuestra conversión, es decir, el cambio de mente, a fin de poder creer en el Evangelio o novedad de Cristo. Y que es novedad lo proclamó Jesús mismo. Después de que regresó del desierto comenzó a

anunciar el reino de Dios diciendo: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,15). Y es que, para creer en el Evangelio necesitamos de verdad entrar en el Reino de lo nuevo, «nacer de nuevo» (Jn 3,3). Por esto necesitamos tanta oración y purificación o limpieza espiritual que es la disposición imprescindible para darnos de cara con el espíritu de Dios.

Nosotras concepcionistas, ese «arrepentíos y creed en el evangelio» lo tenemos que llevar grabado en el corazón. Es el eco constante del Esposo que nos conduce al espíritu de la nueva creación donde florece el amor y la paz que recogen nuestros Estatutos. Tenemos que entender muy a fondo nosotras y toda alma que no basta sólo creer en Dios y haber recibido el bautismo. Que, aunque el bautismo nos contacte de nuevo con el Padre, nos devuelva su amistad, es necesario el cambio de mente para creer en el evangelio. Es decir, pasar de la mente de pecado a la fe en el evangelio y sus obras, que es la santidad. Porque el evangelio creído como Cristo el Esposo lo exige aquí, es la fe que cambia nuestra mente, nuestro modo de pensar en su modo de pensar, nuestro modo de amar en el suyo. Que valora lo que él valora, todos los bienes del Espíritu, repito, todo lo que libera al hombre del egoísmo, del pecado; todo lo que le diviniza y le hace ser, en una palabra, lo que es en su raíz: imagen viviente de Dios.

Para los judíos que ya tenían fe en el Dios verdadero, esto era una novedad, y así la predicaba Jesús. Para nosotras es también novedad. No lo dudemos.

La novedad de arrepentirnos de nuestra situación contraria al evangelio. Arrepentirnos, desecharla, alejarnos de ella. Arrepentirnos o lamentarnos de estar esclavizadas a ella, a ese apego a las cosas creadas; a esa situación de comodidad o egoísmo, arrepentirnos y preparar así nuestro corazón para que entre en lo nuevo, en la pureza del evangelio. Esta profundidad tiene la palabra «arrepentíos» que nos pide aquí Cristo para «creer», para entrar en su espíritu. Es disposición para el cambio de postura, conversión interior de todo nuestro ser hacia una nueva realidad, la que nos ofrece el Evangelio para adentrarnos de lleno en el Reino de Dios o misterio de la santidad original de María, que nos hace retornar al beso de la Boca del Padre

que nos dio a luz (Dt 32,6), a la santidad de nuestro origen. ¡Amemos el cambio hacia lo «nuevo» y trabajemos por conseguirlo, para que sea sincera y adecuada al espíritu de Dios nuestra conversión!

h) *Avanzar en la conversión*

Y entendamos, hermanas, que haber conseguido la disposición anterior en nuestra conversión es sólo punto de partida para comenzar a vivirla, porque convertirnos es «pasar del dominio de las tinieblas —que dice san Pablo— al de su Hijo querido» (Col 1,13). Es empezar a creer que lo que el mundo de las tinieblas tiene por malo es bueno, invertir valores. Creer que mandar es servir; que a los enemigos se les ama y se reza por ellos; que se vence el mal con el bien; que es mejor la pobreza que la riqueza, mejor el trabajo, la renuncia, la ascesis que el descanso; mejor obedecer que hacer la propia voluntad; mejor la austeridad que la satisfacción de sentidos propios. Es, en fin, la conversión efectiva a la mente de Cristo como la vivieron los apóstoles y la predicaron, y que fue la que cristianizó al mundo.

Es, pues, hermanas mías queridas, poner mucho cuidado y atención en guardar y cuidar «nuestra viña», para que dé los frutos que espera y desea el Esposo. Es guardar nuestro corazón y nuestra mente de toda influencia del mal, purificarlo, sanarlo, renovarlo en el espíritu evangélico, de modo que sus frutos nos lleven hasta la cumbre del Monte de la Concepción, que nos haga penetrar gozosamente en el misterio de la santidad original de nuestra Madre y Reina, nos libere de toda violencia y nos haga llegar hasta el amor perfecto. Y esto, sin miedo, *pase lo que pase*. Así como nos dice san Pedro: «Habiendo Cristo padecido en la carne, armaos también vosotros de este mismo pensamiento: el que ha crucificado su carne ha roto con el pecado, para vivir ya el tiempo que le quede en la carne, no según las pasiones humanas, sino según la voluntad de Dios. Ya es bastante el tiempo que habéis pasado obrando conforme al querer de los paganos, viviendo en desenfrenos, liviandades... Extrañados ahora de que ya no os mezcláis con ellos en ese

desbordamiento de inmoralidad, os insultan. De todo darán cuenta al que está pronto para el juicio de vivos y muertos. Para esto precisamente fue anunciada la Buena Nueva a los muertos, para que los encadenados en la carne vivan según Dios en el espíritu» (1 Pe 4,1-6).

Avancemos así en la conversión, hermanas mías. Respondamos al amor inmenso del Padre, a esas voces divinas, a esa llamada a la conversión con amor e integridad. Que el amor, los dolores y la sangre de nuestro Esposo Cristo Jesús nos haga fuerza, nos haga sentirnos urgidas a dejarlo todo. A dejar lo que no nos vale, por lo que es nuestra vida, que es su intimidad divina. No dudemos en dejar todo lo que halaga a la naturaleza humana, las propias satisfacciones que enfrían nuestro amor, la honra, el deseo de la propia estima, el descanso, y busquemos en su lugar vivir las virtudes del Esposo: su humildad, su entrega, su silencio, su bondad y obediencia, su inmolación.

i) *Modelos de conversión*

Ejemplar de cambio de conducta o conversión auténtica al evangelio fue Zaqueo, que dio más de lo que exigía la justicia en respuesta (Lc 19,1-10) y por eso pudo decir Jesús: «Hoy entró la salvación en esta casa». Y la de la pecadora, que no dudó en confesar públicamente su pecado y llorarlo manifestando así su conversión, y pudo oír a Jesús: «Tu fe te ha salvado, vete en paz» (Lc 7,36-50). Impresiona oír a Jesús cuando dice: «En verdad, en verdad os digo que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el Reino de Dios» (Mt 21,28-32). ¿Qué motivó a decir estas palabras a Jesús? La inconsecuencia del que dice que sí y luego no lo hace (Mt 21,30), porque para Jesús el que se convierte es el que tiene obras (Mt 7,21-27), y éstas nacen de una sincera conversión, y la conversión viene de un hondo arrepentimiento, y el arrepentimiento viene del reconocimiento sincero del propio pecado. Aquí está la clave. Por ello es tan importante entrar a fondo en el «conocimiento» y «reconocimiento» de la propia culpa y miseria, porque es el que provocará el «arre-

pentimiento» y la «conversión». Y poner al lado lo que padeció Cristo, que tan hondo dolor y quebranto bien nos habla de la fealdad y maldad del pecado y del amor y bondad de nuestro Dios; y de cómo desea nuestra conversión.

Y mucho nos ayudará para abrigar debidamente en nuestra alma la gracia de la conversión hacer desierto efectivo. Desierto para ahondar más en la oración y en el espíritu de penitencia. Como modelo, Jesús mismo nos acerca la figura de Juan el Bautista, el Precursor que vivía en el desierto, «vestía con pelo de camello y se alimentaba de langostas y miel silvestre» (Mt 3,4). Él era la «Voz que gritaba en el desierto: Preparad el camino del Señor. Enderezad sus sendas» (Mc 1,2-3).

Nos parecerá una voz que hiere nuestra sensibilidad, quizá excesivamente exigente, pero, no, hermanas, no es así. Sino que en san Juan debemos ver cómo han de estar los que andan con el Señor. Despojados de lo terreno, macerado su cuerpo por la ascesis cristiana, en tensión su espíritu por el celo santo de Dios, clamando en su alma la presencia del Señor para saciarse de ella y después darla a los demás, y en profunda humildad.

Estos son los caminos del Señor y han de ser los nuestros si queremos encontrarnos con él. Y si no, mirémoslo en Dios mismo. Miremos cuál fue el camino que recorrió Jesús para encontrarse con el hombre: «se despojó de su rango divino y escogió la humildad para vivir como hombre, escogió el desprendimiento, el sacrificio, la obediencia, la fidelidad, el amor hasta la muerte de cruz», repetimos (Flp 2,5-7). ¿Cómo ha de ser, pues, nuestro camino para encontrarnos con Dios? El del «despojo» de nuestro pecado, el de la obediencia o dependencia de Dios, el del celo ferviente por su causa, el del amor y la paciencia, el de la humildad y austeridad, el del desprendimiento, siendo activos en la caridad y en la oración. ¿Verdad que sólo es éste el camino que puede coincidir con el del Señor y unirse al suyo? Sólo que Dios se despoja de su rango divino para hacerse hombre, y nosotras hemos de despojarnos de nuestro desorden para recuperar nuestra imagen y semejanza de Dios.

Y no olvidemos, hermanas, que este camino se prepara con el espíritu de desierto. Espíritu de silencio, de fe, de oración,

que santifica y se abre al de Dios, el cual obró las grandes cosas en silencio. Espíritu que nos libera del pecado, que nos purifica y santifica. Espíritu del que decía san Juan: «Yo... os bautizo en agua para que os arrepintáis, mas el que viene detrás de mí... os bautizará con Espíritu Santo y fuego. Tiene en su mano el bieldo, limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja con fuego inextinguible» (Mt 3,11-12).

Por eso, hermanas, este sentido tenemos que dar a nuestra conversión. Dios tiene celo santo por nuestra santificación, y nos bautiza con Espíritu Santo y fuego. Fuego que consuma tantos defectos e infidelidades; tantas veredas o intenciones torcidas para enderezarlas; tantos montes elevados, soberbia o vanidad, para allanarlos; tantos barrancos, falta de generosidad o decisión, para rellenarlos de amor; tantos caminos tortuosos, tendencias al mal, pasiones y amor propio, para enderezarlos; tanta escabrosidad, nuestro egoísmo y temperamento abrupto, para allanarla. Todo esto hace el Espíritu santificador y purificador de Dios para que sus caminos y los nuestros se unan, porque es desde donde todo hombre verá la salvación de Dios (Lc 3,4-6). Así, cuando las contradicciones, las incomprensiones o desengaños, golpeen nuestro corazón, no nos entregaremos al desaliento, al contrario, abriremos el oído de nuestra alma; esas contradicciones o contrariedades, ese acontecimiento que nos ha conmovido y nos ha sacado de nuestra vida habitual, es el mensajero que el fuego del Espíritu nos envía para preparar su camino en nuestra alma.

Aprovechemos esta gracia de purificación que nos hace ver las cosas con más claridad, según la verdad de Dios. Aprovechemos este acercamiento de Dios a nuestra alma para allegarnos más a él. Acojamos este toque divino con amor, y, si necesario fuese, vayámonos a la soledad para gestarlo mejor. Sabéis que nosotras podemos hacerlo como puntualizan nuestras Constituciones y Estatutos, retirándonos a las ermitas, como lo hacían nuestros Padres del desierto.

Y allí, en soledad, reconoceremos la voz que grita en el desierto de nuestra alma, en ese desierto que se ha hecho al llegar el mensajero divino, que nos hace descubrir la aridez de los valores pasajeros, la amargura del fracaso, la insinceridad

de las criaturas o la inestabilidad de la vida, vientos todos que han secado ilusiones sin consistencia en nuestra alma, por pura gracia de Dios. Entonces abrámonos al Espíritu porque viene el Esposo a sanarnos, a convertir nuestra alma en vergel, en lugar de su presencia. Así nos lo dice por el Profeta: «Venid, volvamos a Yahvé: él ha desgarrado, él nos curará; él ha herido, él nos vendará. En dos días nos dará la vida y el tercero nos levantará y en su presencia viviremos. Aprenderemos a conocer a Yahvé. Es cierta como la aurora su venida» (Os 6,1-3).

j) *Después de la conversión*

Y después de la conversión, hermanas, del paso del egoísmo al amor, ¿qué nos ayudará a mantenernos en él? La constancia, la oración, la humildad, el desierto, son las mejores fuerzas de que disponemos para acrecentar el fervor de la conversión y nuestro amor, para aprovechar nuevos fermentos de conversión que nos alleguen más y más a Dios para cumplir nuestra gran misión en la Iglesia de aportar energía espiritual, santidad, que haga crecer a la misma en amor y caridad cristiana.

Oración, digo, para mantener una conversión sincera, duradera, en el espíritu del Hombre nuevo, Cristo, que recoge nuestra espiritualidad concepcionista. Conversión que genere una entrega sincera, abierta, total, a la gracia, que facilite la entrada de Cristo en el alma hasta la total transformación en él. Así, como nos lo dice el Señor por el Profeta: «Convertíos a mí y yo me volveré a vosotros» (Zac 1,3).

Desierto para gestar esta divina Palabra, que siempre trae la presencia divina consigo y la apertura a la gracia. Que siempre nos pone cara a Dios para abrirnos con júbilo a su acción. Sí, hermanas, la apertura a la Palabra de Dios debe crear en nuestro interior la disponibilidad a su gracia, coherente, firme. Él nos ha dicho: «Convertíos y me convertiré a vosotros». Convertirse él a nosotras equivale a dejarnos regenerar por el nuevo Adán. Dejar que la Palabra divina nos invada, nos penetre, quede dentro de nosotras para establecer el diálogo transformador. Para descubrirle día a día y cada vez con más

hondura. Para que su presencia se haga más firme y vital en nuestro corazón.

Cristo es el motor de nuestra existencia y de nuestra configuración. Alfa y Omega de nuestra conversión, porque es la Palabra de Dios la que nos transforma y configura, y esa Palabra es él. Por eso debe quedar dentro de nosotras para contemplarla, para asimilarla, para vivirla y transparentarla en nuestro comportamiento. Contemplarla para dejarnos transformar por ella en el desierto y en el ejercicio del amor que hemos escogido y acogido, y que es lo que le deja sitio para hablarnos, para «convertirse a nosotras» y hacer el cambio de nuestra mente a la suya.

¡El desierto! ¡Cuánto le gusta al Señor! ¿Qué tendrá para él? Porque miremos, hermanas, qué «soporte» se escogió para abrirse paso en su evangelización, vuelvo a repetir, a «un hombre que habitaba en el desierto, que se alimentaba de langosta y miel silvestre...». Todo adecuado para preparar al Pueblo al descubrimiento del gran mensaje que traía consigo la Palabra del Cordero de Dios todo espíritu y fuego. Y para que ahora nosotras nos rindamos a la evidencia de su modo de ser, amante de la oración, del desierto, y lo acojamos tal cual es, y lo dejemos dentro de nosotras sabiendo sus gustos, su hondura divina, que exige silencio para captarla, saborearla, y asimilar su energía.

Y la humildad, otra virtud que nos mantendrá en el espíritu de conversión con fervor e impedirá que seamos arrastradas por la común tentación que suele sorprendernos después de la conversión: la tentación de creernos mejores que los demás, que da al traste con nuestra conversión.

Regresamos a la perícopa del ciego de Betsaida para aprender la lección que al respecto nos da nuestro divino Maestro. Recordemos que, después de sacar de la ciudad al ciego y de ponerle saliva en sus ojos, Jesús le preguntó: «¿Ves algo?». El ciego le dijo que veía a los hombres como árboles.

¿Veis, hermanas? Aunque estemos en las vías del Señor por nuestra conversión, no tenemos aún la mirada del espíritu purificada, limpia, no estamos capacitadas para juzgar las cosas espirituales como son. No. Aún las vemos impropiamente, desfiguradas por no tener aún la mente sanada, purificada. No

estamos, por tanto, capacitadas para juzgar ni para juzgarnos. Porque no podemos ver la forma verdadera de las cosas. Como le sucedía al ciego, que veía a los hombres como árboles.

Ni tampoco vemos, por supuesto, nuestros propios defectos, y así nos parece que ya estamos casi al final de la meta de la santidad, nos creemos ricas espiritualmente por pequeñas experiencias que hayamos tenido de Dios. Siendo así que aún no tenemos virtudes, sino los santos efectos de habernos puesto Jesús saliva divina en los ojos de nuestra alma, que es decir, de habernos dado la gracia de la conversión. Y así, aún no entendemos ¡tantas cosas del Espíritu que actúa en nosotras, en los demás!, ¡en la Iglesia!; pero, en cambio, sí nos queda todavía muy viva la energía del *desorden* con el consiguiente peligro de sentirnos capacitadas para exigir a los demás, aun para enseñar.

No es éste el camino a seguir, que nos llevaría, repito, al fracaso; sino que es necesario, en cambio, humildad, mucha humildad para saber guardar silencio y recogimiento. Sí, mucho recogimiento interior para gestar la semilla de la conversión en el alma. Mucha oración, ejercicio de virtudes fundamentadas en la gracia divina, no en nuestras fuerzas, mucha confianza en el Dios que nos llama, a fin de alcanzar la segunda conversión, que vendrá, si somos constantes. Si seguimos esperando «la salvación de Dios». Entonces Jesús, sí, nos pondrá de nuevo las manos, como al ciego. Y como el ciego recobraremos la vista, y veremos la luz de Dios, la luz de la verdad, la luz de la santidad. Y nos envolverá la paz, el gozo del Señor, su amor y amistad. Y entraremos en la madurez del espíritu, en la liberación total de la violencia y del pecado, al menos con el afecto.

Para estabilizar esta fuerza espiritual en nuestro espíritu necesitamos el bautismo de fuego que es el del Amor, que infunde Cristo en quien se entrega con firme voluntad al cambio, conversión, purificación y transformación.

Bautismo de fuego, que es bautismo de amor, que consume cuanto no es santidad en nosotras, hermanas. Fuego purificador, que quema nuestra carne pecadora, y nos transforma desde dentro. Desde donde está él. Sí, Jesús nos purificará porque

es santidad en esencia, tan contrario a nuestro ser de pecado que él busca con afán cambiar.

Jesús, igual que el Espíritu Santo, tiene la fuerza de la santidad, como nosotras tenemos la del pecado. La de él, como es más fuerte, acabará consumiendo nuestras obras vanas y pecaminosas en ese fuego suyo inextingible que es su Amor, repito, si le dejamos. Y para dejarle necesitamos ejercitar con fuerza la primera disposición que hemos mencionado en este apartado, que es la constancia, la perseverancia continuada en nuestra sincera conversión. Pero, como es tan importante esta disposición, le concedemos un nuevo apartado.

k) *Perseverancia en la conversión*

Supuesto nuestro deseo sincero de ser de Dios, dejemos, hermanas, a Jesús que violente con sus exigencias nuestra realidad pecadora. Dejémosle. Consecuentemente, aceptemos el despegue del pecado y de toda violencia que exige la fidelidad a Amor tan grande. Admitamos ¡tantas renuncias! que hemos de hacer, aunque cueste a nuestra sensibilidad humana. Sí, hermanas, ¡cuánto nos cuesta salir de nosotras mismas, cuánto nos cuesta permitir que quede Cristo dentro de nuestro corazón como Rey Esposo! ¡Cuánto cuesta negarnos! Pero Cristo, el Redentor, es así. Su amor es fuego inextinguible, porque es eterno en duración y en intensidad. Tan intenso, que si arrecia puede hacer sucumbir el cuerpo, morir de puro amor, o dolor de los pecados. Hemos de saberlo, hermanas, para corresponderle. Su «seno» divino es el «granero» donde quemará nuestros pecados e infidelidades si le dejamos. Y para consuelo nuestro, ahí, en ese «granero» divino, nos recogerá al final de la vida. Y no sólo al final de nuestra vida, sino que ahí recoge todas las obras que vamos haciendo, por mínimas que sean. No se pierde ninguna, aunque sea tan pequeña como un grano de trigo.

Pues ese fuego inextinguible, que es nuestro Esposo y Redentor, nos exige «cumplir toda justicia» para limpiarnos del pecado, como lo hizo él, que no lo tenía. Él lo hizo bautizándose. Nosotras hemos de hacerlo mediante la perseverancia

en nuestra conversión hasta que arranque todo nuestro desorden y violencia. Esto es imitarle, despegarnos del pecado y hacer verdadera la «conversión», dejar el camino abierto para la transformación. Vuelvo a repetirlo porque es muy importante esto. Si Jesús fue delante y se dejó bautizar por Juan, como un pecador, fue para que los llamados a «conversión» lo hagamos, «pues conviene que se cumpla así toda justicia» (Mt 3,13-17). Ya hemos visto que Juan se lo quería impedir porque era un bautismo para pecadores, para prepararles a la venida del Reino de Dios que venía con el Mesías, y no lo permitió. El primero que acogió ese Reino con el ejemplo para enseñarnos a acogerlo, y se preparó para ello, fue Jesús. Nos abrió el camino, él el primero. Le estamos copiando, pues, afianzando nuestra conversión y confirmándola con la confesión de los propios pecados en el Sacramento de la reconciliación.

Después de la confesión sincera, que siempre es fruto de una conversión profunda, no temamos, hermanas, la reacción del enemigo de la santidad, Satanás, que sólo puede tanto cuanto nosotras le permitamos, y que viene con sus acostumbradas tentaciones a turbarnos. Vendrá, ciertamente, a enfriar nuestra vuelta al Señor, tratando con sus sugestivos embustes de enturbiar la luminosa obra que el Espíritu Santo ha hecho en nuestra alma con la gracia de la conversión. Sagaz como es, no pierde la ocasión. Sabe que inmediatamente después de la conversión encuentra abonado el terreno de nuestra alma para tentarnos. Aún sin raíces en la perfección nuestra vida espiritual, desalojadas de lo que teníamos: gustos, descanso, honores y demás, sin todavía tocar los frutos de la conversión, ve que es fácil hacernos caer en el desaliento con el recuerdo de lo dejado y el espinoso panorama del futuro, que nos lo presenta más duro de lo que es. Pero no temamos. Sería funesto. Jesús nos ofrece la victoria que él nos ganó (Mt 4,1-11). Sólo quiere que peleemos generosamente como él. Que desestimemos las propuestas del «mentiroso» como él las desestimó. Sabemos que la verdad está en lo contrario que nos propone. Y que nos acojamos a la oración y a la austeridad como él lo hizo, porque es el medio cierto de someter las tentaciones y de perseverar en la conversión. Porque en la

oración pierde fuerza la tentación, la aridez, el desaliento, la aparente ausencia de Dios que produce la misma tentación.

Por ello, reflexión de las tentaciones de Jesús, que aclararán las nuestras dándonos serenidad y objetividad en las mismas. Y, con la victoria, sus ángeles se acercarán a nosotras para regalarnos con la paz y el amor del mismo Señor.

Y hemos de saber, hermanas, que necesitamos ser tentadas al principio de toda conversión, porque así se reafirma nuestra voluntad en la entrega al Señor. Los propósitos santos son bienes espirituales que se afianzan con esfuerzos espirituales. Y por eso Dios permite las tentaciones. Para que crezca la virtud, cuando es sincera nuestra conversión. No sea que tenga que decirnos Jesús después de tantas llamadas de amor: «Y con todo esto, no has vuelto a mí de todo corazón sino mentidamente» (Jer 3,10). Hasta al detalle debemos llevar nuestra conversión, hermanas queridas, para que pueda llegar a la transformación total en Cristo, que es lo que él desea y para lo que nos llama. Hasta que lleguemos a hacernos un espíritu con él, un amor con él, una vida con él.

Un efecto que debe producir la sincera conversión en nosotras concepcionistas, además del ejercicio de virtudes, es una más acentuada imitación de María para vivir como Ella nuestra disposición o conciencia de redimidas, que, si lo *hemos* recibido todo, todo lo *debemos,* y nada debemos exigir, sino darlo todo, gozándonos en reproducir su actitud de sierva diciendo con ella al Señor en todo momento: «He aquí vuestra esclava, Dios mío». Y la caridad, como Jesús, tan santo como divino y humano que no se desdeñaba en tratar y comer con los pecadores (Mc 2,15-17). Ser amigas de los humildes, acordándonos de la paciencia y el amor que nuestro divino Esposo ha tenido y tiene con nosotras. Y la perseverancia en el camino emprendido. Después de la conversión, el hombre nuevo es contrario al mundo. Nos vuelve a repetir la divina Palabra: «No améis al mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Jn 2,15). «Digo pues: andad en Espíritu, y no satisfagáis el deseo de la carne. Porque la carne lucha contra el espíritu, y el espíritu contra la carne» (Gál 5,16-17). Sí, hermanas. ¡Cuán cierto es que toda satisfacción de la carne hace crecer el propio egoísmo! Porque el

egoísmo se alimenta del egoísmo, es decir, de la vida sensual desordenada. Y mal irá por ahí nuestra vida en Dios. Esto, y dejar toda situación pecaminosa. ¡Toda! «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice... Al vencedor le daré el maná escondido, y una piedra blanca, y en la piedra escribiré un nombre nuevo, que sólo conoce el que la recibe» (Ap 2,12-17). Ese nombre nuevo lo escribirá nuestra constancia, hermanas, a la fidelidad del Esposo, que no fallará.

No olvidemos tampoco, hermanas queridas, que nuestra conversión tiende a la purificación de nuestro corazón, de nuestro amor; que «Dios mira nuestro corazón, no las apariencias» (1 Sam 16,6-7). Miremos, por tanto, cómo nos interesa tener el corazón puro y humilde ante él, no las apariencias sólo, que es cosa abominable ante Dios. A quien tenemos que agradar es a nuestro Redentor, hermanas, no a las criaturas. Sólo Dios es el que nos tiene que salvar, el que ha de ver y juzgar si vivimos bien nuestra vocación, la respuesta a su elección amorosa. ¿Qué importa el juicio de las criaturas? El hombre juzga por las apariencias. ¡Juicio falso! ¡Dios, el corazón!

Y por último hay que salvar un escollo para que la gracia de la conversión no se estanque, o se pierda. Nos avisa de él el mismo Señor: «No digas: «Pequé, y ¿qué me ha sucedido?», porque el Señor es paciente. Aun del pecado expiado no estés sin temor añadiendo pecado sobre pecado» (Eclo 5,4-5). No juegues. No es amedrentar, es Dios mismo quien nos habla. Dios toma muy en serio nuestra santificación, porque le va mucho en ello. Teníamos que entender su amor inmenso a nosotras y los bienes inconmensurables que perdemos para que comprendiéramos a Dios. Él tiene designios de amor e intimidad inefable con nosotras. Mirad, hermanas, desde que pecó el primer hombre, desde entonces, Dios nos ama con amor redentor, con ternura, y con tal fuerza, que este amor no le dejó sosegar hasta que nos entregó a su mismo Hijo para nuestra salvación. Pues bien, este amor redentor suyo quiere compartirlo con nosotras, es parte de nuestro carisma, que recogen nuestros Estatutos cuando nos dicen que nuestra espiritualidad no es sólo liberadora sino también redentora. Por esto, por esto quiere él con tanto interés que hagamos una conversión sincera a él y total, porque quiere darnos a com-

partir, con fuerza, ese amor redentor. Quiere convertir el Monte santo de la Concepción en lugar de acercamiento a su amor salvador de toda la humanidad. Desde María y en María Inmaculada, él quiere preparar para todos los pueblos «Un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera, manjares enjundiosos —virtudes heroicas—, vinos generosos». Vino generoso que es su amor, en frase de la Esposa de los cantares: «Celebraremos tu amor más que el vino», dice. «Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros, y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país —lo ha dicho el Señor—. Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara: celebremos y gocemos con su salvación. La mano del Señor se posará sobre este monte» (Is 25,6-10a).

María Inmaculada, como Puerta del cielo y Monte santo de Dios es el lugar privilegiado para el encuentro del hombre con Dios, como ya hemos recordado, pero quiere nuestra pequeña colaboración para que estos hijos que se acerquen a este Monte santo sean innumerables. No pensemos por esto, hermanas, que poseemos un puesto privilegiado en el Cuerpo místico de Cristo, no. Somos las primeras que debemos redimirnos por nuestros muchos pecados, pero también es verdad que Dios nuestro Padre y nuestro Redentor quieren que compartamos su amor redentor por los hombres inmolando nuestras vidas en la escalada al Monte de la Concepción, de modo que ellas sirvan de manjares suculentos para muchos hermanos nuestros, que probarán y celebrarán, más que el vino generoso, el amor y la gracia de Dios. Por eso nos piden una conversión y una entrega, repito, a toda prueba, sin límites, completa, total.

Y no nos desalentemos, hermanas, a la vista de tanta miseria nuestra y de la lucha que hemos de soportar por llevar adelante la subida al Monte o liberación de nuestro pecado. No nos desalienten tampoco las caídas, porque antes de conseguir la paz y dominio de las pasiones, ¡cuánta guerra y contradicción hemos de soportar! David había sido elegido y ungido rey por el Señor, y fue muy amado de Dios, pero antes de reinar y

someter a sus enemigos, ¡cuánto tuvo que luchar! (1 Sam 27,1-7). ¡Así tiene que ser la Concepcionista, hermanas queridas! Elegidas para vivir el amor perfecto con nuestro Redentor en este Monte de la Concepción o santidad original de María, ¡cuánto nos tiene que costar hasta conseguirlo!, hasta conseguir someter a todos nuestros enemigos. Pero no nos desalentemos, porque por grande que sea la renuncia que nos exijamos por conseguir poner nuestro amor al nivel del divino en lo posible, mayor es la recompensa que él nos ofrece con su posesión dulcísima. Ello nos dará el gozo de presentarnos ante el Amado «morenas», sí, pero graciosas. Morenas, no tanto ya por el pecado, como por haber soportado el aire y el sol en nuestro afán de guardar con fidelidad «nuestra viña», su fruto y su belleza, para el Esposo Redentor, pacificando de este modo nuestro ser en las aguas dulcísimas del Salvador. Sólo así podremos cantar el gozo de la conversión consumada con otros muchos hermanos nuestros diciendo:

«Desbordo de gozo con el Señor,
y me alegro con mi Dios:
porque me ha vestido un traje de gala
y me ha envuelto en un manto de triunfo,
como novio que se adorna con sus joyas.

Como el suelo echa sus brotes,
como un jardín hace brotar sus semillas,
así el Señor hará brotar la justicia
y los himnos, ante todos los pueblos.

Por amor de Sión no callaré,
por amor de Jerusalén no descansaré
hasta que rompa la aurora de su justicia
y su salvación llamee como antorcha.

Los pueblos verán su justicia,
y los reyes, tu gloria;
te pondrán un nombre nuevo
pronunciado por la boca del Señor.

Serás corona fúlgida en la mano del Señor
y diadema real en la palma de tu Dios.
Ya no te llamarán «Abandonada»;
ni a tu tierra, «Devastada»;
a ti te llamarán «Mi favorita»,
y a tu tierra, «Desposada»,
porque el Señor te prefiere a ti,
y tu tierra tendrá marido.

> Como un joven se casa con su novia,
> así te desposa el que te construyó;
> la alegría que encuentra el marido con
> su esposa
> la encontrará tu Dios contigo.»

(Is 61,10; 62,5)

¡Éste debe ser el gozo de la concepcionista que engrosa las filas de los convertidos a Dios desde el Monte santo de la Concepción! Éste es el gozo, que logrará, al fin, cambiar su color moreno o negro en el blanco de la santidad cuando llegue al ósculo santo de Dios como premio al esfuerzo de haber «guardado su viña», su alma, como quiere el Esposo, «santa e inmaculada en su presencia, por el amor» (Ef 1,4-5) para gloria y gozo de Dios. Amén.

CONSAGRACIÓN

«Consagradas al servicio de Dios y de la Bienaventurada Virgen María en el misterio de su santidad original, con María, unimos nuestra consagración a la de Cristo, el "Consagrado del Padre" y Redentor del hombre, el cual entraña en su Ser la misma santidad del Padre y el comienzo de la nueva creación, la "del hombre renovado o creado en santidad y justicia" (Ef 4,23-24).

Y para que consigamos la eficacia de esta consagración concepcionista en beneficio propio y de todos los hombres y así logremos la realización de nuestra llamada de plano a la santidad, es fundamental que pensemos asiduamente y nos convenzamos de que restauramos en la propia vida la santidad original, en la medida en que nos dejamos penetrar por la redención de Cristo o penetramos en ella viviéndola. Por ello, estos Estatutos nos orientan a vivir nuestra consagración monástica desde el "vaciamiento" de Cristo (Flp 2,5-7), primeros pasos redentores que nuestro Dios y Señor dio para liberarnos del pecado, y desde su inmolación redentora» (Est 2,1-2).

Vimos en el capítulo anterior, hermanas, que, para efectuar el ingreso en esta Orden de la santidad original de nuestra Madre María, que es subir al Monte santo de la Concepción, donde no hay huella de pecado, sino que sólo habita, alumbrada por el «Sol de justicia Cristo nuestro Señor», la mente santa de Dios, debe preceder fundamentalmente una conversión de modo de pensar. Debemos pasar de nuestra mente de pecado a la de Dios, al menos con un sincero y firmísimo deseo, para después llevarla a efecto con el comportamiento, que ésta es la disposición que se requiere para subir al Monte mediante la práctica de los Estatutos y Constituciones que nos consagran para la liberación del pecado y toda violencia.

Esta liberación del pecado o sanación de la mente se irá haciendo gradualmente por la *fidelidad* a los mismos Estatutos y Constituciones que nos pondrán en posesión de las virtudes o identificación con la divinidad en modo de pensar y actuar, y marcará el ritmo de la subida al Monte.

Estos artículos, por tanto, hermanas queridas, que nos disponemos a reflexionar, nos revelan el matiz que debe tener nuestra consagración por el hecho de ser concepcionistas. Somos consagradas a Dios para vivir su amor en el servicio peculiar de la Bienaventurada Virgen María en el misterio de su santidad original, que apunta a la restauración de la idea o voluntad creadora de Dios sobre el hombre, al hombre nuevo o nuevo Adán. Por eso nuestra consagración la unimos a la de Cristo, que es el nuevo Adán y, al mismo tiempo, Redentor del hombre; el cual entraña en su Ser la misma santidad del Padre para la que fuimos creados, y que con su vida y Pasión, con su espíritu redentor, además de restaurarnos, inició la nueva creación, «la del hombre renovado o creado en santidad y justicia» (Ef 4,23-24), la del hombre vuelto a ser imagen de Dios.

Por ello, nuestra consagración tiene este matiz particular de redención. Vivimos nuestra consagración a medida que vamos penetrando en el espíritu redentor de Cristo con nuestro modo de pensar y actuar, o dejamos que ella nos penetre aceptando cuanto acontecimiento por parte de Dios o del entorno nos aborde. Es decir, que tiene que ser activa y pasiva nuestra cooperación a la gracia y al espíritu de nuestro Redentor. Activa, por nuestra actuación en el ejercicio de virtudes que practiquemos, y pasiva, por nuestro comportamiento en la aceptación amorosa de cuanto nos suceda desagradable a nuestra naturaleza caída. Es ésta la subida al Monte de la santidad de María empleando los dos pies que Dios nos da para ello, la acción activa y pasiva, la nuestra y la de Dios aceptada por nosotras.

Así conseguiremos la liberación del pecado o purificación de nuestras tendencias desordenadas que, en cada persona, tiene unas características propias, según su modo de ser, y podremos llegar a la cumbre preciosa y elevada del Monte, que es la de la «deificación» del ser humano, la del «ser en el Ser». ¡Oh, qué grande y sublime es esto, poder decir: Mi nombre es eternidad! por participar al que *Es*... la eternidad. Entonces entenderemos qué significa poder decir: *Soy* con el que *Es*.

Pues de este «camino», de esta «subida», que es nuestra vocación concepcionista, es de lo que vamos a tratar de tomar

conciencia reflexionando estos artículos de nuestros Estatutos que tratan de nuestra consagración. Tomar conciencia del origen, sublimidad, contenido y compromiso que encierran.

Si la monja concepcionista es consagrada «con» y «por» el «Consagrado» del Padre es para llegar a la identificación con él en sentimientos, amor, vida y misión. Por ello ha de participar su «despojo», su espíritu redentor, que es ir adentrándose en el espíritu de la nueva creación que se respira en el Monte santo de la Concepción.

María fue, ante todo, la «abstraída» del mundo, la «poseída» por Dios, que respondió con un Sí de Esclava amorosa del Señor en la sucesión constante de hechos y acontecimientos que tejieron su vida. Las cosas contaban poco para María. Contaba sólo Dios y su «llamada» a ser Madre y «Esclava» suya, y para eso vivió. Es el «prototipo» y Madre singular de la concepcionista.

Nos ayuda a tomar conciencia de esta «llamada» divina tan de cielo, en su justo medio, y nos impulsa a vivirla en un lleno de amor y fidelidad a imitación de la «llena de gracia», como siempre, la luz de la divina Palabra que es la que esclarece nuestra conciencia y enfervoriza nuestro amor por la senda que lo lleva hacia el suyo con su mente y su mismo ardor, que dejó encerrado, para nosotras, en el poema de la esposa que vamos reflexionando. Dejémonos iluminar por ella una vez más.

Miremos, hermanas queridas y notémoslo mucho, qué acentos de amor pone en nuestros labios ahora el Esposo para que cantemos, enamoradas, la gracia de nuestra vocación y su dinamismo: «Dime tú, amado de mi corazón» —dice la esposa—, «dónde estás apacentando, dónde llevas el ganado a mediodía para que yo no ande más errante tras los rebaños de tus compañeros» (Cant 1,7).

Es éste un canto de amor, en el que se ve despuntar la gracia de la vocación monástica o seguimiento cercano de Cristo, por la atracción que hacia el Esposo ha despertado en un corazón sincero la gracia de la «conversión». Está también encerrado en el poema el contenido de este seguimiento de Cristo y sus frutos de santidad, que veremos adelante. Ahora vamos a detenernos en los efectos inmediatos que la «conver-

sión», el contacto con Dios, ha podido hacer en nuestra alma para un mayor amor, conocimiento e identificación con el Dios amado.

Lo primero que se detecta en este «Dime, tú, amado de mi corazón...» es el deseo ardiente de la esposa de adherirse a su Dios y Esposo; el fervor de su corazón hacia el amor divino y voluntad adorable; el impulso de identificación con él que le hace exclamar: «¡Dime dónde estás apacentando... para que yo no ande más errante tras los rebaños de tus compañeros!». Quiere ir tras de Cristo la esposa. ¡Oh!, ¡cómo revela este inspirado cántico la fuerte tendencia que siente el alma hacia su Creador y Dios una vez rota la ligadura del pecado que le impedía estrecharse con él!

Desnuda el alma de toda afición desordenada, al menos con el deseo, el impulso del corazón es volverse a su Dios, y así le llama «amado de mi corazón». Porque así es, y dice verdad llamándole amado de su corazón, porque en él, en el corazón de quien ha aborrecido el pecado, ya no queda más que el rendimiento amoroso, total, ante el amor divino, sentido en el fondo del alma.

El amor misericordioso de su Dios ha bajado hasta su corazón por el «reconocimiento» de su pecado y subsiguiente «conversión», invadiéndolo, lo ha llenado, y ya no puede llamarle si no es así: «amado de mi corazón», porque así lo siente. Porque en él no hay, no ha quedado otro amor que el que Dios puso en él al crearla, el amor de su Dios, de su Dios amado sobre todas las cosas.

Nos revela, pues, este cántico la fuerza que tiene la gracia de una «conversión» bien hecha, que es capaz de desterrar eficazmente del corazón de la «convertida» todos los amores baratos de las cosas a los que antes estaba esclavizada y adherirle al amor divino, donde encuentra el gozo, la estabilidad que aquieta e inunda de paz su ser y lo enamora de Dios.

Amor divino que consume la escoria de apegos a cosas efímeras para apegarnos a nuestro Dios. Que apaga el fuego del desorden interior y nos hace saborear las delicias del espíritu. Amor divino que la concepcionista necesita mantener encendido para hacer bien la escalada hasta la cima del Monte de la Concepción, donde conseguirá hacer crecer y perfeccionar

hasta la plenitud su amor. Amor divino que le arrastra hasta el Esposo haciéndola decir: «Dime, dime, dónde estás apacentando», dime «dónde moras», en frase evangélica (Jn 1,38), porque me has arrastrado el corazón detrás de ti y quiero que vaya contigo todo mi amor y todo lo que soy y tengo «para que yo no ande más errante tras los rebaños de tus compañeros», sino que yo haga lo que tú haces, vaya donde vas, apaciente lo que tú apacientas y donde tú apacientas.

El deseo de identificación con el Esposo absorbe a la esposa. Sí. Ha nacido en su corazón la vocación monástica, que es la entrega total al amor de Cristo y su imitación. Se ha sentido *elegida* por él, y ella, queriendo responderle consciente y responsablemente, lleno de amor y de gracia divina su corazón, le *elige* a él: «Dime dónde apacientas, para que no ande más errante tras los rebaños de tus compañeros». Y el Amado, herido su corazón de amor por ella, recogiendo su deseo, le remite a escrutar su Palabra divina, con la humildad, receptividad y dulzura de la Esclava del Señor rendida al amor divino, que nace de nuestra condición de redimidas, pues que la divina Palabra le va a decir qué hizo él y qué tiene que hacer ella para seguirle, para imitarle, para amarle. Y así, ponemos atención a lo que el Espíritu nos dice acerca de los primeros pasos que el Esposo redentor dio para acercarse a nosotras, para redimirnos, lo que apacentó desde el principio, sus sentimientos y obras.

Nos dice, hermanas queridas, que él, «teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,6-8).

¡Oh, inefable amor de Dios! Nos dice el Espíritu, hermanas, que lo que apacienta el Esposo es nuestra restauración, y que siguiéndole a él de cerca, haciendo lo que él hace y apacentando lo que él apacienta y donde él apacienta, nos encontramos redimidas, identificadas con la santidad de nuestro Origen, Dios; vueltas al abrazo del Padre. Es decirnos que la vocación monástica, el seguimiento tan *cercano* de Cristo, es el modo de penetrar *más profundamente* en el misterio de la propia liberación

del pecado, de penetrar en la redención de Cristo o de dejarnos penetrar por ella, que es, en fin, dejarnos penetrar por el amor redentor del Esposo.

Seguirle es desandar el camino de nuestra degradación, porque es apacentar virtudes donde él apacienta, en el mismo Ser de Dios Santidad. Lo sabemos, pero nos conviene reflexionar sobre ello, nosotras, que centramos nuestra espiritualidad en ese misterio liberador del pecado. Nos conviene, para tomar conciencia de la propia vocación, de su contenido y compromiso. Veamos.

El pecado original degradó al hombre de una vez, sí, pero para entendernos, le hizo bajar o descender de su estado de gracia y dones por grados, según vimos en el capítulo pasado. Primero degradó su mente, ofuscándola con la falsa promesa de llegar a conocer el bien y el mal. Concepto falso, porque el hombre hoy no puede asegurar dónde empieza el bien y dónde acaba el mal. A veces lo que piensa que es un bien resulta después un gran mal, o viceversa. Sus categorías para discernir el bien y el mal son opuestas a las divinas: «Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos —oráculo del Señor—. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes» (Is 55,8-9).

Sólo Dios es el que conoce la verdad, el bien y el mal de las cosas, sin temor a equivocarse, porque él mismo es la Verdad y la Causa del Bien. Éste es, pues, el primer descenso que causó el pecado en el hombre al desvincularle de Dios. Le degradó situándole en una condición falsa al arrancarle de la Roca en que estaba reafirmado, al desestabilizarle de la Verdad, que era su Dios. Y le asentó sobre arena movediza, que es la inseguridad y falsedad que da Satanás, el pecado.

Con el pecado original degradó también su corazón, su voluntad, haciéndoles amar lo que excedía a su condición humana. Satanás puso en el corazón de Adán el deseo de ser «como Dios», el deseo de salir de su cauce de criatura por la desobediencia a su Creador. El resultado fue lo que tenía que ser, la frustración. La desobediencia a su Creador que consumó el pecado les separó de su estabilidad en la fuente misma del amor, Dios. Rompió su unidad con él y dejó disminuida su

capacidad de amar, debido al egoísmo que entró en su corazón. Dios salió de él, que es quien nos capacita para amar, y, consecuentemente, el corazón humano quedó sometido a su propio egoísmo. Éste es el segundo descenso del hombre.

Y por último degradó su sensibilidad. Antes del pecado, con el espíritu de santidad que les animaba, la vida sensitiva de nuestros primeros padres estaba pacificada, ordenadas las apetencias, sin reacciones violentas, controladas y en pureza las pasiones. Participada por ellos la malicia de Satanás al acoger el deleite de la materia que les ofreció el mismo Satán, bien pudo ser por el fruto del árbol vedado o por algo que complicó la vida sensitiva de ellos, su sensibilidad quedó en desorden, inficionada por el mal e inclinada a él como un virus que penetró en todo su ser. Y como la paz sólo la recibían de Dios, rota esta paz al abrir las puertas de su voluntad a Satanás, comenzó la guerra de pasiones, apetencias y desórdenes dentro de su mismo ser.

Pues bien, todo este ser desordenado del hombre lo ordena de nuevo el Espíritu de modo admirable, en nuestro caso, con la vocación monástica, que es vocación a seguir muy de cerca los pasos redentores del Esposo, y que conlleva la renuncia precisamente a todo ese desorden interior que ha provocado el pecado en nosotras. Veámoslo, hermanas queridas.

Según hemos reflexionado, Dios, por el pecado original, fue:

1.º Pospuesto —Se desconfió de él, de que fuera un bien lo que se les había ordenado, y se creyó a Satán.

2.º Desobedecido —Se obedeció a Satanás haciendo lo contrario de lo que Dios había ordenado.

Éste es el fruto del pecado original.

En cambio, en la «llamada» o vocación atendida:

1.º Se cree a Dios y se confía en él.

2.º Se le ama sobre todas las cosas, pues que se le obedece dejándolo todo.

Esto es lo que hacemos cuando, juzgando que es «un bien» «la renuncia» que supone seguir la llamada de Dios, dejamos padres, familia, patria, riquezas, comodidades, para ligarnos de por vida a Dios, a su voluntad amorosa.

En una palabra, hacemos justicia a Dios volviéndole a poner en el lugar que le corresponde en nuestro corazón, en el centro, sobre todas las cosas, que es de donde injusta y nefastamente le sacó Adán por el pecado.

Éstos son los bienes que nos trae a las concepcionistas la llamada a un seguimiento más cercano de Cristo, y que pone en nuestro corazón el Espíritu, ese «dime dónde apacientas» de la Esposa, que comentamos. Bienes que nos hace recuperar el mismo Espíritu también por grados, a medida que vamos superando la degradación que arrastramos como consecuencia del pecado original, y que se logra asumiendo la Kénosis de Cristo:

— El vaciamiento de Sí mismo, de su categoría divina.

— La renuncia al gozo de una situación constante de felicidad material.

— La aceptación de una situación constante de humildad, haciéndose hombre obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Así debemos vivir el desarraigo que conlleva la vida religiosa, como hemos visto arriba. Cristo dejó su condición divina; la concepcionista deja, en su condición humana de pecado, lo que le ataba al mundo y que, en cierta medida, le originaba una situación de más o menos bienestar en que se movía su vida. Las dos situaciones requieren esfuerzo, que es amor, para desprenderse de ellas. Sin duda que, cuanto mayor sea el desarraigo, mayor es el amor que hay que poner en ello. Por aquí podemos ver la diferencia tan gigantesca de amor entre el de Cristo y el nuestro, por lo mucho que él dejó y lo poco que nosotras renunciamos por él, que, en definitiva, es por nosotras mismas, pues que redunda en nuestro bien espiritual.

Pero de todos modos, Dios mira el amor con que nos desprendemos de las cosas, que es lo que nos asemeja a su Hijo. Es éste el primer movimiento de toda vocación religiosa que imita el primer movimiento de despojo de Cristo en la restauración de nuestro ser y que, por lo mismo, inicia la inserción en Cristo, «apacentar» lo mismo que él. Tenemos, por tanto, en el hecho de responder a la «llamada» de Dios, una regeneración de nuestra propia naturaleza desordenada, pues que nos acerca al modo de vivir Cristo. Que para nosotras

significa un avance más hacia la cumbre del Monte santo de la Concepción. Si nos hemos «convertido» sinceramente a él, hemos vuelto a ser de Cristo, y el que es de Cristo o está en Cristo debe ser una criatura nueva. Es lo que estamos iniciando con el hecho de nuestra «consagración» a él. Por el vaciamiento de nosotras mismas que nos exige la consagración, vamos entrando en la nueva creación (2 Cor 5,17). Si no hacemos de verdad este vaciamiento que exige morir al viejo pecado o costumbres desordenadas, de nada nos servirá la conversión, ni la consagración. Lo veremos adelante. Entrando por este cauce de despojo interno y externo, nos encontramos con que hemos regenerado nuestra mente, pues, repito, hemos empezado a pensar y decidir sobre nuestra vida con la mente de Cristo, no dudando de que el bien está donde piensa y dice Cristo que está. No donde el mundo dice que está con sus categorías de pecado. Es decir, no en el placer, en el dominio sobre los demás, en el tener; sino en la humildad, en el vacío de las cosas, por amor a Dios, que eso es el seguimiento de Cristo, «apacentar lo que él apacienta» y «donde él apacienta».

La segunda facultad que regeneramos al responder a la vocación es nuestra voluntad. Si en lo que hemos reflexionado arriba hemos dejado las cosas porque hemos pensado con Cristo que éstas no nos servían para el seguimiento cercano de él, que es caminar hacia la santidad, en ésta, renunciamos a la propia voluntad, porque es el modo de sacar a nuestro amor del estrecho cerco en el que lo metió el egoísmo propio, para volverlo a situar en el plano universal donde se mueve el divino amor. Y esto lo logramos mediante nuestra voluntad redimida, la vinculada con Dios, no con el pecado.

Esta vinculación la conseguimos sometiéndola al bien que unas obligaciones inherentes al estado monástico nos aportan. Sujetándola a la disciplina regular que abrazamos, la cual, por el esfuerzo que requiere, nos propicia el rendimiento amoroso al amor y voluntad salvífica de Dios. Que incluye la obediencia amorosa a la Madre espiritual del Monasterio, la cual nos transmite y con la cual buscamos el espíritu de Dios y su amor.

Prueba de fuego es ésta para la fuerza del pecado que degeneró nuestra voluntad y amor, pero que lo deja calcinado la fuerza de la fe que nos hace desandar el camino tortuoso del mal, de la rebelión o desobediencia de Adán. Esto tiene un proceso normal, en el que prevalecen al principio las tendencias de la voluntad no redimida, pero que nuestro amor al Esposo redentor debe someter a esas muertes místicas o apagones de la propia personalidad de pecado, que se enquista en sí misma, se hace gusanito en tantas renuncias a que se somete, para aparecer de nuevo deificada, transformada o unida a la voluntad y amor del Esposo que le da eficacia universal en su tarea de amar. Así vamos subiendo este escalón del Monte de la Concepción.

Este grado de perfección que sube la concepcionista viviendo su vocación conlleva la superación de la propia sensibilidad, de las apetencias y gustos sensibles desordenados. Lo supera en grado excepcional, y lo facilita a hacerlo el convencimiento de que existe algo mejor que los goces y placeres naturales, y que para conseguirlos, digo los espirituales, ha de preceder antes el despojo de los naturales. Estas renuncias a las propias satisfacciones egoístas a que nos dejó sujetas el pecado las hace la concepcionista de tantos gustos que apetece su sensibilidad para, desde ellas, elevarse a las regiones del espíritu donde se llega al conocimiento sublime de Cristo, que nos hace tener por basura lo que antes, equivocadamente, tuvimos por ganancia (Flp 3,7-10).

Es éste el proceso del seguimiento de Cristo que decíamos y que es, al mismo tiempo, el de la liberación del pecado a que se siente impulsado el corazón de la esposa tocada por el amor divino o gracia de la «conversión», y que se prolonga a medida de la correspondencia a esta gracia de «elección» que es nuestra vocación, y al fervor o sinceridad que pongamos en apacentar lo que Cristo apacienta; en hacer lo que él hace.

No todo es esfuerzo y renuncia, no. Después de superadas las primeras dificultades de liberación del mal, es tanta la felicidad en la que quedará nuestro espíritu, que se da por bien pagado y como una gran ventura el camino emprendido. ¡Qué descubrimientos más profundos de nuestro ser y de nuestro Origen conseguimos por aquí!

¡Oh, qué libertad y qué gozo cuando una llega a comprobarse sin afecto al pecado! Cuando se siente poseída por Dios. ¡Qué convencida queda de su verdadera grandeza! Aquí se entiende que es más sublime nuestro ser de lo que se piensa, de lo que se puede experimentar desde la realidad de nuestra carne, de nuestra sensibilidad. ¡Oh, las realidades del espíritu, qué inefables son y cómo nos revelan nuestra realidad de gracia y la hacen gozar cuán profunda e intensamente!

¡Oh, valores sublimes de la vida consagrada! Si Dios no fuera nuestro Origen, esta vida consagrada a él mutilaría nuestro ser, pero porque lo es, es plenitud, porque lo identifica con él, lo deifica.

Ésta es la dinámica de nuestra vocación concepcionista, queridas hermanas, que regenera nuestro ser, cuya conciencia hemos de mantener siempre viva para no andar aminorando la renuncia que hemos hecho al Señor, sino que siempre la vivamos con la integridad del primer día que ingresamos en el Monasterio, con el amor con que la canta la esposa: «Dime dónde moras, dónde apacientas, amado de mi corazón, para que yo no ande errante...». Que nunca, con el afecto, volvamos a desear o vayamos tras las cosas del mundo que hemos dejado, sino que vivamos la entrega con el corazón siempre fiel.

Esto no quiere decir que nunca existan fallos, pero lo que sí nos pide la gracia de nuestra vocación es que éstos sean involuntarios, nunca aceptados con el corazón. ¡Nunca! Que la fidelidad al Esposo sea constante, que dejemos que nos penetre la redención, el espíritu y amor redentor del Esposo, de modo que sea la respiración de nuestro corazón el canto que para nosotras inspiró el Espíritu: «Dime dónde apacientas» para ir tras de ti y hacer lo que tú haces y desear lo que tú deseas, pues no otra cosa quiero desear.

Para ayudarnos a llevarlo a la realidad con el comportamiento, a ser consecuentes con nuestra vocación, reflexionamos:

1.º cómo hemos de vivir el desarraigo;
2.º cómo hemos de vivir el amor, y
3.º cómo hemos de vivir la obediencia a la vocación.

Y lo haremos estudiando el desarraigo de la vocación de Abrahán; el amor de la vocación de María nuestra Madre

Inmaculada. Es decir, cómo vivió el «desarraigo» de su vocación Abrahán y cómo vivió el amor de su vocación María. Y, consecuentemente, por último, la obediencia a la «llamada», que es la praxis de la vocación.

Pero antes vamos a ver el origen de nuestra vocación, y ello nos hará reconocer lo que significa para Dios y para nosotras. No se equivoca la concepcionista si piensa que desde el bautismo tiene la vocación, y aun antes, la tiene desde que empezó a ser persona en la mente de Dios, sólo que desde el bautismo empezó a tenerla con vida.

Desde toda la eternidad, Dios nos pensó como monjas concepcionistas. Y así nos amó. Y así se produjo nuestra existencia en el tiempo, dejando marcado nuestro corazón con esa tendencia hacia nuestro Creador que no encuentra satisfacción en las cosas de la tierra, ni descanso sino en Dios. Tendencia que nos hace buscarle aun sin saber lo que buscamos y por qué lo buscamos, y que responde al amor del acto creador de Dios y nuestro destino vivo en el corazón, que espera respuesta.

Tendencia, vocación, que encierra un *amor* de *predilección* por parte de Dios que él cuida de explicárnosla, revelárnosla en tantas vocaciones del Antiguo y del Nuevo Testamento. Oigámosle: «Os he amado» —dice Yahvé— y vosotros habéis dicho: «¿En qué nos has amado?». —En esto— «¿No era acaso Esaú hermano de Jacob? Sin embargo, yo amé a Jacob y tuve en aversión a Esaú» (Mal 1,2-3).

No es justamente que Dios tuviera aversión a Esaú «porque Dios ama todo cuanto existe, y nada de cuanto hizo abomina. Pues si algo aborreciera no lo hubiera creado» (Sab 11,25). Lo que nos quiere revelar Dios en el texto es el amor de *predilección* que él pone en algunas criaturas escogiéndolas para él, en posesión exclusiva, que si hemos venido al mundo es para dedicarnos sólo al servicio y amor divino. «Son, pues, míos», dice Yahvé (Lev 3,12). Es la vocación contemplativa. Nuestra vocación concepcionista que es revelación de un amor de *predilección* divina.

Y nos dice también lo que significa esta «llamada»: «para que la cólera —de Yahvé— no estalle contra la comunidad de los hijos de Israel» (Núm 1,53). Es la segunda vertiente de nuestra vocación concepcionista, que significa que nos destina

a participar su espíritu y su amor redentor en favor de los hermanos. Hecho que no hemos de olvidar. Nuestra vocación de «estar» con Cristo es para «participar» su misión redentora. Si el origen de nuestra vocación va con nuestra persona: «Antes de formarte en el vientre de tu madre te conocí; antes que salieras del seno te consagré» (Jer 1,5), miremos bien, hermanas queridas, de no defraudar a quien tanto nos amó. Y nos consagró para ser bendición de los pueblos. Vayamos a ello ayudándonos con la reflexión de la primera característica de nuestra consagración: el desarraigo.

1.º *Cómo hemos de vivir el desarraigo.*

Entremos, hermanas, en la profundidad de la renuncia de nuestra vocación y su misterio y consideremos cuán fino es el «desarraigo» que exige nuestra vocación. Seguir al Esposo redentor es salir de todo, empezando por salir de nosotras mismas. La vocación, como vimos antes, nos «saca» de las comodidades, de la familia, de nuestro ambiente profesional. Esto, de hecho, lo hace en nosotras la vocación desde el momento mismo en que nos decidimos seguir a Cristo e ingresar en el Monasterio. Pero el desarraigo que se nos pide llega a más. Llega al «desarraigo» del propio ser de pecado hasta las cimas de la unión con el Esposo redentor. Este es el éxito del seguimiento cercano de Cristo en nuestra Orden, que nos «saca» de nosotras mismas para sumergirnos en la experiencia más densa de Dios, que es lo que nos hace ser «bendición» para los pueblos.

Miremos en la vocación de Abrahán nuestro desarraigo. Yahvé dijo a Abrahán: «Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre y vete al país que yo te indicaré» (Gén 12,1). Dios comienza a revelar la vocación a Abrahán exigiéndole una fe ciega en él. Le dice que «salga», no que se lleve algo, y que salga de la seguridad que le daba la casa de su padre y su tierra, hacia un país que ni siquiera le indica ya, sino que él le indicaría.

Esta inseguridad de ponerse Abrahán en marcha sin saber dónde iba, fue «sacarle», «desarraigarle» de toda seguridad y apoyo humano, para que «confiara» *sólo* y *plenamente* en Dios. Es lo que vimos al principio de este capítulo que se nos pide para conseguir la regeneración de nuestro ser, la confianza en

sólo Dios. Tanto Abrahán como nosotras, cuando nos decidimos seguir la voz del Señor, su «llamada», sólo debemos llevar al Monasterio nuestra fe en Dios, y disponernos para una vida nueva que nos irá señalando el Señor, «desarraigadas» de todo.

Es muy importante ingresar en el Monasterio con esta disposición para que no retrasemos la hora de hacernos el Espíritu «bendición» para los pueblos, ya que no lo podrá hacer mientras no se lleve a cabo la regeneración de nuestro ser, que exige fe ciega en Dios, confianza plena en él, modo de pensar suyo, categorías evangélicas en nuestros criterios y opciones. Y esto lo hace el Espíritu cuando nos encuentre «desarraigadas» de los criterios y cosas del mundo.

Ésta es nuestra vocación. Seguirla es pasar de un orden de valores a otro. Es pasar o salir del mundo de las cosas al de la fe. Sólo cuando nos situamos en este mundo de la fe, entendiendo y juzgando las cosas y acontecimientos desde la fe, que es desde Dios, no desde nuestras categorías humanas de pecado, sólo entonces es cuando está hecho el «desarraigo» y puede trabajar el Espíritu en nosotras. No antes.

Y hemos de entender muy mucho que en este mundo de la fe, que es el del Evangelio, todo es distinto por la razón que apuntamos antes, porque el Evangelio son los pasos redentores que el Esposo dio para nuestra regeneración, donde las cosas no valen, quedan atrás. Sólo permanece como valor absoluto ¡Dios!, ¡Dios!, ¡Dios! Creerle, vivirle, confiarlo todo a él, es la dinámica de nuestra vocación, que es vida, nuestra vida y nuestro modo de amar, que alcanza así cotas de eternidad, categorías divinas. Para esto ingresamos en el Monasterio y para esto nos «llama» Dios.

En esta disposición, hasta las piedras del mismo Monasterio nos gritan, «¡desarraigo!», no instalarnos, sino «vaciarnos», o lo que es más propio «trascendernos», «transformarnos». Todo nos ayuda a ir a Dios. A ese Dios que, aunque viviendo con nosotras y dentro de nosotras, apunta en su amor hacia toda la humanidad, pues que es inmensidad, él llena el orbe de la tierra, y así nos enseña a salir de nosotras mismas para convertirnos, con él, en vida y salvación para tantos hermanos nuestros que pueblan la faz de la tierra, en los que Dios vive y a los que Dios ama.

Pensemos mucho, hermanas queridas, en la grandeza de nuestra vocación. Si la de Abrahán fue grande, y eso que su meta fue la tierra prometida, llena de bendiciones, *sí,* pero al fin, tierra, ¿cuál no será la nuestra, cuyos planes divinos son más sobrenaturales como corresponde a toda vocación del Nuevo Testamento, de orden divino, como es el retorno del hombre al amor del Padre, la regeneración de su ser, en una palabra, la reconquista del proyecto creador de Dios sobre la humanidad?

Y si Abrahán consiguió ser «bendición» para todos los pueblos por la fidelidad con que vivió el «desarraigo» que le exigió su vocación, por «aceptarlo» y vivirlo hasta donde Dios le apuntó, miremos, hermanas queridas, que esto es decisivo para nosotras. Miremos cuán decisivo es presentar al Señor un corazón «desarraigado» de las cosas y «dispuesto» para llevar ese desarraigo hasta donde el Esposo lo pida. No lo olvidemos, que lo digo aunque me repita, pero es que es muy importante, más de lo que pensamos. Si Abrahán consiguió la talla espiritual que su vocación le pedía fue *por su fidelidad a la prueba del desarraigo.*

A unas nos puede pedir más, a otras menos en la consecución de nuestra vocación, según la misión que se nos confíe, pero en el modo de vivirla interiormente hemos de tratar de igualarnos todas aceptando cuanto Dios nos pida por medio de acontecimientos o circunstancias, aunque nos parezca que van en contra de nuestra vocación. ¿Qué sabemos lo que Dios quiere de nosotras? Tenemos que «fiarnos» de Dios y «dejar» cuanto nos pida que dejemos o renunciemos.

Miremos a Abrahán. Según le había prometido Dios, él estaba destinado para ser «padre de un gran pueblo» (Gén 12,2). Su vocación fue la paternidad, y para ello le había sacado Dios de su tierra y parentela. Pero esta vocación la vivió Abrahán en la fe, fuera de la casa de su padre y «esperando» *toda su vida* que la promesa se cumpliría. Y, ciertamente, se cumplió, pero se «cumplió» cuando su fe en la «promesa» quedó prendida sólo de la fuerza de Dios, no de su capacidad humana de ser padre. Así pudo ser el «padre» que Dios quería de él, el iniciador del Pueblo de Dios que creería y viviría de

Cristo, «bendición» y «salvación» de los pueblos, el «padre de los creyentes» en esta salvación.

Así sucede con nosotras. Hemos de pensar, hermanas queridas, que nuestra elección no es fruto de una opción personal nuestra. No. Sino que es respuesta a una llamada divina. Por ello, sólo Dios es el que sabe para qué nos trae al Monasterio en lo que concierne al programa de santidad personal. Quizá para algo más importante de lo que pensamos. Por ello, en todo caso, sólo Dios sabe el grado de «desarraigo» que necesitamos para llevar a efecto nuestra misión o vocación personal. «Desarraigo» que siempre va a medida de nuestra misión y del grado de transformación en Cristo que nos exige tal misión, para que ésta llegue a su plenitud.

Desarraigo que, como el de nuestra Fundadora, siempre desemboca en la Fuente de la salvación y santificación, que es Cristo. Por ello, sólo en la medida en que consigamos la transformación en él, seremos también nosotras salvación para los demás. Es por lo que, cuando el Padre nos destina a una misión salvadora, como es nuestra vocación, nos urge la transformación en Cristo, tanto más cuanto más frutos de salvación tenga que producir en la Iglesia nuestra misión. Y la transformación en Cristo postula siempre un profundo «desarraigo» de los valores de la tierra, de nuestros pecados y tendencias. Por ello, hermanas, hemos de dejar que Dios escriba nuestra vida, no nosotras, y ésta ha de ser la aspiración más constante de la concepcionista, la respuesta de amor más adecuada y propia de su vocación.

El «desarraigo» activo y pasivo que hemos de asumir con gozo, por tanto, las que sentimos nuestro corazón vocacionado, escogido para vivir nuestro amor al lado de Dios en un grado esponsalicio, hemos de considerarlo y vivirlo siempre como es, como un don divino de categoría, tanto cuando dejamos las cosas para ingresar en el Monasterio, como durante nuestra permanencia en el mismo, pues que a medida del desarraigo será también nuestra intimidad con él.

En esto Dios es muy exigente, llega a cotas impensables para el hombre, porque su amor y santidad es inmenso y desea nuestra transformación en él lo más acabada posible, porque sabe que es el mejor modo de amarnos debido al bien enorme

que nos hace identificándonos y estrechándonos con él. Miremos en esto también a Abrahán, cómo Dios purificó su corazón, que en él fue decir su vocación. Míremos que, cuando ya en su hijo Isaac había logrado el fruto de su fe en Dios a su «llamada» y a su desarraigo de la casa de su padre; cuando veía ya cumplida su vocación a ser padre de muchedumbres, Dios le pide el sacrificio de ese hijo único que prolongaría su descendencia, en la que se cumplirían todas las bendiciones divinas.

A primera vista, esto parece contradictorio, y no es así, sino la elevación más sublime de su vocación a categorías divinas, que por eso lo somete a la prueba más dolorosa. En el sacrificio de su hijo, Dios pide a Abrahán el sacrificio de su mismidad más profunda, de su yo personal. De su vocación, de lo que constituía la esencia de su «llamada»: «En tu nombre serán bendecidas las naciones»; de su personalidad. Pues desde que estas palabras fueron pronunciadas sobre él, comenzó a existir la personalidad de Abrahán bien definida, la esencia y conciencia de su ser, de su existencia. Pedirle Dios, por tanto, que sacrificase «a su hijo, al único que tenía, al que tanto amaba» (Gén 22,2), fue pedirle que sacrificase su vocación, su mismo nombre, su identidad progenitora de «una bendición divina para los pueblos».

Por eso, cuando aceptó la muerte de su hijo y él mismo se determinó a ejecutarla es cuando su vocación llegó a su cumbre, cuando su personalidad de propagador de «una bendición» quedó reafirmada, porque fue cuando su vocación se hizo vida en él, nació su verdadera paternidad. Escuchémoslo de boca del mismo Dios: «Juro por mí mismo, palabra de Yahvé, que, por cuanto has hecho esto y no me has rehusado tu único hijo, te colmaré de bendiciones y multiplicaré tanto tu descendencia, que será como las estrellas del cielo y como la arena que hay a la orilla del mar, y tu estirpe poseerá las puertas de sus enemigos. Por tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, porque obedeciste mi voz» (Gén 22,16-18).

«Porque obedeciste mi voz»; he aquí la clave de todo acontecimiento en la vocación de Abrahán, que quiere decir porque has vivido tu vocación hasta las últimas consecuencias del

desarraigo, hasta donde yo la quería llevar. Y esto mismo nos dice a nosotras. Entenderlo es entender la propia vocación; es entender qué es vocación, y llevarla a su plenitud, que es llevar a su madurez la propia personalidad. De lo contrario es frustrarnos.

Es decir, que la respuesta a la «llamada» de Dios no termina cuando traspasamos el umbral del Monasterio. No. Sino que es ahí cuando comienza a ponerse en práctica. Como sucedió a Abrahán. Quiere esto decir que nuestra vocación no es «estar» sólo en el Monasterio, no, sino que es vivir o desarrollar día a día nuestra «llamada» a un designio concreto de Dios.

En nuestra Orden se concretiza en vivir el misterio de la santidad original de María, es decir, en desarraigarnos del pecado y tender de plano hacia la santidad para evocar sobre la humanidad el pensamiento creador de Dios sobre el hombre y su destino a la santidad; ayudar a los hermanos a redimirse penetrando en la redención de Cristo, que es retornar al amor y conocimiento del Padre.

Esta vocación, por supuesto, tiene una trayectoria. En cuyo proceso Dios tiene que ponernos delante la posibilidad de ejercitarnos en toda virtud para que, por su ejercicio, consigamos desterrar el pecado y adquirir la santidad, y así conseguir nuestra misión en la Iglesia, la realización de nuestra vocación. Pues miremos, hermanas queridas, qué diría Dios de nosotras si, cuando nos pone la ocasión delante para desarrollar nuestra vocación, le damos la espalda porque nos cueste morir a nuestro amor propio, a nuestro egoísmo, porque no queramos renunciar o darle lo que nos pide. ¿Qué diría? ¿Qué diría si huimos o dejamos la vocación, o de otra manera apartamos la dificultad? ¿Qué decir de esto? ¿Qué diríamos si Abrahán hubiera negado a Dios el sacrificio de su hijo? Pues que había fracasado en su vocación.

Pues eso mismo es lo que se puede decir de la monja que, después de comprobada su vocación, se vuelve atrás ante el sacrificio que Dios pueda pedirle, que, como dije antes, siempre coincidirá con los planes que Dios tenga sobre ella y su transformación en Cristo. Así, esa monja, no lo olvidemos, hermanas, al huir de la prueba de Dios huye de su propia «llamada», reniega de *su* elección, malogra el designio de Dios, aunque

ella después quiera rehacerlo de otro modo preparándose ella su propio destino o «llamada». Pero nunca será lo que Dios inició en ella.

Miremos mucho esto, hermanas mías, que por no entenderlo se frustra mucha santidad en la Iglesia. Hoy se suele decir que basta con «estarse» en el Monasterio ejercitando ciertas virtudes que en nada nos comprometen, para salvar la vocación. ¿Qué vocación? ¿La que nos dio Dios o la que nos creamos nosotras? Miremos, hijas queridas, a Cristo, desamparado hasta del Padre en la Cruz cuando estaba llevando su misión redentora a su cumbre. Y miremos, que si el Padre le desampara es, precisamente, para que lleve mejor su misión redentora, para que sea más fecunda para los demás. Miremos también todas las vocaciones del Antiguo Testamento y las del Nuevo, y veremos que todas aparecen con la misma trayectoria, la de la fe, el desarraigo, o la de la transformación en Cristo crucificado.

Así ha de ser con nosotras para convertirnos en bendición para los pueblos, como Abrahán, como Cristo. Para esto nos llama Dios al Monasterio. Hemos de adquirir un nombre nuevo, como Abrahán (Gén 17,5): «No te llamarás Abram, sino que tu nombre será Abrahán, porque te constituyo padre de una muchedumbre de pueblos». Y esto lo hizo Dios con él, como hemos visto, por su fe, su desarraigo, su sacrificio. Lo mismo sucederá con nosotras. Es la bendición que lleva consigo el don de la vocación bien vivida. Mediante la fe, el desarraigo, el sacrificio, la aceptación de cuanto desagrade a nuestra naturaleza caída, a nuestro egocentrismo o amor propio, se nos dará una piedrecita con un nombre nuevo. «Al vencedor —nos dice el Señor— le daré el maná escondido, y una piedra blanca, y en la piedra escribiré un nombre nuevo, que sólo conoce el que la recibe» (Ap 2,17).

Miremos bien, hermanas, que dice *«al vencedor»*. ¿Cómo, pues, nos la va a dar si hemos vuelto la espalda a sus designios sobre nosotras? Y es él, Jesús, el que escribirá el nombre nuevo para nosotras. ¿Cómo lo va a escribir si hemos torcido sus planes? En este caso, ¿cómo nos llamaremos en la otra vida?, ¿cómo, pues que no nos salvaremos según el designio divino, según lo que él quiso de nosotras, sino según dispu-

simos nosotras mismas? No según Dios lo quiso, sino según nosotras quisimos. ¿Cómo vamos a recibir la piedrecita con el nombre nuevo?, ¡qué fracaso!, pudiendo ser. Y esto por no querer morir a la propia honra, al propio criterio, al propio egoísmo, a los propios gustos.

Note mucho la concepcionista, y toda alma consagrada, que el nombre que recibiremos es nuevo, ni nosotras lo conocemos. Es porque nuestra vocación es fiarnos de Dios, aceptar a Dios; entregarnos a Dios, a su modo de ser que no entendemos. La piedrecita que recibiremos se escribirá con la respuesta que hayamos dado a Dios en el proceso de nuestra vocación. La respuesta que hayamos dado a su designio divino sobre ella, para llevar a cabo el nombre nuevo que nos dio, con la vocación, por toda la eternidad. Si no coincide su pensamiento divino sobre nosotras con nuestra respuesta, ¿qué será aquella hora para nosotras?, ¿qué recibiremos allí si no somos bendición para los pueblos?, ¿qué nombre podrá dársenos? ¡Oh!, que será inmensamente mayor nuestra pérdida que la que podríamos tener aquí aparentemente muriendo a tantas cosas que de nada nos aprovechan, pasando por eso que no queremos pasar. En fin, queriendo apacentar donde el Esposo no apacienta.

No, nuestra vocación ha de ser lo que nuestro Esposo redentor dispuso que fuera desde que nos la dio, una bendición. Bendición para nosotras y para los pueblos. Nuestra vocación entraña fecundidad espiritual tanto para nosotras como para el pueblo. Y no hemos de malograrla. Y tanto más fecunda será cuanto más desarraigo de lo efímero alcancemos. Hemos de ingresar y permanecer, pues, en el Monasterio con este grato afán de ir elaborando nosotras el propio nombre que nos asignó el Padre por toda la eternidad, que será bendición para la humanidad. «Padre de muchedumbres» se le llamó a Abrahán, ¿podrá llamársenos a cada una de nosotras madre de muchedumbres? ¡Ésta es la voluntad del Esposo redentor!, que es el «desarraigo» de nuestro ser de pecado para pasar al del espíritu, donde está la fecundidad y la bendición para el mundo.

Porque este «desarraigarnos» de las cosas, este salir de nosotras mismas es entrar en el Amado, en su espíritu redentor. Porque cada acto de renuncia, de despojo propio, tanto de criterios, de apetencias o deseos es, antes que nada, un acto

de fe, de amor y de confianza en el Esposo redentor por quien se hace. La renuncia, el no ceder ante lo que nuestras tendencias nos reclaman, se hace porque se ama, porque se cree en el que nos «llama» a seguirle muy de cerca. Y este creer en él y en nuestra vocación es amarle del modo y con la intensidad y en las circunstancias que él ha escogido para nosotras en todo momento.

Reflexionemos en esto un poco, hermanas queridas, puesto que ha de ser nuestra vivencia y el éxito de nuestra vocación de salvación en el Monasterio. Fijémonos. Se nos presenta una ocasión de desarraigo, despojo o renuncia, si la aprovechamos es porque nos acordamos de nuestro amado Redentor y Esposo, de que él nos ha «llamado» y «escogido» para Sí, para que apacentemos donde él apacienta en orden a nuestra restauración, y, ante este recuerdo y el deseo de agradarle, consumamos la renuncia o aceptamos la dificultad con amor, por su amor.

Aquí vemos que entran en movimiento, por un lado, el amor del Esposo que entra en nuestra conciencia y corazón al ser preferido y acogido mediante el acto de virtud, de vencimiento propio hecho por su amor; y segundo, la salida de nuestro yo, tendencia o apetencia desordenada, que sale de nuestro ser al consumar el acto de virtud dicho. Es el amor al Esposo el que despoja, nuestra fe en él. Por tanto, es su amor el que nos queda dentro del alma, y es el egoísmo propio, nuestro desorden interior, el que sale afuera. Queda dentro el amor que santifica nuestro ser, y sale de nosotras el egoísmo que destroza, envilece y esteriliza nuestra vocación.

Ese entrar el Esposo en nuestra alma o entrar nosotras en él al salir de nosotras mismas y de nuestros caprichos es lo que trae consiguientemente la «bendición para los pueblos», la fecundidad de la vida espiritual. Aquí es donde nuestra vocación se hace personalidad, nuestro ser queda «reafirmado» en la vocación, en el nombre nuevo que él nos ha dado al «llamarnos» a su seguimiento como concepcionistas.

Somos, pues, «bendición» para los pueblos y para nosotras mismas, y más para las que nos rodean, cuando aceptamos nuestra propia muerte, tanto la de nuestras pasiones, como incluso la de nuestras ilusiones espirituales, esas que nacen de

nuestra vocación, pero que el Espíritu necesita desarraigar para hacerlas pasar al plano de lo espiritual o sobrenatural, purificadas de todo egoísmo propio, como le sucedió a Abrahán.

Puede ser esto el deseo de más penitencia que quizá nuestra salud frágil desaconseja; o el de más abstracción del mundo que un oficio al exterior impide; o la renuncia que supone una convivencia comunitaria bien vivida que nos saca de nuestro egoísmo o esquemas mentales. Todo, todo lo que nos contradiga es «desarraigar» nuestras raíces del propio «yo» para que «arraiguen» en el de Dios.

Conseguir esto es tarea divina que no se lleva a cabo sin la entrega nuestra humana, sin nuestra cooperación. Es el «trasplante» del «yo». El «yo» divino en el nuestro humano, que no vale tal como está para ser bendición para los pueblos porque está herido por el pecado y muerto para la santidad. Es como un órgano sin vida que no puede hacer su función. Así somos, que si no viene a sanarnos y darnos vida el «injerto» divino, el «yo» de Dios, para nada valemos. Igual que la sal que se desvirtúa, para nada vale ya (Mt 5,13).

En cambio, cuando aceptamos plenamente vivir nuestra vocación como lo espera Dios, es cuando nuestra persona se hace vocación de Dios, bendición de Dios, redención de Dios para los demás. Es cuando desempeñamos bien nuestro oficio de esposas de un Dios esposo y redentor, es decir, celoso de la santidad e integridad de nuestro amor a él, de nuestra restauración, de nuestra santidad y de la de los demás hermanos.

Y por último, como derivación del «desarraigo» no puede faltar el sacrificio en nuestra vocación, pues en él es donde se cobija el amor. También en esto se constituye Abrahán en modelo de nuestra vocación. Próximo a recibir ya de Dios el «hijo» de la «promesa», a Isaac, «se le apareció y le dijo: "Yo soy El-Saddai, anda en mi presencia y sé perfecto. Yo estableceré mí alianza contigo... Una alianza perpetua para ser yo tu Dios y el de tu descendencia... La alianza que será guardada entre mí y vosotros, tú y tu descendencia después de ti, es ésta: Todo varón entre vosotros será circuncidado"» (Gén 17,1-14).

Para Dios, pues, la alianza de amor y santidad que constituye nuestra vocación o «llamada» a ser suyas en propiedad,

como vimos al principio, se ratifica o expresa mediante el sacrificio, lo mismo que la suya en la Cruz. Su alianza la selló con su propia sangre. Si falta, por tanto, el sacrificio en nuestra vida consagrada, no hay amor, y si no hay amor en una vocación que no tiene más soporte ni razón de ser que el amor, ¿qué queda?, ¿cómo se sostendrá?

Por ello, Jesús, que es el que atrae a la esposa a su seguimiento y amor, puso por pilares del mismo el «niéguese a sí mismo» (Lc 9,23), que encierra el sacrificio que supone la renuncia de la propia voluntad, la aceptación de lo que no quisiéramos llevar, tener o sufrir, si atendemos a nuestras tendencias desordenadas. Cuando Dios «llama», es él quien marca el camino. Camino que supone esfuerzo, amor. Camino que pasa por la aridez de Getsemaní, por la entrega al Padre, a su voluntad, en plena desolación, que llega al Calvario, al abandono, al silencio de Dios, a la crucifixión y muerte. Éste es el camino.

Aprenderlo bien para no equivocarlo nos compete a nosotras, porque es el camino del Esposo. Ahí es donde él apacienta, donde él pastorea. Es su camino, porque el Camino es él mismo, el Crucificado, el negado, el escarnecido y muerto. Si no queremos seguirlo, tendremos que marcarnos otro, pero ya no sería el de Cristo, sino el nuestro. Y éste terminaría en la esterilidad, en la nada. El de Cristo, en cambio, termina en la Vida, en la Abundancia, en la Resurrección, porque se cimenta en el sacrificio. No olvidemos que vocación es consagración al que nos «llama», toma de conciencia de quien nos llama, y vivencia o seguimiento del que nos «llama». La vocación es «desposesión» propia y ser posesión del que hemos elegido. Por tanto, el Esposo redentor es el que marca nuestro quehacer, nuestro vivir, nuestro ser, nuestro pensar.

Es Cristo quien nos «separa» de los criterios del mundo, hermanas, porque le pertenecemos y así nos quiere él. Sería infidelidad volver a ellos. Por tanto, que la lección que nos da la Palabra divina que hemos reflexionado sobre la alianza de Abrahán y de Cristo circuncide nuestro corazón en el sacrificio para que seamos de verdad esposas del Esposo redentor. «Así estará marcada mi alianza en vuestra carne como una alianza perpetua, dice Yahvé» (Gén 17,13). Que el amor que

tenemos al Esposo circuncide nuestro corazón de esposas para que el sacrificio marque nuestra alianza de amor y lo una y transforme en el suyo.

Que no sepamos vivir fuera del Amado, que no sepamos apacentar sino lo que él apacienta, que no queramos participar sino lo que él participó en la prueba del amor, en el sacrificio de la Cruz, porque esto es lo que nos consagra. Miremos la grandeza del que nos llama: «Mira, de Yahvé, tu Dios, son los cielos, aun los más altos, la tierra y cuanto en ella se encuentra. Sin embargo... sólo con vosotros se ligó, y esto por amor» (Dt 10,14-15). Por eso, la exclusiva posesión de Dios, que es la profesión monástica, no nos permite desvincularnos en nuestro hacer y pensar del sacrificio del Esposo. Tenemos que tener presente, en cuanto hagamos, pensemos o digamos, que no somos nuestras, sino de un Esposo redentor, que nuestro Dueño es Dios, que tiene la propiedad de nuestro ser. De Dios, que quiere que tengamos un comportamiento determinado que responda al amor encendido que él siente por nosotras. Ya todo no le es lícito a la concepcionista: «Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahvé, tu Dios, y Yahvé te ha elegido para ser su pueblo entre todos los pueblos de la tierra» (Dt 14,2). Veamos, pues:

2.º *Cómo hemos de vivir el amor.*

El modo de ser del Esposo redentor es el que determina el modo de ser de la concepcionista como determinó el modo de ser de María. Dios la eligió para Madre suya, y ella, con su Sí consciente y responsable, le eligió a él, naciendo de esta mutua elección un pacto de amor que supuso la entrega o donación de todo su ser a la Obra de su Hijo (LG 8,56). Y así la vemos durante toda su vida ofreciendo al Hijo su maternidad sufriente en una cooperación amorosa, firme y fiel que la identificó íntegramente con él en su modo de ser y en su misión redentora. Sí, hermanas, María entregó su vida entera para que se encarnase en ella su Hijo y para encarnarse ella en él, aceptando cuantos acontecimientos fueron necesarios para que esto se efectuase. Lo veremos más ampliamente en el capítulo que dedicaremos a María, nuestra Madre querida. Pues así ha de ser nuestra entrega, hermanas.

Ciertamente, cuando fuimos elegidas por Dios, él nos dio consecuentemente con su gracia electiva la capacidad para dejar familia, posesiones, modo de vida; y de esta renuncia nuestra nació un pacto de amor entre él y nosotras que comenzó su andadura con nuestro ingreso en el Monasterio, y ha de culminar en la eternidad, pues que el Amado elegido es eterno y el pacto tiende a la más íntima conexión o identificación con él. Miremos, pues, cómo hemos de vivir nuestra donación, nuestro amor consagrado, para que exprese la donación y el amor de nuestra Madre Inmaculada, a que tiende nuestra consagración concepcionista.

«Sé perfecta con Yahvé, tu Dios» (Dt 18,13), nos dice el Señor. Sí, hermanas, «inclinemos nuestro oído» con amor (Sal 44,11), escuchemos con atención, porque es Dios quien nos llama para vivir la santidad con él, nos desarraiga del mundo para vivir la esencia del ser de Dios, que es Amor, amor y santidad. Vivir intensamente el amor, la amistad, primero con nuestro Dios amado y después con las hermanas como desdoblamiento de ese amor. No vivimos bien nuestra vocación si no nos educamos para el amor, que es generosidad, desarraigo, sacrificio, entrega, amistad con el Dios santidad.

Ingresamos en el Monasterio para amar con una intensidad grande. Es vocación de amor nuestra vocación. Porque ha sido de la boca de Dios, que es Amor, de donde ha salido nuestra «llamada», pues para amar a su estilo entramos, por tanto, no para amar como ama el mundo, que para eso ya estábamos bien en él. El ingreso en el lugar santo que es el Monasterio es para tomar el estilo de vida y de amor del Esposo. Y ponernos en el amor puro. Esto sólo lo puede hacer Dios y su gracia, pero necesita la disposición en nosotras, que es la del sacrificio.

Así, sí. Así podrá hacer que nuestro cuerpo, sentidos, potencias y espíritu asuman el amor puro de Dios, para que nuestra oración, mortificación, silencio, humildad, toda nuestra actividad interna y externa pueda el Padre juntarla con la entrega e inmolación de su Hijo querido y de María, y hacerla salvación, con él, de todos los hermanos.

Nunca sabremos agradecer al Padre la gracia que nos concede, con la vocación, de poder vivir el amor divino de modo

tan privilegiado, ni entender a qué altura de la vida espiritual nos sube al agraciarnos con ella. Porque ella nos permite renunciar a todo y consagrarle todo el corazón, indiviso (LG 42c; PC 12a) para mejor amarle. Sí. Es grande esto, poder dedicarse a Dios, seguir al Esposo redentor de esta forma tan sublime y generosa como es la vivencia del misterio de la santidad original de María, tan puro, tan santo y tan lleno de amor. Y que esto es así porque así lo han determinado Jesús y el Padre. No puede pasar desapercibido este don inefable en el corazón enamorado de la concepcionista.

No. No puede caer desapercibido, porque, para un corazón que ama con amor esponsal, tomar conciencia de ello siempre será un fuerte impulso y una motivación eficaz para la fidelidad. ¿Cómo no ha de conmover su corazón y comprometer todo su amor, su esfuerzo y sacrificio, el recuerdo de que su vocación, con todos los bienes que ya conoce y que irá descubriendo en el futuro, es la revelación de que es Dios quien ha pensado en ella, ha penetrado en su amor y ha decidido quedarse con él por entero? Sí, ha pensado en su vida y la ha destinado para que la viva como él, de la misma forma y compromiso que él. ¿Puede darse más amor e intimidad?

Y mire la concepcionista que también le revela su Boca divina con cuánta atención, cuidado y amor lo hace. Escuche: «Por aquellos días fue Jesús a la montaña para orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando llegó el día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó apóstoles» (Lc 6,12-13). Este fragmento del Evangelio nos revela la génesis de nuestra vocación, cómo hemos sido «llamadas», por qué ha florecido en nuestro corazón la vocación. Jesús la ha conferido con el Padre. La han tratado los dos con cuidado, con amor, en oración.

Análogamente a como aparece en el Génesis de forma más solemne la creación del hombre del resto de la creación, y es Dios quien interviene en ello de modo más personal, así sucede con la vocación consagrada al Reino, como la del Redentor. La confieren Jesús y el Padre, estando muy presente su Amor, que es el Espíritu. Por ello, Jesús pudo decirnos después: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros,

y os designé para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16).

Por la mente, por el corazón de Dios, por sus ojos divinos ha pasado nuestro nombre, que en sentido bíblico equivale a persona. Se han fijado en él, lo han detenido, y nos han «elegido». Han conferido mutuamente la Trinidad adorable cómo nos querían Ellos que existiésemos como persona y con relación a Ellos. Nos han amado de modo privilegiado, que ésta es la vocación, y nos han retenido para Ellos. Han puesto su confianza y su amor en nosotras, y nos han llamado por nuestro nombre: ¡concepcionistas! Así han querido Ellos que vivamos en su presencia. ¡Así hemos quedado elegidas! ¡Así han querido Ellos «crearnos» en el «orden» de la «gracia», «hacernos» espirituales para Ellos! Así han decidido el puesto que hemos de ocupar y qué función en el orden de la nueva creación iniciada por Cristo y María, nueva Eva. Así, de esta forma privilegiada como es el de vivir de modo peculiar esta espiritualidad de la nueva creación desde un amor esponsal, que esto es ser concepcionistas, hijas y seguidoras de María Inmaculada.

¡Oh grandeza y misericordia de Dios que ha querido en su designio divino tratar tan amorosamente nuestra vocación! Bien podemos cuidar este nombre nuevo que nos ha dado, con cariño y firmeza para no perderlo. Pues él nos trae todo su amor, su designio sobre nosotras, las gracias que hemos de vivir y secundar para llevarlo a su plenitud. Bien podemos decir que la infidelidad a la vocación es infidelidad a la gracia divina, a su amor. Y es infidelidad a nuestro mismo ser.

Bien puede aquí la concepcionista esforzarse cuanto el hecho lo requiere por imitar a su dulce Madre Inmaculada y conferir en su corazón, como ella confería, todos los acontecimientos de su vocación (Lc 2,51). Tratar la elección con mucho respeto, tanto como que es Dios quien nos ha elegido, como «don irrevocable» (Rom 11,29), para darnos un determinado modo de ser en su presencia. Así, para que dé fruto que permanezca (Jn 15,16). No es, por tanto, para que perdamos el tiempo en pequeñeces, sino para que esforcemos nuestro amor cuanto podamos, a fin de dar fruto y llegar a ser la esposa querida que Dios ha deseado de nosotras. Por

algo y para algo, nuestra Orden es la de la santidad de María, la que debe perpetuarla en el tiempo, en su Iglesia, con nuestro comportamiento. Fidelidad, pues, a nuestra vocación a la santidad, a la liberación del pecado, es fidelidad también a la «Llena de gracia», nuestra Madre Inmaculada, es fidelidad a nuestra Fundadora, que dio su vida a Dios en constante inmolación para darnos la vida concepcionista a nosotras.

¡Déjese, por tanto, la concepcionista amar como esposa por Dios! Déjese; deje que el que le dio la vida se la siga dando tan amorosamente que quiera identificarla con él. ¡Déjese que él complete su obra, su creación en ella! ¡Déjese, porque si su vocación es la santidad, sólo el «beso» de Dios en su alma lo puede hacer, la puede llevar a la santidad!

Si en nuestra creación fue el soplo del Omnipotente quien nos dio vida, como nos dice su Palabra (Gén 2,7; Job 33,4), ahora, en nuestra elección, es el «beso» amoroso de Dios en nuestra alma el que produce la santidad, que es la vida de nuestra vocación, pues que él es impulso hacia la santidad y hacia la de los demás hermanos. Y esto sólo puede hacerlo el aliento de quien es la santidad, Dios, cuyos latidos de vida son impulsos de santidad que arrastra al alma tras de ella. Es el «dime dónde apacientas» de la esposa; el «ven y sígueme» del Evangelio, «aspiración» y «respiración» que conduce a la concepcionista a la plenitud de su vida y creación, que es la identificación con Cristo redentor, desde su vocación mariana.

Es delicioso este modo de respirar Cristo en el alma que desea seguirle. Es delicioso el modo de decirle cómo la quiere desprendida de toda posesión para poder ser poseída por él. He aquí sus palabras a quien se interesó por la vida eterna (Mc 10,17-31). Jesús lo miró con amor y le dijo: «Te queda una cosa por hacer: Anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres... Después, ven y sígueme llevando tu cruz». Es un imperativo de la vocación quedarse sin nada para llenarse del espíritu del que nos «llama». Es un imperativo porque Dios, Cristo, es un Dios celoso que desea todo el amor de la concepcionista. Porque Cristo es la plenitud, es la santidad. No necesita completarse con nada, no puede nada resistir la fuerza de su espíritu y santidad, porque todo está manchado en su

presencia. Esto piénselo mucho la concepcionista, que es un agravio a él pretender que él habite su corazón estando ocupado por otras cosas que le rebajen. ¡No debe permitirlo nunca su amor! ¡María nunca lo permitió!

Nos lo dice él: «Si alguno viene a mí y no deja a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, y aun su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no carga con su cruz y viene tras de mí, no puede ser mi discípulo... el que de vosotros no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,25-35). A Jesús se le entiende después de haberle experimentado. Pero no se le puede experimentar si no se pospone todo por él. Es Esposo, y es Redentor, y siempre habla de amor y de cruz. Para llegar al amor de Cristo, Esposo, la concepcionista tiene que acercarse como María, su Madre, sin nada más que el amor en su corazón y la entrega en su voluntad hasta el mayor sacrificio. Desposeída de todo, desarraigada de todo afecto que aprisione el corazón. A Dios se le posee en la paz, y ésta viene en el olvido de todo y en el propio vencimiento. Debe estar solo el corazón de la concepcionista con su Dios. Recuerde con qué dedicación y amor sigue sus pasos el Espíritu Santo en toda su vida monástica para llenarla de Dios. ¡No tenga miedo, pues!

Cuenta mucho, y es muy significativo en el modo de vivir su amor, también el cambio incluso en lo material que se opera en la concepcionista, expresión del que se efectúa en su interior. Cuando nos decidimos seguir a Cristo, ingresar en el Monasterio y entregarnos a su servicio y amor, todo cambia en nuestra vida, aunque antes también conociésemos y amásemos a Jesús. Pero el hecho de seguirle tan de cerca, de «consagrarnos» a su amor así, en exclusiva, nos hace cambiar de residencia, de vestido, de costumbres. Es que hemos cambiado de modo de amar, y tenemos que cambiar de modo de ser, como hemos apuntado arriba. Desde que ingresamos en el Monasterio, nuestra vida tiende a un verdadero contrato matrimonial que se consuma el día de la profesión solemne, en el que se comparte el amor, los bienes y los intereses del Esposo, su sacrificio y redención, su ser divino y... su modo de ser.

La alianza o anillo que recibimos el día de nuestra «consagración» solemne con la imagen del Esposo crucificado, ya es un programa de vida, de fidelidad y amor eterno al espíritu redentor del Esposo Cristo. Nuestro hábito blanco y austero, «signo de nuestra consagración» (PC 17), distingue nuestra personalidad humana, tendente a la restauración del proyecto creador de Dios sobre el hombre en una era que comenzó con la redención. Y el manto azul celeste que cubre nuestro cuerpo evoca la santidad de María, su modo virginal de vivir para Dios, de amar a Dios, sin sombra de pecado. Así queda configurada la concepcionista: esposa del Redentor y «destinada» para ser como él, redención para los demás; «consagrada» para el amor universal, para la santidad.

La vocación nos santifica, según nos dice san Pablo: «A los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos» (1 Cor 1,2). Y dilata nuestra personalidad más y más a medida que más penetramos en la Kénosis del Esposo redentor, que es la puesta en práctica de su amor, en su forma de vida. «Porque en él fuisteis enriquecidos en todo, en toda palabra y en todo conocimiento, en la medida que el testimonio de Cristo se afirmó en vosotros; de tal modo que no os falta ningún carisma a los que esperáis la revelación de nuestro Señor Jesucristo. Él os conservará irreprensibles hasta el fin en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión de su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor» (1 Cor 1,5-9).

Por ello, mire la concepcionista cuánto le importa dejar a Cristo que viva su vida, facilitarle «el beso de su boca» en su corazón viviendo su presencia constante en él, presentándoselo vacío de todo lo que le impida a él «estar», «vivir», «respirar» en él. Mire la concepcionista que Jesús quiere ahora prolongar en su consagración monástica su modo de vivir y de amar al Padre y a los hermanos que tuvo en la tierra. Prolongar su realidad y experiencia humana casta, pobre, obediente, de silencio, oración e inmolación, por amor al Padre y a los hermanos. ¡Tanta grandeza quiere confiarle Cristo, y esto como a esposa!

Por ello es que, cuanta más identificación consiga con él, más plenitud dará a su vocación, más santidad a la Iglesia; más incidirá en la misma, en los corazones de los hombres,

el proyecto creador del Padre, la presencia redentora de Cristo, la acción santificadora del Espíritu, la mediación maternal de María, pues que en el Cuerpo de Cristo todos somos vasos comunicantes.

Su consagración concepcionista consagra así el mundo y cuanto hay en él, porque ésta es la misión de Jesús, que sigue viviendo en ella, y de María. Y mediante la concepcionista fiel, Cristo, el «Consagrado» del Padre, actualiza su propia entrega y consagración a Dios. Y desde Cristo, el Padre toma su vida, su inmolación, como en otro tiempo lo hiciera con los levitas (Núm 3,12), por el bien y salvación de los hombres, convirtiendo así a la concepcionista en redención de sus hermanos.

Por otra parte, Cristo glorifica al Padre desde ella, porque actúa en ella su soberanía sobre el mundo, que es soberanía del Padre, pues desde el corazón despojado y fiel de la concepcionista que es toda de Dios y vive sólo para Dios, Dios reina en la tierra. Así, desde esta realidad es como sólo la presencia o estancia de la concepcionista en el Monasterio es bendición para los pueblos. ¡Oh, la fidelidad!, ¡cuántos bienes trae a la tierra! En cambio, la esposa infiel nada de esto consigue.

Y esa misma gracia de «sentirse» tan amada por Dios y «deseada» por él, como lo manifiesta su vocación, la concepcionista, como María, trabaja para hacer que la experimenten otros hermanos. Ruega al Esposo para que ellos, aun en medio del mundo, se sientan «amados», «participen» la dicha de sentirse «buscados» por Dios, como nos amonesta el Apóstol: «Es justo que yo sienta así de todos vosotros, pues os llevo en el corazón... sois todos partícipes de mi gracia...» (Flp 1,7-11).

Estas maravillas, queridas hermanas, puede hacer el Señor con nuestro pequeño ser si le dejamos, porque el valor lo da él. Miremos qué hizo con los apóstoles. De rudos hombres los hizo columnas de su Iglesia. ¿Se lo figuraron ellos? ¡De ninguna manera! Así seamos nosotras también fieles a su «llamada», a su acción en nuestra alma, a su espíritu redentor, a su amor profundo.

Miremos la excelencia de nuestra vocación que no merecemos. Miremos a qué nos llama, a cimentarnos en Cristo

Redentor, nuestra Roca y Esposo. Cimentarnos en su vida, en su espíritu, en su doctrina, en su amor. Y entendamos bien la excelencia de seguimiento tan cercano. Lo que es lícito para los que no son llamados a seguirle en su modo de vida, como son las satisfacciones de un hogar confortador y de una atención cercana a la familia (Lc 9,57-60), para nosotras no. Nosotras tenemos que anteponer el amor y la austeridad de vida del Esposo a todo lo creado.

Porque el destino que Dios da a nuestra vida está por encima de esas ocupaciones, y así hemos de entregarnos al Reino del Esposo dejándolo todo de una vez para siempre (Lc 9,61-62). Porque nuestra vocación es compartir la misma vocación del Esposo. Por eso exige una entrega total por encima de todos los valores de la creación.

Dios lo creó todo, y él mismo mandó el amor a la familia: «Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen sobre la tierra» (Éx 20,12), y esto es bueno (Gén 1,31), pero es que el seguimiento cercano de Cristo, el empeñarse en su misma vocación está por encima de todo, porque nos orienta hacia el hombre perfecto, hacia la nueva creación que inició él, invitándonos a trascendernos aun en esta carne de pecado que tenemos, identificándonos con él, redimiéndonos, elevando nuestro espíritu con el espíritu de la redención, para que sea signo a los hermanos que luchan en el mundo del sentido y fin que tienen que dar a su vivir y acontecer diario, signo de lo que están destinados a ser en su retorno al Padre.

Con todas estas renuncias o forma de vida distinta de la generalidad de los cristianos no es que Jesús quiera hacernos insensibles al amor familiar, no. De hecho, el Evangelio, cuyo espíritu recogen nuestros Estatutos y Constituciones, nos ordena que atendamos las necesidades de nuestros padres o familiares según nuestras posibilidades. Lo que sí nos pide Jesús es el desprendimiento o despegue total de todos los valores creados tanto de familia como de cosas. Aunque después haya que atenderles como lo pide el espíritu cristiano (Mt 15,1-6). Pero en el momento de decidirnos a seguir a Cristo hemos de romper con todo, de corazón, sin saber si después nos va a ser posible atenderles. Es la diferencia que hay entre las «llamadas» del Antiguo a las del Nuevo Testamento. Y es muy

necesario tener en cuenta esta diferencia para después no sucumbir a la tentación de retroceder, en ascesis, al valor de la vocación neotestamentaria ante la exigencia de Jesús.

Está ya declarado por Jesús «que el menor en el Reino de los cielos es mayor que Juan el Bautista» (Mt 11,11), por ello es superior la vocación del Nuevo Testamento a la del Antiguo, porque la revelación plena se nos dio en Cristo, es decir, el modo de ser de Dios, su santidad y amor se concretizó en Cristo en su plenitud, como no se había dado en el Antiguo Testamento. Esto está muy claro. Pero aún necesitamos recordarlo para que no se nos olvide la exigencia de amor y entrega a que estamos comprometidas. Veamos. Por ejemplo, a Elíseo, al ser llamado por Elías para acompañarle en su misión, no se le negó «dar un beso a su padre y a su madre antes de seguirle». «Anda, vuélvete, le respondió Elías (1 Re 19,19-21), pero mira lo que he hecho contigo.» En cambio, Cristo Jesús, a quien le dijo: «Yo te seguiré, Señor, mas permíteme que me despida antes de mi familia», le contestó: «Nadie que ponga la mano en el arado y mire atrás es apto para el Reino de Dios». Y a otro que le propuso: «Señor, déjame antes ir a enterrar a mi padre», le contestó: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ven a anunciar el Reino de Dios» (Lc 9,59-62).

Es significativo que Jesús mencione el arado en la primera respuesta, para, de algún modo, relacionar nuestra vocación con la de Elíseo y que confrontemos más fácilmente la diferencia de nuestra exigencia vocacional con la suya. Y a pesar de que está tan claro, aún tendemos a quedarnos con la exigencia de la vocación de Elíseo, dejando en la boca de Jesús sus palabras sin eficacia. No es que Jesús quiera secar el amor familiar en nuestro corazón, no, lo que quiere es que tengamos muy claro que antes que nuestra familia tiene que estar su amor en nuestro corazón con fuerza, anteponiendo su seguimiento a cualquier gusto o exigencia familiar. Nada que enturbie nuestra entrega ferviente, generosa, total, a su servicio o amor, hemos de permitirnos en nuestras relaciones familiares. Y esto hemos de saberlo cada monja, atendiendo a lo que nos reclama el amor redentor del Esposo para llenar nuestra vocación concepcionista, es decir, vivirla con la plenitud de amor, entrega

y renuncia con que la vivió María Inmaculada, modelo nuestro en el modo de vivir el amor de nuestra vocación, que así es como ha de subirse el Monte de la Concepción, imitándola.

Porque, como he dicho repetidas veces, la llamada de Jesús supera y recupera todo valor, porque es llamada a seguirle a él mismo, que es Dios, que es superior a todo otro amor. Elías, o el Antiguo Testamento por ejemplo, aunque eran movidos por el espíritu de Cristo, no eran el mismo Cristo, por tanto, su exigencia era inferior, por eso no elevaba tanto su «llamada» como eleva la de Jesús. Cristo, sí. Él nos «llama» para que hagamos como él hizo. Tanto nos ama, que quiere meterse en nuestro corazón tal cual es, para hacerse uno con nosotros y darnos así también su misma gloria: «Ejemplo os he dado para que hagáis vosotros como yo hice» (Jn 13,15).

Y lo que Jesús hizo, ya lo vemos en el Evangelio, desde el despojo de su condición divina hasta la muerte en cruz, despojado hasta del consuelo del Padre. Y el mismo Padre es modelo también en esto, entregando a la muerte a su Hijo amado por amor nuestro. Entregó a la muerte lo que más amaba, e incluso renunció al consuelo de consolar a su Hijo Predilecto en su agonía para darnos más vida a nosotros.

Y, ¿qué decimos de María, nosotras concepcionistas, despojada de todo, hasta del cariño sensible de su Hijo, como lo demuestran las veces que de ella habla el Evangelio?; despojo sufriente que ella aceptaba generosamente para vivir el espíritu de su Hijo y para que el espíritu de su Hijo fuera vivido por nosotros (Jn 2,4; Lc 11,27-28; Mt 12,46-50). No olvidemos, hermanas queridas, que nuestra Orden es la de la santidad purísima de María, repito, la de su desarraigo y renuncia, liberada, por tanto, de toda atadura terrena. La de su amor y entrega, la de su generosidad, que ahora hemos de imitar. María no se olvidó nunca de su misión en la tierra. Fue consecuente con ella. Vivió para ella, porque vivía sólo para Dios.

Por ello hemos de entender bien cómo hemos de vivir la nuestra, con cuánta disponibilidad y respeto al querer de Dios. Pensando que es una identificación con Cristo la que se desprende de su «llamada», y ésta es nuestra suprema elevación. Él «llama» para seguir su espíritu, que es espíritu de Dios; su

santidad, que es santidad de Dios; su amor, que es amor de Dios; su modo de ser, que es el modo de ser y de pensar de Dios. ¡Miremos si alcanza cumbre esta vocación!

Y esto hay que entenderlo así, sencillamente, como Jesús lo trataba, y vivirlo como Jesús lo propuso para que pueda desembocar en el gozo y en el fruto que tanto Jesús como sus discípulos saborearon después de haber cumplido la misión que les había dado con el espíritu y despojo que les había exigido: «En aquel momento, lleno de gozo bajo la acción del Espíritu Santo, dijo: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque, habiendo ocultado estas cosas a los hombres sabios y hábiles, se las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, porque así te agradó. Mi Padre me ha entregado todo y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo". Y volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: "¡Dichosos los ojos que ven lo que veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron"» (Lc 10,21-24).

No pasemos por alto, hermanas queridas, esta frase: «¡Dichosos los ojos que ven lo que veis!». ¿No es análoga a ésta: «Dichosos los que creyeron sin haber visto?» (Jn 20,29). Es decir, dichosas nosotras si *vemos* lo que *vieron* los discípulos, y *como* lo *vieron* los discípulos, mediante nuestra fe. Para vivir como vivieron los discípulos. Para seguir a Jesús como lo siguieron los discípulos, hasta dar la sangre por él. ¡Qué dichosas! ¡Qué ventajas y qué suerte ser hijas de la plenitud de Cristo, que es el Nuevo Testamento! Éste es el «mediodía», la plenitud de la luz, donde la esposa ve apacentar al Esposo su ganado. «La plenitud de los tiempos» (Gál 4,4), cuando el «Día» de la revelación llegó a su cumbre. «Día» en que Cristo reparte sus dones como quiere (Mt 20,13-15), y que la concepcionista ha de agradecer por haberla llamado a apacentar donde él apacienta, «para que no ande más errante tras los rebaños de sus compañeros». Para que llegue así a la edad perfecta, como ha de ser en el cielo (Mt 12,18-27). Para que aún aquí en la tierra ame y viva para un Dios vivo espiritual. Y así su empeño sea enriquecerse del espíritu del nuevo Adán;

viva así la generosidad de la entrega y ascesis de la vocación evangélica, su desarraigo, su amor.

El modo de vivir la propia vocación es determinante para su realización. La vivencia de ella debería ser para nosotras tan fuerte como se manifestó Jeremías en la suya a pesar de tantas dificultades como tuvo que soportar, y aún más. Dice el Profeta hablando al Señor: «Cuando encontraba palabras tuyas las devoraba; tus palabras eran mi gozo y la alegría de mi corazón, porque tu nombre fue pronunciado sobre mí, Señor, Dios de los Ejércitos» (Jer 15,16).

¿Por qué no sentimos como Jeremías, nosotras, y aún más, respecto de nuestra vocación? ¿Por qué nuestro gozo y alegría al vivir nuestra vocación no es tan intenso y vehemente como el de Jeremías? La razón de su intenso gozo al leer la Palabra de Dios nos la da él mismo. Dice: «Porque tu nombre fue pronunciado sobre mí, Señor». Es decir, porque se le llamó a ser «profeta», «voz» o «boca» de la Palabra de Dios. Esa «llamada» es la que le devoraba las entrañas.

Pues eso mismo ha ocurrido con nosotras, hermanas queridas. Lo que fue para el Profeta la Palabra de Dios es para nosotras la Persona misma de Jesús. Para el Profeta, su vocación fue la Palabra de Dios. Para nosotras, nuestra vocación es la Persona de Jesús. Sobre Jeremías se pronunció la Palabra de Dios; sobre nosotras, la Persona de Jesús; por eso se cifra nuestra vocación en seguirle, vivir como él vivió, amar lo que amó y como lo amó, pensar como pensó. ¿Y es posible, hermanas queridas, que, siendo nuestra vocación la Persona misma de Jesús, no nos encienda en mayor fuego de amor que a Jeremías la Palabra divina? Es más plenitud Cristo mismo en persona, que sólo en su Palabra, porque en él tenemos cifrada, en un punto, toda la revelación, toda la Palabra de Dios y su amor.

¡Oh, hermanas, que todo depende de cómo acojamos esa divina Persona de Jesús, de la fe que pongamos en nuestra vocación, del empeño, decisión, seriedad y amor que pongamos en vivirla, en responder a Dios, de cómo dejemos que la «llamada» domine todo nuestro ser, lo arranque de todo lo caduco y falso y lo oriente sólo hacia la persona de Jesús, se deje absorber por el amado Esposo redentor! ¿Por qué no

podemos decirle también nosotras, con toda verdad, que encontrarnos contigo, Jesús, es una fuerza interior que nos devora, pensar en ti, un fuego que nos quema, vivir como tú es nuestra delicia, y amarte y amar como tú, la alegría y gozo de nuestro corazón? ¿Por qué, hermanas? ¿Por qué no nos devora las entrañas el amor de Jesús?

Pongamos cada una lo que falta para que sea así, o quitemos de nuestro corazón lo que sobra. Miremos que todo depende de nosotras, de verdad, de la decisión o determinación que pongamos en nuestra voluntad, de centrar toda nuestra vida, nuestras fuerzas, nuestro amor, en dejar las cosas de la tierra para entregarnos sólo a vivir y amar la Persona de Jesús. Miremos que, si Abrahán fue grande en la respuesta a Dios, no fue porque fuera más grande su misión que la nuestra, sino por la fidelidad de la respuesta. Su misión fue preparar la nuestra, preparar el Pueblo donde nacería el Redentor, el Restaurador del pecado. Nuestra misión es realizar ya, viviendo a la Persona del Redentor, esa restauración. ¿Por qué no nos hace más grandes que a él en la fe, en el desarraigo, en el sacrificio, en el amor? De verdad que depende de nuestra determinación o respuesta, no de la gracia de Dios, pues por Jesús, en la vocación de seguirle tan de cerca, «se nos ha dado gracia sobre gracia» (Jn 1,16).

La «llamada» a seguir a Jesús tan de cerca compromete nuestro ser las veinticuatro horas del día, como a los apóstoles. A ellos no les permitió seguirle a temporadas, sino que les pidió renunciar al derecho de «ser», «hacer» y «tener» de una vez para siempre. Y así, ellos «hicieron», «tuvieron» y «fueron» lo que Jesús quiso: ¡Santos! Les absorbió la persona de Jesús y su misión, y por eso participaron tanto el «ser» y el «hacer» de Jesús, ¡tan intensamente dieron la vida por él! ¡Miremos, hermanas queridas, si lo tomaron en serio!, y lo consiguieron en medio de grandes dificultades, tantas, que perdieron la vida en el empeño.

San Pedro, como testigo de ello, nos dice: «Puesto que su divino poder nos ha otorgado lo necesario para la vida y la piedad mediante el *conocimiento* del que nos ha llamado para manifestación de su propia gloria y virtud, y por haber derramado sobre nosotros preciosas y ricas promesas en orden a

hacernos participantes de la naturaleza divina, una vez que hayamos escapado de la corrupción que existe en el mundo por causa de la concupiscencia... esforzaos con toda diligencia en mostrar en vuestra fe *virtud,* en la virtud ciencia, en la ciencia templanza, en la templanza paciencia, en la paciencia piedad, en la piedad amor fraterno, en el amor fraterno caridad... Consiguientemente, hermanos, esforzaos más y más por asegurar vuestra vocación y elección; de esta manera no tropezaréis jamás» (2 Pe 1,3-10). Con su vida y con su sangre escribió san Pedro estas palabras. Hasta ahí tiene que llegar la praxis de nuestra vocación.

Miremos, hermanas, ¡cuánto importa nuestra fidelidad!, para que no se pierda en la Iglesia la santidad que Cristo quiere y prepara para ella dándonos esta vocación que contiene gracia en sí misma, pues que imita el modo de vivir de Cristo y nos hace vivir esta gracia con un nivel de heroísmo no común, exigiéndonos tanta renuncia a nuestra naturaleza humana como ella conlleva, ¡tanto amor, por tanto! ¿Verdad que quien no da satisfacciones a su carne por amor a Dios, que deja a su cuerpo sin otra sensación que la del amor que ha puesto en su Dios, crecerá con fuerza y facilidad en amor divino, en la transformación en Cristo, pues que su naturaleza encuentra menos lastre o sensación humana que espiritualizar que en otros estados?

Pues esta vocación tan sublime en la Iglesia, que no pierde fuerzas espirituales en depurar goces o satisfacciones humanas que en otros estados habría que purificar, sino que todo nuestro hacer y acontecer se nos convierte en elevación hacia la unidad del amor, espíritu y vida del amado Esposo redentor, porque hace y apacienta donde él apacienta, es lo que el Esposo quiere salvar en su Iglesia mediante nuestra fidelidad.

Seamos muy fieles en esto y dejemos a Dios el cuidado de nuestra persona. Dios, que nos ha creado, sabe que, para que nos mantengamos en un equilibrio sano, necesitamos experimentar en nuestro ser la fuerza o satisfacción del amor. Lo sabe. Por ello, cuando renunciamos a tantas satisfacciones naturales, él nos llena el alma de las espirituales: de su paz, de su amor, de su presencia, que desbordan en mucho la intensidad y sublimidad de las naturales. Por tanto, hermanas,

aunque cueste a nuestra naturaleza caída hacerlo, esforcémonos por evitar también en nuestra vida la comodidad, los pasatiempos inútiles, las vanidades. Que no entren en nuestra vida porque no entraron en la de Jesús. Dejemos sólo que entren las delicias del espíritu, que se gozan en la desnudez de las cosas creadas.

Aunque nos cueste. Tenemos que ponernos a seguir a Jesús desde este supuesto. Arrancarnos del pecado exige esfuerzo. Pero ha de ser así. Hemos de soportar en la propia santificación verdaderos dolores de parto, como la tierra hasta formarse como está, que ha tenido que pasar por verdaderas catástrofes. Así ha de suceder en la lucha contra el mal en nuestro interior. Todo lo que sea formar un nuevo ser exige dolor y esfuerzo. Transformar nuestro amor humano y egoísta en el divino lleva consigo el bloqueo de muchas apetencias desordenadas y muy arraigadas en nuestra carne, lleva consigo la muerte de nuestro «yo» para que nazca el nuevo ser endiosado. ¡Cuesta, sí, pero merece la pena!

Es la ascesis, en su doble vertiente, espiritual y material, una dificultad que se le puede presentar con facilidad a la concepcionista. Se suele decir hoy que la mortificación no es importante en el seguimiento de Cristo. Para la generalidad, no sé. Ellos lo verán, pero Cristo distingue dos seguimientos, vamos, dos modos de seguirle. No es poco significativo al respecto el pasaje evangélico de Mt 8,18-23. Se nos dice que, «viendo Jesús muchas personas en torno a él ordenó marchar a la otra orilla». Por lo que sigue, no parece que fuera el hecho de querer separarse de la multitud, descansar o hacer oración lo que hizo actuar así a Jesús, sino ponernos de relieve la diferencia del seguimiento general de Jesús al cercano. Que a un cristiano, para serlo de verdad, no se le exige el despojo y la desnudez de las cosas que él exige a quien le sigue de cerca: «las raposas tienen cuevas...», etc., ni se le dice que «deje a los muertos sepultar a sus muertos». No. Y por una razón muy fuerte. Porque la gracia que recibe quien es llamado por el Padre al seguimiento más cercano de Cristo conlleva una participación más intensa en las obras y en la santidad de su Hijo. (No perdamos de vista, al respecto, que Jesús llama

muertos a los que no atendían su seguimiento. Verdaderamente que ir tras de él es ir tras de la Vida.)

Esto no es cualquier cosa. La Iglesia, como Esposa de Cristo redentor, recoge esta mente divina sobre los que somos llamados a seguirle más comprometidamente, y nos dice que los que somos llamados a prolongar a Cristo en su contemplación, hemos de ordenar nuestra vida en la soledad, en el silencio, en la asidua oración y generosa penitencia (PC 7), y en la humildad para participar en su anonadamiento a la vez que de su vida en el espíritu (PC 5).

Si estamos llamadas a «participar de su vida en el espíritu», y si el Espíritu fue quien le empujó a Jesús hacia el desierto, a la oración y al ayuno, nos podemos preguntar, hermanas queridas: si el Espíritu empuja a la oración y a la penitencia, cuando nos sentimos movidas a cambiar nuestro lecho duro por uno blando; nuestro hábito austero que mortifica por otro ligero y suave; cuando nos sentimos inclinadas a dejar la disciplina monástica, sobre todo la del silencio, la mortificación en los alimentos; los ayunos, y evitamos hurtar al cuerpo el descanso —con prudencia— para entregarnos a la alabanza divina y oración; cuando tratamos de evitar todo lo que molesta al cuerpo, ¿qué espíritu nos mueve?, ¿el Espíritu Santo acaso? La Palabra de Dios nos dice que no. Y sabemos, por otra parte, que en el hombre viven dos tendencias, la del espíritu y la de la carne (Gál 5,16-25). Si nos dejamos conducir por la carne, ¿dónde vamos? ¿Seguimos así a Cristo? ¿Sirve así nuestra vida para algo en la Iglesia?

San Pablo nos dice que «los que son de Cristo crucifican su carne con sus pasiones y concupiscencias» para poder dar después «los frutos del Espíritu: caridad, alegría, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia». ¡Oh, qué fuente tan inmensa ésta para reflexionar, hermanas queridas, y mantenernos vigorosas en la ascesis de Cristo! Nos conviene no olvidar que la ascesis, después de Cristo y de las fuertes persecuciones de la Iglesia en los primeros siglos, se refugió y floreció en los fervientes cristianos, a los que ya no les era posible el martirio. Ellos fueron los fundadores de la vida monástica.

Fue el modo de participar los primeros cristianos el espíritu redentor de Cristo. Hoy, la Iglesia también nos dice que hemos de «asociarnos a la obra de la redención de Cristo». Pues si hemos de asociarnos, mirémosle. Puesto a redimir, ¿qué haría Cristo ante un lecho duro y otro blando, por ejemplo?, ¿qué haría?, ¿escogería el blando? Bien claro nos dijo que no, cuando para nacer escogió un pesebre y para morir, la dureza de una Cruz. Miremos, hermanas queridas, que, así como la piedra no se levanta sin esfuerzo, así el mundo hoy, que está dejando a Dios por sistema, no se levantará y acercará a Cristo si no es con grandes esfuerzos y amor.

Miremos, hermanas, que, si nos sentimos extrañas ante estas prácticas de ascesis, de renuncia, de oración, de mortificación, ¿no será que en lugar de estar siguiendo a Cristo de «cerca» lo estemos siguiendo de «lejos» y que, por ello, entre el trecho que nos separa de él se ha metido el espíritu del mundo que nos hace sentir extraño el espíritu de inmolación de Cristo el Esposo redentor? ¿No hemos sido llamadas a apacentar dónde y lo que él apacienta, Kénosis, renuncia, cruz?

Examinemos un poco nuestra vida consagrada, hermanas mías, a la luz de la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* de Su Santidad Juan Pablo II, examinémosla, a ver si la hemos distanciado de Cristo, porque, si la esencia de la vida consagrada es seguir a Jesús de «cerca», ¿qué seremos o haremos en la Iglesia si le seguimos de lejos? ¿Conseguiremos las concepcionistas acercar a la humanidad a Cristo y al conocimiento y amor del Padre si no participamos intensamente de su espíritu redentor?

Quizá hayan quedado algunas cosas sin aclarar de cuanto hemos reflexionado, hermanas queridas. No nos hemos detenido en ello porque esperamos tratarlo, con el favor de Dios, adelante, cuando reflexionemos sobre la obediencia, pobreza, castidad, clausura, oración, silencio, soledad, penitencia, para ayudamos a vivirlos con el espíritu de Cristo, sin exageraciones que estén fuera del Evangelio y del sentido común y nuestras fuerzas personales, pero también sin tibieza ni blanduras que nos alejen del espíritu redentor de nuestro Esposo, Cristo, y de María, primera redimida y colaboradora de Cristo en nuestra redención (LG 61).

Lo que nos concierne reflexionar en este capítulo ahora es el cambio de vida que significa para nosotras ser concepcionistas. Es decir, vivir nuestro amor y vida consagrada lo más parecida posible a como la vivió María Inmaculada. Que responder a la «llamada» de Cristo significa cambiar de modo de ser y de pensar, que es volver la vida distinta, porque es «llamada» a llevar nuestro amor, por grados, a la perfección, al amor perfecto de Dios dejando que tome cuerpo en nuestra alma, de modo que la cambie.

Es dejar la soberbia para que nos gobierne la humildad; dejar los deseos del mundo por los del espíritu. Cambiar el juicio y la condena por la disculpa y comprensión, la venganza por el perdón amoroso; la resistencia por la entrega. Sentirnos elegidas es sentir la «llamada» al «deseo» de Dios, no de las cosas de la tierra. Es sentir la «llamada» a ser distinta, a buscar la sublimidad en la actuación para llegar hasta esa Boca divina, hasta su identificación, que es la santidad, a esos aires de Dios que purifican nuestro ser y lo llenan de gracia.

Y, porque el fin de toda consagración religiosa es teologizarnos bajo un determinado carisma, el cual hace fuerte la presencia de Cristo en la Iglesia en un determinado aspecto para su cristificación total en orden a la salvación universal, miremos las concepcionistas, hermanas queridas, que el aspecto de Cristo que nosotras tenemos que hacer presente con fuerza en la Iglesia es su Kénosis redentora, para vivir con propiedad el misterio de la santidad original de María, nuestra liberación del pecado y la de los hermanos.

Dejemos, pues, que nuestro ser se transforme en el de Cristo, que nuestra lengua evite toda palabra incoherente a nuestro estado; que nuestro oído no escuche nada que no suene a Dios y sus intereses salvadores, que nuestra vista la mantengamos pura, modesta y mortificada. Que nuestra inteligencia y voluntad las empleemos para más conocer, amar y servir a Dios y al hermano. Que nuestra libertad y vigor los rindamos amorosamente en la práctica de nuestras obligaciones monásticas. Y hagámoslo pensando que no nos ha «llamado» un hombre, sino Dios, y que en Dios hemos de transformarnos para que nuestra vida consagrada tenga ¡la eficacia de Dios!

3.º *Cómo hemos de vivir la obediencia a la vocación.*

Y con esto, pasamos ya a la última parte, que es cómo hemos de vivir la obediencia a la «llamada», a la vocación. Cómo hemos de evitar las dificultades, con qué prontitud hemos de seguirla, y con qué agradecimiento; que es lo que se desprende de las vocaciones de los que siguieron a Jesús, que nos cuenta el Evangelio.

Entre ellas tomamos la de san Mateo para nuestra enseñanza. ¡Qué fuerza de atracción tuvo la palabra de Jesús para él! Dice el texto: «Salió —Jesús—, vio a un publicano, llamado Leví, sentado en su oficina, y le dijo: "Sígueme". Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió. Obsequió a Jesús con un gran banquete en su casa» (Lc 5,27-29).

Mateo dejó todo inmediatamente y le siguió. Éste es el ritmo que Jesús merece en su seguimiento. Sin duda que tuvo que «arrancarse» de su telonio, que era su ambiente y su medio de vida. Y después le dio un gran convite en agradecimiento. Ésta es la respuesta adecuada que Jesús merece. Así, celebrando la «llamada» con un convite. ¡Qué bien entendió san Mateo la gracia que se le había regalado cuando se le llamó al seguimiento de Cristo! ¿No nos pone esto de manifiesto la frialdad de nuestro amor en la respuesta a la vocación?

Pues, cuando sentimos el corazón vocacionado hacia la vida consagrada, cuántas dudas, vacilaciones y dificultades dejamos que nos invadan. No parece sino que estamos haciéndole un favor a Jesús dejándolo todo y siguiéndole, y, ¡es al contrario! ¡Es Jesús quien nos favorece! ¡Qué distinto del modelo que nos pone Cristo el Esposo revelándonos la gracia de la vocación y el amor con que él espera que la recibamos y respondamos a ella! ¿Lo hacemos así?

Mateo, sí. Mateo respondió con toda justicia y gentileza. Como merece Jesús. Con la expresión de alegría máxima, que es un banquete en el ambiente evangélico. ¿Por qué no ocurre esto ahora? Por desgracia, es el índice revelador de tres realidades que son expresión de la debilidad de la fe de los cristianos en los países que creemos haber llegado a la mayoría de edad, y no es así, sino que responden a un mismo factor negativo: el materialismo exaltado que ahoga el espíritu con tanto consumismo.

El confort desmedido es enemigo de Dios, impide que a él se le dé el valor que tiene, por las causas que reflexionamos en el capítulo de la conversión. Nos estraga el espíritu y nos hace insensibles a la gracia. Por otra parte, el consumismo crea en nosotros una conciencia de superioridad que, si en esta situación llega la llamada divina, nos parece casi un agravio, o una frustración. Al menos lo consideramos como un favor que hacemos a Dios o a los hermanos si la seguimos.

¿Qué sucede? Que se ha invertido la jerarquía de valores en nuestra conciencia. Que nos domina la mente de pecado, no la de Dios, no la de Cristo, y eso, ¡sí que es grave para un cristiano! Sí, grave cosa es postergar de ese modo los valores del Evangelio, «que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios para la salvación» (Rom 1,16).

En todos los vocacionados del Evangelio, excepto en uno, la gracia recoge el mismo fruto de respuesta inmediata y gozosa. Y ese que no responde es por tener el corazón apegado a las riquezas. Aquí está el hombre convirtiendo en mal lo que Dios creó bueno. Da lo mismo que sea apego a las riquezas, como si es a los familiares o puestos de trabajo, todo puede ser igual de malo si no nos dejan captar la «llamada» como un don divino que nos favorece y favorece a la Iglesia.

Aún nos descubre otra causa el episodio de la vocación de san Mateo, que puede también condicionar nuestra respuesta. Es el creernos ya suficientemente buenos y, por lo mismo, sin necesidad de comprometernos más en el seguimiento de Cristo. San Mateo era publicano, que equivalía a pecador para el pueblo judío. De eso tenía conciencia él y, en cambio, respondió agradecido a la llamada de Jesús. No hizo eso el joven rico que era fiel observante de los mandamientos de Dios, ni tampoco aparecen fariseos, maestros de la ley, ni sacerdotes, abiertamente, como seguidores de Cristo. ¡No sabían ser muy sensibles a la gracia! ¿Por qué?

Verdaderamente que el Evangelio hay que recibirlo con corazón humilde, si no qué difícil es corresponder bien a la gracia de elección. Jesús buscaba rodearse de gente así, aunque pecadora, sencilla, donde podía ser entendido, acogido, buscado. Dejemos por ello esa sabiduría humana que nos aleja de Dios y que nada vale ante la sabiduría divina, y miremos que toda

acción divina se desarrolla en la sencillez, la verdad llana y la humildad. Abrámosle así el corazón, no con la complicada sabiduría y santidad farisaica que llegó a «desconocer» la misma Palabra de Dios que ellos creían «conocer» y «guardar» tan celosamente, sino como los niños (Lc 18,17).

La fe nos ayuda a ello. Jesús sale a nuestro encuentro, pero hay que creerle con corazón abierto, ¡lo demás es tan mezquino para él! Escuchemos su Palabra: «Sed fuertes y animosos..., pues Yahvé, tu Dios, va contigo, él no te dejará ni te abandonará» (Dt 31,6). Creyendo así, acogiendo así a Jesús, la «elegida» no temerá las dificultades del nuevo camino que Dios le abre llamándola para Sí, porque el mismo Dios que la llama va con ella y se compromete a estar a su lado: «Yo estaré contigo» (Dt 31,23).

Recuerde también para ayudarse la experiencia de Pablo, el «sabio» según Dios, que supo hacerse necio por Cristo y así llegó a entenderle como pocos. Nos dice él: «Cuantas cosas tuve por ventaja, las juzgo ahora daño por Cristo; más aún, todo lo tengo por daño ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sacrificado todas las cosas y las tengo por basura por ganar a Cristo y encontrarme en él» (Flp 3,7-9). No es extraño, por tanto, que una vocación tan sublime como es la contemplativa encuentre tantas dificultades por parte del mundo, del demonio y de nuestra misma realidad humana.

Y es, como decimos, porque no creemos con fe sencilla, somos complicados y echamos por delante nuestro «yo» en lugar de tener presente el de Dios, y, por eso, tememos. Recordemos un ejemplar bíblico. Nos habla Jeremías de su vocación: «*Yo* dije: "¡Ah, Señor Yahvé, mira que *yo* no sé hablar: *soy* un niño"» (Jer 1,6). Tres veces echa por delante Jeremías su «yo» en tan poco tiempo tratando de «su elección». Es que no había caído en la cuenta de lo que se trataba, de que era una «elección», de que era Dios quien «escogía» y «enviaba». Se miraba sólo a sí mismo y contaba sólo con sus fuerzas. Dios le dice: «No digas: ¡soy un niño!, porque a todos los que te enviaré habrás de ir y todo lo que te ordenare les dirás. No tengas miedo de ellos, porque yo estoy contigo para protegerte, oráculo de Yahvé. Y Yahvé extendió su mano, tocó mi boca y me dijo: "He aquí que pongo mis palabras en tu

boca. Mira, en este día te constituyo sobre las naciones y sobre los reinos para arrancar y destruir, para asolar y demoler, para edificar y plantar"» (Jer 1,6-10).

Es deliciosa la precisión con que está revelada esta vocación. Dios revela a Jeremías qué es vocación, quitando el «yo» de Jeremías en la respuesta que le da. Jeremías le había expuesto su *miedo* a Yahvé diciéndole: «mira que *yo* no sé hablar: soy un niño». Dios le responde: «No digas: ¡*soy* un niño! La vocación no «es» la persona. La vocación es lo que sigue: «porque a todos los que *te* enviaré habrás de ir... porque *yo* estoy contigo y *te* constituyo...». Esto es lo que hemos de tener en cuenta, «la elección». Ciertamente que la elección se hace «de» y «en» una persona, pero es la «gracia» de Dios y su «elección» lo que es más fuerte en la persona, y es esa gracia la que actuará. La persona es sólo el vehículo. Ciertamente es cuestión de fe la «respuesta» o el «miedo» que tengamos. Es cuestión de «dejarnos» en Dios, de «dejarle» que actúe su amor y elección en nosotras.

Cuando se descubre, pues, la «elección», no es la postura correcta la «investigación» temerosa, que siempre es minuciosa y detallada, de las propias posibilidades, del lugar donde vamos, de las dificultades que encierra el nuevo estado, etc., donde cargamos toda la atención y nuestra habilidad. Al fin, expresión de nuestro egoísmo, de nuestra inseguridad en Dios, porque nos apoyamos en nosotras mismas. La postura correcta es la apertura de nuestro corazón a Dios a campo abierto, y una prudente orientación de personas entendidas que nos orienten hacia el lugar adecuado donde poder vivir con generosidad la vocación descubierta, según las inclinaciones sentidas en ella.

Y comenzar sin retrasos la preparación o período de iniciación antes del postulantado. Ir dejando las costumbres contrarias a la vocación. Y comenzar, en cambio, si no se lleva ya, una vida seria de práctica de Sacramentos, oración... sin miedo a nada ni a nadie, muy unida al Dios que la llama y santifica y la elige con tanto amor, como hemos visto antes, y sabe lo que hace eligiéndola. Asuma así el protagonismo de su «elección» sabiendo que Dios está con ella: «No tengas miedo... que yo estoy contigo para protegerte». Y con

gozo y alegría en el corazón elija a Dios por compañero de su vida.

También encontraremos dificultades, por desgracia, entre los familiares. Así está la fe en algunos cristianos, que, en lugar de ver un honor, un privilegio, tener en la familia algún «vocacionado» al seguimiento cercano de Cristo, ven en ello una desgracia. ¡Oh!, ¿dónde está el amor de Dios en los corazones cristianos?, ¿dónde la fe? ¡Oh, tiempos desoladores en los que el poner Dios sus ojos amorosos para «elegir» a alguno de la familia es horror, llanto, deshonor, lamentos lo que se oye entre ellos! ¡Oh, Dios mío!, ¡así te amamos a ti y respetamos a las personas en un derecho tan innegable como es la elección de estado! Así te valoramos, Señor; estos favores te hacemos que vemos un descrédito seguirte; un deshonor entregársete, una desgracia obedecerte, una infamia amarte sobre todas las cosas. ¡Oh, Dios mío!, cuándo volverá el sentido común a la fe cristiana.

Ejemplos nos da muchos la Sagrada Escritura y la vida de los santos. Elegimos uno, la generosidad de Ana ofreciendo al Señor a su único hijo en edad aún en la que más necesitaba de su ternura y regalo. Dice ella así para nuestra enseñanza: «Yo le pedí este niño, y Yahvé me ha concedido lo que le pedía. Ahora yo se lo doy a Yahvé todos los días de su vida; él es donado a Yahvé. Ella le dejó allí ante Yahvé» (1 Sam 1,27-28). ¡Lección admirable! Donde hay hechos sobran palabras.

¿Quién ha apagado esta fe cuando debería haberse acrecentado con la venida de Cristo? El pecado y el mundo con sus cadenas mortales son los que impiden, por un lado, que se descubran las vocaciones, y, por otro, que se realicen. «Pues andan muchos», nos advierte san Pablo «con lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Cristo; su fin será la perdición, su dios es su vientre, su gloria lo que los deshonra, teniendo puesto su corazón en las cosas de la tierra» (Flp 3,17-19). Pero nosotras hemos de demostrarles que hay una fuerza mayor que el pecado mismo, que el mundo y que la carne y sangre familiares. Es el amor de Dios, su gracia y elección, que no cambia. En cambio, los valores del mundo, a los que ellos se aferran para impedir la vocación, sí cambian

y pueden perderse. Un revés de fortuna, una enfermedad, puede acabar con las mayores ilusiones y proyectos.

Respondiendo a la vocación, sabemos que comenzamos la vivencia de la mayor fuerza que puede entrar en nuestro ser humano, y si sabemos fiarnos de Dios, experimentaremos los frutos de la estabilidad divina que viene con la vocación: la paz, la serenidad, la plenitud interior. Sí, el amor de Dios tan privilegiado que acogemos en nuestro corazón con la vocación eleva nuestro ser sobre la materia, como vimos adelante, despegándonos de los bienes efímeros y estabilizándonos en los eternos, en Dios. Nuestro sí da paso al crecimiento de nuestro amor, a su flujo «in crescendo» entre Dios y nuestro amor, que nos lleva a las experiencias más inefables del amor divino.

Dios responde a la concepcionista o «elegida» como respondió a Abrahán en su tiempo, cuando hay constancia en la respuesta a pesar de las dificultades. Nos dice la Biblia: «Después de que —Abrahán— dejó su tierra, —Dios— se le apareció en el encinar de Moreh y le volvió a renovar su promesa» (Gén 12,6-7). Así, a la futura «consagrada», al ir dejando las cosas por Dios, Dios le renueva su pacto de amor haciéndola sentir su presencia, su paz y amor, que es una vivencia de mayor gozo que todo lo que puede ofrecerle el mundo.

Son los primeros amores que cantaba la Esposa al principio del Cántico, «más dulces que el vino, suaves como los perfumes que embriagan». Comienza así el delicioso e inefable juego de amor entre Dios y la «elegida» que sobrenaturaliza su vida y la lleva al conocimiento del Esposo a fuerza de actos propios del comportamiento que va pidiendo su nuevo estado. Dios da sus gracias y la «escogida» responde. Al responder, Dios prepara, pide más y da más.

Así será la vida de la concepcionista que, por su fidelidad, alcanzará cotas de sobrenaturalidad y madurez en su personalidad muy notables, y la convertirán en bendición para los pueblos, como hemos visto. Así como Abrahán, que de campamento en campamento llegó hasta la tierra prometida, así la concepcionista, de virtud en virtud, de renuncia en renuncia, se va despegando de la tierra hasta llegar al beso de la boca divina, que es la más elevada santidad.

Pero ha de tener un cuidado, y es que debe referir todas sus conquistas a Dios. Abrahán, en cada avance que hacía en su camino hacia la tierra deseada, levantaba a Yahvé un altar e invocaba su nombre (Gén 12,6-8). Así la futura concepcionista, en cuantas victorias logre sobre sus pasiones, es a Dios a quien tiene que levantar el altar en su corazón e invocar su nombre, alabarle y darle gracias, pues todo es don suyo.

Ni debe tampoco sentirse frustrada cuando las tentaciones y dudas golpeen en su espíritu. El Espíritu Santo, en la ejemplaridad impresionante que nos ofrece de la vocación de Abrahán, no las excluye. Son normales en la vida de la consagrada, y no tocan a la perfección de la entrega. Miremos a Abrahán (Gén 12,10-20). Si se hubiese mantenido en su alma la misma fuerza que le facilitó la salida de su casa y tierra, no hubiera dicho a su mujer al llegar a Egipto que dijera que era su hermana para que, «por causa de ella no le mataran». Si en su espíritu se hubiera mantenido la «seguridad» que le metió Dios al darle la vocación de que en su descendencia serían bendecidas las naciones, estaría convencido de que su vida no peligraría. Pero porque no consiguió por sí mismo hacer vida en sí esta «llamada» divina, dudó. Lo consiguió más tarde, como hemos visto al reflexionar su desarraigo.

Por ello, porque Dios conoce que nuestra carne es un soporte frágil para sostener la fuerza divina, y que sólo puede ser robustecido por la fuerza de su gracia divina mediante las purificaciones a que nos somete que nos desinstalan de nuestra propia debilidad y nos instalan en Dios y en su Fuerza, no tuvo en cuenta la fluctuación de Abrahán ni supuso infidelidad ante su presencia, sino sólo manifestación de la propia debilidad humana. Y, consecuentemente, su amor eterno salió por él y desenredó el lío que había formado el gran Abrahán.

Es un buen ejemplo que nos alienta en nuestras dudas, luchas, incertidumbres, e incluso caídas. Dios no deja por ello de seguir «llamándonos». Su amor y su «elección» son inamovibles, como dones suyos irrevocables. La vocación es para siempre. La «llamada» de Dios es tan eterna como él. Es sin arrepentimiento, como nos asegura él mismo por san Pablo (Rom 11,29). Y también conoce nuestra debilidad. Por tanto, esto ha de ser estímulo para que nos fiemos de Dios cuando

comiencen las dificultades en nuestra vida de entrega. Sabiendo, además, que sentirlas o tenerlas no es malo, sino bueno. Síntoma de avance. De que Dios va ganando terreno en nuestro interior, y por eso la carne se revela y nuestros instintos, porque se sienten desplazados por la presencia de Dios santidad que se va adueñando de nuestros sentimientos y tendencias. De todo esto, como es tratar de la vida íntima del alma y de su desarrollo o crecimiento en la santidad que nosotras llamamos vida de oración, lo trataremos en otro capítulo. Ahora vamos a continuar orientándonos en la «respuesta», en el cambio que ella supone.

Supone, como indicábamos antes, que hay que «dejar» la propia casa para habitar la casa de Dios. «Dejar» la familia para insertarse en otra, espiritual. Dejar unas costumbres profanas para adquirir otras más sobrenaturales. Dejar unos intereses materiales para atender los de Dios, su Reino entre los hombres. Y a todo ello hay que acostumbrarse. Hay que acostumbrarse a un nuevo orden de cosas que exige el nuevo estado. Por ello es conveniente aminorar el trato con los lazos humanos y sus cosas para insertarse en los de Dios, y en la nueva familia, donde las relaciones son presididas por el amor puro de Dios, o caridad paulina.

El núcleo central de toda vocación es vivir en la presencia de Dios y en su amor, que nos impulsa al amor entre las hermanas con la profundidad y exigencia de un mismo amor redentor (Jn 15,12), que nos pide, además del trato fraternal, la liberación del pecado, la santidad, que nos ayuda a amarnos más, a vivir con perfección la humildad, la actitud de un corazón redimido, convertido, vocacionado hacia la contemplación y vivencia e interiorización del misterio de la santidad original de María, que brilla en la cumbre del Monte santo de la Concepción con el esplendor de esta Palabra divina plenamente realizada: «Sed santos, porque Yo vuestro Dios soy santo» (Lev 19,2).

Y con esto, hermanas, reflexionamos sobre la fidelidad a la vocación, tanto en la primera respuesta como durante la permanencia en el Monasterio. Nos dice el Señor que «nos ha dado la vocación como un don» (Núm 18,7), por ello la fidelidad a la misma es la mayor riqueza de la concepcionista.

Nada debe distraernos de ella. Los recuerdos de lo que teníamos en el mundo deben ser apartados de nuestro corazón para no enfriarnos en el amor que debemos al Esposo redentor. Él quiere que no tengamos nada, ni seguridades: «Yo mismo seré tu herencia y tu parte» (Núm 18,20). Nos quiere del todo limpias de apetencias, apegos, amores o compañías que no tiendan al fin de la vocación recibida. Así no tendrá que tratarnos como él trata a los impedimentos, cercenándonoslos a fin de que lleguemos a él capacitadas para recibir y vivir su amor puro (Núm 33,50-56).

Recordemos el itinerario del pueblo elegido hacia la tierra prometida. Son 43, me parece, las acampadas que hicieron hasta llegar a los llanos de Moab junto al Jordán, desde donde se posesionaron de la tierra prometida. Cuarenta años de desierto, caminando, cuando se podía haber hecho en unos días. ¡Trabajosísimo! Si hubiera habido fidelidad a la gracia primera de su liberación, se habría evitado tanto vagar. Fue la falta de fe y fidelidad al Dios Poderoso que les había sacado de Egipto lo que causó tanto trabajo, que fue al mismo tiempo la purificación a que tuvo que someterles para hacerles sensibles a su gracia de elección, y que su amor eterno nos da para enseñanza nuestra.

Fidelidad, pues, a la primera gracia de la vocación, todo cuanto podamos, pues ésta sólo puede desarrollarse con su propio calor. Es decir, manteniendo en el corazón, aunque nuestras obras nos traicionen, el amor que suscitó en él «la mirada de amor de Jesús», que es el «ven y sígueme» (Mc 10,21). Y esto se consigue manteniendo lo más generosamente posible el «sí» del primer día en cada acontecimiento de nuestra vida, que es lo que crea mutua comunicación entre esa «mirada» divina y nuestra «entrega», que hace amor esponsal, lo aumenta, transforma y diviniza; nos hace apacentar pegadas a nuestro divino Esposo.

Ayuda mucho a vivir esta fidelidad recordar todos los días en nuestro corazón la «llamada» divina. «Recibir» todos los días esa «mirada» de Jesús, acogerla, amarla y prometerle de nuevo nuestro «sí» amoroso y agradecido, que es cuando la gracia crece al ser correspondida. Diríamos que es como un sacramento que confiere gracia. Así, para nosotras, esto es como

un sacramento de nuestra vida consagrada que nos confiere la gracia en la respuesta constante a esa gracia de elección, que nos hace crecer en amor. ¡Oh, qué frutos tan maravillosos de fidelidad produce acoger diariamente la «mirada» de Jesús en su seguimiento cercano! Cada vez que contemplamos en nuestra alma esa mirada de Jesús o su «elección» y la amamos y nos estrechamos con ella, actualizamos la respuesta y su fervor, la de aquel día que nos sentimos seducidas por Dios (Jer 20,7).

Y viceversa, olvidarnos de la «elección» es negarnos a la gracia, a la de nuestro estado. Es negarnos a nuestra plenitud y desarrollo. Cuando falla nuestra fidelidad, oh, a qué situación de frustración, turbación e incluso malestar podemos llegar. Recordemos el ejemplo que nos pone el Espíritu en 1 Sam 16,14-17: «El espíritu de Yahvé se había retirado de Saúl, y un mal espíritu... se apoderó de él», que amargó tanto su vida. Y por Jeremías nos dice: «Eras para mí como un Galad, como una cima del Líbano. Pero yo te trocaré en desierto... Por haber abandonado la alianza de Yahvé —tu— Dios» (Jer 22,6-9).

Yahvé, el Esposo, nos advierte en su Palabra, cómo se enciende su celo divino por nosotras, por atraernos de nuevo a Él, permitiendo contra nuestra infidelidad los males que se derivan de estar apartadas de él, de su amor y correspondencia (Dt 29,1-27). Podría su misericordia interferirse entre la ofensa o desamor de la esposa y su amor herido, pero no, nos advierte que la lejanía de él, de su amor de cielo, va a causar su efecto, la aflicción caerá sobre la esposa infiel. Y nos advierte además que no soñemos propias interpretaciones para disculpar nuestra infidelidad, no. Tanto nos quiere y le interesamos, que nos dice que «las cosas ocultas pertenecen a Yahvé, nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotras —no otras— para que pongamos en práctica todas las palabras de esta ley» (Dt 29,28). Ley de mutua correspondencia en el amor (Ez 16,1-63; 20,1-44).

Pensemos, y pensemos diariamente en nuestro corazón, hermanas, la fidelidad que se debe a Dios cuando da la vocación, porque ya dijimos antes que cada gracia de Dios compromete a una respuesta. Porque eso mismo hace o sucede en él. Dios nos da la gracia y se compromete con nosotras a su pleno desarrollo. Con la vocación nos da su mismo espíritu, o mejor, su espíritu se apodera de nosotras ese día. Nos lo revela por

1 Sam 16,12-13: «El espíritu de Yahvé se apoderó de David a partir de aquel día». ¿Quién, si no, hace que dejemos familia, bienes, amigos, etc., para ingresar en el Monasterio? Ya lo hemos dicho. Sólo Dios puede darnos poder para hacerlo.

Creerlo con firmeza es nuestra fuerza, en contra de esa tentación que invade al mundo de prescindir de Dios hasta en las opciones personales. Creerlo, creerlo para que no nos quedemos sólo con nuestras débiles fuerzas humanas, porque eso es apoyarnos en una caña cascada, como nos dice el Señor. «Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto» (Jer 17,5-8), en cambio, «maldito quien confía en el hombre...».

Es importantísimo esto para tener seguridad en nuestra vocación y fidelidad en ella, en el espíritu recibido, a fin de no descender del nivel de perfección a que nos subió el Señor al darnos la vocación. Porque a cada una este impulso será a medida de lo que Dios quiere y pide de ella. Mantenernos en este fervor es muy necesario, porque ahí está el Esposo actuando con su gracia y esperando nuestra fidelidad para juntarla con la suya. Y ahí está la fuerza de nuestra seguridad y fidelidad. Jesús espera el fruto de su elección; nos lo dice por Jn 15,16: «Os elegí a vosotros, y os designé para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca». Fruto de un fervor permanente, no de días, que así es Dios y el espíritu que da. Fervor en nuestra opción por él, que reside en el hondón del alma, aunque haya nubarrones.

Así hemos de entender y vivir la *elección,* pensando que es de los dos, de Dios y nuestra. De él la «llamada», nuestra la repuesta. Y así han de andar las dos juntas. Por ello hemos de acostumbrarnos, desde que ingresamos, a que las cosas no se hagan o no nos salgan a nuestro gusto, sino al de Dios. Porque, sobre todo al principio, nuestras tendencias naturales son opuestas a las de Dios. No hay que olvidar que la vocación conlleva el nacimiento de un nuevo ser tendente a la configuración con Cristo, pero que tiene que desarrollarse, por lo que la tarea de la concepcionista ha de consistir en escalar el

Monte de la Concepción hasta su cumbre, y para ello tiene que ir dejando sus gustos, tendencias, pasiones desordenadas, hasta conseguir, al menos con el afecto, la liberación total del pecado. Y esto ha de hacerlo con ilusión, con empeño, con entusiasmo, como si no tuviera que hacer más que esto, porque, *ciertamente,* para esto la ha traído el Esposo al Monasterio; el espíritu de la *elección* a esto tiende. Es, por tanto, de sentido común que vayamos los dos unidos, no cada uno por un lado. Para hacer eso es mejor no ingresar en el Monasterio, porque no conseguiremos el fin del ingreso, que es la respuesta día a día a la «llamada» a escalar la cima del Monte de la Concepción, con lo que viviremos jubilosas el misterio de la santidad original de María, que es la liberación del pecado.

Parecería que con lo dicho basta, y así debería ser, pero contamos con tres formidables contrarios que trabajarán denodadamente para impedirnos la escalada: nuestro ser de pecado, el mundo, y Satanás, que trabaja con increíble tesón y ahínco por impedirnos la subida a la cumbre. Recordemos lo que nos revela el Apocalipsis sobre el «seductor del mundo entero» cuando Dios le impidió que su arrogancia manchase a «la sin pecado»: «El dragón —dice— se irritó contra la Mujer, y se fue a hacer la guerra al resto de su descendencia, a los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús» (Ap 12,17). A nosotras, hermanas, a nosotras. Por tanto, alerta, convencidas de que el demonio no es nadie cuando no se le da oídos y no se le tiene miedo. Pero sí conviene ser discretas y estar despiertas.

Lo primero que nos conviene atender, y mucho, según he dicho arriba, es la gracia de la vocación, ser muy agradecidas al Señor y cargarnos lo más posible de su amor. Miremos que él nos quiere limpias de deseos contrarios a él, puras en el alma y en el corazón para allegarnos a él, que es de donde recibimos la fuerza, y que sólo hallemos gusto en él y que sólo nos quedemos con él y con María. Y después, fidelidad en la observancia monástica, que es la que nos lleva a la cumbre del Monte de la Concepción; es la respuesta, diremos, a la «llamada» de Dios, porque ahí es donde está el proceso de la liberación del pecado programado o descrito. Observancias que nos conectan con el espíritu de la «llamada» del Esposo

Cristo según nos transmite el Evangelio (Mt 5,17-20) (Mc 7,1-7 y 14-23). Éste es el espíritu de su Señor a quien le sigue. Es decir, observancia de la ley con espíritu interior.

Y no nos dejemos ganar por la tentación hoy tan corriente de que para amar a Dios y a los hermanos sobran las leyes. ¡Es necedad! En este caso se tenían que suprimir muchas páginas del Evangelio. Pero no, todo lo que se ha escrito es necesario para enseñarnos a amar a Dios y al prójimo con el espíritu de Cristo, que es lo que hacen nuestras observancias, recoger todo el Evangelio, tanto cuando habla de amor directamente, como cuando habla de ascesis para la interiorización de este amor, que tiende a transformarnos para enseñarnos a amar, no sea que nos quedemos amando a Dios y al prójimo con nuestro criterio y hayamos dejado a un lado el de Cristo, quedándonos empobrecidas y llenas de errores y soberbia.

¡Empobrecidas, sí, llenas de errores y de soberbia nos deja esa tentación que acusa un desconocimiento colosal del misterio de Cristo, en el que se cifra nuestra espiritualidad! Es necesario todo el Evangelio, todos nuestros Estatutos y Constituciones, toda nuestra observancia monástica para llegar a la identificación total con Cristo, con su espíritu, con su mente, con sus obras, con toda su vida, con todas las virtudes y santidad que practicó, que veremos a lo largo de la escalada del Monte de la Concepción. Necesario para la transformación en él. Necesario para que se constituya en el *todo* para nosotras; para que sea nuestro *alimento* en el *desfallecimiento,* nuestro *descanso* en la *fatiga,* nuestro *consuelo* en las *penas,* nuestro *compañero* en el *viaje,* nuestro *amigo* en los *temores, luz* en la *oscuridad, orientación* en las *dudas, norma* para nuestra *conducta, Esposo* para nuestra *intimidad, pureza* para nuestra *castidad, riqueza* para nuestra *pobreza, abundancia* para nuestra *oración, paz* para nuestra *obediencia, huésped* para nuestro *silencio, hermano* para nuestra *soledad, cirineo* para nuestra *cruz* y *resurrección* para nuestras *muertes.*

Otra tentación que puede turbar la serenidad de nuestra entrega y de la que se sirve mucho el enemigo, Satanás, para sembrar el desaliento y la decepción en nuestro corazón es ver defectos en las Hermanas. Esto es desconocimiento de la vida espiritual. El proceso de la santidad es largo y laborioso, ya lo comprobaremos cada una; por ello, no nos ha de extrañar,

tanto cuando ingresamos como cuando ya llevamos tiempo en el Monasterio, no nos ha de extrañar, digo, ver tendencias aún sin ordenar en las Hermanas, sobre todo si son más jóvenes. La pacificación de todo nuestro ser se ha conseguido cuando ya se ha escalado la cumbre del Monte de la Concepción. Y esto es un *camino,* no lo olvidemos, que tiene muchas *escaladas,* que requiere esfuerzo y tiempo, como todo camino. Por eso es necedad querer ver ya ángeles donde todavía hay carne que deificar, voluntades que redimir, pecado que liberar.

Antes de exigir, demos. Antes de pedir virtudes a las demás practiquémoslas nosotras, ¿no recordáis que pedir es síntoma de no tener? En este caso, virtudes. Es inmadurez. Seamos más bien, todas, misericordiosas «como nuestro Padre» (Lc 6,36-42). Sobre todo tratemos de tener humildad. Esto viene bien para que no nos creamos superiores a las demás por ningún concepto, ya sea por estudios, riquezas, categoría social, inteligencia. Por nada. El amor de Jesús y sus sentimientos que hemos de imitar nos iguala a todas: «Procurad tener todos los mismos sentimientos de Cristo Jesús». Leamos, hermanas, desde Flp 2,1-4. ¿De qué nos serviría tener, por ejemplo, una brillante carrera si la convertimos, por nuestra soberbia, en arma mortal contra nuestra vocación? Sí. Porque Dios nos rechazaría. No le habríamos entendido a él y, por tanto, no sabríamos ser concepcionistas, y él, su amor, nos humillaría, nos rechazaría para purificarnos y allegarnos a él. Nos lo recuerda en Dan 4,25-34. ¿Qué vale toda la grandeza humana ante Dios cuando se sale de sus cauces? Nada. ¡Confusión! ¿Qué mayor grandeza nos puede caber, en cambio, que la del seguimiento del que es la Sabiduría, la Verdad en su misma raíz? De todas estas virtudes hablaremos a su tiempo para identificarnos con él y hacernos humildes, convencernos de que la carrera más brillante es la santidad.

Después de que la concepcionista muestra a su Esposo redentor su sincero deseo de seguirle muy de cerca, de apacentar sólo donde él apacienta y lo que él apacienta, que es lo que hemos tratado de reflexionar en este capítulo, y que es lo que constituye la consagración concepcionista, el «ven y sígueme del Esposo» y el «dime dónde apacientas de la esposa», Jesús, el Esposo, responde con estas palabras a la esposa: «Si

no lo sabes, oh la más bella de las mujeres, sigue el rastro del ganado y lleva a pacer a tus cabritos junto a las tiendas de los pastores» (Cant 1,8).

En esta respuesta, además del enamoramiento que demuestra Jesús al alma que desea fervientemente seguirle, pues que la llama: «oh la más bella de las mujeres», el Esposo manifiesta a la esposa que hay más personas con sus mismos deseos; que hay más que van en su seguimiento apacentando donde él apacienta, siguiendo sus rastros de cerca, el ganado del Esposo, que son las virtudes. Y, por lo mismo, que este seguimiento cercano que desea hacer de él, no lo tendrá que hacer en solitario, sino con la comunidad de «elegidas», que son los pastores a que le remite. Le remite, pues, a la comunidad monástica. Y nos deja así revelada la misión de la comunidad en el seguimiento de Cristo. Qué debe ser para la que ingresa, y cómo ésta debe insertarse en ella. Cómo debe vivir el amor la comunidad para llevar al amor del Esposo a cuantas «vocacionadas» él mismo remite a su seno maternal. La comunidad debe ser madre de aspiraciones y metas espirituales, trascendentes, cristianizadoras, de ilusiones juveniles llevadas a su madurez.

A ella remite el Esposo a la nueva «elegida» para que aprenda a apacentar sus cabritos, que son sus defectos y pasiones sin pacificar aún. Y le remite a los pastores, que es la comunidad, las monjas, las moradoras del Monasterio que viven en «tiendas», como dice el Esposo, es decir, en la paz, en la estabilidad, sí, pero como peregrinas en este mundo. Pacificadas, pero no instaladas o enraizadas en la tierra, sino sólo en el Esposo. Pacificadas, que enseñan a pacificar, a pacificarse. Donde se enseña a apacentar los cabritos con el ejemplo, con la paz, con el amor, con la oración (Canon 652,4), hasta hacer perder su bravura a los cabritos violentos, hasta hacerles pacíficos.

Pero como es tema tan importante y que incide tanto en la consagración monástica, pues que las novicias son llevadas más con el ejemplo que con la doctrina, lo dejamos para un capítulo completo, que será además denso, pues es la vivencia del amor divino en la concepcionista, el fruto de su consagra-

ción, la gloria de su «elección», para Dios, para ella y para los demás.

Pues que bien vivida su vocación experimentarán con gozo la madurez de la plenitud, la de ser bendición de los pueblos, más, de los que las rodean; verán culminado el sentido que Dios dio a su existencia consagrada que dejó expresada en este canto de amor de la esposa: «Béseme con los besos de su boca». Verán el sentido de ese: «Arrástrame tras de ti, corramos»; el de «dime, amado de mi corazón, dónde apacientas». Después de que han probado el amor divino en esos deseos que les ha metido en su alma el Esposo o su Creador, las concepcionistas no aspirarán más que en penetrar más la profundidad del amor divino y redentor.

No perdonando en ello los esfuerzos necesarios, las renuncias o muertes místicas necesarias que les franqueen el conocimiento de esos secretos divinos ocultos, la experiencia de esas profundidades divinas, hasta llegar, si se pudiera, a la entraña del mismo Dios, sin temor de que por ello se ofendiera la soberana Deidad, todo lo contrario, pues es Dios mismo quien las incita con su amor de elección a ello, ya que escrutar las profundidades del amor deífico es responder a su llamada personal.

Dios nos creó y nos redimió para este fin, y santificarnos es lograrlo. Y si quiere que esto se consiga en todos los hombres, mucho más lo desea en las que tenemos impresa en nuestra alma esa mirada suya de «elección», esa mirada de amor que es la vocación monástica. Vocación a dar «cauce» con nuestro «sí» a esa mirada divina que culminará en el Amor unitivo que transformará a la amada en el Amado, pues la gracia de la vocación revive todo el ser de la persona llevándola a su plenitud.

Por eso, vivirla durante toda su vida es para la concepcionista comenzar a disfrutar todas las gracias y dones del Señor, desde aquel «béseme» que ya se hace realidad, hasta esos aires divinos de los «montes perfumados» que son la plenitud de la estancia o unión con Dios, la liberación del pecado, el gozar los aires puros y dulcísimos de la cumbre del Monte santo de la Concepción a donde Dios nos llama y en donde Dios y la Bienaventurada Madre de Dios y nuestra son glorificados. Y

donde es glorificada también nuestra Madre santa Beatriz. Amén.

Cantamos, pues, con gozo y alegría en el corazón, el mejor cántico de amor y confianza en el Esposo, que Dios mismo nos ha enseñado para impulsar nuestro seguimiento de Pastor tan amado:

> «El Señor es mi pastor, nada me falta:
> en verdes praderas me hace recostar;
>
> me conduce hacia fuentes tranquilas
> y repara mis fuerzas;
> me guía por el sendero justo,
> por el honor de su nombre.
>
> Aunque camine por cañadas oscuras,
> nada temo, porque tú vas conmigo:
> tu vara y tu cayado me sosiegan.
>
> Preparas una mesa ante mí,
> enfrente de mis enemigos;
> me unges la cabeza con perfume,
> y mi copa rebosa.
>
> Tu bondad y tu misericordia me acompañan
> todos los días de mí vida,
> y habitaré en la casa del Señor
> por años sin término.»

(Salmo 22)

Amén, hermanas. Que así sea.

OBEDIENCIA

> «Las concepcionistas, que somos llamadas a vivir la obediencia y disponibilidad humilde de la Esclava del Señor, María Inmaculada, consideramos que nuestro voto de obediencia se fundamenta en la dependencia o relación amorosa de Dios, en la que él mismo creó al hombre al hacerle a su imagen y semejanza, dependencia restaurada y llevada a su plenitud por la inmaculada obediencia de Jesús hasta la muerte de Cruz.
>
> Por ello nos convencemos de que, obedeciendo con amor, no nos despersonalizamos, sino que estamos, como María y con María, realizando nuestro proyecto de vida, prolongando la obediencia oblativa de Cristo por la que estableció la armonía original de la creación, rota por la desobediencia humana, y en la que se apoya nuestra obediencia para continuar la restauración completa de la humanidad.
>
> Así, Cristo, que es nuestra razón de ser y nuestro Modelo ejemplar definitivo en su actitud esencial de Hijo, nos hará entrar en esa oblativa obediencia suya, y nos hará ser "hijas amadas" del Padre en el "Hijo amado", y corredentoras con María Inmaculada en el retorno de los hombres hacia Dios» (Est 2,6).

En el capítulo pasado dejamos, hermanas queridas, a la Esposa del Cantar, remitida por deseo del Esposo divino y para que «apacentase sus cabritos, a las tiendas de los pastores» (Cant 1,8) que, en sentido espiritual y místico, explicando nuestra vocación concepcionista, nosotras entendemos que el Esposo remite a la nueva vocacionada a nuestra comunidad monástica, que ha de ayudarle, con el ejemplo, a prepararse, por la pacificación de las pasiones, a la unión con el Verbo divino y Esposo redentor, meta de la vocación consagrada o «elección» del Esposo.

Esto quiere decir que el divino Jesús espera encontrar nuestra comunidad en vías de transformación en él. Espera que hayamos asimilado ya su espíritu, su mente, su modo de amar y obrar. Espera que su sangre redentora haya lavado y arrastrado lejos de nuestra mente y corazón todos los criterios mundanos, y que nos haya estabilizado ya en la paz, en la

Verdad, en el reino del silencio, de la eficacia y del amor, que es él mismo, y en sus criterios divinos.

A conseguir esta comunidad monástica tienden nuestras Constituciones y Estatutos. Y por ello hoy el Esposo, avanzando en la subida al Monte de la Concepción, en estos artículos que nos presenta quiere hacernos reflexionar en su obediencia, que hemos de hacerla nuestra como fundamental virtud en nuestro itinerario hacia el amor perfecto o escalada al Monte de la Concepción.

Y, como siempre, quiere que lo hagamos escuchando la voz del Espíritu en el Cantar del Amor divino, que es el Cantar de los Cantares. Dice, pues, así el Esposo continuando el Cántico donde lo dejamos: «A las yeguas del carro del Faraón yo te comparo, amada mía. Bellas son tus mejillas entre los pendientes y tu cuello entre los collares. Pendientes de oro haremos para ti con glóbulos de plata» (Cant 1,9-11).

En estas palabras de Cristo Esposo referidas a la Esposa santa, nosotras concepcionistas, aceptando, como siempre, el sentido original de las mismas y el que le da la Iglesia, y en orden a la ascesis de nuestra obediencia monástica, nos parece ver simbolizada la obediencia y sus frutos, logrados también por cuantos siguen a Cristo en su obediencia o espíritu filial.

Lo vemos así porque, como lo primero que se le pide a la concepcionista, en su consagración monástica y por su peculiar espiritualidad, es asumir la obediencia de Cristo Redentor, y, por otra parte, el texto que sigue al reflexionado en el capítulo anterior es el arriba transcrito, nosotras, queriendo continuar el orden del Cántico, nos parece entender que lo que nos quiere decir o significar el Espíritu con el texto son las cualidades de la obediencia, representadas por las de las yeguas, que son: fuerza, gallardía, agilidad y soltura graciosa en su carrera, que recrea a quien la mira, y que ha de tener la concepcionista en su obediencia para agradar al Esposo redentor.

Sí, los efectos que causan en nuestra alma la asimilación del espíritu de obediencia de Jesús y la obediencia misma, bien pueden compararse con las cualidades que tiene la yegua. Nos hace fuertes, pues que recibimos la fortaleza nada menos que de la misma Fuente que originó nuestro ser. Y por eso la

obediencia nos lleva siempre a la victoria. Nos hace *ágiles* en el camino de la santidad, pues asimilar el espíritu filial de Jesús es beber a borbotones la gracia, como veremos adelante. Nos hace *caminar* con *gallardía,* velozmente en el camino de pacificación de pasiones y transformación en Cristo, pues nos aligera del peso de la propia voluntad no redimida que tanto nos ata para el bien. Por todo esto podemos causar gozo a quien nos mira: a Dios, a los ángeles y a los que nos rodean, siempre que seamos obedientes.

Todos estos frutos de la obediencia los vemos confirmados también, hermanas queridas, por la divina Palabra en el salmo 118, que canta las delicias del cumplimiento de la voluntad de Dios manifestada en la ley. Nos dice el salmo: «Andaré por espacioso camino porque busco tus preceptos. Hablaré de tus decretos en presencia de los reyes y no tendré vergüenza. Si tu ley no hubiera hecho mis delicias hubiera perecido en la aflicción. Jamás me olvidaré de tus preceptos, por ellos me has dado la vida» (Sal 118,45.46.92.93). Si esta fortaleza comunicaba el espíritu de la Ley, ¿cuál no será la que nos comunica el espíritu del Autor de la Ley que fue obediente a todos los preceptos divinos hasta la muerte de cruz?

Nos da agilidad en la vida espiritual. «Corro por el camino de tus mandatos, pues tú mi corazón dilatas», sigue diciéndonos la divina Palabra. «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 118,32.105).

Y por fin *causa alegría* y *gozo.* Nos lo dice así la divina revelación: «Tus decretos, por siempre mi heredad, la alegría de mi corazón. Los que te temen me ven con alegría, porque he esperado en tu palabra» (Sal 118,74 y 111). Otros muchos textos hay al respecto, pero creo que éstos son suficientes para nuestro propósito, hermanas.

Y como «la palabra divina ilumina al revelarse, adoctrina a los simples» (Sal 118,130) y encierra muchos misterios, como simple, aún me atrevo, hermanas, a poner a vuestra consideración otra enseñanza que creo encontrar para nuestro provecho espiritual en este comparar el Esposo a su amada con «las yeguas del Faraón» en su afán de alabarla y mostrar su agrado en ella, cuando parece que, puesto a destacar gallardía, estaría más acertado citar al caballo, que es más brioso y majestuoso.

Pero pienso yo que viene mejor para nuestra enseñanza que sea a la yegua a quien la compara, porque vemos mejor representada en ella la virtud de la obediencia. Pues para el modo como nos entrega Jesús su obediencia, que es en «su condición de siervo», la yegua se adecua mejor, porque, aunque es fuerte y veloz, es más amable, menos arrogante que el caballo. Y por aquí podemos entender un poco mejor cómo busca el Esposo redentor que nosotras busquemos como él la humillación de nuestra soberbia para entrar en la obediencia suya desde esa condición de siervo por la que él entró, que nos facilita vivir mejor la dependencia de Dios. Y así puede con más propiedad tratarnos como se trata a la «amada», con igualdad de sentimientos, y pueda llamarnos también así: amadas.

Él, Jesús, es así. Lo mismo hizo para entrar como Mesías en Jerusalén. Podía haberlo hecho de otro modo, pero lo hizo en una «pollina». Así, aquí, el Espíritu podía haber inspirado al autor sagrado que escribiera «caballo», que es más brioso que la yegua, para representar la fuerza de la obediencia —que vemos nosotras—, pero no, lo hizo de un modo más humilde para enseñarnos cómo busca la humildad en todo. Y porque el hecho de ser obediente la lleva consigo. Digo la virtud de la humildad.

¿No podemos ver también explicitada esta virtud en el versículo que sigue: «Bellas son tus mejillas entre los pendientes y tu cuello entre los collares?» Porque, ¿qué relación puede haber entre las yeguas del carro del Faraón y la belleza del rostro y del cuello de la Esposa para que la compare a ellas? ¿Por los aderezos de las yeguas? Si es por esto, ¿no habría sido más acertada otra comparación? Pero ¿no es verdad, hermanas, que el rendimiento de nuestra voluntad muchas veces lo expresamos con la inclinación de la cabeza, y ésta no baja si el cuello no se rinde, si no somos humildes? ¡Bello es, pues, el rostro de la esposa, de la concepcionista, sus mejillas, hermanas, cuando su cuello está adornado con las virtudes de la humildad y la obediencia! Entonces es cuando adquiere la *agilidad,* la *fuerza* y *gallardía* de las yeguas del Faraón. Y entonces es cuando de verdad puede tirar del carro, porque la fuerza del espíritu de su Esposo, Cristo, la anima.

En este sentido, hermanas, ¿no podríamos pensar que el carro del Faraón, del que tiran las yeguas, puede significar el «proyecto» o designio creador y santificador de Dios, proyecto que sólo pudo poner en marcha la redención de Cristo, y que sólo puede deslizar ahora briosa y perennemente el impulso de la misma obediencia y humildad redentoras de Cristo, de la que ha de estar adornada la concepcionista, fiel al espíritu de su Esposo? Es decir, la humilde obediencia es la que pone en marcha y mueve o tira de todo el proceso o ejercicio de virtudes. Es la «fuerza» de la nueva creación, realizada por la obediencia de Cristo Esposo, en la propia alma y en todo el universo. Lo veremos adelante.

Vamos, pues, hermanas queridas, nosotras, que tenemos que ofrecer a las nuevas vocacionadas que envía el Esposo una comunidad pacificada, vamos a estudiar, digo, la virtud de la obediencia, que no es otra cosa que la participación en el espíritu filial de Jesús a que nos invitan estos artículos de nuestros Estatutos que encabezan este capítulo, para profundizar en el gran misterio de la obediencia de Jesús e ir asimilando al Esposo en su modo de ser y pensar. Vamos a hacerlo con atención inteligente, sabiendo que es la obediencia la que pacifica pasiones, por lo que diremos adelante, para así ir adquiriendo las virtudes propias de la comunidad monástica pacificada, como quiere Jesús; que enseñe a pacificarse a las hermanas que reciba en su seno.

Esto lo haremos en una primera parte. Después, al aplicar esta obediencia y sus frutos a la propia alma, que será la segunda parte, trataremos, con la ayuda divina, de los efectos que puede causar en nosotras dicha virtud de la obediencia, que, místicamente, podían explicarse con la frase que menciona el Cantar al decir: «Bellas son tus mejillas entre los pendientes, y tu cuello entre los collares. Pendientes de oro haremos para ti con glóbulos de plata».

La obediencia, fuente de vida

Comenzamos, pues, hermanas, no sin decir que tratar de obediencia es tratar de vida. De vida divina. Primero, de la vida divina y espíritu filial de Jesús, y, después, de nuestra

vida, que no es otra que la participada en la vida y Ser filial de Jesús, que son, por lo mismo, los fundamentos de nuestro ser. Es descubrir que nuestras raíces no se nutren si no es con la vida misma «del Dios que nos engendró y dio a luz» (Dt 32,18), vida que nos transmite su voluntad adorable cuando la acogemos y vivimos con amor.

Por ello, nos aclara esto recordar aquí la intención o voluntad que tuvo el Padre al crearnos, que no es otra que la de «hacernos conformes a la imagen de su Hijo» (Rom 8,29). Es decir, que nuestra existencia tuviese existencia filial en su Hijo; a su imagen y semejanza, y esto nos hace entender qué es obediencia para nosotras.

Vivir, por tanto, nuestra vida, la inmortal, es participar la obediencia redentora de Cristo. Vida que quedó separada de nuestra existencia con la ruptura que ocasionó el pecado del Paraíso, pero que la obediencia del nuevo Adán, Cristo Jesús, restauró y volvió a impulsar con su vivencia «filial» en la tierra. Vida que es «dependencia» del Padre, «vinculación» con él, hermanas queridas, y que, por tanto, es fuente de nuestro ser, de ese ser filial que recibimos en nuestra creación.

Veremos, veremos, cómo Jesús nos dice con su vida qué es y cómo debemos vivir esa vida, vivir la obediencia. Para él, la obediencia es como los cimientos, corona y centro de su Ser filial, lógicamente, pero lo demuestra con la propia conducta. Su comportamiento en todo el Evangelio nos dice que es su primera virtud. La primera virtud que comenzó a practicar como hombre desde que decidió humanarse. Virtud que coincide con la naturaleza de su Ser filial, Hijo del Padre.

Consecuencia de esto es, hermanas, que haya sido, de entre las tres divinas Personas, la del Hijo, la más adecuada para hacerse hombre, porque ciertamente es la que es «Filiación» del Padre por naturaleza, dependencia de él, vivencia de su voluntad y, por tanto, la que mejor pudo desandar el camino de la desobediencia nuestra. Mejor aún, la *Única* que pudo devolvernos nuestra filiación perdida encarnando la suya en nuestra naturaleza humana con su Encarnación y con su vida de obediencia. Sí, porque es «Hijo» pudo, con su comportamiento, devolvernos nuestra propia vida de hijas del Padre, vida de estilo filial.

No olvidemos, hermanas mías queridas, lo que también reflexionamos en el primer capítulo y que nos ayuda a entender esto. Y es que, si ahora somos capaces de amar y tener vida en el espíritu, esa vida y ese espíritu es de Cristo, nuestro Redentor e «Hijo» amado del Padre. ¿Verdad que ésta fue la manera más perfecta de rehacer el plan amoroso del Padre sobre nosotras, su intención al crearnos que dije al principio y que no es otra sino la de destinarnos a ser conformes a la imagen de su Hijo? (Rom 8,29).

Por eso, empezar por esta virtud de la obediencia a restaurar nuestro ser, que es lo que pretendemos en nuestra escalada al Monte, y es lo que quiere el Esposo redentor, es comenzar por los fundamentos del mismo ser. Es entrar o situarnos en el centro de nuestra espiritualidad concepcionista, desde donde hemos de comenzar la práctica de nuestra transformación en Cristo asumiendo su espíritu filial u obediencia oblativa como proyecto personal de vida, imitando en ello la disponibilidad humilde de la «Esclava del Señor» también.

Por esto es obligado para nosotras, hermanas mías, profundizar mucho en el misterio de la obediencia de Jesús, dejarnos enseñar por el que es esencialmente Hijo, «Hijo» esencial del Padre. Nos lo dice él: «Yo lo conozco porque procedo de él» (Jn 7,29). Y en otra parte dice: «Ahora han conocido que todo lo que *me diste viene de ti»* (Jn 17,7). Y añadió aún: «Yo tengo una comida que no sabéis vosotros... Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,32-34). Por eso, obedecer al Padre, que fue siempre para Jesús recibirle en su voluntad, que es amor y vida, fue para él recibir el *«mantenimiento»* de su Ser Filial. De ese Ser que se mantiene con lo que «recibe del Padre». Por eso fue tan grande para Jesús, siempre, la voluntad del Padre. Fue el sostenimiento sabroso de su Ser Filial.

Y por esto mismo, porque lo que más le interesaba a Jesús y a nosotras era su Filiación divina, el Padre, que tanto le amaba, no atendió en Getsemaní su voluntad humana cuando oró diciendo: «Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42), sino que *atendió* su Filiación divina que se identificaba con el querer del Padre y su Ser, como dijo antes a Felipe: «El que me ha visto

ha visto al Padre»... y «las palabras que os digo no las digo de mi cuenta, mas el Padre, que está en mí, hace sus obras» (Jn 14,9-10).

Y ciertamente en esta ocasión la hizo, haciendo beber el cáliz de la Pasión a su Hijo como estaba en su plan salvador. Y esto, ya veis, hermanas mías queridas, que fue *escucharle, atender* a su Ser filial que vive de su voluntad. Nos lo asegura la divina Palabra: «Él, que en los días de su vida mortal, habiendo presentado con violento clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte y habiendo sido escuchado por su piedad, aunque era Hijo, aprendió, por lo que padeció, la obediencia; y hecho perfecto, se convirtió para todos aquellos que le obedecen en principio de salud eterna» (Heb 5,8-9).

Fue escuchado como «Hijo» del Padre, de cuya voluntad divina, por ser igual que la del Padre, se mantenía también su voluntad humana, hermanas queridas, y por ser Hijo esencialmente, se le hizo beber y vivir la obediencia del Padre que desarrolló su Ser humano filial, llevándolo a la perfección o plenitud. Le hizo Redentor.

Fue «hecho perfecto», así nos dice la Carta a los Hebreos, «convirtiéndose para nosotras en principio de salud eterna». Así como el Padre asume su atributo de Creador por ser Origen de todo, así la divinidad del Hijo asumió su atributo de Redentor por su obediencia humana hasta la Cruz; por asumir en *su carne humana su Ser divino filial* por la obediencia hasta el extremo de su muerte cruenta. ¡Qué grande es esto y qué gran misterio encierra, hermanas queridas!, y ¡qué gran enseñanza!, que, cuando nos parece que Dios no nos escucha, es cuando más nos está atendiendo y ayudándonos a llevar nuestro ser filial a la perfección, aunque ha de ser con sufrimientos. ¡Oh!, ¡cómo nos desarrolla la obediencia!

Así nos lo revela la divina Palabra en la humanidad de su Hijo querido. «Convenía, en efecto —dice la Palabra de Dios—, que aquel por quien y para quien todo fue hecho, queriendo llevar a la gloria un gran número de hijos, hiciese perfecto, mediante los sufrimientos, al jefe que debía guiarlos a la salud» (Heb 2,10-11). «Porque el santificador y los santificados tienen todos el mismo origen. Por lo cual no se avergüenza de lla-

marlos hermanos.» ¿Puede estar más clara la retransmisión de su espíritu filial hacia nosotras, hermanas, espíritu filial que volvió a la santidad de su Origen por su Pasión y muerte?

Y aún continúa la divina Palabra aclarándonos cómo fue el Hijo el que nos devolvió pura y purificada, «santificada», nuestra filiación. Dice comparándolo con Moisés: «Moisés, cierto, fue fiel "en toda su casa" en calidad de siervo, como ministro, para dar testimonio de las cosas que debían ser manifestadas. Cristo, por el contrario, lo ha sido en calidad de Hijo, al frente de su casa. Y su casa somos nosotros, supuesto que guardemos inquebrantable hasta el fin la confianza y la complacencia gloriosa de nuestra esperanza... mediante nuestra obediencia» (Heb 3,5-19; 4,1-11).

La misión, pues, de Moisés fue revelar al «Hijo» y su obra, que fue la única que pudo darnos la salud, pues que en él sólo fuimos creadas, hermanas queridas. También Moisés fue fiel a Dios, pero no era el Hijo esencial del Padre, por eso no pudo dar vida a nuestra filiación divina. El Hijo, sí. Sólo él y mediante la obediencia pudo hacerlo. Obediencia, espíritu, vida filial que nos transmite y que hemos de asumir por la obediencia a Dios, a sus mandamientos. Y por la obediencia a sus representantes en su Iglesia, a los que la guían o moderan con sus mandamientos, Magisterio, doctrina. Y nosotras, además, mediante las obligaciones que se derivan de nuestra profesión monástica.

Sí, hermanas queridas, la virtud de la obediencia de Cristo asumida por nosotras es la que determina decididamente el grado y la fuerza de nuestra respuesta al proyecto creador del Padre que Cristo nos transmite con su espíritu filial. Es ella la que nos configura como seguidoras del Esposo redentor, o de Adán. ¿Os parece que lo veamos? ¡Veréis! ¿Quién de los dos llevó a su perfección o plenitud el proyecto de Dios sobre el hombre? ¡Sin duda, Cristo! Y, ¿qué fue lo que les hizo desemejantes en cuanto hombres o bifurcó la respuesta a Dios en negativa o positiva? ¡La obediencia!, ¿verdad? ¡La *obediencia,* que, al mismo tiempo, *es fidelidad* a nuestro mismo ser filial!

¡Qué bien nos lo explica san Pablo en el capítulo 5,12-21 de su Carta a los Romanos, que me parece que reflexionamos en el capítulo de la «Conversión»! Adán, creado en santidad,

sin pecado, creado en el Hijo para ser conforme a él; creado en amistad y unión con Dios, torció el camino trazado por Dios por la desobediencia, que le metió en la senda de Satanás y le hizo perder la filiación y participación en la vida divina. Desatendió la voluntad creadora de Dios, y esa desobediencia al Origen de su ser causó en él la pérdida de su identidad: su filiación, y malogró su perfección, no pudiendo llevar a plenitud su ser humano, según el designio divino.

En cambio, Cristo, por la obediencia hasta la Cruz, consiguió llevar hasta la plenitud máxima el proyecto creador del Padre sobre su ser humano y sobre el nuestro, convirtiéndose así en Modelo de todo ser humano que desee llevar a su plenitud de «ser» y santidad su propio ser. Es la obediencia, pues, la que determina al seguidor de Cristo, o de Adán.

Pero, hermanas, no hace falta que ande yo perdiendo el tiempo encomiando la virtud de la obediencia con mis torpes palabras. No hace falta, cuando ha sido el mismo Cristo quien lo ha hecho. El pasaje evangélico de san Marcos 3,31-35 es la mejor definición que se puede hacer de la obediencia. Definición, además, proclamada por el que es la Sabiduría del Padre. Así nos dice él: «Quien hiciere la voluntad de Dios ése es mi hermano, mi hermana y mi madre».

Y esto es así porque cumplir la voluntad de Dios es algo tan relacionado con la misma vida y Ser del Padre, que quien vive la obediencia queda hecho hermana, hermano y madre de Jesús. ¡Tan íntimo a Dios es el obediente que el mismo *«Hijo»,* que sabe qué significa ante Dios ser obediente, reconoce hermana de él a quien lo es!

De aquí que tanto la desobediencia de Adán como las nuestras son pecados contra la naturaleza misma de Dios, Origen del Ser, contra su voluntad, creadora que, mediante la obediencia a su voluntad, puede llevar nuestro ser a su plenitud, en cambio, con la desobediencia, *le resultamos un ser que él no creó*. Por eso en la Biblia Dios cataloga la desobediencia como «pecado de magia, y la resistencia, un crimen de idolatría» (1 Sam 15,23). Cierto, porque desobedecer es adorar nuestra propia voluntad, y obedecer es adorar la de Dios. Así de fino es Dios para la obediencia. Pero de esto hablaremos más

ampliamente adelante, ahora continuamos con la conexión tan íntima con Dios que nos resulta de la obediencia.

La obediencia nos hace hermanas de Jesús porque, al contactarnos tan estrechamente con la voluntad del Padre, vivimos su misma vida divina, como el Hijo. Lo que es para Jesús la dependencia del Padre por su naturaleza de «Hijo», lo hace en nosotras la obediencia. A Jesús le hace ser «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero» (Credo). A nosotras nos hace ser «participación de Dios», «imagen de Dios», «hijas de Dios».

Por eso, crecer en la virtud de la obediencia es crecer en la participación de su Ser. Es estrechar nuestra relación o existencia *filial* con el Padre y de *hermanas* con Jesús. Porque si es la intensidad con que practiquemos las virtudes lo que determina la profundidad de nuestra unión con Dios, con ninguna se puede decir esto con más propiedad que con la obediencia, que identifica nuestro ser, querer y hacer con el de Dios.

Me repito, hermanas queridas, pero es que quisiera que nos metiésemos muy dentro del corazón que perder una obediencia es perder una buena dosis de vida o gracia divina en nuestra alma y menguar en nuestro crecimiento espiritual, porque la obediencia nos liga con la Causa de la gracia, de la Vida divina, del Amor vivificante. Por eso, obedecer a Dios es vida, vida suya y vida nuestra que nos da y mantiene y madura nuestro propio ser filial.

Y así comprendemos que Jesús insistiera tanto en decirnos que su alimento lo recibía de hacer la voluntad del Padre. ¿No hemos de hacerlo así nosotras para llenarnos de vida divina en cada uno de los acontecimientos que determina nuestra vida diariamente? Aunque sean obediencias pequeñas, no importa si las vivimos con este pensamiento de unirnos y vivirle a él. Esto le glorifica, porque así nos ve hijas verdaderas suyas que cuidamos con esmero, en cada obediencia, la delicia de vivirle a él. Cuando nos creó, en cierto modo nos vivió él amándonos y dándonos parte en su vida. Ahora, por la obediencia le vivimos nosotras a él, la participación en su Ser, acogiéndolo en nuestro corazón con amor al acoger su adorable voluntad.

Por eso, las obediencias deben ser tratadas con todo respeto y seriedad. Son ocasiones de vivir la vida de Dios al vivir su voluntad, y de crecer en amor divino, como veremos adelante. Y, como vasos comunicantes que somos, extenderla por toda la Iglesia, despertando en el mundo el deseo de Dios.

Ahora pasamos a contemplar la obediencia en Jesús, sus ejemplos, su modo de vivir su vida filial. La comenzó a vivir ya en el Antiguo Testamento, por el espíritu que daba a los Profetas. Tiene una cita Isaías de él que, por reflejar perfectamente la actitud de Jesús y su misión sobre la tierra, propia de Hijo, la insertamos aquí. Escuchemos con atención. Dice así: «El Señor Yahvé... cada mañana me despierta el oído para escuchar como un discípulo... me ha abierto el oído, y yo no he resistido, no me he echado atrás» (Is 50,4-5).

Antes le había dicho: «Y ahora ha hablado Yahvé, que desde el seno me formó para ser siervo suyo, a fin de volver hacia él a Jacob y congregar junto a él a Israel —pues glorioso era yo a los ojos de Yahvé, y mi Dios era mi fortaleza»—. «Poca cosa es que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y traer de nuevo a los supervivientes de Israel. Yo te he puesto como luz de las gentes, para que llegue mi salvación hasta los extremos de la tierra» (Is 49,5-6).

Sí, Cristo ha de hacer retornar al Padre a toda la humanidad, y para eso le ha pedido que *abra* a nuestra consideración y para nuestra salvación esa capacidad suya filial, para vivirla en la tierra y restaurar así, mediante la vivencia y el ejemplo, la desviación de nuestra dependencia del Padre. Que nos enseñe a vivir lo que somos, como hijas de Dios. A «escuchar» con oído atento, como «un discípulo», la voluntad del Padre, y no «echarnos atrás», sino cumplirla como él.

Sí, así lo hizo Jesús, pues no otra cosa fue su vida que una *abertura* sin límites de su Ser filial en su comportamiento, que le constituyó en la luz adecuada para la salvación del nuestro, y que volvió a su cauce el proyecto creador del Padre, para «que fuera él el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29).

Y así, como dice san Pablo, «teniendo la naturaleza gloriosa de Dios... se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo... y en su condición de hombre se humilló a sí mismo

haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de Cruz» (Flp 2,5-8). Y fue de este modo hecho hombre para poder vivir como Hijo, cuando comenzó a manifestarnos su pasión por el Padre, por hacer su voluntad.

«Por eso —nos dice la Carta a los Hebreos— al entrar en este mundo, Cristo dijo: "No has querido ni sacrificio ni oblación, en cambio me has formado un cuerpo. No te has complacido ni en los holocaustos ni en los sacrificios por el pecado; entonces dije: Heme aquí; vengo, como está escrito de mí en el volumen del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad"» (Heb 10,5-7).

¿Veis, hermanas queridas? Es su primera oración al nacer. ¡Qué claro nos habla su divina Palabra! Y añade: «Y en virtud de esta voluntad somos nosotros santificados, de una vez para siempre, por la obediencia del cuerpo de Cristo» (Heb 10,10).

La obediencia de Jesús fue la raíz de nuestra santificación y reconciliación con el Padre, nos ha dicho su Boca divina. Vayamos tomando conciencia de ello, hermanas mías, y hagámoslo con amor. Demos cabida en nuestro corazón al hecho de que, con su obediencia, Jesús nos iba dando su vida filial. Esa vida que nuestros primeros padres con su desobediencia malograron. No quisieron vivir como hijos, sino como esclavos.

Y el hecho de nacer en la pobreza y desamparo de una cueva de animales, ¿no fue para decirnos con obras que «amar a Dios antes y por encima de todas las cosas» debe ser nuestro primer quehacer como hijas que somos del Padre? Sí, hermanas queridas. Todas las fuerzas de nuestro cuerpo y alma hemos de poner en el amor de Dios, y hemos de amarle sobre todas las apetencias y gustos. Éste es el espíritu filial de Jesús y ha de ser el de toda la creación, porque ha de ser el nuestro.

Pues que la creación, por depender del Autor que la impulsó, es también hija, y regirse por las leyes de naturaleza y gracia que Dios ha puesto es el medio único de llegar a su más elevada madurez y perfección. Fijémonos, hermanas, si no, los grandes sistemas solares: «Ni tienen hambre ni se cansan y no cesa su actividad. Ninguna entorpece a la otra y jamás desobedecerán a su palabra» (Eclo 16,27-28) ¡Qué ejemplo para nosotras! Tomar el hombre la voluntad divina por rectora de sus obras es sabiduría y vida eterna. Es sabiduría ser obediente

(Prov 13,13-20). Y es plenitud en los proyectos personales, pues quedan hechos en clave de eternidad, duraderos, estables, acertados, adecuados, consecuentes, pues que los rige la Inteligencia que creó la Vida, el Orden. Es sabiduría y es hacia donde apunta el plan divino de redención: «Convertir a los indóciles a la sabiduría de los justos» (Lc 1,16-17).

Sí, hermanas, nunca deberíamos cansarnos de decir que no sólo nosotras, sino toda la creación, está llamada a ser regida por el espíritu filial de Jesús, que da la pauta a toda existencia. Así, en su Persona, nos lo fue diciendo él de ese modo tan sencillo y al mismo tiempo tan grandioso como él lo hizo, pero que ha deslumbrado al mundo, creyentes o no. Y ya veis, hermanas queridas, y veremos adelante, que fue por su espíritu filial bien vivido, sin salirse de él, porque eso es dar cauce, mejor, es dar vida a la Fuerza que Dios ha puesto en la creación.

Las obediencias de Jesús tan sencillas y limpias son un ejemplo magistral. Ellas fueron dibujando su «Ser», su «Nombre», su «Persona» y su «Hacer». Sin estridencias, en silencio, en la más completa normalidad. San Lucas nos dice que «a los ocho días de nacer, cuando debían circuncidarlo, le pusieron el nombre de Jesús, como lo había llamado el ángel antes de ser concebido» (Lc 2,21).

Esta «obediencia», como se había estipulado para cualquier israelita, pero aceptada y vivida como ninguno por el «Maestro y Legislador» nuestro, le dio el Nombre «que está sobre todo nombre, pues que al nombre de Jesús toda rodilla se dobla»... (Flp 2,10). ¿Por qué? Repito. Porque fueron las posteriores obediencias de Jesús las que llevaron a su cumbre y plenitud su significado: «Salvador», y su misión de retornar a la humanidad a su Padre, y por las que ahora «toda lengua confiesa que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2,11).

Pero sigamos el rastro de sus obediencias y veremos cómo va realizando su misión, hermanas queridas. Sigue diciéndonos san Lucas: «Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, lo subieron a Jerusalén para ofrecerlo al Señor, como estaba escrito en la ley del Señor» (Lc 2,23). Así, así. Sometido. Obedeciendo la ley, fue dando perfección y plenitud a la misma, y pudo más tarde decir: «No penséis

que he venido a abolir la Ley y los Profetas; no he venido a abolirla, sino a perfeccionarla. Porque en verdad os digo que, mientras no pasen el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde pasará de la ley hasta que todo se cumpla. Por lo tanto, el que quebrante uno solo de estos mínimos preceptos y enseñe así a los hombres será tenido por el menor en el reino de los cielos. Pero el que los cumpla y enseñe será tenido por grande en el reino de los cielos» (Mt 5,17-19).

Esto de ser tenidas por *grandes* nada menos que en el reino de los cielos es, como vemos, sólo por obedecer, aunque sean cosas tan pequeñas que sean mínimas, hermanas mías. Así, sin notoriedad, en nuestra vida diaria de silencio y sencillez, sin ruidos. Y si así vamos a ser tenidas por grandes es, lógicamente, porque hacemos cosas grandes, ¿no? ¡Claro que sí! Y esto es así porque lo grande no es lo que nosotras hagamos, ni nosotras ni nadie; lo grande es la voluntad de Dios, y, cuando a ésta la metemos en nuestra vida, ella es la que nos hace hacer cosas grandes, y ser grandes, «crecer». ¡Así nos enseña Jesús!

Y el ejemplo más elevado de esto nos lo da a los doce años de edad. A esta edad, «según costumbre subió con sus padres para la fiesta, y pasados los días, al regresar ellos, el niño Jesús se quedó en Jerusalén... *ocupado* en las cosas de su Padre... A los tres días lo encontraron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Todos los que le oían estaban admirados de su inteligencia y de sus respuestas». Pero él, obediente a su Madre María y a José, «bajó con ellos a Nazaret y les estaba sumiso; Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,41-52).

¡Aquí está la grandeza! No es poco significativo que el evangelio, después de decirnos que Jesús no olvidaba, sino que estaba pendiente de las «cosas del Padre» y que les estaba «sumiso» a José y a María, añadiese que Jesús crecía. «Crecía en edad y en gracia.» Sí. Estos largos años de silencio divino hicieron «crecer» hacia dentro al Maestro de la humanidad; le fueron formando, madurando humanamente, por la obediencia, para la gran tarea que el Padre le había confiado.

Fue la gran prueba de la obediencia que Jesús supo descifrar y vivir. Sabía que nosotras íbamos a necesitar que nos dijese con su vida que es más grande y positiva la obediencia que hablar con sabiduría de Dios, del Padre. Que esto sería más grande y fecundo, y así encerró bajo la llave del silencio y de la obediencia esa sorprendente ciencia infusa que, como Hijo de Dios, tenía su alma bendita. Y así fue «creciendo» más y enseñándonos la verdadera utilidad de la vida: vivir a Dios en el corazón, obedeciendo lo ordenado.

Y así recogió los esplendorosos frutos de su redención. El primero de ellos ya fue entonces en su Madre. El Evangelista nos dice que «María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón». Así fue tan acabada discípula de su Hijo en la obediencia, en el silencio, en la entrega, en el espíritu. ¿Qué diríamos, pues hoy, si faltase la obediencia en nuestros Monasterios o Casas de formación? ¿Seguiríamos la línea del Maestro?

¡Oh, gran valor de la obediencia, del trabajo sin relieve y del silencio! ¡Cómo ha de alentarnos, hermanas queridas! ¡Oh, gran valor, esos exuberantes años de Jesús, flor de su juventud, desgastados en un trabajo oscuro de artesanía; cómo le dieron la capacidad y actitud que necesitaba de Redentor de la humanidad!, pues que no fue otra su actitud que ésta de la «obediencia hasta la muerte» (Flp 2,8). Esto detiene el tiempo, hermanas. Detiene nuestro tiempo. Tiene fuerza para ello. Lo detiene y nos hace contemplativas, para que nos detengamos a contemplar, reflexionar, entrar en la Persona de Cristo con serenidad, con claridad, con objetividad, para formarnos bajo su Magisterio profundamente, a fin de poder dar el fruto que sus ejemplos piden a nuestra comunidad monástica, profesional de la obediencia. Jesús nos lo dirá después: «Ejemplo os he dado para que hagáis como yo he hecho» (Jn 13,15).

Este espíritu de obediencia es lo que es nuevo en la Ley. Y es porque Jesús obedece como Hijo, con espíritu filial, no como siervo. Para Jesús, obedecer era unir voluntades, la suya humana con la divina del Padre que vivía en su corazón. Y esto era para él siempre un gozo infinito. ¿Quién iba a ser capaz de echar de su Corazón a su Padre? ¡Nadie!, ¡ni la

muerte de Cruz! ¡Así fue de recia su Personalidad!, porque lo fue su obediencia.

Este espíritu es el que nos da en sus obediencias, que es el que lleva a plenitud el cumplimiento de la ley. Nos lo dice muy bellamente san Pablo, hermanas queridas, dilatándonos con ello el corazón. Dice así: «Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» —que es lo mismo que el espíritu de hijos—. «Y porque sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones al Espíritu de su Hijo que clama: Abba Padre. De suerte que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por Dios» (Gál 4,4-7).

Así, de este modo tan sencillo, hermanas, fue insertando Jesús en la historia su espíritu filial, y salvándola. No se movía si no mediaba la obediencia. Y donde marcaba el dedo de Dios allí iba. Ahí le tenemos, a él y a los que compartían con él su misión, su Madre Santísima, la fiel Esclava del Señor, y san José, obedientes a la voz del ángel, emprendiendo su penosa huida a Egipto atropelladamente, de noche. Y si regresa a Nazaret, lo hace también a la voz de la obediencia (Mt 2,13-23).

Con estos hechos se hizo historia la obediencia de Dios sin quejas ni resistencias, sino con prontitud y normalidad. ¿No nos recuerda esto la era del Paraíso? Pues ésta fue la norma o espíritu de su actuación filial, volver las cosas como fueron al principio, que ése era su ambiente de Hijo de Dios, sin pecado. Y actuaba así, aunque en el mundo hubiera tanto pecado. Así nos lo refiere san Mateo al hacernos llegar esta frase que pronunció Jesús en un momento muy comprometido: «No habéis leído que el Creador desde el principio...» (Mt 19,3-4). Y así actuaba como Hijo, con fidelidad.

Y cuando comenzó a predicar lo hizo solamente cuando le llegó la hora decidida por el Padre. Así lo anunció san Juan Bautista, su Precursor, diciendo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos... Yo, ciertamente, os bautizo en agua para que os arrepintáis, mas el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y yo no soy digno de descalzarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego» (Mt 3,1-11). Y después de hacerse bautizar por Juan en el Jordán «para que

cumpliera toda justicia... se abrieron los cielos y vio descender el Espíritu de Dios en forma de paloma y caer sobre él. Y una voz de los cielos decía: «Éste es mi hijo amado, en el que me complazco» (Mt 3,15-17).

¿Veis, hermanas? El Padre lo que proclama es que es su Hijo. Su Hijo amado. Y con esta solemnidad y espíritu da por comenzada «su hora», la de su evangelización. Y Jesús, después de dejarse «conducir por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4,1), comienza su predicación. Y por sus palabras, ejemplos y actitudes parece que «su hora», la llegada de su «hora», fue para comenzar a manifestar públicamente su espíritu y actitud filial, su obediencia al Padre.

Así comenzó a evangelizarnos no sólo lo que era, Hijo, sino también lo que éramos, hijas, hijas de Dios. Y nos dijo cómo debía ser nuestro comportamiento para volver a nuestro estado filial, a la libertad de los hijos de Dios. Nos enseñó a sanar nuestro ser desde su raíz, para comenzar por ahí la liberación de toda la creación de la esclavitud en que estaba. Pues como dice san Pablo, por el pecado, la creación fue sometida a la frustración o vanidad, pero con la esperanza —según aparece en Gén 3,15— de ser de nuevo admitida a la libertad de la gloria de Dios. Porque la creación está aguardando en anhelante espera la revelación de los hijos de Dios (Rom 8,19-21), la descendencia de la «Descendencia». Los hijos del Hijo de Dios.

Y, ¿qué mejor Hijo que el mismo de Dios podría sacarla de la esclavitud, abriendo paso a esta generación renovada de hijos de Dios? ¿Quién podría mejor que él hacer que en su misma carne y con su actitud filial comenzase la creación a verse libre del pecado y de la corrupción? Y si «hasta el presente esta creación gime y está en dolores de parto» (Rom 8,22), es, en cada una de las que no terminamos de asumir la adopción filial que nos ofrece Cristo con su espíritu filial y redentor y con su comportamiento de Hijo.

No vemos liberado nuestro cuerpo ni nuestro espíritu, hermanas queridas, de la violencia que trae consigo la esclavitud del pecado que nos trajo Adán y nuestra desobediencia, nuestra falta de espíritu filial. Y así la creación gime, gime abrumada por el peso de la desobediencia universal a Dios, o falta de

espíritu filial. Gime esperando anhelante la revelación de los hijos de Dios. La revelación de los seguidores del espíritu de obediencia del Hijo de Dios, en la que tanta parte tiene nuestra espiritualidad, «por la que se verá liberada de la violencia y frustración a que la sometió la desobediencia de Adán» (Rom 8,19-23).

Sí. Este espíritu filial es el único que puede volver su verdadero rostro de criatura de Dios, santa, sin resistencia ni oposición, sin violencia, a nuestro ser y a la creación. Majestuosa exposición y confirmación de esta fundamental verdad la tenemos en Mt 8,23-27 presentándonos a Jesús serenando las embravecidas olas del mar. «¿Quién es éste, decían los hombres maravillados, a quien hasta los vientos y el mar obedecen?». Sí. Éste es el espíritu Filial del Ser que tiene en Sí la Fuerza original de la paz, de la suavidad, de la dulzura y serenidad, porque es *«el Hijo»* del Padre. El Hijo que vive de la voluntad del Padre. Y lo comunica. Comunica su Fuerza, su Amor y su Vida.

Lo comunica si le aceptamos. Su misión es ésta, nos lo dice él mismo: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y completar su obra» (Jn 4,32-34). ¿No está claro aquí cuanto venimos reflexionando, hermanas? Ese buscar en todo la voluntad del Padre porque es el *sostenimiento* de su Ser Filial que «sólo hace lo que ve hacer al Padre» (Jn 5,19) es, para él, «completar su obra», acabar su creación, llevarla a su plenitud, a la órbita e intimidad de «hija», de existencia dependiente del Padre, que es Fuente de la Vida, Origen del Amor, Causa de la Felicidad. Y esto lo hace Jesús con su obediencia, reguladora de todas sus obras, que es la exteriorización de esa dependencia divina y conducta filial que consagra toda la creación.

Esto es lo que quiere decir la persona de Jesús, hermanas queridas. Nos lo repite él enseñándonos a asumir nuestra verdadera filiación: «He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6,38). Quiere decirnos Jesús que la voluntad humana debe estar siempre sometida a la divina, que es la que *causa* el orden, la santidad, la paz.

Antes nos había dicho: «El Padre y yo somos una misma cosa» (Jn 5,17-18). Por tanto, de lo que habla arriba es de su voluntad humana que somete a la del Padre. Aquí nos dice también que su gran Voluntad es la Filial, la divina, la que le viene de ser Hijo del Padre, y es a la que debe someter la suya humana, diciéndonos que así hemos de hacer nosotras, hermanas queridas. Que lo grandioso para nosotras no es hacer nuestra voluntad, sino liberarnos de ella, para asumir la que ha de ser nuestra Gran Voluntad, la del Padre, que eso es nuestra obediencia. La del Padre, cumpliendo sus mandamientos y la doctrina que nos dio por su Hijo.

Así, así, hermanas mías, recibiremos «la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8,23), esa adopción que nos hace libres. Porque ésta es nuestra redención: incorporar nuestra voluntad a la de Jesús para recibir su filiación, asumir su espíritu filial que está tan patente en todo el Evangelio.

Que ésta sea la voluntad del que nos creó nos lo asegura Jesús al decirnos: «Ésta es la voluntad del Padre, que todo el que vea al Hijo y crea en él tenga vida eterna» (Jn 6,39). Ya sabemos, hermanas, que en el evangelio «creer» equivale a «vivir». Vivir de él, vivir como él, vivir de su espíritu de Hijo, pues que no tiene otro, eso es tener «vida eterna».

Pues vamos a ello, vamos a entrar en este espíritu filial de Jesús con la voluntad y los hechos. Vamos, para ayudarnos, a seguir bebiendo ese espíritu de los hechos de Jesús. No nos parezca largo, hermanas. Lo necesitamos, y de cada hecho aprenderemos actitudes distintas de Jesús que ayudarán a regular nuestras obediencias.

Mirémosle; por ejemplo, en el episodio del geraseno, donde nos demuestra, una vez más, que nada hace sin la voluntad del Padre, y su actuación busca sólo dar gusto al Padre. San Lucas, que en el capítulo 6 de su evangelio nos dice en los versículos 12-16 cómo había conferido Jesús con su Padre la elección de los apóstoles, ahora, al pedirle el geraseno (Lc 8,26-39) ir con él, Jesús no se lo permitió. No tenía él a todos los que quería, sino a los que había elegido su Padre. Así se lo dijo a Santiago y a Juan: «... sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía darlo, sino que es para quienes ha sido dispuesto por mí Padre» (Mt 20,33).

Parece que este pasaje no es importante, pero es mucho para conocer el interior de Jesús rendido siempre al querer del Padre, sin gustos, ni apetencias. Hubiera sido para él motivo de satisfacción tener en su discipulado este hombre, que era una proclamación constante de su fuerza y de su poder contra Satanás, pero no lo tuvo. Le mandan, por otra parte, los gerasenos marcharse de allí, y se marcha. Sólo la voluntad del Padre mueve sus pasos. Ni en cosas tan íntimas como son disfrutar el fruto de su trabajo. Ni en eso se desprendió Jesús de la voluntad del Padre.

Y, por lo que sigue a este pasaje, parece que Jesús sólo se embarcó para salvar a ese endemoniado. Allí dejó la salvación mediante él a un pueblo que no le recibió, y, en cambio, él dejó allí el amor del Padre en el hombre liberado del demonio y convertido en apóstol de lo que «Dios hizo con él». Es la consecuencia de saber «vivir» bien la voluntad del Padre, que es amor siempre para todos.

Admiremos este espíritu de obediencia de Jesús aun en medio de los milagros, que, al mismo tiempo, es espíritu de humildad, el genuino suyo, en Mt 8,1-4, diciendo al leproso que había curado: «Mira, no se lo digas a nadie, pero anda, muéstrate al sacerdote y ofrece el don que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio». ¡Oh, Jesús! Sometido siempre a la ley que cumple y hace cumplir, ¡y era Dios!, o será más acertado decir ¡porque era Dios! La ley siempre mantiene un espíritu, y cuando la cumplimos crecemos en él.

Es curioso al respecto, y para ver hasta qué extremo llevaba Jesús la obediencia en su misión, el pasaje evangélico de Mt 15,21-28. A pesar de la multitud de milagros que el mismo san Mateo refiere que había hecho Jesús, al llegar a este de la cananea, nos lo muestra duro, inflexible ante las lágrimas y petición de una madre, cuando él mismo con la de Naín se había ofrecido a favorecerla, descubriéndonos sus entrañas misericordiosas; y da la razón, porque: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel». Y sólo ante la gran fe y humildad de la mujer se hace el milagro. «¡Oh mujer! —le dice—, grande es tu fe. Que te suceda como quieres.» Su fe le había hecho hija de Israel en espíritu.

Después de este milagro vuelve Jesús a hacer multitudes de ellos, sin resistencia alguna (Mt 15,29-31). Por lo que nos demuestra bien claro que su vida y actividad es hacer la voluntad del Padre. Que la oposición que nosotras sentimos por hacer la voluntad de Dios a través de otro que le representa, en Jesús es tendencia o atracción. Se nota que la raíz del pecado fue y es la desobediencia, pues nos inclina a ella. No así a Cristo y a María Inmaculada, llamada por ella misma «Esclava del Señor». ¡María!, la de la voluntad del Padre: «Hágase en mí tu Palabra». Que ella nos ayude a escalar la cumbre del Monte santo de su Concepción poniendo en práctica su espíritu de obediencia, espíritu del no pecado.

Y miremos la raíz de la solicitud de Jesús por los niños entreteniéndose con ellos y acariciándolos y acercándolos a Sí. ¿Por qué? Nos lo dice él: «... no es *voluntad* de vuestro Padre... que se pierda ni uno solo de esos pequeñuelos» (Mt 18,14).

Obediencia de Jesús a Dios; no a los hombres cuando van contra él. Obediencia que le hace libre de todo y de todos para volver a poner la voluntad del Padre en su sitio, de donde la habían sacado los hombres. Obediencia que hace nuevas las cosas, como Dios las quiere, con santidad, no como las queremos los mortales, sin espíritu y vida, la tenemos en Mt 15,1-9. Obediencia que restaura la personalidad del hombre. La gran personalidad en la que Dios nos creó, hermanas queridas.

Obediencia, espíritu filial que Jesús nos hace pedir al Padre enseñándonos a orar, que es el modo de vida en el espíritu, llamándole Padre y rogándole que se «haga su voluntad en la tierra como en el cielo»! (Mt 6,9-10).

Obediencia de Jesús que llega incluso hasta en el modo de predicar, *en parábolas.* Así se lo ordenaban las Escrituras: «Jesús decía estas cosas en parábolas a las muchedumbres y no les decía nada sin parábolas, para que se cumpliese lo anunciado por medio del profeta, que dice: «Abriré en parábolas mi boca y publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo» (Mt 13,34-35). Así, sí. Esto sí que es traer la voluntad del Padre a la tierra. ¡Obedeciendo así! ¡Ya pudo después enseñarnos a orar: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»! (Mt 6,10).

Jesús, como Verbo de Dios, había sido el que había movido a todos los personajes de la Sagrada Escritura (Antiguo Testamento), en unión con su Padre y el Espíritu Santo, a profetizar de diversos modos, con palabras o hechos, sobre su Persona divina, en orden al Plan divino de la salvación, de nuestra salvación. Y cuando, por fin, llega el tiempo y toma carne humana, ese espíritu filial no hace más que dar cumplimiento, obedecer lo escrito. Veremos con qué perfección, y qué presente lo tenía el Señor. ¡Bien nos demostró que es la misma la Palabra que habla que la que obra! Hay continuidad en su espíritu filial, espíritu de la creación, continuidad y consecuencia, vida de la Vida de Dios.

Vamos a ir transcribiendo todos los textos para que nos empapemos bien de este espíritu filial de nuestro Esposo, Dios y Redentor. En su concepción virginal y nacimiento anota el evangelista: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había dicho por medio del profeta: «He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros» (Mt 1,22-23).

Para que se cumpliesen las Escrituras nace en Belén, con grandes estrecheces. Dice el texto: «... les preguntaba (Herodes) el lugar del nacimiento del Mesías. Ellos le contestaron: "En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel"» (Mt 2,4-6). Y si se deja adorar por los magos, él, que se ha hecho siervo, es para que se cumplan las Escrituras. Así lo dicen: «... los reyes de Arabia y de Saba traerán presentes; todos los reyes ante él se postrarán» (Sal 71,10-11).

Para que se cumpliesen también las Escrituras huye a Egipto, como hemos visto, tan angustiosamente, de noche, «y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta: "De Egipto llamé a mi Hijo"». Y cuando tienen que regresar, avisados también por el ángel, «fue a morar a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo dicho por medio de los profetas, que sería llamado Nazareno» (Mt 2,14-23).

Aunque transcribir todos los textos sagrados que Jesús va cumpliendo con su vida nos vaya a resultar algo extenso, no vamos a dejar de anotarlos, porque ellos nos van a permitir conocer más y mejor el modo de ser y de pensar de Dios, y la persona de Jesús por dentro. Si no los reflexionásemos, se nos escaparían muchos detalles de su espíritu filial, por un lado, y lo que valora Dios, por otro. Aquí mismo vemos que, no sólo el lugar para nacer, sino también para vivir lo determinó el Padre: Nazaret. No dejó Jesús, ni el Padre, opción para escoger otra cosa que la voluntad adorable del Padre. Verdaderamente que era el «mantenimiento» de su Ser, su Vida.

Por otra parte, esto nos dice y nos quiere hacer caer en la cuenta de que hay una voluntad mejor que la nuestra para decidir sobre nuestra vida y llevarla a la madurez, la de Dios. Vemos constantemente a Jesús obedeciendo, sin voluntad humana que no esté contactada plenamente con la divina, y eso le llevó a la impresionante personalidad que asombra a la humanidad. No caigamos en la tentación de pensar que eso fue sólo para Jesús, que tenía toda su vida profetizada. No. También está profetizado que «Dios nos ha destinado para ser conformes con la imagen de su Hijo» (Rom 8,29) y, ¿no podemos creer que si se profetizó su vida no fue sólo para que «reconociésemos» al verdadero Mesías, sino también para que ese Mesías fuese toda su vida un acto constante de obediencia —porque se cuidó bien de hacerlo y decírnoslo— y así fuese verdadero modelo de nuestra filiación? Dios quiso así hacer la redención de nuestro ser filial dependiente del Padre, pero desvinculado de él por el pecado. ¿No estará la razón en que la obediencia es el fundamento de nuestro ser y que sólo mediante ella llegaremos a la plenitud del Ser? Lo escribo con mayúscula porque la plenitud de nuestro ser es llegar a Dios en plenitud, y para esto sólo hay una senda: su Voluntad vivida.

Sigamos, por tanto, hermanas queridas, viendo cómo Jesús iba cumpliendo las Escrituras que hablaban de él. No las que no iban a desarrollar su filiación, como son las que le presentó Satanás (Mt 4,1-10). El Cristo, el Esposo redentor, no vino para mantener la vida de su cuerpo con su poder, sino para desarrollar la de su espíritu con la de Dios: Después de ayunar

cuarenta días en el desierto al que había sido conducido por el Espíritu, Satanás, el *tentador,* le dijo al ver que tenía hambre: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes». Pero porque era Hijo de Dios y debía pasar hambre, macerar su cuerpo y su espíritu hasta que el Padre dispusiese otra cosa le respondió: «Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». ¿No hace referencia esto a «mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre»? Lo que sale de la boca de Dios es siempre manifestación de su voluntad, es su Palabra la que la manifiesta. Y así, le dice a Satanás que, antes incluso que el alimento material, está para él, como Hijo, el espiritual, la voluntad del Padre; como de una manera más real y concreta lo testificó y vivió en el episodio de la Samaritana cuando los apóstoles le rogaban: «¡Rabí, come!». Pero él les dijo: «Yo tengo una comida que no sabéis vosotros... Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,31-34). Se ve que en Jesús es una constante el ansia de vivir de la voluntad del Padre. Era verdaderamente, como vimos antes, una pasión en él.

Y en las otras dos tentaciones igualmente manifiesta su rendimiento amoroso al querer del Padre: «No tentarás al Señor tu Dios», queriendo y buscando milagros que alimenten la propia vanidad. No. Ni a «la concupiscencia de la carne, ni a la concupiscencia de los ojos, ni al orgullo de las riquezas» (1 Jn 2,16) hemos de adorar, sino «al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás» (Mt 4,5-10), porque «el mundo pasa, y con él, su concupiscencia; pero *el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente»* (1 Jn 2,17).

«Llegaron los ángeles y le servían» (Mt 4,11). Así anota el Evangelista, para decirnos que el Padre daba por terminado, para nuestra enseñanza, el período de tentación de su Hijo. Se le había puesto a prueba la fidelidad a su filiación. La tentación, con otro ropaje, fue análoga a la del Paraíso: halago propio, orgullo, soberbia, manifestación pública de su grandeza, ser más. «Todos los reinos del mundo te daré», le había dicho Satanás (Mt 4,8-9). Pero este Adán era de verdad Hijo que se alimentaba de la voluntad del Padre y venció a Satanás. Le venció, y comenzó a predicar la salvación «en los confines de

Zabulón y Neftalí, para que se cumpliese lo anunciado por medio del profeta Isaías:

> «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
> camino del mar, al otro lado del Jordán,
> Galilea de los gentiles;
> el pueblo que yace en las tinieblas
> ha visto gran luz
> y para los que yacen
> en la región tenebrosa de la muerte
> ha surgido una luz.»

También puede tener significado para nosotras, hermanas queridas, puesto que todo estaba previsto por Dios para nuestra enseñanza, que sólo cuando Jesús venció la tentación de Satanás es cuando comenzó a predicar. «Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos"» (Mt 4,17).

Sí, ya había conseguido Jesús la primera derrota de Satanás sobre el primer pecado del hombre: la independencia de Dios. La victoria sobre el pecado del Paraíso estaba lograda. La humanidad habíamos recuperado la fidelidad de nuestra filiación en la persona y fidelidad de Cristo. Sólo nos faltaba creer en ello y convertirnos. Por eso comenzó Jesús ya a predicar, para que la humanidad, todas nosotras, hermanas queridas, asumiésemos el retorno al Padre que ya había comenzado en Jesús, como «hijas amadas y fieles» al Padre, en el «Hijo amado y fiel» al Padre. Verdaderamente que Jesús demostró que era Hijo de Dios, pero no por donde Satanás quería, sino por donde debía ser, por la obediente fidelidad a la voluntad del Padre.

Y la predicación fue en esta línea de regeneración del corazón, que es donde se vive la filiación (Mt 5,1-48; 6,1-34; 7,1-27) porque para él el hombre redimido es «el que hace la voluntad de su Padre, que está en los cielos», como lo afirma en Mt 7,21-23, no los que hacen la voluntad de los hombres (Mc 7,5-23).

Cumple y hace cumplir las Escrituras en el modo de tributar el culto al Padre: «Llegaron a Jerusalén y, entrando en el templo, se puso a arrojar a los que allí compraban y vendían; volcó las mesas de los cambistas y los asientos de los que

vendían palomas y no permitía que transportaran objetos por el templo. Y les enseñaba diciendo: «¿No está escrito que "mi casa ha de ser casa de oración para todas las gentes"? Pues vosotros la habéis hecho una cueva de ladrones» (Mc 11,15-17). Con esta energía nos enseñaba Jesús a ser hijas de Dios, a obrar como hijas de Dios, también en el culto.

Y considera grandes de verdad a los que escuchan y practican la voluntad de Dios, su Palabra: «... una mujer, alzando la voz entre la multitud, gritó: "Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron". Pero él le dijo: "Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican"» (Lc 11,27-28). ¿No sería esta frase una experiencia viva para Jesús de lo que era su Madre? ¡Sin duda! Y así la proclamó: primera dichosa.

Sólo se salió de lo que estaba escrito para darnos la verdadera figura del Padre (Mt 5,21-48): «Sabéis que se dijo a los antiguos: "No matarás" y "el que matare será reo de juicio". Pero *yo os digo* que el que se enoje con su hermano será reo de juicio... Sabéis que se dijo: "No cometerás adulterio". Mas *yo os digo* que todo el que mira a una mujer con mal deseo ya ha cometido con ella adulterio en su corazón... También se dijo a los antiguos: "No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos". Pero *yo os digo* que no juréis de ninguna manera... Sea, pues, vuestra palabra: Sí, sí; no, no. Lo que pasa de esto viene del malvado. Sabéis que se dijo: "Ojo por ojo y diente por diente". Pero *yo os digo* que no resistáis al mal, antes a quien te hiera en tu mejilla derecha, vuélvele también la otra... Sabéis que se dijo: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo". Pero *yo os digo:* Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial...». Esto es lo que buscaba decirnos Jesús. Aquí llegó al tema central de su predicación y misión: que seamos *hijos* de nuestro Padre, y vivamos como tales. «Vosotros, pues, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,21-48). Así estaba viviendo él. Ésta era desde el principio la voluntad del Padre. Ésta era su vida.

Conocer y amar al Padre fue para Jesús lo mismo que cumplir su voluntad. Nos lo dijo él: «Lo conozco y guardo su palabra» (Jn 8,55). Y esto fue lo que le hizo entregarse tan

fielmente al cumplimiento de las Escrituras. Hasta el odio, la condena y el juicio de los fariseos los sufrió Jesús para que se cumpliesen: «Pero ahora han visto y me han odiado a mí y a mi Padre. Para que se cumpla la palabra escrita en su ley: «Me odiaron sin motivo» (Jn 15,25-26).

Y si entra triunfante en Jerusalén, entra porque así estaba escrito, y lo hace tan humildemente como estaba escrito: «Esto ocurrió para que se cumpliese lo dicho por el profeta: "Decid a la hija de Sión: Mira que tu rey viene a ti manso y sentado sobre un asno, sobre un pollino, hijo de animal de yugo"» (Mt 21,4-5), como conviene a los hijos de Dios, que hemos de ser mansos, humildes, pacíficos, aun desde el poder máximo, desde las honras y alabanzas, porque sabemos que éstas pertenecen sólo a Dios. Así nos enseña a vivir el espíritu filial Jesús, también en medio de los triunfos y honores.

Y se entrega a su Pasión, por fin, cuando conoce que le había llegado la hora de padecer. Dice el texto evangélico: «... sabiendo Jesús que le había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13,1). Y como en la voluntad del Padre estaba que también nos diese su *Corazón* de *Hijo fidelísimo,* ejemplo de amor a quien le traicionaba, aquí le tenemos a los pies de Judas el traidor, lavándole los pies. Aquí vemos el amor arrodillado ante la traición, sirviéndole, amándole, aceptando la traición como dijo: ... «mas debe cumplirse la Escritura: "El que come mi pan levantó contra mí su calcañar"» (Jn 13,18), y le insta para que la cumpla: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto» (Jn 13,28).

No tiene miedo a la muerte. Sólo le horroriza pensar que puede dejarse de cumplir la voluntad del Padre. Es decir, que puede por un momento vivir sin ser Hijo del Padre, que es lo mismo que decir vivir sin vivir su filiación. Y cuando van a prenderle en el huerto de Getsemaní, se entrega a la muerte por obediencia, pues no se deja defender por vivirla con toda perfección: «Vuelve tu espada a su lugar» —dijo a Pedro, que intentó defenderle—, «que todos los que manejan espada a espada morirán. ¿O crees que no puedo pedir a mi Padre, que mandaría ahora mismo más de doce legiones de ángeles? Pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales tiene que

suceder así?... todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas» (Mt 26,52-56). Antes les había dicho a los apóstoles: «Todos vosotros tendréis en mí ocasión de caída esta noche, porque está escrito: "Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño"» (Mt 26,31). ¡Qué cierto es que la obediencia se unifica con el amor! De esto hablaremos adelante. Lo digo aquí ahora, hermanas queridas, para que no pase desapercibida esta enseñanza que nos da Jesús aquí. Avisa a sus discípulos de que si van a huir, si van a negarle, si se van a acobardar esa noche, es para que se cumplan las Escrituras. ¡Qué ternura!, ¡cómo les alienta y disculpa! Quiere sufrir él solo, porque tal era la voluntad del Padre. Y ruega a los que le prenden que les dejen irse: «Si me buscáis a mí dejad que éstos se vayan». Para que se cumpliera la palabra que había dicho: «No perdí ninguno de los que me diste» (Jn 18,8-9).

Es el cumplidor de las Escrituras también en el modo de morir. Dice el evangelista: «Crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Así se cumplió la Escritura, que dice: "Fue contado entre los malvados"» (Mc 15,27-28). Y sus ropas fueron sorteadas. También en ellas entró la obediencia: «La túnica era sin costura... Se dijeron unos a otros: "No la rasguemos, echémosla a suertes a ver a quién le toca". Para que se cumpliera la Escritura: "Se repartieron mis vestidos y echaron a suerte mi túnica". Es cabalmente lo que hicieron los soldados» (Jn 19,23-24). Todo, todo Jesús entero impregnado de su Ser filial; ¡hasta las vestiduras! Y aun no se olvidó, en medio de su agonía, de cumplir lo que faltaba: «... sabiendo Jesús que todo se había acabado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed"». Y sólo entonces es cuando pudo decir: «Todo está cumplido, e inclinó la cabeza y entregó el espíritu» (Jn 19,28-30), su espíritu filial, al Padre, con esta frase: «Padre, en tus manos encomiendo mí espíritu» (Lc 23,46). Y lo dijo con «una fuerte voz». Era la voz de la victoria sobre el pecado y la muerte, sobre la desobediencia del Paraíso lograda por la *obediencia* del *Hijo,* «hasta la muerte de Cruz» (Flp 2,8). Era la voz del *Hijo* fiel, restaurando la voz del hijo infiel.

Y más allá aún de la muerte continuó la obediencia de Jesús, porque su espíritu filial *vivía.* El evangelista Juan nos

dice, hermanas, que fueron a quebrar las piernas a Jesús, pero, como le vieron ya muerto, «uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y seguidamente salió sangre y agua» (Jn 19,33-34). ¡Oh, hermanas!, ¡qué misterio tan profundo encierra esto! ¡La obediencia, la obediencia de Jesús convertida en sangre y agua para lavar nuestras desobediencias!, primero la de Adán y también las nuestras. ¡Su corazón filial hecho sangre y agua para empaparnos de él y hacernos hijas amadas del Padre, que ya no ve más que el espíritu filial de su Hijo que nos lava, nos purifica! «Todo esto sucedió —nos dice el Evangelista— para que se cumpliera la Escritura: "No se le romperá hueso alguno". Y también otra Escritura, que dice: "Verán al que traspasaron"» (Jn 19,36-37).

Había dejado de latir un corazón filial, el del *Hijo* por antonomasia, que no podía morir, y por eso se le abre una puerta en su carne para que salga esa fuerza salvadora de la obediencia de que estaba cargado, y nos salve, nos unifique en su espíritu filial para vivirle en su doctrina y prolongarle en sus ejemplos. Él mismo, como haciendo un examen de su vida, nos había dicho: «Yo no hablé de mi cuenta, sino que el Padre, que me envió, me ha prescrito lo que he de decir y hablar. Y sé que su precepto es vida eterna. Por eso lo que yo os digo, como me lo dijo el Padre, os lo digo» (Jn 12,49-50). Y hablando con su Padre, dijo: «Yo te glorifiqué en la tierra, llevando a término la obra que me encomendaste» (Jn 17,4); hasta el extremo de entregar la vida también por obediencia... «mas debe conocer el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ordenó. Levantaos, vamos de aquí» (Jn 14,31). Y se entregó a la muerte.

Podemos, pues, decir, hermanas queridas, que la existencia de Jesús en la tierra fue, ante todo, una existencia filial. Se encerró entre estas dos frases: «Aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10,7) que dijo al nacer, y la que pronunció al morir: «Todo está cumplido» (Jn 19,30). Cristo es el primer eslabón filial de la nueva alianza, que desde que se hizo hombre se preocupó de vivir como tal. Como criatura dependiente del Padre, primero; su alma santísima dio al Creador la gloria que le debía: «Vengo a hacer tu voluntad». Y toda su vida fue una alabanza constante a la gloria y voluntad

del Padre. Se ocupó en vivir, para nuestra enseñanza, como criatura de Dios. Y, segundo, como Dios, abriendo con su espíritu filial el reino de Dios (Mc 10,15) «al revelarnos su misión filial» (Jn 17,26,) justificándonos. «Porque como por la desobediencia de un solo hombre fueron constituidos pecadores todos, así también por la obediencia de uno solo serán todos constituidos justos» (Rom 5,19).

Jesús es el primer eslabón, su Madre Santísima el segundo, y nosotras, hermanas, hacemos también nuestro número. ¿Cómo queremos que sea el nuestro parecido al de Cristo? Él, que nos ha elegido para seguirle, para continuar esta cadena de eslabones de oro en la nueva creación, en la era del espíritu filial, espera nuestra cooperación adecuada para que, sin interrupción, nuestra obediencia tire, con la agilidad, fuerza y gallardía que lo hacen las yeguas del carro del Faraón, del carro que lleva adelante el «proyecto creador del Padre» sobre la humanidad.

Hemos visto que hablar de obediencia es hablar de vida. Ha sido hablar del *Ser* del Hijo, de su Vida, que es filial. Vamos a ver ahora, aunque sea brevemente, cómo hablar y vivir de obediencia es hablar y vivir de amor. Y luego, tratando, con la gracia divina, de explicar los versículos 10 y 11 del Cantar que dejamos cortado, veremos cómo vivir la obediencia es crecer en gracia y en amor divino. Es crecer en la fe, en la verdad, en la santidad, que son los mejores adornos del alma.

No sé qué me da aliento para ello, hermanas queridas, si no es una fuerza interna que hace que, aunque me causa trabajo y esfuerzo hablaros de estas cosas, no deje de hacerlo, a pesar de que no sé. Me impulsa a explicaros los Estatutos con mi corto entender, que es mi obligación, y tratar con vosotras ahora este gran misterio de la obediencia, para que, juntas, comencemos a beber la vida pura de Dios que fluye de esta vena riquísima de la divinidad, que es la obediencia. Es decir, que nos comunica ella.

El gran amor que os tengo y porque os considero porción escogida del divino beneplácito, grey elegida para ser depositaria y continuadora del amor adorador de Jesús al Padre, que es su obediencia, pequeño rebaño de la obediencia inmaculada y

redentora del Esposo, purificadas, santificadas y hermoseadas con la obediencia pura y casta del Cordero divino, hermanas queridas en nuestro espíritu concepcionista; porque os considero así, me siento confortada en esta tarea, pues vosotras me capacitáis por vuestro amor, me fortalecéis por la obediencia que de Cristo participáis y de su gracia.

Pues de esta obediencia, que es amor y vida y que Adán cortó de su Causa o Fuente, que es el Padre, y que Cristo volvió a unir con su misma vida filial, es de la que vamos a tratar. Vamos a ver, brevemente, cómo el Señor en su Palabra nos dice que la obediencia es amor. Vamos a reflexionarlo para ayudarnos a quedar convencidas de ello, pues es el modo de mantenernos fieles al espíritu de obediencia por encima de las dificultades.

La obediencia, fuente de amor

El amor es obediencia, la obediencia es amor. Nos lo dice su Palabra divina: «Y ahora, Israel, ¿qué te pide tu Dios, sino que temas a Yahvé, tu Dios, que sigas sus caminos, que le ames, que sirvas a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, que guardes los mandamientos de Yahvé y sus preceptos que yo te prescribo hoy para que seas feliz?» (Dt 10,12-13). ¿Veis, hermanas?, aquí tenemos el amor convertido en obediencia a los mandamientos del Señor. Así nos lo reafirma Jesús: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (Jn 14,15), porque «los que aman al Señor... quedan llenos de su Ley, al buscar en todo su agrado» (Eclo 2,16).

La razón de esto, de que la obediencia sea amor, está en Dios mismo. Y creo yo, hermanas, que está contenida en esta frase: «En esto se ha manifestado el amor de Dios por nosotros: en que ha mandado a su Hijo único al mundo, para que nosotros vivamos por él» (1 Jn 4,9). «Vivamos por él.» Esta frase nos dice que la obediencia es amor por parte de Dios al admitirnos a ella, porque como «vivir por el Hijo», según hemos reflexionado antes, es vivir su espíritu filial pues no tiene otro, y como vivir su espíritu filial es vivir el amor que Jesús tiene al Padre, amor que se manifiesta en la unión

de voluntades, de corazones, de pensamiento, cosa que verifica la obediencia, de aquí se desprende que nuestra obediencia sea amor, el amor del Hijo al Padre y del Padre al Hijo, que ellos han hecho nuestro al querer el Padre admitirnos a la filiación del Hijo, que es vida de su Vida y amor de su Amor.

Hacernos vivir por el Hijo, dárnoslo para que «vivamos por él» es habernos amado el Padre como a su Hijo: «Los amaste como me amaste a mí» (Jn 17,23). Admitirnos a su filiación, a vivir el espíritu filial de Jesús, es admitirnos al trato de hijas, es abrirnos sus entrañas de Padre, que hace que nuestra obediencia sea amor hacia él, amor de hijas, no de siervas. Ésta es la obediencia para nosotras, concepcionistas, gozar el inefable don de participar el espíritu filial del Hijo del Padre, su amorosa relación con él, el amor a su divina voluntad, que, en definitiva, es amor hacia nosotras, pues que ella hace amor común, une voluntades por amor.

Amor a la divina voluntad, al querer divino que hace, asimismo, morada en nosotras. Sí, hermanas. Es su Palabra divina la que hace morada en el alma al hacer asiento en ella, y así hace amor. Y hace asiento en nosotras cuando la acogemos con amor y la vivimos. Y porque la Palabra es el Verbo de Dios y Dios es Amor, por ello hacer asiento ella en nosotras es hacer asiento el Amor. Nos lo dice Jesús: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama, y al que me ama lo amará mi Padre y yo lo amaré y me manifestaré a él». «Si alguno me ama guardará mi doctrina y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,21-23), nos habitarán, como dije hablando del Espíritu Santo, harán nuestra delicia.

Esto nos trae la obediencia, esto nos trae mantenernos en su espíritu, que es mantenernos en el espíritu filial de Jesús, queridas hermanas, que nos convierte en habitación de Dios, de su Palabra, de su Voluntad, de su Amor. Una persona obediente es sacramento de la presencia de Dios y de su amor entre los hombres. En cambio, la desobediencia es prueba de falta de amor. Así nos lo dice el Señor: «El que no me ama no guarda mis enseñanzas; y la Palabra que escucháis no es mía, sino del Padre, que me ha enviado» (Jn 14,24). Del Padre, que es Amor, Santidad, Unión. Del Padre que nos invita a

retornar a él tan tiernamente como lo hace, haciéndonos pedir «los besos de su boca», a su Hijo amado y al Espíritu del Amor.

Miremos, por tanto, hermanas, que la obediencia que hemos de tener como buenas concepcionistas es amor por nuestra parte. Amor que es nuestra fuerza para demostrar al Padre querido la integridad y verdad de nuestra correspondencia a su proyecto creador, de nuestra relación con él, de nuestra entrega a su «llamada», a nuestra vocación. Es la obediencia nuestra fuerza, porque ella es la prueba más verídica del amor a sus mandatos, en definitiva a él, porque la obediencia nos vincula con su espíritu y su Ser, al estrecharnos con su voluntad, al hacernos «casa» de la voluntad de Dios.

Es nuestra fuerza porque, como estamos viendo, la obediencia es la respuesta de nuestro corazón al de Dios. Darnos a participar Dios la filiación divina, que es participación en el Verbo, en su Amado Hijo, es la gracia y amor que sale de su Corazón o entrañas divinas hacia el nuestro; es la verdadera Fuerza de su sincero amor, la entrega de su Ser al nuestro que nos da o comunica con su voluntad adorable. Pues así, corresponder a este amor, que hacemos por la obediencia, es también en nosotras fuerza. Fuerza que sacamos de nuestro corazón para dar respuesta a esa gracia de filiación y amor íntimo. Cosa que hemos de hacer esforzando nuestra voluntad, que es la prueba fehaciente de nuestra adhesión a su Ser divino. Sin este esfuerzo, que nos exige ser obedientes, la gracia de la participación en el espíritu filial del Verbo de Dios que se nos da quedaría ineficaz. Y por ello, nuestra obediencia es gracia activa en nosotras, fuerza de nuestro corazón que da eficacia, diríamos, a la gracia divina, pues sin obediencia quedaría ineficaz. ¡Es nuestra gran fuerza espiritual!

Pensando en esto, entendimos, según reflexionamos al principio de este capítulo, que el Esposo, al comparar a la esposa santa a las yeguas del carro del Faraón, se refería a la *fuerza* de la obediencia, destacando la de las yeguas. Fuerza que en nosotras es el mejor adorno, pues es fuerza de nuestro corazón o amor capaz de llevar adelante todo el *Proyecto* creador del Padre, pues sin la obediencia no seríamos capaces.

Otros traducen: «A mi yegua, entre los carros del Faraón, yo te comparo, amada mía» (Cant 1,9), que viene mejor a nuestro caso, pues es más cercana e íntima la comparación. Sí, porque su yegua, diríamos, su «escogida», es la más fuerte y briosa, la que mejor responde a sus deseos; la más ágil; que, en el camino de la santidad, es el alma más obediente la que mejor responde a sus deseos divinos, a su voluntad creacional, a su espíritu filial.

Porque cuando hemos hecho nuestra la actitud obediencial de nuestro Esposo redentor, hermanas queridas, cuando somos obedientes de corazón, tenemos conseguida la respuesta al proyecto santificador de Dios, que es la meta de la voluntad adorable de Dios, pues que esta actitud nos aboca al cumplimiento de todo el Evangelio, de todo su plan salvador, y ésta será nuestra justificación, según nos dice la divina revelación: «Tal será nuestra justicia: cuidar de poner en práctica todos estos mandatos ante Yahvé nuestro Dios, como él nos ha prescrito» (Dt 6,25).

Pero llegar a esto supone haber «conocido» antes a Dios. Haber tenido experiencia de él. Sí, la mística de la obediencia es el «conocimiento» de Dios, la comprensión de su misterio divino, hasta la adoración del Dios Amor. Es la puesta de rodillas de nuestra pequeña voluntad ante la suya, de nuestro amor ante el suyo. «En esto sabemos que le conocemos, en que guardamos sus mandamientos» —dice san Juan—. «Quien dice: "Yo lo conozco" y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero quien guarda su Palabra, ciertamente en él el amor de Dios ha llegado a su plenitud» (1 Jn 2,3-5).

Es, por tanto, que llegamos al conocimiento de Dios por el cumplimiento de su Palabra, que es la que nos transmite su Ser y Hacer, su Espíritu, su modo de ser. Viviéndola, aunque nos tengamos que esforzar en ello, nos vamos cambiando en su modo de ser y vamos estrechando la intimidad con él, y esto nos facilita su conocimiento, y nos vamos haciendo amor como él.

Y precisamente en la experiencia de nuestra propia rebeldía ante la obediencia de su Ley, de su Palabra, vemos la diferencia que hay entre nosotras y él. Entre nuestra tendencia al orgullo,

al egoísmo, a la individualidad, a la imposición del propio criterio, comodidad y falta de amor, en contraste con la humildad, entrega, inmolación de su Ser, actitud de servicio y amor de él. Y a medida que vamos aceptando su Palabra, sus mandatos, su Evangelio, según las propias obligaciones, vamos descubriendo en nuestro propio ser la hondura de su bondad y amor que vamos asumiendo. Esto es «conocerle», «estar» en él, según nos dice san Juan: «En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe vivir como vivió él» (1 Jn 3,6). Y «estar» en él es amarle, vivir de amor, como vivió él.

A esto llegamos, hermanas queridas, cuando hemos decidido en nuestro corazón entregarnos a la obediencia como proyecto de vida, de manifestación de nuestro amor a Dios, que será quien lo lleve a su plenitud, que es lo mismo que al conocimiento intenso del Ser amoroso de Dios; sí, cuando hemos decidido entregarnos hasta los límites de la donación total, presupuesto de la obediencia, la cual realiza la «salida» u «olvido» de nosotras mismas para «estar» en Dios, en el espíritu filial o de obediencia del Hijo. Es decir, cuando nuestro deseo de «estar» en Dios ha tocado los límites del amor de donación, los límites de la verdadera «consagración» del propio ser a Dios, hasta donde lo lleva el amor puro y exclusivo de Dios. Así nos dice él: «Destruiréis totalmente todos los lugares donde las naciones que vais a desposeer han dado culto a sus dioses» (Dt 12,2). Que a nosotras es decirnos: cuando hayamos rendido el propio yo ante el divino en todas las manifestaciones de reafirmación, resistencia e imposición de nuestras desordenadas tendencias, desde donde dábamos culto a nuestra voluntad, a nuestro egocentrismo, para arrodillarlo ahora ante Dios y hacerle adorar, rendido, su voluntad adorable, hasta el límite de convertir en altar para el Dios amado nuestra voluntad íntegra, desnuda de toda afición: «Me levantarás un altar de tierra y en él me ofrecerás tus holocaustos, tus sacrificios pacíficos». —Sí, pacíficos, sin resistencia a su divino querer—. «Si me levantas altar de piedras, no sea con piedras labradas, porque al trabajarlas con tus herramientas las habrás profanado» (Éx 20,24-25). Así de pura e íntegra quiere nuestra voluntad y hemos de rendírsela al Padre y Esposo querido; tan pura e

intacta, que no esté tocada, profanada, por ninguna intervención o juicio humano. Pura, porque de ella ha de recibir el Dios amado nuestros sacrificios puros, lo mejor que podemos ofrecerle de nuestra vida, que es nuestro ser inmolado en la obediencia, como el del Esposo redentor, hasta la Cruz (Flp 2,5-8).

Y esto, porque no quiere el Señor en nuestro corazón «dioses falsos de plata y oro». No; quiere estar él, que es el Dios verdadero, la Voluntad santa y santificadora, la Estabilidad y mejor reafirmación de nuestro ser y el que mejor lo puede llevar a la más grandiosa plenitud. Nos lo dice así: «No hagáis junto a mí dioses de plata y oro» (Éx 20,23).

Quiere enjoyarnos él, que es lo contrario de levantar nosotras en nuestro corazón esos idolillos de plata y oro que es el culto que damos a nuestra voluntad y caprichos. Quiere ver en nosotras, adornándonos, su voluntad divina, que es la que nos hará aparecer ante él con los adornos espirituales que él canta en el Cantar de su ternura: «Bellas son tus mejillas entre los pendientes y tu cuello entre los collares» (Cant 1,10). ¿No vemos, hermanas queridas, que los pendientes son los que adornan las orejas que es por donde oímos, escuchamos? Es esa disposición, que vimos antes, que hemos de tener de escucha y atención ante la divina Palabra y su voluntad que nos hace imitar la del Esposo redentor: «Cada mañana me despierta el oído para escuchar como un discípulo... me ha abierto el oído, y yo no he resistido, no me he echado atrás» (Is 50,4-5).

¿Y no vemos que los collares que adornarán nuestro cuello es el rendimiento a su amor y voluntad?, como vimos antes, que al fin es amar como él mismo nos lo dice: «Y yo enseñaba a Efraín a caminar, lo llevaba sobre mis brazos... Con cuerdas de bondad los atraía, con lazos de amor, y fui para él como quien alza a un niño sobre su propio cuello y se inclina hacia él para darle de comer» (Os 11,3-4). Así nos dice nuestro Dios que es la obediencia, amor en él, intimidad, «conocimiento» de su ternura y amor, que nos enseña a caminar por medio de sus mandatos y Evangelio, «llevándonos sobre sus brazos», que es el cumplimiento de su voluntad adorable, «atrayéndonos hacia él con lazos de amor». Es así su amor hacia nosotras, porque sabe cuánto nos conviene vivir la obediencia para estar en su amor, aunque, porque nos cuesta, no lo entendamos.

Pero él ya lo sabe y nos lo advierte por el Profeta para que no retrocedamos: «mas no han comprendido que yo cuidaba de ellos» (Os 11,4).

Advertidas tan amorosamente por nuestro Padre y Esposo, trabajemos, hermanas, como nos dice el Apóstol, por: «Conseguir un conocimiento perfecto de la voluntad de Dios, con toda sabiduría e inteligencia espiritual. De esta manera, vuestra conducta será digna del Señor, agradándole en todo; fructificaréis en toda clase de obras buenas y aumentará vuestro conocimiento de Dios. El poder de su gloria os dará fuerza para soportar todo con paciencia y magnanimidad, con alegría» (Col 1,9b-11). Sí, hermanas queridas, no marchemos tras el viento, que es nuestra voluntad no redimida, sino tras lo inefable, tras el divino querer y voluntad santificadora de Dios. Inclinemos con interés el oído de nuestro corazón ante el Señor y no nos echemos atrás ante la obediencia, sino pongamos el esfuerzo que el hecho requiere para convertir en adoración nuestro amor, nuestra voluntad, por la obediencia, como «sacrificio amoroso de suave olor rendido a su amor y gloria» (Lev 1,3-9).

Esto es ser concepcionistas, hermanas. Porque, como hemos dicho más veces, ser concepcionistas es subir el Monte de la Concepción. Y subir el Monte de la Concepción es entrar a participar el rendimiento inefable y amoroso de la «Esclava del Señor». Mirémosla, contemplémosla, y la veremos adornada con todas las joyas espirituales y aún más de las que aparecen en la Esposa del Cantar, porque ella es el ejemplar y prototipo de los obedientes, de los que viven el espíritu filial de Jesús. Ella nos invita a imitarla en su fina obediencia, en su rendimiento y entrega amorosa al divino querer, manifestado en la vida diaria, que es la que lleva adelante el plan divino de salvación y santificación en cada una de nosotras. Es la que nos hace «vivir» a Dios.

Porque entregarse a la obediencia es entregarse a la vida en Dios, a la vida de confianza y amor con el Señor, donde él pone toda su ternura, solicitud y amor. Donde Dios se hace «esclavo» del alma, su servidor, cuando ve su fidelidad reflejada en nuestro corazón, su rostro y santidad en nuestra alma al identificarnos con su voluntad, según nos dice por el Profeta:

«Seré como el rocío para Israel... yo le atenderé y le protegeré... y por mí llevarás tu fruto» (Os 14,5-9). «Me dedicaré a hacerles bien, y los plantaré en esta tierra firmemente, con todo mi corazón y con toda mi alma» (Jer 32,41).

Y por eso, porque Dios se contempla amorosamente en el alma obediente, aún añade en el Cantar que expresa su amor: «Pendientes de oro haremos para ti con glóbulos de plata» (Cant 1,11), haciendo por ello al alma obediente, objeto de su amor, de sus regalos espirituales, de sus complacencias. «Haremos», dice el Señor. Es toda la Santísima Trinidad la que se complace en embellecer y amar a la que antes había llamado al «beso de su boca». Al verla ahora hecha morada, templo de su voluntad divina y, por lo mismo, de su amor, no puede por menos de enjoyarla con todas las virtudes, gracias y dones que reverberan en el «Hijo de sus complacencias» en cuanto es posible a pura criatura, porque la ve identificada con él, con su espíritu filial.

Virtudes y joyas que brotan de la fluidez del amor divino con que Dios la regala, significado por el oro, según dice: «Pendientes de oro haremos para ti». Amor divino en el que la concepcionista crece y convierte todo su ser, según dice la Escritura: «Llegue hasta mí tu amor, Yahvé... y me deleitaré en tus mandamientos, que amo mucho» (Sal 118,41-47), «apetecibles más que el oro, más que el oro más fino... más dulces que la miel de un panal que destila. Por eso tu servidor se empapa en ellos para guardarlos con cuidado». Y así le pide la pureza de todo su ser. «Guarda también a tu siervo del orgullo, no tenga dominio sobre mí... Sean gratas las palabras de mi boca, y el susurro de mi corazón, sin tregua ante ti, Yahvé, Roca mía, Redentor mío» (Sal 18,11-15).

Y así la concepcionista hace de la obediencia una alianza de amor entre ella y su Dios. La alianza de amor establecida en la sangre del Cordero muerto por obediencia. Sí, hermanas, miremos esa sangre derramada para sanar nuestra desobediencia que grita obediencia, docilidad, filiación, amor. Mirémosla así, para obligarnos a crecer en fidelidad al amor con que el Padre nos enjoya al llamarnos a la obediencia.

Éstos son los tiempos que anunció por el profeta cuando dijo: «He aquí que vienen días —oráculo del Señor— en que

yo concluiré con la casa de Israel... una alianza nueva. No como la alianza que hice con sus padres... alianza que ellos *violaron* y por lo cual los rechacé —dice el Señor—. Ésta es la alianza que haré... pondré mi ley en su interior, en su corazón la escribiré, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jer 31,31-33).

Sí, alianza de amor es para nosotras la obediencia que nos la hace «más apetecible que el oro fino y más dulce que la miel», porque nos hace vivir como hijas de Dios, como hijas nacidas del amor filial y redentor del que es Hijo por naturaleza divina y humana: Hijo de Dios e Hijo del hombre, que escribió con su sangre en nuestro corazón y en nuestro espíritu su ley de amor, su espíritu filial, la alianza nueva y eterna fundada en su obediencia hasta la muerte de Cruz, en su sangre, redentora de nuestra filiación.

Vivir de esta alianza de amor y además con voto, que consagra todas las fuerzas de nuestro amor a vivir el espíritu filial de nuestro Esposo redentor, como posesión exclusiva de Yahvé (Éx 19,5)... «si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal», son las joyas o el amor divino con que el Padre ha enjoyado nuestro corazón, es la *ley* de amor que ha grabado en él por la consagración monástica, para que convirtamos todo nuestro ser en amor vivo a él, en identificación constante en el Amado, para su agrado.

Para que todo esto lo realicemos en nuestra vida mediante la obediencia, no dejemos de inspirarnos, hermanas queridas, en la misma revelación y palabra de Dios que es la que nos transmite el modo de pensar Dios sobre la obediencia, para vivir así nuestra fidelidad a ella, no con el juicio de los hombres, sino con el de Dios. Miremos, por ello, en el modelo bíblico que se nos propone. Modelo que no supo entender la obediencia, porque no supo entender el modo de ser de Dios.

Es conmovedor leer en el primer libro de Samuel las delicadezas y mimo con que Dios preparó y evidenció la elección de Saúl para rey de Israel. Dios le amó, le escogió, le dio su gracia, le cambió el corazón. Escuchemos, hermanas, y fijémonos en los detalles. «Yahvé había advertido a Samuel...: "Mañana a esta hora te enviaré un hombre de la tierra de Benjamín;

tú le ungirás como jefe de mi pueblo Israel...”. Cuando Samuel vio a Saúl, Yahvé le sugirió: “He aquí el hombre de que te hablé”... Samuel dijo a Saúl: “hoy comerás conmigo... y mañana os despediré después de haberte explicado todo lo que tienes en tu pensamiento”» (1 Sam 9,15-19).

«Samuel llevó consigo a Saúl y a su mozo... y les dio el primer puesto entre los invitados. Después dijo Samuel al cocinero: “Tráeme la ración que yo te di, diciéndote que la pusieras aparte”. El cocinero... lo puso ante Saúl y dijo: “Se te ha servido la porción reservada; come, porque ella fue reservada para este momento cuando convoqué al Pueblo...”. Al despuntar el alba, Samuel llamó a Saúl, diciéndole: “Levántate y te despediré...”. Entonces Samuel tomó la redoma del aceite, la derramó sobre su cabeza y le besó diciendo: “¿No es cierto que Yahvé te ha ungido como jefe de su pueblo, Israel? Tú regirás el pueblo de Yahvé y lo librarás de sus enemigos... Y he aquí un signo de que Yahvé te ha ungido como jefe de su heredad”. Y Samuel le dio tres signos que le sucederían ese día como confirmación de su elección. Y así fue.»

«Cuando Saúl volvió la espalda para alejarse de Samuel, Dios le dio un corazón nuevo, y le sucedieron todos estos signos aquel mismo día. Cuando llegaron a Gueba, he aquí que un grupo de profetas vinieron a su encuentro, y cayó sobre él el espíritu de (Yahvé) Dios y profetizó en medio de ellos» (1 Sam 9,22-27; 10,1-15).

Como veis, hermanas, en todo esto que he anotado y en lo que leeréis vosotras, Dios se complació en embellecer la elección que había hecho de Saúl para rey, y le llenó de sus dones y carismas. Se desbordó con él. Le preparó con todo lo que necesitaba temporal (1 Sam 8,11-15) y espiritualmente, como hemos visto, y le acompañó y fortaleció en la lucha (1 Sam 11,1-11). Le había dotado, además, con dones naturales que agraciaban su persona. Por ejemplo, su estatura (1 Sam 10,23), y morales, pues demostró humildad y sencillez cuando dijo a Samuel: «¿No soy yo benjaminita, la más pequeña de las tribus de Israel, y mi familia no es la más pequeña de todas las tribus de Benjamín?» (1 Sam 9,21). Y magnánimo. «Pero lo que le había dicho Samuel referente al reino no se lo contó» (a su tío) (1 Sam 10,16). Saúl dijo: «Hoy no se

castigará a nadie con la muerte, porque hoy ha salvado Yahvé a Israel» (1 Sam 11,13).

Fue Saúl, en una palabra, el ungido de Yahvé, su elegido y, en cambio, tuvo que rechazarle por faltar a la obediencia: «Me arrepiento de haber hecho a Saúl rey de Israel, porque se ha apartado de mí y no ha cumplido mis órdenes» (1 Sam 15,11). Por este pecado se hizo abominable a los ojos de Dios. Dijo Samuel: «¿No es cierto que, siendo tú pequeño a tus propios ojos, has llegado a ser el jefe de todas las tribus de Israel?, ¿por qué no has obedecido la orden de Yahvé? ¿Se complace tanto Yahvé en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a sus palabras? La obediencia vale más que el sacrificio, y la docilidad más que las grasas de los carneros. La desobediencia es un pecado de magia y la resistencia, un crimen de idolatría. Porque has rechazado la palabra de Yahvé, él te rechaza a ti como rey» (1 Sam 15,17-23). Porque la desobediencia siempre es brote de soberbia, por eso es un pecado tan abominable ante Dios.

Pecado que no le perdonó a Saúl, para nuestra enseñanza, aunque se lo suplicó: «He pecado traspasando la orden de Yahvé... te suplico que perdones mi falta... Samuel respondió: No volveré a estar contigo..., porque Yahvé te ha rechazado para que no seas rey sobre Israel» (1 Sam 15,24-26). Así nos enseña Dios, hermanas, el culto a la obediencia. No obedecer nosotras, que nos hemos consagrado a vivir constantemente en esta actitud de culto a la voluntad creadora del Padre, como Jesús, es negarle su soberanía sobre nosotras, es cerrarnos a su gracia, es pecar contra la esencia de nuestra vocación.

Porque en la llamada a la obediencia siempre hay un deseo implícito de Dios que conduce, consecuentemente, a la realización de un designio. De un designio que siempre será grande porque es de Dios, y que ignoramos. Por ello siempre hemos de tener esto presente cuando nos tiente Satanás o nuestra naturaleza contra la obediencia. No sabemos qué plan de Dios estamos frustrando en la Iglesia y en nosotras cuando desobedecemos.

De inmediato estamos rechazando la voluntad santificadora en nuestra vida, que es la de Dios, para arrodillarnos ante la nuestra, no regenerada, que nos conducirá al pecado. Estamos

rechazando la posibilidad que nos ofrece Dios a una mayor intimidad con él —ley del amor—, entrega de su voluntad a nosotras, que es entrega de su Ser, de lo que él es, pues él se entrega siempre en su voluntad.

Y se entrega para estrechar la relación, la intimidad, la identificación. Porque al haber una aceptación amorosa de su Ser en la aceptación de la obediencia, crece la intimidad con él y, al crecer la intimidad, al ser ésta mayor, tiene que haber una manifestación mayor del Ser de Dios, como una abertura de su Ser divino hacia la criatura «llamada», una entrega recíproca. Nosotras le «recibimos» en su voluntad que «aceptamos» y él nos «recibe» en la obediencia que vivimos. Hay fusión de voluntades, unión. Se junta la voluntad santificadora de Dios con la nuestra pecadora, y la sana, la santifica.

Éste es el bien primordial de toda obediencia, por pequeña que sea: La ternura del amor profundo de Dios que se nos da cuando obedecemos.

Él nos ha llamado, privilegiadamente, a contactar con su Ser divino para vivir, por medio del voto, lo más fecundo y amoroso de su vigorosa paternidad, que es el espíritu o actitud filial de su Amado. Actitud que busca siempre reafirmarse en la entraña del que le dio el Ser. Que busca la potencia amorosa que originó su existencia. Y la busca por la fuerza de la atracción. Cuando nos llama Dios a la obediencia establece entre él y las que somos llamadas una fuerza de atracción. Él nos llama a identificarnos con su voluntad, porque nos quiere. Nosotras nos sentimos impulsadas a cumplirla porque le queremos. Y cuando vencemos la gravedad de la carne, que tiende a separarnos de la voluntad santificadora de Dios, entonces nuestra vinculación a ella cumple su objetivo: nos transforma, nos deifica. Poco a poco. Porque esto es lo que busca el Señor con nuestras obediencias, transformarnos en él, como vimos que hizo con su Hijo. La obediencia, aunque le costó, le hizo Redentor nuestro; plenificó su Ser. Llevó a la plenitud su misión. Le hizo vencedor del pecado y de la muerte, de toda violencia, porque ésta fue la misión que le confió el Padre, que logró por su obediencia. Así hace con nosotras. Llamándonos a la obediencia, nos llama a la transformación o deificación de nuestro ser en el suyo que, por otra parte,

esencialmente ¡es Amor! Nos llama y se compromete a llevar a cabo entre él y cada una de nosotras la relación entrañable de amor que llevó con su Hijo, la filial, por la que recibimos su Ser mismo en el nuestro.

En esta clave, y sólo en ésta, hemos de vivir nuestra obediencia, hermanas queridas, por más costosa que sea. Es decir, cuanto más costosa, hemos de hacer más intensa la conciencia de nuestra «llamada» obediencial, filial, hasta esta cumbre de amor e intimidad con el Padre. Pensemos, hermanas mías, que como esta «llamada» es a vivir el amor divino en la relación más íntima que puede darse con él, y como todo él es Amor, pensemos que es todo el Ser de Dios el que se vuelca hacia nosotras y está como en expectación esperando nuestra respuesta para hacernos suyas: «Seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Jer 31,33), pues a medida que recibimos su Ser, él recibe el nuestro en la obediencia, como dije antes.

No es extraño, pues, que Dios catalogue la desobediencia de idolatría. No corresponder a esta «llamada» divina, que se rechaza voluntariamente cuando se desobedece, es idolatría, es negarse, en efecto, al verdadero culto que merece la voluntad divina, y al que nos hemos ofrecido por el voto de obediencia, voto de vivir la filiación divina o espíritu filial de Jesús hasta la última cumbre del amor, que es la *adoración* de la voluntad divina, de su Ser, que se entrega en el acto de obediencia.

Desobedecer resulta siempre lejanía de Dios, apostasía, culto a la propia voluntad, para quedarnos *solas* con *nuestro ser* no regenerado, para quedarnos con nuestro pecado, sin la voluntad que santifica. Lo cual, en definitiva, resulta también siempre una negación de la esencia de nuestro mismo ser. Porque, como hemos dicho más veces, bien ponderado, nuestras raíces están en la voluntad creadora del Dios que nos creó. Es el fundamento de nuestro ser su voluntad y fuerza creadora, su amor.

Por ello, llamarnos Dios a la obediencia es llamarnos a trabajar en profundidad en el desarrollo de nuestro ser, que ése es el desarrollo de su voluntad creadora en nuestra alma. Y así, por lo mismo, y como he dicho antes, esto conlleva un acercamiento mayor a su esencia divina que es amor, a su intimidad divina. Y un «conocimiento» más profundo de su

Ser y voluntad, de lo que él es y de lo que quiere que seamos nosotras. Por eso se nos muestra Dios tan exigente con la obediencia como nos lo transmite la Biblia, no importa el motivo de la obediencia, sino el rendimiento de nuestro corazón a su voluntad creadora, porque en ello nos va la realización de su proyecto creacional en nosotras, nuestra transformación en él, o nuestra deificación nada menos.

La obediencia, pues, hermanas, es la puerta que se abre en nuestro corazón para que entre en él junto con su voluntad el Ser adorable de Dios. ¡Oh, bienaventurada obediencia, hermanas, que por ser voto consagrado a Dios se convierte en cauce que nos empalma directamente con su esencia divina y santificadora consumando nuestra unidad en él, desnudando nuestra voluntad de toda afección u obra que no sea dependencia amorosa del Padre; que acaba tan presto nuestra divinización! Por ello es la obediencia el camino más breve para llegar la concepcionista a la santidad.

Miremos, miremos, si no, hermanas queridas, el Modelo de la nueva creación que nos da el Padre y que nos transmite san Juan. Escuchemos con atención este texto, es el comienzo de la nueva creación, de la creación llevada a su plenitud por el espíritu filial del Hijo, como lo es el libro del Génesis, de la primera creación. Prestemos atención: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la vida, pues la Vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba "vuelta" hacia el Padre y que se nos manifestó» (1 Jn 1,1-2).

Sí, hermanas, esta Vida que estaba «vuelta» hacia el Padre y que se nos manifestó, «y por la que fueron hechas todas las cosas» (Jn 1,1-4) comunicando vida a todo el universo, según narra Gén 1,1-31, y «creando al hombre a su imagen y semejanza» (Gén 1,26-27), es el Hijo, pero el Hijo en su espíritu o actitud filial.

Fijémonos que dice: «Os anunciamos la Vida eterna que estaba "vuelta" hacia el Padre», pero que se nos manifestó. ¡Qué precioso es esto! Se nos manifestó para que el hombre pudiera volver a «ser conforme a la imagen del Hijo» (Rom

8,29). Sí, hermanas, porque la participación en esta vida divina que el Padre nos había dado en nuestra creación, nosotros los hombres se la habíamos «devuelto» con nuestro pecado de desobediencia, y ahora Jesús «vuelve» a ofrecérnosla, marcando la nueva creación con su actitud y espíritu filial ¡«Vuelto» hacia el Padre!

¡Cómo nos habla esto, hermanas queridas, del amor del Hijo a su Padre! «Vuelto». «Vuelto» totalmente hacia el Padre. Todo Hijo y sólo Hijo del Padre, todo «vuelto» hacia él. Sin ninguna afición que rompiese su unidad. Todo «vuelto» hacia el Padre amándole, adorándole con su amor, dispuesto con todo su Ser a vivirle, a hacer su voluntad. Y el Padre lo mismo, recibiéndole, amándole, dándole su Vida y Ser entero, su Amor. Todo el Hijo vuelto hacia el Padre recibiendo de él todo lo que era: la luz de su vida, el sostenimiento de su ser, su divinidad, y todo por medio de la asimilación de su voluntad adorable, como el girasol recibe del sol, a quien siempre está mirando, su fecundidad.

Éste es nuestro Modelo divino y humano, porque ahí tenemos al Padre amoroso, hermanas queridas, dándonos al Hijo, continuando su amor de Padre al hombre, a nosotras, a pesar de nuestra desobediencia inicial o desvinculación de él. Ahí le tenemos «volviendo» de nuevo esa Vida hacia nosotras, esa Vida que habíamos despreciado. Miremos con cuánto amor la «vuelve» hacia la tierra encarnando al Hijo de su Vida en nuestra carne pecadora y nos la manifiesta. Nos la manifiesta hecho «hijo de mujer», de la «Esclava del Señor» (Lc 1,38), «a fin de que recibiésemos la adopción de hijos, el Espíritu» —filial— «del Hijo que clama: Padre» (Gál 4,4-7).

Y ésta, esta Vida «vuelta» hacia el Padre es el comienzo de la nueva creación. Es la Vida, la luz o el alma de la nueva creación, para que la vivamos y volvamos a ser por Ella hijas del Padre. Porque «el que tiene al *Hijo* tiene la vida; y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida» (1 Jn 5,12). Es decir, tener al *Hijo* tal como es, «vuelto» hacia el Padre, es tener la Vida, vida eterna, porque es tener también al Padre. Y no tener al Hijo como es, es decir, no tener su espíritu y actitud filial de obediencia, es no tener la vida, esa vida «vuelta» hacia el Padre que nos comunica el Padre mismo y que asu-

mimos o entra dentro de nosotras por su voluntad cuando la obedecemos: «vueltas» al Padre siempre.

Esto es lo que quiere Jesús y el Padre cuando hace decir al Apóstol para nuestro estímulo: «Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1,3). Y es tanto el gozo que le causa ser hijo de Dios que, queriendo hacernos partícipes de él, nos dice: «Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo» (1 Jn 1,4). Sí, se cumple aquí aquello del libro de la Sabiduría: «Aprendí la sabiduría...» —que es el conocimiento de Cristo y su misterio—, «la reparto sin envidia y no me guardo sus riquezas. Porque es un tesoro inagotable para los hombres: los que la adquieren se atraen la amistad de Dios» (Sab 7,13-14), quiere decirnos el Apóstol.

Esta misma manifestación del discípulo amado de Jesús es revelación de lo que es el amor de Dios. Amor divino que nos empuja al amor y comunión con el hermano. A la común-unión en el espíritu. Goza el Apóstol la delicia de sentirse hijo del Padre, y desea compartir este gozo. Lo mismo que ve que hace Jesús. Él, Jesús, es Vida y desea compartirla. Es *Hijo* del Padre, y desea compartir esta dicha inefable. Es Amor, y desea comunicárnoslo amándonos, haciéndonos hijas del Padre.

Así es la naturaleza de Dios, hermanas mías. Tiende a compartir el gozo de experimentarse Vida, Amor. Y nos lo comunica en su gracia, que es vida y amor divino a través de su voluntad creadora en nosotras, que pone en ejercicio el espíritu filial que nos ha dado al darnos al Hijo. Espíritu filial, vida «vuelta» al Padre.

Vivir la obediencia, pues, es para nosotras, que estamos consagradas a vivir este espíritu filial «vuelto» al Padre, por el voto monástico, vida de amor vuelta al Padre; es para nosotras, como digo, no sólo vivir en el amor del Padre, sino llegar a la plenitud en ese amor adorable del Padre: «Quien dice: "Yo le conozco" y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero quien guarda su Palabra, ciertamente en él el amor de Dios ha llegado a su plenitud» (1 Jn 2,4-5), nos dice de nuevo san Juan.

Porque sólo el espíritu filial puede amar perfectamente, llegar hasta el vértice del amor. Y esto es lo que nos pide,

consecuentemente, el espíritu filial de Jesús, que lleguemos al vértice del amor divino donde se consuma la unión. ¿No es cierto que llegar a la plenitud o vértice del amor, donde no cabe más en pura criatura, es llegar a la unificación, o como dijimos antes, a una transformación de nuestro ser en el divino, que nos hace ser amor como él es Amor?

Pero amor que, como el suyo, se traduce en obras. En obras de rendimiento amoroso, total, propio de una vida íntegramente «vuelta» al Padre en todo acontecimiento de la vida y en el cumplimiento de las propias obligaciones derivadas de nuestra fe y estado de vida, y en obras de amor al hermano, porque, como creo que ya he dicho, la obediencia se unifica con el amor, porque la obediencia es amor divino. Amor divino que recibimos para vivirlo con todos.

Y es así, porque tener arraigado en el corazón el espíritu filial de Jesús, la actitud obediencial de él, es tener arraigada la actitud de saber ceder ante la voluntad de los demás. Y el hecho de saber ceder ante la voluntad de la hermana nos hace tener un corazón dulce, bondadoso, humilde, lleno de amor. Actitud obediencial que nos recomienda el Apóstol: «Manteneos unánimes y concordes, con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por rivalidad ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás» (Flp 2,2b-4).

Y asimismo brillará la virtud de la mansedumbre al haber aniquilado en nuestro corazón la resistencia u oposición, como fue Jesús: «He aquí mi siervo a quien escogí; mi amado en quien se recrea mi alma. Pondré mi Espíritu sobre él y anunciará la justicia a las naciones. No disputará ni gritará, ni oirá nadie su voz en las plazas. No quebrantará la caña cascada y no apagará la mecha humeante hasta que haga triunfar la justicia. En su nombre pondrán las gentes su esperanza» (Mt 12,18-21).

Actitud que pone tan de manifiesto nuestra espiritualidad de la no violencia porque es la del no pecado. Que es pasar del pecado al dominio de la voluntad divina, que es el reino de la verdad, del amor, de la santidad, según nos dice san Juan: «Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conocemos que somos

de la verdad... porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada» (1 Jn 3,18-22).

Esto es pasar al dominio de la voluntad divina que es, asimismo, santidad, que es asumir el espíritu filial del Hijo o pasar del espíritu de esclavitud, donde nos tiene encadenadas el pecado, al espíritu filial o de amor de Jesús, que es espíritu de santidad.

La obediencia, fuente de santidad

Por ello mismo, la obediencia se unifica asimismo con la santidad, por el hecho de unificarse con el amor. «Porque la ley del espíritu de la vida en Cristo Jesús me libró de la ley del pecado», nos dice san Pablo (Rom 8,2). Y sabemos, hermanas queridas, que «la ley del espíritu de Jesús» es la obediencia. Su ley fue estar siempre «vuelto» hacia el Padre. «En efecto —prosigue san Pablo—, lo que era imposible a la ley... Dios lo realizó enviando a su propio Hijo en carne semejante a la del pecado y condenando, a causa del pecado, al mismo pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliese en los que andamos no según la carne, sino según el espíritu. Pues los que son según la carne piensan en las cosas carnales; mas los que viven según el espíritu, en las espirituales. Porque el pensamiento de la carne es muerte, pero el pensamiento del espíritu es vida y paz. Por lo cual, el pensamiento de la carne es enemigo de Dios, *porque no se somete a la ley de Dios,* ni puede en realidad someterse. Los que viven, pues, según la carne, no pueden agradar a Dios; pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pues si alguno no tiene el Espíritu (de Cristo), éste no es de él. Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo está ciertamente muerto por el pecado, mas el espíritu vive por la justicia» (Rom 8,3-10).

Cómo coinciden y se identifican, hermanas, estos textos con los de san Juan que venimos reflexionando: «En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado su Espíritu» (1 Jn 4,13), nos vuelve a decir, y: «Todo el que no obra la justicia no es de Dios» (1 Jn 3,8 y

3,22-24): «El que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Por esto conocemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado». Y el espíritu que se nos ha dado, según dice san Pablo, es el del Hijo (Rom 8,15) que nos hace exclamar: «¡Abba, Padre!», y que nos confirma san Juan arriba (1 Jn 3,8).

Es el espíritu filial que nos hace estar «vueltas» hacia el Padre. Y este estar en comunión con el Padre y con el Hijo es trabajar en la propia santificación, pues hacia ella se encamina la vida del espíritu filial de Jesús según él mismo nos dice: «Sed santos como vuestro Padre celestial es santo» (Mt 5,48). Llamada a la santidad que ya desde antiguo Dios concretizó así: «Sembrad simiente de justicia, recoged cosecha de bondad, cultivad vuestro barbecho. Ya es tiempo de buscar a Yahvé para que venga y os enseñe la justicia» (Os 10,12).

Y la justicia vino en la persona y espíritu filial de Jesús que nos transparentó la santidad del Padre con su obediencia y fidelidad a su Ser y Voluntad, porque la voluntad de Dios siempre conlleva «lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rom 12,2), por ello no responder a ella es ir a la deriva. No adherirnos al espíritu filial de Jesús con diligencia y fervor es fracasar en la llamada a la santidad o proyecto creacional del Padre, pues «ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 Tes 4,3) y es sucumbir en nuestra existencia humana al fin, porque así está decretado por el Señor, que, aunque el hombre se ensoberbezca, el triunfo definitivo es de Dios por ser la Perfección consumada en todo y Principio de todo bien, y de los que tienen el espíritu filial del Autor de la Vida según se nos dice: «Anunciaré el decreto de Yahvé: Me ha dicho él: "Tú eres *mi hijo,* yo mismo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré en herencia las naciones, en posesión los extremos de la tierra... Ahora, pues, oh reyes, sed sensatos... Servid a Yahvé con temor... postraos ante él... ¡Venturosos los que a él se acogen!"» (Sal 2,1-12).

Os digo esto, hermanas e hijas queridas, para recordaros que el éxito de nuestra existencia no está en el poder, sino en obedecer, porque éste fue el triunfo de Cristo y esto es lo que nos hace responder con fidelidad al *amor* del Padre, que nos creó hijas. Escuchemos: «Mirad qué amor nos ha tenido

el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 Jn 3,1). Y a este amor de Padre sólo le cabe como respuesta un amor entrañable de hija, que es precisamente el desarrollo de la propia personalidad: hija del Padre. Pero sólo podremos lograrlo adecuadamente «estando» en el Hijo, ya lo sabéis, asumiendo su espíritu filial de obediencia.

Y conservando en nuestro corazón, con amor, la «unción» del Padre con la que nos agració al «volver» hacia nosotras la Vida, a su Hijo. A propósito de esto y de cuanto acabo de deciros tiene san Juan un texto del que extraigo lo siguiente: «Vosotros, sin embargo, habéis recibido la unción, que viene del Santo... En cuanto a vosotros, que permanezca con vosotros lo que habéis oído desde el principio. Si permanece en vosotros... también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre... para que, cuando venga él, podamos sentirnos seguros y no nos avergoncemos de encontrarnos lejos de él en su venida» (1 Jn 2,20-29). —Sobre todo nosotras, hermanas, que tenemos la «llamada» a «estar» de modo peculiar en el espíritu filial del Hijo—. «Si sabéis que él es justo, reconoced también que el que practica la justicia ha nacido de él.»

Esta fidelidad en confesar con la propia vida y conducta al *Hijo,* en transparentar con nuestro comportamiento la unción del espíritu filial del Hijo de Dios, es el mejor adorno que puede embellecer nuestra alma para preparar los desposorios con el Esposo redentor. Son las joyas, los pendientes «de oro con glóbulos de plata» con los que el Padre nos adorna para presentarnos con los aderezos adecuados ante el Hijo del Amor por ser el Hijo de su Ser y Voluntad, el Hijo de sus «complacencias», como apunté antes.

Así es, hermanas, porque la obediencia, al consagrar nuestro *ser* y *hacer,* impide que nuestro amor, el que ha de unirse al Esposo redentor, se rompa, se disgregue; al contrario, lo ordena, lo unifica, lo plenifica. Sí, por la obediencia, como hemos dicho muchas veces, comienza el proceso de nuestra regeneración, y con la propia regeneración se inicia la floración de virtudes en potencia en nuestro ser, creado a imagen y semejanza de Dios. Virtudes que son las joyas con las que hemos de aparecer ante el Verbo divino para unirnos a él. Primero la humildad, virtud o joya la más preciada a los ojos de Dios

(Flp 2,5-9); la mansedumbre, que nos identifica con el Mesías (Mt 12,15-21); la donación, actitud la más dulce y fuerte del Esposo, a la que nos impulsa su espíritu para unirse al nuestro, para enseñarnos ese saber perderse, entregarse, renunciarse, en aras de la obediencia y en beneficio de los demás, como él lo hizo. En fin, todas las virtudes que conlleva la regia obediencia, que restaura el amor puro de nuestros orígenes, y nos hace vivir en toda su anchura el misterio de la santidad original de María, siempre fiel esclava ante la voluntad del Padre.

Pero antes de pasar a reflexionar esta unión con el Esposo redentor, que yo llamaría unión filial porque es unión de «hijos», unión del Hijo del Padre por naturaleza, Cristo Jesús, con nuestro espíritu filial de hijas del Padre, que haremos con la gracia divina en el capítulo siguiente, tratando del voto de castidad, vamos a reflexionar sobre los frutos que nos trae la obediencia y sus ventajas, y sobre los males y consecuencias que trae la desobediencia. Al final veremos las cualidades que ha de cultivar la que está llamada por Dios a acercar su voluntad y amor, que llamamos autoridad, a sus Hermanas. Comenzamos por los frutos de la obediencia.

Uno de ellos es que nos hace «entrar» y «estar» en la Verdad: «Corríais bien; ¿quién os impidió para no obedecer a la verdad?» (Gál 5,7). Porque para traerla a la tierra y testificarla nació y murió Cristo: «Yo para eso nací y para eso vine al mundo: para testificar la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18,37).

La obediencia es «estar» en la Verdad, porque la obediencia es «participar» la «Vida vuelta» al Padre, que es Cristo. Cristo, el cual ha dicho que es la Verdad y el Camino para llegar a la Fuente de esa Vida que es la Voluntad y Ser del Padre, Causa de la Verdad por ser Causa de cuanto existe originado de un Principio inmutable, que es él. Por ello, obedecer la voluntad de Dios es «estar» en la Verdad, porque es contactar con el Principio inmutable de las cosas. Y obedecer pensando obedecer a Dios, aunque a veces no demos con su voluntad cierta, es contactar con él, principio de toda verdad. Y esto nos hace estar en la Verdad al ponernos en Dios, al que queremos obedecer con el corazón y la mente.

La obediencia es el medio de purificar nuestro corazón con eficacia desde su raíz, como hemos recordado y ahora nos dice san Pedro: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad... como quienes han sido regenerados, no de semilla viciada, sino incorruptible, la palabra viva y eterna de Dios» (1 Pe 1,22-23). Así entramos en el amor a Dios y en el fraterno, profundo y estable, porque la obediencia vacía el egoísmo de nuestro corazón.

Y nos enseña a vivir al lado de Dios siempre, tanto en la persecución como en la esterilidad, sin engreírnos en la prosperidad, esperándolo todo de él aun en la abundancia, como si no tuviéramos nada. Y cuando todo nos falte, esperando también todo del que todo lo puede, pues la obediencia, por ser la expresión de la propia fidelidad a Dios, es la generadora de la propia santidad, el signo de la intensidad que ha habido de cambio de mente con la de Cristo: «Nosotros tenemos la mente de Cristo» (1 Cor 2,16). Nosotras, las que, como dice san Pedro, hemos sido «elegidas según la presciencia de Dios Padre para ser santificadas por el Espíritu, para obedecer a Jesucristo» (1 Pe 1,2).

La obediencia hace nuestra vida espiritual fecunda en bienes para nosotras y los demás, porque por ella obtenemos la bendición divina: «porque obedeciste mi voz... serán benditas todas las naciones...» (Gén 22,18), ya que ella perfecciona toda la vida que se nos da: «Reconoce, pues, en tu corazón que Yahvé, tu Dios, te corrige a la manera como un padre lo hace con su hijo. Guarda los mandamientos de Yahvé, tu Dios, sigue sus caminos y profésale amor...» (Dt 8,5-6). «Graba sobre tu corazón las palabras que yo te dicto hoy. Incúlcaselas a tus hijos y repíteselas cuando estés en casa, lo mismo que cuando estés de viaje, acostado o levantado. Átatelas a las manos para que te sirvan de señal, póntelas en la frente... Escríbelas en los postes de tu casa...» (Dt 6,6-9). Porque la obediencia a ellas es fuente de felicidad y paz: «Sábelo, pues, hoy y medítalo en tu corazón... Guarda sus leyes y mandamientos... para que seas feliz tú y tus hijos... y vivas largos años en la tierra que te da Yahvé, tu Dios» (Dt 4,39-40).

La obediencia madura y aviva nuestra fe, con la que se unifica. Un corazón dócil es creyente, sabe confiar: «Porque

siendo yo un hombre sujeto al mando... digo a éste: "Vete", y va, y al otro: "Ven", y viene... Al oírlo Jesús, se admiró y dijo... "En verdad os digo que en ninguno de Israel encontré tanta fe"» (Mt 8,5-13).

En cambio, el corazón del desobediente, el corazón protervo no cree, desconfía porque se cree autosuficiente: «Los escribas y los fariseos en la cátedra de Moisés se sientan. Haced y guardad lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen, porque dicen y no hacen... —nos dice Jesús— ¡hipócritas, que cerráis el reino de los cielos a los hombres! ¡No entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que quieren...!» (Mt 23,1-39). Y por ello no creyeron ni admitieron al que era la Verdad y la Vida, errando tan groseramente como nos atestigua el Evangelio: «En virtud de Belzebul arroja los demonios» (Mt 12,22-45). Al fin, la desobediencia es hija legítima de la soberbia. Como la obediencia es hija legítima de la humildad, como sucede en los que están en Cristo: «Deshacemos sofismas y toda altanería que se levante contra el conocimiento de Dios, y sometemos todo entendimiento a la voluntad de Cristo, estando dispuestos a castigar cualquier desobediencia, cuando sea perfecta vuestra obediencia» (2 Cor 10,4-6).

Y cuando sea perfecta nuestra obediencia encontraremos el reposo y el descanso para nuestras almas, según nos lo asegura Jesús: «Cargad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga, ligera» (Mt 11,29-30).

Y aún Jesús nos promete, en otra parte, compartir con él su soberanía y los frutos de la obediencia si sabemos seguirle con verdad. Así nos lo dice: «En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la nueva creación, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su gloria, os sentaréis también sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mt 19,28).

Y en otra parte nos aclara que los que le siguen son los que cumplen la voluntad del Padre: «No todo el que me dice: ¡Señor! ¡Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre» (Mt 7,21), que son los que le

siguen «en espíritu y verdad» (Jn 4,23) y edifican su vida sobre la Palabra de Cristo (Mt 7,22-27).

La obediencia es, por lo mismo, engendradora de paz: «Mucha paz tienen, Señor, los que aman tus leyes» (Sal 118,165a); ¿por qué?, «porque nada les hace tropezar», porque «mí alma guarda tus preceptos y los ama intensamente... y tú tienes presentes mis caminos» (Sal 118,165b-168), y, ¿a quién va a defraudar Dios si «su palabra es eterna, más estable que el cielo y su fidelidad de generación en generación?» (Sal 118,89-90). ¡Oh, «dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor!» (Sal 118,1). Su palabra divina vela por su descanso: «Quien me escucha vive en paz, y estará tranquilo, sin temer el mal» (Prov 1,33), nos dice el Señor.

Todos estos frutos, y muchos más, nos trae la obediencia. Pero la mayor fuerza para movernos a amar y vivir la obediencia nos la trae Dios mismo. Es que Dios quiere la obediencia y se lamenta de que no la vivamos, por los bienes que perdemos: «Guarda silencio y escucha, Israel. Hoy te has convertido en el pueblo de Yahvé, tu Dios. Escucharás, pues, la voz de Yahvé, tu Dios, pondrás en práctica los mandamientos y las leyes que yo te prescribo hoy» (Dt 27,9-10).

Sí, hermanas queridas, es para nosotras éste el mayor bien: Que Dios quiera nuestra obediencia. La quiere, y aquí está la respuesta a cuanto hemos reflexionado sobre ella; la quiere *porque quiere nuestro corazón,* lo pide porque lo ama. Y el modo de dárselo es mediante la obediencia. Es decir, que se le da el corazón cuando se le obedece. Lo hemos reflexionado repetidas veces: «Ama a Yahvé tu Dios... Poned atención y haced lo que Yahvé os manda» (Dt 5,32; 6,5) porque éste es el modo de hacerse de Yahvé, de agradarle, de amarle: «Sacrificio y ofrendas no quieres... entonces yo digo: Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Sal 39,7-9).

Y le demostramos que nos ha convencido su amor, que le agradecemos su «elección», *que nos ha ganado el corazón* y queremos responder a su proyecto creador, salvador y santificador, si obedecemos. Así nos lo afirma su Palabra una vez más: «Con el corazón, en efecto, se cree para la justicia» (Rom 10,10a).

Sí, hermanas, obedecerle es *creerle* y *quererle* como es. Y es demostrarle que hemos creído en nuestra vocación y deseamos vivirla con él, que es quien la lleva a su plenitud. Obedecerle es admitir su presencia y la de su Verbo en nuestra vida, es escuchar su voz: «Ahora, pues, ve, yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir... lo que habéis de hacer» (Éx 4,12-15). Miremos, si no, con atención quién nos dice el Señor que no obedece: «Mas el Faraón dijo: ¿Quién es Yahvé para que yo obedezca su voz?» (Éx 5,2).

Como vimos en el primer capítulo, desobedecen los que arrojan a Dios de su corazón, los que no admiten el espíritu filial del Hijo. Nos lo dice en san Juan: «El que es de Dios escucha las palabras de Dios. Vosotros no escucháis, porque no sois de Dios» (Jn 8,47). Sí, sólo el corazón cerrado a la salvación es el que produce frutos de desobediencia. Digo esto, hermanas, porque la desobediencia manifiesta la cerrazón del propio corazón a la gracia redentora que nos ha traído el Hijo del Padre con su Encarnación, igual que ocurrió en el Paraíso, que la desobediencia expresó y consumó la cerrazón del corazón a la voz y a la gracia del Padre, es decir, a la participación activa del espíritu filial del Hijo, a cuya imagen había sido creado.

Este corazón humano que quedó maltrecho, sin Dios, lleno de egoísmo, dureza, lleno de pecado que es ausencia de Dios, radicado en el mal por la desobediencia paradisíaca al Autor del Bien, cuando no se ha abierto decididamente a la salvación o aceptación del espíritu filial de Jesús que nos salva, sigue produciendo los mismos brotes y frutos de desobediencia de su propia degradación.

Pero cuando ha decidido franquearse abiertamente a la salvación con sus consecuencias, asume, en primer lugar, el espíritu filial de obediencia del Hijo, y da frutos de esa salvación y espíritu de hijos, obedece. Y obedece aunque le cueste esfuerzo. Es más, suponiendo que le requiere esfuerzo obedecer, porque ello es adentrarse por el camino de la justicia; es adentrarse por la senda de la propia regeneración; es recibir el espíritu de Dios, «que no nos ha llamado a la impureza, sino a la santidad. Así pues, el que esto desprecia, no desprecia a

un hombre, sino a Dios, que os hace don de su Espíritu Santo» (1 Tes 4,78).

Por ello, porque es regenerarnos, redimirnos, ha de costarnos esfuerzo y vencimiento la obediencia, porque supone morir al mal que llevamos dentro, como nos recuerdan nuestros Estatutos. Pero no hemos de desalentarnos por ello, hermanas queridas. Jesús, nuestro Modelo, el Inocente, también soportó estos trances para ayuda y consuelo nuestro y porque cargó con nuestra desobediencia. Así nos lo dice su Palabra: «En verdad, en verdad, os digo que, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida la pierde; y el que odia su vida en este mundo la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará. Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!, Padre, glorifica tu Nombre» (Jn 12,24-28), que fue decirle: Haz que viva en esta hora mi Ser de Hijo tuyo, tu Paternidad, cumpliendo tu voluntad, redimiendo a los «hijos».

Y así «se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2,8). Obediencia que consumó nuestra fe: «Por tanto... también nosotros sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual... soportó la cruz sin miedo a la ignominia... Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado» (Heb 12,1-4).

Y Jesús, sí. Jesús la derramó toda para injertar en nosotros su espíritu filial, que es su vida. Por eso, casi siempre, la obediencia es participación de esta Kénosis o muerte de Cristo, porque es participación de su espíritu filial que nos llevará a su vida gloriosa, haciendo crecer la parte de Dios que llevamos en nuestra alma.

La práctica de la obediencia, pues, que ya nos proponemos explicar según nuestra espiritualidad, es para la concepcionista la vida en el espíritu, su madurez y plenitud. ¡Oh, dichosa

obediencia, raíz de un espíritu equilibrado y centrado en Dios!, unión de los amores, el de Dios y el nuestro, que podemos ver significado también en el carro de fuego de los querubines que vio el Profeta Ezequiel. Sí, hermanas. El fuego del carro de los querubines, que es el amor de Dios, que se une al del hombre (mano humana) para hacer la obediencia (Ez 10,1-22). Que es el espíritu filial del Hijo esparcido sobre la tierra mediante el Evangelio para nuestra vida y salvación.

Pero, antes de pasar a considerar cómo ha de ser la práctica de nuestra obediencia y después de ver los bienes que nos reporta, vamos a considerar un poco los males que se derivan de la desobediencia. No vamos a ser largas en esto porque no acabaríamos, ya que fue por la desobediencia por lo que entró el mal en el mundo, el pecado y la muerte (Rom 5,12). Sólo veremos algunos casos, junto con el de Saúl que hemos reflexionado ya, para nuestra enseñanza.

Efectos nefastos de la desobediencia y rebelión en grados, en la propia alma y en la sociedad, los tenemos en Núm 16 y 17, cómo se abrió la tierra para recibirlos por su desobediencia: «Pero si Yahvé obra algo portentoso, si la tierra abre su boca y los traga... sabréis que esos hombres han rechazado a Yahvé». «Y sucedió que... la tierra abrió su boca y se los tragó... así como a todos los hombres de Coré» (Núm 16, 30-32).

Nuevo ejemplo de castigo por desobediencia lo encontramos claramente referido en 1 Re 13,1-34; el profeta desobediente. A pesar de ser amigo de Dios, la desobediencia, aun sin mala voluntad, pero por haber atendido la voz de un hombre desoyendo la de Dios, le llevó a la muerte: «Pues que has sido rebelde a la orden de Yahvé y no has obedecido el mandato que Yahvé, tu Dios, te intimó, volviéndote atrás y comiendo pan y bebiendo agua en el lugar del que te había dicho: "No comerás pan, ni beberás agua, tu cadáver no entrará en el sepulcro de tus padres"» (1 Re 13,21-22). Pero la fidelidad de Dios se ve claramente en este pasaje. Castiga la desobediencia para nuestra enseñanza, pero hace que se respete el cadáver del que había sido siervo suyo.

Males de la desobediencia los refiere san Pablo con un lenguaje apocalíptico en 2 Tes 1,5-12: «... cuando aparezca en

el cielo el Señor Jesús con los ángeles de su poder entre llamas de fuego, para tomar venganza de los que no conocen a Dios y no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús... A este fin pedimos sin cesar por vosotros que nuestro Dios os haga dignos de vuestra vocación y que con su poder lleve a término todos vuestros deseos de bondad y la obra de vuestra fe...» (2 Tes 1,8-11). Siempre la obediencia al Evangelio y propias obligaciones como premisa indispensable para llevar adelante «la obra de nuestra fe», nuestra justificación.

La tierra comenzó a ser maldita por causa de la desobediencia. Dios la había hecho maravillosa, pero el pecado de Adán de desobediencia fue acumulando males a males hasta hacerla inhóspita. Así se fueron sucediendo todos los males que refiere la Biblia, y ahora los nuestros. Pues la fuerza del mal nos llegó a causa del pecado original y sale de nosotras también cumpliendo su cometido. Nuestros actos inciden en nuestro entorno poderosamente. Si tenemos paz, la irradiamos y creamos paz en los que nos rodean. Lo mismo si tenemos bondad. Pero si nos dejamos llevar del mal, eso irradiaremos, haciendo mal a los demás. El mal nos carga de mal y *nos hace* y *hacemos* más difícil la práctica del bien.

Mirad si incide el mal en la humanidad, hermanas mías, que hasta a la Boca divina, que había creado al hombre con tanto amor e ilusión, hizo decir: «Me pesa de haberlos hecho» (Gén 6,7). Expresión referida en fuerza de la santidad y justicia divina que rechaza el mal. Pero que nos tiene que estimular para apartarnos del mal, que tanto aborrece Dios, siendo obedientes.

Ejemplo de ello nos da Samuel. Él nos dice que no se puede desobedecer ni por presión del pueblo o medio ambiente. No. Ni por presión de los poderosos. Escuchemos lo que respondió a Saúl, que le pedía que volviese a estar con él después del pecado de desobediencia: «No» —le dijo—, «no volveré a estar contigo, porque has rechazado la orden de Yahvé y Yahvé te ha rechazado a ti» (1 Sam 15,26).

Samuel rechaza con plena libertad a Saúl, aunque éste pide perdón. No vacila Samuel, porque su voluntad está ya redimida y ha llegado a la intimidad de voluntad con la divina. Obra, por tanto, él, pero en sintonía perfecta con la de Dios, libre-

mente, sin presión del mal, sin esfuerzo por parte de Samuel, como ser transformado en Dios que transmite en su actuación al mismo Dios.

Se manifiesta así una personalidad impresionante, con absoluta libertad y autonomía respecto del mal. Y al mismo tiempo, y por ello mismo, amada y deseada por los demás. Así lo manifiesta Saúl: «vuelve a estar conmigo», le dice (1 Sam 15,25). Sabe Saúl que estar Samuel con él es estar Dios. Sabe Saúl de dónde le ha de venir el bien, de estar bien con Samuel. ¡Tanta fuerza benéfica emana la persona obediente para la humanidad!

Mirad, hermanas queridas, por este ejemplo, si es útil para el mundo y para los que nos rodean nuestra ascesis y renuncia, nuestra obediencia. Jesús sabía lo que nos proponía cuando nos dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo» (Mt 16,24). Si lo hacemos, si renunciamos a la propia voluntad, luego el mundo nos reclamará como a portadores del bien. En definitiva, como a portadoras de la voluntad divina a la que nos une la renuncia a la propia voluntad.

Ésta es nuestra tarea, como la del obediente Samuel. Si Abrahán fue nuestro padre en la fe porque «creyó contra toda esperanza» (Rom 4,18), Samuel es para nosotras maestro en la obediencia, mostrándosenos obediente desde niño (1 Sam 3,1-18). Así nos enseña a obedecer, aunque le doliese. Nos enseña a llorar los males de la humanidad, que queda alejada de Dios por su desobediencia, pero sin ponernos a su lado en el pecado. Desde Dios hemos de llorar. Así hizo él: «Samuel lloraba por Saúl», no obstante, obediente a la voz de Yahvé, ungió rey de Israel a David (1 Sam 15,35b; 16,1-13).

Ya vimos, cuando reflexionamos la desobediencia de Esaú, cómo quiere decirnos Dios que el rechazo del desobediente, por parte de Dios, es a medida de las gracias recibidas de Dios. A medida de lo grande que haya sido la voluntad, amor y gracia divina que hayamos recibido. ¡Tremendo es el rechazo del Dios fiel, cuya gloria es el hombre mismo! Tremendo pero cierto, porque él es la Verdad, y la Biblia es su Palabra, no nos miente.

Dios es así. Y si grande es el mal que nos viene de ser rechazadas por él, por nuestra desobediencia, grandes son tam-

bién los bienes que nos vienen por la obediencia, como hemos visto. La obediencia es para la concepcionista fiel como la presencia amorosa de Dios que la cubre —puesto que él se entrega siempre en la obediencia—, la libra y protege de todo mal y le hace gozar de su divina protección como a los Israelitas (Núm 9,15-23), repito.

Dice así el referido texto: «El día en que fue erigida la *morada»* —que eso es la concepcionista desde el día que pronunció su voto de obediencia—, «la nube cubrió la morada, a saber, la tienda del testimonio, y desde la tarde a la mañana estuvo sobre la morada en forma de fuego». —Así ha de estar en la concepcionista la presencia de Dios por su obediencia a la voluntad divina, como fuego que transmite el amor y santidad de Dios—. «Cuando la nube se alzaba de la tienda partían los hijos de Israel, y en el lugar donde se posaba la nube allí acampaban los hijos de Israel... Fuesen dos días, un mes o un año, mientras la nube posaba sobre la tienda... seguían acampados y no se movían; mas cuando se alzaba, ellos partían. A la orden de Yahvé acampaban y a la orden de Yahvé partían» (Núm 9,15-23). Es la disposición que debe tener la concepcionista, la «consagrada», la «llamada» a hacer de la voluntad de Dios su profesión de vida, para que Dios le asegure su estabilidad en ella. Es la disposición del obediente que se mueve en la atmósfera de la docilidad. Atmósfera en la que se respira a Dios y su santidad.

Sí, ésta es la «fuerza» de la obediencia que hemos mencionado antes. Por eso «el que obedece canta victoria» (2 Crón 25,5-13), porque la obediencia es la fuerza de Dios que puede entrar en el obediente. La obediencia contacta con el Señor y abre la puerta para que entre su fuerza y amor, llegando hasta a obrar grandes milagros, como refiere toda la historia de la salvación (Éx 14,15-31) (Jos 4,15-18), y otros.

Por tanto, hermanas mías, corramos hacia la perfección de la obediencia, pues ésta se consigue por la unión con el espíritu filial de Cristo Jesús, el Esposo redentor, como nos dice su Palabra: «el cual, aunque era Hijo, aprendió, por lo que padeció, la obediencia; y hecho perfecto, se convirtió para todos aquellos que le obedecen en principio de salud eterna...» (Heb 5,8-10). Y sigue diciéndonos: «Por eso, dejando aparte la doctrina ele-

mental sobre Cristo, elevémonos a la doctrina perfecta... de suerte que no os hagáis perezosos, sino que sigáis el ejemplo de aquellos que por la fe y la perseverancia entran en posesión de las promesas» (Heb 6,1-20).

Seguir los caminos de Dios sin desfallecer requiere el espíritu de obediencia, como nos enumera Núm 32, todo el capítulo, aun en casos difíciles que no se comprenden. Lo que Dios buscó en los israelitas en este capítulo y a lo largo de la historia del pueblo de Dios, y lo que busca en nosotras y en todos los redimidos, a lo largo también de nuestra historia, es la actitud de aceptación de Dios, de su voluntad, siempre, siempre. Aunque no se le vea en lo que se nos ordena, aunque sea difícil. Porque no se trata tanto de obedecer, como de aceptar a Dios en la obediencia. De mantener viva, mediante la obediencia a lo que se ordena, la actitud de obediencia del espíritu filial de Jesús.

A ello nos impulsa el espíritu de Dios repetidas veces en la Biblia, y es síntoma de que estamos movidas por el espíritu de Dios, la inclinación a la obediencia. Oigamos, hermanas queridas, cómo nos habla Dios por medio de san Pablo en tiempos difíciles para la obediencia: «Amonéstales que vivan sumisos a los príncipes, a las autoridades; que les presten obediencia, que estén prontos para toda obra buena... Pues nosotros fuimos también necios algún tiempo, desobedientes, descarriados...» (Tit 3,1-7).

Ésta es la mente de Cristo, como nos asegura también san Pedro: «Vivid sujetos a toda autoridad humana por amor al Señor: sea al emperador como a soberano, sea a los gobernadores como delegados suyos... Ésta es la voluntad de Dios: que reduzcamos al silencio la ignorancia de los insensatos con nuestra conducta ejemplar. Siendo libres en nuestra calidad de cristianos, usad de libertad, no como pretexto para encubrir la malicia, sino sabiendo que sois siervos de Dios. Respetad a todos, amad a los hermanos, temed a Dios, honrad al rey... si pacientemente toleráis los sufrimientos» —propios de la obediencia— «por haber obrado bien, esto es grato a los ojos de Dios. Más aún, ésta es vuestra vocación, pues también Cristo sufrió por vosotros, y os dejó ejemplo, para que sigáis sus pasos. Él..., que, siendo maltratado, no amenazaba, sino que se abandonaba en manos del que juzga con justicia. Él, que

expió en su propio cuerpo nuestros pecados sobre la cruz, para que muertos para el pecado viviésemos para la justicia» (1 Pe 2,13-25). Y más adelante añade: «Los días restantes de nuestra vida mortal estarán al servicio, no de las apetencias humanas, sino de la voluntad de Dios» (1 Pe 4,2).

La obediencia, pues, como nos la presentan los Apóstoles, es síntoma de haber recibido el espíritu de Cristo, el espíritu filial: «Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen, por Dios han sido constituidas. De modo que quien se opone a la autoridad, se revela contra el orden divino, y los rebeldes se atraerán sobre sí mismos la condenación» (Rom 13,1-2).

Entre nosotras, concepcionistas, no puede suceder la situación de rebelión, hermanas, porque hemos sido llamadas a vivir la docilidad de Cristo. Lo contrario sería destruirnos. Sabemos bien que la obediencia nos construye. Nos hace vivir nuestro propio ser. Como a Cristo, que le hizo Redentor, repito de nuevo.

Algo de relación tiene sobre esto, hermanas, lo que Jesús nos había dicho: «Si me amáis, guardaréis mis mandatos, y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros» (Jn 14,15-21). Y porque los apóstoles fueron transformados y asistidos por este Espíritu (Hch 2,1-4) pudieron después decirnos tan bellamente: «... gracias sean dadas a Dios, que, después de haber sido esclavos del pecado, obedecisteis de corazón a la norma de doctrina en la cual habéis sido instruidos; y hechos libres del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia» (Rom 6,17-18).

Y desde entonces comienzan a exigir la obediencia: «Y con este fin os escribí: de conocer y probar si sois obedientes en todo» (2 Cor 2,9). «Así pues, amados míos, como siempre habéis obedecido, no sólo durante mi presencia, sino también y mucho más mientras estuve ausente, trabajad por vuestra salvación con temor y temblor; pues es Dios el que obra en vosotros el querer y el obrar, conforme a su beneplácito» (Flp 2,12-13).

Y de nuevo vuelve a insistir el Apóstol a los Tesalonicenses: «Mas si alguno no obedeciere a las instrucciones de esta carta, señaladle y cortad todo trato con él, para que así se sienta

avergonzado. No obstante, no le miréis como a enemigo, sino corregidle como a hermano» (2 Tes 3,14-15).

Y ellos mismos nos dan normas para la obediencia (Col 3,18-25; 4,1) válidas también para los que ostentan la autoridad y para los que obedecen en la vida consagrada, llamados ambos a formar la comunidad que «vive» de la voluntad del Señor.

Sólo en esta conciencia debe la concepcionista vivir la obediencia o dependencia de Dios en su voto, «sabiendo que obedece al Señor» (Col 3,23). Por ello, nos sigue amonestando la divina Palabra: «Obedeced a vuestros jefes y estadles sumisos, porque ellos velan por vuestras almas, de las cuales deberán dar cuenta, para que lo hagan con alegría y no gimiendo por ello» (Heb 13,17). Sí, «os rogamos, hermanos, que os mostréis deferentes con los que trabajan entre vosotros y en el Señor os dirigen y amonestan. Corresponded a sus desvelos con amor siempre creciente. Vivid en paz entre vosotros» (1 Tes 5,12-13), si es que queremos pacificar después a las que ingresen en nuestra comunidad.

Imbuida la concepcionista de este espíritu apostólico de obediencia, pacífico y pacificante, que es el de Cristo, entreguémonos decididamente a vivirlo, sabiendo que es amor para con Dios y para con las demás; no nos importe perderlo todo, porque es ganarlo todo; es ganarse a Dios, que se entrega en su voluntad por la obediencia, como he repetido tantas veces. Digamos con frecuencia este verso inspirado del salmo 142: «Enséñame a obedecerte porque éstos son mis bienes, me enriqueces con tu voluntad santa y divina, Dios mío» (10). Hagámoslo así, hermanas queridas.

En toda obediencia y actuación sea la pureza de intención la que domine totalmente a la esposa de Cristo, como nos amonesta su Palabra: «He aquí que sucumbe quien no tiene el alma recta, mas el justo por su fidelidad vivirá» (Hab 2,4). Y no por la fuerza o respetos humanos, sino por el espíritu: «No por medio del ejército... sino en mi espíritu, palabra de Yahvé de los ejércitos» (Zac 4,6b).

Porque mire la concepcionista dónde llegan los ojos de Dios en nuestra obediencia (Mt 21,28-32), a nuestro interior, para ver cómo es nuestro corazón, nuestra actitud obediencial, no sólo a lo ordenado diariamente, sino también a la disciplina

monástica, a los deseos, intenciones y enseñanza de la Iglesia. En todo, él mira si hay pureza en nuestra voluntad y rendimiento de juicio para obedecer, aunque haya contradicción y rebeldía, si después rendimos nuestro corazón a lo ordenado. No como el joven que nos menciona el Evangelio en este pasaje, con falsedad, que dice sí y después es no, sino con claridad, rectitud y verdad aceptemos en el corazón y pongamos en ejecución lo ordenado, y así rindamos nuestro juicio, en ejercicio de amor, como nuestra Madre Inmaculada con su «Fiat», y como nuestra Fundadora, con su obediencia voluntaria en el Monasterio.

Y además con humildad, aunque contraríe a veces nuestros esquemas mentales de aparente devoción. Por ejemplo, si porque nos parece que sentimos más fervor estando de rodillas en alguna parte de la Santa Misa en contra de lo que está ordenado por la Iglesia en la liturgia, será nuestra voluntad, al fin y al cabo, pecadora, la que hagamos, errando en el fervor. En cambio, si, contrariándonos, hacemos lo que la Iglesia ordena, haremos la voluntad de nuestra Madre, la santa Esposa de nuestro Amado, santificada y siempre asistida por él, y, en ella, la voluntad de Dios.

La obediencia, por ser sobrenatural, las personas consagradas la hacemos a los que representan al Señor, o, en cierto modo, ostentan su autoridad, porque, en definitiva, es a Dios a quien se inmola la voluntad. Las obediencias de la monja concepcionista son éstas:

a) Obedece los mandamientos de la Ley, dados por el Señor (Éx 20,1-17).

b) Obedece los de la Iglesia, nuestra Madre, y su Magisterio.

c) Asimismo, todas las obligaciones inherentes a los cuatro votos de obediencia, castidad, pobreza y clausura. Constituciones y disciplina monástica.

No sería obediente, pues, la concepcionista cuando, por hacer lo que otros dicen, desobedece lo arriba indicado. No sería obediente, sino débil de carácter. La concepcionista obediente sabe bien sus obligaciones, que ésta es su primera obligación, y las cumple con firmeza e integridad.

Además no olvidemos, hermanas, que nuestra obediencia no se limita a obedecer solamente a nuestros superiores, viendo

en ellos al Señor, no, sino que la verdadera concepcionista debe aspirar a obedecer no sólo *a* Jesús, sino *como* Jesús. Con su humildad, pobreza y amor. Así debe atender las obediencias que se le confían, como son las oficinas, por ejemplo. Éstas son un servicio al Monasterio. Por ello hemos de cumplirlas con *humildad,* porque son un *servicio.* Con *desprendimiento,* porque *no* son una *propiedad;* y hemos de estar dispuestas a dejarlas cuando la obediencia lo pidiese. Con *amor* porque son la posibilidad que la obediencia pone en nuestras manos para *demostrar* el que tenemos a Dios, a su culto, a las Hermanas, al Monasterio, al resto de los hermanos que están en la lucha del mundo, según sea la oficina que nos confía la obediencia. Así hemos de actuar para que nuestra obediencia aparezca con la limpieza y santidad de nuestro Origen que Cristo Jesús nos ha alcanzado. Obediencia que se parezca a la obediencia inmaculada de Jesús, que dicen nuestros Estatutos (Art. 6,1).

Pero debemos cuidar también, hermanas mías, de que el deseo de querer cumplir siempre la voluntad de Dios o de tener el espíritu obediente de Jesús, no nos haga nimias o escrupulosas en la obediencia. No es ésta la obediencia de Cristo. La imitación de la obediencia de Cristo contiene inteligencia, sabiduría, sentido común, y su práctica forma personas equilibradas, y lleva a la verdadera madurez y dominio de sí. Cristo *entendió* con su sabiduría divina y humana que era necesario hacerse obediente hasta la muerte de Cruz, y ahí le tenemos dándonos un impresionante ejemplo de obediencia con su personalidad imponente. Esta obediencia es la que tenemos que reproducir. Obediencia adulta, generosa, amorosa y responsable. Responsable de lo que se le ordena, convencida de que es lo que el Padre quiere y la comunidad necesita de ella.

No lo dudemos, la obediencia es creadora. Ved, si no, hermanas queridas, una comunidad obediente, que cumple con fidelidad todas las normas disciplinares. Será creadora de la paz, del silencio, del orden. Creadora del amor comunitario, del ambiente de oración, del respeto mutuo. Facilitará por ello el crecimiento y desarrollo de los miembros de la Comunidad en la vida interior, en la oración, en la paz, en la cultura, pues este ambiente monástico estimulará las grandes iniciativas y

obras al estilo universal y divino de Dios: «Guardar las leyes asegura la incorrupción. Y la incorrupción... acerca a Dios» (Sab 6,18-19). Así, las grandes obras y genios brotaron del silencio, del orden, de la ascesis.

En cambio, ved una Comunidad relajada, sin orden, sin observancia, sin silencio, sin obediencia, en definitiva. Será un caos. Los miembros terminarán rotos; dispersos; la Comunidad terminará por desaparecer. No hay creatividad porque no hay orden; no hay iniciativas porque no hay paz, acuerdo. No se construye porque no hay unión, que es la fuerza. ¿Por qué no hay un caos en la tierra? Porque todas las cosas obedecen a las leyes impuestas por Dios, «no se fatigan» (Ecl 16,27-28), repito de nuevo.

Es, también, un aspecto de la obediencia el esfuerzo o la fidelidad a las tradiciones santas. «Así habla Yahvé: «Apostaos en las sendas de antaño, informaos de los caminos antiguos. Ése es el buen camino, seguidlo y hallaréis descanso para vuestras almas» (Jer 6,16). No cambiar fácilmente las costumbres piadosas y de ascesis, restaurar sí, renovar, pero con el espíritu que agrada a Dios (2 Crón 15,1-15). Así, sí se dejará encontrar nuestro Dios por nuestra buena voluntad y acertaremos con la suya, como decíamos en la «Introducción» sobre el carisma de nuestra Fundadora.

Entra, también, en el espíritu de obediencia la obediencia mutua, entre hermanas. Sobre todo a la responsable de oficina. Pero también entre todas hemos de esforzarnos en «tened todos un mismo pensar, una misma caridad, una sola alma y unos mismos sentimientos. No hagáis cosa alguna por espíritu de rivalidad o vanagloria; antes, llevados de la humildad, tened a los demás por superiores a vosotros» (Flp 2,2-3). Sí, hermanas mías muy amadas, obedezcámonos con humildad, a porfía, con gozo, pues es el espíritu filial de Cristo quien nos congrega para ello, su amor quien nos une en la misma vocación obediencial. No me canso de repetirlo.

Tan importante es la obediencia en el cuerpo de la Iglesia, que sólo ella, además de ser la que nos salvó en Cristo, por su obediencia hasta la Cruz (Flp 2,5) y de ser los cimientos de la Iglesia, como hemos visto, lo son también de la vida monástica. Por ello a los monjes sólo se les pedía el voto de

obediencia, porque en ello comprometían toda su persona y, por consiguiente, se vivía toda espiritualidad que puede derivarse de una consagración radical al Dios amado y adorado.

Cuando la concepcionista es elegida por Dios y sus hermanas para representar la autoridad divina entre ellas y acercar la voluntad de Dios a sus corazones, ¡cómo ha de cuidar mucho de vivir en intensa oración! Debe tener una gran carga de Dios e intimidad con él, porque de la abundancia o esterilidad de su alma hará partícipe a su Comunidad. Mire bien esto, que esto es así. Y cuando sea elegida, cuente con que su primera obligación es ésta: estrechar más la relación e intimidad con el Esposo divino; mortificar más su carne; someter más sus pasiones al espíritu para que sea la servidora de Dios y de las hermanas que ellas necesitan. Miremos que ser Abadesa es doble «elección» a vivir el amor. ¡Y el amor exige sacrificio!

Miremos esto mucho, hermanas queridas, que es mucho el espíritu que necesitamos para servir a la Comunidad, como lo exige la vocación de las Monjas, nuestras hermanas. Y para tener el espíritu robusto nada nos ayudará más que la oración nutrida por la Palabra de Dios y la saludable mortificación. El espíritu así fortalecido nos dará libertad para juzgar los acontecimientos espirituales y temporales con objetividad, con amplitud de miras, y os dará fuerzas para obrar con rectitud. Disfrutaremos así la soberana libertad de los pacificados, no sometidos a pasiones, prejuicios, honras, intereses propios, sino que seremos movidas por el espíritu de Dios, que busca sólo agradarle. Y con ello agradaremos también a los hombres, porque acertaremos con el gobierno de nuestra Comunidad, la Comunidad de la paz, de la santidad y del amor de Dios.

No olvidemos, hermanas mías, que la autoridad no se puede ejercer sin el espíritu, porque subyace en el espíritu. El espíritu es el capacitado por Dios para entrar en comunicación con él. Por eso, cuando Dios quiere hacer llegar su voluntad a nosotras, la comunica mediante el espíritu. Él es espíritu, y no puede hacerlo sino de modo espiritual. Al comunicarla autoriza. Y ésta es la autoridad que decimos en la Iglesia, la de Dios, su voluntad.

Por eso es tan necesario que la que está por oficio o elección en el lugar de recibir o sustentar autoridad, tenga

primero espíritu, para que de verdad pueda sintonizar con Dios, de espíritu a espíritu, y pueda así comunicar la voluntad de Dios, no la propia, a sus hermanas. ¡Qué importante es esto y cuán bellamente nos lo comunica o enseña la Palabra de Dios en Núm 27,16-23: «Que Yahvé, el Dios de los espíritus que vivifican toda carne, establezca sobre esta comunidad su nombre; que vaya y venga a su cabeza, que los haga entrar y salir, para que la comunidad de Yahvé no sea como rebaño sin pastor. Yahvé respondió a Moisés: Toma a Josué, hijo de Nun, sobre quien reside el espíritu, y pon tu mano sobre él... y le comunicarás parte de tu autoridad, para que le preste obediencia toda la comunidad...».

La autoridad es, como hemos visto, gracia, servicio, diaconado o espíritu vicario de Dios, para ayudar a encontrarnos con el querer de Dios en cada caso concreto de nuestra vida. ¡Qué serena, profunda, espiritual y de mucha oración, repito, debe ser la constituida en autoridad! ¡Qué seria es su misión, su servicio! ¡Qué contacto tan íntimo debe tener con el Señor! ¡Qué amigos los dos para servir de canal fiel desde Dios a sus hermanas! ¡Cuánta oración en las decisiones para saber transmitir a Dios y su voluntad; para «que Dios, el Señor de los espíritus que vivifican toda carne, establezca sobre su Comunidad su nombre; para que vaya y venga a su cabeza, que las haga entrar y salir, para que la Comunidad no sea como rebaño sin pastor»! (Núm 27,15-17), sino que evoque a los pastores a los que envía el Amado a la Esposa para que apaciente sus cabritos, repito.

En los urín que consultaban en el Antiguo Testamento vemos nuestra oración. Dios nos manda, pues, que le consultemos en la oración, donde él nos inspirará lo que debemos hacer. Sabemos que la Biblia se escribió para nuestra enseñanza, como tantas veces os he recordado. También los Hechos de los Apóstoles es maestro consumado en esto como prolongación de la doctrina y ejemplo del Maestro divino (Hch 1,12-26; 13,1-3; 15,28), y es porque la Abadesa son almas las que maneja, las mismas almas que maneja Dios para hacer sus obras, y hay que tratarlas con delicadeza, con respeto. No hace Dios sus obras con ángeles, sino con personas humanas que viven a nuestro lado. Por no tener esto presente, podemos

entorpecer o estorbar los caminos de Dios o sus designios en ellas o en la Comunidad. Sí, podemos ser a veces un estorbo con el que Dios tiene que luchar.

Y es por nuestro pecado, que sin darnos cuenta nosotras se opone a los designios y santidad de Dios; así se lo dijo Dios mismo hablando de san Pablo a Ananías: «Anda, que éste es para mí instrumento elegido, para llevar mi nombre a los gentiles y reyes y a los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre» (Hch 9,15-16). Es increíble que Dios cuente con la oposición del hombre para llevar adelante sus obras. ¡Increíble, pero cierto! Y es lo que constituye el gran sufrimiento de los instrumentos elegidos por Dios. Dios que exige, y los hombres oponiéndose a sus designios.

La que tiene que dar un juicio sobre las demás (y esto vale para todas nosotras, hermanas) hemos de ser la mujer en constante oración y hablar siempre Palabra de Dios por el trato íntimo que con él siempre tengamos. Cuando hemos de decidir algo sobre alguna hermana, debemos sentirnos más obligadas a orar, para no frustrar lo que Dios pueda querer de la hermana.

La que es elegida para comunicar espíritu a sus hermanas tome muy a pecho, y creámoslo de verdad, hermanas mías, que representamos a Cristo el Esposo redentor. Meditemos mucho en esto, profundamente, para que nuestra vida se parezca de verdad al que representamos. Sólo este pensamiento bien arraigado en nuestro corazón será suficiente para perfeccionar tendencias, actitudes, hasta hacernos viva imagen de quien representamos, en su amor, dulzura, mansedumbre, paciencia. Porque, siempre, pero más en los momentos más duros, la Abadesa debe transmitir en su actuación la bondad de Dios. Es buena enseñanza para ello la que se nos da en 2 Sam 9,1-9.

Y mejor programa para las que tienen oficio de gobierno es el que nos da Jesús: «El mayor de vosotros sea vuestro servidor. Pues el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado» (Mt 23,11-12). Así nos quiere Jesús. Y en otra parte nos dice: «Sabéis que los príncipes de las naciones las tiranizan y que los grandes las oprimen con su poderío. No será así entre vosotros, sino que aquel de entre vosotros

que quiera ser grande, que sea vuestro servidor, y el que quiera de entre vosotros ser el primero, que sea vuestro siervo. Como el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención de muchos» (Mt 20,25-28).

Esto que es para todas, lo es mucho más para la Abadesa. Meditemos mucho, hermanas queridas, que nuestro oficio es *servir,* y servir con amor a las hermanas. Hemos de salir de nuestro egoísmo. Así nos dice su Palabra: «¿Sólo piensas ser rey con tu pasión por el cedro? Tu padre... practicaba el derecho y la justicia y todo le iba bien. Juzgaba la casa del débil y del pobre, y todo le iba bien. ¿No es eso conocerme? —dice Yahvé—» (Jer 22,15-16). Sí, hermanas queridas. «Dios quiere obediencia más que sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos» (Os 6,6). Y el conocimiento de Dios que las hermanas han de tener mediante la obediencia es ver cómo él es amor para todos, servicio, comprensión. Es salir de sí misma para redimir, para entregarse, para amar.

Dios nos pide nuestro servicio hasta el mayor sacrificio: «¡Ay de los pastores que dejan perecer y dispersarse al rebaño de mi pasto, dice Yahvé! Por eso, así habla Yahvé, Dios de Israel... Vosotros habéis dispersado mi rebaño, lo habéis descarriado sin preocuparos...» (Jer 23,1-6). Para que esto no suceda, Dios nos pide santidad, vida interior, celo por las almas encomendadas, sacrificio, penitencia, humildad, inmolación, silencio ante la incomprensión, hermanas queridas, todo eso a imitación de Cristo (Jn 10,1-16).

Velar por la paz, la unión de la Comunidad y la observancia monástica es una de las obligaciones de la Madre Abadesa, hemos repetido hasta la saciedad. Es el modo de cuidar el «pequeño rebaño» del divino Pastor, tan amado por él. Y como él, debe ofrecer sus desvelos, su tiempo, su amor, sus ejemplos, sus consejos. Sobre todo su amor y su oración. Si repito mucho el recurso a la oración es porque Dios nos enseña en la Biblia que la oración de los constituidos en autoridad por su pueblo es atendida por Dios (2 Crón 1,6-7). «Allí, en presencia de Dios, subió Salomón al altar de bronce... y ofreció sobre él 1.000 holocaustos. Aquella misma noche se apareció Dios a Salomón y le dijo: Pide lo que quieras que te dé».

Seamos, pues, muy generosas, hermanas, en este servicio que Dios nos pide para el bien de nuestra Comunidad.

Y a propósito de esto, ¡qué ejemplo tan magnífico, sobre todo para reyes y gobernantes, nos da la Biblia en 1 Crón 29,10-25! Así se gozaría la paz, el bienestar, la grandeza que adquirió el reinado de David. Porque su corazón era de Dios, Dios le bendecía largamente. Así la Abadesa. Si quiere que su Monasterio y las cosas del mismo salgan bien, ha de ser muy amiga de Dios, y muy sierva de sus hermanas, y cuidar todas las cosas de Dios con magnanimidad de corazón, con amor y generosidad.

Es la Abadesa la primera responsable del posible relajamiento de su Comunidad, se lo dice la Palabra de Dios: «Moisés dijo a Aarón: "¿Qué te ha hecho este pueblo para que hayas acarreado sobre él tan grande pecado?"... Y Moisés, viendo que el pueblo andaba sin freno...» (Éx 32,21-35). Leamos despacio este pasaje, hermanas queridas, y actuemos con fortaleza para alejar de nuestra Comunidad toda posible infidelidad.

Como dije al final del capítulo de la «Consagración» y recogí al comienzo de éste, la Abadesa debe ser la impulsora de grandes ideales en su Comunidad. Es muy importante para mantener la salud espiritual y aun física de sus Hermanas crear un intenso ambiente de espiritualidad, que sostenga en todas altos ideales de perfección. Sí, hermanas queridas, es necesario que vivamos nuestra vocación con sana ilusión. Esto lo hace la Abadesa con el ejemplo y las exhortaciones. No podemos vivir sin ilusión. Si se perdiera ésta y los altos ideales, nos hundiríamos.

Comenzamos este capítulo, repito, hermanas mías muy amadas, viendo a la comunidad monástica implicada en su propia pacificación, para ayudar a conseguirlo también a las futuras vocaciones que sean llamadas por el Esposo redentor a escalar el Monte santo de la Concepción.

Vimos cómo el Esposo, mediante su Palabra divina en el Cantar de los Cantares, nos impulsaba a la obediencia, que es lo que alababa en su amada, comparándola a la yegua briosa y ágil del carro del Faraón; con fuerza o virtud suficiente para llevar adelante el proyecto creador del Padre. Primera virtud o fuerza, por consiguiente, necesaria para iniciar la propia pa-

cificación o liberación del pecado en esta ascensión hacia la cima del Monte de la Concepción, y para formar la comunidad monástica, a la que remite el amado Jesús a sus nuevas vocacionadas.

Virtud o fuerza que es la obediencia, y que supone, por lo tanto, una cabeza responsable de la marcha de esa pacificación en el espíritu del Esposo redentor. Toda la comunidad estamos llamadas a ser «cauce» de pacificación para las que ingresan y para las demás Hermanas, pero la Abadesa debe llevar la carga en su alma del progreso de todas, como sentía el Apóstol de sí: «Hermanos, continuamente —y esto es justo— debemos dar gracias a Dios respecto de vosotros por los grandes progresos de vuestra fe y por lo mucho que aumenta la caridad mutua entre vosotros, hasta el punto de que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios» (2 Tes 1,3-4).

Debe ser, por tanto, el alma y animadora de esa fe y amor concepcionista que explican nuestras comunidades como presencia en el mundo de la idea creadora de Dios sobre el hombre; de lo que representa el misterio de la santidad original de María en medio de este mundo de pecado; de la llamada constante de Dios a la vuelta de nuestra limpieza original o liberación del pecado, de nuestro retorno, en fin, al amor y conocimiento del Padre querido, que éstas son las joyas con las que el Esposo quiere enjoyar a cada una de las Monjas, según dice el Cantar.

No porque hemos de vivir todas unidas esta andadura de fe o propia pacificación de pasiones, la Abadesa sucumba a la tentación de declinar su responsabilidad en las demás. No. Es ella la llamada por Dios a comunicar a la Comunidad esa carga de Dios y de espiritualidad concepcionista que remansa su corazón, como persona experimentada de Dios en la propia Orden.

Ella debe enseñar a las jóvenes esa visión de fe y perfección de la que debe estar empapada su vida, gastada en el servicio de Dios y en la práctica de la espiritualidad concepcionista. Sin rebajar el valor de los criterios que aportan las jóvenes, de que trataremos con el favor de Dios en el capítulo de la Comunidad, ella los reforzará con su criterio espiritual profun-

do, y aún más, las jóvenes le consultarán, para que la Comunidad avance en las vías del Señor sin los defectos propios de personas no experimentadas en la virtud, que sería retroceder, sino en la unción y gracia de estado que la Abadesa comunicará y extraerá de su vida profunda de oración.

Esto que digo, hermanas queridas, no impide para que Dios llame para este servicio a concepcionistas jóvenes en edad, pero maduras en la virtud. Cuando es legítima la elección hemos de respetar la decisión de Dios, que es quien pone al Superior. Así nos enseña su divina Palabra: «Yahvé habló a Moisés diciendo: "Ordena a los hijos de Israel... El hombre cuya vara florezca es mi elegido... Al día siguiente... la vara de Aarón... había echado brotes, yemas, flores y almendras" ... Yahvé dijo a Moisés: "Vuelve la vara de Aarón delante del testimonio y consérvala como señal para los hijos rebeldes, para que cesen sus quejas contra mí y no murmuren" ... Yahvé dijo a Aarón: "Tú y tus hijos... llevaréis la responsabilidad del santuario"» (Núm 17,16-28; 4,1).

Lo siguiente que anotamos, que es válido para toda elección de Abadesa legítima, es decir, movida por el espíritu de Dios, tiene su fuerza peculiar en las Hermanas que son elegidas, por sus Hermanas, en plena juventud. Oigamos lo que nos dice Dios al respecto: «Que nadie te menosprecie por tu juventud; sino que seas, más bien, ejemplo de los fieles en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la castidad... No seas negligente respecto de la gracia que hay en ti, que te fue conferida en virtud de la profecía con la imposición de las manos de los presbíteros. Pon tu atención en estas cosas, entrégate de lleno a ellas, de modo que tus progresos sean a todos patentes. Vela sobre ti mismo y sobre tu doctrina. Persevera en estas cosas. Obrando así, te salvarás a ti y a quienes te escuchan. No reprendas con dureza a las ancianas, sino, más bien, exhórtalas como a madres..., ... a las jóvenes como a hermanas, con toda pureza...» (1 Tim 4,12-16; 5,1-25).

Florecer la concepcionista en virtud es como florecer la vara de Aarón, delicia para Dios, para que ponga en ella sus ojos e inspire a las Hermanas su elección para madre espiritual. Que esto es como la imposición de las manos, que menciona el Apóstol, sobre Timoteo. También vale esto para la Maestra

de novicias en lo que respecta a ella. Cuidemos, por tanto, de vivir todas este espíritu que nos da Dios en su Palabra.

También su Palabra le exige actitud «vigilante», amorosa, para con su Comunidad. Así dice el Señor: «... yo te he puesto como centinela de la casa de Israel. Cuando oigas de mi boca una palabra, los amonestarás de parte mía... si tú no lo amonestas... yo te pediré cuenta a ti...» (Ez 3,16-21). Y porque la Abadesa exhorta, reprende y corrige por la fuerza de Cristo que es santidad, fuerza contra el pecado (2 Cor 13,3-10), todas las Hermanas recibimos con amor, hermanas queridas, lo que con amor se nos da: la corrección.

Es propio también de su oficio tratar a las Hermanas con respeto, pero con el respeto de Dios, que no rebaja la exigencia de ascesis que tiene la obediencia y demás obligaciones monásticas por temor de herir la susceptibilidad de sus Hermanas, sino que expone la verdad de una vez para siempre y la mantiene precisamente por el respeto debido a la persona. como Cristo Jesús: «¡Apártate de mí, Satanás! —dijo a Pedro—, porque tus pensamientos no son según Dios, sino terrenos» (Mt 16,23). Porque precisamente esto es lo que hace personas maduras, y es mantener la dignidad de la persona al estilo de Dios. Respeto, sí, y mucho, pero la verdad y el espíritu de Dios por delante, que expone, espera, pero no retrocede.

Ha de cuidar el orden en las obediencias y que cada hermana se haga responsable de lo encomendado, sin vacilaciones ni dudas. Todas hemos de aventajarnos en la obediencia de unas a otras, sabiendo, no ignorando, que caminamos hacia la perfecta asimilación del espíritu filial de Jesús.

Y mire, por último, cómo quiere el Señor que guíe y apaciente a sus Hermanas, con Palabra y obras de Dios, con su espíritu y amor, porque, en realidad, es el divino Esposo el Pastor verdadero de ellas, repito: «Vosotras, ovejas mías, sois el rebaño de mi pasto y yo soy vuestro Dios» (Ez 34,31). Pero lea la concepcionista todo el capítulo 34 de Ezequiel porque es a él a quien tiene que representar, para que se empape bien del espíritu del buen Pastor que da la vida por sus ovejas (Jn 10,1-18), «y no deja que el lobo se las arrebate», es decir, que el espíritu de Satanás las engañe, sino que vela

diligentemente y examina el espíritu por el que son movidas sus Monjas.

Y las trata con el amor y ternura del Esposo redentor porque son posesión de Dios, adorno y recreo de Dios. Que nunca sea la que manda en nuestra comunidad monástica así: «terrible... su fuerza y su derecho es su grandeza» (Hab 1,7), sino que sea la santidad y el amor su fuerza, la mansedumbre su derecho, la humildad su grandeza.

Y termino, hermanas queridas. Perdonadme, que me he puesto muy pesada y, aunque aún me quedan más cosas, lo dejo para no cansaros. Terminamos este capítulo de la obediencia, tan importante para todas, con un cántico de amor a nuestro Pastor, a la ternura y amor del Pastor amado que «toma en brazos los corderos y hace recostar a las madres», y así nos enseña a todas a recibir, acoger y tratar con ternura a cuantas hermanas él quiera *reunir* en nuestra comunidad, para que les enseñemos a apacentar sus cabritos, a pacificarse, a escalar la cumbre del Monte santo de la Concepción, a deificarse.

«Mirad, el Señor Dios llega con poder,
y *su brazo manda.*
Mirad, viene con él su salario,
y su recompensa lo precede.

Como un pastor que apacienta el rebaño,
su brazo lo reúne,
toma en brazos los corderos
y hace recostar a las madres.

¿Quién ha medido a puñados el mar
o mensurado a palmos el cielo,
o a cuartillos el polvo de la tierra?

¿Quién ha pesado en la balanza los montes
y en la báscula las colinas?
¿Quién ha medido el aliento del Señor?
¿Quién le ha sugerido su proyecto?

¿Con quién se aconsejó para entenderlo,
para que le enseñara el camino exacto,
para que le enseñara el saber
y le sugiriese el método inteligente?

Mirad, las naciones son gotas de un cubo
y valen lo que el polvillo de balanza.
Mirad, las islas pesan lo que un grano,

el Líbano no basta para leña,
sus fieras no bastan para el holocausto.
En su presencia, las naciones todas,
como si no existieran,
valen para él nada y vacío.»

(Is 40,10-17)

Amén, hermanas, amén. Que el poder, la bondad y el amor de nuestro Pastor nos hagan vivir confiadas en él, descansando en él, luciendo para él «los pendientes de oro con glóbulos de plata», con los que su espíritu filial asumido ha embellecido nuestra alma para su gloria. Amén.

CASTIDAD-AMOR CONSAGRADO

«En esta era redentiva de la nueva creación que comenzó Cristo con su vida virgen y de donación a Dios y a los hombres, retornando así al Padre el amor humano y llevándolo a su plenitud, nosotras concepcionistas, que deseamos realizar el nuestro viviendo el misterio de la santidad original de María, con Ella, modelo acabado de perfecta donación a Dios y a los hombres, consagramos nuestro amor humano al amor divino y a los intereses de su Reino.

Para que la concepcionista pueda llegar a comprender en parte, el gran valor que inserta en su vida y persona compartiendo en una intimidad esponsalicia el amor de Jesús, ha de tratar de adherirse íntimamente a María para que Ella le ayude a enamorarse de Jesús, de tal modo "que todo lo estime pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, su Señor" y no perdone esfuerzo ni renuncia por conseguir el estado de unión con Él, para así poder colaborar con Él más eficazmente en la regeneración de los hermanos desde su espiritualidad concepcionista, que plasmará en su espíritu las características de la pureza inmaculada de María: virginidad en su amor, virginidad en su obrar, virginidad en su intención. Equilibrio en todo su actuar» (Est 2,13-14).

Estos artículos de nuestros Estatutos nos están impulsando hacia una nueva etapa ascensional de nuestro amor, en nuestro deseo de subir al Monte Santo de la Concepción que ordena nuestro amor, hermanas queridas, y lo eleva hacia el amor perfecto al juntarlo con el amor divino en una unión esponsal que lo hace retornar a su primigenia pureza y santidad, haciéndolo, por ello, por vincularse con Cristo, universal.

Éste es, queridas hermanas mías, el fin de nuestra castidad consagrada, que actúa en contraposición a la degradación de nuestro ser, ocasionada por el pecado original, que reflexionamos en el capítulo de la Consagración. Allí vimos cómo el hombre quedó desordenado, inficionado, descompensado al romper con la Fuente del Bien que lo originó. Y vimos también cómo Cristo Jesús, nuevo Adán, con su descenso del Padre, con su anonadamiento, nos elevó asumiendo nuestra carne y

pecado en su Encarnación y Redención, y nos abrió el camino de retorno a la santidad de nuestro ser primigenio con su Evangelio.

Y más en concreto para los consagrados, con su vida obediente, virgen y pobre nos inserta en su existencia filial de Hombre nuevo, que vive para el Padre y para los hermanos. Sí, hermanas, asumiendo su espíritu filial, hemos visto cómo recuperamos la libertad de nuestra existencia primigenia de hijas en el Hijo. Y ahora, consagrándole nuestro amor, regeneramos la mayor potencia de nuestro ser, para amar y entregarnos al Reino de Dios con la fuerza e intensidad que él, Principio de la nueva creación, lo hizo.

Quiero decir que, con el voto de obediencia, regeneramos o elevamos la primera fuente o fuerza de nuestra existencia en el Hijo, porque regeneramos la capacidad de existir según Dios nos pensó y creó. Y con el voto de castidad consagrada, la capacidad de amar con la pureza que él nos pensó y creó también, y como él ama, universalmente, sin condicionamientos ni mediaciones humanas.

Pues que, como hemos visto, fallando la obediencia en el paraíso, falló esta potencia del hombre, el amor, que le desvinculó de su Raíz, Dios Amor, y ahora, adquiriendo la obediencia de Cristo, recuperamos y perfeccionamos nuestra capacidad de amar, sin egoísmos, como Dios nos creó, pues que queda sanado nuestro ser en su raíz. Por eso, la obediencia lleva el amor a la plenitud, y ambos, el propio ser a la madurez ideada por Dios. Y de aquí es que, el que sabe obedecer primero, no encuentra frustración, represión en la virginidad, sino plenitud.

Si la sociedad está corrompida por el placer, sexo y ambición, y el amor envilecido, es porque hay mucha crisis de obediencia. La obediencia es la mejor pedagoga para el amor. Por eso los Padres del monacato, repito, sólo hacían voto de obediencia; ella les llevaba a la perfección de la castidad por llevarles a la perfección del amor.

Sí, hermanas, de la obediencia y amor consagrados se deriva toda la exuberancia de la vida espiritual, que es vida de Dios, vida en Dios, vida para Dios y para los hermanos, para la Iglesia. Vida, por tanto, de abundante fecundidad espiritual,

pues que es el mismo amor de Dios y su gracia quien la fertiliza. Éste ha de ser el itinerario de nuestra castidad consagrada hasta llegar a la unión de nuestro amor con el divino. El itinerario y el fin.

Y es este capítulo, por tanto, el que más explica la actividad amorosa de la concepcionista y, en consecuencia, el que mejor define o desarrolla el título de esta explicación de los Estatutos que estamos llevando a cabo con el favor de Dios: «Hacia el amor perfecto desde el Monte santo de la Concepción». Sí, hermanas, las concepcionistas tenemos este gran don que nos ha dado el Espíritu Santo; él mismo nos lleva a buscar, con María Inmaculada, con su ayuda, nuestra complementariedad y unión con Cristo, regenerando así nuestro amor. Por ello, como siempre, vamos a buscar en la divina Palabra el modo de vivir este amor limpio y regenerado de la nueva creación, latente en el misterio de la santidad original de María, que tan heroicamente vivió nuestra Madre Fundadora. Y lo hacemos siguiendo el texto del Cantar de los Cantares donde lo dejamos en el capítulo anterior.

Recordamos que había prometido el Esposo enjoyar a la Esposa con «pendientes de oro... con glóbulos de plata», que nosotras entendíamos eran las virtudes del Verbo divino que hemos de practicar al asumir el espíritu filial de Jesús. Ahora, para este capítulo, continúa el Cántico diciendo: «Mientras el rey se halla en su diván, mi nardo exhala su perfume» (Cant 1,12). Que entendemos es la vivencia del amor, mucho más el consagrado con voto que nosotras llevamos a cabo viviendo con radicalidad la espiritualidad y pureza de la «Esclava del Señor» (Lc 1,38), María.

Sí, hermanas, si hemos asumido responsable y amorosamente el espíritu filial del Esposo redentor, estaremos capacitadas para consagrarle con realismo y eficacia nuestro amor mediante el voto, porque es la obediencia la que genera amor, hace amor, desarrolla el amor, como desarrolló el suyo, hasta la máxima donación, la entrega de su vida en la Cruz. Y si él ve que anda por esta senda nuestro amor, él, que conoce lo que es auténtico, tomará posesión de nuestro ser como Rey y Señor de nuestra vida según lo canta el texto bíblico, como:

«rey en su diván mientras el nardo de la Esposa exhala su perfume».

Tan bellamente quiere el Esposo divino tomar posesión de nuestra alma, de nuestro amor, como rey, sentado en el centro de nuestro corazón, dominando nuestra voluntad, que es la que arbitra nuestro amor. Sentado como rey, aspirando el perfume de su espíritu filial todo amor y sólo amor al Padre y a los hombres, que exhala para él nuestro nardo, nuestra alma, invadida toda de él por la fuerza de su amor.

Como el nardo. Podría haber escogido otra expresión el texto bíblico, otra flor, o haber hablado en plural, pero no, sólo dice nardo. ¿No podemos ver en la esbeltez y unidad del nardo las cualidades de nuestro amor consagrado, de la virginidad? Unidad en toda la extensión de la palabra. Unidad en la persona, por haber unido por la obediencia todas sus fuerzas en una sola, la del amor que sólo busca agradar al Señor, vivir para el Señor, cumplir su voluntad, elevándonos hacia el cielo en soledad como es el espárrago del nardo; «exhalando su perfume» o quemándonos de amor en holocausto al Dios amado.

Unidad en todas las virtudes al estar agrupadas en nuestro corazón por el amor consagrado, como están en el tallo del nardo sus hojas lineares y prolongadas a modo de escamas. ¡Oh, qué bien representa esta unidad de virtudes de la concepcionista el tallo y las flores del nardo! Las une el amor, que es el tallo del nardo, y son virtudes *radicales, prolongadas,* como las del nardo, porque son *estables, arraigadas,* verdaderas. Arraigadas en el amor, por eso son estables y verdaderas. Fuertes como es la escama que, aunque pequeña, es resistente. Así, con el brillo, la limpieza y la originalidad inocente de la escama. Que representa también la originalidad o autonomía de la concepcionista en el ejercicio de las virtudes. Cada concepcionista tiene que tener un matiz particular, autónomo en la práctica de la virtud, porque cada una ama al Esposo por sí misma, arrebatada por el amor del Amado y llevada por el divino Espíritu hacia él.

Representan también las virtudes de la concepcionista regidas por el amor las flores blancas y olorosas del nardo, especialmente muy olorosas de noche. Es decir que, en la noche de la prueba, del dolor, del silencio o soledad de Dios, es

cuando debe exhalar con fuerza su perfume la fidelidad y amor de la concepcionista. Exhalarlo para su Esposo en el ejercicio de todas las virtudes, fe, esperanza, caridad, y en todas las virtudes de orden moral, fraternal y monástico. Exhalarlo para él porque las ejercita por él, para agradarle sólo a él. Para que tenga fragancia divina la estancia interior de su alma, donde descansa el Esposo, como la tuvo la de María. Que tenga amor, obediencia, que es la que espiga y acrisola nuestro amor, y éste unifica todas las virtudes.

Si vivimos así nuestro espíritu mariano, el Espíritu Santo imprimirá en nuestro amor y fidelidad al Esposo Cristo, un halo de pureza, de blancura, de inocencia, que hace mucho más fácil el esfuerzo que nos supone desprendernos de todo para complementarnos con sólo Cristo Jesús. Que hace más fácil toda purificación para conexionar o encontrarnos a solas con nuestro Dios amado, Santo, Virgen. Para ello nos llamó el divino Espíritu a esta Orden de la santidad inmaculada de María, para vivir en ella de modo esponsal, consagrado, nuestro amor a él con este matiz mariano, para que de este modo podamos hablar a los hombres de paraíso, de ausencia de pecado, de amor sobre todas las cosas al Dios que nos creó. Para que les podamos recordar la santidad de su proyecto creacional puro y santo sobre el hombre, salvado en María Inmaculada.

Volver a esta pureza tiende nuestra castidad, sí, hermanas. Esto nunca debemos olvidarlo. Si pronunciamos el voto de castidad concepcionista, es porque recibimos de Cristo Esposo la capacidad para hacerlo, su gracia, que es la que nos consagra para penetrar en el misterio de la santidad original de María y la que orienta nuestra espiritualidad hacia la blancura, limpieza y armonía del alma de la sin pecado, de la pura y santa Madre de Dios. La que nos impulsa a exhalar el perfume de santidad deseado por el Amado, el «perfume del nardo bíblico», como lo exhaló el alma santa e inocente de la Purísima y virginal María.

Así fue y así es María. Esta santidad encontró en ella el Verbo al encarnarse en su seno y en su corazón, y debe encontrarla en nosotras en la debida proporción al ofrecerle

nuestra castidad consagrada, nuestra alma y ser entero por la profesión monástica.

¡Qué bello es esto, hermanas! ¡Cómo merece la pena que nos detengamos en ello! Al entrar en María, Dios entró en un cuerpo sin pecado, en un cuerpo donde no se había borrado la huella creacional de Dios, huella de santidad, pues que no había entrado la del pecado en ella. Sí, hermanas, el Verbo divino respiró en el seno de María los mismos aires puros y limpios del Paraíso, el aire transparente de Dios, el olor puro de su divinidad, el mismo ambiente divino que respiraba en el seno de su Padre, porque en el seno de María sólo estaba Dios.

Ésta es la grandeza de la pureza y virginidad de María y ha de ser la de la concepcionista guardando la debida proporción. No es exageración ni inalcanzable. Esto puede darse en la concepcionista con la distancia propia de la que es regenerada después del pecado. También en la Santísima Virgen existió la inmensa distancia o debida proporción entre la santidad de Ella, pura criatura, y la infinita de Dios, Causa y Origen de la santidad. Pero no por eso dejó el Verbo divino de respirar en su Madre el mismo perfume de santidad que respiraba en el seno del Padre, puesto que no hay más que una Fuente de santidad, el Padre, de cuya agua pura María estaba llena por el misterio de su Concepción Inmaculada.

Así, nosotras, hermanas queridas, por el amor puro y ardiente, por la ascesis que comporta la castidad bien vivida, hemos de alcanzar para nuestra alma esos aires puros de virginidad paradisíaca, que es nuestra fisonomía propia, que eso es «exhalar nuestro nardo su perfume» como canta el Cantar, para recrear así a nuestro amado Esposo redentor, dueño de nuestro corazón por el voto de obediencia y castidad. Ésta ha de ser nuestra preocupación, que el Esposo, Rey y Redentor pueda respirar en nuestra alma, que es su diván, los mismos aires de santidad que respiraba en el seno de su Padre y en el de su Madre Inmaculada. Debemos esforzarnos para que a Cristo le sepa a María nuestra alma.

Por ello, hemos de poner empeño, hemos de poner esfuerzo en alcanzar la virginidad de alma que nos apuntan nuestras Constituciones y nuestros Estatutos. Y lo primero que hemos

de saber es que tenemos que cambiar mucho, mucho. Porque si ahora nos gobierna el pecado, fuerza del mal, tenemos que dejar que nos gobiernen las fuerzas positivas de la gracia, Dios. Y para ello no hemos de dejarnos llevar por lo que nos seduce, porque ello nos envilece. No por la ambición, el afán de dominio, de ir tras lo fácil, de dejarnos arrastrar por lo cómodo, por el peso de nuestro pecado que son las tendencias desordenadas, sino por las fuerzas del espíritu de santidad que gobernó el alma de María, es decir, por el Espíritu Santo.

Y así iremos plasmando en nuestro espíritu las características de nuestra espiritualidad concepcionista, traduciendo en obras la virginidad purísima de nuestra Madre María. Así iremos alcanzando la virginidad espiritual, imitando la virginidad del alma de María. Virginidad en nuestro amor esponsal puro, virginidad en nuestro obrar y en la pureza de intención; virginidad en nuestra voluntad, virginidad en nuestros afectos, en nuestros juicios, en todo nuestro interior, virginidad, en fin, en nuestro corazón, según nos dice el Señor (Mt 5,27-30). Y con tal fuerza que, como nos dice él: «... si tu ojo derecho te escandaliza, arráncalo y arrójalo de ti...».

Así, sí conseguimos el objetivo de nuestra espiritualidad, que es retornar nuestro ser entero, nuestra existencia ontológicamente «filial», y nuestro amor participado del divino, a la santidad de nuestro Origen, que es la santidad del reino futuro, del proyecto creador del Padre, del fin de la creación. Y a ser, como María, signo del amor futuro, de la incorrupción de la vida venidera, signo de la vida del cielo, en fin, de la grandeza del ser humano en su origen, en su destino y en su fin.

Por esto, hermanas queridas, en complementarnos con sólo Dios radica el fin de nuestro voto de castidad. Pero es en creer en su amor donde radica nuestra complementariedad con él y el fruto de nuestra castidad, que es corredimir con Cristo a los hermanos de él y nuestros, que por eso sigue diciendo el Cantar: «Bolsita de mirra es mi amado para mí, que reposa entre mis pechos» —es decir, en mi corazón—. «Racimo de alheña es mi amado para mí en las viñas de Engadi» (Cant 1,13-14). Sí, «bolsita de mirra» que descanse sobre nuestro corazón debe ser nuestro Amado redentor, pues que en estre-

char nuestra unión con él, con su espíritu inmolado, consistirá nuestra fecundidad espiritual y el crecimiento ascensional de nuestro amor, sabiendo que cuanto más cuidemos este amor a él, más crecerá nuestro deseo de él, de unirnos a él, de ser santas.

Sí, mis hermanas, nuestro Esposo redentor es como un «manojito de mirra y como un racimo de alheña» para nosotras. Si recordáis, siempre nos han dicho que la mirra significa la mortificación. Y bien lo parece por sus características. La mirra o gomorresina se nos presenta en forma de lágrimas, es de gusto amargo, y en cambio es aromática. Es roja, semitransparente, frágil y brillante en su fractura. ¡Oh, qué bien representa la mortificación!, ¿verdad, hermanas?

Bien amarga es, para nuestra sensualidad, la mortificación, pero practicada, qué aroma más sublime expande de virtudes cristianas. Es en forma de lágrimas. Sí. Porque esto nos recuerda el origen de la necesidad «de practicarla»: el pecado original, la ruptura con nuestro Dios que desordenó todas nuestras tendencias y hemos de llorar mientras dure la historia del hombre en la tierra. Y es roja, porque nos recuerda su fundamento: la Pasión y muerte de nuestro Esposo redentor. ¡Verdaderamente que toda su vida pero más en su Pasión, Jesús se hizo a Sí mismo puro manojito de mirra por devolvernos nuestra blancura y santidad original! Si él se hizo por nosotras manojito de mirra, ¿cómo no hemos de hacernos también nosotras ahora manojito de mirra viviente para prolongarle en su espíritu redentor?

Sí, así es Jesús para la concepcionista, es ese manojito de mirra que debe llevar en su corazón, en su carne, para mantener la fidelidad a él, para retornar a su alma la pureza primigenia, que, por ser esto después del pecado, se hace duro y difícil, y nunca será como si no hubiera habido pecado, como sucedió en María Inmaculada, que por eso la mirra se nos presenta también semitransparente y frágil. Semitransparente, que según vimos es la gracia redentora de la Pasión de Cristo que santifica nuestras almas; pura y brillante en su origen divino tal como nos la legó el Redentor, pero que nuestra fragilidad, nuestro pecado, la puede quebrar o empañar, tanto cuanto sea la gravedad de la culpa, pues que casi siempre que hacemos el mal

es por falta de mortificación. Así es, hermanas, y qué frágil se nos muestra la mortificación en nuestra carne, se nos quiebra fácilmente, porque nos cuesta su praxis. Y es porque no consideramos su valor. No consideramos la gracia que encierra esta virtud tan cristiana, tan redentora, que se nos muestra en su verdadero brillo o valor cuando penetramos en su entraña, en su hondura, en su significado.

¿Veis, hermanas queridas, por qué se convierte para nosotras en manojito de mirra Jesús? Esto y mucho más que se puede decir ha de costarnos la identificación con el Esposo, vivir con él nuestro amor consagrado por la castidad en forma esponsal, es decir, tener intereses comunes, que los suyos sean nuestros y los nuestros, suyos. Pero esto, de verdad, apasionadamente.

Pero aún hay más. También nos dice el texto bíblico que Jesús simboliza para nosotras un «racimo de alheña». Es decir, que se nos confirma lo dicho sobre la mirra, pero aún de forma más intensa, más subido el amor, porque la alheña debe convertirse en polvo para que sea más útil. La alheña, que es un arbusto de unos dos metros de altura con hojas caedizas, lanceoladas, con flores blancas, olorosas, como la lila, y fruto en drupa del tamaño de un guisante, con dos celdas y en cada una dos semillas, nos significa la fuerza del amor que debe desprender de nosotras esas hojas caedizas o afectos que no conexionan con el amor y la santidad divina; hojas lanceoladas que pueden herir nuestro amor si no sabemos desprendernos de ellas a tiempo. Son hojas sin consistencia, sin vida eterna, por eso han de separarse de nuestro camino de amor, que sólo debe nutrirse de eternidad, del amor eterno de Dios.

Que por eso son en forma de lanza: es la mortificación, el esfuerzo, la lucha que supone quitar los afectos desordenados y orientar las pasiones hacia el bien. Secas estas hojas, o afectos desordenados por nuestra ascesis, se convierten en polvo que sirve para teñir. Sabemos que el tinte cambia por completo el color de los objetos. Es lo que sucede cuando hemos triturado con la fuerza del amor, de la mortificación, nuestro desorden, que el amor al Esposo que hemos puesto en ello hace el efecto del tinte en nuestra alma, que le cambia el color, del moreno adquirido por el pecado, al blanco de la gracia santi-

ficante, y nos hace más hermosas y graciosas ante el Amado. Acordémonos, hermanas, que en el capítulo de la «Conversión», la Esposa, en el Cántico, se reconocía morena, negra ante el Esposo. Pues bien, ahora la ascesis o mortificación «generosa» (PC 7) nos devuelve nuestro color primero, la blancura de la santidad.

En los dos metros de altura que alcanza el arbusto, y en sus flores blancas en tirso denso, vemos nosotras simbolizadas lo vigorosas que nacerán en nuestro espíritu las virtudes cuando ha precedido una depuración generosa de nuestro desorden. Como un arbusto elevado, fuerte, se elevará nuestro amor. Y las virtudes arracimadas, apretadas, unidas, como la flor del nardo. Así prefigura el divino Espíritu a la concepcionista, a la esposa de Cristo y a toda alma fuerte, llena de virtudes, pero blancas, con ese perfume peculiar que nos da la imitación de la Inmaculada.

Y, ¿qué me decís del fruto de la alheña? Es una delicia cómo está representado el fruto de la mortificación de nuestros sentidos. El fruto, en drupa, es decir, carnoso en su capa media, formando dos celdas y en cada una dos semillas en la última capa, es figura del fruto espiritual que consigue nuestra mortificación interna y de su proceso. La primera capa es débil; es cuando empieza la mortificación. Tiene poca consistencia. Es fácilmente vulnerable, abierta. ¿No lo vimos así ya anteriormente? Sobre todo al comienzo de la praxis de esta virtud. La segunda capa, carnosa, es ya más densa y consistente. Simboliza la solidez de la virtud cuando es estable, duradera. Ésta nos lleva a la tercera capa, de solidez leñosa, como la semilla del melocotón. Es el fruto recio y permanente, sabroso y dulcísimo de la virtud consumada: el silencio y soledad, que son las dos celdas del fruto de la alheña. Las dos semillas representan al Esposo y a la concepcionista. Ahí, en el interior del alma, como fortaleza inexpugnable defendida por la mortificación, por la soledad y el silencio, está la morada del Esposo, y con el Esposo, ella, el alma, el espíritu y todo el ser de la concepcionista. Si el nardo representa la unidad de nuestra virtud por el amor, la mirra y alheña representan su solidez y madurez por la mortificación.

Este fruto recogeremos de la mortificación, hermanas. Es, pues, la alheña símbolo de la mortificación llegada a su madurez o plenitud. Esto quiere ser el Esposo para nosotras, y que lo hagamos de corazón, es decir, con amor, con la fuerza de un amor ardiente consagrado sólo a él. Siempre en tensión ascensional hacia él. Que por eso dice la Esposa: «es mi amado para mí, que reposa sobre mis pechos». Sí, hermanas, que descanse él sobre nuestro corazón, sobre nuestro amor, porque hayamos desechado todos los demás amores y nos hayamos quedado con él sólo. Así como en el matrimonio el marido renuncia a la posesión de las demás mujeres para quedarse con una, así nosotras renunciamos a la posesión de todo amor sobre las cosas creadas para quedarnos sólo con el de Dios, aunque para ello tengamos que triturar, hacer polvo nuestros gustos y sensualidades o amor propio, como la hoja de la alheña.

Además, miremos cómo representa la unidad que debe haber entre Cristo y nosotras, con ese símil tan delicado de las celditas. Esto conlleva unas obligaciones que condicionan nuestra libertad. Ya no somos más que para Dios, no somos libres por el voto de castidad para ordenar nuestro amor en otra dirección. Dependemos del Esposo para todo. Así como en el matrimonio, que no son libres más que para amar al propio cónyuge porque son los dos una misma carne (Gén, 2,24). Y esto es una bendición de Yahvé (Gén 1,28) y voluntad expresa suya (Mt 19,3-9). Y es así, porque en ello se está realizando el gran sacramento (Ef 5,22-33).

Y, si para *representar* el amor y la unidad que existe entre Cristo y su Iglesia se exige tanta fidelidad en una unión terrena y temporal que, al fin, termina con la muerte, ¿qué no se exigirá para vivir la *realidad,* para vivir la unión de nuestro espíritu y nuestro amor con el espíritu y amor de Cristo, para vivir nuestra unidad verdadera con él, que se prolongará en la eternidad?

Radical, total, hermanas queridas, ha de ser la exclusividad que hagamos de su amor frente a todo otro amor y atadura terrena si queremos lograr la plenitud máxima de unión con Dios, es decir, nuestra plenitud mística, religiosa y humana (PC 12c). Pues que si el hombre se complementa con la mujer

en cuanto al orden de lo creado, nosotras nos complementamos con Dios y sólo con él, en el orden de la perfección del ser. Esto nos quieren decir esas dos celditas y esas dos semillitas juntas en el fruto de la alheña.

Este amor y unión con el Esposo en el que se apoya nuestro voto de castidad en razón del Reino de Dios y para una fecundidad espiritual, está claro que es para nosotras una ventaja, un don divino (LG VI,43) que favorece nuestra persona y la lleva a la máxima plenitud. Plenitud que redunda en bien de toda la Iglesia. Me atrevo a decir, hermanas, que favorecemos a toda la creación, por lo que dije antes, porque evocamos la situación paradisíaca de fidelidad al Amor único y exclusivo que vivió el hombre antes del pecado, y que todos debemos al Autor de la creación.

Porque las consagradas por la castidad, hermanas, si nos esforzamos en ser fieles, al margen de lo que podamos conseguir, la idea creacional de Dios en el hombre no se ha perdido por el pecado. No. Se vive con la limitación propia de nuestro cuerpo de pecado, pero se vive. Y como Dios mira el corazón, si nuestro esfuerzo y amor es sincero, la victoria sigue siendo suya, no de Satanás, que intentó arrebatársela. Es suya. La ve en nuestra carne mortificada, orientada hacia él, redimida, abrasada de amor por él. No abrasada y dominada por las pasiones.

Y en este sentido es que el Esposo se nos entregue como manojito de mirra, como racimo de alheña, para que así le vivamos. Sí, hermanas. Y mientras otros se afanan en ver, atender y gozar las cosas de este mundo, nosotras nos afanamos en contemplar, atender y vivir para el Creador de ellas. Ésta es la renuncia y soledad de cosas y personas que nos exige la elección divina y que san Pablo recoge y nos expone en su primera Carta a los Corintios.

Sí, mis hermanas, Dios nos exige que vivamos la soledad de las cosas y la del misterio profundo de Dios para alcanzarle, para realizar la unión divina. Nada ni nadie que se oponga a Dios en nuestra vida. Nada... Nadie... Sólo Dios, sólo la eternidad. Nada... que es la plenitud del *silencio* interno. Nadie... que es la *soledad* armoniosa del amor. Y ambas cosas por la

búsqueda y posesión y entrega a lo definitivo, que es el amor eterno de Dios.

Y así nos dice san Pablo: «la mujer no casada y la virgen se preocupan de las cosas del Señor, de ser santas corporal y espiritualmente» (1 Cor 7,34). Es nuestra tarea primordial, propia del voto de castidad, «ocuparnos» y «preocuparnos» del Señor y de sus cosas. *De las del Reino.* Y aquí tenemos tarea noble y comprometedora, hermanas, tanto que merece un capítulo aparte y así lo haremos con el título de Celo apostólico. *Y por el Señor mismo.* Es decir, que tenemos que atenderle desde nuestro corazón y con nuestro cuerpo, dedicándole nuestras energías a su servicio, atendiéndole en su culto, preparando su altar y cantando sus alabanzas.

Pero especialmente tenemos que atenderle con un amor esponsalicio que destierre todo lo que no es el Amado y todo lo que no sea agradarle a él. Porque él nos quiere «santas corporal y espiritualmente». Sí, quiere que le consagremos el cuerpo escogido por él para ser morada suya especial, para ser su templo (1 Cor 3,16-17; 2 Cor 6,14-18) donde celebremos con él y para él el culto de nuestro amor, que es lo que permanecerá eternamente. Recordemos, si no, en qué contexto escribe san Pablo realzando el valor de la virginidad. Dice: «Os digo, pues, hermanos, que el tiempo es breve; por tanto, los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen, los que lloran como si no llorasen y los que se alegran como si no se alegrasen y los que compran como si no poseyesen, y los que gozan del mundo como si no disfrutasen, pues pasa la escena de este mundo» (1 Cor 7,29-31).

Sí, hermanas, pasa todo lo de este mundo y, por el mismo hecho de su vacuidad, no merece la pena poner en cosas efímeras el valor de un amor que, por su destino, va a ser eterno: el nuestro. Sí, nuestro amor puede tener un valor inmenso si sabemos ponerlo en quien sabe estimarlo y revalorizarlo, Dios. Pero perderá su fuerza y valor si lo ponemos en cosas efímeras, sin valor, de permanencia caduca, pues morirá con ellas.

Hermanas, sabéis cómo me gusta profundizar las cosas de Dios. Contemplar cómo actúa y para qué actúa él. ¿No veis que Dios nos ha elegido para amar lo eterno, lo sublime, para

amar lo permanente? ¡Oh!, si entendiésemos el don inefable que se nos concede con esta elección, el gran valor que insertamos en nuestra vida compartiendo el amor de Cristo, no lo juntaríamos con otros amores caducos, con otros valores mezquinos, con otros pasatiempos que son barro y basura en frase de san Pablo, y que rebajan el valor que damos a Cristo nuestro Esposo redentor, que rebajan el valor de nuestra fidelidad a él.

Así es, hermanas, que, aunque no lo hemos merecido, Cristo nos ha elegido para él, le hemos dicho que sí y le hemos elegido también nosotras. Recordad lo que dijimos en el capítulo de la Consagración. La respuesta al amor de Jesús exige por nuestra parte una elección, y ya la hemos hecho. Consecuentemente, si le hemos elegido a él, ¡completémonos con sólo él! Porque él basta, ¿no? Miremos lo que dice san Pablo: «os digo esto para vuestro bien, no para tenderos un lazo, sino mirando a lo más perfecto y que facilite la familiaridad con el Señor» (1 Cor 7,35).

Esa familiaridad que hemos de tener con el Esposo redentor en la celdita del fruto de la alheña y que ha de conducirnos a la posesión de la virtud del silencio y soledad. Que ha de conducirnos a la santidad. Ha de conducirnos a la práctica del amor puro, para que Dios se encuentre con nosotras y nos habite con agrado día y noche. Así nos lo dice su Palabra divina, que es la llave que nos manifiesta cuán puro debe ser nuestro cuerpo y nuestro amor para albergar a Dios. Puro como el oro que él mismo escogió para el propiciatorio donde él, Yahvé, se comunicaría con Moisés. «De oro puro.» Y «aquí vendré yo a encontrarme contigo» (Éx 25,22). Y aquí vendrá él a encontrarse con nosotras. ¿No os parece que sería, por nuestra parte, una grosería para con Dios ofrecerle una celda manchada, un alma no pura? Nunca conseguiremos la pureza que él merece. Pero al menos esforcémonos por mantenernos puras para él.

Así, hermanas, así tenemos que vivir y pasar por este mundo sin apegarnos a nada de él, como de paso, porque todo apego quita familiaridad con el Señor y no nos hace bien. Sólo tenemos que apegarnos, y mucho, al Señor. Éste es nuestro compromiso, nuestra plenitud, y será nuestra eternidad.

Esto es lo que verdaderamente nos construye y constituye la esencia de nuestro voto de castidad. Esto es lo que espera él consecuentemente.

¿Qué hacer entonces? ¿No tocar ni usar las cosas? ¡Podemos! Pero, como nos dice san Pablo, como si no las poseyésemos, sin aficionarnos a ellas, ni aunque sólo sea a una estampa, o al hábito, o al propio criterio, o a alguna persona. A nada debemos apegarnos con desorden, libre el espíritu, puro el amor, preparadas siempre para dejar lo que se nos pida. Porque el amor que tenemos a Jesús ha de ser siempre mayor que nuestros deseos de tierra. Y nuestra voluntad ha de estar en crecer más y más en su amor, conocimiento y familiaridad. Ésta ha de ser nuestra afición, nuestra preocupación y nuestra satisfacción.

Cimentemos bien nuestra elección, la que hemos hecho del «más hermoso de los hijos de los hombres» (Sal 44,3) respondiendo a la suya. Cimentémosla, porque él lo merece, porque es el Hijo del eterno Padre, el lucero de la nueva creación, el Hijo de la Virgen. Porque es, como nos dice el Espíritu Santo, «el narciso de Sarón, el lirio de los valles» (Cant 2,1). Narciso y lirio que representan la blancura, la hermosura y gracia de Esposo tan adorable.

Y una vez más nos representan también sus sufrimientos, hermanas, pues tanto las hojas del narciso como las del lirio son puntiagudas, como espadas, que nos recuerdan su Pasión, su redención. ¿Cómo, pues, vamos a familiarizar con esa tersura inmaculada y al mismo tiempo sufrida si nuestros labios y nuestra boca, y todo nuestro ser no destila la mirra virgen de la pureza y santidad?

Sí, mortificadas, limpias en nuestra conducta hemos de ser las concepcionistas para no defraudar al que nos ha elegido para él, sino que detrás de nuestras obras descubramos la presencia, el perfume de ese Lirio divino, de este amado Señor nuestro que llevamos encerrado en la celdita de nuestro corazón. Porque ahí, en nuestro corazón, «se comunica con nosotras», repito. Aquí, en nuestro cuerpo, puro y casto, relicario de nuestro corazón, consagrado, miembro del Cuerpo de Cristo (1 Cor 6,15), «templo del Espíritu Santo» (1 Cor 6,19), de modo que, agradado él de nuestra conducta, pueda decirnos

como a la Esposa: «Como el lirio entre cardos, así es mi amada entre las doncellas» (Cant 2,2).

Como el lirio entre cardos, bien guardado por la mortificación que ellos representan, así hemos de «glorificar a Dios con nuestro cuerpo» no permitiendo ninguna idolatría en el corazón, ni soberbia, ni envidia, ni avaricia, sino que esté revestido del candor del lirio, «santas corporal y espiritualmente» (1 Cor 7,34).

Acordaos de que, por ser concepcionistas, así hemos de amarle, como María; con un amor virgen, íntegro, sin jirones ni apegos. Con un amor que manifieste una actuación también virgen, pura, y una intención virginal en nuestros deseos. Porque, como dice san Pablo: «lo que uno siembre, eso cosechará; el que siembra para la carne, de ella cosechará corrupción; el que siembra para el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna» (Gál 6,7-10).

Un ejemplo de cómo hemos de guardarnos puras y santas, limpias de todo lo que sea corrupción así en la mente como en las costumbres, nos lo da, o es figura de ello, además del velo que cubrió el rostro de nuestra Madre santa Beatriz, para guardarse y guardar sus sentidos sólo para el Amado, la paloma que soltó Noé del arca para ver si habían bajado ya las aguas. Hasta la tercera vez no encontró lugar limpio para posarse, por ello las dos veces anteriores volvió al arca (Gén 8,6-12). Y nos hace recordar este episodio bíblico también, que no hay castidad sin humildad y oración, porque es delicada y preciosa su flor y sus valores. Ya veis, hermanas, *«como el lirio»,* dice el Esposo. Es preciosa porque es don suyo, y al ser don suyo, con él tenemos las gracias necesarias para conservarla si vivimos unidas a él.

Vivamos, pues, así, con nuestra carne marcada por el espíritu de la redención, rendida al amor divino por la salvación de nuestros hermanos. Vivamos «como lirio entre cardos» para que el Esposo pueda agradarse en nosotras y decirnos: «así es mi amada entre las doncellas» (Cant 2,2). Y nosotras podamos responderle con propiedad porque no lo impidan los afectos y deseos desordenados del corazón: «Como manzano entre árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes» (Cant 2,3a). Este símil nos es muy fácil comprenderlo, Cristo

«es el más bello de los hijos de los hombres» (Sal 44,3). Es mucho más elevada la diferencia de su amor al de cualquier ser humano, que la que hay entre el manzano y los árboles silvestres, porque Cristo es Dios, porque «en sus labios se derrama la gracia», «la vida, la verdad» (Sal 44,3; Jn 14,6).

Pero miremos un poco, ya que la Biblia compara al Esposo a un manzano, miremos las cualidades de éste para conocer mejor a Jesús. Miremos. Y, a poco que observemos, podremos comprobar el olor a miel de su flor sonrosada que no tiene el árbol silvestre. Es la dulzura divina que destila el amor adorable de Cristo, que embriaga, sacia y vivifica al alma. Así dice la Esposa: «a su sombra anhelada estoy sentada, y su fruto me es dulce al paladar» (Cant 2,3b). Sí, es dulce al paladar del alma el amor de Cristo, más que la miel y la manzana, y en la entrega o respuesta a la exigencia de la vocación podremos comprobar esa dulzura, encontrar la sublimidad de nuestra «llamada», experimentar que él es el Amor que ama siempre, el Santo que santifica siempre, el Dios que deifica siempre, la esencia divina que nos introduce en sus entrañas amorosas y redentoras, porque nos está redimiendo siempre, nos está salvando siempre.

Porque, hermanas, sabemos que no es lo que se toca, o lo que se ve, o lo que gustamos, lo que nos hace felices, si no lo amamos antes. Así ocurre con las cosas de Dios. En el trato con Dios es la ley del amor la que impera. Su amor y el nuestro. Dios tiene su «lenguaje» sin «sonidos», tiene su «contacto» sin «tacto». Es ese «vendré yo a encontrarme contigo» que reflexionamos antes, el que hace saborear a nuestro espíritu el fruto divino, Jesús mismo, si antes hemos deseado amarle.

Él, Dios, su amor, su santidad divina, su gozo perpetuo entra en el alma, en el espíritu, más profunda y perfectamente que puedan entrar las cosas por nuestros sentidos. Pero hemos de tenerlo dispuesto, abierto nuestro corazón para recibirle, preparado para contactar con él, para unirse a él, conforme dice san Pablo: «el que se une al Señor es un solo espíritu con él» (1 Cor 6,17). Por eso es tan necesaria la ascesis, como dije antes, para las que nos queramos unir a él en el espíritu o en el amor esponsal, que es el amor consagrado, a fin de

que él, su esencia divina, nos vaya transformando en su misma imagen, haciéndose cada vez más gloriosa en nuestra alma, conforme pueda obrar en nosotros el Señor, que es Espíritu, hasta que reflejemos, como en un espejo, la gloria del Señor (2 Cor 3,18). Hasta que su fruto dulcísimo, su Ser y Amor divino, se haga sustancia de nuestra alma y nos haga reflejar la conducta que nos exige ser imagen y semejanza de Dios.

¡Oh, hermanas queridas, que esto sí que es lo que dice a continuación la Esposa!: «Me ha introducido en su bodega, y su pendón sobre mí es el amor» (Cant 2,4). ¡Oh, sí, que le iremos más y más conociendo y enamorándonos de él conforme vayamos saboreándole, gustándole. Que ello nos llevará a vivir mejor la renuncia a cuanto se oponga a su santidad, a nuestra unión con él! Porque todo lo que no sea él, se nos volverá insípido, incoherente y despreciable. Pues que una vez que hayamos saboreado su amor, sólo su amor divino querremos gustar y vivir, pues que es el que nos deifica, nos sacia y transforma en imágenes vivas del Esposo adorado, de su modo de amar, que es lo que engendra en nuestra alma felicidad inacabable.

¡Oh, hermanas!, ¡que éste es nuestro lote, nuestra riqueza, el baluarte, la fortaleza, el pendón o gloria que heredamos del Esposo las que consagramos a él nuestro cuerpo y corazón! Su amor vivido, gozado, correspondido, experimentado, es nuestro lote y nuestra *ocupación,* y nuestra fecundidad en la Iglesia. Y podríamos decir, es la fecundidad de la Iglesia, como miembros vivos que somos de ella. ¡La fidelidad del Esposo tantas veces experimentada ciertamente, en grado infinitamente mayor que nuestra fidelidad, según nos dice su Palabra: «quien os toca, toca la pupila de mis ojos» (Zac 2,12), es la grandeza de este connubio o desposorio que Dios celebra con nuestra realidad humana, y embellece a la Iglesia!

Esto es, hermanas mías, «introducirnos él en su bodega», es decir, en su intimidad, en su amor, en sus delicadezas. Esto es envolvernos en su ternura con el mismo realismo y fidelidad con que lo hizo con su Pueblo (Lev 9,23b-24). A tanto puede y llega su ternura con las almas que le han consagrado toda su vida y todo su ser, que llega a hacerse su presencia, su protección y gloria, tan cercana y real, como lo demuestra este

pasaje que he citado y dice así: «una llama que salía de la presencia de Yahvé consumió el holocausto... sobre el altar. Ante esta visión, todo el pueblo lanzó gritos de alegría y cayeron rostro en tierra» (Lev 9,23b-24). Es que es Dios, Dios mismo, su amor, el que fundamenta, vivifica y gratifica, consume y consuma la vida de la concepcionista fiel.

Y es porque Dios es así, hermanas mías, no es de otra manera. «Dios ama con celo divino» (Sant 4,5). Así nos lo revela la Biblia. Dios es así. Y Cristo mismo, como hombre, da fe de esta experiencia fuerte y constante del amor del Padre (Jn 15,9). Y esta experiencia del amor del Padre fue el soporte de toda su existencia divina y terrena, de tal modo que, cuando aparentemente le falta en la Cruz, se nos manifiesta como derrumbado: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34), gritó.

Pues bien, hermanas, bajo este mismo pendón o baluarte de su amor divino, es donde él quiere que viva nuestro corazón vocacionado. Que sea él sólo quien complemente y agracie nuestra vida consagrada. Sólo él quien la fundamente y sólo él quien la sostenga, no otras seguridades ni amores.

Y hemos de mantenernos bajo ese pendón o baluarte divino a pesar de las contrariedades actuales. Sabemos, como nos advierte san Pablo, que «el hombre psíquico no acepta las cosas del Espíritu; son locura para él, y no puede entenderlas, ya que hay que juzgarlas espiritualmente» (1 Cor 2,14). El hombre carnal como realidad material y transitoria sólo acepta lo que le entra por el sentido, lo que siente, conoce y toca. No puede percibir o pensar que Dios se mueve en categorías distintas, como Ser espiritual que es y Causa de los espíritus. Cargado de materia como está, no puede pensar que Dios se comunica por el amor y la inteligencia, que son dos fuerzas espirituales y pueden conexionar con las del hombre cuando están purificadas, dispuestas. Y ahí Dios puede descargar su fuerza amorosa y cognoscitiva de su Ser divino, hasta metas de felicidad tan grandiosas e inefables como dice seguidamente la Esposa: «Confortadme con pasteles de uvas, reanimadme con manzanas, porque de amor languidezco» (Cant 2,5). ¿Cómo no va a ser así, si Dios es un fuego abrasador de amor (Dt 4,24), es un piélago de dulzura inefable y divina que deja

al alma que lo experimenta transida de delicias inenarrables y de paz?

Llegar a este grado de amor es nuestra vocación, hermanas. Y podemos. Porque en ello está empeñada la voluntad y la fuerza sobrehumana de Dios. Digo sobrehumana, divina, de Dios, que para esto nos da la vocación. Y él lo quiere, su amor tiende a ello y nos lo pide, porque según nos dice el Cantar: «Su izquierda está bajo mi cabeza, y su diestra me estrecha en abrazo» (Cant 2,6). Palabras que podemos ver significadas en la propia vocación, pues que su «llamada» que es «elección de amor» bien puede ser su izquierda que nos sumerge en su amor divino, y con su «diestra», que es la «gracia» que conlleva su elección, nos estrecha en abrazo transmitiéndonos la fortaleza necesaria para vivirla con la intensidad y el amor que él espera.

Lo que necesitamos, hermanas, para llegar a saborear al Hijo de Dios es reflexionar en esta hondura del amor divino para *creer* en él y, consecuentemente, optar decididamente por él, rindiendo amorosamente a sus pies toda nuestra resistencia desordenada, dejándonos en sus manos, olvidándolo todo, viviendo sólo *de* su amor y *para* su amor. Entonces comprobaremos si tiene razón la Esposa del Cantar en su experiencia de amor.

¡Hermanas! Y nuestra pregunta obligada aquí es: ¿creemos en el amor de Dios lo suficiente para que esto se produzca? ¿Creemos en el amor del que nos ha elegido, como cree la Esposa del Cantar? ¿Creemos que Dios nos ha hecho amor de su amor, vida de su vida, no sólo en la creación, sino mucho más en la Redención con su sangre divina y redentora? ¿Qué nos impide creerlo? ¿No sabemos, hermanas, que el amor de Dios no es susceptible de crecimiento ni de perfeccionamiento porque no sería Dios si no nos hubiese amado con amor o medida infinita desde el comienzo de nuestra existencia? No. No es susceptible de crecimiento en él, pero sí de captación en nosotras.

Y el secreto para captarlo, para experimentarlo, es creer en él, entregarnos a él y vivirle sin límites, sin desaprovechar ninguna ocasión de practicar la virtud. Porque hemos de saber, hermanas, y tenerlo muy claro, que, cuando no aprovechamos

las ocasiones de crecer en santidad, nos alejamos de Dios y, por lo mismo, de su amor y conocimiento. ¿Cómo vamos a captar su amor así? En cambio todo acto de virtud nos aproxima a él, nos da conocimiento de él. Porque el objeto de nuestra santificación es él mismo. Quiero decir que Jesús, cuando nos decía, por ejemplo, que amemos a los enemigos (Mt 5,44); que perdonemos siempre (Mt 18,21-33); que seamos mansos, pobres y limpios de corazón (Mt 5,1-12); que no juzguemos (Mt 7,1-5); que tengamos pureza de intención en nuestras obras (Mt 6,1-15); que confiemos más en él que en las riquezas (Mt 6,19-33); en fin, que nos esforcemos en entrar por la puerta estrecha (Mt 7,13-27), cuando nos decía esto, digo, nos estaba abriendo su alma, nos estaba revelando *su experiencia humana de santidad,* él lo vivía así, su alma estaba invadida por esta gracia de santidad que recibía del Padre o de su misma divinidad y a la que él cooperaba con su actuación humana. Y, por lo tanto, nos estaba diciendo que, asociándonos a esa gracia de santidad que él tenía como Hombre, imitándole, él nos ofrecía la posibilidad de entrar en su misma experiencia de santidad humana, que, por otra parte, era el modo de ser de Dios, que él expresaba, repito, en su comportamiento, en sus incomparables ejemplos y doctrina de perfección. Y claro está, hermanas, que si esto lo vivimos, si entramos a participar su experiencia de santidad viviendo el Evangelio, llegaremos a conocerle, y por él, a conocer a Dios experimentalmente. Estrecharemos nuestra familiaridad o intimidad con él en la medida de como sea nuestra vivencia del Evangelio, y esto nos traerá de la mano la captación o conocimiento de su amor inmenso, que terminará en una recíproca posesión de amor. Nosotras poseeremos a Dios por la gracia, por la vivencia de su amor y santidad, y al mismo tiempo nos sentiremos poseídas por él con gozo inefable. Esto es para nosotras, hermanas, dejarnos abrazar por su derecha, por su gracia de elección, ¡que tanto bien encierra! Por tanto, no olvidemos, repito, que perder ocasiones de practicar virtudes o subir el Monte de la Concepción es alejarnos de Dios y, por lo mismo, de la posibilidad de conocerle y conocer su amor.

Pero me diréis: ¿cómo conseguir situarnos en esa experiencia de santidad del Esposo redentor, cómo subir el Monte eficaz-

mente? Hermanas, apoyándonos en él. Si no hemos conseguido avanzar en nuestra subida al Monte de la santidad, ¿no será porque no hemos puesto nuestros ojos en él, sino que nos hemos apoyado en nuestra debilidad? Y, ¿no vemos que nuestra debilidad sólo puede restarnos fuerzas para la subida, porque nos las resta para la vida virtuosa por su carencia de espiritualidad y estabilidad? ¿No vemos que el recuerdo y la experiencia que tenemos del propio pecado nos puede abrumar y hacernos creer inaccesible la subida al Monte de la santidad? ¡Sí, hermanas!, nos apoyamos en nosotras mismas siempre que no avanzamos en la santidad, y la desconfianza que genera este propio desorden en nosotras nos aleja de entrar en el alma del Esposo. ¡No sea así! ¡No nos apoyemos más en nosotras, sino en Dios, cuya bondad llega al cielo, su fidelidad hasta las nubes y su justicia —o santidad— hasta las altas cordilleras (Sal 35), y es el que nos puede vivificar y dar fuerzas para subir el Monte! Sí, apoyémonos en su amor y en su fidelidad que va de generación en generación (Sal 116), en su deseo de dársenos íntegro, de amarnos sin medida, de estrecharnos en su corazón con su «diestra» y apoyarnos él mismo en su «izquierda»; en su deseo de meternos en su alma santísima, que para eso descendió del Padre, nació, vivió y murió; en esta confianza en él hemos de apoyarnos, porque será el modo de subir al Monte, de conocerle como él quiere que le conozcamos, de amarle como él espera que le amemos.

¿Por qué no lo hacemos así? ¿Por qué no somos santas? ¡Oh, hermanas! es porque somos «pueblo de dura cerviz» (Dt 32,1-20) y no terminamos de creer en el amor que Dios nos tiene. No. No creemos que Dios nos quiere tanto, y esta ignorancia o desconfianza de su amor no nos deja acercarnos a él como él quiere que nos acerquemos. ¿Por qué no nos determinamos de una vez para siempre a creer de corazón en el amor que Dios nos tiene? ¿No vemos que esta fe sería la fuerza impulsora que nos haría entrar en la santidad de Dios y en su amor? ¿Por qué no nos creemos que la fuerza de su Amor, que es el Espíritu Santo, es nuestro? Recordémosle. Vive y se desvive por regenerar nuestra mente y por meternos en el alma de su Amado y hacernos experimentar la creencia cierta, segura, de que Dios nos ama tan verdaderamente como

nos lo dice el hecho de haber desangrado a su Hijo por demostrárnoslo. ¡Y por eso quiere que seamos santas!

¡Dios nos ama, hermanas!, Dios nos ama constante e intensamente, aunque nos cueste creerlo, aunque no lo percibamos sensiblemente. Toda la Biblia y la vida de Jesús es una revelación constante de su amor. Jeremías ya decía: «en el seno materno tú me sostenías» (Jer 1,5); siempre, estemos despiertos o dormidos, Dios vela nuestra vida: «porque nuestro guardián no duerme» (Sal 120,4). Incluso cuando pecamos Dios nos sigue amando, porque «su amor es eterno» (Sal 135) y su fidelidad para con nosotros dura por siempre (Sal 116,2), tan inmenso es su amor que «no permitirá que resbale tu pie» (Sal 120,3) si confiamos plenamente en su amor y en su providencia, aun en medio de las debilidades.

¡Oh!, hermanas, si creyésemos así que él está siempre acompañándonos, nuestro corazón se llenaría de gozo y nuestra voluntad, de fuerza para no pecar. ¿Quién nos podría apartar de Dios entonces?, ¿quién, de ser santas y captar su amor en nuestro pequeño ser? Recordemos a san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?» (Rom 8,35). Nada sería capaz. Porque «en todo vencemos por aquel que nos amó» (Rom 8,37).

Sí, hermanas, esta fe en el amor de Dios, este convencimiento de que Dios nos ama engendraría en nosotros el movimiento deseado de acercamiento a él, eficaz, duradero, por ser amoroso. Y es cuando echaríamos fuera de nosotras el pecado, el desorden, los afectos que hacen perder fuerza a nuestro amor, que nos hacen perder confianza en él e impedirnos la subida al Monte de la Concepción. Sí, hermanas, porque *creer* en el amor de Dios es ya entrar en la experiencia de santidad del Esposo y de su amor al Padre, que fue la fuerza que deificó su alma humana, y entonces, sí que gozaríamos las inefables delicias que lleva consigo la captación del amor de Dios, su conocimiento y santidad, el calor de su amor divino. Y tanto más, cuanto mayor sea el avance en la subida al Monte de la Concepción, cuanto más heroica sea la virtud practicada a impulsos de ese querer entrar en el alma del Esposo. ¡Oh, qué gozosa será entonces la experiencia de esa

«mano izquierda» divina que nos fortalece, y de esa «diestra amorosa» que nos abraza!

Para achicar dificultades pensemos que es tan grandioso e inefable el amor que Dios nos tiene, que, cuando consigamos juntarnos con él, de verdad que nuestras fuerzas humanas no podrán contener tanta felicidad, tanto gozo y alegría. Y pensemos que en la voluntad de Dios está que lleguemos a experimentarlo así, repito, en esta vida, pues que a este elevado estado de amor estamos llamadas al ser creadas con el beso de su boca. ¿Qué hacemos, pues, hermanas, que no nos abrasamos en este amor? ¿No vemos que él lo quiere, pues que nos llama a ello en la persona de la Esposa santa?

Miremos que, cuando ingresamos en el Monasterio, ya estaba Dios amándonos con este amor que hubiera sido capaz de quitarnos esta vida terrena, de puro gozo. ¡Arrojémonos ya en él, hermanas, para captarlo como es, que sólo para esto merece vivir! ¡Creamos en él, que esto vivificará nuestro ser de pecado! ¡Dejemos también los gustos caducos que nos quitan de gustar a Dios!

Y miremos, hermanas, cuán difícil es que criatura alguna sobre la tierra nos ame con el amor puro de Dios, como él nos ama. Es tan difícil que será maravilla encontrar a esa persona, como es maravilla dar con un santo de cuerpo entero, que es quien ama así. Porque incluso los padres, que son, como dicen, el mayor amor en la tierra, aman con egoísmo siempre que se oponen a la vocación de los hijos. Y esto es general, que ya vemos cuán pocos son los que no se oponen, si la vocación es de entrega a Dios.

Por tanto podemos pensar que, excepto los santos o los que tratan muy de veras de santificarse, muy pocos aman de verdad. Y aun en este caso es Dios quien ama por ellos. Sólo Dios. Porque sólo Dios es el Amor (1 Jn 4,8), por eso, sólo Dios sabe amarnos sin egoísmos, como nos lo reveló al entregarnos a su «Hijo amado».

Y con qué ternura lo hizo. Nos lo manifiesta un tantico el episodio del sacrificio de Isaac. Allí, al pedirle Yahvé a Abrahán el hijo que más quería para que se lo sacrificase, lo hace empleando las mismas palabras con las que él, más tarde, llamaría a su Hijo. Le dijo: «toma a tu "hijo", el "único", al

que tanto "amas"» (Gén 22,2). ¿No recordaría aquí el Padre el sacrificio de su Hijo divino? ¡Sin duda! Mejor sería preguntarnos: ¿no nos está abriendo sus entrañas de Padre con este episodio para revelarnos el amor tan abrumador con que nos ama, pues que él *sí* entregó de verdad a la muerte por nosotros a su «Hijo» «Único», «Amado»? (Lc 3,22). ¿Cómo no deshacernos de amor por él? ¿Cómo no creerle? ¿Cómo no responder a amor tan verdadero?

Verdaderamente que el amor es la fuerza de la vida. Fue su amor, fuerza divina, y por eso nos amó tan arrolladoramente que, como hemos visto, «no perdonó ni a su propio Hijo unigénito» (Jn 3,16). ¿No nos rendirá ahora este amor que está sobre todo y vale más que todo? ¿Que está sobre nuestro pecado? Ciertamente nuestro desorden es una realidad, pero ya hemos visto que el amor de Dios es otra realidad con mayor fuerza para extinguir nuestro pecado si creemos y confiamos en él, en su gracia. ¿No nos lo dijo él: «Fuego vine a traer a la tierra y qué voy a querer sino que arda»? (Lc 12,49).

¡Oh, hermanas!, me repito mucho, pero lo hago porque no olvido nuestra dureza y pereza espiritual. Y si no, ¿por qué no somos todos santos? ¿No es porque nos dejamos arrastrar más por la fuerza del pecado que por la del amor y santidad de Dios? No, hermanas queridas, no sea así, no. Si la experiencia de la fuerza negativa que nos atenaza nos hace creer en el pecado, el recuerdo de la muerte de Cristo ha de ayudarnos a creer en el amor de Dios. Y no sólo los dolores de Cristo y su sangre, sino también el recuerdo de los favores que de él hemos recibido a lo largo de nuestra vida nos ha de ayudar a crecer en la fe del amor de Dios. Los favores y las veces que nos ha perdonado. Y la experiencia que tenemos de que nuestros fallos son poca cosa ante él. Sí, hermanas. Si siempre que acudimos a Dios pidiéndole perdón, él deja en nuestro corazón la huella de su perdón amoroso es porque nos ama, porque su amor es siempre infinitamente mayor que nuestro pecado y, por eso, desea que compartamos su experiencia de santidad y de amor. Por tanto, hermanas, optemos por Dios, optemos por *creer* en su amor, optemos por *vivir* su amor, y veremos qué frutos más sabrosos recogemos. Si de la

justicia se dice que «quien la ama encuentra virtudes en sus trabajos» (Sab 8,7), ¿qué no se dirá del amor de Dios Fuente y Origen de toda justicia y santidad? ¿Cómo no acabará consumiendo el pecado en nosotras y metiéndonos en su misma santidad?

¡Oh, ternura inmensa del amor de Dios!, ¡cómo reconstruye al alma que cree y confía en él! Así nos lo dice por el Profeta: «Tengo un amor celoso por Jerusalén y por Sión... Me compadezco de nuevo de Jerusalén; mi casa será edificada en ella... De nuevo abundarán de bienes mis ciudades, y Yahvé... de nuevo elegirá a Jerusalén» (Zac 1,14-17).

Así nos lo recuerda también san Pablo: «En fin, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús a que progreséis todavía más en la manera de vivir que agrada a Dios... ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación: que huyáis de la impureza, que cada uno de vosotros sepa tratar santa y dignamente su propio cuerpo... Dios no nos ha llamado a la impureza, sino a vivir en la santidad. Por tanto, quien todo esto desprecia, no desprecia a un hombre, sino a Dios, el cual os da su Espíritu Santo» (1 Tes 4,1-8).

Sí, hermanas, sí. El amor es la fuerza o fuente de la vida, como exactamente hemos visto que es Dios. Él es la fuerza de la vida, tan fuerte, que produjo la existencia. Dios es así. Y con participación en su Ser nos ha creado. Y así, cuando nos falta el amor, somos como seres muertos, sin ilusión ni actividad. Por eso es tan cierto que la entrega a ese amor inmenso de Dios en castidad hace llegar nuestra existencia a su máxima plenitud, porque el móvil de nuestra vida es la misma fuerza inmensa que puso en movimiento toda la creación: el amor de Dios.

Por eso, este amor divino tiene fuerza para transformar al mayor pecador, si se deja, y para llevar nuestro amor consagrado a su plenitud, a su cumbre, siempre. Tiene fuerza para hacernos castas y limpias en nuestros primeros años de consagración, pues que encauza la fuerza de nuestro amor juvenil hacia la vivencia pura y casta del amado Redentor y Esposo, enamorándonos de él y haciendo que encontremos en él nuestra complementariedad total, la ilusión de vivir. Tiene fuerza para hacernos más castas, más limpias, más santas, más serenas en

la edad madura participando la santidad del Esposo, que nos capacita para reflejar en nuestros deseos, en nuestras palabras, en nuestras actitudes, el fuego sereno de ese nuestro amor consagrado, y transformarlo en el de nuestro Dios amado. Y tiene fuerza, en fin, para hacernos mucho más castas y hechas ascua de amor divino en la ancianidad, dotándonos con su santidad, y haciendo que manifestemos en las virtudes que él nos concede practicar la floración de nuestro amor casto, de nuestra alma virginizada, a ejemplo de María, que puede invitar a la virginidad y al amor a cuantas nos rodeen. Sí, hermanas, no cabe la frustración en quien se *entrega* y *cree* en el amor divino. No cabe, porque como es el amor el que pone en vibración todo nuestro ser, como hemos visto antes, al ser el amor de eternidad de Dios Esposo el que impulsa nuestra vida vocacionada, todo nuestro ser es elevado hacia cotas de eternidad. Por eso hemos de dejarnos arrebatar por ese amor divino, hemos de dejarnos estrechar en abrazo por esa «diestra» amorosa de modo que nos lleve a no querer saber, ni desear, ni pensar, ni vivir, si no es para este Dios amado que tanto nos quiere y enamora y quiere compartir con nosotras su Ser de santidad y Amor.

Sí. Todo nuestro ser hemos de arrodillarlo ante Dios, todo. A esto nos debe tirar la fidelidad que debemos al amor fiel de nuestro Esposo redentor y Dios. A orientar nuestras pasiones hacia los valores eternos, a encauzar la energía de nuestro cuerpo, de nuestros instintos, de nuestras apetencias y tendencias hacia la correspondencia del amor eterno y fiel del que nos ha elegido y desea nuestra amistad y amor.

Fuera naderías, por tanto, en lo espiritual y en lo material, ni afectos pueriles, ni aficiones ruines, ni vida mediocre, sino que todo nuestro hablar, desear y obrar lleve el olor inconfundible de eternidad del amor de Cristo. Así debemos ser, hermanas. A vida tan alta nos compromete el amor esponsal con nuestro Dios amado, el habernos dado la vocación del amor consagrado.

Lo accesorio debe perder para nosotras todo el valor que le dan los que no tienen anclada su vida en las cosas definitivas, perdurables, eternas, como nosotras la tenemos. Éste es el mayor bien que podemos aportar a nuestra persona, integrarnos

en Dios, donarnos a él «porque la escena de este mundo pasa» (1 Cor 7,31), repito. ¿Se puede pedir mayor grandeza, hermanas, a cambio de lo poco que dejamos? No. Porque no hay renuncia del amor, sino orientación hacia el amor definitivo. No hay egoísmo, sino abertura al amor universal, definitivo, virginal y santo.

¡Oh!, todo esto sí que es «introducirnos el Señor en su bodega» y hacernos beber de su amor, como hemos dicho, hasta quedar embriagadas de él, de modo que experimentemos cómo «su izquierda está bajo nuestra cabeza y su diestra nos estrecha en abrazo» (Cant 2,6). Es decir, que por nuestra vocación plenamente vivida, la fuerza de su espíritu filial absorba nuestra voluntad y sostenga con firmeza nuestra obediencia a «su elección» divina hasta donde él quiere llevarla, hasta su experiencia de amor y santidad.

¡Ojalá que nos dejemos abrazar por la gracia de Dios, por su amor, para que esto llegue a ser así! ¡Ojalá! porque será señal de que nos hemos soltado de las demás cosas creadas que no son para nosotras. ¡Que nuestra vida esté abrazada por Dios, por su gracia santificante, no atrapada por las cosas! ¡Que hagamos todo lo que esté en nuestras manos para que este amor con que Dios nos regala llegue a la cima de la perfección! ¡Que subamos hasta la cumbre del Monte santo de la Concepción! Esto sería, hermanas, lograr, no malograr la vocación concepcionista, sino lograr la liberación plena de todo afecto al pecado.

Este amor nuestro consagrado es el que vela el Esposo con celo santo, con celos de Dios, como dice san Pablo, «como a vírgenes castas» (2 Cor 11,2) para que no se pierda la santidad a la que estamos llamadas (2 Cor 11,3). Y por ello nos da un recinto, el Monasterio, para vivirlo. Y un ambiente que es de oración y silencio, para que respire sólo para su Amado. Y unos medios, los monásticos, para protegerlo. Por ello dice en el Cantar: «Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y las ciervas del campo, no despertéis, no turbéis a mi amor hasta que ella quiera» (Cant 2,7).

Bellísima revelación que hace el Esposo del amor que imparte desde su Iglesia a sus hijos y del que se nos da el día de la Profesión monástica. Él recibe nuestro amor al

aceptar nuestra entrega con el voto, y nos da el suyo para que lleve nuestro ser entero a la plenitud o santidad. Su amor será la fuerza de nuestro vivir, de nuestro ser y de nuestro hacer.

Por eso dice a las «hijas de Jerusalén» que no lo turben. Aplicado a nuestra realidad humana, se dirige el Esposo a las compañeras de comunidad, que tienen por misión ayudar a pacificar a la esposa de Cristo con sus ejemplos, con sus palabras, según vimos en el capítulo de la «Conversión», y a la Abadesa y otros Superiores o ministros suyos, que deben velar por la paz y quietud del Monasterio, para que nada ni nadie la turbe.

En esto Dios es muy celoso y quiere que lo seamos todos, pues puede ser muy grande el mal que se derive para la Esposa si ve malos ejemplos; para la Comunidad, si la Abadesa no sabe guardar el ambiente pacificador y pacificante del Monasterio con sus ejemplos y sus sanas enseñanzas. O para todo el Monasterio si no llegan sanas doctrinas del exterior al mismo Monasterio. Y nos conviene no olvidar al respecto la voz del Esposo que se levanta celosa del amor de su esposa dirigiéndose a cuantos turben su amor: «Vivo yo, dice el Señor Yahvé, que por haber sido mi rebaño expuesto al pillaje y mis ovejas pasto de todas las fieras del campo... por no haber cuidado mis pastores mi ganado... por eso, escuchad, pastores, la palabra de Yahvé: Aquí estoy yo contra los pastores reclamando mi rebaño de sus manos...» (Ez 34,7-10).

Tan grande es la responsabilidad de los llamados a vigilar y servir la paz, la santidad y el orden del Monasterio. Fijémonos en los ejemplos que nos trae la Biblia. Sólo el pecado de dos sacerdotes fue causa del mal, no sólo de su casa, sino de todo Israel (1 Sam 3,11-21; 4,1-22). Es que los pecados de los consagrados tienen gran repercusión en la sociedad.

Sí, hermanas. El pecado de los dirigentes es causa de ruina para el pueblo. Ahora es por el pecado de Salomón, que se divide el reino de Israel según Dios anuncia (1 Re 12,1-24), y es causa de inmensos pecados (1 Reyes desde el capítulo 25 hasta el final del 2.º libro de los Reyes). Todos idolatraron y vino la decadencia del reino. El engendrador de tanto mal fue

Salomón. En cambio, gracias a la fidelidad de David, a pesar de sus debilidades, vino la prosperidad al pueblo (1 Sam 16 hasta el final también del segundo libro de Samuel y capítulos 1 y 2,1-11 del primer libro de los Reyes).

Y es grandemente impresionante y revelador para la fidelidad común el ejemplo de 2 Sam 15,15. Verdaderamente que lo que levanta grandes reinos y grandes empresas es la fidelidad. Incluso David necesitó verse rodeado de personas fieles. ¿Qué hubiera hecho él solo?; pues menos que nada. Igual puede sucederle a la Abadesa del Monasterio. Necesita la fidelidad de todas las hermanas para hacer esa comunidad pacificada, rebosando fidelidad al Esposo, que sepa guardar el ambiente pacificador, no turbador del amor de la esposa de Cristo.

Es que es muy importante, hermanas, la ascensión del amor consagrado de la concepcionista. Es muy importante que crezca hasta que alcance las profundidades de Dios, porque con ello logrará muchos bienes para la Iglesia. Vuelvo a decir, porque es la Iglesia la que se eleva en ella. Y tanto es así, que conjura por las gacelas y las ciervas del campo, símiles bíblicos, los más elevados para cantar la belleza y el amor del Esposo, que no turben el amor de su esposa. A esta altura eleva el amor que dejó él en el corazón de la concepcionista. ¡Cómo no! Si es su amor mismo, repito, el que le dio el día de su entrega. ¡Su mismo amor! que la esposa debe anidar amorosamente en su corazón.

Por eso también a la esposa, a la concepcionista, se le exige discreción para huir de cuanto enfríe y turbe su amor: amistades, doctrinas, tendencias que mermen la gracia que su Esposo le legó. Así se lo advierte él: «no asientas a su palabra, ni le escuches, ni tenga tu ojo piedad de él...» (Dt 13,7-19). Nada que no coincida con su entrega virginal debe admitir la concepcionista en su corazón. Porque no hemos de olvidar, hermanas, que, aunque el amor de Dios es más fuerte que nuestro pecado, es también cierto que nuestra tendencia al desorden es más fuerte que a la virtud. Salvo excepciones ya en la cumbre del Monte Santo, la imperfección nos arrastra mientras que la fuerza de nuestra virtud es débil. Pues miremos que, si esta fuerza se encuentra apoyada por un elemento

externo como es la amistad insana, o la persuasión imperfecta, o el mal ejemplo, nos inclinamos hacia ahí, sin darnos cuenta. Y ya nos pondrá Satanás razones de bien para que caigamos y nos enfriemos o descendamos del amor divino.

Solamente podremos vernos libres de esta fragilidad nuestra en las últimas ascensiones, como dije antes; en las últimas escaladas de la santidad, y aun ahí, hay que ser prudentes y muy discretas, porque nos veremos libres, no porque podamos estar en el fuego sin quemarnos, sino porque conozcamos ya al Esposo, y qué es virtud, y estemos muy arrimadas a su amor, detectando y aborreciendo todo lo que es contrario a él y pueda turbar o despertarnos de esa embriaguez divina que es fecundidad para la Iglesia.

Sí, hermanas, el Esposo redentor quiere que seamos vírgenes prudentes que velen con amor su Amor divino (Mt 25,1-13). Nos quiere maduras, maduras en la discreción para saber formar juicio y arbitrar el propio comportamiento desprendiéndonos del mal y adhiriéndonos al bien. Nos quiere maduras en el amor y en la opción hecha por él. De lo contrario seríamos indignas de tal Esposo, no sólo por nuestra indignidad intrínseca, sino por nuestra poca calidad personal. Y bastante mal es éste, hermanas, porque supondría que, en la práctica, rebajaríamos en nuestra jerarquización de valores el inmenso mérito del Esposo, único capaz de darnos plenitud, al anteponer a él el afán por otras cosas falsas, agarrándonos a ellas, haciéndonos por ello traidoras a la confianza que él puso en nosotras «llamándonos» a compartir su divino amor, que vela él con tanto celo.

Si a las almas perfectas puede pasar esto, ¿cuánto más pasará a las principiantes que sentimos con fuerza la seducción de lo fácil, sin conocer aún bien las delicias de la fidelidad al amor del Esposo? Hemos de apartarnos de todo lo que no nos acerque positivamente a Dios. De todo lo que no sea virtud o perfección. Esto es tomarnos en serio a Dios y la vocación que nos ha dado y a la que hemos respondido con tanto dolor, quizá, por parte de la familia. Tomárnoslo en serio, ni más ni menos que como lo toma Dios. Que, si coincidimos en esto con él, hermanas, lo tenemos todo hecho, porque por ahí comenzará la fidelidad que no terminará.

Todo esto nos exige la grandiosa vocación de vivir el amor divino desde la realidad esponsal que él proclama y tan cariñosamente vela, convencidas de que le dolerá más la más pequeña falta deliberada que contra su amor de Esposo cometamos, que los grandes errores y fallos de los hermanos de fuera del Monasterio, porque a nosotras se nos ha dado más, y la infidelidad es mayor, por eso se nos exige más amor, más atención, al que tanta tiene puesta en la correspondencia al suyo, Cristo, nuestro Esposo verdadero.

Que así, hermanas, llevaremos siempre ante los ojos, en el corazón y en nuestros oídos, la figura y la voz del Esposo que nos dice: «Anda en mi presencia y sé perfecta» (Gén 17,3). Sí, hermanas, que esto es preferirle a él a todas las cosas y voces del mundo, no dejándonos arrastrar por ellas, sino por el Amado, pues necesitamos acercarnos a él. Necesitamos vivir ese embriagamiento de amor por él, que, por defenderlo, vemos que conjuró a las doncellas de Jerusalén, para que no nos despertasen de él. Porque esto nos va dando el estilo, el rango de Cristo, su modo de ser, su categoría de santidad, su fidelidad y modo de amar.

Y así, sí que sabremos distinguir la voz del Esposo con el gozo que lo celebra la Esposa en el Cantar. Oigamos qué dice: «Una voz... ¡Es mi amado! He aquí que llega saltando por los montes, brincando por los collados. Semejante es mi amado a una gacela, a un ágil cervatillo» (Cant 2,8-9). «Una voz», dice. ¡Cómo conoce al Amado el alma fiel! No es una voz cualquiera. Es la voz de Dios que habla sólo de santidad y de amor. Y hemos de reconocerla en cuantos acontecimientos él nos hable de superación, de sacrificio, de entrega a él, en toda palabra suya que nos hace vivir para él. En todo ello, como esposa enamorada que sólo sabe pensar en el Esposo, digamos: ¡Es mi amado!, ¡es Dios!

Y miremos que dice: «viene saltando por los montes, brincando por los collados». ¿No serán los montes elevados, los collados que logramos recorrer en el capítulo de la «Conversión»? También entonces fue una «voz que clamaba en el desierto» de nuestra alma, la que enderezó los malos caminos que llevábamos. Ahora, después de consagrarnos por el voto de castidad, esta voz divina: «Sé perfecta» quiere elevarnos

hasta su Monte Santo, Monte de la Concepción donde él y su Madre Inmaculada habitan, por eso alza su voz llamándonos a él.

Es su amor, la alegría de su amor esponsal, significado por la expresión: «brincando» que tan adecuadamente expresa la actividad del amor, su dinamismo siempre ágil, ferviente, como enamorado que está, el cual, celebrando nuestra primera conversión, se acerca a nosotras «brincando» con júbilo, manifestando en ello su gozo porque somos suyas, se acerca, digo, para estimularnos a subir el Monte de la santidad, el de la Concepción. Nos busca, nos llama con su voz: «Sé perfecta», queriendo que esta voz suya encuentre cabida ancha en nuestro corazón, en el que quiere escuchar su eco, el eco de su voz. Quiere llenar nuestra vida con su presencia, y por eso nos ha dicho también: «anda en mi presencia». Así nos corteja con alegría y bondad, así nos pide nuestro amor para juntarlo con el suyo.

Hermanas, respondamos a ese amor ardiente y casto con las mismas palabras que el Espíritu pone en nuestros labios y como expresión del deseo de santidad que despierta en nuestro corazón su voz amorosa: «Como la cierva anhela las corrientes de agua, así mi alma te busca y desea a ti, Dios mío» (Sal 41,2). Sí, Señor, así te deseamos, digámosle, hermanas, y así deseamos vivir en «tus moradas» que es el Monasterio, para responder a tu voz.

Así de enamoradas de Dios hemos de vivir y vaciadas de lo transitorio y efímero, apegadas sólo a la belleza divina, que ésta es nuestra vocación. Y miremos, hermanas queridas, que así nos lo quiere dar a entender Dios. Miremos que hablar del Cantar de los Cantares que es el que con más propiedad de todos los textos bíblicos expresa la vocación al amor, es hablar de belleza, de amor, de alegría. Es que vivirla es llenarnos de ellas. Y es lo que quiere el Esposo como buen enamorado; quiere llenar nuestra vida de belleza, de alegría, de amor, porque esto es llenarla de Dios, de él, donde «no hay penas, ni llanto, ni luto» (Ap 21,4) sino Vida, Luz, Amor (Jn 1,4; 1 Jn 4,16). Pues si tal es nuestro Esposo, ¿cómo hemos de andar nosotras por el Monasterio? ¡henchidas de gozo, de alegría y de amor!

¿No vemos cómo el Espíritu por boca de la Esposa semeja al Esposo a una gacela, mamífero rumiante de gentil figura, que evoca poesía y belleza con sus cuernos, cuyas puntas hacia adelante semejan una lira, y que es muy celebrada por la belleza de sus ojos? ¿Cómo no vamos a buscar y anhelar el rostro de este Dios que quiere herir así nuestro corazón a fuerza de amor y belleza? ¿Qué nos parecerá mucho por tener su compañía? ¡Oh, Dios mío!, digámosle con espíritu enamorado: «Tiene mi alma sed de ti, ¡oh Dios vivo!, ¿cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?» (Sal 41,3).

Y miremos que también lo compara a un ágil «cervatillo», ciervo menor de seis meses. ¿No nos recuerda aquí el Esposo su espíritu filial, el que nos trajo desde el seno del Padre «saltando por los montes» «a través del desierto» del despojo de su Ser divino, «al monte de la hija de Sión», al seno de María, su Madre Inmaculada para, «obediente hasta la cruz», morir por nuestro amor? (Flp 2,8). ¿Cabe mayor amor y mayor delicia para nuestro corazón? ¿Cabe mayor razón para nuestro amor?

¿No nos está enseñando esta representación bíblica a saltar también nosotras todas las dificultades que se opongan al seguimiento muy cercano de este Esposo enamorado en consecución de la santidad? ¿Y a hacerlo por y con amor, que es la fuerza que suaviza dificultades? ¿No nos lo dice en ese saltar collados que representan alturas suaves, y a brincos, o con movimientos que se hacen levantando los pies del suelo con prisa? ¿No quiere decirnos, con esto, que llegar donde está el Amado, saltar, brincar como él es para nosotras despegarnos con ligereza de la tierra, de las cosas y dificultades, de los gustos y apegos que se oponen a nuestra unión con él?

¡Oh, sí, hermanas! Esto es oír su voz, esto es seguirle, seguirle con su espíritu filial, que nos aporta agilidad, alegría, suavidad en el camino de la santidad. Esto es vivir en su presencia y llenarnos de su amor; llenarnos de ese espíritu de adoración que es la expresión máxima del amor y que nos hace vivir de rodillas esa su presencia amorosa. Sí, hermanas, ésta debería ser nuestra actitud en su presencia: estar de rodillas, hacer las cosas de rodillas en su presencia. Esto sería lograr la pureza, la virginidad de alma que nos pide nuestra espiri-

tualidad en todas nuestras obras y deseos. Y si no podemos hacerlo externamente siempre, sí debemos, porque podemos, poner de rodillas nuestro corazón en su presencia, y así hacer las cosas ante el Señor, en esta actitud de adoración amorosa, virginal.

¡Oh, hermanas!, oigamos la voz del Esposo que nos pide «vivir en su presencia», que nos pide «ser perfectas». Oigámosla, prestemos la atención que le presta la Esposa. Miremos cuánto desea él que la escuchemos, que la rumiemos en nuestro corazón, que nos dejemos amar con ese «amor eterno con que nos ama» (Jer 31,3), que eso es la santidad. Si no, ¿qué quieren decirnos las palabras siguientes del Cantar: «Vedlo ya aquí apostado detrás de nuestro cercado. Mira por las ventanas, espía por las celosías»? (Cant 2,9).

¡Hermanas! está tan claro... Ciertamente, Dios y nosotros, los hombres, somos dos realidades distintas. Pero dos realidades que caminan juntas. Que no puede existir una sin la Otra. Que una está hecha a imagen y semejanza de la Otra. Que Una lleva tatuada en su mano a la otra (Is 49,16). Sí, hermanas, Dios es nuestro Creador, es nuestro Padre, es nuestro Redentor, que por nuestro rescate no sólo entrega a pueblos y a hombres (Is 43,1-4), sino que entrega su vida y la pierde (Jn 10,18). Es quien sostiene nuestra vida, el que nos formó desde el seno materno, el que nos socorre, el que nos ha elegido (Is 44,1-2), el que nos lleva sobre sus brazos y nos atrae a él con lazos de amor y bondad, que se inclina hacia nosotras para darnos de comer, que nos enseña a caminar; a quien se le estremecen las entrañas de ternura por nosotras (Os 11,1-8) y nos dice que valemos mucho a sus ojos, que somos preciosas y que nos ama (Is 43,4), que nos quiere con amor eterno (Is 54,8). Entonces, hermanas, ¿verdad que comprendéis ahora lo que os dije antes, que nuestro divino Esposo quiere que entremos en su experiencia de santidad y de amor, pues que, para que con más certeza lo creamos, se nos presenta ahora «apostado en nuestro cercado», en nuestro corazón, deseando entrar en él para vivir y amar con nosotras? Quiere que nos demos cuenta de ello para que no caigamos en la tentación de vivir nuestra consagración a él con independencia de él; quiere que entendamos que él desea y necesita que contemos

más con él en nuestra actividad y decisiones, en el ejercicio de la virtud, en la respuesta a nuestra elección. Así como debemos vivir la dependencia del Padre respecto de nuestra obediencia, según vimos en el capítulo anterior, así él quiere que vivamos nuestro amor con él en una dependencia o relación de intimidad total. Por eso se nos representa «apostado detrás de nuestro cercado, mirando por las ventanas», deseando entrar en nuestro interior, santificarnos.

Y miremos que antes nos ha dicho que ha venido con alegría «brincando por los collados» en busca de la esposa. ¿No habrán sido nuestras aficiones y defectos los que lo han detenido y no le han dejado entrar en nuestra casa, en nuestro corazón? ¡Viene, porque no hemos ido a él! ¡Oh, sí, que esos apegos no renunciados han sido suficientes para no entrar en él, para no ir tras de su amor y santidad! Pero, como nos quiere tanto, se ha quedado apostado detrás de nuestro cercado, esperando que le llamemos para que nos ayude a entrar en su corazón, porque él quiere vivir con nosotras su amor divino. Lo necesita su amor redentor.

He dicho que él lo necesita. Sí, hermanas, él lo necesita porque nos quiere. Y sabe que necesitamos regenerar nuestro amor y nuestra mente, y sabe que sólo puede sanarnos él. Por eso no quiere que caigamos en la tentación de prescindir de él para casi todo lo que hacemos. ¡No! No, hermanas, el amor hemos de vivirlo entre los dos. Por eso nos dice que penetra con su mirada nuestra vida. Es que quiere transformarla, deificarla, unirla a la suya. ¡Nos quiere tanto! ¡Oh, sí! «él es un Dios celoso» (Éx 20,5), «El Santo y Fiel» (Os 12,1), y, porque le hemos entregado nuestro amor, aquí le tenemos, que viene a responder a este amor, viene a «tomarnos» para que hagamos de él nuestra razón de vivir. ¿Cómo no va a querer que contemos con él en todas nuestras decisiones, si a veces las tomamos tan amargas para él como es dejar el camino de nuestra consagración a él? Y si no llegamos a tanto, preguntémonos: ¿cómo va nuestro contacto con él, nuestra oración?, ¿cómo nuestras aficiones?, ¿dónde está nuestro corazón?, ¿dónde nuestros sentidos?, ¿en él o en las cosas y preocupaciones?

¡No, hermanas!, no fue ésta la elección que hicimos de él, no fue éste el contrato de nuestra consagración. ¡No! Toda

esta realidad nuestra la tenemos que vivir con él, porque él tiene que ir quitando de nuestra vida, repito, todo lo que nos disminuye. Por eso está «apostado» en nuestro cercado, porque quiere abrirnos una senda luminosa para nuestra fidelidad. Él quiere. Nos lo está diciendo. Si no lo consigue es por nuestra infidelidad. Repito. Por nuestra poca calidad humana. ¿Cómo es posible que nos cueste tanto integrarnos en su realidad divina, en su amor? ¿Es que las cosas, los pasatiempos, nos dan más felicidad que él? Si estuviésemos acostumbradas a contar con él en todo, veríamos que no. Porque él es la plenitud en todo y de todos, y nos lo haría experimentar. Experimentaríamos la libertad, la verdadera libertad frente a las cosas y los acontecimientos. Porque los reviviríamos desde la realidad de Dios, serena, pacificante, redentora, plenificante.

Éste es el fruto o fin de la «llamada» y de nuestra opción por él, que es la libertad o liberación del peso de nuestra realidad no redimida. Si cuando dijimos a Dios que al descubrir nuestra «elección» divina nos sentimos libres, fue porque nuestro amor comenzó a liberarse.

¡Dios sabe lo que dice en la Sagrada Escritura y lo que hace con las almas! Sí, hermanas. Descubrir esta realidad, conocerla, experimentarla, vivirla es encauzarse, libres, hacia la santidad, hacia la plenitud; porque es encauzarse hacia el Esposo, hacia la perfección o unión del amor. ¡Dios nos hizo capaces de esta grandeza, hermanas queridas, y libres para realizarla! ¡Qué grandeza y qué libertad: *nuestra deificación!*

Lo digo, o digo esto, hermanas, porque parece que «ese estar apostado el Esposo en nuestro cercado, mirando por las ventanas, espiando por las celosías» queriendo decirnos que vivamos con obras nuestra «dependencia» de él, digo que parecería esto reducción de libertad o infantilismo espiritual o personal y, como hemos visto, ¡es todo lo contrario!, es ¡madurez, liberación de toda afición, es plenitud, es integrarse en Dios!, ¡es ser santas!

¡Oh, hermanas!, dejemos que el Esposo mire por nuestras celosías, mejor, que entre dentro y nos junte con su santidad divina, para que, por la vivencia del Evangelio, él pueda habitarnos junto con el Padre y el divino Espíritu. Sí, que haga de nosotras morada de la Divinidad, como nos dijo él

(Jn 14,23). Que nos habite, que sus divinos ojos observen cómo va nuestra actividad y que su luz santísima penetre nuestra conciencia para hacerla diáfana, según el espíritu evangélico, a fin de que seamos transparencia de él, de su «madurez», de su «sentido divino», de su fidelidad, de su paz y de su amor.

Es lo que el Espíritu divino ha buscado con *su acción* o beso divino, queriendo subir a nuestro comportamiento la santidad de su Amado, de Jesús, que ocultaba en nuestro interior el propio desorden, queriendo así premiar nuestro amor consagrado con la posesión plena del amor, que es la inhabitación de la divina Trinidad en nuestra alma. Sí, hermanas, el divino Espíritu quiere hacer que crezca Cristo en el amor de la esposa, de la ferviente concepcionista, y por ello nos lo presenta apostado en «nuestro cercado», cerca de nuestro corazón, invitándonos con ello a que nos dejemos besar por el beso de su Boca divina, para que nos conforme con su imagen santa en nuestra conducta evangélica, a fin de que el Padre y él, y el mismo Espíritu, habiten en nuestro interior, hagan su morada perpetua, amorosa, en nuestro corazón. ¿Cómo no abrirle a este Esposo adorable?, ¿cómo no decirle que deje ya de estar apostado fuera de nuestro corazón, sino que se adueñe de él para siempre, estable y definitivamente?

Sí, hermanas, y para prepararle digna estancia en nuestro interior y pues que san Pablo nos dice a los cristianos que somos templos de Dios (1 Cor 3,16), vamos a embellecer con primores de amor nuestro corazón para que sea morada de amor y santidad donde habiten el Padre con él y el divino y Amante Santificador. Y la vamos a hacer inspirándonos en el templo que le edificó Salomón, pues no queremos salirnos de su divina Palabra para nada, ya que ella nos expresa sus deseos. Así conseguiremos que le complazca esta morada nuestra.

Dice el texto sagrado que «en la construcción del templo se emplearon piedras entalladas en la misma cantera, de suerte que, mientras se construía el edificio, no se oyó golpe de martillo, de hacha u otro cualquier instrumento de hierro en el templo» (1 Re 6,7).

Aquí se nos pide, hermanas, a nosotras y a todo cristiano que desee ser habitado por Dios, el silencio y soledad necesaria

para acogerle, escucharle, amarle y vivir su presencia adorable. Que estas virtudes son las que, nosotras entendemos, pueden ser las piedras ya entalladas. Nos pide, el divino Espíritu pues, que mantengamos en pie las dos celditas del fruto de la alheña que vimos antes, para que desde ellas la adorable Trinidad presida la construcción y embellecimiento de su morada a su gusto. No se va a oír, en su construcción, más voz que la suya, la que escuchamos antes cuando nos dijo: «anda en mi presencia y sé perfecta» (Gén 17,1).

Desde la celdita interna, pues, el Esposo redentor y cada corazón amante, cada una de nosotras, que somos las dos semillitas del fruto de la alheña, vamos a comenzar en silencio y soledad el embellecimiento de este templo de amor, que somos nosotras.

Y comenzamos haciendo las dos columnas que Salomón colocó delante del vestíbulo del templo. Dice así el texto: «Modeló dos columnas de bronce; la primera columna tenía dieciocho codos y su espesor era de cuatro dedos estando por dentro vacía. Igual era la segunda columna. Hizo también dos capiteles de bronce fundido, para ponerlos sobre las columnas, ambos de cinco codos de altura. Y para los capiteles de encima de las columnas fabricó retículas en trenzado a manera de cadenas, una para cada capitel. Y los capiteles de sobre la columna estaban hechos en forma de una flor de loto, de cuatro codos. También junto al brocel superior, que estaba bajo la red, llevaban doscientas granadas en hileras todo alrededor de ambos capiteles» (1 Re 7,15-20).

Estas dos columnas de bronce tan grandiosas, unos once metros de altura, colocó Salomón a la entrada del templo y las llamó a una «Jaquin» y a la de la izquierda, «Boaz», es decir, «fuerza» y «gloria» (1 Re 7,21). Columnas que daban acceso a la morada de Dios.

Nosotras llamamos a estas dos columnas espirituales que inician y dan acceso en nuestro corazón al santuario que levantamos a nuestro Dios amado: «elección» y «fidelidad». *«Elección»,* por parte de Dios, que es la *fuerza* amorosa de Dios mismo puesta en nuestra vida, que le da sentido y forma. Y *«fidelidad»* por parte nuestra, que opta por Dios responsablemente en respuesta a su elección, dando eficacia, *fuerza* diríamos,

a esta gracia divina que se convierte en *«gloria»* para Dios y en *«fuerza»* para su Iglesia. Y así, en la construcción de este templo, como en el de Salomón, están unidas las dos fuerzas, la divina, eligiendo, «dando» a sus hijos lo mismo que luego hemos de darle, su gracia divina fructificada por nuestra cooperación. Y está nuestra fuerza de amor respondiendo, levantando el santuario a su «gloria».

Eran de bronce las columnas y vacías por dentro, que significa la solidez de la gracia de «elección» por parte de Dios, representada en el bronce, y el vacío necesario, por parte nuestra, para poder responder con eficacia a esa gracia divina, simbolizada en el vacío de las columnas. Hemos de vaciarnos de todo lo que sea propiedad nuestra para que la «fuerza» de Dios nos llene. Y así construiremos estas columnas y todo el templo. Por fuera, la «fuerza» de Dios, que es la vocación con la que nos agracia y está patente a todos, y por dentro, el vacío que hemos de hacer, que nos recuerda al propio tiempo lo que somos, «nada» y «vacío», que es lo que ha quedado de ese «algo» y «pecado» que hemos echado fuera de nosotras. Así, vacías de todo, para que nos llene la belleza y consistencia divina.

Estaban coronadas estas columnas por capiteles, adornados con guirnaldas de flores y granadas hasta doscientas. Flores y frutos. Que significan todas las gracias que, para nosotras y para la Iglesia, se derivan de la inicial gracia de «elección» y nuestra «fidelidad». Flores y frutos espirituales que se inician ya con nuestra respuesta generosa, con el ejemplo que damos al mundo dejándolo todo para seguir a quien es más que toda la creación, Cristo; y los frutos espirituales de paz, libertad y gozo espiritual que nuestra alma percibe de ello, de dejarlo todo por el reino de los cielos, como el Esposo redentor mismo nos dice: «En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido... recibiréis el céntuplo y heredaréis la vida eterna» (Mt 19,27-29).

¿No os parece, hermanas, que la granada, con sus múltiples granos dulces arracimados dentro de la corteza globosa del fruto, representa graciosamente la multitud de gracias que lleva consigo toda elección divina que en los principios están como en embrión, encerrados sí, dentro de nuestra alma, pero espe-

rando nuestra cooperación para abrirse y darse en jugosos frutos en beneficio de toda la Iglesia? Eran 400 granadas las que coronaban y adornaban las dos columnas. ¡Oh!, ¡qué riqueza de gracias del cielo encierra una vocación bien vivida!

Riqueza que vamos a ver en la construcción del templo espiritual. Veamos. Salomón «ordenó que se trajesen piedras grandes, piedras costosas, para cimentar el edificio con piedras sillares» (1 Re 5,31). Hermanas, ¿qué mejor cimentación y qué más fuertes alzados para el templo de nuestro Dios, que una participación intensa en el espíritu filial de Jesús? Sí, toda obediencia son esas piedras costosas y grandes que cimentaron y levantaron el majestuoso templo de Salomón y que levantarán el nuestro, no menos grandioso, sino más suntuoso, pues que lo hacemos con la virtud regia del Verbo de la Vida, la virtud que nos devuelve nuestro *ser* en el Hijo, la virtud que hizo vivir Hijo a Dios y ser hijo de Dios al hombre, que es la virtud de la obediencia. Virtud que nos hace libres, como Dios nos creó, pues que nos libera de la esclavitud que generó en nosotras la independencia desordenada de Dios. ¿Cabe más fuerza que la de esta virtud que retornó al Padre toda la creación y la santificó?

Así, con estas piedras espirituales, piedras costosas, pues que sabemos que la obediencia arranca de nuestro corazón buena dosis de fe y de amor, con estas piedras digo, tan amadas y preferidas de nuestro Esposo redentor, vamos a cimentar y levantar la morada que él va a ocupar tan gustosamente en nuestro corazón. Tan gustosamente digo, porque va a estar como en su propia casa, pues que son virtudes tan suyas las que van a hacer morada a su divinidad.

Obediencia que, como dijimos en el capítulo anterior, se unifica con la mansedumbre, la sencillez, la sinceridad, la diligencia, la fe; con el amor, la paz y el orden. Es, pues, éste el material que empleamos para la construcción del templo y que tanta firmeza, consistencia y estabilidad le dará. «Gloria» y ventaja todas ellas de la obediencia que lo cimenta y levanta. «Fuerza» espiritual que lo ennoblece. Virtudes que hemos de tener con nuestra obediencia, para labrar el santuario deseado a nuestro Esposo redentor.

Con este material, con estas piedras sillares costosas forjadas, labradas en nuestro corazón en silencio y soledad, además de la cimentación construiremos primero «el vestíbulo de delante del santuario» (1 Re 6,3). Aquí ponemos el esfuerzo que requiere mantener una conciencia limpia de culpa, de imperfección en la observancia del Evangelio y de nuestra disciplina monástica (al margen de lo que podamos conseguir poniendo todo el esfuerzo posible). Porque desde este vestíbulo hacia dentro no puede entrar ningún vicio o pecado, nada manchado, según se nos dice en el Apocalipsis: «Bienaventurados los que lavan sus vestidos para tener derecho al árbol de la vida y a *entrar* en la ciudad *por las puertas»* (Ap 22,14), que reflexionábamos en el capítulo de la creación.

Este temor amoroso de perder el bien que amamos por no frenar nuestras tendencias, lo ponemos en activo con la virtud de la obediencia, virtud redentora de nuestro Dios que nos lleva a la templanza, a la sobriedad en los gustos y apetencias que nos separan del Evangelio y de nuestra observancia monástica. Que nos desprende de los falsos deleites que Satanás nos pone en hacer lo prohibido en esos momentos en que el toque del acto común nos llama o la gracia divina nos reclama; y nos guarda, en cambio, puro e íntegro el corazón para nuestro amado Dios. «El vencedor heredará estas cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo» (Ap 21,7). Sí, hermanas, nuestro corazón obediente será el «hijo» que le construye la morada a su Padre. Y así levantamos el vestíbulo del templo.

Después comenzamos a levantar las paredes del templo o «lugar santo», también con piedras sillares, es decir, con nuestra obediencia, como hemos dicho. Este «lugar santo» *era* donde se quemaban los perfumes, el incienso y se colocaban los panes. Y *es,* hermanas, donde se inmola toda vida humana de la mañana a la noche por la obediencia. En este «lugar santo», por la obediencia, se elevan diariamente desde nuestro corazón al corazón del Esposo redentor los perfumes de nuestra adhesión a él, de nuestra alabanza, el incienso de nuestra oración. Y desde ahí le ofrecemos los panes de nuestra vida inmolada, que es el espíritu de sacrificio con el que hemos de vivir la jornada del día, nuestro amor y vida consagrada.

Es, pues, con la obediencia y su cortejo de virtudes que hemos enumerado: observancia evangélica y monástica, espíritu de sacrificio, orden, paz, diligencia y sinceridad, con lo que levantamos las paredes del «lugar santo» o templo del Señor en nuestro corazón.

Ya tenemos levantadas las columnas, el vestíbulo construido y el «lugar santo». Después sigue la Biblia: «Así que ultimó Salomón la fábrica del templo, recubrió las paredes interiores del edificio con planchas de cedro, desde el pavimento del templo hasta las vigas del techo, revistiendo así de madera todo el interior; y el suelo del templo lo revistió con planchas de ciprés. También recubrió los veinte codos de la parte posterior del templo con planchas de cedro, desde el suelo hasta las vigas, y destinó el interior para el Santísimo... De cedro era todo el interior del edificio» (1 Re 6,14-18).

En la madera de cedro que recubría todo el templo del Señor y el pavimento, podemos ver significada la virtud de la humildad, por las cualidades peculiares de esta madera, análogas a las de esta virtud, pues que la madera de cedro es rojiza, algo quebradiza, aromática y casi incorruptible. Es rojiza. Y fijémonos que está recubriendo las piedras, que son la virtud de la obediencia. ¿No vemos en ello significada la estrecha conexión que hay entre obediencia y humildad pues que no puede darse obediencia sin humildad ni humildad sin espíritu de obediencia? Por eso es rojiza. Por el sacrificio que esto conlleva.

Es, además, algo quebradiza. Así de delicada es la humildad, porque ¿quién la tendrá firme y entera siempre? ¿Quién reconocerá en su mente, en su corazón y en su conducta el lugar que le corresponde delante de Dios por sus pecados? ¿Quién de nosotras, hermanas, nos complacemos en ocupar el lugar que nos exige nuestra conciencia de pecadoras? ¿Quién de nosotras mantiene siempre viva en el corazón la conciencia de lo quebradiza que es nuestra voluntad ante lo pecaminoso y, consecuentemente, huimos de las ocasiones de pecado o imperfección que nos sacan del mundo de la santidad en el que hemos de vivir para ser enteramente de Dios?

¿Quién acepta gustosa que las propias limitaciones sean conocidas por los demás, y, en cambio, huye de la singularidad,

de las alabanzas por sus obras, por sus dotes y capacidades? ¿Quién acepta con alegría la corrección de sus fallos porque los reconoce ante Dios y los demás, y porque ama a Dios más que a sí misma se goza en ser corregida como medio de conocerse y enmendarse? ¿Quién devuelve bien por mal, según la amonestación del Apóstol, sonrisas por injurias, amor por desprecios, atenciones por descortesías? ¿Quién, en fin, disculpa siempre los defectos de los demás? ¡Es de verdad quebradiza, fácilmente quebradiza la virtud de la humildad, pero como Dios mira nuestro corazón, os vuelvo a decir, no lo que consigamos sino lo que nos esforcemos, y, como sin la virtud de la humildad no podremos construir el santuario a nuestro Dios, hermanas mías, vamos a esforzarnos por practicarla, pues que así ha de ser, ya que Salomón, aunque conocía las cualidades delicadas de esta madera, no dejó de ponerla en el templo por su belleza y calidad. Así, como es la humildad.

Porque es quebradiza la humildad en cuanto a nuestra voluntad en vivirla, pero es incorruptible en sí misma. Es una virtud que tiene pervivencia eterna. Sólo en el cielo la poseeremos en grado perfecto junto con la caridad. Porque esta virtud de la humildad junto con la caridad expresan el constitutivo y la actividad del hombre: el reconocimiento de su Fuente, por una parte, que es Dios, y esto es humildad, y el desenlace en su Fin también Dios, que es el Amor, es decir, la caridad, por otra.

Porque allí, en el cielo, sí que conoceremos y reconoceremos *en plenitud,* que sólo Dios es santo, y nosotros nada sin él. Allí, delante de la majestad y santidad de Dios reconoceremos que no merecemos ocupar el sitio que, por la misericordia de Dios, ocuparemos, sino estar lejos de él por los pecados e infidelidades hechas a un Dios tan bueno y amoroso, a una Santidad tan soberana y pura, a una belleza increada tan inefable que hemos intentado manchar con nuestro pecado.

Será tan diáfano y tan claro el conocimiento que tengamos de nuestro antiguo ser de pecado y de lo poco que hicimos por limpiarnos de él, cuanta sea la luz de Dios que se reflejará en nuestra alma, su belleza en la nuestra, su santidad en la nuestra tan pequeña que, si pudiera ser allí, nos avergonzaríamos al ver tan clara nuestra propia ruindad y el tiempo que

perdimos en no ocuparnos de limpiarnos del pecado, de no desprendernos de tanta vanagloria, soberbia y orgullo vano; de no aprovecharnos de la redención del Esposo, ni de lavarnos en su sangre divina, no frecuentando con ansia y devoción y deseo sincero de conversión el Sacramento del perdón, la Confesión.

¡Oh!, ¡cuánto entenderemos allí todo lo que nos ha perdonado el Señor, lo que nos ha disculpado y sufrido, diría soportado, cuando nos creíamos buenas y no lo éramos en su presencia; cuando nos gustaba y buscábamos aparecer buenas ante las demás; cuando permitíamos con complacencia que nos alabasen y sirviesen; cuando hacíamos tan poco caso de las llamadas divinas a la conversión por medio de acontecimientos, enfermedades, incomprensiones, correcciones, etc., que él permitía en nuestra vida! ¡Oh!, cuando veamos esa pureza y santidad tan inmaculada y pura de Cristo tan torpemente tratada en nuestro corazón al recibirle sacramentado. ¡Cuando veamos claramente cuán mal le hemos tratado a él y cuán bien a nuestro cuerpo de pecado, y el tiempo que hemos perdido en ello en lugar de emplearlo en purificarnos, en amar, en agradecer a Dios y reconocer tanto bien como nos hizo siempre!

Cuando veamos tan claramente todo esto y el amor que nos tiene a pesar de tanto desamor nuestro y que, en pago a nuestras deslealtades, sólo hemos recibido de él perdón y amor y el cielo que gozamos, cuando veamos todo esto, no digo que nos entristeceremos y lloraremos amargamente nuestra ingratitud e infidelidad porque allí ya no se puede, pero sí que este conocimiento tan claro de *nuestra verdad* creará en nuestro ser un sentimiento profundo de agradecimiento a Dios y reconocimiento de lo que él es y de lo que somos nosotros, y, ¿qué otra cosa sino ésta, es el fundamento de la humildad verdadera? Por eso es incorruptible la humildad, como la madera de cedro, porque será en el cielo donde la vivamos de verdad, ya que es el conocimiento lúcido de lo que es Dios y de lo que somos nosotras, repito.

Miremos, por tanto, hermanas, cómo merece la pena vivirla para hacer esa morada incorruptible al Esposo querido en nuestro corazón con madera de paraíso, de eternidad, que es la humildad, y que faltó en el corazón de Adán, por eso no

perduró la estancia de Dios en su interior, sino que habitó el pecado en él. No sea así en nosotras, evitémoslo por todos los medios posibles viviendo ese ambiente de cielo que es la humildad, para que viva Dios en nosotras.

Es también olorosa la madera de cedro, como la humildad, cuyo perfume y efectos son como los de las violetas, fino, fuerte y agradable al mismo tiempo, sin que apenas se dejen ver. Así son las virtudes que produce o arbitra la humildad. Tienen todas ellas ese tinte de afabilidad, de dulzura y amor que san Pablo llamaba «olor de Cristo» (2 Cor 2,15) porque lo es; es olor de santidad lo que hace dar a todas las virtudes la de la humildad.

Así hemos de ser, hermanas, así. Materia siempre blanda como la madera de cedro, que se presta a todo servicio. Que sirve lo mismo para esculpir imágenes, hacer altares, recubrir templos como en el caso de Salomón, como para enmaderar pavimentos, hacer empalizadas, etc. Apta para todo servicio, digo, pero que se conserva mejor cuando la encubren que cuando la exteriorizan.

Hemos de vivir así la humildad, blandas y cariñosas en el trato, acogedoras como es la madera. Dispuestas a todo servicio que nos confíe la obediencia o el que necesiten o nos pidan las Hermanas. Prefiriendo de corazón la virtud que siempre es oculta, y servir de soporte para el triunfo de los demás, que no el triunfo propio. Huir las exterioridades, los aplausos, las honras, la fama. Es decir, guardando virginal, incorruptible, nuestro corazón de ambiciones, egoísmos, durezas, prepotencias. En otro capítulo, como explicación de los Estatutos, trataremos también de la humildad tan necesaria para que seamos buenas concepcionistas. Ahora bástenos saber esto para construir el templo en nuestro corazón a nuestro Dios amado.

Con la virtud de la obediencia y de la humildad, vemos, hermanas, que hemos levantado ya el templo y lo hemos recubierto. Ahora vamos a embellecerlo. El texto bíblico dice: «El Santísimo lo cubrió de oro puro... Todo el edificio lo revistió de oro de arriba abajo... También revistió de oro los querubines... El pavimento del templo lo revistió de oro, así dentro como fuera... palmas, guirnaldas de flores... los recubrió de oro» (1 Re 6,20-35). Con oro embelleció Salomón el templo

de Dios. Con oro. ¡Qué bien entendió él que no otro metal, por sus características, podía ser digno de Dios, de su estabilidad y santidad! Aunque nada creado puede ser digno de Dios, pero al fin es el más preciado y noble metal.

Sí, es de más noble calidad que otros metales, porque el oro resiste o es resistente a ácidos ante los que otros metales sucumben. Es siempre puro y siempre rico, sin necesidad, por ello, de combinarse con metales distintos porque los supera. Pues bien, de este metal, hermanas, recubrió Salomón todo el templo del Señor. ¡Oh!, ¡qué bien representa la pureza de intención que ha de tener quien quiera edificar en su corazón una morada para su Dios!

¡Oh!, sí, hermanas, que nuestra belleza debe estar en el interior, en lo más hondo del corazón. De poco o de nada, si no es de condena propia, nos serviría obedecer y practicar la humildad si no tenemos pureza de intención en ello. Sería falso. Pues esta virtud de la pureza de corazón o intención recta en el alma es la que da valor a todas ellas, el valor, el esplendor, la belleza ante los divinos ojos. Por eso esta virtud representa el oro del templo.

Jesús la proclamó indispensable en la economía de la nueva creación con palabras muy enérgicas diciendo: «Hipócritas, bien profetizó Isaías de vosotros cuando dijo: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí..."» (Mt 15,7-19). Y en otra parte: «La lámpara de tu cuerpo son los ojos; si tus ojos están sanos, todo tu cuerpo estará iluminado, pero si están malos, tu cuerpo estará en tinieblas. Cuida, pues, que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Pues si todo tu cuerpo está iluminado, al no haber parte alguna tenebrosa, todo él resplandecerá como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor». (Lc 11,34-36).

Sí, hermanas mías, los ojos de nuestra alma son la pureza de intención que ilumina nuestra conducta y nuestro corazón. Que da resplandor y luz al templo que en nuestra alma levantamos al Dios amado. Es el brillo del oro del templo de Salomón que tanto agradó al Señor entonces, según le dijo: «Por este templo que me estás edificando te prometo que, si caminas según mis leyes, pones en práctica mis mandamientos y guardas todos mis preceptos, andando por ellos, cumpliré

contigo mi promesa, la que hice a David, tu padre. Habitaré en medio de los hijos de Israel y no abandonaré a mi pueblo Israel» (1 Re 6,12-13). Pureza que le agradará también ahora en nuestras almas. ¡Oh! hermanas, ¡cuánto se gozará el Esposo de no encontrar parte tenebrosa en nuestro interior!

Y miremos también, hermanas, que el texto bíblico dice que Salomón usó oro puro, es decir, de 24 quilates, 100 por 100 de oro para el templo, como a su tiempo describió Dios su propio santuario, el lugar de su morada en Éx 25,1-40 y 26,1-37. Es una delicia leerlo. Lo quiere todo «de oro puro»; que nos habla de la pureza de Dios y de la pureza que ha de tener nuestra alma, para que brille la estancia donde él vive y respira y ama. Que brille por la santidad que generará nuestra pureza de intención en todas nuestras obras y deseos. Santidad en todo, en la voluntad, en el deseo, en el juicio, en el corazón, buscando sólo agradar a Dios, no a los hombres ni los propios intereses. Buscando sólo vivir la experiencia de santidad del Esposo.

Porque según sea el grado de pureza que tengamos en nuestros deseos y actuaciones así será nuestra santidad. Pues lo que da intensidad y valor a nuestra virtud es la pureza de intención con que la practiquemos; como sucede con el oro, que el brillo y su color amarillo varía según sea la pureza del metal. Así, que nuestra pureza de intención sea tal que resista el amor puro de sólo Dios y su mirada pura, según nos dice él mismo: «No tendrás otro Dios frente a mí» (Éx 20,3), sino sólo a él en nuestro obrar, en nuestros impulsos, en nuestros deseos, en el cumplimiento de nuestras obligaciones.

Que nunca busquemos la comodidad, ni la honra, ni la fama en cuanto hagamos, sino sólo a Dios y el beneficio de los demás, que esto es lo que le agrada a Dios. Porque si nos proponemos preparar la morada a nuestro Dios, para que nos habite, ¡seamos consecuentes!, sólo para él hemos de vivir, sólo a él amar, sólo a él adorar, no a nuestros ruines deseos y egoísmos. Esto que quede muy claro, hermanas.

Nos ayudará mucho a conseguir esto tener en cuenta que el texto bíblico nos dice que el oro que recubría la madera o las figuras de madera estaba exactamente ajustado a ellas. Quiero decir que, como la madera de cedro, según hemos visto,

representa la humildad, hemos de procurar que a nuestra intención sobrenatural en la actuación y en los deseos unamos muy ajustadamente la humildad. Sin humildad nada hagamos, y así nos saldrán muy puras nuestras acciones o actuaciones, muy pura la intención con que las hagamos, que es lo que ve Dios y en lo que él se agrada.

Pues bien, hermanas queridas, esforzándonos en ser y actuar así como hemos dicho, tendremos preparada la estancia en nuestro interior a nuestra adorable Trinidad. Ahora nos toca poner las puertas a este santuario, para que nada ni nadie nos impida «estar» con él en soledad, viviendo su amor y amistad. Veamos qué nos dice la Biblia que hizo Salomón. Dice: «Para la entrada del santuario hizo batientes de madera de olivo; el dintel y las jambas formaban un pentágono. Ambos batientes de la puerta eran de olivo, y sobre ella hizo esculpir entalladuras de querubines, palmas y guirnaldas de flores, recubriéndolas de oro, incluso los querubines y las palmas. Hizo asimismo para la entrada del santuario jambas de madera de olivo, pero cuadrangulares, y dos batientes de madera de ciprés, cada uno de los cuales tenía dos hojas giratorias, con entalladuras de querubines, palmas y guirnaldas de flores, recubriéndolo de oro exactamente ajustado a las figuras» (1 Re 6,31-36).

Veamos, hermanas mías, que así como para recubrir el pavimento, las paredes y el artesonado del santuario, Salomón usó madera aromática de cedro, que, como vimos, significaba la virtud de la humildad y su cortejo de virtudes, ahora, en hacer las puertas emplea madera de olivo. ¿Por qué? Sabemos, hermanas queridas, que el olivo es el símbolo de la paz y que con guirnaldas de olivo son coronados los triunfadores, los vencedores, mejor. Es, por tanto, el olivo símbolo también de la fortaleza que genera la paz, y que hemos de practicar para hacer las puertas del santuario. Fortaleza que hemos de practicar para guardar el orden y la paz dentro del corazón. Fortaleza para resistir los asaltos de Satanás, cual son las tentaciones; los de las propias tendencias: desánimos o miedos; y los del mundo: engaños, halagos que nos separan de Dios. Fortaleza, pues, o puertas fuertes que guarden bien a nuestro Bien Amado y Señor nuestro en la paz de nuestro corazón.

Miremos, hermanas, que dice que «el dintel y las jambas formaban un pentágono». Es el cortejo de virtudes de la fortaleza, virtud cardinal, que constituye en verdadera fortaleza inexpugnable la morada que hacemos a la adorable Trinidad porque guarda inquebrantable nuestro amor y fidelidad a Ellos, y el ambiente de silencio y paz que debe reinar dentro para poder contactar con nuestro Dios amado.

Son cinco, pues, los lados que tienen las jambas y dintel de las puertas. Cinco son las virtudes que hemos de practicar para guardar nuestra morada de todo ruido y de la destrucción. Éstas son. Primera, *decisión* en nuestra entrega al Señor. Decisión no sólo en la respuesta inicial a la vocación, sino en cuanto nos exige el desarrollo de la misma. Decisión firme en caminar hacia la santidad. La segunda es *valor* para mantenernos en el esfuerzo que esto requiere cueste lo que cueste, que ninguna dificultad nos detenga, sino que hagamos frente a todo, arriesgando aun la propia vida, si fuere menester, por mantenernos firmes en el camino emprendido, firmes en la lucha, firmes en el esfuerzo. La tercera es *constancia* en el bien. *Constancia* para que por nada ni nadie, ni por halagos, ni por pereza, ni por desánimos, ni por mal ejemplo, ni por la propia tendencia, aminoremos la intensidad y calidad del bien emprendido en nuestra vida espiritual. Por ninguna circunstancia. Que nada sea capaz de frenarnos en nuestro amor a Dios, porque la razón de amarle es Dios mismo, y la de ser constantes en la virtud es, que así lo quiere él porque así es él, que gracia para ello tenemos. *Paciencia* en las pruebas, luchas, tentaciones es la cuarta virtud que hemos de practicar. Saber esperar con paciencia en toda adversidad, y confiar en el Señor amado cuando en nuestra vida todo el horizonte aparezca negro. Paciencia para soportarlo con paz sin quejarnos de lo que nos contraría; para sufrirlo sin desesperanza. Y por fin la quinta virtud, que es la *perseverancia* en este amor, en este empeño por guardar bien la morada del Esposo, nuestro santuario interior. Perseverancia vigilante, amorosa, como nos enseña el Evangelio (Mt 25,1-12).

Con este pentágono no hay miedo de que sea profanado el templo o morada de nuestro Dios amado. Pero fijémonos, hermanas, que hay otra puerta ya dentro del templo para pasar

a la habitación del santo de los santos, el Santísimo, donde moraba la divinidad. Puerta con jambas también de madera de olivo, pero cuadrangulares, y dos batientes de madera de ciprés, cada una de las cuales tenía dos hojas giratorias. ¡Qué bello es esto, hermanas! No sólo necesita nuestro santuario interior para que esté bien guardada la morada del Esposo la primera puerta, sino otra más. Por esta puerta se pasaba a la habitación del Santísimo donde se ofrecían los perfumes y el incienso. Es decir, que es donde ha de inmolarse por amor nuestra vida, muy unida a la divinidad que reside ahí.

La primera puerta, guardada por la virtud de la fortaleza, aleja de la mansión del Esposo las mayores fuerzas del mal, que son la indecisión, la cobardía, la inconstancia, la rebelión, la huida o defección. Fuerzas gravemente negativas que agostan o hacen morir la vida, la vida interior. Esta segunda puerta que da acceso al Santísimo evita los males menores y mantiene pujante esta vida divina y el ambiente propicio para el diálogo con el Amor. Por eso, esta puerta se hace con las virtudes contemplativas o monásticas más relacionadas con la vida interior o relación de amistad que hemos de tener con el Esposo como son: *Silencio,* que es el seno maternal de esa nuestra vida interior. *Soledad,* o corazón deshabitado, para que nuestra afición corra sin trabas a encontrarse y a unirse al Amado. Nada ni nadie en el corazón. Sólo Dios. *Presencia* de Dios o sentimiento amoroso y cercano de esos ojos divinos que nos miran y siguen por cualquier sitio donde andamos. Y *oración.* Que son los ecos silenciosos, contemplativos, del manantial divino de nuestra creación, o contacto con la Génesis amorosa de nuestra existencia, que sólo pueden ser percibidos en la habitación del «santo de los santos», porque esas corrientes de eternidad son Dios mismo.

Con estas virtudes cristianas y monásticas, de las que hablaremos en sus lugares respectivos, construiremos esta puerta que sella nuestro trato con el Esposo amado. Pero miremos bien, hermanas, que, para hacerla, necesitamos la elevación del ciprés con cuya madera se hizo. La elevación sobre las cosas materiales, que cargadas con ellas no haríamos más que arrastrarnos. Elevación que nos traerá la paz o pacificación de

pasiones, representada asimismo por el olivo, con cuya madera se hicieron las jambas.

Ciprés, olivo, es la madera empleada en la elaboración de esta puerta. Que es decir elevación y paz. Elevación de lo material o despegue de ello, que nos traerá paz en los deseos y en los afectos. ¡Qué bien está representado en este árbol corto, ramificado desde abajo y grueso, con la corteza gruesa y hondamente agrietada, el esfuerzo que requiere el encauzamiento de pasiones o su pacificación! Paso previo para hacer los batientes de la puerta, cada uno con dos hojas giratorias, de madera de ciprés, indicándonos con su tronco piramidal que, desde esta vida mortal, hemos de buscar las riberas de la eternidad. Necesitamos la ascesis monástica, necesitamos la renuncia evangélica, hermanas queridas, para que quede en calma interiormente este ser nuestro de pecado. Ascesis para retornarle a su estado originario de paz y así poder entrar a hablar con Dios en nuestro corazón.

Mucho amor, mucha ilusión y empeño hemos de poner en hacer esta morada a nuestro Dios Padre, Esposo redentor, y Amante Santificador; con mayor afición que la que pone en preparar su casa la que va a desposarse, para hacerla agradable a su cónyuge. Con mucha mayor ilusión y amor, pues que esta morada nuestra es para el Padre adorable que nos creó con el beso de su boca, para el Rey eterno y Esposo redentor nuestro, el «más bello de los hijos de los hombres, en cuyos labios se derrama la gracia» divina (Sal 44,3), la hermosura, la santidad; y para el divino Espíritu, nuestro amante amigo, que vive para amarnos, y amándonos nos transforma en la imagen de su Amado, Cristo Jesús. Y además es para vivirles, y gozando sus castas delicias y amor divino, hacer más santa y fecunda a la Iglesia, nuestra Madre.

Pero continuemos con el santuario de nuestro Dios. Después de construir Salomón el templo, «en fin, construyó el atrio interior con tres hileras de sillares y una de vigas de cedro» (1 Re 6,36). Como vemos, hermanas, el material es el mismo de todo el templo, piedras de sillares y vigas de madera de cedro. Es decir, obediencia y humildad. Es la materia prima, inseparable, que Dios une en sus obras y quiere, consecuentemente, que nosotras usemos y unamos en este edificio de

santidad que es su templo espiritual, nuestro cuerpo, alma y espíritu, nuestro ser entero (2 Cor 6,16).

El hecho de estar rodeando el templo este atrio significa para nosotras que, con la obediencia y la humildad, hemos de ahuyentar de las cercanías del templo los enemigos principales, más fuertes y que más ruido hacen, y que, por lo mismo, pueden más fácilmente llevar al suelo el santuario construido a nuestro Dios. Estos son: el mundo y sus criterios, el demonio y sus embustes y tentaciones, y nuestra propia carne desordenada con sus tendencias prevaricadoras. De ello hemos de defendernos con este atrio interior, es decir, con la obediencia y humildad, no dejando que entren en él, para que no perturben la paz y el silencio del santuario.

Y vamos, hermanas mías, ya por fin, a poner las ventanas a nuestro santuario. La Biblia dice que Salomón «hizo al templo ventanas cerradas con rejas, y construyó, adosado al muro del templo, un anejo de tres pisos en torno del santuario y del santísimo, e hizo en derredor departamentos» (1 Re 6,4-6). ¡Hermanas muy queridas, me salta el corazón de alegría ver con qué precisión está significada en toda esta construcción bíblica del templo de Salomón la vida y espiritualidad de sus elegidos! ¡Qué significado más profundo y apropiado tiene para nosotras! Quiere nuestro Dios y Esposo redentor que el templo construido dentro de nuestra alma para su morada esté discretamente abierto al exterior, que eso significan las rejas de las ventanas. Discretamente, pero abierto. Es, hermanas, el celo apostólico que ha de consumir nuestro corazón y que, desde nuestras clausuras, hemos de desplegar en beneficio de los hermanos.

Desde nuestras clausuras hemos de abrir nuestro corazón y dejar salir hacia afuera, tanto cuanto la discreción y prudencia, que son las rejas de las ventanas, lo aconsejen, el amor divino que arde en él. Y hablarles de él a cuantos vengan a visitarnos, y servirnos del locutorio y de la liturgia y de la oración para acercar a los hermanos al corazón del Padre, a su conocimiento y amor, y al del Esposo redentor y de su Madre bendita, la Inmaculada Virgen. Ellos también han de mantener y embellecer la morada de su Dios.

Quiere nuestro Esposo divino que esto lo tomemos muy a pecho, y por eso nos dice su Palabra que «se construyó, adosado al muro del templo, un anejo de tres pisos en torno del santuario y del Santísimo». Aquí, en esta morada de la divinidad, en esta celdita del fruto de la alheña, que es el fruto de la mortificación, donde moramos en soledad con el Dios amado, aquí quiere él que tengamos también a los hermanos. Y que así los amemos a ellos y nos inmolemos por ellos como le amamos a él y nos inmolamos por él, porque así lo toma él como hecho a su Trinidad divina, ya que su causa es inseparable de la de sus hijos los hombres. Y amar a los hermanos e inmolarnos por ellos para acercarles al Padre es ensanchar su seno divino, llenándolo de los hijos que creó, que es su gloria y gozo y el empleo de su amor creador, redentor y santificador. Y así quiere que le hablemos de ellos, del amor que les tiene, del amor que le pueden ellos tener si acepta nuestra vida unida a la de su Hijo, por ellos, para que conformen su vida al Evangelio.

Y miremos, hermanas, que son tres los pisos que construyó Salomón. Y aquí nos quiere significar el Esposo que este amor que hemos de tener a los hermanos es amor a su Iglesia, de la que todos somos miembros. A la Iglesia, a la que él amó como a su propio cuerpo (Ef 5,23-27) y que nos la presenta jerarquizada, por eso son tres pisos. Y así hemos de amarla en su Pastor supremo, el Papa; y en los demás sucesores de los Apóstoles, los Obispos; y en todos los demás Sacerdotes y fieles que tan cerca del corazón tiene la Divinidad y ha de tener la concepcionista. Así, en esta jerarquía de amor.

Terminada ya la fábrica de nuestro santuario interior, no nos falta, mis amadas hermanas, más que poner, para recreación de nuestro Dios y Redentor y para embellecer su morada, los dos querubines que han de estar dentro de la habitación del santo de los santos, de la divinidad. Y, sin duda, como amantes de María, pensando en el corazón del Esposo con el que ha de latir el nuestro, en sus amores, que son también los amores del Padre y del Espíritu Santo, en el mayor amor que tuvo la divina Trinidad de cuantas criaturas han pasado por nuestra tierra, escogemos de entre todos, para agrado suyo, el amor a María, la Madre Inmaculada del Verbo. Y con este amor cons-

truimos los dos querubines, que representan, uno, el amor que hemos de tener a nuestra Madre Inmaculada, y el otro, la imitación de sus virtudes o inserción en el misterio de su santidad original.

Sí, hermanas mías, quiere el Divino Espíritu, y esto está muy claro para nosotras, que el amor y la imitación de María y su protección aseguren la intimidad con nuestro Dios. Que esté presente su mediación maternal en nuestro silencio, en nuestra soledad, en nuestra oración. Es más. Que nuestro silencio y soledad se parezcan al silencio y soledad de María. Que en nuestra oración esté el espíritu de María, que en nuestro amor esté el de ella, su limpieza y santidad, su modo de amar callado, eficaz, dulce y manso, bondadoso y humilde. Éste es el fin que busca el Espíritu Santo al querer poner estos dos querubines tan inmensos en el interior de su morada: la imitación y amor de su santa Esposa María, en la cual él engendró al Verbo divino (Mt 1,18).

Y miremos, además, hermanas, cómo quiere que vivamos este amor e imitación de María el divino Espíritu. Quiere que ella prepare nuestro espíritu a su *acción* divina, con su mediación maternal. Nos lo dice por el modo como nos presenta la Biblia los querubines. Estaban estos dos querubines «colocados en la parte más interna del templo... con las alas desplegadas, de modo que un ala de uno tocaba la pared y un ala del otro tocaba la pared opuesta; —y— las otras dos alas se tocaban una a otra por medio del edificio» (1 Re 6,27).

Sí, hermanas, la mediación de María y sus ruegos prepararán y harán crecer nuestra alma en las disposiciones que hemos de tener para que el divino Espíritu ensanche, ilumine y embellezca con su gracia nuestra morada interior hasta que alcance en santidad esas dimensiones inmensas, significadas en los cinco metros de altura que alcanzaban estos querubines.

Todo nuestro espíritu ha de estar vinculado al de María, y a su amor purísimo, significado en el oro puro que recubría las imágenes de los querubines, y a su paz duradera que representa la madera de olivo con que fueron esculpidos. María Inmaculada tiene que custodiar nuestro templo interior donde vive Dios y donde él nos ama y le amamos. Ella tiene que guardar nuestra fidelidad a Dios, como guardó la suya. Por

tanto, nuestra vinculación a María tiene que ser muy estrecha, porque es quien mejor nos lleva a Dios, quien mejor conoce a Dios, quien mejor ama a Dios. Su protección maternal, importante para el mantenimiento de todo el templo interior, de toda su construcción, que es decir de todas las virtudes que lo mantienen significadas en las alas desplegadas de los querubines, habla muy alto de su mediación corredentora. Y en el hecho de que los querubines miraban hacia la entrada de la habitación del Santísimo y con sus alas cubrían el arca de la alianza, ¿no podemos ver la más bella representación de la mirada vigilante de María guardando nuestra alma? ¿Guardándola pura y casta para el amor puro y casto de nuestro Dios y Señor? Sí, hermanas, en todo cristiano, pero de modo peculiar en las concepcionistas, han de ser inseparables el amor a Dios y a nuestra Madre Inmaculada, porque así lo quiso Dios.

Y por fin erigimos el altar que ha de estar delante del Santísimo. Salomón «lo hizo de cedro... recubriéndolo también de oro puro» (1 Re 6,20-21). En este altar nos quemamos nosotras, hermanas, nos quemamos por amor y ahí arde diariamente nuestro amor. Construimos este altar con la virtud teologal de la fe. ¿Por qué con la fe? Sí, mis hermanas, porque la fe hemos de vivirla como un sacrificio al Dios amado. El sacrificio de nuestra inteligencia y de nuestro corazón para, por un lado, creer cuanto nos revela Dios aunque no lo entendamos, y, por otro, aceptar con espíritu de fe cuanto nos envía Dios por medio de circunstancias, criaturas o propias obligaciones, aunque tampoco lo entendamos.

Miremos que está hecho de madera de cedro y forrado de oro puro, que según vemos representan la humildad y la pureza de intención. Humildad necesitamos para sacrificar este entendimiento nuestro que fue herido por el pecado original. Sacrificar su soberbia, su escepticismo y todo lo que nos haga desear ser como dioses frente a los demás, para que, sanado y purificado, pueda volver a elevarse hacia su Creador y aceptar amorosamente cuanto nos enseña la fe, para unirnos de este modo, en fe, con el Ser divino que nos creó. Y ser esos panes puros también ofrecidos junto con el «Pan» divino a la gloria de Dios y por amor a los hermanos.

Y pureza en el amor que sane nuestra voluntad y regenere nuestro corazón en este altar donde inmolamos o quemamos nuestras intenciones manchadas, de modo que nuestra voluntad sea de nuevo encauzada, vuelta hacia el bien que dejó. Sí, hermanas, sí. En este altar hemos de sacrificar nuestra voluntad para que nuestro amor quede definitivamente despojado de cuanto nos impida recibir a Dios y amarle en todo.

Sí, que le recibamos y amemos en cada hermano, en cada obligación, en cada adversidad, en cada sacrificio. Que frente a cada hermana quememos nuestro egoísmo; frente a las propias obligaciones quememos nuestra pereza o respetos humanos. En la adversidad inmolemos la propia estima, y en cada sacrificio, nuestra sensibilidad. Porque, hermanas, Santiago nos dice que «¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe si no tiene obras?... con mis obras te mostraré la fe» (Sant 2,14-20). Porque «el hombre es justificado por la fe» (Rom 3,28). Porque «Dios se revela a los sencillos» (Lc 10,21), «da su gracia a los humildes y confunde a los engreídos en el pensamiento de sus corazones» (Lc 1,51-53). Por ello hemos de doblar nuestro orgullo e incredulidad y quemar humildes nuestro amor a Dios en el altar de este nuestro santuario interior, derramar nuestro ser en holocausto, el incienso de nuestra inmolación, los perfumes de nuestras obras al Dios tres veces Santo (Is 6,3).

Y hacerlo hasta la muerte. Ésta es la voluntad de nuestro Dios. Así nos lo dice: «El fuego permanecerá siempre encendido sobre el altar sin jamás apagarse» (Lev 6,2-6). Sí, hermanas, nuestras obras no sólo han de ser luz, sino fuego que no se extinga, fuego de amor ante el Señor por la fe, por el espíritu de fe. Pero porque es tan importante este altar en nuestro corazón, es decir, la vivencia de la fe, la reflexionaremos en otro capítulo, a fin de que consigamos acrecentar nuestra conciencia en la realidad divina.

Ahora vamos a tratar de poner ante el Señor «los candelabros de oro puro delante del Santísimo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda» (1 Re 7,49) ¡Oh!, hermanas, y qué bellamente van a quedar representados, pues que los haremos con el amor. Con el que debemos a Dios y a nuestros hermanos. De éste hablaremos en su lugar. Pero del amor a nuestro Dios amado ya lo estamos haciendo en este capítulo.

Sí, hermanas, es maravilloso cómo debe arder siempre el amor de Dios en el corazón de la esposa alimentado con los sacrificios que le impone su fidelidad a este amor consagrado. Así nos lo dice el Señor: «Ordena a los hijos de Israel que traigan para el candelabro aceite puro de olivas molidas, que permitan arder a sus lámparas continuamente. Aarón dispondrá el candelabro delante del velo del testimonio, en la tienda de la reunión; allí arderán sus lámparas mañana y tarde permanentemente delante de Yahvé. Es esta ley perpetua para sucesivas generaciones: Aarón dispondrá las lámparas sobre el límpido candelabro para que ardan continuamente delante de Yahvé» (Lev 24,1-4).

¡Oh, hermanas queridas!, sólo un corazón consagrado a amar a Dios exclusivamente puede alimentar estas lámparas que arden constantemente ante el Señor, porque sólo un amor puro, «indiviso», puede quemarse entero para Dios, y debe quemarse puro y limpio para el Señor. Por eso, ¡nada mejor que esta llama encendida con aceite puro de olivas molidas y en ese candelabro limpísimo, llama pura, por tanto, permanente y viva, puede representar nuestro amor constantemente vivo, ardiendo día y noche ante el Dios amado de nuestro corazón! Oh, ¡qué camino más magnífico se abre a nuestro amor para irlo purificando día a día hasta llegar a esa pureza de santidad que le permita estar constantemente ardiendo ante los ojos atentos del Amado! ¡Oh!, miremos, hermanas, que se alimenta con olivas trituradas. Es decir, que nuestro amor a Dios ha de tener la suficiente potencia como para triturar todo cuanto intente apagarnos la llama de amor, y convertirlo así en combustible que avive más la llama.

Pero, hermanas, tengamos ánimo, porque, si de hecho no podemos presentarle ya estas lámparas y este fuego tan puro a nuestro Dios querido, sí podemos hacerlo con el deseo y con la voluntad firme de ir purificando con encendido entusiasmo el que le vamos entregando diariamente, y esto ya es ofrecerle las lámparas y la llama encendida de nuestro corazón ardiendo de amor por él, que es lo que busca, desea y nos pide el divino Espíritu, para que las tres adorables y divinas Personas tomen posesión plena de esta morada que le hemos preparado en nuestra alma.

Y con esto hemos terminado de embellecer nuestra morada interior al amado de nuestro corazón. Si así lo hacemos, hermanas, no es extraño que él nos diga: «Por este templo que estás edificando te prometo que, si caminas según mis leyes, pones en práctica mis mandamientos y guardas todos mis preceptos, andando por ellos, cumpliré contigo mi promesa... Habitaré en medio de los hijos de Israel y no abandonaré a mi pueblo Israel» (1 Re 6,12-13).

¡Oh!, cuán verdaderamente podemos decir de toda alma entregada así al amor de su Dios amado: «He aquí la morada de Dios con los hombres; él habitará con ellos, ellos serán su pueblo, y Dios mismo morará con los hombres» (Ap 21,3). Sí, hermanas, y así convertiremos la tierra en un templo siempre ardiendo de amor al Dios vivo. Y así, aunque los hombres le olviden, Dios habitará entre ellos, y Dios estará contento entre ellos, y Dios les bendecirá, y «Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» (Ap 21,4) si sabemos inmolarnos por ellos y se lo pedimos. Y seremos así la bendición para todos los pueblos que canta el salmo 71,17 y que Dios, nuestro Dios, espera que seamos por el amor que tiene a todos los hombres, que le tira a ello aunque ellos no lo entiendan.

No es extraño que, si nuestra fidelidad llega a estos primores de amor que le hagamos este templo viviendo la experiencia de amor y de santidad del Esposo, haciendo vida su presencia en nuestra alma de este modo laborioso, como nos dijo antes él, no es extraño, digo, que, enardecido de amor, vuelva a levantar su voz esta vez más amorosa como canta a la Esposa y nos diga: «Levántate, amada mía, hermosa mía, ven» (Cant 2,10). Ven a un amor más alto, más elevado, que éste es el modo de andar por la vida espiritual. Sí. Éste es el modo de responder a mi amor y a mi amistad sin riberas; a este amor mío que busca contemplar en el tuyo corrientes de eternidad.

Sí, mis hermanas, porque para elevar la perfección de nuestro ser, para que se acerque lo más posible al suyo en sentimientos y en santidad, se hace perfeccionando el amor, depurándolo más, adelgazándolo, de modo que sólo ansíe, viva y respire al Amado, a Dios, que es el límite sin límites del amor. Así de «en verdad» toma el Esposo nuestra deificación, nuestra

escalada al Monte de la Concepción, porque ¡no olvidemos! que entregarnos al Esposo es comprometerle, comprometerle a que nos suba hasta él. ¡Tan verdadera es la fidelidad de Dios!, y él nos compromete también para la fidelidad a él con esta fuerza que nos transmite su Palabra: Hoy has comprometido a Yahvé para que sea tu Dios, a condición de seguir sus caminos, guardar sus mandamientos... y obedecer su voz. Y Yahvé te ha comprometido para que seas su pueblo especial, según te ha dicho... Él te elevará sobre todas las naciones... en gloria... y serás un pueblo consagrado a Yahvé, tu Dios, como él te ha dicho» (Dt 26,16-19).

¿Qué otra cosa si no es, hermanas, ese lenguaje divino que revela su amor e intimidad con nosotras, ese llamarnos amada, hermosa, sólo porque le hemos consagrado nuestro amor y nuestro corazón para morada suya y para vivirle a él? Estremecedor contrato pensado y querido por Dios. ¿Quién lo romperá? ¡No sabemos qué es entender con Dios o tratar con él en este negocio del amor! ¡No sabemos qué es comprometer su amor! ¡Y debemos saberlo! ¡Oh, su fidelidad! ¡Es mejor morir que faltarle! Debilidades sí las acepta ese amor, porque las consume en su fuego amoroso... pero voluntad de romper con él, ¡jamás!, ¡jamás esté en nuestro corazón, si es que creemos en el suyo tan hermoso e inefable y cierto! Porque si nos llama amada y hermosa, es que es verdad, es que así lo siente él en su corazón, es que nos ama así a pesar de nuestros pecados. ¡Hay que creer en su amor y en su Palabra como vimos antes!

Experiencia de esta verdad y fidelidad divina la tuvo largamente su Pueblo, como vimos anteriormente. Para nuestra enseñanza leamos ahora Dt 11,1-31. Esto mismo quiere de nosotras. Que por la constante memoria del amor y fidelidad que el Esposo tiene con nosotras, quiere él arrancarnos el amor y la fidelidad que nos lleve a la santidad consumada, al enamoramiento de él que nos haga fuertes en la prueba de su amor, en la observancia de lo que le hemos prometido al consagrarle nuestro amor. Quiere levantar más nuestro amor. Recordemos, para ayudarnos, lo que dijimos antes.

Recordemos, sí, que el amor de Dios a nosotras no es susceptible de crecimiento, no. Es el tiempo empleado en el

ejercicio de la virtud, de la santidad, el que nos ha preparado para captarlo. El tiempo bien empleado y... la eternidad. Allí quedaremos asombradas y, con su fuerza, deificadas. Allí entenderemos que así, con esa fuerza inmensa, divina, Dios nos ha amado desde el principio... Cuando esto lo entendamos... ¿qué no quisiéramos haber hecho por él, por corresponder a ese inefable amor tan generoso? Pues que entendamos esto es lo que quiere él ahora al decirnos «levántate, amada mía, hermosa mía»... que lo entendamos para que hagamos ahora lo que entonces quisiéramos haber hecho. Pues tiempo tenemos.

Sí, hermanas. Ahora estamos a tiempo. Entendamos este amor divino con el corazón y hagamos todo cuanto podamos por corresponderle, que por mucho que hagamos nunca llegaremos a donde debemos. Porque, ¿qué no habremos de hacer sabiendo que nos ama tan intensamente como para deificarnos si deificarnos nos dejamos? ¡Dejémonos! A tiempo estamos. ¡Creámosle! «¡Reforcemos nuestra fidelidad porque ella es la fuerza de nuestro amor!» (Jer 23,1-5). Para ello recordemos de propósito y con frecuencia los beneficios que nos ha hecho porque olvidarlos es exponernos a la infidelidad (Jue 2,7-11): «El pueblo sirvió a Yahvé durante toda la vida de Josué y de los ancianos... que habían visto todas las grandes obras que Yahvé había hecho a favor de Israel... Después surgió una generación que no conocía a Yahvé ni lo que había hecho por Israel. Entonces los hijos de Israel hicieron lo que desagrada a Yahvé y sirvieron a los Baales».

Sí, hermanas, enfriarnos en el recuerdo del amor de Dios amándonos en tantos hechos en nuestra vida es abocarnos a la infidelidad. Recordemos su amor de elección, las gracias recibidas, el amor con que nos ha perdonado y allegado hacia Sí. Recordemos esas palabras de su ternura: «hermosa mía, ven». Recordémoslas porque «fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados» (1 Cor 1,5-7), «y os conservará... hasta el fin».

«Y haced esto dándoos cuenta del momento presente; que ya es hora de levantaros del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros la salvación que cuando abrazamos la fe. Está avanzada la noche y el día está cerca; por lo tanto, dejemos a un lado las obras de las tinieblas y vistámonos de las armas de la luz... vestíos del Señor Jesucristo, y no os

cuidéis de la carne para satisfacer sus pasiones» (Rom 13,11-14). Exhortación paulina que en el lenguaje del Cantar del amor divino cual es el Cantar de los Cantares suena así: «... hermosa mía, ven. Porque, mira, ha pasado el invierno, ha cesado la lluvia y se ha ido. Han nacido las flores en la tierra, ha llegado el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se oye en nuestra tierra. Echa la higuera las yemas de sus higos, las viñas en flor exhalan su perfume. ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven!» (Cant 2,10-13).

Es la llamada del Esposo que nos invita a deificar nuestro amor, a que nos vayamos acostumbrando a amar como él, a que caigamos en la cuenta de que no amamos bien, de que tenemos que regenerar el amor, elevarlo. Nos dice que ya ha pasado el invierno de la vida espiritual en nosotras. Que debe haber pasado ya el tiempo de vivir en pecado, en la mediocridad; el tiempo de la tibieza en la entrega, sí, porque ya no vivimos en la ignorancia. Ya conocemos al Esposo redentor, su amor, su perdón hacia nosotras, su misericordia, su elección, su santidad, es decir, su evangelio. Conocemos cuánto ha hecho por nosotras, y cuánto espera nuestra respuesta a su amor, que es nuestra santificación o transformación en él.

Y para que no lo ignoremos, él mismo nos lo dice desde su óptica divina, y con esos acentos de amor y misericordia tan suyos. Oigámosle cómo después de recordarnos nuestro nacimiento en pecado y su redención amorosa y nuestra incorporación a él por el bautismo, nos dice al fijar su mirada de elección sobre nosotras: «Yo pasé junto a ti y te vi. Estabas ya en la edad del amor; entonces extendí el vuelo de mi manto sobre ti y recubrí tu desnudez; luego te presté juramento, me uní en alianza contigo, dice el Señor Yahvé, y fuiste mía. Te lavé con agua, te limpié de tu sangre y te ungí con óleo; te vestí con vestidos recamados, te di zapatos de cuero fino, te ceñí de lino y te cubrí de seda. Te adorné con joyas, puse brazaletes en tus muñecas y un collar en tu cuello; puse un anillo en tu nariz, pendientes en tus orejas y una espléndida corona en tu cabeza. Brillabas así de oro y de plata, cubierta de lino fino, de seda y recamados; flor de harina, miel y aceite era tu alimento. Te hiciste cada vez más hermosa y llegaste a la dignidad real. La fama de tu belleza se difundió entre las

gentes, porque era perfecta, por el esplendor que yo te había dado, dice el Señor Yahvé. Pero tú, fiándote en tu belleza y valiéndote de tu fama, te diste a fornicar... ¡Oh, qué débil era tu corazón...! Digna eres de tu madre que abandonó a su marido... Te juro, dice el Señor Yahvé, que tu hermana Sodoma y sus hijas no fueron tan perversas como tú... Llevas sobre ti el peso de tu infamia y tus abominaciones, dice Yahvé» (Ez 16,1-58).

Ésta es nuestra realidad, hermanas. Resplandeciente por lo que tenemos de Dios, y oscura por parte nuestra. Bella por el amor de elección divina y fea por nuestra débil correspondencia. Y mucho nos conviene no olvidarlo, a ver si este amor divino levanta llama en el nuestro. Recordad lo que nos ha dicho por Ezequiel en la propia vida, porque podemos exactamente insertarlo. Sí, hermanas queridas, después de tantas gracias como ya nos había concedido para limpiarnos de nuestro pecado y acercarnos a él, «cuando estábamos en la edad del amor», en la edad de tomar estado, o mejor, en el momento más oportuno de corresponder a su amor, él nos miró con amor (Mc 10,21) y «con el vuelo de su manto cubrió nuestra desnudez», es decir, viéndonos desnudas de virtudes nos dio las suyas al llenarnos de sus gracias con la vocación. Que eso trae consigo la elección divina, vestirnos más abundantemente de sus gracias y amor.

Y cuando respondiendo a su «llamada» le elegimos responsablemente en exclusiva, él «nos prestó juramento» de fidelidad y se «unió con nosotras en alianza» de amor, que eso fue llevarnos a la profesión monástica, por eso que dijimos anteriormente que responder a su amor es comprometer el suyo con juramento de fidelidad irrevocable, que así es su «llamada», «don irrevocable» de su amor que él nos lleva a que sellemos el día de la profesión monástica y que reciba y refrende la Iglesia, sabiendo que en nosotras la misma Iglesia se desposa con Cristo, pues, como dije antes, somos Iglesia.

Después, con cuánta frecuencia nos ha lavado los propios defectos y pecados en el Sacramento de la penitencia. ¡Oh! ¡cómo hemos experimentado y con cuánta abundancia su perdón, su gracia, su misericordia ante nuestros pecados, que parecía que no le importaban, con tal de que volviéramos a él.

Y nos ha limpiado de nuestra sangre». Del pecado, como digo, y de sus secuelas. Una de ellas es la ignorancia en que vivíamos en el mundo acerca de las cosas espirituales, que no parece sino que, entrando en el Monasterio, se nos han abierto los ojos para conocer más el valor de la gracia y la virtud y al Autor de ella.

Y nos ha «ungido con óleo», que es la suavidad y dulzura del amor a la virtud que él ha metido en nuestro corazón a fuerza del suyo. Y nos ha vestido con «vestidos recamados», que son sus méritos redentores, con los que adorna nuestra alma desde el día de nuestro bautismo, más, desde el día que comenzamos a hacer causa común en sus intereses y en sus méritos y gracias por la profesión monástica. Y así nos puso o nos «dio zapatos de cuero fino» que son sus gracias de conversión o impulsos para la ascesis monástica, mediante la cual corremos hacia él con paso firme, seguro. Y nos ciñó de lino y nos cubrió de seda, que es la gracia de contemplación en la oración y demás virtudes infusas, bien representadas por el lino, con sus hojas y flores en fascículos y esparcidas. Veis que de un solo tallito salen diversas ramas erguidas con hojas planas, lineales, enteras, y flores azules al final de las ramas que representan bien las virtudes anejas a la gracia de la contemplación infusa que se despliegan de un solo tallo: la oración. Virtudes que, como las hojas lineales, tienden hacia arriba y están siempre mirando al Sol de justicia, Cristo, que es quien las vivifica, nos viste de seda.

«Te adorné con joyas... puse brazaletes en tus muñecas... y una espléndida corona en tu cabeza.» No me entretengo en explicar esto porque ya se está alargando este capítulo demasiado y estoy deseando terminar. Pero todos los adornos de joyas y aderezos son las gracias místicas que, aunque se den más adelante en la vida espiritual, pero el día de la profesión monástica las da a gustar de algún modo el Esposo redentor, que raro caso será que no sienta de algún modo el alma la paz y presencia del Amado ese día bendito. Así las adelanta, coronándonos con la espléndida gracia de la perseverancia final. Corona que hemos de saber llevar con elegancia toda la vida, sin querer nunca quitárnosla de la cabeza.

Y miremos cómo, después de tantas gracias como nos ha adornado su amor y su misericordia divina, miremos, digo, cómo hemos correspondido a esa floración de amor y ternura eterna. Tengámoslo muy en cuenta, porque todos esos pecados, infidelidades, dudas y vacilaciones en nuestra vida monástica en responder a su amor, todo eso fue el invierno, la aridez del invierno en nuestra alma. Mejor. ¡El invierno de nuestra alma para Dios! Pero «porque soy Dios, no un hombre; en medio de ti yo soy el Santo» (Os 11,9), por eso, por su fidelidad, vinieron de nuevo las lluvias benéficas sobre nuestra alma, sus gracias divinas abundantes, y, por él comenzamos de nuevo a llevar fruto, según nos dice el Señor: «y por mí llevarás tu fruto» (Os 14,9), frutos de santidad.

Sí, hermanas, por su fidelidad, por su amor, «echa la higuera sus yemas, las viñas exhalan su perfume» en nuestra alma, que son todas las virtudes que mencionamos en la construcción de nuestra morada interior, y por eso el Esposo nos dice: «Levántate, amada mía, hermosa mía, ven. Paloma mía, en las grietas de las peñas». No ha olvidado el Esposo, a pesar de nuestros fallos, el amor con que le hemos amado en esos tiempos de soledad y divino silencio vividos con él en esa celdita de la alheña desde la que le hemos construido y embellecido su morada o santuario de amor y santidad, y por eso nos vuelve a llamar a la soledad y silencio de «las grietas de las peñas»; nos dice que habitemos «en los escarpados escondrijos», que son esos contactos tan elevados con la Divinidad en nuestra morada interior, que son, por otra parte, defendidos por nuestra vida de mortificación, para que desde ahí podamos mostrarle nuestro rostro. Nuestro verdadero rostro, hermanas, el que recibimos de Dios el día que nos creó, y vivamos ya de amor siempre con él, en la altura y pureza de las peñas, en la soledad de escarpados escondrijos, de modo que nadie sepa de nuestro amor con él.

Sí, hermanas. Ahí, mostrémosle nuestro rostro verdadero, es decir, nuestra fidelidad, que es la que se lo muestra, pues que nos hace volver a él. Porque la fidelidad muestra la elevación de nuestro espíritu, la sintonía que tenemos con el Origen de nuestro ser, Dios, y muestra, por lo mismo, la regeneración o elevación de nuestro amor, que es lo que nos

pide y quiere el Esposo en ese «muéstrame tu rostro», del Cantar.

Fidelidad mantenida con el recuerdo de nuestro pasado prevaricador que nos situará en la humildad. Pues hemos de saber, hermanas, que sólo podremos mantenernos fieles mientras que sea Dios quien actúe en nosotras. Y Dios sólo puede actuar cuando nos vea en esa actitud de humildad, es decir, «caminando» dentro de la «Verdad», que es él. Entonces sí tendremos la gracia suficiente para mantenernos fieles en la aridez como en la abundancia, en la prosperidad como en la adversidad, en el consuelo como en la desolación, como él se mantuvo.

Recordad mucho esto, hermanas, recordadlo para que entendamos que, sin esas entradas fuertes de Dios en nuestra alma, que son el recuerdo de su amor y misericordia y de esas voces amorosas que arriba hemos oído y de sus beneficios, nada haremos, sino herirnos queriendo remontarnos hasta las grietas de las peñas y los escarpados escondrijos sin la gracia fuerte de Dios que nos viene por la humildad verdadera o reconocimiento de lo que es él y de lo que somos nosotras. Pues que sólo esa gracia divina es la que puede hacernos poner el deseo, no en las bajezas de la tierra, sino en las cosas santas del cielo, y hacer que pasemos del deseo a las obras.

Porque no hemos de fiarnos, hermanas, con presunción, de haber sido «elegidas» y tan amadas por Dios y del bien que hayamos podido hacer en los años de estancia en el Monasterio, no, lo importante es cómo hemos aprovechado el tiempo; mejor, ver este tiempo fuerte de actuación de Dios en nuestra alma, que es la vocación; ver, digo, si no hemos impedido por nuestra falta de respuesta a ella que haya producido sus frutos. Porque si nos creemos alguna vez algo poniendo nuestra consideración en las gracias recibidas y no en lo mal correspondidas, estaríamos perdidas. Sería el comienzo de nuestra infidelidad. No basta con llevar hábito y tener el amor consagrado a Dios, no. Escuchemos lo que nos dice por Jeremías: «¿Qué viene a hacer mi amado en mi casa, mientras comete iniquidades? ¿Crees que los votos y las carnes sagradas te limpiarán de tu maldad?» (Jer 11,15-17).

No, sino la confianza en el Señor, el recuerdo de nuestra ruindad y la fidelidad a la gracia. Pues que por mucho que hayamos subido en la vida espiritual podemos descender. Así nos lo dice el Señor: «Olivo verde, de magnífica talla es el nombre que Yahvé te había dado». Pero miremos, hermanas, que «a la voz de un gran fragor prende el fuego a su ramaje y se queman sus ramos» (Jer 11,16). Podemos hundirnos, sí. Nos lo vuelve a recordar el Señor por Ezequiel (Ez 31,1-18). Podemos cometer pecados en la casa de Dios si nos fiamos demasiado de nosotras. Miremos a Gedeón, por ejemplo, que cayó en la tentación de hacer «un efod... y esto fue la causa de su ruina» (Jue 8,22-27).

Parece que me he desviado un poco de lo que os iba diciendo, y no, hermanas, que lo hago de propósito, no sea que, encandiladas por la belleza del amor del Esposo, de las palabras tan amorosas que nos dirige, olvidemos lo que somos. Y no ha de ser así, que las ternuras y misericordias de Dios, y nuestra elección, no son para que se nos suban a la cabeza, sino para que se nos fijen bien en el corazón y éste responda con fino amor y fidelidad. Así nos lo recuerda también san Pablo, y aunque es algo largo el texto, pero como es tan provechoso permitidme que lo copie entero.

Dice el Apóstol: «No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar, y todos se bautizaron en Moisés en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual y bebieron la misma bebida espiritual. Bebían de la piedra espiritual que les seguía, y la piedra era Cristo. Pero la mayoría no agradó a Dios, y quedaron tendidos en el desierto. Todo esto sucedió para ejemplo nuestro, para que no codiciemos lo malo como lo codiciaron ellos. Ni os hagáis idólatras, como alguno de ellos, según está escrito: "Se sentó el pueblo a comer y beber, y se levantó para divertirse". Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron veintitrés mil en un día solo. Ni tentemos al Señor como algunos de ellos lo tentaron y perecieron mordidos por las serpientes. Ni refunfuñéis, como refunfuñaron algunos de ellos, y el exterminador los mató. Todo esto les sucedía para servir de ejemplo y fue escrito como aviso para nosotros, que hemos llegado a la plenitud de

los tiempos. Por tanto, el que crea estar firme, mire no caiga. No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea proporcionada. Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas; mas con la tentación os dará fuerza para superarla» (1 Cor 10,1-13).

¿Veis, hermanas, cómo somos y cómo es Dios? Y yendo a la fuente misma que menciona san Pablo veremos cuán decisiva es esta disposición nuestra ante Dios. Oigamos: «Cuando oísteis su voz en medio de las tinieblas, mientras la montaña se abrasaba en llamas, todos vosotros, jefes de tribu y ancianos, os acercasteis a mí para decirme: "Hemos visto a Yahvé, nuestro Dios, su gloria y su grandeza y hemos oído su voz en medio del fuego. Hoy hemos comprobado que Dios puede hablar al hombre y quedar éste con vida. ¿Por qué, pues, morir devorados por ese gran fuego, si seguimos oyendo la voz de Yahvé, nuestro Dios? Porque de toda carne, ¿quién hay de como nosotros que haya oído la voz del Dios vivo hablar de en medio del fuego y haya quedado con vida? Acércate tú, oye lo que te diga Yahvé, nuestro Dios, y transmítenos luego cuanto te haya dicho; nosotros lo escucharemos y lo pondremos en práctica". Yahvé escuchó vuestras palabras cuando me hablabais y me dijo: "He oído las palabras de este pueblo. Todo lo que te ha dicho está bien. ¡Oh, si tuvieran siempre ese mismo corazón, siempre me temerían y guardarían mis mandamientos para que fueran felices ellos y sus hijos!"» (Dt 5,23-29).

¿Veis hermanas muy queridas, cómo las gracias de Dios son para reconocer más nuestra verdad y vivirla? Vivirla con el corazón, que eso es tenerlo como quiere Dios para poder vivir en el suyo. Y miremos que dice que, si tuviéramos siempre ese corazón, siempre guardaríamos sus mandamientos. Esto es lo que buscamos consagrándole nuestro amor, y es lo que queremos como respuesta a esa invitación que nos ha hecho el Esposo de ir hacia él, de elevar nuestro amor, de vivir su experiencia de santidad.

¡Oh fidelidad y grandeza de Dios pactando con los humanos, enseñándonos lo que conduce a la vida! ¿No es esto amor? Y, ¿qué no merece este amor? ¡Oh, Dios!, si por entregarte en la ley esperaste ser respondido del hombre tan

íntegramente, es decir, esperaste el fruto que el eco de tu voz y tu ley habían hecho brotar en el corazón de tu pueblo, que fue la humildad y la disposición de obedecerte, no buscando la visión de tus grandezas sino el cumplimiento de tu voluntad, ¿qué no esperarás de nosotras en correspondencia a ese amor tuyo y elección tuya después de habernos dado a tu Hijo para acercarnos a ti, y como Modelo en el amor a ti? ¿Qué no esperarás de nosotras después de habernos adornado con tus gracias, después de habernos amado tanto, y ahora, después de haber escuchado esas palabras de amor que desde tu Cántico nos has dirigido?

Sin duda, hermanas, que han de producir en nuestro corazón esos ecos amorosos más cantidad de humildad, más deseo de fidelidad, más empeño por cumplir su voluntad, más encendido amor para amarle, más devoción para adorarle, más luz para conocerle, más generosidad para servirle, más entrega para vivirle, más verdad para reconocerle, más sinceridad para buscarle, más pureza para agradarle, más vacío propio para él llenarlo, que el que produjo en su Pueblo elegido. ¡Oh, si mi concepcionista tuviera siempre con su Dios y Esposo el mismo corazón que tuvo con él el día de la entrega, guardaría todos sus mandatos... guardaría la fidelidad a todo lo prometido, la fidelidad al pacto hecho con él el día de su profesión! ¡Oh, si no interrumpiera nunca la fidelidad con la Boca del Padre que es su Verbo, cómo le pediría sus besos, que es el Espíritu Santo, para más intensamente y con él buscar, para vivir ese amor, «las grietas de las peñas, los escondrijos escarpados» donde sólo mora el Amado y deseado Dios y Esposo! ¡Sería feliz! Pues eso es lo que busca el que nos creó, llevarnos a la plenitud de la felicidad, que es la plenitud de la santidad.

Vamos, pues, a ayudarnos a vivir con fidelidad nuestro amor, reflexionando un poco sobre ella, que es muy importante, ya que también hemos reflexionado sobre la fidelidad de Dios. Ahora vamos a ver cómo ha de ser la nuestra con él.

La fidelidad, ante todo, ha de ser constante: «Tú, pues, hijo mío, fortalécete con la gracia de Cristo Jesús; y las cosas que oíste... Soporta conmigo las fatigas, como buen soldado de Cristo. Quien se alista en la milicia no se entrega a los negocios de la vida, a fin de complacer a quien lo alistó. Y

el atleta no es coronado si no combate conforme a las leyes. El labrador que se fatiga es quien primero debe percibir los frutos. Medita lo que te digo, pues el Señor te dará la inteligencia de todo» (2 Tim 2,1-7).

Pero constancia, hermanas, con fervor, porque fidelidad es no perder el fervor primero, y si se pierde por fragilidad recuperarlo. Oigamos la voz del Esposo: «Escribe al ángel de la Iglesia de Éfeso: He aquí lo que dice el que tiene las siete estrellas, el que camina en medio de los siete candelabros de oro. Conozco tus obras, tus fatigas y tu constancia. Sé que no puedes soportar a los malos, que has puesto a prueba a los que se llaman apóstoles sin serlo, y los has encontrado mentirosos; que eres constante y que has sufrido por mi nombre sin desfallecer. Pero tengo esto contra ti: has perdido la caridad del principio. Acuérdate, pues, de dónde te has caído, arrepiéntete y vuelve a obrar como antes... El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios» (Ap 2,1-7).

¡Qué cerca está la fidelidad de la Vida, hermanas, de la vida divina, del paraíso de Dios! ¿Por qué? Porque fidelidad es amor con vida. Es decir, amor latiendo con la vida de Dios, que emana fidelidad. Escuchemos: «Al pasar junto a Yahvé, gritó: "Yahvé, Yahvé, Dios clemente y misericordioso, tardo a la ira y grande en benignidad y fidelidad; que extiende su bondad a mil generaciones... celoso es el nombre de Yahvé y él es un Dios celoso"» (Éx 34,6-14). Un Dios celoso y fiel que nos pide fervor en la fidelidad, entrega sincera a su amor fiel. Miremos con qué palabras nos lo dice:

«He aquí lo que dice el Amén, el Testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios. Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueses frío o caliente. Pero porque eres tibio... te voy a vomitar de mi boca. Estás diciendo: "Yo soy rico... y no sabes que eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres el oro purificado en el fuego, para enriquecerte; y vestiduras blancas para vestirte... y un colirio, para que unjas tus ojos y veas. Yo, al que amo, reprendo y castigo; ten, pues, celo y arrepiéntete. He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y

me abre, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo"» (Ap 3,14-20).

Os habréis dado cuenta, hermanas, de que lo que nos aconseja nuestro Esposo redentor es que compremos el oro, es decir, el amor puro de Dios purificado en el fuego de una sincera vuelta a él, de un sincero reconocimiento de nuestra miseria y ceguera y de una auténtica conversión a la vida de gracia, de santidad, que son las vestiduras blancas de que hemos de vestirnos para vivir nuestra fidelidad, que es abrirle siempre que nos llame para celebrar en amistad la cena amorosa, el ágape de la fidelidad, la liturgia del amor. ¿Os habéis dado cuenta también de cómo coincide este lenguaje divino con el que ya hemos reflexionado en el pasaje de Ezequiel? Está muy claro que el Señor quiere que nos esforcemos en vivir con fervor la fidelidad: «en el cumplimiento del deber no seáis perezosos; sed fervorosos de espíritu sirviendo al Señor» (Rom 12,11), nos dice nuevamente por san Pablo.

Y en otra ocasión, el Apóstol nos recuerda que la fidelidad ha de vivirse siempre y en toda ocasión. Dice: «en todo nos mostramos como ministros de Dios, con gran paciencia en las tribulaciones, necesidades, angustias, en los azotes, cárceles, sediciones, fatigas, vigilias, ayunos, en la castidad, ciencia, longanimidad, bondad en el Espíritu Santo, en caridad sincera» (2 Cor 6,4-6). Siempre, siempre, hermanas, aun en las mayores dificultades hemos de permanecer fieles al que nos amó y nos escogió. Que no hemos de contentarnos con consagrarle nuestro amor, sino que hemos de gastar nuestras energías y toda nuestra vida en elevarlo hasta el suyo, porque eso es vivir la vocación. Y dice san Pablo que lo que se pide a los llamados es la fidelidad (1 Cor 4,2).

¡Tanta importancia se da a la fidelidad, porque esta virtud las contiene todas! Ser fervientes en la fidelidad es ser fieles en la intensidad o heroicidad que el Esposo o la convivencia con *él* nos pide en el ejercicio de todas las virtudes. Pues no hemos de olvidar que es su experiencia de santidad y de amor lo que tratamos vivir con él, en intimidad esponsal, que es la mayor. Y hemos de esforzarnos en igualar costumbres, modo de pensar y de amar al suyo. No seamos groseras con él. No olvidemos, no, que nuestra vocación es vivir en amistad con

Dios, como nos lo está recordando constantemente el Cantar de los Cantares. Por eso, porque es una amistad nuestra vocación, la fidelidad ha de pasar a primer plano. De ella depende la victoria de nuestra «llamada», el triunfo y plenitud de nuestro amor.

Seamos, pues, fieles a nuestra vocación, hermanas, con pureza de corazón. Guardemos fidelidad al primer amor en toda su pureza y candidez, como niños. «Mirad que nadie os seduzca» (Col 2,4-13), nos advierte san Pablo, «sino buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; deleitaos en lo de arriba, no en las cosas de la tierra... Así pues, dejad muertos vuestros miembros a las cosas terrestres... despojaos del hombre viejo, con todas sus malas acciones, y revestíos del nuevo... conforme a la imagen del que lo ha creado...» (Col 3,1-17). Elevemos así nuestro amor, hermanas, hasta ese «ven, hermosa mía, amada mía, paloma mía», para abrirle nuestra alma al Amado en las «grietas de las peñas», en los «escarpados escondrijos». Así, alejadas de la malicia, porque eso es fidelidad, como digo, vinculémonos al Ser divino, a su Triple personalidad, a lo que es, y a su misterio.

Así, sí podremos mostrarle nuestro rostro, igual que nos muestra él el suyo al llamarnos a tanta fidelidad y elevado amor. Porque mostrar el rostro al Señor es mostrarle la pureza de nuestra alma, la que, como dije, debe reflejar su misma imagen. Y también podremos así dejarle oír nuestra voz según nos lo pide; porque la fidelidad, por una parte, establece conexión con su mundo divino, y nos facilita hablarle sin nada que lo entorpezca, que por eso nos ha dicho antes que hagamos nuestra morada en «las grietas de las peñas», en los «escarpados escondrijos». Este diálogo amoroso con el Amado hermoseará nuestro ser, que recuperará la imagen divina de Dios y le ayudará a mantenerla.

¡Oh, sí, hermanas!, «esforzaos más y más por asegurar vuestra vocación y elección... por encontraros sin mancha, sin culpa y en paz en presencia del Señor» (2 Pe 1,10; 3,14), porque la fidelidad nos procura esta paz en el divino amor, porque, como nos dice la divina Palabra: «existe un reposo reservado para el pueblo de Dios» —el reposo que viene después del esfuerzo

por mantener la fidelidad—. «Pues aquel que entre en el reposo de Dios descansará... de sus obras» (Heb 4,9-10).

El reposo que encontraron los justos que sirvieron al Señor, mejor, que lo amaron con el riesgo que la fidelidad exige, hasta la entrega de la propia vida, como sucedió a los siete hermanos Macabeos y a su madre (2 Mac 7,1-42) y tantos más que recoge la Biblia. Es digna de recordar aquí también la fidelidad de Rut: «No insistas más en que te deje, alejándome de ti; donde tú vayas, yo iré —dijo Rut a Noemí, su suegra—; donde tú habites, habitaré yo, tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios; donde tú mueras, yo moriré, y allí quiero ser enterrada. Que me castigue Dios si algo, fuera de la muerte, va a separarme de ti» (Rut 1,16-17).

Estas palabras, pronunciadas por fidelidad a una criatura, ¿no las merece el Señor? Más que todas las criaturas que han existido y existirán en la tierra, ¿verdad? Y, ¿no os recuerdan estas que dijimos en el capítulo de la «Consagración»: «Dime, tú, amado de mi corazón, dónde estás apacentando» para que yo apaciente donde tú apacientas, ame lo que tú amas, busque lo que tú buscas? Rut hizo lo que dijo y se olvidó de su pueblo, de su parentela y de su dios, y se quedó con su suegra. Y nosotras ¿vamos a faltarle a nuestro Dios, Señor, Padre, y Esposo redentor?

No, hermanas, no; eso sería dudar de nuestra vocación y traicionar la elección que hicimos de él. ¿No vemos que lo que nuestro amado Señor espera es que le demostremos, por la fidelidad, que le elegimos de verdad, que le dimos sincera y responsablemente nuestro corazón cuando él nos llamó? Por eso, porque cree en nuestro amor, porque ama nuestra fidelidad a él, vuelve a decirnos: «porque tu voz es dulce y tu rostro encantador» (Cant 2,14). ¡Oh, hermanas!, ¿qué corazón de hielo no se licuaría de amor ante estas palabras de Dios? Ésta es la voz del Esposo, éstos son los sentimientos del que nos llamó a su intimidad y confió en nuestro corazón.

«Por eso, dejando aparte la doctrina elemental... elevémonos a la doctrina perfecta» (Heb 6,1), a la del «amor perfecto», a la de la transformación en él, a la de la renuncia propia, a la de la fidelidad, que nos lleva a parecernos a Dios. «Es lo que vamos a hacer con el auxilio de Dios» (Heb 6,3).

Porque es imposible... para aquellos que una vez fueron iluminados, que gustaron el don celeste, que fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, que saborearon la dulzura de la Palabra de Dios y «las maravillas del mundo venidero» (Heb 6,4-5), es imposible, digo, que podamos hallar contento en las vaciedades y pesadumbre de las pasiones. Pero lo que sí es posible es que nos volvamos, como los insensatos Gálatas, «a otro evangelio» (Gál 1,6) de amor menos comprometido, y entonces, «renovarnos segunda vez por la penitencia», ya es más difícil (Heb 6,6) también a nosotras, hermanas, «aunque Dios no es injusto para olvidar nuestras buenas obras» (Heb 6,10).

Conociendo esto la Esposa del Cantar, es decir, conociendo el alma, humildemente, la propia fragilidad, teniendo siempre presente su pecado (Sal 50,5), pero, deseando responder con fidelidad y amor al Esposo, a esas palabras de ternura que le ha dirigido y de confianza en ella, prudente y discreta responde: «Cazadnos las raposas, las raposas pequeñas que estropean la viña, pues nuestras viñas están en flor» (Cant 2,15).

Parecería que a la voz del Esposo, que después de haber escuchado su voz tan amorosa, esas palabras de cariño y confianza «déjame oír tu voz... hermosa mía... muéstrame tu rostro...» parecería digo que la Esposa debería responder con palabras también de ternura como hace más abajo: «mi amado es mío»... pero no, sino que muestra su preocupación diciendo: «Cazadnos las raposas...». Y es que la Esposa, al ser requerida por Dios para que eleve más su amor hasta el suyo con esas palabras: «muéstrame tu rostro», estas mismas palabras se le han vuelto luz para su conciencia, y es por lo que ha visto que aún no está libre de enemigos, desatada de pasiones, pura en el amor puro que el trato tan íntimo con Dios le exige; ha visto que no vive aún con la fidelidad que debiera la experiencia de santidad del Esposo. Y, reconociendo su condición pecadora, pide que le «cacen las raposas, las raposas pequeñas que estropean la viña».

Dice «raposas pequeñas», porque en esta vivencia de amor ya consagrado por la profesión monástica, dispuesta el alma en su voluntad a poner el esfuerzo que requiere el logro de su perfección, que es subir esta etapa ascensional hacia la cumbre del Monte de la Concepción que nos eleva a más

parecido con el de Dios, el alma, digo, ya no debería tener grandes pasiones que estropeen estos brotes tiernos de santidad que son los deseos aquí referidos «viñas en flor», y que hacen la delicia del Esposo redentor, delicias que él expresa en ese vocablo: «amada, paloma, hermosa mía», sino «pequeñas raposas», pequeños desórdenes que ella pide al divino Espíritu que le ayude a quitar, pues que, ciertamente, pueden estropear toda la floración de santidad de nuestra morada interior, donde vive y ama Dios.

Así digo que nos enseña el Espíritu Santo, hermanas. Nos dice que responder a la llamada a más santidad a que nos invita el Señor con las palabras que antes nos ha dirigido es tomar más plena conciencia de que «la senda de Dios es santa» (Sal 76,14), y que como «nadie» puede creerse justo ante él, pues que esa misma boca —que nos ha llamado tan amorosamente hacia su Ser y Santidad— puede «condenarnos» (Job 9,20) porque tenemos manchas ante él, ya que «en culpa nacimos, que en pecado nos concibió nuestra madre» (Sal 50,7), quiere decirnos que en esto precisamente, en limpiarnos de nuestros pecados —que ahora son menores— consiste la vivencia del amor más puro con la santidad y el amor inefable de la Divinidad. Es, en definitiva, tomar más plena conciencia de la santidad de Dios, y de nuestra realidad pecadora, y de lo que tenemos que quitar de nosotras para dar el sí al amor y santidad del Esposo en esta etapa de nuestra vida espiritual. Y por esto es este deseo de la Esposa de limpiarse, de que le quiten las raposas pequeñas que interceptan la elevación hacia el amado Esposo y Dios.

Se impone, por tanto, queriendo responder a un Dios tan adorable y amante de nuestra alma, que entendamos cómo hemos de purificarnos o liberarnos de tantas «raposillas». Y para dar esta respuesta adecuada al amor divino del Esposo, convencidas ya de que hemos de eliminar todos los impedimentos que estropean nuestra viña espiritual según nos dice la misma divina Palabra en Ecl 5,2-7 vamos a bajar, de las delicias que pueden suponer para nosotras escuchar esas palabras amorosas del Señor, a nuestra realidad pecadora, que no sin gran propiedad el espíritu de Dios nos representa nuestras

pasiones y el pecado con la imagen de las raposas, que es la zorra que nosotras conocemos. Veamos.

Sabemos lo carnívora o destructora que es la zorra y el olor fétido que despide de sí, y que, viviendo en madrigueras o tejoneras abandonadas, campea de noche y persigue con astucia a la caza menor (liebres, perdices) e incluso a las aves del corral, pero que, faltándole este alimento, llega a alimentarse de insectos, caracoles y hasta de carroña. También de miel y de frutos. Por eso la Esposa dice que estropea las viñas que están en flor.

¡Oh, hermanas!, cuán propiamente nos describe el Espíritu Santo aquí las características del pecado y sus efectos en nosotras. Primero, el pecado despide de sí mal olor. Olor fétido, como la zorra, según nos dice su divina Palabra al hablar de él: como un «sepulcro abierto... veneno de áspides...» (Rom 3,13). «Hieden mis llagas y supuran debido a mi locura» (Sal 37,6). Y el divino Esposo redentor es aún más fuerte, pues llega a llamar a los que arrastran el pecado de hipocresía: «Raza de víboras, sepulcros blanqueados...» (Mt 23,27-28).

El pecado, como la zorra, tiene su madriguera en las tinieblas, en el error, por eso campea de noche, en la turbación. Así nos avisa la divina Palabra: «las aguas robadas son dulces... Pero el hombre no sabe que allí están las sombras de los muertos, y que los invitados de ellas están en las profundidades del seol» (Prov 9,17-18). Y es lo que hace Satanás moviendo nuestras pasiones y tendencias pecaminosas, lo hace con astucia y de noche, es decir, en las tinieblas y turbación que infunde con la tentación.

Y miremos, hermanas, cómo la zorra, aunque procura buena caza para su alimento, cuando no la tiene, llega a comer todo lo que se le ponga por delante, hasta carroña, que es lo más nauseabundo que puede darse. Es el mismo recorrido que tienen nuestras pequeñas pasiones, y así presenta Satanás el pecado, como un bien. Pero escuchemos la palabra de Dios que nos avisa de este engaño: «Hijo mío, si los pecadores quieren seducirte, no consientas... Si te dicen: Ven con nosotros... encontraremos toda clase de bienes... no los sigas... porque sus pies corren al mal» (Prov 1,10-16). Así nos sucede, que quizá con color de virtud y buscando el bien, que es

nuestra presa, cedemos en la observancia del bien, que pueden ser los mandamientos de Dios, de la Iglesia, o en la observancia monástica para nosotras, en la mortificación y en la oración, según *nos parece* por caridad; o al contrario, por amor a la observancia o celo amargo no soportamos lo que nos parece falta de observancia en las demás y faltamos a la caridad corrigiendo la falta indiscretamente. Comenzamos por bien, pero después, quizá por mantener nuestro criterio, terminamos mal. Terminamos, diría, alimentando nuestro orgullo o pereza o soberbia, con carroña, que es lo que se nos pone delante, como advertía san Pablo: «¡Oh, insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros? Habiendo comenzado en el Espíritu, ¿ahora termináis en carne?» (Gál 3,1-3).

Pues estas pequeñas imperfecciones o «pequeñas raposas» que pueden estorbar e impedir o incluso echar a perder el fruto de nuestra vida espiritual, que es la unión con el Esposo redentor, es lo que pide la Esposa que le cojan, que le quiten de en medio. Y nosotras es lo que entendemos que nos quiere decir el Espíritu Santo. Por eso, nuestra actitud ante la llamada divina a elevar nuestro amor más es la de la vigilancia: «Vigilad, permaneced en la fe, obrad varonilmente, sed fuertes. Haced todas vuestras cosas en caridad» (1 Cor 16,13-14).

Porque hay muchos modos de entender las cosas del espíritu, tantos, cuantos son los grados de la vida espiritual. Desde los primeros pasos que damos en ella, hasta los que se pueden dar en las últimas cimas de la santidad o unión con Dios. Pues nosotras, hermanas, vamos a apuntar alto. Vamos a procurar ver estas cosas con los ojos de Dios, pues nada haríamos si las mirásemos con los nuestros, y mucho mal si lo hacemos con los del mundo.

Oigamos a Dios una vez más ante el pecado: «... Todos, cuantos más eran, han pecado contra mí y han cambiado su gloria por la ignominia» (Os 4,1-7). Es lo que decía antes sobre la carroña. Y esto ha sido así porque «ha faltado el conocimiento de Dios en el país», según dice el versículo primero. Porque hemos preferido no complicarnos demasiado y nos hemos dado a mirar las cosas con nuestros ojos y así nos hemos convertido en presa de nosotras mismas o de Satanás. Así nos lo dice el Señor: «¿Es acaso Israel un esclavo,

un siervo nacido en casa para que se convirtiese en presa? ¿Y no te ha sucedido esto por haber abandonado a Yahvé tu Dios, cuando él te guiaba por el camino...? Date cuenta, comprende qué funesto es y qué amargo abandonar a Yahvé tu Dios» (Jer 2,14-19).

Sí, hermanas, olvidar que somos hijas, con un amor consagrado a nuestro Dios, un amor esponsal que nos orienta hacia la divina intimidad, puede hacernos caer en la esclavitud. Dejémonos guiar, pues, por el camino que nos lleva el Espíritu Santo en este Cantar de los Cantares, y atendamos a la delicadeza y pureza de conciencia que quiere que tengamos, y a la humildad, que nos muestra en el simbolismo de la Esposa que en él aparece.

Seamos así, como él nos llama, su «escogida», su «paloma». No nos hagamos «vulgares», porque «la turba prolífica de los impíos será sin provecho... Y aunque floreciera en ramos verdes... serán quebrados sus ramos aún tiernos; su fruto inútil, agraz para comer, para nada sirve» (Sab 4,3-5). No, no seamos así, que bien merece el esfuerzo de la fidelidad en todo, hasta en quitar esas «pequeñas raposas» con tal de aparecer «hermosas» ante quien nos quiere así. Miremos cómo nos dice: «Yo te había plantado de cepa generosa, toda de plantones legítimos»: Pero no demos ocasión a que nos diga: «¿Cómo te has convertido en planta degenerada de una viña bastarda?» (Jer 2,21).

Tomemos todo esto muy en serio, hermanas, tanto, que demos al traste con todo lo que no agrade al Esposo en nosotras, que si me entretengo tanto en esto es porque es muy importante, y así, lo que quizá a una no le pueda mover, pueda hacerlo en otra. De modo que todas encontremos en esto que os escribo impulso, con la gracia de Dios, para dejarlo todo, desprenderse de todo y correr decididamente hacia el amor puro y santificador del Esposo. Que eso será matar «las pequeñas raposas» que nos impiden llegar hasta el Amado o subir hasta la cumbre del Monte de la Concepción, hasta el amor perfecto.

Y así podremos decir con propiedad lo que el Espíritu Santo pone seguidamente en labios de la Esposa fiel: «Mi amado es mío y yo soy suya» (Cant 2,16a), porque nada hay

que separe ya la unión, la entrega, la posesión. La unión, digo. Porque las raposas ya han muerto. Porque ya con el afecto nada de las cosas de la tierra queda en el corazón de la concepcionista que no pueda unirse a Dios. Nada que nos impida consumar la entrega, es decir, que la muerte total a las cosas que desea el mundo está ya hecha. Y por ello nada impide que sea aceptada nuestra donación por el Esposo y que tome posesión plena de nuestro corazón, porque está vacío con el afecto de toda imperfección, «desposeído» del todo, para ser «poseído indiviso» por Dios. Limpio para el «que se apacienta entre lirios» (Cant 2,16b). Lleno de vida por el que dijo: «Yo he venido para que tengan vida y vida abundante» (Jn 10,10).

¡Hermanas, no queramos nunca contentarnos con una partecita raquítica de esta Vida, manteniendo nuestros pequeños defectos, no! Porque esto es hacernos daño a nosotras mismas, y lo que Jesús quiere es que tengamos más fuerte experiencia de su amor, de ese amor que nos dio la vida, y lleguemos a ser vida en Dios para los demás. Que podamos, en realidad, decir: «Mi amado es mío y yo soy suya».

Y miremos también, hermanas, que la intimidad con el Señor: ser del Amado y el Amado nuestro que es tener parte en su amor, en su vida, en su santidad y en su Reino, conlleva también tener parte en sus sufrimientos, en su gracia y en su gloria, tanto cuanto sea la participación que tengamos en su intimidad. Siempre es de Dios la predestinación, hermanas queridas, y cuando el Padre ha dispuesto que seamos muy allegadas a su Hijo, tanto que podamos decir: «Mi amado es mío», dispone grandes sufrimientos en nuestra vida para más purificarnos y asemejarnos a él y poder así efectuar la unión verdadera (Mc 10,35-45). Porque no olvidemos que hemos de decir: «Mi amado es para mí» tal cual es, Hombre y Dios, «Sometido» y «Dominador», «Crucificado» y «Glorioso», «Despreciado» y «Deseado» de las Naciones, pobre, casto, virgen, humillado.

Miremos, por tanto, si estamos acertadas cuando rechazamos el sufrimiento, la renuncia, la incomprensión, la humillación. No. Ni estamos acertadas ni estamos amando al que decimos que es nuestro amado y que somos suyas. Porque eso

no es amor sino infidelidad. No olvidemos que su «vida es para la redención de muchos» (Mc 14,24) y participarla en el grado de intimidad esponsalicia a que somos «llamadas» es correr la suerte de él, es aceptar todo sufrimiento, vencimiento, renuncia y esfuerzo que la fidelidad a él nos exige, y arrimarlo al suyo para que él siga siendo desde nosotras redención para muchos. Y así habrá continuidad de su espíritu redentor en la Iglesia. Que por eso hemos de tener sobre nuestro duro lecho la inscripción: «Tu vida ha de ser redención para los demás».

Por aquí hemos de ir, hermanas. Esto es hacerle nuestro a nuestro Esposo redentor, porque así hace él para «hacernos» suyas. Miremos cómo y cuán amorosamente él lo hace. Miremos cómo nos ama pues que llega hasta hacer de su divinidad «calzada» para nosotras, para que pisando por ella hagamos nuestro retorno al Padre. Él entero se humilla, se despoja de su rango divino, se hace hombre y se hace así «camino», «calzada» para que nosotras vayamos al Padre. Porque realmente el que nace humillado y despojado, y humillado y despojado muere, es Dios y Hombre al mismo tiempo. Es decir, que se sirve de su humanidad para hacer que su divinidad, que es donde reside la fuente de la santidad, nos sirva de calzada para la transformación en él, durante nuestro regreso al Padre.

Y aún más, que, hecho hombre, no sólo se hizo camino, sino que se hace Pastor nuestro para guiarnos, cuidarnos y librarnos de todo mal en nuestro trayecto hacia el Padre. ¡Y con qué amor y solicitud lo hace! «A cada una nos llama por nuestro nombre» (Jn 10,3) para sacarnos de nuestro desorden. Y «va delante de nosotras» (Jn 10,4) con su ejemplo y amor, para enseñarnos cómo hemos de santificarnos. Y su corazón abierto lo hace puerta para que pasemos al Padre (Jn 10,7). Y de su Cuerpo y Sangre, pasto para que tengamos el alimento y fuerza necesarios para llegar al final del camino. ¿Es esto amor?

Y así nos dice que «quien entra por mí se salvará; entrará y saldrá y encontrará pastos» (Jn 10,9). ¡Oh, cómo ha de dilatarse el corazón de la concepcionista y de toda alma y ha de servirle de solaz, de descanso, de fiesta, este amor de su redentor y Esposo! Todo él se nos ofrece como un mar sin riberas para que bebamos la vida de la divinidad, pues para

ello arriesgó él su vida (Jn 10,11), y la dio (Jn 10,15) para librarnos del lobo infernal. Verdaderamente, que «mi amado es para mí», ¡Oh, con qué verdad podemos decirlo!

«Seguirle», «conocerle» ha de ser nuestra mayor gloria en este peregrinaje nuestro, y atender su voz (Jn 10,3-4). Él es nuestro buen Pastor (Jn 10,11) puesto al servicio nuestro, que nos da la seguridad de su amor y el del Padre y la eterna bienaventuranza, porque, si nos llama a tan alto amor, es porque nos tiene por suyas (Jn 10,27-30). Y nadie nos arrebatará de él si nosotras no nos marchamos. Así nos asegura la salvación, la posesión de su amor y el del Padre eternamente porque los dos son una sola cosa (Jn 10,30).

Así nos hace suyas nuestro amado Jesús y Esposo redentor. ¿De qué manera, pues, vamos a hacerle a él nuestro y vamos a dar nuestra vida por los demás? No de otro, hermanas, que del que hemos dicho, con mucha pureza y santidad. Miremos que «él apacienta su rebaño entre los lirios» (Cant 2,16b). Recordemos el capítulo de la vocación o «Consagración», para que apacentemos donde él apacienta y lo que él apacienta, la humillación, la inmolación, la regeneración de nuestro ser íntegro, y eso «entre lirios», es decir, entre pureza y santidad, pureza de corazón e intención, y mucha santidad de vida aun en las cosas pequeñas, en la observancia monástica.

Y esto hagámoslo, hermanas, con *esperanza:* «Mientras sopla la brisa del día» que es el amor sereno y dulcísimo del Amado, «y las sombras se desvanecen» (Cant 2,17), es decir, cuando las dudas de poder decir con toda propiedad que «mi amado es mío y yo soy suya» hayan desaparecido, porque nos hayamos dejado desapropiar el corazón por él, y la brisa de su amor dulcísimo embriague nuestro ser impulsándolo a correr tras de su amor, fortalecidas por el Espíritu amoroso, que nos hace dejar todo defecto atrás hasta dar alcance a ese Amado de nuestro corazón; que por hacerlo desde nuestra miseria, entendiendo la distancia que hay entre su experiencia de santidad y la nuestra, el mismo Espíritu Santo se hace gemido en nuestro corazón para decirle: «vuelve, amado mío». Sí, vuelve tu rostro y tu amor redentor hacia nuestra pequeñez una vez más, vuelve amorosamente, «sé como la gacela o el joven cervatillo en los montes perfumados» (Cant 2,17b). Sí, hermanas, que nada im-

pida poder repetírselo constantemente con amor ardiente, con amor purificado, porque somos ya sólo de él y él quiere oír nuestra voz, ver nuestro deseo amoroso de santidad para vivirla en los montes perfumados donde no existe el pecado. Montes hollados sólo por Dios, por su santidad inefable, de donde brotan los perfumes que embriagan de delicias divinas... que son su presencia sentida, los goces divinos y amores purísimos que espiritualizan el ser total del hombre, lo endiosan, lo deifican, lo unifican con Dios. Ven, ven, amado mío, vuélvete hacia mí, le decimos, y ayúdame a subir a estos montes perfumados de la Concepción pura. ¡Ven, como un cervatillo ágil y bello, a deificarnos con tu espíritu filial, a embellecernos con tus méritos redentores; a saciarnos con tu amor dulcísimo, o adorable Trinidad, belleza inacabable!

¡Oh!, ¡qué razón tenía la Esposa en pedir que le «cazasen las raposas» —las mínimas imperfecciones— a fin de que nada ni nadie le impidiese llegar a estos montes perfumados o Monte santo de la Concepción, donde se haría realidad la unión con su amado Dios creador y redentor!

Éste es el premio a la fidelidad de la concepcionista, y éste el de la fidelidad misma de su Esposo a ella, su amor. Que es descanso a su esfuerzo, reposo a su fatiga, paga a sus desvelos. Así le dice él: «Por haber escuchado estos mandamientos, haberlos guardado y puesto en práctica, Yahvé, tu Dios, mantendrá contigo la alianza y la misericordia que juró a tus padres. Te amará, te bendecirá, te multiplicará...» (Dt 7,12-16). Análogas palabras a estas otras que ya hemos reflexionado y que las superan: «Si alguno me ama, guardará mi doctrina, y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23).

Sí, hermanas, guardando la doctrina de su Hijo, el Padre volverá a bendecir su imagen y semejanza en nosotras vuelta a su resplandor primigenio por la vivencia evangélica que nos hace ser templo, morada (1 Cor 3,16), delicia de Dios (Prov 8,31). ¡Oh, palabras divinas que llenarán nuestra alma de gozo y deleites inefables, pagando con exceso nuestro esfuerzo por vivirlas! ¡Oh, dulces ecos que se perciben en estos «montes perfumados» por la santidad de Dios y por la de su Purísima y santa Madre.

¡Oh, ecos adorables, que regocijarán nuestro espíritu al escuchar: «por haberlos guardado», por «guardar mi doctrina»! Ecos divinos que hacen que todo sea armonía y gozo. Donde el Esposo busca, enamorado del reflejo de la santidad que encuentra en la esposa, en la concepcionista fiel, la compañía y presencia de ella (Cant 8,13). ¡Deja que te oiga!, le dice. Son las delicias que hace al Esposo nuestra fidelidad, hermanas queridas. Las delicias que emanan de nuestro amor fuerte, del esfuerzo que hemos puesto en vivir por él y sólo para él, de limpiarnos y soltarnos del mundo y sus cosas por él, de purificarnos. Sí, hermanas, que él nos pueda repetir cuanto él lo desee: «déjame oír tu voz, porque tu voz es dulce y tu rostro encantador» (Cant 2,14).

Y miremos, hermanas, cómo hemos de recordar aquí al Esposo. Os lo recuerdo de nuevo: «como una gacela o un joven cervatillo», con su espíritu filial, hecho amor al Padre y a los hombres, hecho aires de Paraíso, hecho Vida vuelta al Padre, hecho Senda para todos, hecho Luz y Camino y Verdad y Vida en estos montes perfumados de santidad, para que los hollemos nosotros los humanos también, y nos unamos así al amor puro y limpio de nuestro Origen, Padre, Dios, Esposo redentor y Amante santificador. Amén.

Y, como tórtola enamorada, éste ha de ser el arrullo constante del corazón de la concepcionista y de toda alma, el canto de amor al Esposo que le recuerde cuanto hemos reflexionado en este capítulo:

Me brota del corazón un poema bello,
recito mis versos a un rey;
mi lengua es ágil pluma de escribano.

Eres el más bello de los hombres,
en tus labios se derrama la gracia,
el Señor te bendice eternamente.

Cíñete al flanco la espada, valiente:
es tu gala y tu orgullo;
cabalga victorioso por la verdad y la justicia,
tu diestra te enseñe a realizar proezas.
Tus flechas son agudas, los pueblos se te rinden,
se acobardan los enemigos del rey.

Tu trono, oh Dios, permanece para siempre,
cetro de rectitud es tu cetro real;

has amado la justicia y odiado la impiedad:
por eso el Señor, tu Dios, te ha ungido
con aceite de júbilo
entre todos tus compañeros.

A mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos,
desde los palacios de marfiles te deleitan las arpas.
Hijas de reyes salen a tu encuentro,
de pie a tu derecha está la reina,
enjoyada con oro de Ofir.

Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna;
prendado está el rey de tu belleza:
póstrate ante él, que él es tu señor.
La ciudad de Tiro viene con regalos,
los pueblos más ricos buscan tu favor.

Ya entra la princesa, bellísima,
vestida de perlas y brocado;
la llevan ante el rey, con séquito de vírgenes,
la siguen sus compañeras:
las traen entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real.

«A cambio de tus padres, tendrás hijos,
que nombrarás príncipes por toda la tierra.»

Quiero hacer memorable tu nombre
por generaciones y generaciones,
y los pueblos te alabarán
por los siglos de los siglos.

(Salmo 44)

Éste sea nuestro deseo ferviente, hermanas queridas, hacer memorable el nombre de nuestro Esposo redentor y Dios amado. Hacer su nombre memorable por todas las generaciones, para que los pueblos le alaben por los siglos de los siglos. Amén. Amén, Hermanas, Amén.

DESPOJO CONCEPCIONISTA-POBREZA

> «Vinculadas fuertemente al canto del Magníficat de María, y deseando vivirlo, consideramos que nuestra riqueza está en Dios nuestro Salvador, y que, vaciándonos de todo lo que no es él o nos lleva a él, facilitamos desde nuestro interior el cambio de nuestro ser en el divino, día a día, hasta llegar a la plena libertad en la que Dios nos creó.
>
> Situadas así, mediante María, en la misma entraña redentora del despojo de Cristo, cuyo espíritu, tan vacío de las cosas cuanto estaba lleno de Dios pide correspondencia a nuestro espíritu concepcionista, manifestamos el deseo de despojo interno, con el externo. Exceptuando el hábito que llevamos puesto y las prendas de uso más imprescindibles, nada tenemos bajo nuestro dominio. Nada en celdas, refectorio ni oficinas.
>
> Además de la pobreza personal, la comunitaria la practicamos haciendo que cada bimestre, al rendir las cuentas de la administración, repartimos el sobrante entre los necesitados, las Misiones u otras necesidades de la Iglesia» (Est 2,17-20).

Ésta es nuestra pobreza afectiva y efectiva, hermanas queridas. Éste, nuestro despojo concepcionista, que nos vincula estrechamente al corazón amorosamente desprendido de María Inmaculada que ella canta en su Magníficat, y que con ternura maternal quiere darnos a experimentar, llevándonos, como de la mano, a la misma entraña del despojo redentor de su Hijo amado, que evoca el seno del Padre, dejado por él para encarnarse en nuestra pobreza humana, compartiéndola, para así liberarnos de las tres pobrezas en las que nos había sumido el pecado original.

Primera, de la pobreza o carencia que teníamos de *Dios* al estar desvinculadas de esa Fuente divina de riqueza espiritual que es Dios mismo. Segunda, de la pobreza o carencia de *libertad* a la que nos había abocado Satanás haciéndonos esclavos del pecado y de la materia. Y tercera, de la pobreza *moral,* en la que, consecuentemente, se desenvolvía nuestra vida, atada a nuestro propio egoísmo, impidiéndonos por ello vivir el amor

compartiendo con los demás nuestros bienes espirituales y materiales y nuestras capacidades.

De esta triple pobreza nos quieren liberar nuestras Constituciones y Estatutos situándonos en el espíritu del Magníficat de nuestra Madre Inmaculada, impulsándonos con ello a subir un nuevo ascenso en el Monte santo de la Concepción, configurando así nuestra personalidad espiritual.

Primero hemos regenerado nuestro ser, como vimos anteriormente, regenerando nuestra voluntad al vincularla con la divina. Después hemos regenerado nuestro amor al consagrarlo al divino y a su modo de amar. Y ahora, nos regeneramos en el modo de usar la creación y los dones personales recibidos de Dios. Así hacemos esta escalada al Monte de la Concepción, acercándonos un paso más a la santidad original de María, que nos lleva a la santidad de nuestro origen.

Y lo hacemos, hermanas queridas, como he dicho antes, con el espíritu del corazón pobre de María que canta su «Magnificat». Ese espíritu de pobre de Yahvé que no tiene más grandeza que vivir colgada de la de su Dios: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador». Que no tiene más riqueza que la de reconocer y proclamar su pequeñez ante su Poderoso Señor: «Porque ha mirado la humildad de su esclava». Que recibe y acepta todo lo de su Dios como un don: «Desde ahora me felicitarán las generaciones». Cuyo descanso y paz está en el Dios que «se acuerda de su misericordia y la derrama de generación en generación». Y su abundancia es el Dios que «derriba del trono a los poderosos, levanta a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1,46-55). Que no tiene más gozo, exultación y justicia que la de acoger en su corazón la Palabra creadora de Dios, «cuyo nombre es santo», y vivir entregada a su acción salvadora: «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

Éste es el espíritu del Magníficat con el que hemos de vivir nuestra dependencia de Dios en el uso de las cosas, nuestra despreocupación por los bienes de este mundo y preocupación, en cambio, por los de Dios. Éste es el espíritu. La práctica nos la dan los ejemplos, la vida y doctrina de su Hijo divino, nuestro Esposo redentor. Pues no podemos dudar, her-

manas mías, de que la pobreza de Cristo, inicialmente, está imbuida de este espíritu bíblico, pues fue él quien lo inspiró. Y quien la llevó a plenitud con su vida, obras y doctrina.

Ejemplo lo tenemos en diversos pasajes del Evangelio, o mejor, a lo largo de todo él. Por ejemplo, cuando nos manifiesta cómo su despojada vida la ha gastado toda ella en glorificar y vivir para el Padre: «Yo te glorifiqué en la tierra, llevando a término la obra que me encomendaste» (Jn 17,4). Cuando nos *revela la dependencia* que tiene y hemos de tener con nuestro Dios enseñándonos a llamarle Padre: «Vosotros rezad así: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre...» (Mt 6,9-13). Cuando le *glorifica* por la *salvación* que concede a los humildes: «En aquel momento, lleno de gozo bajo la acción del Espíritu Santo, dijo: Yo te alabo, Padre, señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los hombres sabios y a los entendidos, y se las has manifestado a los sencillos. Sí, Padre, porque así has querido» (Lc 10,21). Cuando *proclama la misericordia* del Padre y nos dice que le imitemos: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36). Cuando se nos presenta como *el «pobre de Yahvé»* que no tiene dónde reclinar su cabeza: «Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (Lc 9,58). Cuando dice que *nuestra mayor libertad y riqueza* es buscar el reino de Dios, y lo demás se nos dará por añadidura: «No os angustiéis buscando qué comer o qué beber. Por todas esas cosas se afanan los paganos. Vuestro Padre ya sabe que las necesitáis. Buscad su reino, y todo eso se os dará por añadidura» (Lc 12,29-31). Cuando se nos manifiesta soberanamente *libre de* toda *ambición* y *poder*. «Surgió también una discusión entre ellos sobre quién debía ser considerado como el más grande. Él les dijo: "Los reyes de las naciones las tiranizan y sus príncipes reciben el nombre de bienhechores. Entre vosotros no ha de ser así, sino que el mayor entre vosotros será como el más joven, y el que mande como el que sirve"» (Lc 22,24-26). Y cuando se nos manifiesta *libre* frente a los hombres: «Un fariseo lo invitó a comer con él. Jesús entró y se puso a la mesa. El fariseo se extrañó al ver que no se había lavado antes de comer. Pero el Señor le dijo: "Vosotros

los fariseos limpiáis por fuera la copa y el plato, pero vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad"» (Lc 11,37-39).

Y, en fin, cuando se nos manifiesta libre también ante las cosas: «No os inquietéis por vuestra vida, por lo que comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué vestiréis. Porque la vida es más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Mirad los cuervos: No siembran, ni siegan, no tienen despensas ni graneros y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que los pájaros! ¿Quién de vosotros, a fuerza de cavilar, puede añadir un codo a su estatura? Si no podéis ni las cosas más pequeñas, ¿a qué preocuparse de las demás? Mirad los lirios del campo cómo crecen; no trabajan, ni hilan, y os aseguro que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como ninguno de ellos. Pues si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana se la arroja al fuego, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?» (Lc 12,22-28).

Todo este espíritu y práctica es el que da forma a nuestra pobreza y despojo concepcionista, como veremos adelante. Ahora vamos a ver cómo nos la encauza el Espíritu en esta altura de nuestra consagración monástica, desde el Cantar de los Cantares. Y nos dice siguiendo el texto: «En mi lecho por la noche, busqué al amado de mi corazón; lo busqué y no lo encontré» (Cant 3,1).

Al leerlo, en principio me pareció que no iba a tener aplicación para nuestro voto de pobreza, y que tendría que buscar otro texto del mismo Cantar interrumpiendo el propósito que me había formulado de explicar nuestro itinerario de consagración monástica siguiendo el del Cantar de los Cantares. Pero nada más que comencé a meditarlo entendí que, para adquirir la pobreza de espíritu o despojo concepcionista, íntegramente, desde su raíz, nos viene como anillo al dedo.

Porque, si lo que queremos es fundamentar nuestro despojo concepcionista en las mismas raíces del espíritu de Cristo y de María, es por aquí por donde lo hace Dios. Pues ninguno mejor que este texto nos presenta la acción de Dios despojando a nuestra alma hasta de los más íntimos y espirituales apegos, para desprendernos de toda atadura que impida lanzarnos hacia él y su amor perfecto, hacia el perfecto abandono en él.

Porque, como veremos, en este versículo el Espíritu Santo quiere liberarnos de todo atisbo de «posesión». Es la meta de la liberación cristiana o pobreza de espíritu. Y así, hace desprenderse a la Esposa del disfrute de los legítimos frutos de su «conversión», «consagración», «obediencia» y «castidad» que, lógicamente vividos de corazón y con fidelidad, nos traen las inefables delicias de la paz y amor divino y sus consuelos. Pero mal gozados nos pueden separar de él.

Y pidiéndonos el desprendimiento de estos bienes tan sobrenaturales, digo el disfrute de ellos desde nuestra receptividad humana, nos está primero indicando cómo nos quiere de desprendidas no sólo materialmente sino también espiritualmente, porque, si conseguimos el desprendimiento espiritual, el material viene de la mano. Y al mismo tiempo nos está enseñando a gozar esos bienes sobrenaturales y materiales con el espíritu desprendido de Cristo, desde su despojo. El Espíritu Santo es así. La santidad es así. El despojo de Cristo es así, total. Como lo asumió en la Cruz. Como lo vivió María.

Ciertamente que es muy elevado el despojo que nos pide el Espíritu Santo aquí. Sucede como en el primer versículo del Cantar: «Béseme con los besos de su boca», que decíamos ser el modo más elevado con el que Dios nos llama a su amor. Comienza desde muy alto, cierto, pero es que él siempre enseña e impulsa a la virtud desde él mismo. Y así aquí, al pedirnos el desprendimiento de sus consuelos, nos está llamando a la práctica de la perfecta pobreza de espíritu evangélico.

Porque si conseguimos desnudarnos de toda afición y posesión de estos bienes espirituales, repito, ¿cuán lejos no quedarán de nuestro corazón las demás cosas de la tierra? Es como mejor puede el Esposo redentor hacer en nosotras el despegue de los bienes efímeros. Es como poner dentro de nuestra alma la fuente de la libertad espiritual haciéndonos adquirir un corazón libre de toda atadura que no necesita apoyos y gustos sensibles para amar, sino que la razón de su amor es sólo Dios, su Ser, su Amor. Es la altura de despojo del «Magnificat». ¡Pobres en el espíritu!

Reflexionemos, pues, este versículo del Cantar. Dice la Esposa: «En mi lecho, por la noche, busqué al amado de mi corazón; lo busqué pero no lo encontré» (Cant 3,1). Y com-

parémoslo con este otro del Magníficat: «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humilde condición de su sierva» (Lc 1,46-48).

Los dos están pronunciados después de la recepción de abundantes gracias divinas. La Esposa lo dice después de haber oído del Esposo palabras como éstas: «amada mía», «hermosa mía», «paloma mía», «ven, muéstrame tu rostro, déjame oír tu voz... tu voz dulce, tu rostro encantador». María las pronuncia después de haber concebido en su seno al mismo Verbo de Dios. Gracia inmensamente más soberana, única, irrepetible, que toda otra gracia recibida por la Esposa.

Y miremos, hermanas queridas, que la reacción de ambas es distinta. La Esposa, atado su espíritu y afición a los bienes espirituales que le parece debe gozar en recompensa a su entrega y amor al Esposo, busca su propia satisfacción, aunque sea espiritual. María, en cambio, grávida de Dios, desbordando gracia y santidad, se olvida de sí arrebatada por el Espíritu divino que le hace pensar y actuar como Dios piensa y actúa, entregándose al amor y servicio de los demás. Veámoslo.

La Esposa, en su lecho, busca a su amado. Aquí la vemos encerrada en sí misma, buscando gozar el amor y predilección de su Dios y Esposo. Y por eso no lo encuentra, porque se quedó en su propio egoísmo. Se equivocó la Esposa. Buscó a su amado donde no está, en *su lecho,* en su descanso o egoísmo. Pero ¿cuál es su verdadero lecho? ¿No es Dios, Origen y Causa de nuestro ser, nuestro lecho verdadero y donde debería estar y buscarle la Esposa para encontrarle y no en el suyo, que es de pecado, y mal puede encontrarse ahí al Esposo celestial, que es todo santidad?

En cambio María, no se queda en sí, sino que sale de sí misma para glorificar a Dios su Salvador, después de prestarse a los oficios de sierva de los demás (Lc 1,39-40 y 56). Buscó a su Dios, en su verdadero lecho, y lo encontró. Lo encontró porque estaba en él y, aunque no buscó gozar sus consuelos ni el descanso que merecía su virtud, se vio en recompensa inundada de nuevo por la gracia de Dios. «¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme?» (Lc 1,43), le dijo su prima Isabel, al encontrarse con Ella.

Y miremos también que la Esposa, no encontrando a su amado, sale a buscarle... Ella sigue encerrada en sí y, sin darse cuenta de ello, va buscando los consuelos de Dios. De noche, que es la noche del propio egoísmo, o más exacto, es el egoísmo quien hace noche en nuestra alma porque el egoísmo es oscuridad, falta de luz o enfoque divino. De noche digo, sale a buscar a su amado. Al menos ha entendido que en su lecho no puede estar él. Y que él se ha ido porque quiere que buscándole salga, al fin, de sí misma. Y sale. Pero sale para buscarle en beneficio propio. Éste es nuestro peligro.

En cambio, María, que es decir la perfección a quien hemos de imitar, no se detiene a gozar la gloria y delicias de su maternidad divina, sino que se puso aprisa en camino, repito, (Lc 1,39-44) no para su propio beneficio, sino pensando en el de los demás. Dejó su paz y descanso, y salió de sí para buscar no a Dios, sino el fruto de Dios, el fruto del amor divino a ella, y el de ella a Dios, que es la caridad. Y este olvido de sí, y este esfuerzo de amor dio su fruto: la santificación de Juan en el seno de Isabel. Éste es el fruto que el Esposo busca y espera que demos de las gracias y dones que nos concede, no que nos quedemos gozándolos.

Y de aquí ha de nacer el desprendimiento que de los demás gustos y cosas hemos de tener. Las dos reacciones que hemos reflexionado de nuestra Madre María y de la Esposa ante los dones de Dios, son la expresión de dos realidades distintas, en las que quiere el Espíritu que meditemos y que tomemos muy en cuenta. Una de perfección y otra de imperfección. La de perfección para imitarla. La de imperfección para evitarla.

Tan santas nos quiere el Señor, hermanas queridas. Y así, con tanto cariño y tan delicadamente y con tanto empeño nos enseña y nos purifica. Él no ha olvidado nuestros desprendimientos y despojos anteriores, pero ahora, en esta nueva escalada al Monte de la Concepción, nos exige más, un paso más en el despojo interior para que no se nos agarre ahora al espíritu el deseo de posesión. El Esposo redentor quiere que vayamos avanzando. Quiere que este «ser» y «hacer» nuestro que le hemos consagrado, que es nuestra voluntad y amor, queden desnudos de toda afición, preparándolo así, por medio del desprendimiento evangélico y mariano más perfecto posible,

a la verdadera búsqueda y unión con el Amado, que produce frutos de santidad; no que alimente propios egoísmos. Que esto sería un gran mal para nuestro espíritu. Y así conseguimos el fruto espiritual de la primera pobreza que dijimos.

Por eso, saber renunciar a esos gustos del espíritu, que es de donde arranca el verdadero desprendimiento evangélico, según nos dijo Jesús: «bienaventurados los pobres de espíritu» (Mt 5,3), es prepararnos a los grandes desprendimientos evangélicos que nos piden nuestros Estatutos y Constituciones. Que es, no buscar a Dios en nuestro lecho bastardo, pecador, sino en nuestro lecho legítimo y santo, que es Dios nuestro Creador. Como María. Donde en verdad se le encuentra. Buscarle en el ejercicio del amor.

Creo, hermanas, que conseguir esto necesita, como todas las grandes opciones, un aprendizaje, un convencimiento. Venimos de un mundo muy materializado, de una sociedad de consumo, que nos marca. Necesitamos dar un giro de 180 grados para entender el espíritu de nuestro Esposo redentor y la razón de la pobreza. La razón de optar por ser pobres de espíritu.

Necesitamos *entender* muy mucho que la razón de la pobreza o desprendimiento evangélico está en que las riquezas apetecidas ahogan el espíritu; ahogan o debilitan la necesidad de Dios que llevamos en el corazón, y atrofian nuestra capacidad vital y espiritual para saborear las cosas del espíritu, en Dios.

Pues estima poco a Dios el que espera poco de él. Y espera poco de él el que siente su corazón saciado de las cosas o riquezas que apetece. ¡Qué desgracia trae la abundancia si no se sabe estar en ella con libertad evangélica! Es un peligro. Nos separa de Dios y, consecuentemente, nos separa de todas las virtudes. Nos hace soberbios, autosuficientes, descreídos y desnaturalizados, duros y cerrados ante el necesitado.

Sí, hermanas queridas, porque el dinero es un soporte para el ser humano. Si éste no está redimido por la asimilación del espíritu y obras del Redentor, las riquezas y el apego a ellas agrandan el mal que llevamos dentro. Acentúan el distanciamiento de Dios. Al dominar nuestro corazón el dinero, le hace más y más egoísta, más ávido de tener más para disfrutar más, para ser más. Y esto acentúa su tendencia a dominar a los

demás, su prepotencia sobre el débil. Nos enfrentamos a Dios, que «levanta a los humildes...» (Lc 1,52).

Al desenvolverse nuestra vida en la opulencia, confort y comodidad, se nos va secando el humanismo, la capacidad de acercarnos a los demás, de contactar y sentir con el que sufre. Como no se tiene experiencia de lo que es necesidad, hambre, falta de lo más necesario, nuestra vida se hace extraña al mundo de la pobreza. No la conocemos. Y como no es posible amar lo que no se conoce, no amamos ni estimamos al pobre. ¡Gran desgracia! Así me decía, hermanas, no hace mucho, una persona que vivía en la abundancia: «En España todos somos millonarios», ¡error! Y esto le cerraba la inquietud de buscar al pobre y conocer su necesidad.

No quiero decir que esto les suceda a todos los ricos, no. Ejemplo de ello tenemos. Pero sí, en cambio, tienen que evitar este peligro los que desean vivir en cristiano. Tienen que tener, o mejor, tenemos que tener una lucha constante para que no se nos pegue el amor al dinero, que traería todos los demás males detrás. Siempre hemos de estar luchando, porque siempre nos está acechando el peligro de pegarse algo a nuestro corazón. Por eso ¡qué gran don de Dios es, para entrar en este mundo divino de la santidad y bondad, la pobreza afectiva y efectiva! Ese desarraigo total de todo cuanto nos haga creer que somos algo. Yo he puesto aquí el ejemplo del dinero, pero también nos puede hacer todo este mal y aún más otras riquezas de orden intelectual o afectivo. Desarraigo, desnudez en el espíritu, pues, de todo cuanto nos haga creernos superiores a las demás. ¡Pobreza de espíritu también en nuestros juicios para poder contactar, comprender y acoger en la abundancia de nuestro corazón las necesidades morales de los demás! «Dios sacia de bienes a los hambrientos...» (Lc 1,53).

He dicho que a todo este mal nos puede empujar el apego a las cosas creadas, a las riquezas o a todo cuanto puede alimentar nuestro egoísmo. Y puede hacer fracasar la perfección en el seguimiento de nuestro divino Esposo y redentor en grados, según sea nuestro apego. Y todo este mal comienza por el apego a las riquezas, según nos dice nuestro divino Maestro, y nos puede dañar, hermanas queridas, aunque tengamos el voto de pobreza, si nos confiamos y descuidamos

su práctica como es. Pues este fin tiene el voto de pobreza: liberar nuestro corazón de todo lo que sea apego a cuanto no es Dios, aunque sean, también como nos ha dicho el Espíritu, los consuelos y dones de Dios. ¡Tan alto pide llegar el Señor!

Veamos, para nuestra enseñanza, el pasaje del joven rico (Mt 19,16-26). ¡Oh, qué enseñanzas más profundas contiene! El joven manifiesta a Jesús el impulso que siente en su interior de hacer algo bueno. Es el toque divino que descansa en su alma, que es huella de su creación y de su Creador y que le hace desear la eternidad despegándole de la tierra, y le hace preguntar: «Maestro, ¿qué haré yo de bueno para obtener la vida eterna? Díjole él: ¿Qué me preguntas acerca de lo que es bueno? Uno solo es bueno».

Jesús le está diciendo que sólo Dios es bueno, sólo Dios. Bien por esencia, Causa del bien. No esas riquezas que después le va a pedir si se quiere hacer seguidor del Bien, de eso bueno que desea hacer y por el que está preguntando. Pero Jesús entiende qué es estar apegado a las cosas, y entra despacio en el corazón del joven. Le dice: «Pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos...». Esto es ya bueno. Y por esto, porque es bueno y los ha guardado, el joven siente ahora, con más facilidad, el impulso hacia la vocación más comprometida, más cercana del Bien; siente la vocación, el deseo de ir tras la eternidad de las cosas, que son las del espíritu, no tras lo efímero de ellas, que es la materia.

La observancia de los mandamientos divinos le han hecho entrar en el reino de la vida y de la bondad, por la aceptación de la voluntad del que es el Bien sumo. Pero si quieres llevar a la máxima perfección este camino de vida y bondad, «si quieres ser perfecto», le dice Jesús, «anda», que equivale a *avanza,* «vende» cuanto tienes, que es igual a *despójate,* y «dalo» a los pobres, que equivale a ejercer la bondad *abandonando* lo que no le sirve para entrar en plenitud en esa vida que desea, «y tendrás un tesoro en el cielo», y sólo después de esto, «ven y sígueme». Porque sólo después de hacer el «despegue» de lo transitorio es cuando se puede entrar en la Vida perfecta que es Cristo mismo. En el reino de la Bondad, por la que él preguntaba hacía un momento. En el de la Verdad, pues que

todo esto es el Esposo redentor, y todo esto supone seguirle a él, que es Camino que hace vivir la bondad de Dios.

Pero este joven, herido su corazón de gravedad por el amor a las riquezas que tenía, se alejó de la Fuente de la Vida y de la Bondad, triste... pero se alejó. Se alejó triste porque se alejaba esclavo. Le vencieron las riquezas. Le venció nuestra «tendencia» a lo falso, como nos puede suceder a nosotras. Le venció el mal sobre el impulso del Bien —Dios—, al que dejó gimiendo en su corazón. Ese «gemido divino» se hizo huella en su rostro por la tristeza.

Y aquí tenemos, hermanas queridas, que la pobreza en sí misma, aceptada de corazón y con sentido sobrenatural, es un bien, porque no entorpece el seguimiento de Cristo. Y es un bien porque hace que sintamos más fuerte el impulso hacia Dios, Bien verdadero. Impulso que nos arrastra, dejando nuestra tendencia al mal sin amarras. Y por ello logramos dejar nuestra prepotencia debilitada o aniquilada, según sea el grado de despojo con el que sigamos al Señor.

No tiene estas ventajas y facilidad para la virtud el que posee riquezas con algo de apego a ellas, que, aunque tenga buena voluntad de servir a Dios, le cuesta más, porque tiene al enemigo siempre acechando su corazón y ha de pelear constantemente contra el peligro de apegarse a ellas y de administrarlas con equidad. ¡Oh, en qué situación de ventaja se instala el que todo lo deja por amor a Cristo! Nos lo dejan entrever las promesas que hace Jesús seguidamente: «Entonces, Pedro le dijo: "Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos espera?". Jesús le dijo: "Os aseguro que vosotros, los que me habéis seguido, en la nueva creación, cuando el hijo del hombre se siente en el trono de su gloria, os sentaréis también sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo el que deje casa, hermanos o hermanas, padre o madre, o hijos o campos por mi causa recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna. Muchos primeros serán los últimos, y los últimos, primeros"» (Mt 19,27-30).

Y hemos de poner mucha atención en lo que Jesús responde a Pedro. Éste le dice: «nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido», y Jesús, al responderle, sólo menciona: «los que me habéis seguido»... suponiendo en esta respuesta que

«seguirle» conlleva «dejarlo» todo. Es decir, «seguirle» de cerca, entrar en su imitación consumada, acabada, más perfecta, es tener un corazón desprendido de toda la vaciedad de la tierra. Es no querer gustar los gustos y satisfacciones que ofrecen las riquezas; los consuelos, halagos y pasatiempos que ofrece el confort.

Por ello, nosotras, hermanas queridas, que ya estamos en la senda de este seguimiento privilegiado de Cristo, hemos de poner mucho empeño y amor, ya lo sabéis, para mantener y avivar este impulso de desprendimiento de lo que nos rodea y acercamiento al espíritu despojado de Cristo, nuestro Esposo redentor. Y tenemos que defender por eso nuestro corazón de las asechanzas de Satán para impedir que se nos peguen a él pequeñas cosas que impedirían que bebiésemos a raudales la bondad, la vida, el bien, de su Fuente misma, que es la unificación con el adorable y despojado corazón del Esposo redentor.

Hemos de contentarnos, como dicen nuestros Estatutos, con «sólo lo necesario; y este poquito *sólo* para acercarnos más a Dios» porque en todo está su huella divina. ¡Sólo Dios! Por eso, el balance a cero que hacemos cada dos meses según ordenan nuestros Estatutos, siguiendo el espíritu y la práctica de nuestra Fundadora, la cual de sus pequeñas rentas repartía la mayor parte entre los pobres, lo hacemos para dejar el corazón nuevo, sin apego a nada; como estaba en el Paraíso antes del pecado. Sin apego a nada. Sí, hermanas. Sólo apegado a Dios. No a los bienes materiales, ni siquiera a sus consuelos divinos. *¡Libre!* Y ésta es la segunda pobreza de la que nos libra nuestro Esposo redentor, que nos impulsa, asimismo, a vivir los frutos de la liberación de la tercera pobreza que nos logró él. Nos impulsa a la más alta moral del espíritu de pobreza.

Sí, hermanas queridas, porque, si hacemos profesión de imitar a Cristo en su situación de despojo redentor afectiva y efectivamente, hemos de saber a qué nos obliga esto. Hemos de saber que nos obliga a que, aunque hubiese medios en casa, debemos vivir igual de pobres que como viviríamos si no los hubiese. Sólo lo necesario. Porque, si somos pobres,

no es porque carezcamos de ellos sino por profesión monástica; por tanto, la obligación se mantiene hasta la muerte.

Y cuanto más intenso sea el enamoramiento que tengamos del Esposo redentor y más fuerte nuestro deseo de unión con él y de identificación con sus amores y deseos, cuanto más apegadas estemos a su modo de ser y de vivir que tuvo en esta tierra, más vacías pediremos estar en celdas, refectorio, oficinas, etc., como dicen nuestros Estatutos. ¡Sólo lo necesario! Sólo el Dios amado en nuestro corazón. Sólo lo necesario. Pero lo necesario sí, hermanas, para que no sucumba nuestra salud.

Pero aun de lo necesario muy desprendido el corazón. Miremos lo que nos dice el Esposo redentor: Uno de la gente le dijo: «Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo». Él le respondió: «Hombre, ¿quién me ha hecho juez y repartidor entre vosotros?». Y prosiguió: «Guardaos bien de toda avaricia; que, aunque uno esté en la abundancia, no tiene asegurada la vida con sus riquezas» (Lc 12,13-15).

Hermanas, por aquí va nuestro despojo concepcionista, que tiende a elevarnos de las raíces de la tierra para insertarnos en las de Dios. Ésta es nuestra vocación consagrada a los verdaderos valores. ¿Cómo vamos a querer satisfacernos con las cosas de la tierra si somos amor —como recordáis— y el amor sólo vive de Dios? ¡Mucho más un amor consagrado! No busquemos, pues, en la materia, saciar nuestra sed de eternidad. No lo busquemos, porque no está ahí. Está en el amor eterno, permanente, fiel de Dios. ¡Sólo él es nuestra heredad y plenitud, nuestra riqueza!

A esto, hermanas mías, a hacernos ricas y gratas a los ojos de Dios tiende el despojo que nos piden nuestras Constituciones y nuestros Estatutos. Tiende el hecho de no permitirnos tener nada propio. No, nada propio, si no es el corazón despojado de nuestro Redentor. Esto es lo que hemos de tener propio, a ¡sólo Dios! Esto hemos de buscar: ser ricas a los ojos de nuestro Esposo redentor. *Ricas,* porque poseamos avaramente la riqueza de su espíritu despojado. Tan despojado, según puntualizan nuestros Estatutos, cuanto estaba lleno de Dios, del amor de su Padre. Ya lo sabemos. *Propio,* sólo de-

bemos tener el amor, el amor a Dios y a los hermanos, como nuestra Madre Inmaculada.

No quiero cansaros. Quiero ser breve. Pero tampoco quiero desaprovechar, en estas reflexiones sobre nuestro despojo concepcionista, las enseñanzas que Jesús nos da en el Evangelio, y las que nos da la Virgen en su Magníficat. Necesitamos empaparnos de su espíritu, porque es el único modo de retornar a la limpia mentalidad del Paraíso que nuestras Constituciones y Estatutos buscan transmitirnos. Miremos cuánto nos ayuda a ello el texto evangélico en orden a nuestra conducta moral, que vimos antes. Dice Jesús: «Mirad los lirios del campo... cómo crecen... y os aseguro que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como ninguno de ellos... No andéis buscando qué comeréis... porque son los paganos quienes buscan estas cosas con afán... vosotros "buscad el reino de Dios"... vended lo que tengáis y dad limosnas... porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón» (Lc 12,22-34).

¿Veis, hermanas queridas?, a nosotras, que no somos paganas por la misericordia de nuestro Esposo redentor, él nos dice que sólo hemos de afanarnos por «buscar el reino de Dios». Sólo «el reino de Dios» ha de ser nuestro afán. Por ello, considerando estas palabras de nuestro Esposo redentor salidas de lo más hondo de su espíritu despojado y lleno de amor, deseando injertarlo en lo más profundo de nuestra alma, entendemos por qué nuestros Estatutos y Constituciones ponen tanto empeño en apartarnos de todo afán de codicia, y baja hasta el detalle al decirnos que la evitemos incluso al fijar el precio de nuestros trabajos, para demostrar a los hermanos que nuestro corazón está en Dios su Salvador, y que los bienes de este mundo han perdido su base en él, porque en él sólo descansa un amor consagrado a Dios, no a las riquezas.

¡Sólo lo necesario! Y si damos limosna de lo que tenemos, no ha de movernos a ello sólo la caridad, sino el ansia de hacernos seguidoras fieles del espíritu desprendido y despojado de Cristo.

¡Oh hermanas!, ¿cómo podría yo daros a entender cómo es el espíritu despojado de Cristo? Es lo más grande de su ser divino y humano. Como Dios, es superior a todo lo creado. Esto se entiende bien, ¿verdad? A nada se puede apegar él,

porque todo fluye de él, de su poderosa acción creadora infinita, inmortal. Lo ama todo, pero es superior a todo. Está por encima de todo. Y en cuanto Hombre, decidme, hermanas, ¿a qué se podría apegar de lo terreno después de haber tenido esa experiencia que digo arriba en el seno del Padre? Ya lo vemos, cuando el Verbo del Padre se hizo Hombre, sólo se trajo del cielo su despojo, «se despojó de su rango» y se hizo carne transverberada de despojo divino. Ejemplo nos dio desde su nacimiento hasta su muerte. Esto no lo duda nadie.

Por eso, seamos discípulas aprovechadas de este divino Maestro. Discípulas que le han entendido de verdad y le siguen y desean apacentar lo que él apacienta solamente: ¡el amor! y donde él apacienta: ¡en el despojo! El amor y el despojo. El amor al Padre, que es el que nos hace desprendidas, cariñosas con los hermanos necesitados, como él, que «Llena de bienes a los hambrientos». Y por ello, no esperamos siquiera que nos pidan la ayuda, sino que buscamos nosotras el modo de darla.

Miremos, hermanas queridas, por este pasaje evangélico que venimos comentando, cómo Jesús, con su vida, obras y palabras, fue un líder de los bienes del cielo, de los sobrenaturales. Pues a él seguimos, con él nos hemos comprometido, a él nos hemos consagrado. Seguirle de por vida en esta misión suya es nuestro voto de pobreza, nuestro despojo concepcionista.

Hoy hay muchos líderes de bienes materiales, y son legión sus seguidores. Viendo esta realidad y confrontándola con la de Jesús, podemos llegar a la conclusión de que los cristianos no hemos entendido a Jesús. No. No le hemos entendido, porque buscamos riquezas desmesuradamente. No es eso lo que debe buscar la monja concepcionista, sino a Dios. Sí, su vocación la hace buscadora de Dios, no de las cosas, y por eso no la deja arrastrarse sobre la tierra. No. Porque nuestro despojo busca la pureza original de nuestra creación humana. ¡Hemos sido creadas para fijar nuestra mirada en Dios, no para que quedemos atrapadas por las cosas efímeras de la tierra, que nos impiden elevarnos hacia él! Esta es la idea creacional del Padre, que vivamos de él, porque él es el Único que comunica plenitud a nuestro ser estructurado para él.

Y quiere que no pensemos que los bienes de la tierra constituyen parte del reino de Dios que Cristo vino a traer. No. «El reino de Dios no es comida ni bebida»... (Rom 14,17). Es otra cosa distinta. Por ello hemos de ser solícitas en adquirir sólo lo necesario para vivir (Lc 12,29-31) sin afán. Como vimos antes. Que ésta es la doctrina de Jesús y de los Apóstoles, y es su espíritu, como fue su vida. Y así nos lo dice san Pablo. Escuchemos.

«En verdad, nada hemos traído a este mundo, ni cosa alguna podremos llevarnos de él. Teniendo con qué alimentarnos y vestirnos, sintámonos con ello contentos. Pues los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en lazos y en muchas codicias insensatas y funestas que hunden a los hombres en la ruina y la perdición. Porque la avaricia es la raíz de todos los males, llevados de la cual algunos se apartaron de la fe y se infligieron a sí mismos muchos dolores» (1 Tim 6,7-10). Sí, hermanas, el afán hemos de ponerlo sólo en Dios y en los bienes imperecederos, que ésta es la vocación del hombre por su naturaleza, no en lo caduco y vil.

Y miremos mucho, que es muy significativo que la parábola del hijo pródigo Jesús la desenvuelva en este contexto de disfrute de bienes terrenales. El afán de disfrutar bienes materiales fue el que llevó al hijo lejos de su padre y el que le facilitó el vicio y le empujó al pecado (Lc 15,11-19). Porque, precisamente, ésta es la señal de que estamos en el reino de Dios: el desarraigo de las cosas. Así nos lo dice el divino Maestro: «Ningún criado puede servir a dos señores... se afeccionará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero» (Lc 16,13).

Y ya veis, hermanas. Después de veinte siglos de cristianismo seguimos estando del lado de los fariseos, según refiere el Evangelio. Escuchemos: «Oían todo esto los fariseos, amigos de las riquezas, y se burlaban de él. Y les dijo: "Vosotros presumís de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones. Y lo que se estima tanto entre los hombres, es abominable delante de Dios"» (Lc 16,14-15). ¿Veis, hermanas? Otra vez revelándonos Jesús la mente de Dios tan distinta a la nuestra. Es abominable ante sus ojos lo que es estimado por los nuestros: el dinero. Y es estimado ante sus ojos lo

que en los nuestros pierde valor ante el dinero: la santidad. Y no podremos ser justas, santas, ante sus ojos, que ve nuestros corazones, si no ponemos a Dios en nuestro corazón antes que el dinero.

No podemos llegar a la santidad sin el desarraigo afectivo, pero real, de las riquezas. Real porque Dios ve el corazón y a él no le engañamos. Y es síntoma de que estamos desarraigadas si alguien nos pide lo que tenemos, necesitándolo, y se lo damos. No digo todo, porque esto sabemos que no puede ser viviendo en comunidad donde tenemos hermanas pobres. Pero sí compartirlo. Si Jesús condiciona aquí la santidad cristiana con el desarraigo de las cosas es porque el afán por ellas vacía nuestro corazón de Dios y de su amor. Y éste es nuestro gran mal. Recordemos lo que reflexionamos antes: «No podemos servir a Dios y al dinero».

¿Y aún esta carne nuestra de pecado continúa empeñada en no creer a Dios? ¿Continúa empeñada en mantenerse en la mente del Antiguo Testamento que tenía las riquezas por un don de Dios? ¿Mente que, como sabemos, es de esclavitud? (Gál 4,21-31). No, hermanas queridas, nosotras hemos de entrar ya en la de Cristo, como hemos recordado repetidas veces. No permitamos ya que estén invertidos los valores en nuestro corazón, como lo están en la sociedad hoy. Ayer eran los fariseos los que se burlaban de Jesús, hoy es el materialismo. Y todo es por el excesivo amor que nos tenemos y tenemos al dinero. Porque no «amamos a Dios sobre todas las cosas», sino a nosotras con todas las cosas.

La misión de Jesús fue llenar el mundo con el reino de Dios, que es el verdadero paraíso, y es lo que responde a la altura del ser humano que él creó, y ya vemos qué pocos seguidores tiene hoy porque pide el desarraigo de las cosas. En cambio, el materialismo, que ofrece un paraíso falso mediante el apego a las riquezas, placeres, avaricia... ya vemos a casi toda la humanidad corriendo desenfrenada tras de esta esclavitud. Sí, la naturaleza humana quiere seguir siendo hija de la «esclava», no «de la libre», que nos dice san Pablo. ¿Va a fracasar Jesús? ¡No!

Éste es el gran cuidado que hemos de tener, hermanas queridas, el cuidado de no caer en la gran tentación que pone

Satanás hoy a la sociedad, que es el materialismo y la sociedad de consumo. Y bien puesto tiene el nombre, pues que consume tanto, y primero al hombre, que no le deja vivir lo que él es. Que no nos seduzca este peligro, hermanas. Miremos bien que nuestra espiritualidad es de paraíso, pero del verdadero. Del que instauró Jesús con su venida, con su vida y doctrina, con su despojo. No es del que dice: «la hacienda del rico es su fortaleza» (Prov 10,15a). No, porque nuestra hacienda son los bienes del cielo (Lc 12,33) y nuestra fortaleza es Cristo, es su pobreza (2 Cor 8,9), que es nuestra riqueza.

Y no nos hemos de achicar aunque seamos tan escasos los seguidores de Jesús. No. No nos acobardemos. Que hemos de vivirlo. Sabiendo que esto contrarrestará mucho la fuerza negativa que inocula a la sociedad tan desenfrenada carrera de consumo. Alguna vez se darán cuenta del mal que se hacen. Nosotras prestemos atención a esta Escritura: «Acuérdate siempre del Señor, hijo mío, y no peques ni violes jamás sus mandamientos. Durante toda tu vida practica la justicia y no sigas los caminos de la injusticia; porque si obras rectamente tendrás éxito en tus empresas, como todos los que practican la justicia. Practica con tus bienes la limosna y no apartes tu rostro de ningún pobre, porque así no apartará de ti su rostro el Señor. Da limosna según tus posibilidades: si tienes mucho, da mucho; si tienes poco, da con largueza de ese poco. Así acumularás un tesoro para el día de la necesidad, pues la limosna libra de la muerte e impide andar en las tinieblas. La limosna, para todos los que la dan, es un precioso depósito ante el Altísimo. Bendice al Señor Dios en todo tiempo; pídele que tus caminos sean rectos y prósperos tus planes; porque no es del hombre el consejo, sino el Señor es quien da todos los bienes y humilla, según quiere, hasta lo más profundo. Recuerda, hijo mío, todos mis mandatos, y que jamás se borren de tu corazón» (Tob 4,5-11 y 19).

Nosotras sigamos a Jesús, hermanas queridas, a su espíritu, despojado de los bienes de la tierra y lleno del amor del Padre. Muy unidas a él, y ofreciendo nuestro despojo junto con el suyo por la salvación de nuestros hermanos. Porque, si ellos hoy no corren tras el espíritu de Jesús, es porque le ignoran, ignoran sus bienes. Pero hemos de hacer que lleguen un día

a ir tras él. Aunque hoy todavía sigan burlándose de él, anteponiendo a su espíritu las razones humanas.

No tengamos miedo de que este despojo cristiano nos reduzca a la inanición. No. Jesús nos aquieta con estas dulces palabras: «No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino» (Lc 12,32). Notad que dice: se ha «complacido». ¿Qué vamos a temer si Dios se complace en darnos su riqueza? Ni tampoco quiere decir que no podamos emprender obras materiales que interesan a la propagación de este reino que Dios ha puesto en nuestras manos. No. Lo que quiere y busca nuestro despojo concepcionista es el desarraigo total de los bienes terrenos para poner nuestra alma y nuestro corazón sólo en Dios. Y que, aunque emprendamos grandes obras, no dejemos de imitar y vivir este espíritu de Cristo y de las primeras comunidades cristianas (2 Cor 8,1-9,15) repartiendo de lo que tenemos a quien lo necesita, sin miedo de que esto sea causa de que no pueda terminarse la obra emprendida. Todo lo contrario, como sabéis que tenemos experiencia.

Todo lo contrario, digo, porque precisamente este desprendimiento y despegue de los bienes es la condición que el Padre necesita encontrar en nuestro corazón para ayudarnos a realizar sus grandes obras y la misión que nos encomienda en su reino. Lo necesita. Lo exige. Porque ya sabéis que él se desenvuelve en categorías distintas a las nuestras. En sus cuentas no entran números caducos sino de eternidad, que es confianza sin límites en su Providencia, y liberalidad generosa con los necesitados. Si nos ve faltas de esto, nada nos encargará él, porque nada podremos hacer sin esta moneda.

Y es que este despojo material, así como la obediencia y la castidad o amor consagrado, tiene su mística, a la que Dios nos sube para realizar sus grandes obras. Veámoslo en nuestro Esposo redentor primero, Modelo supremo de despojo en los dos momentos cumbre de su vida; en Belén, naciendo en el despojo más acabado que puede darse, como sabemos. Y en el Gólgota, muriendo en el despojo más impresionante físico y moral que pueda imaginarse. Imágenes impresionantes de despojo que revelan su gigantesco espíritu y amor al Padre, y la obra salvadora del mundo que estaba llevando a cabo. Ver-

daderamente que, sin este ropaje celeste que es el despojo, nada podremos llevar a cabo en el reino de Dios.

Y después de Cristo, de María, y de nuestra Madre santa Beatriz, modelos acabados de despojo, tenemos otros ejemplos en la Sagrada Escritura. Veamos el de Moisés. Sólo cuando Moisés se quedó solo, pues que había hecho volver a su tierra a su mujer y a sus dos hijos (Éx 18,2-3), y sólo cuando despidió también a su suegro (Éx 18,27) es cuando llevó su misión liberadora del pueblo de Dios a su cumbre recibiendo el Decálogo en el Monte, lejos también de todo apoyo humano (Éx 19,3-5 y 16-25; 20,1-21), dando así a la liberación que había llevado a cabo un sentido espiritual.

Fue también modelo excelente de despojo Abrahán, como vimos en el capítulo de la Consagración. Y es modelo, asimismo, de lo que venimos diciendo el patriarca Jacob, ganando para su Pueblo el nombre definitivo con que se enmarcaría en la historia como pueblo de Dios: Israel. Nombre que consiguió cuando se quedó solo, después de haber hecho pasar a sus mujeres e hijos, con todo lo que tenía, el vado de Jabboc. Efectuado el despojo, cuando se quedó en soledad, sin seguridad y sin apoyos pudo incluso pelear con Dios y le venció: «No será ya Jacob tu nombre, sino Israel, porque has peleado contra Dios y contra los hombres y has vencido... le dijo Yahvé. Y allí mismo le bendijo» (Gén 32,23-33).

¿No os parece que es grandemente significativo este acontecimiento bíblico? ¡Significativo y aleccionador! Es decir, que el abandono en las manos de Dios y nuestra confianza en él, sin límites, nacida del propio despojo, también total, «vencen a Dios». Sí, hermanas, Dios se muestra débil, mejor, se complace en mostrarse débil frente a nuestro ser despojado. Y, como consecuencia de su complacencia, descarga sobre nuestra nada su omnipotencia creadora. Y así salen las grandes obras de Dios. Sí, de Dios. Porque en verdad son sólo de Dios, que así prepara a los suyos y hace estables las obras que por ellos realiza.

Parecerá cosa insignificante a nuestros ojos la trascendencia de estos despegues de las seguridades humanas, pero sabemos que no es así a los ojos de Dios para penetrar en su espíritu. Nos quiere solas, sin nada entre él y nosotras que pueda

interferirse y meter en nuestro corazón ideas o impulsos contrarios a los suyos. Solas, sin apoyos humanos, desnudo nuestro espíritu de toda seguridad que nos impida captar su espíritu tal cual es. Cuanto más desprendidas estemos de la materia, mejor saldrán sus obras, y, sobre todo, su obra en nosotras, nuestra santificación; porque su fuerza, su empuje y espíritu más nos llenará y será más pura su acción y su luz, y, por tanto, más fecunda e imperecedera. ¿No es lo que canta nuestra Madre en el Magníficat?

Se nos impone, pues, de nuevo el recuerdo de la Esposa santa, su despojo espiritual, que nos impulsa al material de las cosas. A usarlas con desprendimiento, sin propiedad. Que nos sintamos afectivamente lejos de ellas. Que ellas nos sirvan sólo para servir a nuestro Dios y a los hermanos, porque nuestra propiedad sólo es Dios, no las cosas. Así como los levitas. «Sólo a la tribu de Leví no se le dio herencia; Yahvé, Dios de Israel, fue su herencia, como él lo había dicho» (Jos 13,14). Así, nosotras, concepcionistas, hemos de estar desheredadas de las seguridades de este mundo, porque nuestra herencia y seguridad es sólo Dios. Y por eso no exigimos ni tenemos nada propio. Nuestro derecho es vivir hasta el fondo del corazón el desarraigo total de la tierra y sus bienes.

Experimentar el fruto de este desarraigo es sentirse trascendida por las fuerzas del espíritu sobre la materia. ¡Qué pobre se ve todo después! ¡Qué nadería es! ¿Y a esto estábamos apegadas? y ¿esto tan vil nos impedía gozar tanto bien? ¡Oh!, Señor Dios nuestro, qué daño nos hace todo soporte material y humano si nos desprende de ti. Y esto es muy fácil. Es muy fácil agarrarnos aunque sólo sea a un alfiler, hermanas queridas. Y, aunque sólo sea un alfiler, puede, tiene fuerza para impedir nuestra deificación. Tanta fuerza como afición pongamos en retenerla para nosotras en propiedad exclusiva, porque la afición puesta en ella, cierra o estrecha la cabida que hemos de crear en nuestro corazón a nuestro Dios.

No hemos de olvidar, hermanas queridas, que nosotras somos concepcionistas, que quiere decir que nuestra espiritualidad nos exige entregar a Dios nuestro corazón limpio, como nuevo, vacío de toda afición, como lo creó él y estaba en el paraíso antes del pecado. Por eso, porque fue la materia la causa de

manchar ese corazón con el pecado y de echar de él a Dios, consecuentemente, ha de ser ahora el despojo de la materia el que lo haga retornar a su pureza. El despojo en unas cosas y el orden y desprendimiento en servirse de ellas en otras.

Por eso, en todos los capítulos que os voy escribiendo, veréis que se nos pide el despojo. Primero, despojo de nuestra situación pecadora para convertirnos a Dios. Después, desprendimiento de cuanto nos ata al mundo, para seguir la voz amorosa del Pastor divino que nos llama a apacentar donde él apacienta. Y ya consagradas a él, despojo en la voluntad para no querer hacer más que la divina. Despojo de todo otro amor, para amar en exclusiva al divino, y por él y en él todo lo demás. Y ahora, despojo de todas las cosas creadas, o mejor, pérdida de toda afición a criaturas y cosas y a los consuelos divinos, para darle a él el corazón libre de lo que puede apartarle de él.

Creo que me entendéis, hermanas queridas, aunque no me explique bien. El amor ardiente a nuestro Dios hemos de fomentarlo y su trato amoroso; el consejo, la ayuda y el consuelo de las hermanas hemos de pedirlo y esperarlo. Pero rodearnos de gustos aun espirituales, de seguridades no necesarias, usar más cosas de las necesarias o retenerlas con propiedad, eso no. No, porque nos harían perder capacidades para vivir a Dios y ser de sólo Dios, como él nos quiere y nos recuerda en Dt 10,8-9.

En el uso de todas las cosas creadas, nuestro recuerdo sea el ejemplo de nuestro Esposo redentor. Él quiere mortificado nuestro corazón para hacerlo muy suyo. ¡Ojalá lo pudiera hacer tanto cuanto lo desea! Entonces sí que entenderíamos su despojo (Mt 8,20-21), sus misterios inefables, su vida divina, los tesoros de su divinidad, los secretos de su amor encendido, su suavidad y dulzura, su intimidad. Cristo quiere mirarse en nuestro corazón y verle despojado, desprendido, como el suyo, para unirle a él, intimar con él, descargar en él sus dulzuras, cargarle de su espíritu y amor al Padre. No otra cosa desea. «Yo en ellos y tú en mí», rogaba al Padre en la última cena (Jn 17,23).

De todas estas predilecciones nos llenará nuestro divino Salvador, pero necesita que nos hayamos pasado a su menta-

lidad para asegurar el desprendimiento que su espíritu enamorado del Padre pide. Necesita vernos vueltas hacia él y su Evangelio, que es el espíritu del Magníficat. Necesita que nos fiemos ciegamente de él. Necesita comprobar, por nuestras obras, los efectos que ha causado en nuestro espíritu, en nuestro cuerpo, en nuestra mente, el espíritu del Magníficat. Si son de confianza plena en él, de verdadero desprendimiento de toda cosa creada, de alabanza por toda gracia recibida, de entrega al servicio de los demás con los propios dones y capacidades recibidas. En una palabra, de despojo de los bienes y de una misma en favor de los demás.

Porque así es como se le sigue y se le encuentra a él, que es la Sabiduría de Dios, la Fuerza de Dios, la Riqueza del Padre, la Santidad y el Poder de Dios, su Verbo divino. Detrás de Jesús se va sin llevarse nada, sin seguridades preconcebidas. Sin tener nada. Es la condición indispensable que él pone para que él se constituya en el Todo de los consagrados. ¡Qué cambio tan aventajado! Pero debe haber cambio. Es decir, quedarnos sin nada y sin desear nada material, mental y espiritualmente. Y así nos hará él ricas, sabias, santas como él y como María, la cantora del despojo cristiano.

En el pasaje de Mc 8,11-13, Jesús nos da un signo de cómo ha de ser nuestro cambio de mente a la suya en esto de la pobreza. Este pequeño texto nos dice cómo Jesús volvió la espalda a los que le pedían seguridades. Escuchemos: «Se acercaron los fariseos y comenzaron a disputar con él, pidiéndole, para probarle, un prodigio del cielo. Jesús, dando un profundo suspiro, dijo: "¿Para qué pedirá esta generación un prodigio? En verdad os digo que no se le dará ninguno". Los dejó y, embarcándose de nuevo, se dirigió a la orilla opuesta». (Mc 8,11-13).

Ya es significativo este gesto, hermanas. Vuelve la espalda, se embarca y se dirige a la orilla opuesta ante la vista de los que le pedían signos, señales, seguridades que garantizasen quién era. Fue el signo que propiamente necesitaban para llegar a entender a Jesús. Y el que necesitamos nosotras para lograr plenamente el espíritu del Magníficat. Necesitamos volver la espalda a nuestra mentalidad sobre los bienes de la tierra. Necesitamos embarcarnos, dejar seguridades, hasta alcanzar la

orilla opuesta, la orilla de la libertad del espíritu, de la liberación de las cosas caducas. Necesitamos alcanzar el modo contrario de ver las cosas. Necesitamos alcanzar la orilla divina para ver como Dios.

Jesús sabe que esto requiere esfuerzo, pero sabe que aquí está nuestra felicidad. Y sabe que podemos. Como pudieron aquel grupo de hombres que él eligió. Le siguieron fiados en su Palabra, en su elección y ¡pudieron llegar hasta donde les llamaba Dios!, hasta la orilla opuesta. En cambio, la mayoría de los hombres quedaron atrás enredados en las cosas, sin libertad. No entendieron a qué altura de existencia les quería levantar el Maestro. Por ello, Jesús «dio un profundo suspiro» cuando le pidieron signos y prodigios. ¡No le entendían! ¿No tendría que dar hoy también otro profundo suspiro? ¡Oh, sí! Pues aún estamos necesitando llegar a ver las cosas como Dios las ve, y estar donde Dios está.

Nos falta arrancarnos de tantas seguridades todavía. Seguridades inseguras; para anclarnos en la estabilidad de Dios. Sí, hermanas. Y esto no lo conseguiremos sin correr el riesgo de la travesía por el mar, que no ofrece la seguridad que ofrece la tierra firme; que no permite hacer pie, afianzarnos en «nuestras fuerzas» que es lo que pisamos, como en tierra firme, sino que hay que dejar que nos lleven... hay que fiarse del que nos lleva y del medio con el que nos lleva. ¡Hay que creer... fiarnos!

Jesús corrobora este espíritu suyo tan contrario al de los fariseos, diciendo a sus discípulos que se guarden de la levadura de los fariseos... Ni siquiera los que le seguían y se fiaban de él le entendían. Y Jesús, dolorido, tuvo que decirles: «¿Aún no entendéis, ni comprendéis? ¿Tenéis encallecido vuestro corazón?» (Mc 8,17).

Con estas palabras, Jesús, como siempre, fue a la raíz. Porque la falta de abandono o confianza en él que supone el desprendimiento de las cosas es, siempre, falta de amor. Está más vivo el amor que *nos* tenemos que el que *le* tenemos. Y por eso buscamos asegurar *nuestra* existencia y subsistencia, y esto embota o encallece nuestro amor, nuestro corazón. Le hace insensible al de Dios. Porque si amásemos profundamente a Jesús, tenderíamos irremediablemente a buscar, en su segui-

miento, no seguridades, sino despojo, humildad, desprendimiento, para más parecernos a él, que es a lo que tiende el amor, como vemos que nos sucede por propia experiencia, que nos identificamos con lo que amamos.

Tampoco quiere decir esto que ya, decididas a amar a Jesús, hagamos algo análogo a lo que hicieron algunos primeros cristianos que, como esperaban la inminente venida de Jesús, dieron de lado a todo trabajo. Así nos lo transmite san Pablo. No. La verdadera postura del desprendimiento cristiano es la libertad frente a cosas y personas, como ya recordamos antes. San Pablo decía que estaba acostumbrado a vivir en pobreza y en abundancia (Flp 4,13). Ese estar acostumbrado a todo no es en cuanto al cuerpo, que sabía aguantarlo todo, sino en cuanto al espíritu, que lo mantenía igual de libre en la pobreza que en la abundancia. Nada era capaz de esclavizar el amor que tenía a Cristo. Pero esto le sucedía después de habernos dicho que ya todo lo tenía por estiércol (Flp 3,8) al lado del sublime conocimiento que tenía de Cristo, su Señor.

Y esto es lo que Jesús nos enseñó con su vida. No rehusaba los banquetes que le ofrecían, si por medio de ellos se acercaba a las almas para llevarlas al Padre. No. Porque la perfección no está en el mero hecho de carecer de cosas, sino en el amor. No en prescindir de todas, sino en no sacarlas de su sitio poniéndolas en el lugar de Dios. Por eso, así como la obediencia nos enseña a amar y nos lleva a la castidad consagrada, así el amor consagrado (que es la castidad) nos lleva a la perfección de la pobreza. Pues lo importante es abrasarse en el amor divino, que esto quema toda afición a lo creado, busca sólo al Creador.

De esto se deduce, repito, el modo como hemos de usar los bienes creados por Dios, hermanas queridas. Con acción de gracias y desapego en el corazón hacia ellos. Y pensando en los que no pueden usarlos porque no tienen, y así, repartiendo entre ellos lo que se tiene. Y cuando no tengamos, no afanándonos con exceso por tener, pues son bienes perecederos. Así nos lo dice el Señor: «quien ama el dinero nunca se harta de dinero, y quien ama las riquezas no obtiene provecho. También esto es vanidad. Cuando los bienes aumentan, aumentan los parásitos, y ¿qué ventaja saca el propietario? Verlo

con sus ojos» (Ecl 5,9-15). En cambio, ¡qué ventaja espiritual sacamos de repartir lo que Dios nos da! (Prov 11,17.25.28) (Tob 4,16; 4,7-11). Veamos estos textos, que son muy provechosos. «El misericordioso se hace bien a sí mismo; el de corazón duro a sí mismo se perjudica». «El benéfico se sacia, y el que riega será regado». «El que en sus riquezas confía caerá». «No retengas el salario a tus obreros, sino entrégaselo pronto, y así, si sirves a Dios, recibirás tu recompensa. Vigila tus actos y muéstrate correcto en tu conducta. Lo que no quieras para ti, no lo hagas a nadie... Da limosna... y que tu ojo no se entristezca de tu limosna» (Tob 4,14-16).

Otras muchas actitudes de pobreza de espíritu se desprenden del Magníficat, pero quiero ser breve, y ya es bastante lo dicho para que, si lo cumplimos con atención, consigamos sus frutos, que son sentir y obrar con María nuestra Madre, despojada de los bienes de la tierra, o mejor, elevada sobre todos ellos, y llena de amor a su Dios y Señor y hacia los humildes de la tierra.

Y respecto de esto permitidme que os recuerde un peligro que hemos de evitar en el esfuerzo que ponemos en vivir nuestro despojo concepcionista. Es que no nos creamos mejores que otros que vivan holgados. No. Porque cada uno vive su vocación. La nuestra es ésta, para expresar del mejor modo que nuestras fuerzas alcancen el desprendimiento paradisíaco de las cosas, usándolas sin violentarlas, sin sacarlas de su sitio; para expresar la libertad de espíritu frente a ellas, y la alabanza que a Dios debemos por ellas.

Tengamos mucho cuidado de no creernos superiores a otros. ¡Eso nunca! Y miremos que Satanás lo intentará. Pero por nada del mundo dejemos que ese mal se pegue a nuestro corazón, pues echaríamos por tierra toda la pobreza del espíritu del Magníficat. Ante todo y principalmente, este fruto debemos conseguir: hacernos humildes de corazón, como María. Hacernos comprender que a Dios se le sirve desde donde él nos pone, y no por eso somos mejores, vuelvo a repetir. Y que éste es nuestro mejor premio: saber cumplir la voluntad adorable de Dios con corazón despojado, enamorado de él.

Sólo por lo que él es hemos de amarle. No porque esperemos recibir más premio que los demás. Esto sería aniquilar

nuestro despojo de corazón y el premio lógicamente sería éste: «los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos» (Mt 20,1-16). No deseemos más ventaja en el seguimiento de nuestro Esposo redentor que a él mismo y la identificación con su vida. Si éste es el fin de nuestro despojo concepcionista, si lo perdemos, ¿para qué queremos ser pobres?

Miremos cómo nos trataría el Señor si nos volviésemos arrogantes en el espíritu. Oigamos: «Los ojos orgullosos serán humillados, será doblegada la arrogancia humana; sólo el Señor será ensalzado aquel día. Pues Yahvé de los ejércitos tendrá su día contra toda sabiduría y todo orgullo, contra todo el que se alza, para abatirlo; contra todos los altos cedros del Líbano... contra todas las montañas altivas, contra todas las colinas elevadas; contra todas las torres excelsas, contra todas las murallas escarpadas. Contra todas las naves de Tarsis, contra todos los navíos opulentos. La arrogancia humana será humillada, el orgullo del hombre será abatido» (Is 2,11-17).

Ya veis, hermanas, cómo quiere de humilde nuestro corazón el Señor. En todos los aspectos. También en los de la cultura, capacidades propias, valores humanos. En todos debe entrar nuestro despojo para mantenerlos todos de rodillas ante las demás. Es decir, sólo emplearlos para el servicio de las hermanas, no para dominar con ellos. Pues así nos dice el Señor: «No se gloríe el sabio en su sabiduría, no se gloríe el fuerte en su fortaleza, no se gloríe el rico en su riqueza; quien quiera gloriarse se gloríe en esto: En tener inteligencia y conocerme, porque yo soy Yahvé, que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra. Sí, esto es en lo que me complazco, dice Yahvé» (Jer 9,22-23).

Por ello, hemos de echar lejos de nosotras todo espíritu de propiedad en todos los aspectos, porque no nos corresponde tenerlo, pues nada es nuestro. Porque ¿qué tenemos que no hayamos recibido de Dios? Nada es nuestro, y de nada deberíamos gloriarnos si no es de tener esa «inteligencia» que dice el Señor y que es don del Espíritu Santo, pues ella nos haría comprender que de cuanto tenemos nada es propiedad, y *sí* debe ser servicio, y sólo de esto gloriarnos. Todo es de Dios, nosotras, «pobres siervas que ojalá supiéramos hacer lo que debemos» (Lc 17,7-10).

Así debemos nosotras gozar la pobreza o despojo concepcionista, como un fruto maduro desprendido de la entrega generosa a la obediencia, que es seguridad de realizar bien lo que hacemos a los ojos de Dios. Y de la castidad, vivida con un amor a Dios, puro y sin desfallecimiento. De estas dos virtudes o carismas divinos se desprende para nosotras el despojo o pobreza concepcionista, que es la exaltación de Dios en nuestra carne y por nuestra alma, sirviéndonos de las cosas creadas como de altura para glorificar a nuestro Salvador.

La fuerza de la gracia divina recibida por nuestra obediencia y castidad bien vividas, nos ha descubierto la vacuidad de la materia, de las criaturas, incapaces de saciar nuestra sed de eternidad. Sí. De estos dos polos que emergen de la armonía creacional, contenida en el misterio de la santidad original de nuestra Madre Inmaculada, tenemos las concepcionistas la razón de nuestro despojo o pobreza que ella canta en su Magníficat. Y no se nos pase por alto que ella cantó su Magníficat después de ser desbordada por la gracia divina. Fue su canto expresión de su llenez de Dios. Y por esto, porque la concepcionista conceptúa ya más sublimes las fuerzas espirituales que las de la materia, porque lo son, las somete al espíritu, elevando de categoría su uso, espiritualizándolas y buscando en ellas, en el uso de ellas: «sólo lo necesario».

Así, hermanas, en la toma de conciencia de esta realidad nuestra, el voto de despojo concepcionista nos facilita en el Monasterio vivir y satisfacer nuestra anhelante búsqueda de Dios. Sólo con Dios nos satisfaremos si le buscamos despojadas porque así operan las leyes de este espíritu que él estructuró para él, sólo para él. Porque Dios sólo «colma de bienes a los hambrientos y despide a los ricos con las manos vacías» (Lc 1,53).

Desde aquí se entiende, hermanas queridas, la lección que nos da el Espíritu en el versículo del Cantar de los Cantares que hemos comentado: «En mi lecho, por la noche, busqué al amado de mi corazón; lo busqué, pero no lo encontré» (Cant 3,1). Hoy, después de estas reflexiones, no lo buscaríamos para gozar sus delicias, sino que nuestras delicias serían descubrir en los dones de Dios nuestra pequeñez, ahondar en ellas, y desde esa pobreza nuestra proclamar la bondad y amor

del Esposo redentor que así, sólo porque ha querido, nos ha colmado de sus gracias y dones.

¿Verdad que ésta ha de ser nuestra postura adecuada, y no salir buscando las delicias del Señor en pago de nuestro servicio y entrega amorosa a él? Este despojo, esta pobreza de espíritu, repito, nos sirve de palanca, para que, desde el desprendimiento de los bienes espirituales, busquemos el desprendimiento también de los materiales. «Sólo lo necesario», tantas veces repetido. Y en esto «necesario» buscar la huella divina. Esto, y el amor a los que ama el Señor, a los pobres y humildes, y con ellos compartir lo que *somos* y *tenemos,* que así hizo María, como hemos visto. Su pobreza de espíritu le hizo entregar a su prima Isabel lo que *era* y *tenía* dentro de su Ser: sus servicios personales, y a su Dios y Señor.

Creo que ya con esto podemos terminar, hermanas mías. Muy deprisa os he expuesto nuestro despojo concepcionista, cuya fundamentación y base es el espíritu del Magníficat porque es el espíritu de María, Monte santo de la Concepción, donde vamos avanzando buscando su cumbre con esta escalada tan importante de desprendimiento de todo, hasta de la seguridad de Dios, y que va dejando nuestro rostro limpio y sereno al nada desear, para que se refleje en él el rostro del Amado que ya nos disponemos encontrar en el próximo capítulo.

Estoy pensando en vosotras, claro está, y, como os conozco, permitidme unas advertencias, no sea que vuestro fervor os haga prescindir de lo necesario para la salud. Hemos de servirnos de lo necesario sólo, sí. Pero según las necesidades. Cuando somos mayores y la salud se quiebra, las necesidades son más que cuando se tiene buena salud. Ya lo puntualizan nuestras Constituciones y Estatutos. Hay que cubrir, por tanto, las necesidades de cada una. Lo que sí nos pide nuestro despojo concepcionista es que las cubramos del modo más pobre que pueda ser.

Para las necesidades personales esto sí puede ser. Por ejemplo, usar un bolígrafo de los más sencillos, no de los ricos y preciosos para escribir, porque nos hace el mismo servicio. Y lo mismo sobre los edificios. Emplear materiales resistentes, fuertes, no mármoles ni nada fastuoso. Pero sí que sean resistentes, porque ya tenemos experiencia del trabajo que da

usar materiales pobres, sin condiciones de duración. No sirven más que para gastar más dinero y quitar la paz y el tiempo a las Monjas y trastornar nuestra vida monástica con las obras de reparación que hay que hacer a muy corto plazo de la construcción del edificio. Lo mismo digo de los espacios reservados en el Monasterio para huerta o jardines. Nadie que tenga el más mínimo humanismo puede pensar que a tantas vidas jóvenes que se inmolan dentro del Monasterio por los hermanos, se les deba exigir o privar del espacio necesario para moverse, trabajar y respirar el aire puro de la creación. Siempre dentro de nuestra pobreza.

En cambio, para el templo del Señor y para atender su culto debemos emplear lo más preciado que esté a nuestro alcance, sin olvidar a los pobres del mismo Señor que atendemos. Pienso yo que uno de los medios para llegar más al corazón del divino Redentor y en el que él más se agrada es en la solicitud por sus cosas. Y una de las primeras son sus pobres. Éstos son sus amores: el Padre, su Madre Inmaculada, los hombres. Y entre los hombres, los más pobres.

Por tanto, teniendo cuidado de atender a los pobres como nos piden nuestros Estatutos, atendamos también con dignidad y decoro el culto del Señor, de nuestra Madre Inmaculada, y, sobre todo, con mimo, como lo hacéis, el de la Eucaristía. Ahí está él, que es el primer pobre o mendigo, primero de nuestro amor, pero también de todas esas manifestaciones de amor, que son los detalles, el cuidado de consagrar a su servicio lo mejor que hay en esta tierra creada por él y que esté a nuestro alcance. Aunque él se hizo pobre por nuestro amor y escogió lo más pobre para las necesidades de su persona y ministerio o misión, pero en nuestro amor está dedicarle ahora para él lo mejor de la creación. ¿No es cierto que merece ser empleado para él más que para ningún ser humano? ¿Os parecería justo que el oro se emplease en adornar cuerpos humanos, cuerpos de pecado que terminan en la destrucción, y no se emplease para contener la Sangre y el Cuerpo precioso y santísimo de Dios, destinado a transmitirnos la vida incorruptible, *nuestra* vida eterna, no la corruptible que nos transmite el cuerpo que adornamos? Lo mismo que decimos del oro, decimos de lo demás. Al fin y al cabo, todo es para nuestro

servicio, pero servicio espiritual, porque Dios, desde que nos creó parece que existe sólo para nuestro provecho. Le servimos a él, pero es para enriquecernos espiritualmente.

Y otra cosa quiero deciros, por fin. Y es que el amor a los pobres que hemos de tener, porque se desprende del espíritu del Magníficat que proclama el amor y preferencia que Dios tiene a los pobres y humildes, no ha de excluir el amor a todos los hombres. Veréis. Si Dios ama a los pobres y humildes es porque todo lo esperan de él. Quiere decir el Magníficat que son éstos los predilectos del Señor, ante todo. Los pobres de espíritu. Y si compartimos lo que tenemos con los pobres es porque así es el corazón de Dios, que reparte su poder con justos y pecadores (Lc 6,35). Espíritu reflejado, repito, en el Magníficat. Por tanto, los más amados de nuestro corazón son los pobres de bienes materiales, que son también pobres de espíritu de verdad, al mismo tiempo.

Pero hay otros pobres propietarios de la pobreza más escalofriante que puede darse. Son los que no tienen a Dios. Los que le ignoran. Los que conociéndole le desprecian. Los que le odian. Los que «pasan» de él. De esto ya os hablaré en su lugar, porque tengo experiencias muy dolorosas sobre ello. A estos pobres, cuya pobreza Jesús vino a abolir, a estos pobres hemos de amar mucho, y con ellos compartir nuestra oración, nuestro sacrificio y ser entero. Para que les llegue la liberación de su pobreza, que es la riqueza de Dios, su amor que se entrega a su servicio.

Y, por fin, están esos hermanos nuestros muy amados que están cargados con el difícil trabajo de administrar los bienes. Hemos de ayudarles mucho con nuestro amor, nuestra oración e inmolación, para que su pobreza de espíritu no sólo se mantenga a pesar de las riquezas que tienen que administrar, sino que aumente cada día más, para que lleguen a ser aventajados en el espíritu del Magnificat, que esto glorificaría mucho a Dios y a la Inmaculada. Harían mucho bien a la humanidad y a sí mismos. Que sea así para gloria de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén. Que yo no entiendo el amor de Dios si no es así, universal.

Para que tengamos siempre este espíritu presente y lo cantemos en nuestro corazón, copio aquí el Magníficat:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.»

(Lc 1,46-55)

Que este espíritu de María, la enamorada de Dios, atraviese el nuestro, para que, viviéndolo, podamos cantar con y como ella nuestra única riqueza, que está en Dios, nuestro Salvador. Amén. Amén.

CLAUSURA-OBLACIÓN CLAUSTRAL

> «La clausura es, para las Concepcionistas que deseamos seguir el espíritu y la práctica de nuestra Fundadora santa Beatriz de Silva, el medio que ella escogió para realizar íntegramente nuestra vocación. Ella acordó que viviéramos totalmente segregadas del mundo y cubiertas con el sagrado velo de las vírgenes, sólo para Cristo Esposo.
>
> Buscar a Dios, pues, es nuestra tarea primordial en el Monasterio. Toda nuestra vida ha de ser un deseo ardiente de abrirnos plenamente a esa "única fuente" capaz de saciar nuestra sed de eternidad, que es Dios.
>
> Buscar a Dios equivale a hacer el vacío, despojar el corazón, hacer silencio en el alma, vivir la unidad e integridad de nuestro ser consagrado.
>
> El amor a nuestro celestial Esposo ha de estimularnos a la práctica del silencio amoroso interno y externo, para mantener en nuestra alma la actitud necesaria que facilita su "búsqueda" amorosa y la "configuración" con Él, adoptando así, con generosidad creciente, esta vida de retiro y silencio, de abnegación e inmolación que esto supone, y que Él nos ofrece personalmente en su llamada divina.
>
> Silencio de "búsqueda", silencio "pacificador", silencio "gestador", silencio "creativo", para poder unirnos más honda y plenamente a Cristo en su "Kénosis" amorosa y restauradora de la santidad original del hombre, sembrándonos, con Él mediante María, en el surco de la vida claustral, como grano de trigo que muere para que otros vivan la santidad de su origen» (Est 2,27; 3,2; 39 y 40).

Hoy es el versículo del Cantar de los Cantares que dejamos cortado en el anterior capítulo el que abre las puertas, explica el sentido y da el nombre a éste de la clausura. Porque nos descubre el misterio de la misma.

Dice así el texto: «Me levantaré, recorreré la ciudad, por las calles y las plazas buscaré al amado de mi corazón... lo busqué pero no lo encontré. Me encontraron los centinelas, los que hacen la ronda por la ciudad; "¿Habéis visto al amado de mi corazón?". Apenas los había pasado cuando encontré al amado de mi corazón» (Cant 3,2-4).

Vemos aquí a la Esposa buscando anhelante al amado de su corazón. Ha dejado ya su descanso y seguridad, y ahora lo busca por calles, plazas, recorriendo la ciudad, y no lo halla. Ve que por allí no está. Y prosigue su búsqueda hasta que topa con los centinelas, los que vigilan la ciudad, los que ponen orden en ella, y, nada más que los pasa, encuentra al amado de su corazón, se efectúa el «encuentro» con el Esposo tan deseado y buscado.

¿Verdad que está claro, hermanas, que el Espíritu Santo nos está hablando en este versículo de dedicación a tiempo pleno a la búsqueda de Dios, y de un lugar concreto para su encuentro? Sin otra atención ni afán ni empeño que la búsqueda de Dios. Búsqueda exclusiva, consagración plena a ello, dejando atrás todo lo que pueden ofrecernos las calles, las plazas, las ciudades, que no son ámbito para el encuentro de amistad con el Amado.

En otros textos bíblicos y para otras tareas apostólicas de la Iglesia, se nos podrá decir que en las plazas, calles y ciudades, puede encontrarse a Dios. En este texto, no. En éste, con la representación de la Esposa buscando afanada al amado de su corazón y no hallándole en la ciudad, el Espíritu parece que está empeñado en explicarnos el sentido y la esencia de la tarea apostólica de ese gran e importante núcleo de vida eclesial que son los monjes y las monjas de vida contemplativa y de clausura.

Porque, si queremos presentar a nuestra percepción humana el lugar concreto y la realidad tangible que transmita este ansia y búsqueda de Dios de la Esposa, hemos de señalar con el dedo, ¡sin lugar a dudas!, la clausura monástica, nuestros claustros contemplativos.

En efecto. La clausura es el vehículo viviente, el recinto concreto, el ámbito propio de una realidad que no se ve pero que se vive... ¡Dios, la eternidad... la consagración a lo definitivo, a la búsqueda del eterno Amor!

La sed exclusiva de Dios que caracteriza la vocación de las que buscamos las puertas de un claustro porque estamos amorosamente heridas por el amor divino y el deseo de su contemplación, y que neutraliza nuestro ser y fuerzas constituyéndolo en nuestro «Único necesario» y el impulso funda-

mental de nuestra existencia, encuentra su eco bíblico en este pasaje de la Escritura, en este deseo y búsqueda de la Esposa; y se concretiza en el recinto claustral que nos facilita el «ámbito» para el «encuentro» con la divinidad deseada y buscada.

Por eso, entre las exigencias que gozosamente nos hace abrazar nuestro «deseo de Dios» con tal de alcanzarle, una de ellas es el encerramiento libre dentro de los muros del Monasterio que nos propicia la abstracción de lo transitorio, que es ese dejar plazas, calles, ciudades, y que difícilmente podríamos mantener en el tráfago del mundo, para mejor realizar la búsqueda de Dios, y su encuentro, tan fecundo para el bien de la Iglesia.

Porque para poder desarrollar nuestra vocación de búsqueda de Dios y subsistir en él con toda la capacidad receptora de nuestro ser humano que nuestra vocación exige, necesitamos la mediación ambiental, necesitamos la clausura. ¿No os parece, queridas hermanas, que es muy significativo el hecho de que la Esposa encontrara a su amado después de «pasar los centinelas», que tienen por oficio proteger a la ciudad velando su quietud y silencio nocturno? ¿No es eso lo que velan nuestras clausuras facilitándonos la vivencia de lo sobrenatural?, ¿el alejamiento del ruido?

Pues la clausura significa para nosotras, de modo muy claro, el paso de lo transitorio a lo estable, el acercamiento a lo inefable, significa haber pasado la esfera del estrépito, que son las calles y plazas, delimitadas por «los centinelas», los cuales protegen otro ámbito, el del silencio, que nos permite encontrar a Dios más cercano. Silencio, soledad, que marcan un fuerte sentido a nuestra vida, tanto más cuanto más intensa sea la inserción en el ámbito claustral, porque ahí se darán más intensos los vínculos con el Dios amado; será más fuerte la compañía del Dios buscado, más viva la experiencia, el «encuentro» con el Dios deseado, más fecunda nuestra vida espiritual.

El «vacío» de la propia voluntad que se nos pide en el capítulo de la obediencia para «llenarnos» de la divina; los ojos y oídos «castos» que nos exige el voto de castidad para nutrirnos de sólo la «imagen» del Dios amado, y el «desprendimiento» de las cosas creadas que nos postula el capítulo de

la pobreza para mejor «ligarnos» al Creador de ellas, encuentran su ámbito propio en la clausura, pues que ella, repito una vez más, protege la libertad por el Reino, en la que se desenvuelve la actividad, la contemplación y búsqueda de Dios.

Y es por esto por lo que nosotras, hermanas queridas, no miramos las leyes sobre la clausura como normas impuestas desde el exterior, sino como normas que promocionan nuestro interior, nuestra libertad, porque promocionan nuestro deseo de búsqueda de Dios. Normas que nos integran a todas en la misma andadura vocacional, que nos unifican en nuestra opción por el claustro y, por lo mismo, la fortalecen, confiriéndonos gozo, paz y alegría en su vivencia personal, al protegérnosla tan adecuadamente.

Pues, si la obediencia consagra nuestra voluntad, si la castidad consagra nuestro amor y la pobreza nuestra libertad frente a las cosas, la clausura consagra la energía de reafirmación del propio ser que es búsqueda del ser pleno que Dios ha puesto en el corazón de todo ser humano, y que se deriva del encuentro con Dios. Por ello, la clausura es expresión del «encuentro» con la plenitud de nuestro ser, que es Dios; «encuentro» que se consigue con la «búsqueda», y ésta se realiza más y mejor en la vinculación más estrecha y real que le facilita el claustro. A mayor separación de lo transitorio, mayor vinculación con lo inefable y estable, siempre que la separación la impulse el deseo de búsqueda de Dios, de mayor donación, de mayor entrega.

Testimonio viviente de cuanto hemos dicho hasta aquí y de lo que diremos adelante sobre la esencia de la vida claustral, y que escenifica el pasaje bíblico de la Esposa que venimos comentando, es el episodio histórico de la huida de palacio de nuestra Madre santa Beatriz por pueblos, ciudades, calles y plazas, hacia el claustro del Monasterio, buscando al Dios que había vocacionado su corazón, para vivirle a él sólo. Tan estrechos fueron los vínculos que con él quiso establecer, que, aun dentro del claustro, quiso cerrar más el cerco que la integraba en Dios, ocultando su rostro de por vida bajo un velo de toda mirada humana, para guardarse entera para el Amado, lo cual dinamizó su espíritu hasta darla en llamar sus

contemporáneos «mujer apostólica» por la fuerza de Dios que transmitía.

Pues esto, esta búsqueda de Dios que neutraliza nuestro ser, como digo arriba, y nos configura, como dicen nuestros Estatutos, como personas de una «única dirección», «buscadoras» de Dios, «amadoras» de su santidad, «testificadoras» ante el mundo de lo «único necesario», es lo que vamos, con la gracia divina, a tratar de reflexionar, con el objeto de ayudarnos a vivir el misterio y la esencia de nuestro voto de clausura con la mayor perfección posible.

En ello va el desarrollo de nuestra vocación. Significa hacer eficaz la llegada al lugar concreto donde ha de efectuarse el «encuentro» que nos pide y desea el Dios que nos «llama». Por ello, la búsqueda de Dios que hemos de llevar a cabo en el Monasterio reviste un matiz particular. Pues no se trata sólo de que busquemos a Dios para encontrarle como le encuentra todo cristiano por la gracia santificante. No. Se trata de buscar al Dios que nos ha «elegido» y al que hemos «elegido» para vivir una alianza de amor específica con él. Se trata de buscar al Dios de la intimidad de María, que le hacía conferir todas las cosas en su corazón (Lc 2,51) para que, transformadas en su modo divino de *Ser* y *Hacer,* podamos transmitir su energía divina a este mundo que ahoga su fe en el materialismo consumista.

Por eso hemos de buscarle siempre y en todo lo que constituye el desarrollo de nuestra vocación contemplativa: en los Sacramentos; en la convivencia fraterna; en la observancia monástica; en el cumplimiento de las propias obligaciones; en los acontecimientos favorables y adversos que acogemos, pensando que cuanto vivimos, cada vivencia, como lo hacía María, contiene al Amado, aunque no es todavía el «encuentro», sino un paso que damos hacia él y que tiene, por tanto, el objetivo de prepararnos a ese gran «encuentro». Es decir, que nos va dando la propia fisonomía que el Amado de nuestro corazón tiene esbozada y retenida en sus pupilas divinas desde el día de nuestra creación; y que espera verla llevada a la práctica desde que descubrimos su «llamada», hasta su consumación al final de nuestra vida terrena.

Búsqueda de Dios, por lo tanto, que desarrolla la propia originalidad, el propio misterio que originó la «elección» divina de nuestra alma hasta la unión con él. Búsqueda de Dios bajo la luz que irradia la propia «llamada», la que nos hace concepcionistas y nos impulsa a subir el Monte santo de la Concepción.

Por ello, desde el día de nuestro ingreso en el Monasterio, pero mucho más desde nuestra profesión monástica, hemos de saber a qué nos ponemos cuando nos decidimos hacer de nuestra vida, en fuerza del voto de clausura, una búsqueda constante de Dios. Hemos de mirar cómo está nuestra alma. Si ha conseguido el despojo, desarraigo o pureza que le pide esta nueva ascensión al Monte de la santidad.

Recordemos que, en el capítulo anterior, Cristo, Esposo redentor, impulsó esta búsqueda suya desde el desarraigo o despojo más acabado de la Esposa. Es, porque «encontrarnos» con Dios, entrar en su misterio inefable es sobrecogedor, grandioso. Conseguirlo, que es lo mismo que lograr subir esta nueva escalada del Monte de la Concepción, supone arrancar de un profundo, limpio y puro deseo de santidad. Sólo «buscarle» a él, y «buscarle» sólo para agradarle, para glorificarle, para amarle, para entregarle todo lo que él nos ha hecho ser, viviendo su experiencia de amor y santidad.

Porque a Dios hay que darle el valor que tiene. Él es donación, entrega, amor, pero al mismo tiempo es insobornable. No se deja vencer si no es por lo auténtico. ¡Oh, misterio profundo del amor, majestad y dignidad divina! Escuchemos, hermanas, cómo nos lo dice su Palabra: «Yahvé habló a Moisés: "Ve, sube de aquí tú y el pueblo que has sacado de Egipto, a la tierra que juré a Abrahán, Isaac y Jacob, diciendo: 'A tu descendencia le daré... la tierra que mana leche y miel; pero yo no subiré en medio de ti, que eres un pueblo de dura cerviz, no sea que te aniquile por el camino'". Al oír estas duras palabras el pueblo, hicieron duelo y nadie se vistió sus galas. Entonces dijo Yahvé a Moisés: "... Vosotros sois un pueblo de dura cerviz... Quítate, pues, tus galas, que yo sabré cómo he de tratarte..."» (Éx 33,1-6). Hay que despojarse de todo, de todo... para ponerse a buscar el rostro de Dios, para compartir con él su misterio divino... su camino de encuentro

con nosotras. Desnudez, pues, despojo... entrega... abandono ante la presencia divina, ante su santidad.

Hemos de buscar al Dios que nos santifica, que también es el Dios de nuestra intimidad, para mejor conocerle y entender cómo nos conoce él. Así, como nos lo dice en su Palabra: «Yo te conozco por tu nombre, tú has hallado gracia a mis ojos». Si, pues, he hallado gracia a tus ojos —dijo Moisés—, hazme conocer tu camino, para que yo te conozca y halle gracia a tus ojos... Yahvé respondió: «Yo mismo iré contigo y te daré descanso» (Éx 33,12-14). Así, hermanas, en este buscar a Dios para mejor conocerle y entender cómo nos conoce y ama él, consiste nuestra vivencia claustral, el misterio de nuestra vocación, que es misterio de Dios «buscándonos» a cada una de nosotras, y buscándose en nosotras mismas. Ahí conoceremos su ternura.

Ante este misterio de Dios sobrecogedor se hace imprescindible el claustro y su silencio, que es el «lugar concreto» que dijimos antes, para meditarlo, para irle redescubriendo cada día más y mejor; irle conociendo como nos conoce, ir escuchando cómo nos llama a su intimidad y para qué nos llama a su cercanía.

¿Sabemos, hermanas, lo que puede encerrar nuestra vocación para la Iglesia? Nuestra vocación. Esta de ser elegidos para vivir la intimidad divina, la búsqueda insaciable de su rostro de santidad. Descubrirla forma parte obligada de nuestra respuesta, que es, al mismo tiempo, «encuentro» transformador en su Ser adorable, en su «hesed» divino y afanes salvadores.

Para conseguirlo, repetimos, nada ni nadie en nuestra interioridad contrario a Dios, nadie... sólo Dios y la eternidad. Sólo la búsqueda de él y de su designio concreto en nuestra vocación. La búsqueda de su voluntad en pura fe, aun en la sequedad, aridez, disgusto por las cosas santas incluso, en todo. O puede ser, si así lo quiere él, en amor ferviente, en consuelos y gozo espiritual. O representando el personaje gris de nuestro entorno. De quien no se tiene en cuenta el propio trabajo o esfuerzo. ¿Cuántos hoy en el mundo conocen o valoran nuestra vida claustral? Pocos. Pues hemos de aceptar con fe y amor toda la incomprensión que nuestro Amado Señor permita que suframos, buscando en todo el designio concreto de Dios sobre

cada una, sabiendo que nada puede ocurrir contrario a su querer, cuando el que nos llama es el que sostiene el mundo y es el que ha dicho que «ni un pajarillo cae en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre». «Y en cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados» (Mt 10,29-30). En todo, pues, busquemos al Dios de los designios de santidad. Al Dios que sostiene nuestra vida (Sal 26,1), que así encontraremos nuestro bien y el bien espiritual de los hermanos. Busquemos siempre y en todo a Dios, sólo a Dios.

Al Dios que es celoso en su exigencia de amor y que por eso exige el despojo de todo. Así nos lo dice él: «No adorarás a otro dios, porque celoso es el nombre de Yahvé y él es un Dios celoso» (Éx 34,14). Que exige la soledad del alma ante su misterio e intimidad. «Sube de madrugada a la montaña del Sinaí —le dice a Moisés— y allí, en su cumbre, preséntate a mí. No suba nadie contigo, ni se vea a nadie en toda la montaña. Ni siquiera ovejas o bueyes pasten frente a la montaña» (Éx 34,2-3). Nadie, nadie. Sólo Dios y nuestra alma para el «encuentro» con su Ser, con su amor inefable. «He aquí un lugar junto a mí... Cuando esté al pasar mi gloria, te meteré en la hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado» (Éx 33,21-22). «¡Oh, Yahvé, Yahvé!, Dios clemente y misericordioso... grande en benignidad y fidelidad» (Éx 34,6) que aún es poco alcanzar la cumbre de la montaña para poder contemplar tu gloria, sino que introduces al alma en más espesa soledad, «en la hendidura de la roca», perdida a toda percepción humana, en la oscuridad del misterio divino, donde nos cubre tu mano de Padre, para descubrirnos tu misterio inefable de amor.

Sí, allí, en esa soledad absoluta del espíritu, sin mediaciones ni apoyos humanos, sin gustos ni apetencias satisfechas, habiendo dejado atrás las plazas, las ciudades y aun los centinelas, desarraigadas de lo transitorio, en la cumbre del silencio claustral, en la hendidura de la roca de la fe, en pura soledad, es cuando sentiremos, hermanas queridas, la mano suave y amorosa de Dios sobre nosotras. Entonces es cuando empezaremos a entender que allí está Dios... sentiremos que él nos conduce... que vive a nuestro lado... que nos ama y santifica... que nos acompaña y camina con nosotras. Allí... saborearemos a Dios.

Es porque la soledad y el silencio han protagonizado una verdadera metamorfosis en nuestro espíritu. Nos han hecho perder nuestra forma de pecado, diríamos, para convertirnos en paraíso de Dios, en habitáculo de Dios. Por ello le vemos donde antes no le veíamos, y oímos su voz donde antes no la percibíamos.

De este modo, todo se nos convierte en abundancia divina, en refrigerio del Espíritu, porque captamos el suave roce de la mano poderosa del que todo lo gobierna y sostiene. Sí, hermanas queridas, en este silencio del alma y vacío de las cosas y ruidos, es donde hemos de buscar a Dios para «encontrarnos» con él. Aquí, en este nuestro silencio claustral acogido con amor, es donde se nos capacita para vivir y sentir a Dios donde está, aunque antes nos parecía que no estaba porque el apego de las cosas nos lo impedía ver. Cuando «pasé los centinelas encontré al amado de mi corazón». Cuando pasé el ruido y llegué al silencio encontré a Dios.

Atravesar ese desierto de las cosas, del ruido, en busca del Amado, es, como vemos en la Esposa del Cantar, muy esforzado, compromete todas nuestras capacidades, toda nuestra atención. Hay que dejar atrás todo... fiarnos de Dios... *creer* en su llamada. Es no tener ojos, ni oídos, ni corazón más que para el Dios amado que buscamos. Buscarle es llevar sólo una dirección, la que conduce a las manos fuertes y amorosas del que creó todas las cosas en la paz, en el silencio, en la soledad de su Ser inmenso palpitante de vida, Dios.

A ese silencio profundo de la plenitud del Ser es hacia donde nos lleva la búsqueda de Dios, el recinto sagrado del claustro, nuestra vocación monástica. De este silencio divino que retorna nuestro ser a la paz de nuestro origen santo hablaremos más adelante. Ahora vamos a escuchar la divina Palabra que anima y orienta nuestra «búsqueda», que impulsa nuestros pasos hacia él, que nos enseña a caminar, poniendo ante nuestros ojos a su pueblo caminando por el desierto, guiado por él, hacia la tierra prometida.

Lo primero que les pide, como dije arriba, es fe, confianza en él, hacer lo que él les va diciendo: «Ya habéis morado bastante en este monte —les dice en el Horeb—. Ea, levantad el campamento y entrad en la montaña» (Dt 1,6-7). Hermanas,

hay que estar siempre dispuestas a la partida, siempre desinstaladas, desarraigadas de toda seguridad o apoyo humano, porque búsqueda de Dios, como vimos en el Cántico, es caminar sin llevarse nada, dejando atrás el descanso del lecho, la propia casa o posesiones, las calles o plazas, todo, todo, sin llevarse nada, ni descansar hasta encontrar al amado del corazón.

Y esto hacerlo desde el primer amor, desde el Noviciado... desde el momento que se responde a Dios y se ingresa en el claustro, que éste es nuestro desierto habitado por Dios. Sí, hermanas, desde el momento que él inicia la marcha hacia la plenitud del amor, hay que responderle poniéndonos en camino. Porque es él el único que puede iniciar este movimiento, que es movimiento de regreso al Padre desde el lugar concreto al que somos llamadas, el Monasterio. Es él. No nosotras. Nosotras sólo respondemos. Y es muy importante que no demoremos la marcha, porque, si quedamos atrás, podemos perder el «encuentro», porque perderemos el camino. Es por ello que, desde el principio de nuestra respuesta, se nos exige generosidad, entrega confiada al Señor. Y mucho silencio y oración para escucharle y caminar a su ritmo. Ritmo divino que no desconoce nuestra debilidad humana.

Por ello, no tengamos miedo, hermanas queridas, no nos acobardemos ni sucumbamos a la tentación de creer que no es tan decisiva la respuesta a la primera gracia de la llamada, pensando que podremos seguirla más adelante. No, hermanas, si nos detienen al principio ciertos apegos, aficiones o apetencias y tendencias para no marchar al ritmo de Dios cuando él nos llama, no esperemos vernos libres de ellos si no ponemos esfuerzo en quitarlos. No. Si no lo hacemos al principio, nos exponemos a no hacerlo nunca, porque la misma causa que nos detiene la primera vez, nos detendrá siempre, nos encontraremos siempre con ella, y aun con más fuerza para detenernos, porque las aficiones paralizan el espíritu, y fomentadas éstas, la pereza espiritual crecerá dominando nuestra sensibilidad y afición. Y en esta situación nunca acabaremos de ponernos en marcha, ni llegaremos a la posesión del amor. Oíd cómo nos lo advierte nuestro Dios y Señor: «Ya habéis llegado a la montaña...» —dice Moisés al Pueblo—; «sube y toma posesión de ella... No temas ni te acobardes» (Dt 1,20-21). Ya habéis

llegado al lugar concreto de mi «encuentro», de mi «posesión», que es el claustro, nos dice el Señor a cada una de nosotras al ingresar en el Monasterio. No temáis ni os acobardéis, subid la montaña, subid al Monte de la Concepción en mi búsqueda, tomad posesión de él, que eso es tomar posesión de mí, del Amado deseado. Ésta es la escalada que tenéis que hacer, pues que en su cumbre es donde se realiza el «encuentro» como dice la Esposa: «cuando los hube pasado encontré al amado de mi corazón». Sí, hermanas, cuando hayamos vencido las oposiciones, los apegos y aficiones que detenían nuestra «subida», entonces encontraremos al Dios amado, buscado y deseado.

Pero escuchemos lo que sigue diciéndonos la divina Palabra por Moisés: «Yo os dije: "No os asustéis ni les tengáis miedo. Yahvé, vuestro Dios, que va delante de vosotros... combatirá en favor vuestro, lo mismo que le habéis visto hacer en Egipto y en el desierto, donde Yahvé, tu Dios, te sostenía como un padre sostiene a su hijo, durante todo el camino recorrido hasta llegar hasta aquí"». Sí, hermanas, nunca peleamos solas. El Monte de la Concepción nunca lo subiremos solas. ¿No vemos reflejada en este texto la historia de nuestra vocación? ¿Quién nos dio fuerzas para dejar padres, familia, comodidades, puestos de trabajo, riquezas, honores, arrancándonos de todo, incluso de la propia patria, y, a pesar de las dificultades, vencer toda oposición e ingresar en el Monasterio? ¿Quién, sino Dios que iba «delante» de nosotras con su gracia, que «combatía» en favor nuestro, que nos «sostenía» en la lucha «como un padre sostiene a su hijo»?

Pues ese Padre que nos sostuvo entonces es el que peleará con nosotras para arrancarnos de toda afición que nos aleje de él. Por tanto, no nos «asustemos», ni tengamos «miedo» ahora que estamos dentro del «ámbito» del «encuentro» divino. No tengamos miedo de dejar a los padres y familiares ahora, cuando ya estamos sin ellos. No aflojemos en nuestra entrega, ni ante su amor ni ante sus lágrimas. No tengamos «miedo», ni nos «asustemos» ante las voces de reclamo de nuestra sensibilidad, ahora que está mortificada, volviendo el recuerdo al confort y comodidades que dejamos atrás: veraneos en lugares deliciosos, piscinas... No. No tengamos miedo de dejar los

pasatiempos: televisión, viajes, amigos, diversiones... ahora que estamos sin ellos. No aflojemos en la renuncia a todo ello ni sucumbamos a la tentación de volver a ellos, como a los ajos de Egipto el Pueblo de Dios.

No, no tengamos miedo, y entremos gozosamente en el ámbito del silencio divino. No tengamos miedo, y sigamos creyendo y confiando en Dios como el día del ingreso en el claustro o ámbito del «encuentro», ahora que estamos ya sin nada. No tengamos miedo y subamos la montaña o Monte de la Concepción ahora que se nos hace penoso, esforzado, ahora que sentimos la fatiga de «subir». No nos asustemos. No dejemos de creer que a pesar del silencio, de las dificultades, Dios va «delante» de nosotras con su gracia y compañía igual que al principio; repito, que «combate» a nuestro lado igual que antes del ingreso; que nos sostiene como un padre igual que antes, porque estamos bajo la nube de su presencia amorosa que nos envuelve en este Monte santo de la Concepción. No tengamos miedo de creerlo así porque ésta será la «prueba» para nosotras antes de llegar a la cumbre del Monte donde se efectuará el gran «encuentro» tan deseado y buscado.

No tengamos miedo, activemos nuestra fe en Dios, en el Amado, no sea que nos suceda lo que al Pueblo de Dios según nos dice su Palabra. Escuchemos qué nos dice Moisés: «Con todo, ninguno de vosotros confió en Yahvé, vuestro Dios, el cual marchaba delante de vosotros... en fuego durante la noche para iluminar el camino que habíais de seguir, y en nube durante el día». Por eso «Yahvé... pronunció este juramento: "Ni un solo hombre de esta generación perversa verá esta buena tierra que yo juré dar a vuestros padres, excepción hecha de Caleb... porque ha seguido fielmente a Yahvé"» (Dt 1,20-36).

¿Por qué, hermanas, sólo un hombre de entre tantos no perdió la fe en Yahvé? ¿Por qué, si la evidencia de los acontecimientos fue igual para todos? ¡Qué enseñanza para nosotras! ¿Por qué no hemos de escalar la cumbre del Monte todas las que constituimos nuestra Comunidad, si todas hemos sido llamadas a ello? Depende de que, a pesar de las dificultades, como le sucedió a Caleb, no abandonemos la confianza en Yahvé nuestro Dios. No dejemos de creer en él, aunque llegue

la oscuridad. No abandonemos la fe y el amor de nuestro ingreso, aunque llegue el cansancio. Depende de que creamos en nuestra vocación y en la fidelidad del que nos ha llamado, y, aunque cueste y sea difícil, no dudemos de que podemos llegar a la cumbre, porque nos acompaña él, porque lo quiere y lo ha prometido si creemos en él.

Y tanto lo quiere él, que siempre nos estará esperando... Pero no olvidemos que cada vez requerirá mayor esfuerzo la respuesta en la subida, en el desarraigo... Cada vez nos costará más creer con fe ciega, incondicional. Si no aprovechamos el primer amor, si no lo hacemos aprovechando la energía del primer fervor aunque cueste, no estaremos entrenadas para los grandes desarraigos que el «encuentro» o la «unión» ha de pedirnos. Y ahí es donde puede venirnos el fracaso, como les sucedió a los israelitas, y nos exponemos a estar toda nuestra vida en el desierto peregrinando penosamente, sin lograr la tierra prometida, al Amado de nuestro corazón que se nos prometió el día que fuimos «elegidas» por él.

Por tanto, para evitar el fracaso en la búsqueda de Dios, que es lo mismo que evitar la incredulidad en él, renovemos con frecuencia el despojo que de todo hicimos el día de nuestro ingreso en el «claustro» o «ámbito» del divino encuentro, y, con ilusión... sin miedo... confiando en el Esposo, que nos llama, que nos ha sacado de nuestra comodidad, entremos en el desierto, subamos la montaña... escalemos el Monte de la Concepción hasta su cumbre, hasta el «encuentro» gozoso con el Dios amado, buscado, deseado. Miremos a María. Contemplémosla. Dejémonos arrastrar por su pureza, por su amor y por el del Amado.

Y no confiemos temerariamente en el amor que Dios nos tiene, para permitirnos largas paradas, retrocesos, descansos en la fidelidad debida al Dios que nos llama, creyendo que cuando queramos podremos iniciarla de nuevo. No, hermanas mías queridas, no. No es eso lo que nos dice su Palabra. Aunque queramos no sabremos caminar ni venceremos después de la infidelidad si no la inicia él. Escuchemos:

«Entonces me respondisteis diciendo: Hemos pecado contra Yahvé, nuestro Dios. Subiremos y combatiremos como Yahvé... nos ha mandado. Os ceñisteis cada uno vuestras armas y os

dispusisteis a subir a la montaña. Pero Yahvé me dijo "Diles: No subáis ni combatáis, para que no os veáis derrotados por vuestros enemigos, pues yo no estoy en medio de vosotros. Os lo dije, pero no me escuchasteis,... Los amorreos salieron a vuestro encuentro... y os derrotaron... Al regreso llorasteis ante Yahvé, pero Yahvé no escuchó vuestro clamor ni os prestó atención. Os visteis obligados a permanecer largo tiempo en Cades"» (Dt 1,41-46).

Y es que las infidelidades al Dios vivo se pagan. Y hasta que las lágrimas y el deseo de volver a Dios no hayan purificado nuestra infidelidad ante la mirada pura del Dios tres veces santo y eternamente fiel, él no vuelve a nuestro espíritu la fuerza santificante del suyo que nos hace emprender el camino de acercamiento a él. Nos lo dice su Palabra divina con una precisión deliciosa: «De allí nos volvimos y partimos por el desierto camino del mar Rojo, como Yahvé me lo había ordenado. Durante largo tiempo estuvimos dando vueltas en torno a la montaña de Seir. Yahvé me dijo entonces: "Ya habéis dado bastantes vueltas a esta montaña. Tomad la dirección del Norte..."» (Dt 2,1-3). ¿Veis, hermanas, cuán claro nos dice su Palabra que sufrimos más y hacemos más arduo y lento nuestro caminar, más penoso y duro, cuando somos infieles que cuando le somos fieles?

La vida espiritual siempre es fiarse de Dios, mirarle, contemplarle para hacer su querer y creerle ciegamente, y ciegamente seguirle, despojadas de todo lo que no sea su voluntad, como hizo heroicamente nuestra Madre santa Beatriz. Escuchemos cómo continúa enseñándonos su Palabra: «Vais a pasar a través del territorio de vuestros hermanos... no os daré nada de su tierra, ni siquiera lo que ocupa la planta de un pie... Yahvé, tu Dios, te ha bendecido en todas tus empresas. El ha velado tu peregrinación a través de este vasto desierto. Cuarenta años hace ya que te acompaña Yahvé, tu Dios, sin que te falte nada» (Dt 2,4-7).

Sí, hermanas, creerle, creerle, fiarnos y esperarlo todo de él, porque es así. Nunca podremos adquirir nada espiritualmente si antes no nos lo ha dado él. Creer en Dios, fiarse de él fue la gloria de Caleb. Desconfiar de Dios, *apoyarse* en sí mismos fue el desastre del pueblo de Israel. Dios es así. Hay que

creerle y poner la vida en ello. Hay que creerle y hay que llegar hasta la muerte por realizar esta fe en él. Dios es así. Cuando él ama... hay que atenderle... cuando Dios llama... hay que dar la vida por seguirle. Dios es terrible en esto... es terriblemente celoso de su amor y del cumplimiento de sus decisiones. Cuando el alma escogida por él, predestinada por él para «buscarle» con afán amoroso, desestima a Dios y es negligente en el desempeño de su gran misión, experimenta de modo inexorable y tremendo sus consecuencias. «Desde Casdebarne al torrente Zared, nuestro viaje había durado treinta y ocho años, lo suficiente para que desapareciera de en medio del campamento toda la generación en edad de guerra» —nos cuenta Moisés—, «según lo había jurado Yahvé» (Dt 2,14).

Con Dios no se juega, nos dice san Pablo (Gál 6,7). Dios y sus decretos o designios valen más que nuestra propia vida. El amor celoso de Dios no puede ser desestimado, porque cuando él nos lo entrega, en su amor entrega su Persona. Desestimar, pues, a Dios es el mayor mal que nos infligimos a nosotras mismas. Es nuestra derrota espiritual. En cambio, cuando nuestra fidelidad responde a la de Dios y la compromete, nos hacemos terribles frente al enemigo. Dios nos hace fuertes. Escuchemos: «Desde hoy empiezo a difundir el terror y el miedo hacia ti entre los pueblos que hay bajo el cielo: todo el que oiga el rumor de tus pasos será presa del terror y de la angustia» (Dt 2,25), dice el Señor a su Pueblo después de haberle purificado. ¿Quién nos podrá con Dios a nuestro lado?

¡Oh, Dios nuestro, cuando tú haces pisar esta línea a tus almas escogidas haciéndolas entrar en el ámbito de tu presencia y amor sobrecogedor, en tus consejos o intimidad, en tus designios de amor y salvación, ¡qué terrible te muestras...!, ¡qué absoluta tu grandeza y señorío... qué irrevocable tu voluntad, qué tenaz! Y qué tremenda es tu presencia. ¡Oh, Dios nuestro, qué grande y qué pequeño cuando te acercas a nuestro corazón mostrándote como necesitado de él, de nuestro amor! ¡Oh, Dios, buscarte a ti... buscar tu rostro... dar con él... es superior a nuestro pequeño ser! Encontrarte nos trasciende. ¡Oh!, ¡qué vocación tan sublime es caminar con Dios... no con una misma!

Pues, a pesar de tanta grandeza, Dios ha querido que sea ésta la vocación de nuestro pequeño ser: buscarle a él hasta su encuentro. Y para facilitárnosla, Dios pone en nuestras manos la mediación poderosa en la que él vive y por la que nos asegura su compañía en la subida hacia el Monte: ¡el silencio!, y con el silencio, ¡María! Sí, hermanas, el silencio contemplativo de María.

Que por otra parte, es el muro protector con el que Dios defiende nuestro espíritu de todo ruido o sonido que impida llegar a nuestros oídos y a nuestro corazón la vibración de su voz, su santidad, que nos llama desde la cumbre del Monte, que nos defiende de tanta pecaminosidad, de todo lo que nos impide escuchar su silbido amoroso, y que orienta la dirección que hemos de tomar para llegar, sin desvío, a su «encuentro».

Así nos lo dice su Palabra: *«Guarda silencio* y escucha, Israel. Hoy te has convertido en el pueblo de Yahvé, tu Dios. *Escucharás,* pues, la voz de Yahvé, tu Dios» (Dt 27,9-10). Así dio origen Dios al silencio. Y para esto le dio origen: para que escuchemos su voz, la guardemos en el corazón, vivamos de ella, y sea la senda que nos conduzca a él, a su santidad, a su rostro divino, a su encuentro deseado, a la cumbre del Monte.

Sí, hermanas, porque sólo el silencio, el verdadero silencio que se alimenta de Dios, vive a Dios y deja vivirse por Dios, digo el silencio interior, es el que nos acerca al misterio divino y a su voz amorosa, a su Palabra, a su Verbo de vida. Es el que nos hace cobrar la seguridad perdida en el pecado y nos clarifica el camino hacia la verdad y la plenitud. Es el que abre nuestra vida espiritual hacia su perfección: el que hace posible el encuentro con el Amado cuando nos ajustamos a sus reglas, a las reglas del silencio interior y exterior que iluminan nuestro sendero hacia Dios.

Desde esta fuente de luz, que es el silencio, la búsqueda de Dios se nos convierte en fuente de vida y de gozo que da sentido a nuestra vida y vocación, y la impulsa con entusiasmo hacia el «encuentro» divino, tanto, cuanto sea la forma de nuestra fidelidad a él.

Por el contrario, las faltas de silencio interior y exterior provocan en nuestra interioridad el desajuste de nuestra vida

espiritual, el vacío y la inseguridad, la falta de sentido a nuestra existencia, la desesperanza y con frecuencia la irritabilidad, por situarnos en una actitud opuesta a las reglas de la «búsqueda» de Dios, que es el núcleo de nuestra vocación. Nos convierte en vidas desarticuladas de nuestros principios vocacionales de «buscadoras» de Dios, que es por lo que encuentra sentido la clausura, como dijimos, y así, todo se nos hunde. Se nos caen de las manos la ilusión y el impulso hacia metas elevadas de perfección, que es el «encuentro» tan deseado con el gran Dios amado.

Es, por tanto, el silencio, nuestra riqueza y la mejor fuerza para la prosperidad de nuestra vida interior o búsqueda de Dios. ¡Oh, silencio divino!, ¡capaz de hacer habitable el desierto que hemos de cruzar! Capaz de hacer confortable y fecunda la subida al Monte que hemos de realizar. ¡Capaz de consumar el «encuentro» deseado! ¡Oh, silencio deseado!, ¡que fijas tus tiendas en parajes inaccesibles sólo hollados por la divinidad! ¡Oh, sí, hermanas!, para las que tenemos vocación, sabemos qué es el silencio, y nos enardecemos ante él, porque sabemos a dónde nos lleva, sabemos que nos lleva hasta el «encuentro» deseado, objeto de nuestra vocación, hasta Dios.

¡Qué pocas palabras recoge el Evangelio de nuestra Madre Inmaculada! Precisamente de ella, que nos pudo hablar tantas y de tanta perfección. Pero nos dejó la gran fecundidad del silencio, que imitó nuestra Madre santa Beatriz tan heroicamente, y que hemos de prolongar ahora nosotras. Silencio despierto, atento, vigilante, contemplativo del divino amor, y liberador del pecado.

Vamos, pues, a estudiarlo, a reflexionar sobre él para ayudarnos a su vivencia; para que, aprendiendo sus reglas, se nos facilite su práctica, pues que enamoran. Vamos a estudiarlo reflexionando sobre las cuatro reglas o clases de silencio que nos apuntan nuestros Estatutos. *Silencio creativo,* que ordenará nuestro silencio externo, porque sanará nuestra mente. *Silencio gestador* de la Palabra divina, que da a luz nuestra vida espiritual o inicia nuestro silencio interno o vida interior. *Silencio pacificador,* que crea el ambiente en el corazón para el «encuentro» divino. Y *silencio de búsqueda,* que consuma el «encuentro».

Para penetrar adecuadamente en la reflexión de estos silencios, preparemos nuestro corazón dejándole en soledad, como nos dice el Esposo: «la llevaré a la soledad y le hablaré al corazón» (Os 2,16). Sí, preparémonos a recibir a Dios, porque hablar de silencio es hablar de Dios, es dejar que él nos hable, es vivir cercanamente su presencia, porque el silencio es portador de Dios. Así nos lo dice la Biblia. Escuchemos el episodio de la fuga de Elías por el desierto, que nos ayudará a entender la presencia de Dios en el silencio, para que lo amemos y busquemos. Dice así:

«Sopló un viento fuerte e impetuoso que descuajaba los montes y quebraba las peñas delante de Yahvé, pero Yahvé no estaba en el viento. Después del viento, un terremoto. Tras el terremoto, un fuego; pero Yahvé no estaba en el fuego. Y al fuego siguió un ligero susurro de aire. Al oírlo Elías, cubrióse el rostro con su capa... Y he aquí que una voz le preguntó: "¿Qué haces aquí, Elías?". Respondió: "Me he abrasado en celo por Yahvé de los ejércitos..." Y Yahvé le dijo: "Anda, vuelve a emprender tu camino por el desierto..."» (1 Re 19,11-15).

Vamos, pues, a emprender este camino delicioso, hermanas, reflexionando estos cuatro silencios, que establecen en nuestro interior diversos modos de «encuentro» con el Amado y nos van subiendo hasta él, hasta internarnos en él, en el gran «encuentro» deseado que lograremos en la cima del Monte, del Monte santo de la Concepción.

Silencio creativo. Comenzamos por este silencio porque es el que nos interna en nuestros orígenes, en aquel silencio divino, y amoroso que originó nuestra existencia y que ahora nos llama a su plenitud. Y que nos descubre la armonía, la paz y la vida de nuestras raíces, esa savia divina de la que hemos de nutrirnos para llegar a la deificación deseada. Porque si queremos llegar al «encuentro» divino, de nuestras bases hemos de partir, que son silencio, silencio divino o plenitud del Ser de Dios. Sí, hermanas, hemos de descubrir primero la profundidad de nuestro origen que subyace en el silencio divino, para hacer de ese silencio el revulsivo que sobrenaturalice nuestro ser desde sus raíces, es decir, que sane nuestra mente de la secuela del pecado original, volviéndola a la pureza de sus orígenes.

¡Oh, hermanas, qué grandeza pensar que nuestra existencia se debe a la plenitud de Dios! Plenitud que se expresa en su silencio divino, que es soberanía total del ser. Son estas cosas muy sublimes, es verdad, pero no porque sean tan elevadas vamos a dejar de reflexionar en ellas con nuestro corto entendimiento, para poder concienciarnos de lo que somos.

Para entender algo de esto pensemos, por ejemplo, que el silencio no puede existir en el niño que necesita de todo y de todos para su desarrollo. Tiene que pedirlo. Pero sí puede existir en el hombre que ya ha alcanzado su madurez y lo tiene todo en sus manos. El silencio podría existir donde nada se desea, porque nada falta. Pues miremos, hermanas, si puede existir el silencio en Dios como disfrute gozoso y pacífico de sus inmensas perfecciones, pues que él es el Ser perfecto y acabado por antonomasia. Pues de esta plenitud fecunda nacimos. De este silencio perfecto y lleno de vida se nos dio la vida.

Pero todo esto con una belleza inalcanzable, inimaginable para nosotras. Porque Dios es la Belleza en su plenitud infinita, máxima. Por pensar algo, podríamos imaginarnos el seno del Padre como un hogar inmenso, lleno de luz, de amor, de vida, de cuanta belleza podamos imaginar. El libro del Apocalipsis nos habla de perlas preciosas para sus alzados, para su pavimento oro puro, alegrado por un río de agua de la vida y árboles de la vida llenos de frutos (Ap 21,9-22; 22,1-2), que existe todo ello en perfecta armonía, derivada de la paz que emana la poderosa estabilidad que causa Dios, autor y Causa de la vida en Sí mismo, y del amor; autor de la felicidad. Pues miremos que, disfrutando toda esta fecundidad armoniosa y serena su triple Deidad, nos echó de menos ese Seno divino, su ternura, y en ese mar de silencio fecundo dejó correr el torrente de su amor y nacimos nosotros, los hombres. Su poder amoroso y vivificante nos dio vida. Porque todo lo que Dios crea nace con vida, como nos ha recordado antes el libro del Apocalipsis.

Sí, hermanas, en silencio amoroso, gozando su propia Plenitud el Padre, al crearnos, se sintió más feliz, si cabe esta expresión en el concepto plenitud. Pero sí satisfizo su necesidad de amar y de expandir bondad, propia de su Ser divino. Con

nuestra creación, sintiendo el latido de nuestra existencia, el Padre sintió más lleno su Seno divino y gozó en su plenitud divina, y nos amó en su divino silencio, y nos reconoció hijos de su amor y de su vida, de su fecundidad armoniosa.

Parece poesía, hermanas, pero no. Aún es mucho más bella y armoniosa nuestra creación. Y si la reflexionamos así, es para que veamos cómo son nuestras raíces y, consecuentemente, cómo debe ser nuestro comportamiento interior y exterior. Somos fecundidad de Dios. Y miremos, hermanas, que, por medio del silencio divino, tenemos que conectar con él para que nuestra vida reproduzca, en nuestra medida, la plenitud de perfecciones que nos dieron a luz: el amor, la paz, la armonía, y lo transmitamos así a toda la creación. Y seamos así portavoz de esa existencia divina callada, fecunda y amorosa, que es Dios. Debemos vivir conectadas con el silencio de Dios para ser eco de su Palabra de vida, silenciosa pero llena de amor. Porque, hermanas, el silencio es como la placenta de Dios que nos permite permanecer unidas a él para transmitir, con nuestro comportamiento, la pureza de nuestra creación, de la que es reflejo perfecto nuestra Madre Inmaculada, e imitadora fiel santa Beatriz de Silva.

Pero esto requiere oración. Mucha oración y silencio, repito. El mismo silencio divino que nos transmite la oración bien vivida. Silencio para descubrir lo que somos en nuestra raíz. Oración para experimentar que somos seres relacionados con Dios en nuestro origen y en nuestro fin. Que somos seres que no terminan en sí mismos, sino en Dios. Que somos seres con existencia en Dios mismo, y formando con él una relación de amor y de vida ontológicamente. Por eso, destinadas a participar la Vida y la Santidad de Dios, y es por esta grandeza por lo que se hace tan necesario el silencio. Sí, lo necesitamos para saber dar a Dios la respuesta adecuada de lo que somos. Necesitamos libar el silencio divino de nuestra creación en nuestros claustros para interiorizar el don divino que abriga la entraña de nuestro ser, que abriga nuestra creación.

Y necesitamos silencio para saber respetar este mismo don que somos. Para respetar el amor contemplativo de Dios sobre nuestra existencia, que es el designio o proyecto creador que desde su contemplación nos asignó a cada una de nosotras, y

que es nuestra realidad humana, nuestro destino. La contemplación que él tuvo sobre nuestra vida, sobre nuestra muerte, sobre nuestra eternidad. Tenemos que callar la nada, la corrupción que somos, para que desde nosotras hable la santidad del Todopoderoso, su ternura y amor, su silencio creativo.

Vivir el silencio creativo de Dios es para nosotras y todos los consagrados sumergirnos diariamente en lo profundo del Ser Creador del Padre; en lo hondo de su silencio o plenitud divina desde donde se hizo Palabra de vida su silencio divino, para desde ahí oír esa su voz creadora. Oírla para transmitirla. Transmitir la imagen del Verbo, Causa de aquel «hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» de modo que esta imagen divina del Padre vaya ganando la voluntad del hombre y se vaya configurando con él. Éste es el fin de nuestro silencio, alcanzar la fecundidad misteriosa de nuestra vida contemplativa que menciona el decreto *Perfectae Caritatis* en su n.7.

Y nunca lo conseguiremos mejor que uniendo nuestra pequeña fecundidad, que es la ascesis del silencio, con la fecundidad divina emanada de la plenitud de su divino y amoroso silencio. No lo olvidemos, hermanas, así como hemos visto que todo lo que crea Dios nace con vida, hemos de ver que Dios da la vida siempre en el silencio. En el silencio del amor humano más sublime se gesta la vida humana. En silencio nacen y crecen las plantas. En silencio nos calienta el sol y dan su luz las estrellas. En el silencio de la noche la Palabra de Dios se hizo carne, se hizo amor y luz y palabra para el hombre.

Escuchemos: «La Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios... era el Verbo de la vida... y la Palabra se hizo voz, carne, sonido, luz... era la vida» (Jn 1,1-14) y se hizo palabra para que la hablemos. Sí, hermanas, esta palabra es la que hemos de hablar. Palabra creadora, que por nacer del divino silencio está llena de vida. Llena de amor. No hemos de hablar la palabra que produjo el mal, el pecado, que es palabra de Satanás. Palabra de muerte que hiere; aunque a veces halague, pero mata, ofende o crea malestar en el espíritu de quien la escucha. No, no la debemos hablar, sino que hemos de hablar la Palabra de Dios que santifica.

Porque nuestra espiritualidad concepcionista esto nos exige: que hablemos de modo que volvamos a la pureza de su origen la palabra. Sí, hermanas. Nuestra misión como concepcionistas y el fruto que hemos de dar como consecuencia de vivir el *silencio creativo* es el de redimir la palabra, liberarla del pecado. Ella, en nuestros labios, debe ser cauce de vida y de amor. Debe comunicar vida y amor porque de este principio procede, y amor y vida comunicó cuando comenzó a existir en la tierra. Recordemos lo que hemos dicho antes. Si Dios habló, si salió de su silencio fue para crear, para llenar de vida y de amor todo el cosmos. Su primera palabra fue: «Haya luz... haya frutos... haya seres vivientes... hagamos al hombre... —y después, llenó todo lo que había creado de bendiciones—. Vio que todo era bueno y lo bendijo» (Gén 1,1-31). Así hemos de vivir el silencio de la Palabra creadora del Padre. Quitando de ella todo lo negativo. Que sólo hablemos para amar, para bendecir.

Éste es el silencio de la palabra creadora, la ausencia de todo mal en ella. Que cuando hablemos, nuestra palabra, como la de Cristo el Esposo redentor, construya el amor, la unión, la paz, la interiorización. Derrame bondad, comprensión, perdón, alegría, bendición; dé a conocer el amor del Padre.

Así nos lo enseña también la Sgda. Escritura además de Cristo. El libro de los Proverbios nos dice: «La boca del justo es fuente de vida... En los labios del inteligente se encuentra la sabiduría... Los labios sinceros apagan el odio... En el hablar mucho no falta el pecado, mas el que frena sus labios es prudente. Plata pura es la lengua del justo... Los labios del justo alimentan a muchos hombres. La boca del justo produce la sabiduría... Los labios del justo destilan benevolencia» (Prov 10,11-32). Y en contraposición añade: «Hay seis cosas que detesta Yahvé, y siete que su alma abomina... la lengua mentirosa... el falso testigo que profiere calumnias y el que siembra discordias entre sus hermanos» (Prov 6,16-19). Todo esto va contra el silencio creativo, y hemos de evitarlo en nuestras palabras para vivir el silencio constructivo que nos piden nuestros Estatutos para sanar nuestra mente. Sí, hermanas, hemos de evitar la murmuración, quejas, disputas, mentiras, intolerancia, fanfarronadas, injurias. Porque todo esto y más son ma-

nifestaciones del desorden de nuestra mente, pues que es la que elabora los conceptos que luego expresamos con la palabra. Si nuestra mente la hemos alimentado con el silencio creativo o palabra creadora de vida, de amor, de bondad, según nos enseña la Palabra de Dios, este ejercicio la habrá purificado y nos habrá capacitado para evitar el desorden en las palabras, y también en las obras. Y así estaremos preparadas para entrar en el silencio gestador, es decir, para encarnar en nuestra mente y voluntad su santidad. Veámoslo.

Silencio gestador de la Palabra divina. Es el silencio que hace vida interior ante la Palabra de Dios. Silencio que alimenta el alma de Dios y de su amor, porque nos pone en contacto con él.

Sí, hermanas, escuchando la única palabra de vida eterna en silencio, alimentando nuestra mente y corazón purificados con la palabra que sale de la boca de Dios (Mt 4,4), daremos a luz nuestra vida interior. Vida de la misma vida de Dios que nos creó a su «imagen y semejanza» (Gén 2,26), vida que se percibe primero en el intelecto, y en él se contempla, se entiende, porque Dios es espíritu, que en silencio llama a nuestro espíritu a vivir su perfección: «Sed santos como vuestro Padre celestial es santo» (Mt 5,48).

Silencio, por tanto, humilde, contemplativo, en verdad gestador. Que entiende la riqueza y el sentido de la Palabra divina, porque sabe que Dios habla para su criatura, y habla para que se contemple en ella y viva de ella, y habla para ligarse a ella y darle a beber su eternidad, su vida, su amor, su bondad. Por eso hemos de hacer un silencio adorador, amante, atento, profundamente reflexivo ante la divina Palabra. Silencio que escuche, que capte, que ame, que intuya, que adore. Que no se canse de contemplar como María, nuestra Madre Inmaculada.

Mirémosla, si no, contemplando la Palabra hecha carne, nacida de su seno virginal. Mirémosla, penetrando con sus ojos contemplativos el misterio de la humanización de Dios y adorándole en un silencio amante y sobrecogedor. Pues éste es nuestro Modelo, hermanas. María, adoradora silenciosa y escrutadora de la Palabra de Dios, que tan fielmente imitó santa Beatriz de Silva, la Santa del silencio gestador.

Y entendamos que, en la medida que más intenso sea nuestro silencio, mayor será la atención que podamos prestar a la divina Palabra, y mayor será también su penetración. Mejor entenderemos su riqueza, su contenido, y más abundantemente nos cargaremos de él, nos cargaremos de Dios, fuente de paz, de gozo, de energía divina. ¡Oh, qué delicias divinas gusta aquí el alma que sabe abrevarse de este rico venero de aguas divinas! Qué delicia para el espíritu, y qué fuerza para la ascética que busca la configuración con el Amado.

Por ello reconocemos que es el silencio el que crea en nuestro interior la vida espiritual llamada a escalar la cumbre de la perfección, el encuentro con el Amado, porque así nos lo dice él con su silencio divino: Silencio en Belén, ofreciendo su impotencia al Padre. Silencio en Nazaret, ocultando su sabiduría divina con el rudo y silencioso trabajo artesano. Silencio de adoración ante el misterio de su sentencia injusta, de su Cruz y Muerte. Silencio de Dios, que nos hace caer de rodillas y adorar como lo hacía María, para gestar su divinidad en nuestro corazón. Silencio de admiración que nos integra en su mismo misterio de amor. Vamos, pues, a reflexionar un poco en este silencio de la «Palabra hecha carne» para asumirlo nosotras, integrarnos en él para mejor vivirle.

Y vamos a hacerlo entrando en el silencio o adoración de María, para profundizar con ella, mejor y más, en el misterio del silencio de su Hijo. Contemplemos al Verbo de la Vida escogiendo el silencio para encarnarse en el seno de María. Dejemos que nos sobrecoja este hecho. En silencio humilde se hace hombre Dios, humillando su grandeza por amor, sin que nadie lo supiera. Sólo ella. ¡María! ¡Sólo el silencio y el seno de María acogieron este misterio inefable! ¡Oh, grandeza del silencio! ¡Es el hecho más importante que ha conocido la historia de la humanidad, y sólo se escribe con caracteres de silencio! No queda registrado en la historia del hombre con caracteres de oro, que al fin es un producto de la tierra, sino con caracteres de cielo cual es el silencio, ¡el divino y fecundo silencio!

Y en silencio, porque sólo el silencio nos hace entender el misterio, María llega a comprender que tiene que ser así, porque así, en ese silencio divino, el Verbo había sido también en-

gendrado por el Padre «antes del comienzo de la aurora» (Sal 109,3). Y experimenta así cómo el silencio es signo de plenitud y cómo, en el inmenso ambiente de silencio divino, el Verbo se había deleitado y había gozado la Plenitud del Padre. Había habitado en las alturas y su trono habían sido las nubes. En silencio había recorrido el círculo celeste y por las profundidades del abismo se había paseado (Eclo 24,4-5). Y entiende cómo su Hijo, recién encarnado en ella, quería seguir existiendo en el silencio de Dios. ¡Silencio que es paz inefable! Silencio que es latido de Dios. ¡Latido de amor que movía su pequeño corazón! Y entiende cómo esa Vida que latía en su seno, en silencio, era el comienzo de la vida del hombre, del hombre creado en santidad y justicia (Ef 4,23-24). Y comprendió que sólo desde el silencio podría ella y podríamos nosotras integrarnos en el misterio y asumirlo, integrarnos en Dios.

Y así, el silencio de admiración selló su boca purísima no sólo para gestarle en un silencio inmaculado, sino para soportar la infamia a que la sometía el silencio del Dios silencioso que llevaba en sus entrañas si no revelaba el misterio de su maternidad. Y, contagiada por el silencio de su Hijo, optó por el silencio, para que no le faltase al Verbo de la Vida, en su alma y en su corazón, el mismo silencio del Padre en el que él vivía. ¡Impresionante revelación del valor del silencio, que agigantó la santidad de María!, ¡que la hizo eminente contemplativa!

Y en silencio nació el Verbo o Palabra de Dios. «Mientras un silencio apacible lo envolvía todo y, en el preciso instante de la medianoche, tu omnipotente palabra —Señor— bajó de su solio real del cielo» (Sab 18,14-15a). Y en este silencio sobrecogedor experimentó en su alma y vio por sus ojos el fruto máximo de la plenitud silenciosa de Dios que se desbordaba y se revelaba en su Hijo hecho carne. Entendió que su Niño recién nacido, sumido en un silencio adorable, era así expresión del silencio, de la Vida y del Amor del Padre a los hombres. De su Plenitud. Y mucho más lo entendió cuando el silencio sobrecogedor y de admiración que invadía su corazón maternal lo vio reflejado en los ojos de los pastores que llegaban a adorar a su Niño, sobrecogidos. ¡Oh, plenitud de Dios que te das en el silencio! Es que, hermanas, en la eternidad

no hay palabras. ¡Hay vida de Dios! ¡Hay silencio! ¡Porque es el único valor que puede hacernos entender el misterio y recibir la vida de Dios!

Para ella estamos llamadas, hermanas. Y si el silencio creativo ha depurado nuestra palabra de toda malicia, este silencio gestador de la divina Palabra nos introduce en el misterio de nuestra deificación, que es el misterio de nuestras clausuras; el misterio de nuestra interiorización o inserción en la Palabra de Dios; de nuestra inserción en el misterio de nuestra vida interior, que es vida de Dios. Vida de Dios que late en su Palabra y que hemos de encarnar mediante el silencio gestador, repito, en nuestro propio corazón, para conseguir el «encuentro» deseado que reclama nuestra vocación, la plenitud en Dios.

Sí, hermanas, fue Jesús, Palabra eterna del Padre, quien trajo el silencio divino al mundo y lo encarnó en su misma carne humana en tantos silencios como nos descubre su vida, su doctrina, sus ejemplos. Nos trajo el silencio, que es la puerta de la interiorización del hombre. Ahora somos nosotras quienes debemos asumir su silencio, sobre todo ante su Palabra divina, para interiorizarla y así crear en nuestra vida interior una exuberante vida espiritual, vuelvo a repetir. Interiorizarla para que vaya dando su fruto espiritual, como la semilla que crece sola, pues que la Palabra o «reino de Dios es como un hombre que echa una semilla en la tierra. El hombre duerme y despierta, se hace noche y se hace día y la semilla, sin que él sepa cómo, germina y crece. La tierra por sí misma da el fruto» (Mc 4,26-28).

Esta parábola, que se refiere al Reino de Dios, bien puede aplicarse a la Palabra de Dios, pues que es germen de eternidad, vida de Dios, que fructifica en nuestro interior cuando la acogemos en nuestro corazón con un silencio de admiración, que es humildad, y con un silencio de adoración, que es amor, hasta poder dar el ciento por uno (Mc 4,1-20). Para nosotras es alcanzar la meta de nuestra búsqueda de Dios, su «encuentro» deseado.

Pues como fue Jesús, Palabra del Padre, quien mejor encarnó en su Ser el silencio de Dios, como hemos dicho, vamos a reflexionar también un poco en la moral de sus silencios que nos revela su virtud, para imitarle; y miremos bien que

son silencios de la misma Palabra de Dios, por ello nos enseñarán bien a interiorizarla y a aprender virtudes. Son silencios divinos, como de persona divina que es. Esto es, que son perfectos, nacen de la plenitud de su santidad. Jesús nunca calla por resentimiento ante sus enemigos, ni por desprecio, sino con amor y por amor, con santidad. Por eso sabe disculpar, rezar, perdonar, amar a los mismos que le quitan la vida (Lc 23,34).

El silencio, por ejemplo, que manifestó delante de Pilato ante su condena a muerte. Jesús sabía que esos hombres se estaban equivocando aplicándole una sentencia injusta. En cambio, calla. ¿No es este silencio la expresión de su interiorización ante la adorable voluntad de su Padre?, «hasta el punto de que Pilato se maravilló» (Mc 15,5). Y calla ante Herodes, a pesar de que los pontífices que estaban presentes le acusaban con vehemencia (Lc 23,9-10). Y guardó antes silencio también ante el Sanedrín, cuando se levantaban testigos falsos a atestiguar contra él. Pero Jesús callaba a pesar de que le instaba Caifás a que respondiese.

Todos estos silencios son divinos. Para entenderlos un poco, tenemos que recordar lo que dijimos antes, que Jesús, como Verbo de Dios, estaba acostumbrado a vivir en el silencio de la plenitud del Padre. Y sabía también que estaba viviendo momentos cumbre para él y para el Padre. Y para los hombres que necesitaban redención. Y los vivió sumergido en él, en el silencio de su Padre, como en la Encarnación, como en su Nacimiento, como en Belén. Como lo sigue haciendo ahora en la Eucaristía. Así nos estaba enseñando a estar ante la Palabra de Dios. Si la misma Palabra de Dios guardaba silencio, ¿cómo habremos de leerla? Miremos que nos está enseñando a leerla, y a tener un corazón silencioso para gestarla, para acogerla con cariño humilde, porque sabemos que ella tiene poder de transformación cuando no la traemos a nuestro modo de ver las cosas tan distantes de como Dios las ve, de como Dios nos las revela, de como Dios las vive y ha vivido.

Silencio de respeto, de asombro, que también nos hará comprender que la Palabra de Dios, tan distinta de nuestra realidad, es la verdadera y única Realidad a la que estamos llamadas desde toda la eternidad, al fijarnos el Padre la vocación

de ser «imagen y semejanza» suya. Porque ella es la que nos dio la vida, el espíritu, el amor. ¿Veis, hermanas, cuán necesario es tener el corazón y la mente acostumbrados al silencio para que sea, en realidad, nuestro silencio, silencio gestador de la divina Palabra?

Sí, hermanas, que sea de verdad silencio humilde, de asombro, nuestro silencio ante la divina Palabra, porque tan gran Amor como es, nos busca con celo eterno a cada una de nosotras. Asombro, humildad, porque, aun ante el conocimiento de nuestro gran pecado, Dios quiere complementarnos con Él, con su realidad divina, con su perfección infinita, con su Ser divino. Y ante esta realidad inaudita, asombrosa, si tenemos el corazón acostumbrado como María, abierto a la acción de la Palabra divina, un corazón humilde y sosegado en Dios, estabilizado por el silencio en quien es la grandeza y la omnipotencia, sabremos decirle en todo momento fácil o difícil de nuestra vida: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí, según tu Palabra» (Lc 1,38).

Silencio, asombro y adoración también ante la Palabra creadora que encierra toda la creación. Sí, hermanas, todas las cosas que tocamos encierran la voz de Dios, que las llamó a la existencia... Respeto, admiración ante ellas. Con todas las criaturas, mucho más con las humanas, que son sacramento de la presencia de Dios. Silencio ante ellas, silencio respetuoso, de adoración, ante esa voz divina que se reconoce en ellas: «Lo que hicisteis con ellos... a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40), y no dejar fluir contra ellas ninguna pasión, ni de egoísmo, ni de ambición o soberbia. Sólo el amor santo.

A la luz del «encuentro» con la divina Palabra, con el Señor, cuando lo hayamos saboreado sosegadamente, nos iremos dando cuenta de que nuestro ser empieza en él y sólo crecerá y llegará a la madurez cuando insertemos las exigencias de la divina Palabra en nuestro comportamiento. Porque recibir la divina Palabra, «acogerla» en el alma, es siempre «recibir» o «acoger» vida, vida vivificante, energía divina, que nos hace crecer. Ella sólo necesita el ambiente, que es el silencio sobrecogedor o de humildad, de adoración. Sí, hermanas, ésta es nuestra vocación. Mantenernos en la escucha de la Palabra de Dios es responder a la «llamada» de «buscadoras» de Dios; y

responder a esta «llamada» es iniciar el comportamiento vocacional, la subida al Monte de la Concepción con fidelidad tenaz, que nos hace ser concepcionistas.

Y, ¿qué nos ayudará a vivir este silencio constantemente en nuestra vida contemplativa y evangélica? San Juan nos dice: «el que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve» (1 Jn 4,20). Esto que se nos dice sobre el amor, bien se podría aplicar respecto de la Palabra de Dios. Quien no sabe escuchar al hermano que ve, tampoco sabrá escuchar a Dios que no ve. Porque, como dijimos arriba, el hermano es sacramento de la presencia de Dios (Mt 25,40), y, por lo mismo, el mejor pedagogo para enseñarnos a escuchar la divina Palabra, siempre que nos carguemos de la gracia de Dios para poder escuchar con sentido espiritual.

Así nos lo enseñan nuestros Padres del desierto, que fueron grandes contemplativos y sólo se nutrían espiritualmente de la Palabra de Dios. Escuchemos un ejemplo de serenidad paciente. «Abba Poimén cuando tenía que ir a alguna reunión donde debía escuchar y hablar, primero se retiraba a su celda un gran espacio de tiempo para prepararse» a *escuchar*[1]. Asimismo escuchemos otro ejemplo de madurez y hondura espiritual: «En cierta ocasión, Abba Poimén nombró Abba, es decir, Padre espiritual, a Agathón, y Abba José le dijo: "es joven, ¿por qué lo llamas Abba?" Poimén respondió: "porque su boca lo hace llamar Abba"»[2]. Sí, su boca le dio madurez espiritual, porque aprendió a escuchar y aprendió a hablar tomándose tiempo para pensar lo que había de decir.

Sí, hermanas, permitidme que os lo diga. Si aprendemos a escuchar con atención a la hermana, al hermano, adquiriremos capacidad para escuchar la Palabra de Dios aun cuando estemos en aridez o desalentadas. ¡Sin duda!, porque el hecho de haber aprendido a *escuchar* con paz a quien requiere nuestra atención, nos hará pacientes, serenas, nos dará madurez y hondura espiritual para luego saber escuchar y hablar con Dios en profundidad. Esto, como digo, no esperemos conseguirlo sin haber

[1] Apotegmas de los padres del desierto, p.146.
[2] Ibid., p.150.

detenido muchas veces nuestro deseo de hablar para escuchar a nuestro interlocutor con atención, con paz, con amor.

¿No hizo esto Dios con nosotras? ¿No es él, para nosotras, el amor, la ternura, la paz y misericordia escuchándonos, que es penetrando en nuestra miseria, y con tanto interés que, para remediarla, nos asumió, asumió nuestra condición humana y prevaricadora a fin de liberarnos de nuestra necesidad de Vida, nuestra necesidad de regeneración?

Así nos enseña Dios. Y así, hermanas, aprendiendo a ser personas de interioridad, podremos entender y acometer el tercer silencio de nuestra espiritualidad. Es el silencio pacificador.

Silencio pacificador. Es el silencio de las cosas. Es ese pasar las calles, plazas y centinelas, que dice la Esposa. Pasarlos, dejarlos atrás. Por ello, el fin y el fruto de este silencio es pacificar las pasiones, que son las fuerzas de oposición a nuestro espíritu que tiende al «encuentro» con la divinidad, con el Origen amado de nuestro ser. Mediante el silencio de las cosas, hemos de apagar en nuestro interior la fuerza de la pasión que nos desvincula de Dios, plenitud transformante a la que tendemos como «buscadoras» de Dios.

Con la práctica de este silencio pacificador, hemos de concluir la metamorfosis o transformación de nuestro modo de escuchar y hablar, de nuestros deseos y pasiones. Metamorfosis que convertirá nuestra soberbia en humildad, la avaricia en prodigalidad, la envidia en gozo y admiración por el bien ajeno, la sensualidad en moderación, la pereza en diligencia, la gula en austeridad o mortificación. Y desde aquí, hermanas, podremos realizar nuestra vocación de «buscadoras» de Dios, de personas de una única dirección, «testificadoras» de lo «único necesario» (Lc 10,42) porque habremos aprendido a soltarnos de las cosas y, con ellas, de la ambición de poseer y del afán de dominar, nos habremos pacificado.

Y, ¿cómo adquirir este silencio? Nos ayudaremos a ello, hermanas, pensando que cuanto nos rodea son cosas distintas a nosotras, son ajenas. Acabamos de decir que Dios es nuestra plenitud y nuestra única Realidad, es decir, que somos seres relacionados con él, que nuestra vida vive por la suya y tiende a la plenitud en él. En cambio, esto no podemos decirlo de

las cosas que nos rodean, ellas son inferiores, distintas y muy distantes de nuestro origen y de nuestro fin. Por ello hemos de vernos así, distintas de ellas. No fuimos creadas a su imagen y semejanza, sino a la de Dios, y sólo en él encontramos la vinculación adecuada y la plenitud, no en las cosas.

De aquí se desprende que, para que nuestro ser encuentre la paz y la plenitud, hemos de desatarnos de ellas. Desvincularnos de ellas porque son distintas, y si nos atamos a ellas perdemos lo que somos, la imagen de Dios que ellas no son. Sí, hermanas. Vinculándonos a ellas perdemos la capacidad que reside en el fondo de nuestro ser de vinculación con Dios, Principio nuestro adorable. Y en tal medida la perderemos cuanto sea el grado que tengamos o queramos tener con ellas de vinculación o apego. Y esto es así por el desorden que hay en nuestras pasiones, que si las dejamos libres, arrastramos nuestro ser al fracaso y frustración, ya que el pecado las dejó esclavas, atadas a él, atadas a las cosas desordenadamente.

Si esta realidad la interiorizamos tenazmente en el corazón como respuesta a nuestra vocación, las propias tendencias y pasiones que nos arrastran a desear las cosas desordenadamente, a poseerlas y ambicionarlas, irán perdiendo fuerza en nuestro interior y quedaremos pacificadas. Iremos quedando desatadas de la ambición, del egoísmo, de la comodidad, también de la soberbia que engendra el deseo de las riquezas, como he dicho. En fin, quedamos desatadas de las pasiones que nos llevan al pecado, al desorden, ya que fue el pecado el que desordenó nuestro interior, dejando sujeto, esclavo, nuestro corazón a las cosas, por la ambición que metió en él Satanás: «seréis como dioses» (Gén 3,5). En cambio, al desatarnos de las cosas, nuestro corazón vuelve al orden y armonía creacional. Vuelve a la paz. Vuelve a Dios.

Porque este orden y armonía, o silencio pacificador, nos deja preparadas para estrechar la vinculación con nuestro Dios deseado y buscado. Porque, al perder el deseo de las cosas, aumenta en nuestro corazón el deseo de Dios. Sí, hermanas, por medio del silencio de las cosas o lejanía de ellas, nos hacemos presentes a Dios con la cualidad necesaria para que él nos asuma en su Ser divino que acelera el «encuentro» tan

deseado. El «encuentro» con el que fue el Perfecto «desvinculado» de las cosas, Cristo, que dijo: «no tengo dónde reclinar la cabeza» (Lc 9,58).

No nos detenemos más en esto porque ya hablamos de ello en el capítulo de la «Conversión» al tratar sobre las pasiones. Pero deseo advertiros que este silencio pacificador de pasiones, hermanas, es consecuencia de habernos integrado en los anteriores y nos limita ya con el siguiente. Nos impulsa y prepara para entrar en la vinculación o relación amorosa del «encuentro» deseado viviéndolo en todas las cosas. Viviendo al Amado en todo. Estamos acercándonos ya a la expresión gozosa de la Esposa: «encontré al amado de mi corazón. Lo abracé y no lo he de soltar» (Cant 3,4).

Pero antes vamos a insertar aquí unos textos de la Sagrada Escritura y algunas citas que podremos luego buscar, que reflejan la situación del hombre pacificado, y la del no pacificado. Oigamos: «Detrás de la soberbia vendrá la ignominia, mas con los humildes está la sabiduría...» (Prov 11,2-9). «El hombre generoso se hace bien a sí mismo, mas el cruel a sí mismo se perjudica. El impío hace ganancias ficticias, mas el que siembra la justicia tiene merced verdadera... El que confía en sus propias riquezas caerá, mas los justos reverdecerán como follaje...» (Prov 11,17-31). «Más vale poco con el temor de Yahvé, que abundante tesoro con turbación... El hombre iracundo suscita contiendas, mas el que es tardo para la ira apacigua la disputa»... «El camino de los hombres rectos es evitar el mal, y guarda su vida el que vigila su camino... Más vale un hombre paciente que un héroe, más vale el que se domina a sí mismo que el que conquista ciudades» (Prov 15,16.18; 16,17.32).

Silencio de búsqueda. Silencio de «encuentro», silencio contemplativo. Este silencio descubre los resplandores divinos de la presencia de Dios que residen en el fondo de nuestro ser, y los deja también al descubierto en todas las cosas. Descubre la presencia del Amado y realiza la unión, el «encuentro» deseado.

Pero esto sucede cuando hemos vivido el silencio «creativo» que nos ha liberado de toda palabra de muerte. Cuando el silencio «gestador» bien vivido nos ha dejado integradas en

Dios y en el amor cristiano, y cuando el silencio pacificador nos ha desligado de las cosas y ha dejado nuestro interior en paz. Entonces sí. Entonces, al quedar pacificadas, sin ninguna violencia, descubrimos que el impulso que sentíamos desde dentro a buscar a Dios no era centrífugo, sino centrípeto. Es decir, no nos impelía a buscarle fuera, sino dentro de nosotras mismas. Este impulso nos atrae ahora, sin violencia, hacia el centro de nuestro ser, que es donde reside y palpita el Amado.

Y descubrimos que nuestra «búsqueda» es impulso de su «búsqueda». Descubrimos que no lo buscaría nuestro corazón si no nos buscase antes él. Descubrimos que el episodio de la búsqueda de la Esposa es revelación de Sí mismo, de cómo nos busca él, con cuánto afán y amor, cuán tenazmente. Descubrimos que es él quien nos levanta y mueve a ello, y por ello creíamos que era impulso hacia afuera porque era movimiento divino de trascendencia. Nos transcendía, porque él es infinitamente más y mayor que nosotras, por eso salíamos a buscarle. Nos queríamos alargar hacia él, hacia ese Ser inefable que nos atraía y que le sentíamos infinito, más cargado de vida que nosotras, que le sentíamos desbordando una existencia más plena y feliz que la nuestra, y como teníamos el corazón cargado de cosas, éstas no nos lo dejaban ver ni sentir, ni comprender dentro de nosotras, y así convertíamos ese impulso divino en fuerza centrífuga que nos alejaba de nuestro centro. Y andábamos por ello desarticuladas, insatisfechas. Con los silencios anteriores todo ha cambiado. Encontramos al Amado en nuestro interior, y descubrimos el origen de esta perla preciosa en todas las cosas.

Sí, hermanas, descubrimos la altura de nuestra vocación. Descubrimos que tener este don o impulso de la «búsqueda» de Dios en el corazón es fruto de la vocación al claustro que el Amado nos regaló al poner su mirada en nosotras, y que se ha convertido, por el ejercicio de los anteriores silencios, en manantial del «encuentro» con el Dios amado, en nosotras mismas y en todo lo que nos rodea. Nos damos cuenta de que los silencios anteriores han abierto paso franco al manantial de Dios que bullía en nuestro interior y que hace confluir las dos «búsquedas», la divina y la humana, efectuándose así el «encuentro» y la paz deseada. Manantial divino que, como nos

dice el mismo Amado en el Evangelio, hace brotar en nuestras entrañas ríos de agua viva (Jn 7,38). Ríos que fecundan a toda la Iglesia de Dios. Pero, como digo, es menester los cuatro silencios que avivan el deseo de Dios.

Porque el ruido, la ambición, la maldad, originan desinterés por las cosas santas y ponen diques a Dios, al Dios que nos «busca». Pero el silencio, repito, los diversos silencios, nos abren a la inmanencia de Dios, a su presencia en los acontecimientos y en las cosas. Nos meten en las corrientes de Dios. La pacificación interna convierte todas las cosas, por muy pequeñas que sean, en «senos» o «ámbitos» de encuentro con Dios, cada vez más intensos, a medida de como sea nuestro silencio.

Por eso es tan importante para nosotras intensificar nuestros silencios, darles densidad, porque ellos dan profundidad a nuestro interior, a nuestra oración, y hacen florecer los «encuentros» con el Amado cada vez más intensos, más estrechos, más estables, como dice la Esposa: «Lo abracé y no lo soltaré» (Cant 3,4a). No, no, hermanas, no lo hemos de soltar si observamos bien los silencios, porque ellos, repito, nos conectan vitalmente con la realidad divina en cuanto nos rodea. Porque ellos crean con el Amado unos vínculos estables en nuestra alma que avivan más y más nuestro amor, hasta llegar a entender que Dios nos está llamando a participar el mismo amor y silencio divino con el que nos dio la existencia. Nos ligan al Origen divino de nuestro ser.

Sí, hermanas, aquel silencio y aquel amor insondable que en la Biblia encontró eco en aquel versículo que abrió el Cántico: «béseme con los besos de su boca» (Cant 1,1), reclama nuestro amor y nuestra responsabilidad y nos exige atención para responder a él con amor, haciendo silencio en nuestro corazón, para descubrir en cada cosa creada y dentro de nosotras mismas las maravillas de Dios, de las que está lleno el mundo.

Éste es el silencio de búsqueda, hermanas queridas, que hemos de practicar. Sí; respondiendo a él, iremos descubriendo el mismo amor y vida divina latente en cada cosa creada que tocamos, que vemos, que sentimos. Veremos que, mediante el silencio, todas ellas se nos vuelven lo que son, huella y voz

de Dios, reflejo de su hermosura y de su sabiduría, de su amor.

¡Oh, no olvidemos, hermanas, que meternos en el ruido y en las cosas, sin necesidad, es perder este manantial divino, es beber en cisternas rotas y aljibes agrietados, que no retienen agua! (Jer 2,13). Es frustrar el designio de Dios sobre cada una de nosotras. Es abocarnos al fracaso. Es establecernos en la inseguridad, insatisfacción y esterilidad. Dejaremos de estar enamoradas del Amado divino, y perderemos el sentido de nuestra clausura. Nos agotaremos espiritualmente, nosotras que tenemos vocación de eternidad y estamos destinadas a ser manantial de vida para nosotras mismas y para los demás.

¡Oh, hermanas!, ésta es nuestra dicha y nuestro peligro también. Nuestro peligro, porque si no nos abrimos a la intimidad con Dios que necesitamos y él desea para que este manantial nuestro sea fluido, entonces nos vamos agotando; perderemos capacidad de encuentro con el Dios amado, y nuestra vocación de «buscadoras» de Dios se irá empobreciendo, debilitando, como digo. Se empobrecerá nuestra vida interior al perder profundidad. Y no irradiaremos a Dios. No seremos lugar de la presencia divina. Y en esta situación, ¿qué hacemos en el Monasterio?

Y es también nuestra dicha por la dulce obligación que nos impone, según hemos reflexionado, que es la de estar muy atentas a Dios, muy atentas a la oración, muy atentas al silencio, a los cuatro silencios. Muy atentas a la presencia serena, silenciosa y amorosa de él, que estrecha el «encuentro». Que enriquece nuestro ser. Es el único modo, hermanas, de que la necesidad de comunicación con Dios que él puso en nuestro corazón al iniciar nuestra existencia vocacionada, sea saciada, felizmente saciada. Porque él lo es todo para nosotras. Es Padre, es amigo, es Esposo, y desde esta relación íntima, espiritual, su ser divino complementará nuestro ser y lo irá transformando. Sí, hermanas queridas, nuestro pequeño ser, cuerpo, alma y espíritu se irá transformando. Se sentirá transformado por lo divino. Así nos lo dice su Palabra: «Panal de miel son las palabras amables, dulzura para el alma y medicina para el cuerpo» (Prov 16,24). Medicina santa que espiritualiza. ¡Oh, qué gran dicha y ventaja para nosotras nos trae el silencio!

Porque el silencio lo hemos de observar, hermanas, con voluntad o intención de crear vida interior. Ya lo sabéis, vida que viva el «encuentro» con el Dios amado y buscado que reposa en nuestro corazón, y con los hermanos. Sí, hermanas queridas, vuelvo a repetir, necesitamos la clausura para la «búsqueda» de Dios, y necesitamos el silencio para su «encuentro», y el de los hermanos.

Explicados ya, brevemente, nuestros cuatro silencios, los que nos recomiendan nuestros Estatutos para llevar adecuadamente nuestra vocación concepcionista a su plenitud, vamos a fijarnos ahora un poco en su práctica general. Primero, en el silencio externo.

Nuestros Estatutos nos dicen que podemos hablar las cosas necesarias en voz baja. Hemos de prescindir de lo que no es necesario. Es decir, hemos de hablar siempre que la palabra sea mejor que el silencio. Y será mejor que el silencio cuando ella encierre vida y amor para la hermana. Decir vida es suponer que nuestra palabra la va a ayudar a construirse espiritual y aun psicológicamente. La va a ayudar a desempeñar mejor sus obligaciones, a ser más observante, a vivir mejor su vida espiritual. Además, hermanas queridas, vamos a hablar lo necesario en el desempeño de las propias obligaciones en relación a una misma y en relación con las hermanas, que obligación es, y de las más excelentes, sujetarse a las reglas del silencio dentro del amor fraterno, que tiene en cuenta las necesidades materiales y espirituales de las demás. Si vemos a una hermana agobiada por el trabajo, no dudemos en entregarle nuestro amor y comprensión con nuestra ayuda y, si es necesario, con nuestra palabra, como nos señalan nuestros Estatutos y hemos reflexionado en el silencio creativo. Pero hemos de hacerlo en voz baja, que exprese el sentido sobrenatural y valor permanente del silencio.

Otra regla del silencio es respetar las zonas y horas de silencio mayor que enumeran nuestros Estatutos. Tiene sentido, hermanas, tiene sentido hacerlo, porque el silencio externo hemos de guardarlo siempre con sentido del interno. Y respetar el silencio en ciertos lugares que no debemos hablar, y a ciertas horas que, si no es por verdadera necesidad y caridad, debemos estar en silencio, es expresión del propio dominio, interno y

externo, que es, siempre, silencio interno o vida interior profunda, y control de pasiones o apetencias. Es fundamental el silencio interior para alumbrar el camino que se nos abre hacia el encuentro divino, pero es imprescindible también el silencio exterior.

Y hay otra regla del silencio, hermanas, que entra en juego en relación con las demás y que crea paz en la comunidad. Es el silencio que hace nuestra mente desalojando de ella todos los juicios y criterios contrarios a la caridad y amor fraterno. Hemos de imponer silencio a nuestros juicios, ¡con energía! Hemos de imponer silencio a nuestra tendencia a dominar, hemos de hacer callar a nuestra sed insaciable de gustos, para construir con estos silencios la paz de la comunidad. Sí, hermanas, hemos de estar libres, desatadas de toda afición que no sea sobrenatural, santa. Hemos de mantener el corazón en silencio de deseos, pensando más en el contento de las demás que en el propio.

Si cuidamos así nuestro silencio interno y externo, edificamos la comunidad pacificadora, que es cauce para la pacificación de cuantas se acojan a este Monasterio para vivir la llamada del Esposo, para apacentar lo que él apacienta y donde él apacienta. Será la comunidad que ayuda a «buscar» al Amado y a «encontrarlo». La comunidad que enseña a dialogar con Dios, y también con los hombres. Porque recordáis, hermanas, que el silencio enseña a escuchar, a hablar. Y enseña a hablar porque sabe dialogar con Dios, que es quien le transmite su pureza en los sentimientos y en la palabra. ¡Oh, hermanas!, qué campo tan inmenso se nos abre en la praxis del silencio.

Mucha fidelidad, por tanto, hermanas. Mucha fidelidad en el silencio interior y exterior independientemente de cómo esté nuestro ánimo. Fidelidad, porque la razón de su observancia es su valor espiritual, no nuestra conveniencia. Porque si somos fieles, nuestro ideal de santidad, el «encuentro» tan deseado con nuestro Dios amado, que es la razón de nuestro silencio, se verá respaldado con la posesión del Amado, que lleve nuestro silencio y nuestro amor a su consumación y plenitud, sin apagones, sin turbación por lo que pueda suceder en nuestro entorno, sino con equilibrio en el espíritu, serenidad en el alma, amor evangélico en el corazón, según lo que nos dice

el divino Maestro: «¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo?» (Mt 7,3). ¿Nos parece poca viga, hermanas, que esa palabra o hecho que no entendemos, haya sido causa suficiente para sacar a Dios y su paz de nuestro interior echando por tierra tantos esfuerzos por cimentarnos en él? ¿Nos parece poco? Pensemos. ¿En quién habíamos cimentado nuestro silencio interior? ¿En Cristo? (Mt 7,21-27), ¿en su búsqueda? Cosas que hemos de reflexionar ahora para que siempre sepamos optar por la paz, por la comprensión, por el amor, y no provoquemos la turbación, por un lado, ni nos turbemos, por otro.

Es lo que nos dice Santiago: «sed prontos para escuchar, lentos para hablar y para airarse; porque el hombre airado no practica la justicia de Dios. El que cree que es religioso, pero no refrena su lengua, se engaña a sí mismo, y su religión es vana» (Sant 1,19-20 y 26), porque la palabra de la ira es siempre expresión de egoísmo, de no tener dominados los propios gustos y criterios que tienden a imponerse a los demás causando la escisión, la ruptura, la herida o el alejamiento de las hermanas, y la propia frustración en la vida espiritual o búsqueda de Dios.

Conseguir el dominio de la lengua es hallar la perfección, continúa diciéndonos Santiago: «Si uno no falta en las palabras, es un hombre perfecto, capaz de refrenar también todo su cuerpo». Leamos todo este texto Sant 3,12-18, porque él es la más elevada y autorizada exposición de los cuatro silencios que hemos reflexionado anteriormente llevados a la práctica. Es paz, es vida, es amor, es bendición, es «encuentro» con Dios el silencio, como nos lo recuerda también san Pedro: «En efecto, quien quiera disfrutar de la vida y ver días felices, preserve su lengua del mal y sus labios de palabras engañosas, huya del mal y haga el bien, busque la paz y corra tras ella; pues los ojos de Dios están sobre los justos, y los divinos oídos escuchan atentos sus oraciones; mas el rostro del Señor se torna airado contra los que obran mal» (1 Pe 3,10-12).

Sí, hermanas, la vida interior es la potencia espiritual de la monja en la Iglesia, y esta grandeza está sujeta al débil miembro de nuestra lengua. Nos lo ha dicho Santiago. ¿Es posible que dejemos perder tanto bien por no dominar nuestra mente,

nuestra lengua y nuestro corazón? Sí, hermanas queridas, la monja concepcionista, mediante el silencio, ha de convertirse en portadora de Dios, portadora de ese «encuentro» divino que deseamos y que hemos de transmitir con nuestro silencio, como lo hizo nuestra Madre Inmaculada y nuestra Madre santa Beatriz. ¿Cómo no hemos de serlo las hijas de tales Madres? Para que sea más abundante el manantial de nuestros silencios, anotamos, para su reflexión, las siguientes citas de la Sagrada Escritura: Prov 6,12-19; 5,2; 8,1-36; 18,21.

Y con esto podemos dar por terminada la exposición de nuestro silencio concepcionista, el que nos conduce al encuentro con nuestro Dios amado y deseado, y con los hermanos. Y pasamos a reflexionar el «encuentro» más luminoso con la Palabra de Dios que se da en nuestra vida contemplativa, según lo ordena la Iglesia (PC 7), que es el de la alabanza divina, con la cual, creamos una nueva vinculación con el Esposo. La misma Iglesia nos dice que la liturgia es la «cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza... y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin» (SC 10). De esta actividad celeste (SC 8) que Cristo introdujo en este exilio terrestre (SC 83) vamos a tratar muy brevemente por no alargar este capítulo.

Lo primero que hemos de tener en cuenta, hermanas, es que, para que esta función sagrada de la liturgia se celebre con las disposiciones que ella requiere, y sea grata al Padre, hemos de pensar que no sólo basta el esfuerzo que pongamos en celebrarla con el mayor esplendor posible, sino que, ante todo, ha de ser para nosotras un momento de gracia y de «encuentro» personal con Cristo, pues a él le prestamos nuestra voz para alabar al Padre y, mediante nuestra voz, Cristo se convierte en el centro de nuestra vida tanto en la liturgia de alabanza, de acción de gracias, de súplica y de intercesión en favor de todo el cuerpo de la Iglesia, como del sacrificio de alabanza que le tributa nuestro corazón a lo largo del día.

No olvidemos que nuestra Madre María es, para nosotras, ejemplo admirable en la liturgia y maestra de vida espiritual

que nos enseña a hacer de la propia vida un culto a Dios y de su culto un compromiso de vida (MC 21).

Diversos son los aspectos de nuestra vinculación litúrgica a Dios. Vinculadas hemos de estar a él, y mucho, en el Santo Sacrificio de la Eucaristía, vinculadas más amorosa e íntimamente en la Sagrada Comunión, vinculadas en el culto eucarístico, vinculadas en la celebración del Oficio divino o la Liturgia de las Horas, vinculadas también en el culto tributado a nuestra Madre Inmaculada y demás santos, y vinculadas fuertemente, cómo no, al sacramento de la Reconciliación, que es una verdadera liturgia y «encuentro» de gracia con el Amado Redentor, donde la recibimos con abundancia, si nos preparamos adecuadamente.

También los ejercicios de piedad y devoción son medios de vinculación con nuestro Dios amado. Como no tenemos tiempo de tratar cada una de estas liturgias, vamos a procurar destacar de ellas lo esencial, brevemente, a fin de que tomemos conciencia de lo sublime que es nuestra vocación, y no perdonemos esfuerzo en desarrollarla como Dios merece, en respuesta a la confianza que Dios ha demostrado tener con nosotras eligiéndonos para este servicio divino propio de los ángeles y bienaventurados en el cielo.

Y lo vamos a hacer destacando las notas que en nuestros Estatutos descubrimos y que han de formar nuestra conciencia litúrgica:

1.º Toma de conciencia de la sublimidad de nuestra oblación claustral.

2.º Toma de conciencia de que con la liturgia ofrecemos al Padre en nombre de la Iglesia la máxima glorificación que el Padre puede recibir en esta tierra.

3.º Que hemos de poner a contribución en su celebración el mayor esfuerzo posible de modo que sea una liturgia digna de Dios.

4.º Que hemos de considerarla como «encuentro» de gracia con Cristo Esposo.

5.º Que hemos de celebrarla a sus horas correspondientes.

6.º Que hemos de hacer de la propia vida un culto a Dios y del culto, un compromiso de vida.

Comenzamos por la primera.

1.º *Toma de conciencia de la sublimidad de nuestra oblación claustral dedicada primordialmente al culto de Dios*

La Biblia nos transmite con exquisita fidelidad, y es mucho de notar, cómo ordenó Dios mismo su culto. El libro del Éxodo desde el c.25 al 31 legisla el culto: «Todo lo haréis conforme al modelo del tabernáculo y de sus utensilios que yo os mostraré» (Éx 25 y siguientes), y el libro del Levítico descubre las leyes en torno a los sacrificios cultuales.

Después podremos ver con qué detalle, si lo leemos, se describe la consagración sacerdotal de los sacerdotes que habían de atender al culto (c.8-10 del Levítico) ¡qué pureza se les exige! Y veamos también en los c.1-7 la descripción de las leyes en torno a los sacrificios, todo con un rigor extremo, con una delicadeza suma. En los c.11-26 tenemos las leyes de santidad que Yahvé exigía a su pueblo elegido, por el hecho de haber sido elegido por él, dedicado a Yahvé y a su culto.

Todo es ordenado por Dios a Moisés. Una vez terminada la construcción del tabernáculo, el libro del Éxodo nos dice cómo se agradó Yahvé de todo ello (Éx 40,34). Dice el texto: «Entonces la nube cubrió la tienda de la reunión y la gloria de Yahvé llenó el tabernáculo». Los c.35-40 tratan de la construcción de este santuario, y notad cómo quiere Dios que se haga. Moisés dijo a toda la asamblea de los hijos de Israel: «He aquí lo que ha mandado Yahvé, tomad de cuanto tenéis para hacer ofrenda a Yahvé». Es para que veamos aquí el esfuerzo que el Padre, el Espíritu y Jesús, que laten en toda la Biblia, piden a todos los que tenemos que ofrecer el culto a Yahvé.

Y nos preguntamos: ¿por qué y para qué ordenó Dios el culto a Sí mismo? Sin duda, hermanas, lo ordenó por amor a nosotras, para darnos una mayor participación en sus sentimientos, en sus obras y en su vida íntima. Porque alabar al Señor es recordar su amor a nosotras, sus maravillas, dice san Agustín.

Recordemos, si no, la alabanza que dedicó David a Yahvé en la ceremonia de traslación del Arca de la Alianza, y veamos cómo está dedicada a Dios con este espíritu; cómo canta la inserción de Dios en su pueblo, su amor y misericordia. Dice

la referida alabanza: «Alabad a Yahvé, aclamad su nombre, anunciad entre todos los pueblos sus hazañas, cantadle, salmodiadle, celebrad todas sus maravillas, gloriaos en su santo nombre, alégrese el corazón de cuantos buscan a Yahvé» (1 Crón 16,6-36). Y va describiendo el amor, el compromiso de Dios con su pueblo, su alianza, su poder, su bondad y misericordia eterna.

Por eso, porque él quiere asociarnos a sus obras de amor y a su vida íntima pide mucha santidad en los que han de consagrarse a él en su templo y emplearse en la alabanza divina. Escuchemos. Dijo David a Salomón: «Hijo mío, yo quise construir un templo al nombre de Yahvé, mi Dios, pero me habló Yahvé diciendo: "Tú has derramado mucha sangre y has hecho muchas guerras. Tú no podrás edificar un templo a mi nombre... Te nacerá un hijo, que será hombre de paz... Ahora, pues, hijo mío, que Yahvé te sea favorable... Si observas los mandamientos y preceptos que Yahvé comunicó a Moisés para Israel, prosperarás"». Y dijo después David a los que habían de ayudar a su hijo Salomón a construir el templo: «Poned, pues, vuestro corazón y vuestra alma al servicio de Yahvé, vuestro Dios. Aprestaos y edificad el santuario de Yahvé, vuestro Dios, para trasladar al templo edificado al nombre de Yahvé el arca de la alianza de Yahvé y los utensilios consagrados a Yahvé» (1 Crón 22,7-19).

Grandioso y santo, hermanas, fue el culto que dedicó a Dios el Antiguo Testamento, sobre todo en tiempo de Salomón, pero ahora, en el Nuevo Testamento, Cristo lo superó con su mismo Cuerpo, Sangre y mediación, con su Sacerdocio.

Oigamos cuanto nos dicen, acerca de esto, los c.8, 9 y 10 de la Carta a los Hebreos. Insertamos parte de estos capítulos: «El punto capital de lo que estamos diciendo es que tenemos un sumo sacerdote tal, que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos, como ministro del santuario y del verdadero tabernáculo erigido por el Señor, no por un hombre... Ahora Cristo ha obtenido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la cual es mediador, y más ventajosas las promesas sobre las que está fundada... Cristo... sobrevino como sumo Pontífice de los bienes venideros, a través de un tabernáculo más santo y más perfecto, no

hecho por mano de hombre... y entró de una vez para siempre en el santuario, no con sangre de machos cabríos y de becerros, sino con su propia sangre, adquiriéndonos una redención eterna» (Heb 8,9-13).

Hermanas, ¡tan sublime es nuestra vocación! Como que es prolongar este culto a Dios que inició Dios mismo y perfeccionó Cristo con su misma vida y sangre. Mirad que, por el fin y forma que este culto ha conseguido en la Iglesia, es para nosotras la expresión más líricamente amorosa de la búsqueda y del «encuentro» del Dios amado, propia de nuestra vocación. No sólo en los cultos litúrgicos, sino que, si estamos enamoradas del Señor y de nuestra vocación, aun en nuestra soledad y silencio continuamos cantando en nuestro corazón el amor y las misericordias de nuestro Esposo, Cristo.

Así dijo el bienaventurado Epifanio, obispo de Chipre: «el verdadero monje debe tener continuamente en su corazón la plegaria y la salmodia». Y consagradas a Dios por los votos a cantar durante toda nuestra vida su amor, sus misericordias hacia los hombres, es también el medio de prolongar con nuestro sacerdocio real el sacerdocio de Cristo, con nuestra alabanza, la de Cristo y su Iglesia, con nuestra mediación en la liturgia, la de Cristo en favor de los hombres, nuestros hermanos.

Tomemos, pues, conciencia, hermanas, de la sublimidad de nuestra vocación. Tomemos conciencia en todos los actos litúrgicos que celebramos para ejecutarlos con el gran espíritu con que fue fundado el culto, y consigamos sus fines.

2.º *Toma de conciencia de que con la liturgia ofrecemos al Padre la máxima glorificación que el Padre puede recibir en la tierra*

Esto está muy claro, hermanas, porque además de ser Dios mismo el fundador de su culto, «asociándonos Cristo por la Liturgia de las Horas al cántico de alabanza que resuena en las moradas celestes» (SC 85) y de alabarle nosotras en los salmos con sus mismas palabras, además de esto, en la liturgia Eucarística le ofrecemos la víctima más perfecta y agradable que el Padre puede recibir: su mismo Hijo, en el momento

de la gran expiación, de su muerte en la Cruz. Y en el culto y adoración que tributamos a la Reserva Eucarística le ofrecemos la mejor veneración que podemos dar a su Alianza eterna con nosotras. Alianza que es el Cuerpo y la Sangre de Cristo, Hijo suyo, el cual constantemente le está glorificando, ofreciéndose como Mediador de esta preciosa e inmortal alianza a favor de los hombres en los Sagrarios del mundo. A él nos unimos cuando le adoramos sacramentado, a su amor e intercesión por los hombres, a la glorificación que de él mismo recibe el Padre, a su alabanza.

Y nos tenemos que unir también a su santidad y espíritu para no rebajar la gloria que Cristo puede dar al Padre por causa nuestra. Quiero decir que tanto más glorificaremos al Padre con nuestra liturgia, cuanto más unidas estemos y más nos parezcamos a su Hijo. Ésta ha de ser nuestra preocupación, que nuestra mediocridad no rebaje la glorificación que podemos ofrecer al Padre con nuestra alabanza y culto.

3.º *Que hemos de poner a contribución en su celebración el mayor esfuerzo posible de modo que ofrezcamos a Dios una liturgia digna*

En este aspecto proliferan en el Antiguo Testamento los casos en los que Dios cuenta con la cooperación y el esfuerzo humano, incluso para la construcción del lugar del culto.

En Éxodo 35, Moisés habla a la asamblea de los hijos de Israel y les dice: «He aquí lo que ha mandado Yahvé. Tomad de cuanto tenéis para hacer ofrenda a Yahvé. Todos con corazón generoso lleven como ofrenda oro, plata y bronce... para ejecutar todo lo que Yahvé ha ordenado: el tabernáculo, su tienda y su cubierta, etc. Y todos aquellos a quienes impulsó su espíritu vinieron con sus ofrendas a Yahvé...».

¿Veis, hermanas, cómo dice que «todos aquellos a quienes impulsó su espíritu»? Aquí podemos descubrir quién impulsó nuestra vocación hacia el culto del Señor: ¡Dios mismo! Y sigamos escuchando: «Toda mujer habilidosa hilaba con sus manos y traía sus hilados de lino en color violeta, púrpura y carmesí. Asimismo, todas las mujeres famosas por su habilidad

en el arte de hilar, hilaron los pelos de cabra. [...] Y con ello confeccionaron las vestiduras preciosas para el servicio del santuario y las vestiduras sagradas de Aarón» (Éx 35,4-39). En todos estos capítulos se describe el impresionante trabajo que llevaron a efecto los israelitas para preparar el culto del Señor.

No menos impresionante es la solemnidad que desplegó David para trasladar el arca de la alianza desde la casa de Obededón hasta la ciudad de David. Merece la pena leerlo. Iban solemnizando la procesión más de cien mil personas entre sacerdotes y levitas. «David les dijo... purificaos, pues, vosotros y vuestros hermanos, para subir el arca de Yahvé, el Dios de Israel... David ordenó a los jefes de los levitas que dispusieran a sus hermanos los cantores con todos los instrumentos musicales de acompañamiento, arpas, cítaras y címbalos, e hicieron resonar bellas melodías en señal de regocijo... Todo Israel subió el arca de la alianza de Yahvé en medio de aclamaciones» (1 Crón 15,1-28).

«Al son de las bocinas, las trompetas, los címbalos, liras y las cítaras.» Hermanas, hemos insertado estos textos dejando otros muchos que se podrían leer, porque creo que es la mejor manera de exponeros el amor, el entusiasmo, la ilusión y el esfuerzo que hemos de poner, tanto en la preparación de todo lo referente al culto, como la esmeradísima solicitud con que hemos de celebrarlo, ya sea en los cánticos, en la salmodia, como en la lectura de los textos sagrados.

Si los israelitas desplegaron tanto esfuerzo en preparar cl tabernáculo del Señor y en solemnizar el traslado del arca de Yahvé con tantos cánticos, cantores, instrumentos, etc., cuánto no debemos nosotras derrochar en el culto que tributamos al Señor en nuestros templos, pues que, como hemos visto antes en Hebreos, nuestro culto cristiano es muchísimo más elevado que el del Antiguo Testamento.

Hermanas, aquí se nos exige amor, ingenio, ilusión, esfuerzo, paciencia también, para poner todas las capacidades que Dios nos ha dado en las preparaciones de su culto. Para aprender bien. Para cantar bien los cánticos. Ilusión en los ensayos, atentas a quienes los dirigen, para que nuestras liturgias se desarrollen con la mayor solemnidad posible, explotando todas las posibilidades que Dios nos ha dado, precisamente para él.

No olvidemos que es nuestro apostolado más directo con los fieles que llenan nuestras iglesias. Hemos de poner empeño en que ellos salgan de nuestras liturgias cargados de Dios, elevado el espíritu, impregnados de devoción y paz, conociendo y amando un poco más a Dios, si nosotras sabemos transmitírselo con nuestras celebraciones y cánticos, poniendo vida en ellos, espíritu, ilusión, amor, armonía y paz.

No olvidemos también el esfuerzo que requiere en nosotras facilitar a los seglares su participación en el culto, según quiere la Iglesia hoy.

4.º *Que hemos de considerarla un «encuentro» de gracia con Cristo Esposo*

Así es, hermanas. Es un «encuentro» de gracia, porque nos pone en contacto con el Dios amado que está en su divina Palabra en la liturgia de la Iglesia. La búsqueda de Dios a la que nos impulsa nuestra vocación, encuentra aquí el encuentro con el Esposo deseado, porque alabarle es nuestro reposo, contemplarle en el esplendor de su culto es nuestro premio, saborearle en la Palabra divina es nuestro refrigerio, ofrecernos con él al Padre es nuestra santificación, inmolarnos con él configura nuestra unión.

La Carta a los Hebreos nos dice algo al respecto. Dice explicando la inmolación de la voluntad de Cristo ofrecida al Padre por nosotras: «Y en virtud de esta voluntad somos nosotros santificados, de una vez para siempre, por la oblación del cuerpo de Jesucristo... Porque por una oblación única ha hecho perfectos para siempre a aquellos que santifica» (Heb 10,10-14).

Tenemos que entrar muy a fondo en esta sublimidad de nuestra vocación, pues que representamos la alabanza de toda la Iglesia.

Y si estamos bien dispuestas, miremos, hermanas, cómo nos santificará diariamente este «encuentro» con Cristo a quien estamos unidas en su sacrificio de alabanza cuando alabamos a Dios, en su sacrificio de acción de gracias cuando se las

damos a Dios, en su sacrificio incruento pero real en la Sagrada Eucaristía cuando la celebramos con él mismo.

Por eso, hermanas, acerquémonos con un corazón sincero, con fe perfecta, purificados los corazones de toda mancha, de la que tengamos conciencia. ¡Qué inmensa es nuestra vocación en la liturgia! Y ¿qué decimos, hermanas, de la Sagrada Comunión?, ¿puede darse un encuentro de gracia más real? Cristo, lleno de gracia y de verdad, entra en nuestro corazón. Miremos cómo ha de ser nuestra fe para que la comunión del Cuerpo y de la Sangre de nuestro Esposo surta en nosotras los efectos de la gracia que contiene cuando es deseado y comido como Cristo mismo quiere. Él es el pan del cielo aunque aparentemente no lo parezca, nos lo dice por san Juan: «Yo soy el pan bajado del cielo» (Jn 6,41), y nosotras debemos creerlo con fe viva aunque la aridez de las apariencias nos rebajen la fe.

Nuestra vocación nos dice que hemos sido llamadas por el Padre para creer a su Hijo, para amarle, para comerle. Y hay que tomar esta Carne y esta Sangre bebiendo al mismo tiempo el Espíritu de Jesús. Pensemos... Nosotras comemos la hostia consagrada, y la hostia divina nos asume a nosotras, pensémoslo... Fuerza tiene Cristo para penetrar y transformar nuestra alma, si estamos dispuestas. Para darnos su vida eterna. Y muchos ratos de Sagrario necesitamos para disponernos a recibirlo, imitando los grandes ratos de Sagrario que practicó nuestra Madre fundadora. Así, el encuentro con Cristo en la liturgia en general, y mucho más en la recepción de su Cuerpo y Sangre, será un encuentro de gracia con poso de vida eterna.

Miremos a María, nuestra Madre, imitemos su fervor. Ya lo hemos recordado más veces, en la Sagrada Comunión recibimos al mismo Verbo de Dios que recibió María Inmaculada en sus entrañas el día de la Encarnación. Sólo cambian las disposiciones.

¡Hermanas, si en las entrañas de María se efectuó la nueva creación en el momento de engendrar al Hijo del Padre, pues fuerza tenía para ello el acontecimiento de la Encarnación, miremos qué obligadas hemos de sentirnos al comulgar, cuando en nuestro corazón se repite la entrega del mismo Dios, del mismo espíritu transformador, la misma santidad y el mismo

amor! Cómo debemos quedar fortificadas para ser morada de Dios, transmisoras del espíritu de la nueva creación, testificadoras del encuentro de gracia que ha supuesto nuestra liturgia de alabanza y Eucaristía para amar con el amor del Esposo, que está encarnado en nuestro corazón.

Dice la vida de nuestra Madre santa Beatriz que ella infundía el fervor en los que la veían. ¿Cómo sería, entonces, su participación en la liturgia? ¿Con qué disposición?, ¿con qué unión?

No me detengo más en esto, pero recordemos, sí, cómo, en algunos santos, Cristo se quedaba perpetuamente en su corazón. ¿Por qué? Es un don, una gracia de Dios, cierto, pero respondía a una disposición de ellos, de recibir con devoción, con fe, con amor sincero, la Sagrada Comunión. Es lo más grande que podemos recibir. Por ello, ha de ser el momento del día más impresionante en la vida de una monja la recepción del Cuerpo de Cristo en la Comunión. En cada una de ellas sí que podemos decir en verdad, si tenemos sanados la mente y el corazón con los silencios anteriores: «encontré al amado de mi corazón. Lo abracé y no lo he de soltar» (Cant 3,4).

Hermanas, si alabamos a Dios en la Liturgia de las Horas, si adoramos su ser divino, si recibimos al que tiene palabras de vida eterna, vida eterna han de tener también las palabras que salgan de nuestra boca, de vida eterna han de ser los deseos de nuestro corazón, con trascendencia de eternidad han de ser nuestras obras. Si no conseguimos esto, examinémonos, es que no estamos siendo consecuentes con nuestras liturgias y no serán encuentros de gracia ni gratas a Dios.

Decía Evagrio Póntico que «orar sin fatiga es una gran cosa, pero salmodiar sin fatiga es algo más grande aún». Quiere decir que salmodiar con fervor es algo más grande aún que orar.

Ahora pasamos a reflexionar la quinta característica de nuestras liturgias.

5.º *Celebrarlas a sus horas correspondientes*

Cuán grato sea a Dios que le tributemos el culto de alabanza, su culto divino, a sus horas, nos lo dice el mismo Señor en Núm 28,1-2, dice el texto: «Cuidad de presentarme a sus tiempos mis ofrendas, sacrificios de olor agradable para mí». Antes le había dicho a Moisés: «Ordena a los hijos de Israel». Esta palabra «ordena» y la siguiente «cuidad» demuestran conexión con su amor, con su Ser, que supone el culto a él, la alabanza divina, con nuestras ocupaciones laborales. Es importante el trabajo, pero mucho más importante es entrar en trato de conocerle mediante la celebración y reflexión de su Palabra divina en la liturgia, que es revelación de su Ser, y, por el «encuentro» con esta divina Palabra, experiencia también de él.

Ya lo dije antes, el culto divino es el modo de establecer y estrechar Dios la intimidad de su Ser divino, todo amor, con nosotras. Por eso él cuida de que lo hagamos a sus horas. Deseo que recoge la Iglesia en su Ordenación de la Liturgia de las Horas.

Es como si nos dijera el Señor: cuidad de hacerlo a sus horas, cuidad de tener preocupación de conocerme, de amarme, alabándome; que para esto es la liturgia y el tiempo que empleamos en su celebración. Cuidad de tener preocupación de mí, de mi amor, más que de vuestras labores; preocupaos de que yo quiero estar con vosotras, de que yo quiero comunicarme con vosotras. Sí, cuidad, preocupaos de mí en medio de vuestros quehaceres, dejadlo todo y preocupaos de estar conmigo a sus tiempos, no después, sino que vuestra primera preocupación sea yo, sea alabarme. Así marcharán mejor las cosas porque marcharán en la línea de mi voluntad; de esta voluntad mía que todo lo gobierna porque ama todo y todo lo tiene en sus manos, y también quiere tener vuestro corazón, vuestro amor, vuestro tiempo.

Y así terminamos este breve apartado sobre la toma de conciencia que hemos de hacer de nuestra obligación de celebrar la alabanza divina, el culto, a sus horas debidas, aunque suponga esfuerzo hacerlo. Es el deseo de Dios y tiene que ser el nuestro, cumplido con fervor. Todo en el Monasterio

debe girar en torno a la alabanza divina, y su celebración debe estructurar la jornada de la concepcionista y su trabajo, respetando las horas naturales que tiene estipuladas la Iglesia para la celebración de la liturgia de las Horas. Y llegamos por fin, hermanas, al último contenido de nuestra liturgia, que es:

6.º *Hacer de la propia vida un culto a Dios y del culto, un compromiso de vida*

Sí, hermanas, toda nuestra vida será un culto a Dios, porque todo lo que hacemos en el Monasterio, por el hecho de estar consagradas a Dios, ha de ser una liturgia constante de alabanza, de acción de gracias, de sacrificio al Señor.

Liturgia ofrecida a Dios es nuestro silencio, liturgia nuestro trabajo, liturgia nuestra obediencia, liturgia nuestra castidad y pobreza, liturgia nuestra mortificación, y liturgia ha de ser la celebración de nuestro amor unido, fraterno, ofrecido a Dios en la convivencia diaria. Sí, hermanas, porque a Dios ha de dársele lo mejor de la propia vida como sacrificio grato a sus ojos.

Nuestro vivir diario ha de ser el holocausto perpetuo que se ofrecía en el Antiguo Testamento. Nuestro ser en sacrificio por la vivencia de la vocación monástica, es el holocausto perpetuo que ya era de Yahvé, era suyo desde la eternidad y que le ofrecemos ahora. Y miremos que, ofreciéndoselo, es darle lo que ya es suyo desde siempre, pero que quiere que siga siéndolo en un ahora constante, continuado, mañana y tarde, hasta la muerte. Es decir, que sea un holocausto perpetuo nuestra vida.

Y notemos que el sacrificio hecho a Yahvé en el Antiguo Testamento servía de alimento al sacerdote y levita; así, nuestro sacrificio de alabanza, el culto de nuestra vida, ha de hacerse en beneficio de toda la Iglesia.

No tenemos tiempo para extendernos más. Por tanto, delicadeza en las ceremonias, atención al canto, ágil pero lleno de unción, de paz. ¡Todo es grande en la liturgia!

Y sólo quiero recordaros una última obligación, es la liturgia de los Sacramentos. Digo liturgia de los Sacramentos adverti-

damente, sobre todo para destacar cómo hemos de celebrar la liturgia del Sacramento del perdón o reconciliación. Os remito para ello al capítulo de la «Conversión», allí decíamos que hemos de ir a confesarnos con el dolor sincero y eficaz de conversión del hijo pródigo. Y hemos de recibir el perdón divino y salir del confesonario con aire de fiesta, de júbilo, por el nuevo encuentro de amor y amistad que hemos tenido con nuestro Padre, con Cristo y con el divino Espíritu, nuestro Amante Santificador.

Acordémonos de la fiesta que celebró el padre del hijo pródigo y vivámosla. Porque esa misma fiesta hay en el corazón de Dios cuando nos confesamos, y debe estar también en el nuestro. La confesión es la celebración de la liturgia de la alegría por el perdón y el abrazo recibido de Dios, y por nuestro sincero propósito de mejorar la vida para ser más parecidas a él.

El Sacramento del perdón es el triunfo de Cristo sobre el pecado. Ahí se nos perdonan los pecados en virtud de su sangre. Ya recordáis cómo nosotras hacemos conmemoración todos los domingos con la procesión del cirio Pascual, es la fiesta de la alegría, porque celebramos el triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte. Celebrémosla así, con alegría interior, celebremos este Sacramento con gozo, como un encuentro de gracia auténtico, profundo.

Que la Santísima Virgen nos ayude a vivir este encuentro de gracia que es la liturgia de las Horas, la liturgia de alabanza Eucarística, la liturgia de Sacramentos. Que la vivamos intensamente, que seamos de verdad víctimas de alabanza para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hermanas mías queridas.

Y con esto pasamos a reflexionar el último «encuentro» con el Amado, propio de nuestra vida claustral, según lo ordena la Iglesia nuestra Madre. Ya sabéis que son: «soledad, silencio, asidua oración —constituida también por la alabanza divina— y generosa penitencia» (PC 7).

Este último «encuentro» nos integra en la Kénosis redentora de Cristo. Con él nos inmolamos por el Padre y por los hermanos, como Cristo. Y por él sometemos al espíritu nuestro cuerpo y pasiones para pacificarnos. Sí, hermanas, la mortifi-

cación es otro aspecto importante que completa nuestra vida monástica de buscadoras de Dios, y que culmina en el encuentro deseado con el Dios y Esposo redentor que nos ha elegido para vivir su espíritu mesiánico de paz, de orden, de mansedumbre, de armonía. En una palabra, su espíritu de paraíso.

Y ya me diréis, hermanas, cuánto necesitamos cambiar de criterios y actitudes para vivir el espíritu mesiánico del Esposo. Necesitamos hacer caso a san Pablo cuando nos dice: «No os adaptéis a este mundo, al contrario, reformaos por la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rom 12,2). Sí, necesitamos depurar nuestra mente y nuestra voluntad del mal que nos inoculó el pecado original, necesitamos sanarlas para que dé esos frutos agradables de perfección, que son los que produce el espíritu mesiánico de nuestro Redentor.

Por ello, la mortificación de la que tratamos ahora es una reafirmación y profunda toma de conciencia de la necesidad de ascesis que nos han pedido los cuatro silencios anteriores y pacificación de pasiones del capítulo de la conversión, para poder adentrarnos en el espíritu mesiánico y redentor del Esposo, entender el misterio y la necesidad de la Cruz con su mente, y renovar así la nuestra, a fin de que quede sanado nuestro amor, y entremos adecuadamente en el espíritu mesiánico del Esposo, nuevo Adán, y el de nuestra Madre Inmaculada, nueva Eva.

Porque, hermanas queridas, ya hemos dicho que la fuerza de nuestra vida es el amor. Si no está ordenado hacia Dios, repetimos una vez más, no podemos evitar el mal. Esto está muy claro, porque, apartados de Dios, nuestro amor se convierte en egoísmo más o menos camuflado, y si éste es el árbitro de nuestro comportamiento, ¿dónde queda la santidad?, ¿dónde el bien?, ¿dónde el amor fraterno? Imperará en nuestro interior el desorden, y en nuestra actuación la prepotencia, la violencia, la falta de espíritu cristiano, y de sensibilidad hacia las carencias humanas. Nuestra afectividad estará, por lo mismo, descontrolada y las propias pasiones campearán por sus fueros siempre en beneficio de la propia sensualidad, claro está, que eso es el egoísmo.

Ésta es la consecuencia de una mente desordenada, ajena al espíritu evangélico, que arrastra nuestra voluntad hacia el egoísmo haciéndolo crecer con tanto desorden. Ésta es la consecuencia que nos aleja de Dios, de la práctica del amor, de su gracia, de su vida y amistad, de su experiencia de santidad que vimos antes, de su espíritu mesiánico.

¿Cómo ordenar tanto desorden? Claro está que ordenando la mente, a la que debemos hacerla pensar con la de Cristo, pues que, según se dice, el hombre actúa como piensa. Y si pensamos como Cristo, ayudaremos a sanar y ordenar nuestro amor, sometiendo el malaventurado egoísmo. Por experiencia sabemos cuán necesario es tenerlo dominado, ordenado, si queremos vivir con amor.

Y, ¿qué tiene que ver esto con la penitencia o mortificación? Sí, hermanas, tiene que ver y mucho, porque mal podremos someter el egoísmo sin un dominio total del cuerpo, primero, pues así como la vivencia del amor estriba en la voluntad y ésta debe estar ordenada para que actúe, así la vivencia y fuerza del egoísmo estriba en la carne, en nuestra sensualidad.

Si llevamos una vida cómoda dándonos gustos constantes, avivando nuestra carne por la inmortificación de sentidos, vista, oído, gusto, tacto, y esto ya es egoísmo, mal vamos a poder someter u ordenar las propias pasiones hacia la ley del espíritu si lo tenemos desordenado, hecho un caos, frío.

Vuelvo a repetir, actuamos como pensamos. Si pensamos que la mortificación es inútil, nuestro egoísmo vivirá a sus anchas y quedaremos arruinadas, sin poder controlarnos para llevar profunda vida de oración y, por lo mismo, sin vida interior, ya que crecerán las fuerzas de la carne. Pero si pensamos que la mortificación es necesaria para el sometimiento u ordenamiento del propio ser, de la propia voluntad, ésta nos arrastrará hacia la ley del espíritu haciendo crecer nuestra vida en Dios.

Os voy a poner un caso cierto, no por señalar a nadie, sino para que entremos en el ejercicio de las fuerzas cristianas que ordenan nuestro comportamiento por convencimiento.

Escuchemos: pensad en una persona consagrada que pregunta a otra: ¿por qué me cuesta privarme de un alimento que me gusta mucho? Respuesta: porque no quiere Dios que te prives de él, por eso te cuesta, porque no tienes su gracia

para hacerlo. Conclusión: en adelante esta religiosa pedirá siempre los platos que más le gustan para alabar a Dios por las cosas tan buenas que ha hecho.

Aquí tenemos la consecuencia. Por estar desordenada la mente según el espíritu cristiano, aquí tenemos a la voluntad arrastrando a las satisfacciones de la carne. ¿Quién gana? La vida sensual o de sentidos satisfaciendo la gula, que oscurece el espíritu. Lo enflaquece. Y, en cambio, engorda el propio egoísmo a la sombra de la alabanza a Dios. Es bueno que, cuando nos pongan algo que nos guste o que veamos algo que es para alabar al Señor, lo tomemos, y alabemos al Señor, pero no por sistema. Esto es un engaño, una trampa.

Y pregunto: ¿estaría ordenada nuestra mente según el espíritu cristiano con este comportamiento si nos dejamos arrastrar por él? Porque si hemos de dejar de hacer todo lo que nos cuesta del Evangelio, porque si nos cuesta es porque no lo quiere Dios, y consecuentemente, su gracia no nos asiste, ¿qué diremos del amor a los enemigos que nos pide Cristo, de ofrecer la mejilla a quien te hiera en la otra, de perdonar setenta veces siete a quien te quite la honra o te moleste otras tantas veces, de andar dos millas a quien te obligue a andar con él una, de prestar sin esperar la devolución? ¿Dejaremos de hacerlo porque nos cuesta, que equivale a decir, según este criterio, que no lo quiere Dios porque su gracia no nos asiste, precisamente por eso, porque nos cuesta? Y, ¿qué hacemos entonces con todo el capítulo 7 de san Mateo, que nos manda entrar por la puerta estrecha en los versículos 13-14, «porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y son muchos los que entran por ella; y es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y son pocos los que la encuentran porque de los esforzados es el Reino de los cielos»? ¿Qué hacemos con todo esto? ¿Damos la espalda al Señor porque nos cuesta? Si nos iba a costar porque su gracia no nos asiste, repito, según este criterio anterior, ¿por qué nos dijo el Señor: «el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la salvará?, y, ¿de qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su propia vida»? ¿Por qué nos dijo esto el Señor si

no quería que lo hiciésemos, pues que nos cuesta? Y, ¿por qué nos dice san Pablo también que: «no reine, pues, en vuestro cuerpo mortal, el pecado, de modo que obedezcáis a sus *apetencias...,* sino, más bien, ofreceos vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida»? (Rom 6,12-14).

Vemos, hermanas, cuán desordenada está esta mente de los valores cristianos. ¡Qué pena! Como cuando trocamos el amor cristiano por el de «camaradería», que tanto abunda hoy, y del que está ausente el espíritu cristiano de caridad, espíritu que no tiene en cuenta el mal, que todo lo excusa, que no busca el propio interés, que no se engríe, ni se irrita... (1 Cor 13,4-7).

Así, el Señor nos dijo: «guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestido de oveja y por dentro son lobos rapaces, por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,15-16). ¿Qué fruto podremos dar, hermanas, engordando las propias apetencias si sabemos que, a medida que éstas crecen, el espíritu se encoge? ¿Satisfaciendo nuestros gustos y apetencias crecerá nuestra vida interior, nuestra vinculación a Dios, nuestro verdadero y sacrificado amor a la hermana, si todo esto supone esfuerzo, vencimiento, renuncia? ¿Qué fruto daremos? Ciertamente, nos perderemos en nuestra propia carnalidad, en nuestro propio desorden, en nuestro propio egoísmo.

Así es, hermanas. Categóricamente así es. Nos perderemos en nuestra propia sensualidad si no hay mortificación. Porque para vivir el espíritu del Evangelio, para ser enteramente de Dios, para pertenecer a sus seguidores esforzados, tenemos que dejar de pertenecer al reino de las pasiones y apetencias desordenadas, no mortificadas. Tenemos que retornar a la vida como nos dice san Pablo, haciendo una regeneración de nuestra mente a fondo para transformar nuestros criterios de mundo por los cristianos, para ser poseídas por la verdad, no por las fuerzas del pecado y el engaño. Para ser poseídas por el amor, que nos llama a una atención amorosa, interna, pacífica, de las fuerzas del bien, no de nuestro egoísmo.

Hermanas, es necesaria la mortificación de la propia sensualidad, de las voces de nuestro propio egoísmo, para escuchar la voz poderosa del Amado que acabamos de escuchar en el Evangelio. Silencio en las propias pasiones para que esa voz divina nos absorba y nos vaya transformando en la sublimidad

de su realidad divina. Escuchemos su voz, no la del mundo, para regenerar nuestra mente. Escuchémosla sin escandalizarnos, sin parecernos que es exagerado seguirla. Acordémonos de que Jesús llamó dichosos a los que no se escandalizan de él (Lc 7,23). Ésta es nuestra vocación de buscadoras de Dios que deseamos realizar con firmeza cueste lo que cueste. ¡Bastante es desoída esta voz del Señor en el mundo, hoy! Oigámosla y sigámosla nosotras.

Para ello vamos a tratar brevemente de los frutos que nuestra mortificación aporta a la transformación de nuestro ser en el espíritu mesiánico de Cristo, que es nuestra fundamental búsqueda de Dios como concepcionistas.

1.º *Vigoriza nuestra fe en Cristo*

Oigámosle: «Esta generación es perversa; pide un signo, y no se le dará otro que el signo de Jonás... Los hombres de Nínive se levantarán el día del juicio con esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia por la predicación de Jonás. ¡Y aquí hay algo que es más que Jonás!» (Lc 11,29-32).

¿Veis? Aquí Jesús habla de penitencia. La generación de Jesús no le creyó; él comenzó a predicar llamando a la conversión, y ellos, en lugar de dar frutos dignos de penitencia, frutos de conversión, le pidieron signos y prodigios para creer. Y Jesús les dice que no es ése el camino, que el camino es la penitencia; el camino es poner todo el ser: alma, cuerpo, espíritu y voluntad en el empeño para alcanzar la transformación evangélica.

Sabemos que la Palabra de Dios realiza lo que expresa, él quiere la salvación de todos. Escuchemos su Palabra: «arrepentíos y creed en el Evangelio». Oír esta palabra con fe es haber llegado ya a nuestro corazón la salvación. Pero como el Señor sabe que nuestro corazón está atenazado por la fuerza del mal, nos pide el arrepentimiento, que se confirma por la penitencia.

Por eso, cuando escuchemos la Palabra de Dios deseando creer en él, aunque estemos frías y no le sintamos, no nos desalentemos. Hagamos alguna renuncia a algún gusto o apetencia, u otra penitencia, y sentiremos su gracia salvadora en nuestra alma. Es que nos hemos dispuesto. Porque desde el

momento que a nuestra oración unamos nuestra penitencia, habremos abierto el corazón a Dios. Dios nos dará más su gracia al ver nuestra sinceridad y nos tocará el corazón. Y comenzaremos a creer, porque la luz de Dios se ha podido abrir paso en nuestro corazón penitente.

Entonces digámosle: «¡Oh Dios que todo Tú eres salvación y amor, recíbeme!». Hagámoslo con constancia, y no tardaremos en experimentar la fuerza de nuestro amor redimido, y comprobaremos que la luz de nuestra alma es ya nuestro Dios. Comprobaremos cómo las sendas de nuestro espíritu se iluminan, se enderezan hacia la fe práctica del Evangelio.

Porque, hermanas, un corazón penitente, un amor purificado, arrebata el de Dios. Así tenemos que comenzar nuestra conversión, con lágrimas, con oración, con penitencia. La penitencia nos salva, es el mejor medio de escuchar la voz de Dios y de creer en él.

Un corazón penitente pedía también san Juan Bautista a los que acudían a él: «Convertíos... —les decía—, dad frutos de penitencia, no os ilusionéis con decir en vuestro interior: Tenemos por padre a Abrahán,... Ya está el hacha puesta en la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mt 3,2-10).

Y san Juan remite a la ascesis evangélica a los que le preguntaban qué tenían que hacer. Él contestaba: «el que tenga dos túnicas que reparta con el que no tiene, renúnciese». Vemos, pues, que la fe es una apertura a la penitencia o que la penitencia nos abre a una fe eficaz, a mejorar el amor, cosa que no se logra sin ascesis.

2.º *Hace crecer nuestro amor*

La penitencia hace crecer nuestro amor, ciertamente, lo vamos a ver en pocas palabras.

Desde nuestra conciencia de desorden y desde nuestra experiencia de pecado, desde nuestra tendencia a la comodidad, ¿verdad que para estar pasando frío, por amor a Dios, hay que poner más esfuerzo que para vivir confortablemente? ¿Verdad que para descansar en un lecho duro hay que poner mayor

esfuerzo que para descansar en un buen colchón? ¿Verdad que para sujetarse a una austeridad monástica comprometida hay que poner más esfuerzo, por no decir amor, que para abrazar una austeridad relativa? ¿Verdad que para mantener los sentidos mortificados hay que poner mayor esfuerzo, mayor amor, que para satisfacerlos? ¿Verdad que el amor penitente consigue más alto fervor que la comodidad? ¿Verdad que un amor penitente es más puro en su obrar, más auténtico en sus convencimientos, en su intención y en sus deseos que el que no es penitente? Porque la verdadera penitencia tiende a purificar, y puesta a ello purifica deseos, amor, intenciones, le acerca a la verdad.

Creo que es el primer fruto que recoge el amor penitente: vincularse más con la verdad, con lo auténtico, con lo verdadero. Porque cuesta. Yo creo que un corazón penitente es alumbrado más por el espíritu de la verdad, que, precisamente por ser verdad, nos acerca más a Dios, nos hace más sinceras cara a Dios, que un corazón mediocre que arriesga poco.

Un amor penitente tiene siempre presente sus pecados, y por eso siempre se siente en deuda con Dios, saludablemente, se siente pecadora, sí, y sin fuerzas para creerse mejor que las demás. Un amor penitente, auténtico, nos hace servidoras de los demás, nos hace crecer de verdad en el amor.

3.º *La penitencia, óptima ayuda para pacificar pasiones y ordenar el comportamiento*

Porque nos dice la Biblia: «los impulsos del corazón del hombre tienden al mal desde su adolescencia» (Gén 8,21). Sí, hermanas. Necesitamos ordenarnos. Necesitamos regenerarnos porque somos pecadoras. Para ello, Cristo nos ofrece su Evangelio. Pero es preciso vivirlo, asumirlo. Si no, ahí está. De nada nos sirve si no lo practicamos. Y para practicarlo nos hace falta la penitencia. El espíritu y la práctica de la penitencia, como Cristo nos dice, para que se efectúe la conversión que nos lleve a la regeneración.

Es de sabios hacerlo, nos dice el libro de los Proverbios, atendiendo las exhortaciones del Señor: «Porque yo he llamado y vosotros habéis rechazado, he tendido mi mano y nadie hizo

caso, porque habéis despreciado todos mis consejos». Así es, hermanas, así es. Lo vuelvo a repetir. Son millones los que hoy no oyen la voz del Señor, sino la del mundo, millones los que oyen la voz de los halagos, la de las satisfacciones carnales. Por ello continúa el libro de los Proverbios: «comerán el fruto de sus errores y se hartarán de sus propios consejos, porque el descuido de los necios les lleva a la ruina, pero quien me escucha vive en paz» (Prov 1,23-33). Sí, hermanas, quien escucha al Señor y pone en práctica sus consejos, conseguirá la pacificación interna.

Por eso nosotras queremos oír la voz del Señor, que para eso estamos en el Monasterio. Para decirle que sí. Y por ello nos vinculamos al espíritu de penitencia que nos impulsa a poner los ojos en la vida de Jesús y escuchar su doctrina y ejemplos como enviado del Padre que es. Y que nos dice: «Si no hiciereis penitencia todos pereceréis» (Lc 13,3) y con sus obras nos lo confirma.

Metámonos por un momento en la persona de Jesús, en su experiencia del desierto. Recordemos cómo el Espíritu le empujó al desierto a hacer oración y penitencia. Sigámosle en esta práctica de ayuno y oración, y veremos cómo la penitencia transforma nuestro ser. Y así «seremos bautizadas con Espíritu Santo y fuego» (Mt 3,11).

Dejémonos arrastrar por él, por el Espíritu, como Jesús, y comprobaremos cómo el Espíritu, para pacificarnos, nos impulsa a la penitencia. Y es porque el ayuno, la disciplina monástica, la austeridad en vestidos, alimentos, y en el lecho, practicados con deseo espiritual de conversión, fortalecen el espíritu interior y nuestra voluntad en el proceso de la propia transformación. La fortalecen, porque la penitencia supone una intención firme y decidida hacia la santidad, pues que conlleva sacrificio, esfuerzo, aguante, cosas que rechaza el cuerpo naturalmente. Por ello, el fruto que se recoge es fervor en el alma, alegría y paz en el espíritu, como de quien anda por las vías del Señor; acercamiento a Dios, y, por lo mismo, pacificación de pasiones y ordenamiento de la propia conducta.

¿Que la penitencia no es para estos tiempos?, ¿es que se equivocó la Palabra de Dios?, ¿es que no entendemos que tiene más vigencia que nunca, pues que es el medio para entrar

en el valor sustancial del espíritu redentor de Cristo, único capaz de transformarnos y transformar la sociedad actual?, ¿creemos que, si no fuese éste el espíritu de Jesús, él habría alabado a san Juan Bautista en su forma de ascesis tan impresionante, como lo hace en Mateo 11,2-12? Ahí le vemos vestido con pelo de cabra, viviendo en el desierto, alimentándose sólo con miel y langostas. Y añade: «... desde... Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia»; él fue el mensajero del espíritu redentor de Cristo, como fue su Precursor. Es el prototipo de ascesis para efectuar radicalmente nuestra pacificación de pasiones, la asimilación del espíritu evangélico. Igual que en Cristo, pero por diversos cauces, en san Juan se aúnan el ayuno, la oración, la austeridad del desierto, el celo por el Reino de Dios, que le devoró el desorden en sí mismo y le transformó en fuerza de conversión para los demás.

Y sucede así con los santos. En su conversión, al principio, como se encuentran, por un lado, con la gracia fuerte de Dios, que les llama a la transformación, y, por otro, sienten la bravura de su cuerpo y pasiones aún no sometidos al espíritu, ¿qué hacen? Todos nos lo han testificado, todos. Nuestra Madre, que tuvo una vida inocente, lo mismo. El ansia de corresponder a la moción del Espíritu, es decir, el mismo Espíritu les mueve a someter la bravura de sus pasiones y tendencias desordenadas al crisol de la mortificación para ordenarlas. Y de aquí nace la práctica de la penitencia.

¿No sería éste el fruto del Espíritu que nos inculcó seguir Jesús cuando nos dijo, repito: «Desde los tiempos de Juan el Bautista, hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan»? (Mt 11,12). ¿Y no nos dijo él que ayunaríamos cuando tuviésemos que vivirle por la fe? (Lc 5,33-35).

Hermanas, seamos inteligentes. Sólo los que se hacen violencia arrebatan el reino de Dios, o se dejan arrebatar por el mismo Espíritu Santo que arrebató a Jesús y a Juan Bautista llevándolos al desierto. Escuchemos y sigamos la voz del Señor, si no, seremos arrastradas por nuestras pasiones hacia la ruina.

4.º *Fidelidad a la gracia*

Mortificación nos pide también el Esposo redentor para purificar nuestras infidelidades. Sí, hermanas, la mortificación nos ayuda a mantener la tensión del espíritu para no caer en la mediocridad y hacer estériles las gracias recibidas. Escuchemos cómo nos lo dice Jesús: «¡Ay de ti, Corozaín!, ¡Ay de ti, Betsaida! Porque, si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que en saco y sentadas en ceniza hubieran hecho penitencia. Mas será más llevadero el juicio para Tiro y Sidón que para vosotras» (Lc 10,13-14).

Preguntémonos: ¿Sabemos si estamos dando la eficacia que Dios espera de las gracias recibidas de su mano? ¿Sabemos si otras almas quizá con menos gracias habrían dado más fruto que nosotras? Pues, para resarcir, está la penitencia. Porque el impulso de amor que su ejercicio encierra puede resarcir y, de hecho, purifica nuestra falta de amor de otros momentos de debilidad. Es delicadeza de amor querer llegar mediante la penitencia y la mortificación a donde el Esposo quería que hubiésemos llegado en otras ocasiones que hemos sido más flojas.

Como es acto libre de amor, es grato a los ojos de Dios y de mérito para nosotras, además, de que posee la gracia de purificarnos y de mantener vivo ese espíritu que mira siempre a Dios, a mantenernos en la fidelidad. Desde luego que, cuando al Señor le pedimos perdón con un corazón penitente, se lo cree. Desde luego.

5.º *Lleva a su fin la redención*

«Suplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo» (Col 1,24), decía san Pablo, y lo recogen nuestros Estatutos, en beneficio del Cuerpo de la Iglesia. La razón del sufrimiento en nosotras pecadoras es para la transformación de sentimientos propios, y así colaborar en la aplicación de la redención de Cristo en toda la Iglesia.

Es tan importante la propia perfección del ser humano para Dios, que juzgó necesaria la redención con sufrimientos.

Nos lo dice la Carta a los Hebreos: «Convenía, en efecto, que aquel por quien y para quien todo fue hecho, queriendo llevar a la gloria un gran número de hijos, hiciese perfecto, mediante los sufrimientos, al jefe que debía guiarlos a su salud» (Heb 2,10). Y así, el Padre nos presentó a su Hijo como modelo.

Cristo no necesitó transformar sentimientos para ser redentor nuestro. Nosotros, sí. Nosotros, necesitamos transformar sentimientos, transformar el egoísmo en amor, para que penetre la redención, primero en nosotras y después en el cuerpo de la Iglesia, en los hermanos. Ayuda eficaz para ello es el espíritu de renuncia, de inmolación, y el espíritu de penitencia que conlleva la identificación con Cristo traspasado de dolor y de amor por los hombres.

Sí, hermanas, la mortificación es un programa de vida interior, de oración y de mística irreemplazable, ya sea mediante la mortificación o la enfermedad que mantiene el espíritu de penitencia sublimado, cuando se vive unidas al espíritu del Redentor. Porque la penitencia nos adentra en el conocimiento de Cristo experimentalmente, de Cristo quebrantado y humillado, y, si lo asumimos con espíritu de amor redentor, estamos entrando en el conocimiento de las entrañas redentoras de Cristo; estamos experimentando cómo él se fue haciendo redentor de los hombres, con tanto esfuerzo y amor, con tanto sufrimiento.

Cuando inmolamos nuestra carne con el sufrido esfuerzo de la mortificación, estamos entrando en su ser dolorido, en su cuerpo flagelado, cargado con la cruz.

Estamos experimentando su ser esforzado y traspasado de amor y dolor por los hombres, como digo.

Hermanas, ésta es nuestra alta vocación que nos lleva a la búsqueda de Dios, verdadera vocación mística de experiencia del sufrimiento de Cristo y del encuentro del Cristo total. En él encontramos el sufrimiento de los hermanos, y su salvación.

Hermanas, cuando nuestra inmolación ha logrado transformar nuestro egoísmo en amor redentor, podemos decir que estamos viviendo nuestra alta vocación de buscadoras de Dios y de encuentro con él. Estamos viviendo el programa de san Pablo: «sólo quiero saber a Cristo y éste crucificado» (1 Cor 2,2).

Y el programa de nuestra Madre santa Beatriz, la cual a imitación de su divino Maestro crucificado inmoló su cuerpo en una vida santa y austerísima, dándose mucho a la oración, ayunos y penitencias, nos dicen sus biógrafos, para compadecer con Cristo por sus hermanos, «supliendo en su carne lo que falta a la pasión de Cristo» (Col 1,24).

Ya hemos visto que los frutos de nuestra oblación no son la confianza sólo en nuestro Salvador y en los santos, esperando que todo lo hagan ellos en nosotras. No, el fruto que el Esposo redentor quiere de nuestra mortificación monástica es, como hemos visto, la conversión decidida de todo nuestro ser hacia la identificación con la Palabra divina, que dijo: «convertíos, arrepentíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15), la identificación con Cristo crucificado.

Por ello, la mortificación o inmolación debe arrancar de un profundo deseo de transformación, ha de hacerse respondiendo a una necesidad interior de purificación del alma y dominio del cuerpo, tendencias y sentidos, que nace en nuestro espíritu a medida que vamos adentrándonos en los caminos del Señor.

Hay una etapa en la vida espiritual, en la que se hace imprescindible la mortificación, es la etapa que los maestros del espíritu llaman «purgativa», cuando por gracia de Dios tenemos luz especial de nuestro desorden, entonces nace el impulso de purificación o transformación de nuestro ser. Secundar este impulso mortificando nuestros sentidos, ¡qué importante es! Someter nuestra carne es básico para la pacificación del corazón y para efectuar el encuentro deseado con el Amado, pues que él no puede entrar donde hay desorden.

Interiorizar nuestra vida, dedicarnos a más silencio, oración, mortificación y caridad, es la respuesta al deseo de más unión con el Amado, deseo que lo pone él en nuestra alma para hacernos vivir su presencia por la fe, que luego se iluminará al desembocar en un comportamiento más puro, más evangélico, más espiritual, más santo, más parecido al Esposo.

Miremos bien que, si no consigue este fruto nuestra mortificación, debemos revisarla, porque quizá no sea auténtica, no sea vivida con el espíritu que debe vivirse.

Vuelvo a repetir que nuestra oblación ha de llevarnos a la paz que recogen nuestros Estatutos. Mortificamos nuestra carne para transmitir mansedumbre, paciencia, profunda vida interior, obediencia, amor.

Nuestra vida tiene que evocar los «odres nuevos» que dice Cristo, nuestro Esposo. Nuestra vida en el comportamiento tiene que ser superior al del Antiguo Testamento, nuestra vida tiene que saber a Dios, porque tiene su origen de antiguo y eterno, del Padre y de Cristo redentor. Y la tendrá si participamos de la Kénosis de nuestro Esposo redentor.

Sí, hermanas, porque hemos de ser como dicen nuestros Estatutos y como fue Cristo (Jn 12,24), como granos de trigo que se siembran en el surco de la vida claustral y mueren para que otros vivan la santidad de su origen. Morimos en tantas renuncias como supone vivir la vocación concepcionista con fidelidad amorosa y constante. Y esto nos identifica con la humillación y vaciamiento de Cristo en beneficio de los hermanos, que florece en una vivencia pura y gozosa del espíritu mesiánico de nuestro amado Redentor y Esposo (Is 11,1-9), en la pacificación de nuestro ser.

Por ello debe ser nuestra oblación, total, como dice la Biblia y recogen nuestros Estatutos. Debe ser un holocausto completo y perpetuo. Escuchemos: «He aquí el ritual del holocausto, a saber, el holocausto que arde sobre el brasero del altar toda la noche hasta la mañana, consumido por el fuego del altar... El fuego permanecerá siempre encendido sobre el altar, sin jamás apagarse. El sacerdote añadirá cada mañana nueva leña, dispondrá encima el holocausto...» (Lev 6,2-6), dijimos cuando reflexionábamos nuestro amor consagrado.

Así, así, hermanas, así de sagrada y consagrada es la víctima. Así ha de ser la concepcionista. Siempre ardiendo, siempre en estado de víctima, de oblación, de alabanza. Así de sagrada nos la presenta Dios, que debe haber hasta cambio de ropa en el sacerdote para tocarla. Todo es santo, porque es toda de Yahvé. Reservada sólo para él. Sí, hermanas, y esto debemos guardarlo muy dentro del corazón, sólo es para Dios la ofrenda de nuestra vida para la salvación de los hermanos. Así nos lo sigue diciendo la divina Palabra: «Es derecho perpetuo para Yahvé; será quemada en su totalidad. Toda oblación de sacer-

dote será enteramente quemada, no se comerá nada» (Lev 6,15-16). Nada para nadie, sólo para Yahvé.

¿Cómo no ha de ser así si nos ha destinado para buscarle, para amarle y desearle sólo a él? Que para esto nos consagra el voto de clausura, como hemos visto. Y miremos también cómo ha de ser lavada y purificada la víctima, entrañas y patas antes de ser quemada a Yahvé, ofrecida en holocausto de suave olor. Puras hemos de estar para ofrecer la alabanza divina, limpias en las entrañas, que son nuestros afectos y deseos, como hemos visto en el silencio pacificador, y en las «patas», que son nuestros pasos hacia la búsqueda de Dios, según vimos en el silencio de búsqueda. Oigámoslo: «Lavó con agua las entrañas y las patas y quemó el carnero sobre el altar íntegramente. Era holocausto de suave olor en forma de combustión a Yahvé» (Lev 8,21).

Así nos desea el Señor para él, *puras* e *íntegras*. Purificadas. «Como el lirio entre cardos así es mi amada entre las doncellas» (Cant 2,2), nos ha dicho el Esposo anteriormente en el Cantar que venimos comentando. «Como el lirio». Que por eso nos lo presenta «entre cardos», que es la mortificación que hemos de vivir en nuestra clausura, que protegen la blancura, la limpieza e integridad de nuestra entrega al Esposo redentor. Como el lirio entre cardos, así hemos de florecer para Dios. Totalmente «segregadas» del mundo, como María nuestra Madre Inmaculada, «huerto cerrado», «fuente sellada», «buscadora» de Dios, la del corazón contemplativo, en eterno silencio adorador ante la Palabra divina, la «pacificada», que nos entregó al «Príncipe de la paz», la de la «vida orientada plenamente a Dios» (Est 3,3). Así, así hemos de ser para ser concepcionistas, así, imitando a María como tan perfectamente la imitó nuestra fundadora santa Beatriz.

Y así terminamos, hermanas queridas, este capítulo de la clausura, que trata de desvelar y vivir el misterio de la clausura o búsqueda de Dios y del silencio cristiano, que se encuentra en la plenitud de Dios y en los fundamentos del ser humano, revelados en el comportamiento de Jesús. Toda su vida nos la revela en esta frase: «¿No sabíais que yo debo ocuparme de la cosas de mi Padre?» (Lc 2,49). Y si se entrega treinta años al silencio, si es en el silencio donde hace crecer su

persona en «sabiduría, en edad y en gracia» (Lc 2,52), es porque toda su vida se desenvolvió en la plenitud del ser. Porque toda su vida fue transparencia de la plenitud del Padre. Pues es incomprensible que Jesús, que es la sabiduría de Dios y cuya alma santísima estaba cargada de la ciencia infusa del Espíritu con el que había sido ungido, no hubiera estado preparado antes de los treinta años para evangelizar, y no hubiera dedicado más de tres años a esta tarea magna. Pero es que Jesús no vino sólo a redimirnos con su sangre, sino también con su vida. Y si ocultó tantos años tan altas capacidades de evangelizador, taumaturgo y movilizador de masas, ¿no sería, hermanas, porque así nos enseñaba a perfeccionar nuestro ser insertándolo en la plenitud del mismo, que es el silencio divino, ciencia sagrada del Espíritu, cauce inmediato del contacto con Dios y, por lo mismo, de la regeneración del hombre, junto con la mortificación y el amor?

¿No vemos cómo han buscado y vivido el silencio los grandes portentos de la ciencia y de la santidad? ¿No vemos cómo el silencio, junto con la mortificación, ha forjado las grandes figuras en la historia de la salvación además de Jesús, como son: Juan Bautista, Pablo, Elías? ¿Qué tendrá el silencio que es tan eficaz? Tiene a Dios, vuelvo a repetir, por eso es la perfección del ser.

Sí, en el silencio vive Dios, por eso lo buscan quienes tienen que comunicar a Dios con sus palabras y obras. Porque ahí, en el silencio, se saturan de Dios como la esponja en el agua, y toman fuerza para vivir la ascesis cristiana que conlleva el Evangelio. Y así, con ese peso divino, sí pueden ser algo y comunicar algo, tanto, cuanto cargados estén de Dios, que es quien obrará por ellos las grandes hazañas. ¡Dios mío!, pudiendo llegar a ser tanto el hombre, ¿quién le ciega para que no tenga consideración de sí mismo?; ¿quién, para que no vea lo que pierde? No ha de sucedernos así a nosotras, hermanas, que hemos sido llamadas por el Esposo redentor para vivir la plenitud de su Ser, el silencio divino, y su entraña redentora en favor de los hombres. Pidámosle que «ponga un candado a nuestra boca, un centinela a la puerta de nuestros labios» (Sal 140,3) «para que guardemos los caminos —los que hemos de recorrer hacia él— sin pecar con la lengua» (Sal 38,2)

para que «no se desvíe nuestro corazón hacia el mal» (Sal 140,4), hacia el egoísmo y sensualidad.

Que nos aliente, hermanas, a vivir así, el hecho de que todo lo que hacemos durante el día y la noche es vivencia del espíritu redentor y mesiánico de nuestro Redentor, es retorno al Padre, si lo vivimos bien, es retorno hacia la plenitud de nuestro ser, hacia el encuentro con el Amado. Sí, animémonos pensando que ya hemos comenzado el camino, que ya nos estamos acercando a la meta, porque estamos ya en el «ámbito» del «encuentro», en el del silencio de Dios, en el del misterio de su amor, que es el claustro monástico. ¡Oh, qué júbilo, qué interiorización tan amorosa de nuestra vocación, del Ser divino en nuestro corazón! Así, así, en este ambiente divino hemos de vivir todas las horas de nuestra vida. Así, ¡siempre en la vibración de Dios, pura, callada y fecunda, que es el silencio! ¡Siempre en Dios!, para abrazarle, como la Esposa, y no volverle a soltar jamás.

Con estos deseos digámosle suave y calladamente:

«Como busca la cierva
corrientes de agua,
así mi alma
te busca a ti, Dios mío.

Mi alma tiene sed de Dios,
del Dios vivo,
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?

Las lágrimas son mi pan
noche y día,
mientras todo el día
me repiten: «¿Dónde está tu Dios?».

Recuerdo otros tiempos,
y desahogo mi alma conmigo:
cómo marchaba a la cabeza del grupo,
hacia la casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta.

¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

Cuando mi alma se acongoja,
te recuerdo

desde el Jordán y el Hermón
y el Monte Menor.

Una sima grita a otra sima
con voz de cascadas:
tus torrentes y tus olas
me han arrollado.

De día, el Señor me hará misericordia,
de noche cantaré la alabanza
del Dios de mi vida.

Diré a Dios: «Roca mía,
¿por qué me olvidas?
¿Por qué voy andando, sombrío,
hostigado por mi enemigo?».

Se me rompen los huesos
por las burlas del adversario;
todo el día me preguntan:
«¿Dónde está tu Dios?».

¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

(Salmo 41)

Amén, Hermanas.

VENERACIÓN DE MARÍA INMACULADA

«La oblación, por amor, que hacemos de nuestro ser a María Inmaculada, es la que nos introduce en el misterio de su santidad original y, por ello, nos impulsa hacia su veneración e imitación. Oblación y Misterio que quedan enclavados en el centro mismo de nuestra consagración monástica y es nuestra razón de ser.

María Santísima, en el privilegio de su Concepción sin mancha, se nos presenta como la única criatura en la que Dios salvó la santidad de su primigenio pensamiento creador sobre el hombre, y como la perfecta Cristiana que logró mediante la cooperación a la redención de su Hijo, llevar este designio divino a la realización más plena.

La transformación en Cristo por intercesión de María Inmaculada, ha de informar toda nuestra existencia y toda nuestra vida espiritual, y darnos una fisonomía propia mariana. Si de este soberano misterio tomamos nuestra denominación y nos llamamos Monjas de la Orden de la Inmaculada Concepción, este nombre ha de ser expresión externa de lo que somos interiormente.

La imitación de las actitudes marianas de docilidad, entrega y donación humilde y amorosa en las manos de Dios abrirá camino en nuestra alma a las manos inmaculadas de María para que, a influjo de su santidad e intercesión, ella pueda prepararnos para que el Espíritu Santo descubra en nosotras sus rasgos divinos y nos haga ser almas concepcionistas puras, con los rasgos vivos de María; almas blandas y amorosamente entregadas a la acción santificadora del Espíritu, como lo fue ella» (Estatutos II, art. 32 y 34).

La búsqueda de Dios a la que nos impulsa nuestra vocación monástica y que vimos reflejada en el capítulo anterior de la clausura, alcanza en éste su cumbre, la realización máxima de todos los anhelos de la concepcionista. Que es el encuentro o unión con el Dios amado por intercesión de María y con el alma ya marianizada, como nuestra Fundadora, y como premio de esta nueva escalada al Monte de la Concepción.

Recordemos, hermanas queridas, que finalizábamos el capítulo anterior dejando a la Esposa santa del Cantar celebrando el encuentro con su Amado: «lo abracé y no lo soltaré», decía

allí, y en este capítulo concluye: «hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre, en la alcoba de la que me engendró» (Cant 3,4). Es decir, que, si hemos logrado antes encontrar al Amado por medio de las virtudes cristianas y monásticas, ahora el Espíritu Santo nos dice que no queramos poseerle o disfrutar su amor, si no es dentro de la «casa de nuestra madre», dentro de «la alcoba de la que nos engendró», que, por estar hablando en sentido espiritual como siempre hace este Cántico, es en la habitación de la que nos engendró para Cristo, que es decir muy unidas a la santidad y pureza de María Inmaculada nuestra Madre. ¿No recordáis que la Iglesia, en la oración litúrgica de su fiesta reza así: «¡Oh, Dios, que por la Concepción Inmaculada de la Virgen María, preparaste digna *morada* a tu Hijo...!», y en la liturgia de Navidad canta el Nacimiento de Cristo nuestro Esposo proclamando que nació de María como el Esposo sale de su *alcoba?*

Sí, hermanas, María es, por tanto, casa, morada o habitación de Dios, y en este sentido es como podemos estar en ella, si estamos en Dios. Es, además, nuestra Madre, no sólo porque es Madre de la Iglesia, sino también en fuerza de nuestra vocación específica, porque ella es la Fuente de nuestra espiritualidad monástica que tanto marca nuestra vida y personalidad.

Y tanto es así, que la concepcionista no se puede santificar si no es viviendo con María el misterio de su santidad original, su pureza inmaculada. ¿Verdad que no se puede pensar en una concepcionista sin volver los ojos y el pensamiento hacia María Inmaculada? Sí, hermanas queridas, como monjas, nuestra vocación es la búsqueda de Dios y su encuentro, y como concepcionistas es lograrla imitando las virtudes de María, su santidad y amor.

He dicho, sí, imitando la santidad de María, que es la que nos hace participar su espíritu, su pureza, porque, como digo, nuestra oblación nos lleva a vivirla a ella, vivir el misterio de su santidad original, libre del pecado, ajena a la violencia, al egoísmo, a la soberbia. Es vivir su humildad, su obediencia, su dependencia y amor y entrega al Padre. Todo lo que ella es. Vivirlo desde nuestra limitación humana ayudadas por la gracia, para así lograr la lejanía del pecado y la posesión del

Amado pareciéndonos a María. Con un alma y un corazón que a Cristo le recuerde a su Madre, sus rasgos, su santidad. Como lo consiguió nuestra Madre santa Beatriz de Silva. Que esto es lo que quiere decirnos el Espíritu Santo, insisto, al poner en labios de la Esposa la frase que venimos comentando: «no lo he de soltar hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre».

¡Oh, hermanas!, éste ha de ser nuestro anhelo ferviente, porque es la cima de nuestra vocación. Lograrlo ha de constituir nuestro trabajo y nuestro descanso, nuestro esfuerzo y nuestra paz. Porque introducir al Amado en la casa de nuestra Madre María, supone parecernos antes a ella. Haber hecho del alma de María y de su santidad nuestro objetivo para crecer espiritualmente en la imitación de su Hijo. Y desde donde amamos al Padre, como «hijas», que participan con María lo que ella misma es y tiene de parecido con su Hijo. Que participan su «casa»: su alma, su santidad, y quieren participar también su mismo Hijo.

Se nos hace, pues, necesario, hermanas queridas, reflexionar intensamente sobre ella, conocer a fondo a María, a nuestra Madre, para mejor imitarla, y así cooperar con la gracia a descubrir los rasgos marianos que llevamos impresos desde nuestro bautismo.

Lo digo en el sentido que nuestro Santo Padre Juan Pablo II lo enuncia en su Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*. Permitidme que os inserte parte del n.27: «El Concilio Vaticano II, confirmando la enseñanza de toda la tradición, ha recordado que en la jerarquía de la santidad precisamente la «mujer», María de Nazaret, es «figura» de la Iglesia. Ella «precede» a todos en el camino de la santidad; en su persona la «Iglesia ha alcanzado ya la perfección con la que existe inmaculada y sin mancha» (Ef 5,27). En este sentido se puede decir que la Iglesia es, a la vez, «mariana» y «apostólico-petrina».

La Iglesia, pues, nos dice el Santo Padre, es «mariana» y «petrina». Y como es el bautismo el que nos «incorpora» y nos «hace» ser Iglesia, es en el mismo bautismo donde recibimos esos rasgos o perfiles marianos que la misma Iglesia *es*.

En los capítulos pasados hemos tratado de reflexionar la propia personalidad que se desprende de María Inmaculada,

Monte de santidad. Ahora pues, hermanas, con la gracia de Dios, vamos a tratar de penetrar en la entraña de este Monte que encierra el nuevo Paraíso que Dios nos da a los humanos para que vivamos en él.

Sí, hermanas, nuevo y más perfecto Paraíso. Veréis cómo es así. En el primer Paraíso sabéis que, además de la creación de la pareja Adán y Eva, Dios plantó en medio del jardín, «el árbol de la vida» (Gén 2,9). Pues bien, es lo que hizo Dios en nuestra Madre Inmaculada en el momento de su Concepción. En el mismo instante en que el alma de María se unía a su minúsculo cuerpecito, el Padre plantó en el centro de su ser el Árbol de la Vida, su Verbo divino (Jn 1,1-3), desterrando, con este hecho, la posibilidad de ser alcanzada por la mancha original.

Esto podemos creerlo así, porque el Padre a los «que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo» (Rom 8,29). ¿A quién más que a María conoció, es decir, amó el Padre? Sólo a su Hijo. Es, pues, cierto que, desde el primer momento de su existencia, estuvieron presentes en ella la adorable Trinidad santificándola y haciéndola viva imagen de su santidad, que es el Hijo. Porque, si el proyecto creador del Padre sobre el hombre fue y es hacernos «conformes a la imagen de su Hijo» (Rom 8,29) pues para esto nos creó y nos predestinó, si el Padre salvaba en María este proyecto creador, es claro que estuvo presente desde el primer instante de su existencia esta imagen de la santidad divina, que, a la vez, «es la vida de los hombres» (Jn 1,4). Por ello bien podemos decir, alegóricamente, que el Padre plantó en el centro del ser de María el Árbol de la Vida del ser humano, su Verbo. Por eso, cuando quiso llegar el pecado a ella, como descendiente del prevaricador Adán, no pudo entrar, porque ocupaba toda su alma esta luminosa y radiante santidad del Padre y del Espíritu Santo, que es su Verbo e Imagen divina, dando vida, vida santísima de Dios, a María, que la llenó de gracia, *Gratia plena* (Lc 1,28).

Así se puso en marcha, en este nuevo Paraíso, la nueva creación. Y si en el primer Paraíso aparece primero el hombre, en éste aparece primero la Mujer, pero irradiando, o mejor, llevando dentro de ella, al Hombre divino, nuevo Adán, aso-

ciada a él, y para llevarnos a él, como Madre de los verdaderos vivientes en Cristo.

Entenderéis muy fácilmente por qué he dicho que esta nueva creación y este nuevo Paraíso es mejor que el primero. En primer lugar, porque aquí se desbordó el amor de Dios sobre el hombre hasta lo inaudito. Creo que lo hemos recordado ya. Si Dios nos creó en el primer Paraíso con amor inmenso dándonos vida con su mismo aliento (Gén 2,7), ahora, en esta nueva creación nos da la vida con su misma sangre, con su vida, perdiéndola por nosotros.

Ésta es la fuerza que hace que sea mejor la nueva creación: la presencia de su Iniciador, el Verbo de Dios encarnado y su Redención dolorosa, que hizo posible la Concepción Inmaculada de María, que supone la salvación del proyecto creador de Dios sobre el hombre en ella, y la restauración de ese mismo proyecto en toda la humanidad. Pues para esto surgió el nuevo Adán, para redimir.

Y aquí vemos, hermanas, la diferencia que hay entre la pareja del primer Paraíso y la del nuevo Adán y la nueva Eva. El primer Adán y la primera Eva, en rebelión contra Dios, estropearon el proyecto del Padre y sembraron el mundo de infortunios y de pecado. El nuevo Adán y la nueva Eva, con su obediencia, humildad y cooperación al plan del Padre, rehicieron el proyecto creador sobre la humanidad. Estas características, pues, tuvieron el nuevo Adán y la nueva Eva: vinculación esencial con el Padre y amorosa fidelidad a su designio divino. ¡Hermanas! esta gracia divina marcó la existencia de María desde su Concepción y a lo largo de toda su vida, y debe marcar la nuestra.

Y porque la marcó la vemos en rebelión frontal contra el pecado, no sólo porque está libre de él, sino porque va contra él, iniciando ella la fila de los que quieren luchar contra el mismo y contra toda violencia. Así nos la presenta la Biblia: avanzando contra el mal «cual aurora, bella como la luna, distinguida como el sol, imponente como ejército formado» (Cant 6,10).

Y así nos la presenta el Evangelio, asociada y siguiendo al Hijo con esta fuerza. Si el Hijo, nuevo Adán, muere para quitar el pecado del mundo (Jn 1,29), María, nueva Eva, ofrece

al Hijo y al Padre su maternidad sufriente, oblativa (Lc 2,35), no sólo durante los años de evangelización y de la muerte del Hijo, sino desde Belén. Ya lo veremos más adelante.

¡Hermanas! Éste es el Monte santo de la Concepción. Éste es el nuevo Paraíso, el nuevo Adán y la nueva Eva que el Padre nos da para que, siguiéndoles y asumiendo el esfuerzo que ello supone, recuperemos nuestra imagen y semejanza con Dios, la liberación de toda violencia, desorden y pecado.

¿Podemos imaginarnos el gozo del Padre al contemplar en María redimida por preservación su proyecto creador salvado, y que por ello la imagen de su Hijo volvía a ser la rectora de la vida del hombre sobre la tierra? ¿Podemos pensar lo que esto suponía para él, para un Padre tan amante de los hombres que él había creado? Y más, cuando veía esta nueva creación en marcha definitiva, con plena garantía de permanencia y de salvación, pues que, además del nuevo Adán, que le daba seguridad eterna con su vida, estaba también la nueva Eva, Virgen fiel, que asumía en su ser la fuerza activa de la redención, y, como Madre de los hijos de su «Descendencia» bendita, los llevaría al «Vencedor» de la serpiente, y les ayudaría a ser fieles al tan acariciado proyecto creacional suyo (del Padre), que había sido tan conculcado por el hombre. ¡Ciertamente Dios descansó en María concebida sin pecado! Hizo descansar en ella su amor creacional, como Madre del Redentor y también como Madre de los redimidos, efectuándose así el séptimo día de la nueva creación, más feliz que el de la primera (Gén 2,2a). Por eso, la Iglesia, Esposa de Cristo, llena de este gozo del Padre, pone en labios de María su Madre el siguiente texto bíblico, que nos evoca el Paraíso renovado:

«Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y no cesaré jamás. En la santa morada, en su presencia ofrecí culto y en Sión me establecí; en la ciudad escogida me hizo descansar... Eché raíces en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad y resido en la congregación plena de los santos. Crecí como cedro del Líbano... crecí como palmera de Engadí y como rosal de Jericó... Perfumé como cinamomo y espliego y di aroma como mirra exquisita, como incienso y ámbar y bálsamo, como perfume de incienso en el santuario. Como terebinto extendí mis ramas, un ramaje bello y frondoso;

como vid hermosa retoñé: mis flores y frutos son bellos y abundantes. Yo soy la madre del amor puro, del temor, del conocimiento y de la esperanza santa. En mí está toda gracia de camino y de verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid a mí los que me amáis, y saciaos de mis frutos; mi nombre es más dulce que la miel, y mi herencia, mejor que los panales. El que me come tendrá más hambre, el que me bebe tendrá más sed; el que me escucha no fracasará, el que me pone en práctica no pecará; el que me honra poseerá la vida eterna» (Eclo 24,9-22).

Sí, hermanas, en María está toda gracia de camino y de verdad, de vida y de virtud, porque ella es el seno fecundo que dio vida a nuestro Redentor, Vida, Verdad y Camino nuestro y expresión fiel de la santidad del Padre. Ella es la Madre del amor puro, del temor, del conocimiento y de la esperanza santa, de la ciencia de la nueva creación. Es la vid llena de frutos bellos y abundantes, el terebinto que extiende sus ramas bellas y frondosas, llenas de todas las virtudes, porque es el Paraíso que nos ha dado Dios para que sea nuestra «morada» y así seamos «morada» de Dios; nuestra «casa» para que seamos mejor «casa» de Dios; nuestra Madre, que nos enseña a ser mejores «hijas» de Dios. Sí, hermanas, que nos «cobije» y nos enseñe a conocer y amar a Dios, y nos lleve a él. Que por eso ha dicho la Esposa en el Cantar, que no soltará al Amado hasta que lo haya introducido en la casa de su madre.

Por esto, porque esto es así en el proceso de nuestra santificación y encuentro o posesión del Amado, veamos, como concepcionistas, los rasgos más fundamentales de su alma santísima, de su santidad, para imitarlos, para que se efectúe, con María, el encuentro o la unión con nuestro Dios amado.

Veamos los tres rasgos que más destacaron en su vida y que forjaron su grandiosa santidad.

1.º «Esclava» de Yahvé, en su característica: «vuelta al Padre».

2.º Perfecta Cristiana, en la vivencia de seguidora de su Hijo.

3.º Receptáculo del Espíritu o perfecta contemplativa.

Comenzamos por la primera:

«Esclava» de Yahvé

Sin duda, y por lo que hemos contemplado antes, los rasgos más fundamentales de la santidad personal de María, además de su amor a Dios y de su pureza inmaculada, son la humildad y la obediencia, la total entrega en las manos del Padre, como su Hijo. ¿Cómo iba a ser de otro modo la que había sido hecha desde el primer instante de su existencia humana, viva y pura imagen del que había de ser su Hijo? ¿Cómo no lo iba a ser, si fueron estas dos virtudes o actitudes las que Jesús vivió desde el momento de su descenso del Padre al seno de María? San Pablo así nos lo repite: «el cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo... y en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte» (Flp 2,6-8).

¿Cómo, pues, no iba a ser así María, repito, si ella recibía no sólo del Padre y del Espíritu, sino también de su Hijo todo lo que era? Sí, las virtudes o pilares más fundamentales que convenían a los que iban a ser el nuevo Adán y la nueva Eva siempre pendientes y dependientes del amor y voluntad del Padre que contrarrestarían la desobediencia y la soberbia de los primeros padres Adán y Eva, serían la humildad y la obediencia ante el Padre adorable y su proyecto.

Sí, hermanas, María, desde el momento de su Concepción purísima y durante toda su vida se pareció al Hijo cuya vida, aun como Verbo de Dios, estuvo siempre «vuelta hacia el Padre» (1 Jn 1,1-2). Su Concepción inmaculada fue punto de arranque hacia la perfección consumada de estas dos actitudes o virtudes paradisíacas. Así como habían sido el Padre, el Espíritu y el Verbo de la Vida, su Hijo, quienes habían iniciado su existencia humana, plasmando en ella su imagen y santidad, así Ellos serían la Fuerza viva de su obrar y de su amor. María fue siempre la «vida vuelta hacia el Padre», toda del Padre, llena del Padre, reverberando siempre al Padre y su imagen, como lo fue el Hijo, expandiendo siempre amor y dependencia del Padre.

Estas características tuvo su comportamiento, siempre encendida en el divino amor, humilde y amorosa «Esclava del Señor» (Lc 1,38). Así se definió ella. Siempre pendiente del amor y de la voluntad del Padre. Y siendo esto así, ¿pensamos qué efectos causarían en su corazón tan enamorado de Dios, aun en su infancia, la lectura de la Sagrada Escritura en la que Yahvé decía a su pueblo: «Ama a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»? (Dt 6,5). ¿Cómo resonaría en su corazón este mandato divino, pues que también para ella estaba dicho, ya que era miembro del pueblo de Dios? ¿Se puede pensar, acaso, en más perfecta oyente de la Palabra divina? ¡No! Por ello ¿cómo haría vibrar la Palabra de Dios ese corazón y esa alma tan llena de gracias divinas, que impulsarían, a su vez, esa fuerte tendencia hacia el Dios que tan portentosamente le había creado, escogido y amado? ¿Cómo resonarían, qué llamaradas de amor levantarían en ella, que estaba sin pecado, y que, por tanto, nada había en ella que le tírase hacia abajo, hacia la tierra, y sí mucho que la impulsase irresistiblemente hacia su Dios?

¡Oh!, sólo Dios ha podido medir la intensidad y la pureza del amor de María hacia él. ¡Qué mociones divinas en su alma y qué impulsos de entrega a Él cuando leyese: «Teme a Yahvé, tu Dios, sírvele, vive *unido* a él... Él es tu gloria y tu Dios, que ha hecho por ti cosas grandes...»! (Dt 10,20). Y, ¡qué sentimientos de humildad ante estas otras frases: «Yahvé se fijó en vosotros y os eligió, no por ser el pueblo numeroso entre todos los pueblos, ya que sois el más pequeño de todos. Porque Yahvé os amó y porque ha querido cumplir el juramento hecho a vuestros padres... Reconoce, pues, que Yahvé, tu Dios, es el verdadero Dios, el Dios fiel, que guarda la alianza y la misericordia hasta mil generaciones a los que lo aman y cumplen sus mandamientos» (Dt 7,7-9).

Estas y otras muchas llamadas al amor y a la fidelidad a Yahvé que recoge la Sagrada Escritura, encenderían más y más las ansias de entrega a su Dios amado, y marcarían su espiritualidad de entrega radical: «vida vuelta al Padre», y de humildad. Es fácil que María se acordase del texto arriba transcrito al cantar su «Magníficat». En esta espiritualidad de amor a la llamada divina y de humildad, había ido creciendo su corazón

y todo su ser. Y cómo se agigantarían más y más sus ansias de correspondencia al amor divino cuando viera este amor de su Dios tan despreciado por su pueblo. ¿Qué pensaría ella, que tan intenso conocimiento tenía de Dios, cuando sus ojos leyesen: «No tentéis a Yahvé, vuestro Dios, como lo hicisteis en Masá» (Dt 6,16)? ¿Qué diría, cuando veía que la respuesta del Pueblo a estos requerimientos amorosos de Dios tan grande y santo era negativa?

Sin duda que la Santísima Virgen, al ver el amor de Dios tan despreciado, y considerándose tan amada por él, tan estrechamente vinculada a él, se sentiría responsable de la respuesta que el Pueblo negaba a su Dios. Se sentiría responsable como miembro que era de este pueblo elegido. A ella también se referían estas llamadas a la fidelidad. Y así, quiso, sin duda, responder a este amor divino en nombre de todo su Pueblo, consagrándose virginalmente a su amor. Entregándose en cuerpo y alma a vivir el amor y la fidelidad que Yahvé pedía a su Pueblo. Sí, sin duda que estas llamadas de amor hicieron florecer en el espíritu de María su tierna y firme decisión de consagrarse sólo a su Dios y desposarse amorosamente con Yahvé para vivir con él el amor que le negaba su Pueblo, y para acercarle mejor a él.

De nuevo, hermanas queridas, qué ejemplo y qué estímulo para nosotras, que queremos hacer del alma, de la santidad y de la espiritualidad de nuestra Madre querida nuestro «prototipo» de santidad; qué ejemplo digo, para que también nosotras nos hagamos como ella, responsables del desamor, de la respuesta negativa que hace a Dios hoy nuestro pueblo, nuestra sociedad. Como María, acojamos en nuestro corazón ese deseo divino de ser amado por el hombre al que Él tanto ama. Amémosle por él, con amor esponsal, pues así nos consagra la Iglesia; entreguémonos generosamente a él en cuerpo y alma como oblación amorosa, y en nombre de nuestros hermanos los hombres, a vivir la fidelidad más comprometida a su amor, como si en nosotras fuese todo el mundo quien amase y sirviese a nuestro Dios. Hagámoslo desde el silencio, desde la fe, como María, y aun en medio de las mayores dificultades y pruebas, como ella.

Porque, ¿qué pensáis, hermanas, que sucedió en la vida de María? Ella tuvo que padecer mucho en su espíritu, sintiendo en él la frialdad del hombre hacia su Dios. Y así tuvo que pasar su «desierto» y vivir la fidelidad, como Corredentora, también en esos días tan grises y oscuros que a veces se presentan, cuando todo nos parece que es absurdo porque se nos esconde la estrella que nos guiaba: la luz divina y su impulso. Miremos, si no, tantos y tantos episodios en su vida, de noche cerrada, en los que tuvo ella que hacer luz con su fe. ¿Cómo iba a hacer crecer, si no, su vinculación con la voluntad de Dios, que la orientaba hacia la corredención?

Mirémosla, por ejemplo, jovencita, contrariada en sus más fuertes aspiraciones. ¿Verdad que os gusta, hermanas queridas, contemplar su alma bendita detenidamente, aun en episodios de su vida que no narra el Evangelio? Contemplémosla, sí, encendida toda ella en amor a Yahvé y consagrada a vivir en cuerpo y alma, en una respuesta virginal, el amor de ese volcán divino que es el del Dios bíblico y Esposo celoso (Dt 6,15) que pide el amor de su Pueblo, como hemos visto. Contemplémosla, como «Esclava» amorosa, viviendo esta donación a su Dios íntegramente, y miremos cómo se le pone delante lo que era obligado en Israel a toda jovencita: contraer matrimonio. ¿Una contradicción? Sin duda, la más fuerte hasta entonces para ella.

No porque el matrimonio fuese cosa mala, no. Sino porque era contrario a la vocación que ella sentía en su interior de virginidad, y que entendía era voluntad de Dios, como después se reveló claramente. Dios la quería virgen íntegramente, en cuerpo y alma, pues que tenía que engendrar y darnos a Dios. Ésta era su misión. Y por eso ella sentía tan fuerte su vocación de virginidad. No llegaría a entender que Dios la quería virgen para ser su Madre, pero lo que sí sentía fuerte era su vocación a la virginidad, como lo atestiguó en la respuesta que dio al Ángel: «no conozco varón».

Por propia experiencia podréis entender un poco, hermanas queridas, esta situación de contradicción que sentiría la Santísima Virgen en su vocación. Vosotras sabéis, cuando se siente fuerte la vocación, hasta dónde se puede llegar si nos encon-

tramos con barreras para realizarla. Incluso se llega a romper relaciones familiares entrañables, se deja casa y patria con tal de seguir la llamada de Dios donde sea y como sea. ¡Tan fuerte es la gracia de la vocación! Pues si esto ocurre en nosotras, pecadoras, ¿qué impulsos de fidelidad y de entrega a su Dios en virginidad no sentiría ella, que era el candor virginal en persona, el amor más puro y encendido, la santidad y pureza más acabada, la vida más radicalmente donada al Padre, y todo esto desde una conciencia de vocación a la virginidad?

Sin duda que esto supuso una prueba a su amor, pero que ella, como siempre, supo afrontar con serenidad, con paz, con plena confianza en el Dios que sabía que le amaba y que le había elegido para Sí. En el Dios que se complacía en probar su amor y fidelidad. Y, ciertamente, Dios la sacó de la prueba. Pero hasta que Dios le puso delante al varón elegido y preparado por él para confiarle tan soberanos misterios, ¡cuánta fe, cuánta confianza tuvo que derrochar en su corazón!; aun sin ver nada, tuvo que creer en su vocación y en su Dios. Y cuando Dios lo creyó oportuno, que, como siempre, sería cuando ya se tocaba el límite de la prueba, Yahvé hizo que en san José bendito María encontrase el sosiego y la respuesta divina que esperaba: la guarda y defensa de su virginidad.

¡Con qué ternura y candor virginal acogería y amaría a san José bendito la dulcísima y humilde María al ver en él aceptada, confirmada y asegurada por Dios su vocación a la virginidad! ¡Qué gozo para ambos elegidos de Dios entonces. Sobre todo para María, la amada del Señor, que se entregó con nuevo ardor a vivir su vocación virginal.

Nos da luz sobre ello, y entramos de nuevo en otro momento de sobresalto en la vida de María, la pregunta que ella formula al Ángel al anunciársele la Encarnación del Verbo: «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?» (Lc 1,34). ¿Cómo será esto, si Dios me ha confirmado que me quiere virgen al haberme dado por esposo a José, guardián celestial de mi virginidad? ¿Cómo va a ser que Dios me pida ahora otra cosa? ¿Cómo, si mi Dios no puede cambiar? Y sólo cuando se le anuncia cómo ha de ser la concepción del Hijo

del Altísimo en su seno, acepta. Sólo cuando se le confirma su propósito virginal entiende que ése es su verdadero Dios, porque es cuando se establece de nuevo la continuidad de donación virginal a su Dios. Pero estudiemos, hermanas, más despacio, la personalidad virginal de María y su espíritu de «Esclava del Señor» que ella nos quiere transmitir y que produjeron en su ser la floración de virtudes que hemos de imitar si queremos hacer de ella nuestra «casa», la «casa» que nos enseña a ser habitación de Dios. Sólo su donación pudo darle la santidad personal consumada que admiramos en ella, porque sólo la fidelidad al designio inquebrantable de Dios sobre cada persona puede llevarnos a la plenitud de ser Dios en nosotras. Veamos.

Si María al anunciársele su gran maternidad hubiese tenido en menos su virginidad que el hecho de ser Madre del Mesías, habría pecado de soberbia, como fruto de su infidelidad a su vocación. Se habría repetido el episodio del Paraíso, no porque se le propusiera ser como Dios, sino porque se le proponía ser Madre de Dios. Pero no. María no es Eva. Y así, ni los honores ni la grandeza de dar ella a su pueblo, tan humillado, el Mesías deseado pudieron derribar su propósito virginal, porque su espíritu de Esclava del Señor no le permitió ser infiel.

El Ángel le había dicho: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Será grande y llamado Hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1,30-33). ¿Qué más se le podía ofrecer?

Pero no, repito. María no se deja atrapar por estas grandezas. La nueva Eva sólo atendió a la gracia de elección divina que tenía en su conciencia desde el momento que tuvo conocimiento de Dios en su Concepción inmaculada. Elección que comprometía todo su ser, alma y cuerpo, a ser enteramente del Padre, ella lo sabía, y lo había asumido en su corazón con la entrega más radical.

Y, consecuentemente, aquí la tenemos en toda la grandeza de su entrega, fidelidad y santidad. Ciertamente de modo singular, como quien por no tener pecado tenía que abrir la senda

de los redimidos por Cristo. Pero no por eso inimitable. No. Porque si asumimos el espíritu que le mantuvo en su oblación en medio de los honores, también nosotras podremos comportarnos como esclavas del Señor en todo acontecimiento de nuestra vida que pretenda separarnos de la fidelidad que debemos al Señor. El ejemplo de nuestra Madre María y la transmisión de su espíritu oblativo nos dará fuerzas, ¡no lo dudemos!, como se las dio a nuestra Fundadora santa Beatriz. Imitemos, sigamos a María sin miedo a las tendencias desordenadas que nos transmitió Eva y que arbitran nuestros comportamientos. Sin miedo, porque María es más fuerte y nos puede transmitir su espíritu con más fuerza si nos disponemos a ello.

Sí, su espíritu, el que le impulsó a renunciar a la maternidad divina por salvar su fidelidad virginal consagrada a Yahvé. Espíritu que no se ofuscó tampoco con el grandioso saludo del Ángel: «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo» (Lc 1,28) para ser infiel, y que, por ello, pudo arrancar gloriosamente la espina de la infidelidad de Eva.

Contemplémoslo; a Eva se le ofreció mentirosamente ser como Dios, y ahí la tenemos, ofuscada, no dudando en asumir la sugerencia y consumar el pecado. En cambio, a María se le saluda «llena de gracia» y aquí la tenemos, se turba en su corazón puro y humilde. No le saca de sí esta alabanza, porque sabe que sólo Dios es santo, sino que se pregunta a qué viene tal saludo (Lc 1,29). ¿A qué venían estas palabras, ciertamente, si ella había leído y recitado repetidas veces con el corazón las siguientes: «¡No a nosotros, Yahvé, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria, por tu bondad, por tu fidelidad»! (Sal 113b,1)? ¿Cómo ella iba a aceptar esas alabanzas sin más?

Y con esto podemos ver, en toda su grandeza, logrado el fruto de su amor y humildad, de su fidelidad al Dios fiel, que inicia la era de la nueva creación consumándose en su seno la Encarnación del Verbo de la Vida, del nuevo Adán, que encontró por ello en María, redimido, el primer Paraíso. La fidelidad de la que ya era su Madre, a los méritos de su Redención, desandaron los pasos que Eva la prevaricadora había dado buscando su propia gloria. María los dio, como

hemos visto, en sentido contrario, con certeza, con perfección, con íntegra fidelidad. ¡Oh, fidelidad a la propia vocación que la llevó a sintonizar con Dios en su gran misión de nueva Eva!

Es cierto que María había sido hecha Paraíso de Dios en el instante de su Concepción Inmaculada, porque en el centro de su alma el Padre y el Espíritu habían plantado el Árbol o Verbo de la Vida, su Hijo, como recordamos al principio, es cierto. La gracia se le había dado, sí, pero ella tuvo que cooperar a esa gracia, activamente, firmemente, esforzadamente, dando de lado a honores, incluso espirituales, por ser fiel al Dios de su vocación, que en su conciencia sentía que era virginal.

Y miremos, hermanas mías, cómo en la medida en que la Santísima Virgen se reafirmó en su entrega virginal a Dios renunciando a la gloria de ser Madre del Mesías, acertó más y más con el proyecto del Padre respecto de ella. Se acercó más a él, porque el Plan del Padre era que su Hijo naciese de una Virgen (Is 7,14), pero de una virgen íntegra, en el cuerpo y en el espíritu, virgen demostrada a toda prueba. ¡Oh!, con cuánta razón su entrega virginal a Dios le hizo preguntar «¿cómo será esto, pues no conozco varón?». ¡Con cuánta razón, pues que el Padre, ciertamente, iba por ahí! ¡Era lo que Dios esperaba para coincidir con ella! Y de este modo las dos virginidades purísimas se unieron para hacer Hombre a Dios.

Sí, hermanas, sólo después de esta prueba de amor puro a su Señor, fue cuando el amor puro y virginal de María alcanzó la altura necesaria para unirse al de Dios, y encarnar al Verbo divino en sus entrañas.

Por donde ella pensaba renunciar a ser Madre del Mesías, es por donde demostró su gigantesca capacidad para serlo. Y por eso pudo oír de boca del Ángel la respuesta de Dios a su propósito virginal: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el niño que nazca será santo y llamado Hijo de Dios... Porque nada hay imposible para Dios» (Lc 1,35-37). Al oír esto María, su misma humildad y donación a Dios cerró este forcejeo de amor y fidelidad divina y humana con el sello

de su grandiosa identidad: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Palabras dignas de una vida siempre vuelta hacia el Padre, sin polvo de vanidad ni de infidelidad.

Sí, hermanas, sin polvo de vanidad ni de infidelidad. ¡Qué madurez! ¡Qué prueba de equilibrio en su psiquismo dio aquí María, nuestra Madre querida! Por fidelidad a su vocación de ser la esclava virginal de Yahvé, «vuelta toda hacia él», como la imagen del Verbo divino que daba vida a su alma, pudo llegar a cumplir su gran misión de ser Madre de Dios, nueva Eva, Madre de los vivientes en Cristo, Iniciadora con su Hijo de la nueva creación, Corredentora con él de la humanidad salvada, y todo esto sin polvo de vanidad, sino con el candor y pureza de una niña, con el amor ardiente de un corazón enamorado, con la dulzura de una esclava rendida amorosamente a su Señor.

Así vivió toda su vida María, hermanas. ¡Qué ejemplo para nuestra vocación consagrada! Sí, así vivió, porque así se lo había pedido siempre la gracia de su elección, María había sido creada para pertenecer sólo a Dios. Y de esta gracia había vivido, y en esta gracia, fielmente correspondida, había crecido su santidad, repito. Y aunque ella no descubriera toda la gran misión que de esa gracia emanaba para ella, la vivió fidelísimamente, y así la desarrolló, no la frustró. ¡Qué ejemplo, vuelvo a repetir, para que hagamos nosotras, sus hijas concepcionistas, de la gracia de nuestra elección a ser sólo y todas de Dios, el norte y la brújula de nuestro comportamiento! Que, como ella, en todo acontecimiento aun contradictorio demostremos ser «vidas enteramente vueltas hacia el Padre», como hijas de la nueva creación, como hijas del espíritu de María.

Y no sé por qué he dicho que, *aun* en los acontecimientos contradictorios, debemos demostrar que estamos «vueltas» siempre hacia el Padre, no lo sé, porque en la vida de la Virgen la contradicción fue una constante. Lo mismo que en Cristo. Y esto nos tiene que hacer pensar muy en serio, porque parece que es el único camino para los que les seguimos a Ellos. A Ellos, que son el nuevo Adán y la nueva Eva, iniciadores, por tanto, de la trayectoria que hemos de recorrer los que somos hijos de la nueva creación. ¿No será que Dios quiere decirnos

con ello que la nueva creación estaría marcada por el espíritu redentor de Cristo, y que sólo iremos bien por ella cuando lo asumimos? Pero volvamos a la vida de la Virgen.

Y aquí la tenemos, hecha Madre de Dios, pero aguantando ahora la gran afrenta de aparecer adúltera ante san José. ¡Oh, hermanas! ¿podremos comprender lo que sufriría la Purísima Virgen cuando san José comenzase a notar las señales del embarazo divino en ella? Nueva y durísima prueba para su honestidad, ella, ¡tan pura y tan santa!, que había abogado tan heroicamente por su virginidad, apareciendo ante san José embarazada. Y ya veis, hermanas, cómo el Señor, una vez más, agotó el tiempo de la prueba y del sufrimiento de ambos. Nuevamente la vemos sometida callada y amorosamente a la voluntad providente y amorosa del Padre, rendida a su querer. Sí. ¡Aquí la tenemos como Madre oblativa, dando vida al Redentor en los redimidos, toda «vuelta» amorosa y silenciosamente «hacia el Padre», y esto, hasta que Dios quiso e hizo luz y reveló el misterio!

Y si continuamos reflexionando la vida de María, vemos que continúa igual. No bien habían terminado las dudas de san José sobre ella y después de unos meses de gozo y paz hogareña, comenzaron las penalidades que se les echaron encima en el viaje a Belén. Recordémoslo, hermanas, recordémoslo. Todo cuanto se diga aquí es poco. Ante tanto sufrimiento como supuso para el bendito san José y para la honestísima y santísima Madre verse tan desamparados en momentos tan apretados y angustiosos del divino parto, sólo nos queda ponernos de rodillas y adorar estos pasos redentores de la Madre que encarnaba en su conducta la imagen del Hijo del Padre que llevaba impresa en su alma antes que en sus entrañas.

Y, ¿qué decimos de su huida a Egipto para salvar la vida del Hijo? Qué bien nos hablarían aquí los emigrantes, de las zozobras, angustias y penalidades propias del desarraigo de la patria, en absoluta pobreza y desamparo. Pero la cumbre del sufrimiento la soportó María al pie de la Cruz. Así estaba previsto por el Padre.

¿Qué pasaría por ella cuando vio morir a su Hijo, humanamente fracasado? Es un tema que, por haber sido tratado

por diversos autores, es ya muy conocido, pero reflexionémoslo también nosotras aquí para ver la fidelidad de María al Padre. ¿Qué pasaría por ella, repito, viendo tan vilmente tratado el Hijo del que se le había dicho: «Será grande... será llamado Hijo del Altísimo, el Señor le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin»? (Lc 1,32-33). ¿Qué pasaría por ella viéndole morir en un patíbulo? Porque María había creído en estas palabras según lo atestiguó su prima Isabel al decirle: «Feliz tú que has creído, que se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor» (Lc 1,45). Y las cosas que se le habían dicho de parte del Señor no eran otras que las que arriba hemos indicado: «Será grande...» y lo veía morir ajusticiado entre malhechores. «Será llamado Hijo del Altísimo...» y el Pueblo había pedido su muerte por blasfemo (Mc 14,64). «El Señor le dará el trono de David, su padre...» y, en cambio, estaba muriendo condenado por haberse «querido hacer rey» (Lc 23,2). «Reinará sobre la casa de Jacob por los siglos...» y moría aborrecido de su Pueblo por impostor (Mt 27,63). ¿Qué pasaría por el alma de María ante esta realidad tan cruda, tan amarga, que estaba viviendo?

¿Qué pasaría? Sin duda, que tuvo que echar mano de su fe integérrima, queriendo alumbrar con su luz esta noche horrenda «del poder de las tinieblas» para no hundirse en ellas. Ella, tan firme y fiel en el amor al Padre como quien vivía siempre «vuelta hacia él», no podría dudar de su amor, ni de su Palabra, y, en medio de su mayor angustia, al ver el cielo cerrado también para ella, sin duda que buscó en la Palabra de Dios el sentido de lo que sucedía al Hijo que agonizaba en el mayor desamparo y dolor, y el sentido de su amargura y sufrimiento. Recordó, aun en la negrura de la fe oscurecida por el poder satánico, las palabras de la Escritura: «Despreciado, desecho de la humanidad, hombre de dolores, avezado al sufrimiento, como uno ante el cual se oculta el rostro, era despreciado y desestimado. Con todo, eran nuestros sufrimientos los que llevaba, nuestros dolores los que le pesaban, mientras nosotros le creíamos azotado, herido por Dios y humillado. Ha sido traspasado por nuestros pecados, desecho por nuestras iniquidades; el castigo, precio de nuestra paz, cae sobre él, y

a causa de sus llagas hemos sido curados» (Is 53,3-5). Y su fe no le defraudó, logrando vencer con ella «el poder de las tinieblas». Consecuentemente, creyó con firmeza lo que seguía diciendo la divina Palabra: «después de las penas de su alma verá la luz y quedará colmado. Por sus sufrimientos, mi siervo, el justo, justificará a muchos y sus iniquidades cargará sobre sí. Por eso le daré multitudes por herencia, y gente innumerable recibirá como botín» (Is 53,11-12).

Y volvió a recordar las palabras que le había dicho el Ángel: «Será grande... Será llamado Hijo del Altísimo... Reinará sobre la casa de Jacob por los siglos...». Sí, su fe, su confianza y su amor sin fisuras a Yahvé llegaron a alcanzar la luz de Dios y en ella descubrió el sentido que el Padre había dado a las palabras que el Ángel le dijo al revelarle el misterio de la humanización de Dios. Y comprendió también la hondura redentora que tenían las que había pronunciado su Hijo en la Cruz: «Padre, perdónales, no saben lo que hacen». «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Entendió el misterio de la redención. Entendió la realeza de Cristo, y que las bendiciones Mesiánicas de Dios llegarían al mundo desde Cristo a través de ella, nueva Eva, corredentora con su Hijo de la nueva humanidad, y Madre de estos hijos nacidos de los dolores, de la sangre y de la muerte del Hijo. ¿Cómo no iba a tener que sufrir también ella?

¡Cuánto promocionó a María el misterio de la Cruz vivido fielmente y cerca del Hijo!, aunque no le fue nada fácil, hermanas queridas, lo comprendemos, porque, aunque fue «llena de gracia» y preservada del pecado, repito, estas gracias se le concedieron para el cumplimiento de la gran misión a que se le destinaba, pero nunca mermaron el mérito de su cooperación libre y activa, esforzada siempre, pues esas gracias tan elevadas le requerían para obrar en todo momento con el elevadísimo nivel de santidad que correspondía a tales dones. Y ya vemos, hermanas, qué momentos y pruebas tan difíciles jalonan su bendita vida.

¡Cuánta fe y confianza en Dios en medio de tantas contradicciones, dificultades, pruebas e infortunios y privaciones! ¡Cuánta confianza y amor, digo, para que, en medio de ellas,

María se mantuviese entera en su fidelidad, en su entrega y en su amor al Padre!

Nos lo atestigua también el milagro de las bodas de Caná. Parece que en esta ocasión Jesús desestima su petición, y, en cambio, ella da por hecho el milagro: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5), dijo a los sirvientes, comprometiendo así a su Hijo a la ejecución del milagro. ¡Se ve claramente que María estaba acostumbrada a remar contracorriente! ¡Fe invencible de María, que impulsó la de los discípulos hacia su Hijo! «Y creyeron en él» (Jn 2,11). ¡Fe fuerte, propia de una vida dura, muy probada, ciertamente, como amiga y muy amiga de Yahvé! ¡Pero fe que hizo y hará crecer a la Iglesia si la vivimos así nosotras, convencidas de que se nos fortalecerá en la prueba, como a María!

¡Oh, hermanas!, ¡éstos son los frutos de una «vida vuelta siempre hacia el Padre», aun en medio de las mayores dificultades!, de una vida que recibió en el momento de su existencia las marcas de su destino corredentor, al que respondió con la más exquisita fidelidad a Yahvé su Dios, y a su Hijo. Sí, María vivió rindiendo siempre amorosamente su ser virginal al Padre, sin ninguna vacilación. Y, hecha Madre, rindiendo también, siempre, su ser maternal al Hijo, para su obra redentora. Si al encarnarle en su seno pudo ofrecerle una carne espiritualizada por el amor divino, en todos los momentos que el Hijo la necesitó en su obra salvadora, ella le ofreció una maternidad oblativa, amorosamente entregada a su obra de salvación. ¡Qué bien supo María configurar la imagen divina de su Hijo en su comportamiento! ¡De tal modo que, si el acontecimiento de la Encarnación resultó para ella la unificación con Dios!, el de la Cruz llevó a la cumbre su maternidad divina hasta el último extremo de configuración con el Hijo. Y llevó a la cumbre también su maternidad de gracia, haciéndola Madre verdadera de los hijos de Dios redimidos, hasta el último extremo de fidelidad y amor que le exigía el Padre.

Pues si esto sucedió en María por su coherencia en su comportamiento con la imagen de santidad a que fue creada, encontrando, por su fidelidad, sentido, siempre, a todos los acontecimientos de su vida por más contradictorios que fuesen, también nos sucederá así a nosotras, en nuestra medida, siempre

que, como ella, echemos mano de nuestra fe en las dificultades, viviendo su espíritu.

Cuando nos encontremos con sinrazones, incluso con persecuciones, incomprensiones, contradicciones, silencios y soledades dolorosas, tanto de Dios como de los hombres, busquemos la luz en la Palabra de Dios, como María. Busquémosla, que la encontraremos, y encontraremos con ella el sentido a lo absurdo, a la contradicción, a la incertidumbre. Encontraremos que tiene sentido la persecución, el dolor, el esfuerzo, la renuncia, porque en todo ello, como le sucedió a María, está el plan de Dios: la presencia luminosa de la Cruz, que es nuestra necesaria cooperación a la redención: «Suplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo» (Col 1,24).

Puede ser que pensemos: ¿no sería mucho más hermoso, más perfecto y más coherente con el espíritu de la nueva creación, que no existiese la contradicción en nuestra vida, ni nada que la contrastase? Sería mucho más hermoso, cierto. Pero eso es una conquista en nuestra vida, que crece y camina hacia esa perfección, en un proceso redentivo o liberador del pecado, más o menos acelerado, según asumamos y vivamos el espíritu y práctica de la redención decretada por el Padre.

Jesús y María así lo hicieron. Ellos eran toda esa perfección y hermosura que hemos dicho, y hubieran podido imponerla, pero, en cambio, los dos se sometieron al «poder de las tinieblas». ¿Para qué? Para redimirnos. Podrían haber orillado este proceso, pero lo asumieron. Y si Ellos, inocentes y santos, asumieron tanta contradicción y sufrimiento por nuestra redención, porque sabían que íbamos a necesitar el Modelo y el Camino abierto que nos alentara en nuestro caminar hacia la conquista de los nuevos cielos y de la nueva tierra renovada por la redención, ¿cómo no hemos de asumirlo? Nos negaríamos a nosotras mismas. Negaríamos la necesidad de redención interna que tenemos; y ¿no vemos que esto sólo lo podremos conseguir mediante la superación del pecado propio, en su raíz, que nos exige todo el ejercicio de virtudes: *fe,* ante lo contradictorio y lo absurdo; *esperanza,* frente a nuestro desaliento, desidia o pereza; *caridad* frente al egoísmo de las criaturas; paciencia ante sus injurias; *fortaleza,* en las dificultades; *humildad,* frente a nuestro orgullo y prepotencia; *paz,* ante la persecución;

comprensión, dulzura y afabilidad, ante los defectos y limitaciones de los que nos rodean? Todo esto es necesario para desatarnos de la fuerza del pecado y situarnos en la conquista de la nueva creación. Todo. Porque todo ello es el comportamiento propio de una «vida vuelta de plano hacia el Padre», hacia su voluntad y su amor, que es como él nos creó y para lo que nos redimió Cristo.

Pensemos, hermanas queridas, que nunca será más probada nuestra fe que la de María. Que nunca se nos exigirá mayor renuncia a gustos y consuelos que los que se exigieron a María. Que nunca serán mayores nuestras privaciones y amarguras que las que pasó ella. Y que nunca habrá más contradicción en nuestra vida que la que hubo en María. Y en medio de todo esto, pensemos, hermanas, que *ésta* es nuestra «casa», en la que tenemos que vivir para llegar a la plena posesión del Amado. Ésta es la coherencia más clara de nuestro «ser» concepcionista, de nuestro vivir como María Inmaculada, como su alma bendita, como su espíritu, liberado del pecado, y por ello inclinado siempre hacia su Dios.

Por aquí va nuestra vocación y el sentido que el Espíritu Santo da a esas palabras que pone en labios de la Esposa santa y también en los nuestros: «hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre». Pues no otra cosa quiere decirnos este amoroso Espíritu, sino que es él quien mueve nuestra alma a este deseo, porque sabe que conseguido, es decir, conseguidas en nuestra alma las disposiciones de María, imitándola en lo que esté a nuestro alcance, hemos conseguido hacer nuestro al Amado, efectuar la unión deseada con la divinidad, meta o fin de la nueva creación, y, por lo mismo, de nuestra espiritualidad y vocación concepcionista.

Perfecta cristiana

Y llegamos, hermanas queridas, a contemplar a María como la primera *Cristiana.* Si en lo que hemos reflexionado hemos destacado en ella el comportamiento propio de una «vida vuelta hacia el Padre» como exigencia de su creación llena de Dios,

ahora lo haremos desde su relación con el Redentor, con Cristo, que logró en ella la más perfecta Cristiana.

¡Oh, cuánta devoción debe poner en nuestra alma la contemplación del proceso de cristificación de nuestra Madre, y cuán vivos deseos de imitarla! Sabemos que comenzó en ella este proceso desde el instante mismo de su Concepción Inmaculada. Este misterio de santidad original fue el misterio de su inserción en Cristo, que fue como el bautismo para nosotras. Pero mucho más perfecto, claro está. A nosotras se nos perdona o borra el pecado original, a ella se le preserva de él.

Y desde este instante mismo de su Concepción purísima, María, la Cristiana redimida por preservación mediante la redención de Cristo, comenzó un proceso de transformación en Él, que protagonizó cuando pudo seguir de cerca los pasos y el espíritu redentor de su Hijo. Aunque son pocos los hechos que nos menciona el Evangelio, según vimos antes, pero como todos van en la línea de crucifixión del corazón, por ellos vemos la línea de exigencia con que Dios llevaba su alma hacia la conformación vital en la vida y Obra del Hijo Redentor. La fidelidad con que siguió a su Hijo en medio de tantos heroísmos como se le exigieron, nos constatan el alto nivel en que se movía su espíritu alcanzando al de su Hijo. Los hechos nos manifiestan, repito, que María no nació para gozar, como tampoco Cristo. Y que le costó mucho esfuerzo llegar a ser una perfecta Cristiana, con todo lo que esto significa.

Aunque volvamos un poco sobre lo que ya hemos reflexionado, nos conviene hacerlo para que aprendamos de ella a ser verdaderas cristianas. Recordemos ahora, por ejemplo, las penalidades que pasó en su viaje a Belén antes del Nacimiento del Hijo y en su Nacimiento. Solemos decir que Dios siempre sorprende. ¿No os parece que hubiera sido mucho más amable para ella que el Hijo que latía en sus entrañas con los mismos latidos de su corazón, le hubiese revelado la voluntad del Padre de que él había de nacer en Belén, y no del modo como le sorprendió el viaje? Sí, pudo hacerlo, claro está, pero no coincidía ese modo de actuar con el de Dios. No. Dios no tiende nunca a vaciarnos de méritos o quitarnos la ocasión de merecer. Porque Dios sabe que nuestra peregrinación sobre la tierra es

para esto, para vivir la fe, la esperanza y el amor en ejercicio constante.

Haber anunciado a María de modo sobrenatural su voluntad de que hiciese el viaje a Belén porque allí debía nacer el Mesías según anunciaban las Escrituras, hubiese sido, como os digo, lo más amable y fácil, pero sin mérito. ¿Cómo iba ella a vivir así el espíritu de la redención que animaba el Ser de su Hijo? ¿Crecería en él así? No. Pues ¿qué motivo le iba a dar en esta ocasión para que viviera su ser de cristiana? El que le dio. La orden o edicto de César Augusto mandando empadronarse a todo el mundo (Lc 2,1-7). Así de sencillo y natural.

Y recibir esa orden con paz, acogiendo a Dios en ella, fue la respuesta adecuada de María, de una vida conformada con la de Dios. Y aunque hiriera su sensibilidad maternal, María asumió esta contrariedad con fe, con esa fe suya operativa que, al recibir a Dios en lo ordenado, estrechó más y más su unión con él, su cristificación. ¡Esto es para nuestra enseñanza, hermanas! Y así, de este modo normal, Dios cumplió las Escrituras y su Hijo nació donde estaba vaticinado. ¿No os parece, hermanas, que la historia de la salvación se llevó a cabo a medida que María respondía a la gracia?, ¿en la medida que María la elaboraba en su corazón por el ejercicio de la fe y el amor que se le exigió? ¡Cuánto le debemos!, sí, hermanas. Pero también, ¡qué profunda enseñanza para nosotras, que perdemos tantas ocasiones de cooperar con la gracia en la historia de la salvación de tantos hermanos nuestros! ¡Qué responsabilidad, y cuántos bienes dejamos perder por ello!

Porque aquella Noche del Nacimiento del Hijo, después de pasadas las molestias de aquel largo camino y las angustias de no encontrar posada, el Dios de la paz consoló a María y a José de modo inefable... con aquellos cánticos de paz, con aquella multitud de ángeles que celebraban la salvación del hombre, que el mismo hombre pudo escuchar: «Dejad de temer, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo. Os ha nacido un salvador, que es Cristo Señor...» (Lc 2,8-20).

Aquella Noche, hecha con luz del cielo más clara que el día, quedó grabada en el alma de María y en su corazón para

siempre. ¡Aprendió tanto! ¡La cueva... el pesebre... el silencio... la paz de los ángeles... la pobreza más sobrecogedora... su Hijo... tan débil y pequeño, que lo era también de Dios! ¡Todo! ¡Qué misterio! Y todo profetizado... querido por Dios... revelado siglos antes... Y así, mirando al Hijo, sintonizando con él, comenzó a entender. ¿Qué necesidad iba a tener de los bienes de la tierra el que desborda los del cielo? Y entendía María perfectamente, por propia experiencia, que los bienes de la tierra embarazan a los del cielo. Entendía, muy claro, que en Nazaret no se hubiera podido celebrar tan perfectamente el Nacimiento de su Hijo como en Belén... Y todo esto lo guardaba en su corazón para meditarlo y... vivirlo. ¡Qué enseñanza para nosotras!

Sí, hermanas queridas. Porque Dios se desenvuelve mejor sin nada. Él aparece más nítido, más claro, en el despojo de todo. El nuevo Adán, que nos trae la gracia, se nos presenta así despojado de todo. Estrena la vida humana sin pegársele nada, limpio, puro, sólo con su cuerpo y su gracia, y unos leves pañales... Y así entendió María esta gracia. Entendió que *ésta era su gracia.* Viendo a su Hijo despojado del deseo de *ser,* de *tener,* de *poder,* como nuevo Adán que venía a borrar el pecado ambicioso del primer Adán, le estaba enseñando a ser la nueva Eva.

Y vio más claramente cómo el afán del primer Adán de «ser como dioses» moría en el vagido débil y dulce de su Niñito recién nacido que necesitaba de todo, hasta de que ella le acercase el pecho para alimentarle y poder vivir. Veía que nuestro afán humano de «tener», consecuencia de querer ser lo que no es el hombre y para lo que no hemos nacido, recibía muerte en su Hijo con su despojo interno y externo. Sí, hermanas, Dios quiso que tanto el Hijo como la Madre necesitasen la ayuda de los demás en esa ocasión, lo mismo que el humilde y justo José, el cual participó tan de cerca este misterio de salvación.

La divina Providencia veló sobre ellos y les procuró lo necesario, pero desde el despojo, es decir, desde la propiedad de otros, saboreando la situación de los pobres, la gracia de «recibir» de otros, la gracia de sentirse desapropiados aun de lo poquito que podían tener en Nazaret. Así lo quiso Dios

en aquella Noche misteriosa en la que desbordó su amor y grandeza. Aquella Noche tan empapada de Dios.

Y así, desde este despojo radical de los bienes materiales, María contempló en el Hijo su dependencia absoluta del Padre, el vaciamiento también de su voluntad. Le veía hecho obediente, sin propia voluntad. Como su misma boca nos lo había anunciado en el libro de los salmos: «Sacrificio y ofrenda no querías, mas me abriste el oído, no pedías holocausto ni víctima por el pecado, dije entonces: "Aquí estoy —como está escrito en mi libro— para hacer tu voluntad"» (Sal 39,7-8). Así le veía, sometido a la voluntad divina y a la humana, dependiendo, repito, de los demás, que se podría convertir en los amorosos brazos maternales o en la fría dureza del pesebre.

Todos estos misterios profundos, y muchos más que no alcanzamos a entender nosotras, vivió y observó María aquella Noche y guardó en su corazón maternal. Si antes del nacimiento del Hijo, como vimos anteriormente, había sido su imagen adorable impresa en su alma la fuerza de su obrar, ahora empezaba ya a ver con sus ojos el modo de ser de su Hijo, que manifestaba con sus obras y comportamiento.

¡Oh, cómo entendía, hermanas queridas, y cómo quiere que lo entendamos nosotras, sus hijas concepcionistas, que la creación es inferior al Creador, y que donde está el Todo, no es menester que esté presente lo que es nada: la materialidad de las cosas! Y que, por tanto, hemos de usarlas sin apego. ¡Que siempre nos quede el corazón libre, pues éste ha sido creado para Dios! Libre para amar a Dios con todas las fuerzas. ¡Que las cosas no nos impidan la sintonía y el amor con nuestro Dios!

Unida así la vida de María a la de su Hijo, comienzan los dos a dar plenitud a la ley y antigua alianza. Ésta se había pactado con una llamada a la santidad y a andar en la presencia de Dios (Gén 17,1-2; Dt 5,1-33; Éx 24,18) como lo había vivido María. Ahora, el nuevo Adán lleva la Alianza a su plenitud sometiéndose a ella.

Y el primer rito que observan es el de la circuncisión a los ocho días de nacer. Podía haber evitado este rito quien era su Autor, además de que venía a implantar el de la nueva alianza o nueva creación: el bautismo, pero no. Lo asumió

sometiéndose a él para llevarlo a su plenitud, a su cima, y a su punto final. Y esto lo hizo en compañía o con la cooperación de la nueva Eva.

Y María seguía observando con su corazón contemplativo, e iba entendiendo el misterio de su Hijo, su obediencia y sacrificio, sin estridencias. «Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21), le había dicho el ángel a san José. Y así, con su vida ofrecida al Padre, sometido a todo lo ordenado, iba redimiendo lo perdido. Eran lecciones que iba aprendiendo. Más tarde entendería que todo cuanto había vivido con el Hijo que le resultaba nuevo, era porque estaba pasando de la antigua a la nueva alianza. La antigua alianza contaba como bendición divina los bienes abundantes, los largos años, el bienestar... y ella en cambio, en su Hijo, observaba lo contrario: carencia de bienes, sacrificio, obediencia, penuria.

Y vemos que en la Presentación del Hijo en el templo se repiten las mismas bendiciones. El Espíritu Santo se dirige a ella por medio del anciano Simeón y le dice: «He aquí que este niño está destinado para ser caída y resurgimiento de muchos en Israel; será signo de contradicción y una espada atravesará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,34-35). Le costó ser cristiana a María, ¿verdad, hermanas? ¡Oh, cómo entendió María que serlo supondría para ella vivir crucificada! Y lo aceptó, y lo vivió plenamente. ¿Qué decimos nosotras cuando sentimos la contradicción? ¿La imitamos? Si no la imitamos, ¿es eso ser hijas de ella?, ¿es eso hacer de su alma y espíritu nuestra «casa»?

Me detengo en esto, hermanas queridas, porque, aún después de tantos siglos de cristianismo, aún nos cuesta entrar en el espíritu redentor de la nueva creación. Nos sentimos más inclinadas a seguir el Antiguo Testamento, el de las bendiciones materiales y bienestar. Lo mismo que os hacía observar en el capítulo de la «Consagración» sobre las vocaciones. Sobre el modo de responder a la «llamada» divina. Decía allí que preferimos aún la transigencia del Antiguo Testamento más que la radicalidad del Nuevo. Y esto es porque nos cuesta «entrar por la puerta estrecha» (Mt 7,13-14), nos cuesta «hacernos violencia» (Mt 11,12).

A tal extremo se lleva esto que se llega a decir, como dijimos en el capítulo de la clausura, que la renuncia, la inmolación y el despojo de gustos sensibles, si nos cuestan asumirlos es porque Dios no nos da su gracia para realizarlos. Es decir, que no los quiere. Sólo quiere lo que no nos cueste. Entonces, ¿qué hicieron Jesús y María?, ¿qué hacemos del Evangelio?

Miremos cómo le costó a María cambiar del Antiguo al Nuevo Testamento. Ella notaba, a medida que vivía con Jesús, este cambio. Notaba a lo largo de su vida que con su Hijo había nacido una nueva forma de vida más comprometida. Ella había dado a luz al «Hijo del Altísimo», sí, pero en actitud de redentor, que tanto la comprometió, pues tuvo que dejar las formas y la mentalidad en la que había sido criada y educada que hablaban de bienestar como bendición de Dios, repito, para asumir la etapa de la nueva creación, que presentaba: pobreza, persecuciones, fatigas, privaciones, como dones de Dios para alcanzar la perfección, el espíritu y la práctica del Redentor.

Como dice san Pablo, la ley había sido el pedagogo que nos había llevado hasta Cristo, pero era él, Cristo, la norma y modelo para todo hombre salvado, como había predicho el anciano Simeón: «salvación para todos los pueblos y luz para las naciones» (Lc 2,30-32). Y María llevó siempre en su alma esta predicción y dio el paso con firmeza hacia lo nuevo, hacia lo más costoso, aunque hiriera su sensibilidad, aunque le costase. Así fue fiel a su Hijo y al hecho de ser su seguidora. Es decir, cristiana.

Miremos, pues, a María, hermanas; imitémosla, que para esto somos concepcionistas. Miremos cuánto le costó ser nuestra Madre, Madre de los vivientes o creyentes en Cristo. Sí, hermanas, no es papel mojado, no. ¡Oh, cuánto le costó a nuestra Madre recuperar lo que la inconsciencia de Eva perdió! ¿Para qué, si no, nos dieron ejemplo el nuevo Adán y la nueva Eva sino para que siguiéramos sus pasos en esta nueva forma de existencia que Ellos iniciaron, que es la de la nueva creación o cristianismo, donde no existen la propia ambición sino la donación, no el gusto, sino la renuncia, no lo cómodo, sino el esfuerzo?

¿Es que creemos que esa vida sólo fue para Ellos, para redimirnos, y que como estamos redimidas ya está todo hecho? No, hermanas mías, estamos, sí, redimidas por la Pasión y Muerte del Hijo, pero no lo estamos si no penetramos en esa redención viviéndola. No nos contentemos sólo con salvarnos, hermanas queridas, no. Dios nos ha «escogido» para que llevemos nuestro ser a la perfección dentro de esta espiritualidad nuestra tan comprometida. Ésta es nuestra tarea como concepcionistas, porque en ello va la salvación de muchos hermanos nuestros.

Sigamos a María. Y sigamos también contemplando su vida. Mirad cómo su Hijo la privó también de algunos consuelos que le podría haber dado como Hijo. No fueron sentimentales las relaciones de Madre e Hijo. No. Dios apuntaba mucho más alto en esta nueva era de la salvación. Si María fue Madre, lo fue de un Hijo que era Redentor. No terminaba, pues, su misión, en ser Madre física del Hijo de Dios, sino en ser, como nueva Eva, Madre de los redimidos. Ya lo vimos. Y así la trató su Hijo, quitando las sensiblerías que sobraban en su misión corredentora. Así nos lo manifiesta Jesús en cuantas veces se dirige a ella en el Evangelio. «Mujer» le llama en las bodas de Caná y al pie de la Cruz.

En esta hora suprema de la Cruz en la que el Hijo dejó colgada su vida por nuestra redención y en la que vio la fidelidad de María aguantando con tanto amor el bochorno de ser Madre del Crucificado y los insultos que recibía por acompañarle, Jesús le llama «Mujer», no Madre, para entregarle el fruto de su obediencia: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), le dijo, que fue decirle, ahí tienes a la humanidad redimida. Y María, con el alma crucificada de dolor, nos recibió, nos acogió y nos amó. Nos dio a luz con dolor, vuelvo a decir. El castigo que cayó sobre la primera Eva por el pecado lo asumió María, nueva Eva, por nuestra salvación. Ella era la «Mujer» bíblica de Gén 3,15, y como tal vivió y sufrió.

Los dos, Jesús y María, repararon así la desobediencia de Adán y Eva. Jesús, con su obediencia hasta la inmolación total de su cuerpo y de su espíritu; María, con la de su espíritu y corazón. ¡Mirad qué cambio! En el paraíso, Eva dio a Adán el fruto de su ambición y desobediencia, el cual lo cogió,

comió de él, es decir, lo asumió, y la humanidad murió a la vida divina. Aquí en este otro árbol, en el de la Cruz, es el nuevo Adán quien ofrece a la nueva Eva el fruto de su despojo y obediencia, que es la humanidad redimida, a la que acoge María en su corazón cristificado y crucificado. ¿A quién os parece, hermanas, que debemos seguir?

Pero, ¿por qué tanto sufrimiento en Hijo y Madre?, nos preguntamos de nuevo. ¿Por qué? Y la vida de Cristo y de María nos responden: ¡porque es donde reside el amor! Y si no, veamos. ¿Nos habríamos creído el amor que Dios nos tiene si Cristo hubiera nacido, vivido y muerto en el confort? Es cierto que ni aun ahora creemos en el amor que Dios nos tiene, porque si creyésemos cambiaría nuestra vida, pero si no creemos es porque no ahondamos en el misterio redentor de Cristo. No penetramos en su redención. La culpa es nuestra. Pero ejemplo nos dieron Jesús y María para que aprendamos cómo se vive el amor.

Si nosotras ahora evitamos lo que fatiga, molesta y mortifica nuestro cuerpo, ¿les estamos siguiendo?, ¿estamos amando como ellos?, ¿es eso amor? amor cristiano, digo.

Hermanas, el Padre nos creó con la misma vocación que María, para ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom 8,29). Del Hijo que nació en una cueva de animales y murió desnudo en una Cruz. Del mismo Hijo que tiene ahora glorioso a su derecha, sí, pero que tiene las marcas de su crucifixión. Sí, así, hermanas. De este modo nos quiere recibir el Padre en el cielo, con las señales de la obediencia, de la esforzada oración, del ayuno, del cansancio, del sufrimiento de su Hijo, para ser, en verdad, conformes a él, conformes a como está en el cielo. Luego, estas marcas se nos volverán gloriosas como las suyas. Pero así hemos de ir al Padre.

En toda la vida de María, todo se hizo según el plan amoroso de salvación determinado por el Padre. Todo, dolor, inmolación y salvación, todo estaba previsto por el que aun los cabellos de nuestra cabeza tiene contados (Mt 10,30). María lo entendió, y, cuando se ausentó su Hijo después de la Ascensión, María continuó dedicando su vida, en sacrificio, en oblación y en oración, por nosotros, los redimidos. Asistiendo así a la formación y crecimiento de la Iglesia de su Hijo.

Receptáculo del Espíritu Santo

Hemos llegado, por fin, a la tercera etapa de la Virgen. Ya dije que íbamos a contemplarla en las tres etapas que corresponden más de lleno a cada una de las tres Personas divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, aunque en las tres tomen parte toda la adorable Trinidad, pues cooperar con una Persona es cooperar con las Tres. Pero ahora vamos a hacerlo en lo que se relaciona a la santificación de los redimidos, que siempre es atribuida a la acción del Espíritu Santo.

En la primera etapa, hermanas queridas, hemos visto a María cooperando con el Padre en la realización de la gracia de su creación. Ha informado esta etapa el cumplimiento de la revelación del Génesis (Gén 3,15). María, nueva Eva, libre del pecado y respondiendo plenamente a Dios como correspondía a una «vida vuelta totalmente hacia el Padre» como *exigencia de la nueva creación,* una vida virginal dada a Dios como «Esclava suya».

La hemos visto encendida en amor a Yahvé, entregándose entera a él para responder a la obligación que tenía su pueblo contraída con su Dios. Entregada a vivir de lleno la gracia de su creación, que reverberaba a Dios, que la impulsaba hacia Dios. La hemos visto endiosada, transverberada de Dios, henchida de él. Experimentando y viviendo en su ser el don de la creación en su plenitud. Sólo ella ha experimentado cómo nos ha creado Dios, sin pecado, con la vida de Dios en nuestro ser como fuente, de donde habían de brotar a borbotones la santidad, la paz y la armonía, la felicidad.

Todo esto que perdimos por el pecado, María lo conservó íntegro, y lo acrecentó decididamente hasta irradiar en toda su conducta la imagen de la santidad y la armonía, que era Dios, el Verbo de Dios. Sí, hermanas, porque como hemos reflexionado otras veces, todo lo creado tenía y tiene su explicación en el Hijo, en esa imagen idolatrada del Hijo que el Padre llevaba en sus entrañas o Ser divino, y que, en oleadas de amor, él quiso reflejar en el hombre, creado para expandir así su Ser, su Santidad, su amor en toda la creación. Esto fue lo que estropeó el pecado original, y fue, por gracia única de

Dios, lo que conservó, acrecentó y reflejó María con su ser y conducta.

¿Y, con qué medios, vivió María su oblación a Dios que acrecentó gigantescamente su santidad? Con los que Dios puso en sus manos, hermanas, con la oración y el trabajo, obedeciendo y ayudando en las faenas de casa, hilando, cosiendo, lavando, yendo por agua a la fuente, sin quejas, callando con dulzura quizá ante palabras incoherentes, aguantando molestias de otros sin irritación, sino ayudando. Siendo la alegría de sus padres, la edificación de todos; orando mucho, estudiando con afán las Sagradas Escrituras, siendo silenciosa pero alegre, haciendo bien lo que se le encomendaba, aprovechando la ocasión de hacer el bien a quien lo necesitaba. No otras cosas, sino éstas y otras por el estilo, sencillas y sin brillo. Porque para Dios lo que cuenta no es lo que se hace, sino cómo se hace. Y si las he enumerado es para que caigamos en la cuenta de ello.

Para que entendamos que lo que importa a Dios es la intención y afecto del corazón. Y que, en todo caso, Dios prefiere lo más humilde, porque ahí puede ir con más seguridad más puro el amor. Lo que importa es la orientación que damos a lo que hacemos, el amor a Dios que en ello ponemos y el deseo de agradarle sólo a él. Esto es lo que sostiene y consigue grandes santidades, como la de María. ¿Más claro, hermanas?

Porque si buscamos los trabajos honrosos, fácilmente nos buscamos en ellos y sostenemos en ellos nuestro propio amor, no el de Dios, nuestra propia alabanza, no la santidad, que es la que le glorifica a él. Por ello, hermanas, esforcémonos en amar y buscar y practicar lo que agrada a Dios, no lo que nos enaltece a nosotras. Es lento el entrenamiento, pero honroso en verdad para el espíritu. Tratemos de vivir para Dios, como María, de ser receptoras del Espíritu Santo, y de entenderle, mirando las cosas y valorándolas como él las valora. Miremos que Dios tiene ojos de eternidad, y nosotras muy de tierra, y hemos de cambiarlos para agradarle, para dejarnos amar por él, como se dejó María.

¡Oh, hermanas!, nunca podremos entender cómo amó el Espíritu Santo a María. ¡Oh!, ¿quién podrá entrar en la mente del Señor si él no nos la revela? Pero, por dicha nuestra, algo

sí nos ha dicho sobre ello. Miremos su mente divina en Gén 3,15 que tanto estamos mencionando. Allí vemos un poco cómo la amó. Es su única, su Dilecta. La invadió con su Santidad desde el primer momento de su existencia y la insertó en la historia de la salvación de modo único, como hemos reflexionado ya. María sería la Madre del Hijo de Dios. ¡Oh, qué amor tan profundo y exclusivo nos revela este hecho de *compartir* con María *la generación del Único Hijo* de Dios, Cristo Jesús, el Verbo divino! Porque «María concibió por obra del Espíritu Santo» (Credo).

No puede darse, hermanas queridas, relación más estrecha con la divinidad y, por lo mismo, de mayor amor, que la de que una pura criatura complemente el ser divino del Verbo dándole su humanidad, dejándole así hecho perfecto Dios y Hombre. Diríamos, perfecto Hombre en su Ser divino, todo por obra del Espíritu. Amada de Dios, sin interrupción, en amistad con la divinidad y en relaciones íntimas, familiares, María fue la joya más preciosa de la creación, por su santidad, pureza y amor, por su fidelidad al Espíritu divino.

María en esta ocasión tuvo que quedar como trascendida por el Espíritu Santo, encendida, llena de él, pues sólo el Espíritu Santo fue quien únicamente pudo convertirla dignamente en «engendradora de Dios». Esta *relación* tan *personal* e íntima escapa a la percepción de nuestra pobre mente humana. Aquí, hermanas, tenemos que adorar y asombrarnos de la santidad de esta «casa» nuestra que es María nuestra Madre. Asombrarnos y tratar de imitarla en su fidelidad al Espíritu. ¿Sabemos lo que esto puede significar para el bien del Cuerpo de la Iglesia?

En este episodio de la Encarnación se nos revelan también las relaciones tan íntimas de amistad, y cómo el Espíritu de Amor se recreaba en la fidelidad de María y en su amor. Podría Dios haber comenzado por lo último a comunicarle el misterio de la Encarnación, es decir, que concebiría por obra del Espíritu Santo. Pero no, quiso gozarse en ver cómo María prefería ser toda y sola de Dios. Y lo constató deliciosamente viendo la fidelidad de su amada. Innumerables veces le había dicho María que era suya, gozosamente suya. Y aquí se lo demostró.

Pero sigamos contemplando a María, que en su fidelidad al Espíritu podemos ver la respuesta y sus frutos. El Ángel le había dicho que «el poder del Altísimo le cubriría con su sombra». Y así fue, que la sombra que cubría el Arca de la antigua Alianza fue figura de lo que aconteció en el seno virginal de María. En el Antiguo Testamento, cuando Dios quería hablar bajaba en la nube que cubría el Arca y hablaba a su Pueblo, ahora, en nuestra Madre esa Sombra del Espíritu ha cubierto el Arca nueva para hablarnos desde ella en esta nueva Alianza. Sí, hermanas, por su fidelidad al Espíritu, María nos acerca, nos estrecha con Dios, y ella hace que Dios nos mire con más amor. Así lo ha querido él. Escuchemos: «Porque en mi santo monte, en el excelso monte de Israel, dice Yahvé, me servirá todo el pueblo de Yahvé, cuantos vivan en el país; allí aceptaré gustosamente y solicitaré vuestras ofrendas, las primicias de vuestros dones, todo cuanto queráis ofrecerme» (Ez 20,40). María es este Monte Santo, ya lo sabéis.

¿Veis, hermanas? Nosotras disfrutamos ahora el fruto de la fidelidad de María al Espíritu Santo. ¡Por favor, hermanas, no dejemos pasar estas lecciones de María nuestra Madre como si no tuvieran importancia! Miremos que nuestra responsabilidad es grande. Si nos abrimos a la acción del Espíritu, si le aceptamos con paz en esos acontecimientos que nos desconciertan, con paz, por muy contrarios que sean a nuestros gustos y criterios, el mismo Espíritu Santo nos hará «habitación» de Dios, según vimos en capítulos anteriores, y el bien para nosotras y para la Iglesia será enorme. Todo depende de nosotras, de que queramos o no hacer del alma de María y de su santidad nuestro modo de ser, de actuar, de corresponder a la gracia, de vivir la vida interior, la oración, el amor fraterno, de ser vidas colgadas de Dios, vueltas hacia él, en búsqueda constante de su rostro, no de nuestros gustos y caprichos. María nos lo facilitó con su fidelidad, ahora falta que lo aceptemos, que la queramos a ella, en definitiva, y que vivamos su ser maternal, sus virtudes, que son las que nos llevarán a la plena posesión del Amado que deseamos y a la que tiende nuestra vocación. Si no lo alcanzamos, la culpa será nuestra, sin duda, y nos quedaremos vacías... estériles... insatisfechas... frustradas... ¿Queremos esto?, en nuestras manos está.

Pero sigamos los pasos de María en esta etapa del Espíritu para ella, y veamos cómo el Espíritu Santo la impulsa al amor. Dice el texto evangélico que María... «se puso en camino y fue de prisa a la montaña...» (Lc 1,39). El Espíritu Santo es fuego de amor y bondad y así impulsa... con fuerza, al amor, al servicio a los demás. En esta ocasión, María fue a ponerse al servicio de su prima santa Isabel. Y ya vemos, hermanas, que por esta disposición y fidelidad de nuestra Madre al Espíritu que la impulsó al trabajo, al servicio de su prima, el Espíritu Santo santificó al pequeño Juan.

El texto evangélico dice que *«María, por su parte,* se puso en camino y fue de prisa» a casa de su prima a servirla. Y por lo que sucedió, podemos añadir nosotras, y el *Espíritu Santo, por su parte* y por la fidelidad de María, *santificó al niño Juan*. Lo cuenta así el Evangelio: «Cuando Isabel oyó el saludo de María quedó llena del Espíritu Santo» (Lc 1,41). ¡Qué profundidad la de este misterio!, acaba María de concebir al Verbo divino y en él a todos los creyentes en Cristo, y ya comienza a desbordarse su maternidad en oleadas de santidad alcanzando al pequeño Juan y a su madre, el cual quedó santificado bajo la acción del Espíritu Santo.

María cantará enseguida, glorificando al Señor, que «su Nombre es santo» (Lc 1,49), y este deseo de santificar el Nombre de Yahvé que ella tenía tan metido en sus entrañas comienza a comunicarlo, por su fidelidad al Espíritu. El Espíritu Santo, por su parte, se desborda también en alabanzas hacia ella por boca de su prima Isabel: «¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mí?» (Lc 1,43). Así es Dios. Y le hace cantar a ella misma las maravillas que ha hecho en ella, su Predilecta, su Elegida. Dios es así, repito. Y cuando ve fidelidad en nuestro corazón hacia él, es capaz, como nos dice en el Evangelio, de «ceñirse y servirnos» (Lc 12,37).

Sí, hermanas, María, como nuevo Paraíso que era, absorbió en su tierra virginal, pura, sin pecado, que era su corazón, el Espíritu de Dios, todo el torrente divino del amor de su Dios, haciendo sus delicias, y por eso Dios se complació plenamente en ella. En ella respiró el Padre los aires puros del nuevo Paraíso que le deleitaron, porque respiró al Espíritu Santo, Espíritu de Amor del que estaba invadida María. Es grandioso

pero así es. El Padre aspiraba en María el mismo Espíritu Santo que en su Hijo, porque no había otra cosa en ella más que el Espíritu Santo, el Espíritu de Amor y Santidad, repito, que la invadía en su totalidad, porque Dios quiso, por pura gracia, no por naturaleza.

Nunca podremos entender en esta vida la sublimidad de la santidad de María, porque nunca podremos saber qué es estar sin pecado. Qué es estar llena de gracia. Llena del Espíritu Santo. Nadie de los humanos tenemos esta experiencia. Lo más que podemos tener es la del perdón, cuando, después de haber hecho una sincera confesión, nos sentimos inundadas por la gracia santificante del Espíritu y por el perdón y amor de Dios. Si el Sacramento ha sido perfectamente recibido, podemos sentir a fondo qué es la gracia divina, que parece que nos reclama a vivir en contacto constante con el dulce Huésped del alma o en el cielo, donde no hay pecado. Y no quisiéramos vivir en esta carne nuestra de pecado que nos llevará de nuevo a él. Si esto puede ocurrirnos a nosotras, pecadoras, ¿qué influjo y atracción hacia Dios —Santidad— no sentiría María, la sin pecado, la «llena de gracia», la que había nacido para hacer las delicias de Dios, para las más íntimas relaciones con él? ¡Inefable! No es extraño que ella estuviese en constante contemplación con el Dios que la estrechaba también desde su corporeidad porque la convertía en ascua viva de amor. Sí, hermanas, María fue toda ella en cuerpo y alma ascua viva y transparente de puro amor de Dios. Su fuego divino la penetró y deificó.

Así, tan fuertemente se sintió María amada por Dios. Y a estrechar este amor y amistad inefables dedicó María toda su vida. Ella nos puede enseñar que Dios es ternura inmensa, fuego de amor, fidelidad sin fin, mar de delicias, «porque su amor no tiene fin», como canta el salmo 135. ¡Cuántas veces lo cantaría ella! Tratemos de imitarla, hermanas.

También cuando fue hecha Madre del Redentor el Espíritu divino movió el amor de María hacia su Hijo. Él presidía la entrega de su ser entero a la Obra de su Hijo. El divino Espíritu la hizo cooperadora del Redentor, como nueva Eva. Y le hizo asumir el nuevo estilo de vida y la espiritualidad de la nueva creación que brotaba de la misma persona de Jesús.

¡Oh!, cuán amorosamente el Espíritu le hizo vivir la gestación del Hijo. Encerrado en su seno inmaculado el Verbo de Dios, el Amor le hizo custodiar en él todo el decreto o plan de salvación, ¡con cuántos actos de amor y con cuántos sufrimientos fue el Espíritu operando en ella la gestación del ser divino y humano del Verbo de la Vida, y su propia maternidad universal! Los sufrimientos ante las dudas de san José, y las penalidades del camino hacia Belén y otros muchos que silencia el Evangelio, fueron los instrumentos que consumaron su maternidad divina y santificadora de la humanidad. Y así dio a luz al Salvador, Estrella de la mañana, Primer día de la nueva creación, el cual cambió el modo de ser de su Madre.

Así fue, hermanas. Desde el nacimiento de su Hijo, en el que el Espíritu Santo le dio a conocer otro ser de Dios distinto, el alma de María comenzó a ser invadida por la experiencia mística y conocimiento de esta segunda persona de la Santísima Trinidad, de forma nueva. Ella sabía que su Hijo era de Dios, «del Espíritu Santo»; sabía que era divino no sólo por el modo de su concepción y por lo que le había dicho el ángel, sino directamente, por el modo como él se dejaba experimentar en su alma. El mismo Espíritu Santo que había engendrado en ella al Hijo de Dios, le estaba revelando o enseñando un nuevo amor en Dios. Le estaba haciendo experimentar cómo amaba Dios Hijo, cómo era Dios Hijo.

Esta experiencia mística, que rendía todo su ser a su servicio y amor, es la que daba forma nueva a su alma, como hemos dicho, la que convenía a la misión que tenía que desarrollar con él. Sí, hermanas. Ya lo hemos visto, fue su Hijo quien la enseñó a ser Madre de la nueva humanidad y a tener alma y corazón de Corredentora. Participando su vida, su amor y sus sufrimientos aprendió a amarnos, a acogernos, a redimirnos con él. ¡Oh, cuán esforzado cambio!

Y desde aquí, desde esta experiencia de Dios Hijo, pues no creo que nadie pueda negársela, comenzó María su itinerario de discípula fiel. Sí. Por la fidelidad y por el amor, después de Cristo, María fue la más perfecta consumación en unidad de la carne humana con la divinidad. Por ello, como Madre nuestra que es, los que nacimos de ella hemos de tomar buena

cuenta de nuestras raíces para vivir conforme a ellas. Si María nos engendró a la vida desde su fidelidad a la gracia redentora del Hijo que le pidió heroísmos, éstos han de ser nuestros pasos para corresponder a tanto amor y santidad.

No es que vayamos a alcanzar el nivel de santidad que Ellos, no. Pero sí es para que, por todo lo dicho hasta aquí, pensemos que no hemos nacido para dejarnos llevar de la carne y de la sangre, sino para atender esta vida espiritual y dejar que el Espíritu la desarrolle en nosotras cooperando con su gracia, aunque nos pida, como a María, heroísmos.

Y pensemos que ha de llegar para nosotras la hora de la madurez espiritual, la hora de dar el estirón, la hora del cambio, de pasar de la edad primera a la edad adulta en la vida del espíritu. ¿Que ha de costarnos? ¡Claro que sí! Pero tomémoslo muy a pecho, hermanas, y, aunque nos cueste, sigamos adelante con María hasta la cima del Monte de la Concepción. Digámosle: ¡Oh, María, que, prestándote a no ser nada ni nadie, eres todo lo que es tu Hijo, menos Dios, pero sí perfecta imagen y semejanza suya; perfecta, hermanas, colaboradora de su obra! ¡Oh, arrástranos tras de ti al olor de tus virtudes, para que te imitemos, Madre querida!

Y por fin, entramos a contemplar los últimos años de la Virgen para imitarla, para aprender a vivir en ella como «habitación» nuestra que es. Años en los que más directamente cooperó con el Espíritu Santo secundando la vida contemplativa y de oración a que él la impulsó y que ella vivió con toda la fuerza de su amor y santidad, cooperando con ello al crecimiento, formación y expansión de la Iglesia de su Hijo.

Es, sin duda, que la santidad de María, desde una plenitud de gracia desde el primer instante de su ser, recorrió un proceso místico único, pero real. Ya lo hemos dicho, el Espíritu Santo trabajó y santificó su alma santísima a campo abierto. Ella es la obra maestra de la gracia, la obra cumbre del Espíritu Santificador, como lo fue del Creador y del Redentor, su Hijo, según hemos visto. María fue creada como nadie, fue redimida como nadie y fue santificada como nadie, de modo único y exhaustivo.

El Espíritu Santo la santificó con la máxima perfección y realismo en sus dones y gracias. Lo que los santos reciben en

gracias místicas, María lo vivió en una unión real, física, con su Dios. ¡Sublime! María tuvo conciencia de que el proceso de su santificación era al mismo tiempo el proceso de la salvación o redención del hombre. ¡Tan entretejido veía en Dios ella su proceso santificador en el proceso de la historia de la salvación! ¿Cómo no iba a tener ella esta conciencia si la han tenido los santos, a su vez, en cosas de tan menor importancia como ha sido la misión realizada por ellos, a la cual fueron preparados por Dios?

Sí, hermanas. María sabía que era muy importante para la redención del hombre su fidelidad a la gracia, por eso la vivió tan tenazmente. Desde la Encarnación vive para el Hijo engendrado y para el misterio que encierra: Cabeza de la nueva humanidad. Y desde la Cruz vive ya para esta nueva humanidad, la nueva creación, que es la Iglesia de su Hijo. Y, ¡cuán fielmente vivió para nosotras, hermanas queridas!

Su santificación había llegado a su plenitud en la unión incluso física con la divinidad que se había operado en la Encarnación. Pero aún le pareció poco. Por experiencia sabía la sublimidad de la santidad de Dios. Doble experiencia, tanto en los contactos con la divinidad que había experimentado, como en la exigencia de santidad que el Hijo le había pedido, por eso, después de la Ascensión de su Hijo, se entrega de lleno a la acción del Espíritu en su alma, como lo había hecho hasta aquí, desde luego, pero ahora desde la vertiente de la oración y para el crecimiento de la Obra de su Hijo, la Iglesia.

Y de hecho, ahí la vemos, hermanas queridas, entregada a la oración con los discípulos de su Hijo en espera del Espíritu Santo (Hch 1,14). Y cuando el Espíritu Santo desciende, mientras los Apóstoles se lanzan al apostolado impulsados por la fuerza del Espíritu, María, que ya tenía experiencia de esta Fuerza divina, y de su misión, supo, con madurez asombrosa, condensarla en su alma santísima para potenciar aún más su vida interior, su contemplación, la eficacia de su oración, para así, calladamente, dar más fecundidad con ella a la predicación apostólica.

Y si los Hechos de los Apóstoles nos narran seguidamente que «los que acogieron su palabra se bautizaron; y se agregaron

aquel día unas tres mil almas» (Hech 2,41) ¿no se debería en gran parte a la oración de la Inmaculada Madre de Jesús? Sí, sin duda; influyendo también su poderosa santidad en el estilo de vida tan fervorosa que después inició la primera comunidad cristiana y que nos narra el mismo texto: «Todos los creyentes vivían unidos —dice— y tenían todo en común, vendían las posesiones y haciendas, y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno. Todos los días, con un solo corazón, frecuentaban asiduamente el templo, partían el pan en las casas, tomaban juntos el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y hallando favor ante todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día los que se salvaban» (Hch 2,44-47).

¡Oh, venturosa comunidad que tan poderoso soporte tuvo en la oración y santidad de María! Sí, hermanas, la oración fue la forma de asistencia a la Iglesia que Cristo confió a la nueva Eva al irse al cielo. Modo eficaz impulsado por el Espíritu Santo, que vivió dentro de María de modo único, y que absorbió toda esta última etapa de la vida de la Virgen.

Modo eficaz que ahora las concepcionistas, como hijas de María, debemos prolongar en la Iglesia para que haya continuidad en ella de la oración de María y de su fecundidad. Es la actitud de oración permanente por los creyentes, de la que María, la nueva Eva, fue la fundadora. María fue la primera contemplativa, confiesa la misma Iglesia. Sí, fundadora de esta fecunda actitud oracional permanente, en la que entra el sacrificio de la propia vida, el crecimiento en santidad, la contemplación que impulsa la acción de la Iglesia. Tan importante es para Dios esta contemplación oracional consagrada en la Iglesia, que para nuestro estímulo nos dio largo ejemplo en María. Sí, hermanas mías, Dios creyó necesario para que la Iglesia verificara su crecimiento prodigioso en santidad y extensión, prolongar la vida contemplativa de María en la tierra, y así lo hizo. Y, por lo mismo, hoy existe la vida contemplativa, pero así, imbuida del Espíritu Santo, bajo su acción santificadora, como María. Sólo así dará fruto esta misteriosa y fecunda fuerza en la Iglesia.

Pero de ello hablaremos en otra ocasión. Este capítulo es para, como dije al principio del mismo, tratar de conocer el alma de María para participarla por la imitación de sus actitudes,

por la contemplación y el amor, y así llegar a la plenitud de nuestra vocación: la transformación en el amado o la unión con él, con un alma que se parezca a ella, a nuestra Madre en el misterio de su santidad. Que a ello nos impulsa el Espíritu Santo, vuelvo a repetir, con las palabras que pone en boca de la Esposa santa, que quiere que hagamos nuestras: «Lo abracé y no lo he de soltar hasta que lo haya introducido en la casa de mi madre, en la alcoba de la que me engendró» (Cant 3,4) a la vida de la gracia, repito, como dice la Iglesia (LG 8,53).

Pero antes de terminar este capítulo, muy deficiente, lo reconozco, vamos a decir unas palabras sólo sobre el otro aspecto que encierra nuestra consagración a María: su culto, que se fundamenta en la voluntad de Dios y en la palabra de María. Ella había visto con claridad su futuro o misión en la Iglesia después de la Encarnación del Verbo y, movida por el Espíritu Santo, cantó en el «Magnifican»: «Me felicitarán todas las generaciones» (Lc 1,48).

Esta es la gran misericordia y prueba de amor de Dios hacia nuestra Orden, que hayan sido los mismos labios de María, movidos por el Espíritu Santo, los que nos hayan dicho que cantemos las obras y maravillas que ha hecho Dios en ella: su Concepción inmaculada, su santidad original, su fidelidad a la Palabra de Dios, a la vida y a la Obra de su Hijo, su humildad, su oblación o «vida vuelta hacia el Padre», su correspondencia a la redención, su entrega al Espíritu Santo, todo lo que ella es, y esto lo hagamos como fin de la Orden.

Porque todas ellas fueron las grandes obras que Dios hizo en ella y que viven en nuestra Orden Concepcionista convertidas, primero en vida, y en alabanza y acción de gracias después, según el deseo ferviente de nuestra Fundadora y Madre Santa Beatriz de Silva. Sí, hermanas queridas, para ello existimos, para esto fundó santa Beatriz la Orden. Para prestarle nuestros labios y corazón a María y cantar con ella su alabanza y acción de gracias al Dios tres veces Santo que «miró su humilde condición» (Lc 1,48) de criatura y la hizo su Madre, Santa e Inmaculada.

Así, hermanas, así se ha de convertir en alabanza nuestra vida por haber hecho Dios tan pura, tan limpia el alma y el cuerpo también de María. Por haber puesto el espejo de sus ojos divinos en los de María, en esa pureza de intención que tanto santificó su vida. Por haber trasvasado su ternura creacional a las entrañas maternales de María, que esto es su maternidad espiritual, hecha a fuerza de amor de Dios, de santidad divina, de dolor, por parte de ella, de entrega en silencio, de sacrificio. Sacrificio que supuso el de su Hijo también. Sacrificio completo, viéndole morir, sin poderle dar alivio.

Por todo ello, y a todo ello damos culto al dárselo a María. Sí, hermanas, porque María se siente inundada de Dios, «llena de gracia», deudora en todo su ser de Dios, que ésta es la grandeza mayor de nuestra Madre, que ella es toda de Dios, nada es propio, toda ella es Obra de Dios. Por todo este torrente de divinidad que ella siente en sí y dentro de sí, proclamó: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador» (Lc 1,46-47). Y ésta, esta alabanza y no otra es la que tenemos que perpetuar en nuestra Orden, como fin de la misma, y a través de su culto.

Y terminamos el capítulo, hermanas, con la mayor alabanza que podemos dedicar a la Santísima Virgen, pues que salió de la boca de Dios y contiene todos los misterios que hemos reflexionado en ella:

«Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo,
bendita tú eres entre todas las mujeres.
Y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús.»
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén.

Que así sea, hermanas queridas, y que el Espíritu Santo nos deifique por intercesión de María para gloria de Dios. Que ella nos conceda la gracia de vivir unidas a ella como «casa» y Madre nuestra, donde el Espíritu Santo pueda consumar la

inhabitación de la adorable Trinidad en nuestra alma. Que ella interceda ante el Padre para que no lleguemos ninguna concepcionista al final de nuestra vida sin haber alcanzado la cima del Monte Santo de la Concepción. Así sea, así sea, hermanas, y que el Espíritu Santo nos haga dignas de esta gracia soberana, por el amor que tiene la misma divina Trinidad a María, nuestra Madre, y que todo se convierta en gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA SEGUNDA EDICIÓN
DE «HACIA EL AMOR PERFECTO», DE LA BIBLIO-
TECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 21
DE ENERO DE 2005, SANTA INÉS, VIRGEN
Y MÁRTIR, EN LOS TALLERES DE
SOCIEDAD ANÓNIMA DE FO-
TOCOMPOSICIÓN, TA-
LISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI